VAN
TON

Quid rides? mutato nomine de te Fabula narratur.

Iph. Patiño, inv.o d.to sculp. M.

VIAGES
DE ENRIQUE
WANTON

A LAS TIERRAS INCOGNITAS AUSTRALES, y al País de las Monas; en donde se expresan las costumbres, caracter, ciencias, y policía de estos extraordinarios habitantes.

TRADUCIDOS DEL IDIOMA INGLES AL ITALIANO, y de este al Español.

POR DON JOAQUIN DE GUZMAN y Manrique, &c.

TOMO PRIMERO.

Con Láminas que demuestran algunos pasages de la Historia.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Madrid: Por DON ANTONIO DE SANCHA.
Año de 1778.

Se hallará toda la obra en Casa de Don Bernardo Alberá, Carrera de San Gerónymo.

150017

Oyente, si tu me ayudas
Con tu malicia, y tu risa,
Verdades diré en camisa
Poco menos, que desnudas.

Queved. *Musa Terpsichor. let. satir.* 13.

PROLOGO.

EL Viage à el País de las Monas, que ofrezco trasladado del Idioma Italiano al Español, es una aguda sátira, que mezclada de morales documentos ridiculíza los vicios, de que todas las naciones abundan. Tuvo desde luego esta obra tal aceptacion en el orbe literario, que inmediatamente fue necesario reimprimirla. Las pocas copias que llegaron à España, merecieron la estimacion de nuestros Literatos de buen gusto; no sin motivo, pues, à la verdad, parece quiso su Autor, yá sea Inglés, como él supone, yá de otra Provincia, como se cree, imitar en cierto modo à nuestros nunca bien alabados Españoles, Quevedo en la sátira, Calderon en los enlaces, Cervantes en las ficciones, Saavedra en las moralidades, y Gracian en las críticas, usando de los primores de todos estos en sus lugares oportunos.

Vertió el Autor las sales de esta obra con destino à ciertos dominios de Italia; pero como la mayor parte de los hombres adolece de una misma enfermedad, pueden quasi todas surtir su efecto en España; solo hai la distincion, de que alli tal vez las pinturas fueron determinados retratos; y aqui es imposible, sino por casualidad, que tengan particular aplicacion; y en esto llevamos la ventaja, porque en tanto la sátira es provechosa, honesta, deleitable, y por consiguiente permitida, en quanto ridiculiza à los sugetos, pero no à tales sugetos. Como se tocan tantas materias, no dudo, haya muchas personas, que encuentren con su co-

pia ; pero en este caso me servirán de defensa unas claúsulas del mismo Autor al capítulo octavo de este primer tomo, donde dice, que si acaso hallan algunas el modelo de sí mismas en esta Historia, culpen à sus vicios, pero no, à quien, publicando la verdad, no piensa en la idéa critica de dibuxar sus costumbres: Y asi, si él hace esta salva entre los mismos, para quienes escribe, ¿ qué se deberá entender, con quien ajustado à una precisa traduccion, solo traslada las extravagancias de aquel País, siendo unicamente por semejanza, las que hablen con el suyo ?

Con el mas grande, y nunca demasiado rigor reprehende Terencio en la Comedia intitulada: *Adelphi* à los hijos viciosos, è inobedientes en cabeza de Eschino, por boca de Démea su padre; pero, aunque há tantos años, que escribió este Poëta, ¿ à quántos Eschinos, que conocemos, son aplicables el dia de hoi sus versos, y muchos mas? Nada tuvieron de adivinos Persio, Juvenal, y otros espiritus festivos, y satíricos, y notando muchos siglos hace las viciosas ridiculeces de su era, y de su patria, parece, si se leen con reflexion, que solo escribieron para nuestra edad, y País. En todo tiempo, y en todas las naciones se han fulminado las mas rígidas invectivas contra los desarreglos de un mal aconsejado Joven; las avaricias de un ambicioso Anciano; las ficciones de un Aúlico adulador; las corrupciones de un depravado Juez; los enredos de un Abogado reboltoso; los robos de un Escribano desalmado; los engaños de una Vieja astuta; las disoluciones de una Moza desenvuelta; los despropósitos de un afeminado Pisaverde; las extravagan-

gancias de una Dama zalamera; las erratas de un Médico ignorante; las patrañas de un Alguacil interesado; la hinchazon de un Sabio à la antigua; los disparates de un Doctor à la moderna; el luxo de un Rico de mala conducta; las altanerías de un Pobre sobervio; las pesadeces de un nuevo Litigante; las desconfianzas de un Rústico malicioso; las vanidades de un Caballero ciudadano; los artificios de un Cortesano refinado; y finalmente (para no molestar con otra caterva semejante) las preocupaciones de un ciego vulgo: Y en verdad, que no por esto se dará por ofendido el Joven bien criado, el Viejo virtuoso, el Palaciego ingenuo, el Juez íntegro, el Abogado literato, &c. antes bien, à vista de los desaciertos de aquellos, tendrán mayores brillos las bondades, y buen manejo de cada uno en su especie.

Generalmente es uno mismo el material en la sátira universal arreglada; la diversidad está en el condimento: No es el mas desabrido el presente, en que, figurandose ciertos nuevos descubrimientos, se fingen con racionalidad unos brutos, que crió la naturaleza con acciones tan semejantes à las nuestras. Es forzoso usar voces, que sean conducentes à este fin (que nadie hai tan sencillo, que no conozca, que solo tienen fuerza en la fábula) para dár à las apariencias todos los realces de realidad.

El curioso, que haga cotejo entre la obra, y la traduccion, hallará una, ù otra cosa con alguna variacion, ù omitida, y acaso alguna pagina entera; porque si el Traductor Italiano por contemporizar, separó (segun dice) del original Inglés muchas

chas expresiones, que no podría tolerar el genio de su nacion; à nuestro delicado paladar desazonarían tal vez otras, que él dexó esparcidas. En conseqüencia de lo dicho, me parece, que ni el mas rígido Catón podrá hallar proposicion malsonante, ni determinadamente ofensiva: Protesto, que ésta es mi intencion, y que siempre me encontrarán pronto à reformar toda claúsula, que se me mande borrar por qualquiera de mis superiores, à cuyas altas comprehensiones rendidamente me sujeto.

G. J. V. D. G. Y. M.

EL

EL TRADUCTOR ITALIANO
AL LECTOR.

HAviendo llegado pocos años há à Venecia un Mercader Inglés con motivo de sus asuntos particulares, se hospedó en casa de una persona honrada, y despues de haverse detenido en esta Ciudad algunos meses, se vió en la precision de tener, que marchar impensadamente, para dirigirse à Holanda, adonde le llamaban sus intereses, por causa de la quiebra, que hizo uno de los primeros Mercadéres de Amsterdán. Con la solicitud, y prisa de la partida se olvidó de algunos libros, y manuscritos, que quedaron en poder de su Patron; éste con repetidas cartas avisó à su Amigo, para que le previniese el modo de enviárselos. El buen hombre, que sabía, y seguía escrupulosamente todas las leyes de la hospitalidad, nunca pudo tener respuesta de sus cartas. Con todo eso, no contento con su primer honrado proceder, rogó à algunos Amigos, que procurasen adquirirle noticias en Holanda del dicho Inglés, para poder entregarle, lo que tenia à su cargo. Los corresponsales executaron la comision, mas no les fue posible hallarle; antes bien escribieron, que no solo en Amsterdán, en donde havian hecho increibles diligencias, no se conocía tal hombre, pero ni aún en Londres, de donde el Inglés decía era natural. Entonces creyó con razon la sobredicha persona, que su Huesped, por uno de los muchos motivos, que pueden ocur-

ocurrir en tales casos, havría mudado el nombre, quando se transfirió à Venecia, por lo qual puso sobre seguro todos los papeles, que encontró, y esperó con paciencia el aviso de su Amigo, que probablemente debia pedirle qüenta algun dia de sus libros, y manuscritos. Pasados dos años, imaginó el depositario de ellos, que sin duda, no contenian cosa de cuidado, y que esta fuese la causa, porque no se los pedian. Movióle la curiosidad à buscar un intérprete, por lo qual me rogó los leyese, y le diese noticia de su contenido. Examiné los libros, y los manuscritos, y en aquellos encontré las obras de los mas sublímes ingenios de Inglaterra; y en estos hallé cosas del todo nuevas, y extravagantes. Comuniqué al Amigo mi hallazgo, y como él no es hombre de grande penetracion, solo deseó que entre todos los manuscritos mas singulares, le traduxese aquella obra, que fuese à su inteligencia mas facil: Se escogió, pues, la presente, en que se trata de un viage al País de las Monas. Ahora, que hé sabido, que él intenta hacer imprimir esta mi traduccion, hé querido advertir al público los accidentes sobrevenidos, para que se sepa el modo, y la ocasion, con que llegó à mis manos el dicho manuscrito.

El Autor es Inglés, por lo que es forzoso entender, que se encuentran en la obra muchas cosas, que no podrían sufrirse de un genio Italiano: Mi obligacion era omitirlas, para que el gusto de la leyenda no estuviese contaminado de máximas, y reflexiones contrarias à su quietud: Hé trabajado baxo estos principios, y asi me lisongéo, de que no encontrará el lector cosa, que pueda ofender à su delicadeza.

Si Yo fuera crítico, podría examinar el fin de ésta Historia. Qualquiera, que tenga juicio, considerará, que es una contínua sátira, y no creo, que podrá persuadirse, à que son realidades, las que en ella se leen, no obstante, que el Autor con un aire de sinceridad quiera continuamente dár à entender, que todo aquello, que cuenta es certisimo. Muchos pasages obscuros hé omitido de proposito, porque siendo este un libro de placer, y entretenimiento no hé querido fatigar el discurso à los lectores, precisándoles à una particular aplicacion, y exámen de ellos. Si algunas cosas parecieren hyperbólicas, ò no posibles, advierta el lector, que no todos los hombres son à él semejantes en el pensar, y en el obrar; ni que en todos los Países son los genios lo mismo, que en el suyo.

EL AUTOR AL LECTOR.

LOS accidentes, que há experimentado mi vida en el número de años tan repetidos, que yá me han constituído en una edad decrépita, son tantos, y de tal calidad, que intentaría un imposible, queriendo hacer descripcion de todos, aun quando me hallàse esento de aquellas incomodidades, que generalmente acompañan à la vejéz, y me lisongeàse tambien, de que me restaba tanto tiempo, que vivir, quanto yá no debo esperar despues una carrera tan larga. Bien es verdad, que todos los hé conservado en mi memoria, y no me faltan los materiales necesarios para esta obra; pero solo el coordinarlos, me serviría de un peso insoportable, y tal, que no podrian conocerlo, ni apreciarlo, sino aquellos, que tienen experiencia de semejantes fatigas. Con razon puedo ser conocido por un hombre maravilloso, pues los accidentes, à que hé estado expuesto, y que sin interrupcion me han exercitado, todos fueron singulares, y fuera de los términos de la comun creencia. Un contínuo encadenamiento de desgracias, y fortunas me há enseñado, que no hai cosa alguna estable en este mundo; por lo qual determiné dexarme llevar totalmente de quanto me preparáse la fuerza de mi destino.

Lo

Lo que hé llegado à comprehender por mas cierto es, que parece han salido desterradas del mundo la verdad, y la razon, y el lugar de estas luces celestiales han ocupado la falsedad, y la extravagancia. Hé visto al mundo, le hé observado, y le hé conocido; generalmente son las costumbres semejantes en lo esencial, solo varían en el modo. Hé aqui en compendio el fruto de mis viages, y descubrimientos: Se podría creer, que los Países, que la naturaleza separó enteramente de nuestro Continente, y en los que Yo hé sido el primer hombre, que puso el pie, debieran variar, en lo que mira à las costumbres, por encontrarse poblados de habitadores, que siempre hemos tenido por faltos de razon, y entendimiento. Yo mismo lo huviera creído, fundado, en que el vicio, y la falsa idéa son una peste, que introducidos en un Reino ván poco à poco apoderandose de los vecinos, hasta que llega à ser general el daño. Pero mis aventuras me han desengañado, y à costa de mi admiracion hé visto, que en todo lugar (aun sin la sospecha de la comunicacion) la naturaleza viciada inclina à obrar lo peor, y que estamos generalmente engañados en el modo de juzgar. El País de las Monas, que se tuvo hasta ahora por un ente imaginario, es la prueba, que confirma esta verdad; y à fin de que algunos Amigos mios puedan encontrar en la lectura todo aquello, que Yo en este asunto, testigo de vista, hallé con mi sufrimiento, hé querido de entre todos mis descubrimientos comunicarles aquellas cosas, que en dicho País hé visto, y han pasado por mí mismo.

En conseqüencia, pues, de esta intencion hé

puesto en orden las memorias, que tenia concernientes à los descubrimientos, que hice en compañia de un fiel Amigo en aquel extraordinario País. Ruego por tanto à aquellos Amigos, y conocidos mios, à cuya noticia pueda llegar este suceso, juzguen bien de mis fatigas, sin desear hacer experiencia de la verdad de las cosas, que aqui describo. Mui peligrosa sería la prueba, sin que de ella el curioso sacáse mas fruto, que el que le subministra la misma lectura. Las acciones ridículas, las extravagancias, y la maldad se encuentran sin excepcion en todo el mundo; por lo que el abandonar la patria, el experimentar sumos riesgos, y el exponer la propria vida sobre un fragil leño à la discrecion de los vientos son graves peligros, que no deben despreciarse por sola la curiosidad de ser exploradores de la general locura. El que no se digne de darme crédito, téngame en buen hora por un impostór, ò visionario; que mas contento estaré con tan indiscretos, y no merecidos epítetos, que no, queriendo, que qualquiera de mis Conciudadanos se exponga à tantas incomodidades, y peligros, para que estos sean un nuevo testimonio de mis relaciones. Finalmente escribo como un viagero, y no como literato, pues, aunque Yo tal fuese, en las circunstancias pasadas no huviera podido escribir una historia con elegante estilo, quando semejante obra pide aquel ocio, y aplicacion, que à la verdad, no pueden encontrarse en un aventurero; y ahora en los últimos periodos de mi vida, sería ciertamente digno de risa verme aplicado al estudio de las frases, y bien hablar: Creo con seguridad no hallar entre mis lectores al-

algunos indiscretos, que me culpen por semejante falta; pero si le huviese, no me dá cuidado; dexaréle murmurar à su satisfaccion, puesto que Yo hé escrito solo por referir, y no por atraher con el adorno de las palabras. No quedarán desagradecidos mis Amigos con el dón, que les presento, y la atencion, que à sus respetos guardo; y entretanto me aplicaré à ir juntando otros materiales, que sirvan de divertirles en una nueva historia.

INDICE

DE LOS CAPITULOS, que contiene este primer Tomo.

Cap.

Cap.

ERRATAS. CORRECCION.

Pag.	Lin.	Erratas	Correccion
24	28	huno	humano.
48	26	deastásemos	desatásemos.
55	9	con ella	en ella.
79	32	estreño	estraño.
120	18	corversacion	conversacion.

VIA-

VIAGES DE *ENRIQUE WANTON* A EL PAIS DE LAS MONAS.

TOMO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Abandona Enrique su Patria, y se embarca para Bengala.

ENtre las fortunas, que pueden servirme de lisonja, no es la menor, à la verdad, la que logré, naciendo en la Capital de un poderoso, y florido Reino. Mi Padre fue un hombre de no despreciable nacimiento, y aun superiores à este eran sus riquezas; pero por desgracia, su corazon, que facilmente se inclinaba à dár favor à qualquiera, que à él

recurría, fue la causa de reducirle à un estado de fortuna muy inferior, al que mi Abuelo le havia dexado. Esta blandura de corazon le hacía mirar à sus Hijos, que podian ser el reparo de su familia, con ojos de una particular ternura; pero un defecto mui substancial destruía en él las consecuencias, que de esta bondad podrian esperarse; este consistía en dexarse llevar demasiado de su capacidad, y luces, y querer dár estado à sus Hijos, sin indagarles los genios, y talentos para aquellos empléos, à que les destinaba. Este intelectual engaño de mi Padre fue el manantial de todas mis desventuras, porque esforzandome siempre à las cosas, que totalmente eran diversas, y contrarias à mi inclinacion, y no subministrandome las necesarias asistencias para la adquisicion de las Ciencias, à que mi genio me inclinaba, me precisó à hacer en el mundo una infeliz figura, dexandome desproveído de aquellos conocimientos, que en él pudieran haverme distinguido. Hé aqui la verdadera causa, por la qual abandoné mi Patria, en donde, aunque se me concedía una vida dirigida à la honradéz, y virtud, no podía lograrla conforme à mis inclinaciones.

Aprendan de la leyenda de mis aventuras aquellos Padres que pusieren los ojos en mis escritos: aprendan, repito, à hacer un uso mas prudente de la autoridad paterna, y à no querer condenar à sus Hijos à una vida llena de amarguras por la caprichosa obstinacion de violentar sus espíritus. Oh! felices Padres aquellos, cuyos Hijos son bien inclinados; pero aun mas felices aquellos Hijos, de quienes indagan los Padres su capacidad, para madurar con proporcionados medios los frutos, que pueden recavár

vár de ellos, siguiendo con su direccion las inclinaciones del natural. Yo, pues, aparecia à sus ojos un Hijo voltario, y desobediente; sucediendo muy de ordinario considerar como obstinados, à los que no siguen las máximas, que nos parecen útiles, y razonables, y despreciar à los que no convienen con nuestra opinion. Quando el hombre tiene en su mano el podér, es dificultosisimo, que no se valga de él, para en cierto modo vengarse de el desprecio, que se figura haver recibido su autoridad; por esto mi Padre me distinguia de mis Hermanos, negandome, no obstante ser Yo el Primogenito, todo aquello, que à los otros concedía, y haciendome carecer de las cosas, que eran indispensables à mis circunstancias. Por largo tiempo sufrí esta cruel distincion (perdonese à un Hijo tal expresion por verdadera, sin quexarme, porque teniendo por naturaleza una índole dulce, é inclinada à la ternura, no era capáz de lamentarme de mis agravios, y aun en medio de quanto padecía, profesaba cierto singular cariño à un Padre, de quien no parecía tener Yo correspondencia. Por otro termino no podia en estas cosas culparse del todo à mi Padre, que obrando à medida de su dictamen, juzgaba fabricar mi fortuna con los proprios medios, que debian de hecho destruirla; de aqui era, que me parecia crueldad, lo que él intitulaba amor, y atencion paterna; y por el contrario, él creía, encontraba en mí un Hijo rebelde, al paso que Yo en mi resistencia no hacía otra cosa, que seguir las voces de la naturaleza. Fuera de esto, las reflexiones, que el entendimiento en mi juventud me propuso acerca de las obligaciones del hombre, me enseñaron à res-

petar à mis Padres con la mas escrupulosa puntualidad, y el honor de mi familia me precisaba à no manifestar à los estraños las extravagancias, que necesariamente tenia, que sufrir. Esperaba con paciencia la proteccion del Cielo; pero cansado finalmente de sufrir, y guiado de mi inclinacion à aprender, tomé la incauta resolucion de abandonar mi Patria, è ignorandolo mis Padres, embarcarme en una nave, que disponia su viage à las Indias. Si por ventura algun Hijo, que se halla en semejante caso, llegáse à leér estas mis Memorias, espero, que à lo menos se compadecerá de mí, à causa de esta partida, à que me veo inmediato; al paso que los peligros, en que mi inconsideracion me ha puesto, le podrán servir de régimen, para no seguir mi exemplo. Me encaminé, pues, en busca del Capitan, con quien me fingí un Mercader deseoso de traficar en las Indias Orientales; y ajustado con él el flete de mi Persona, y Mercadurías, bolví à mi casa, en donde recogí aquello poco, que me pertenecía; reducidos despues à dinero estos cortos bienes (hagaseme aquí la justicia de creer, no toqué à cosa alguna, que fuese de mi Padre, ò Hermanos) compré algunas mercancías, cuya venta sabía, era facil, y lucrosa en Bengala, adonde se dirigía la nave. Llegado el dia de la marcha, fui à visitar à una Hermana mia, que era la única, de quien fiaba mis secretos. Comuniquéla la resolucion, que havia tomado, de la que no pudo apartarme ni con sus persuasiones, ni con sus lágrimas. Abrazámonos con una ternura inexplicable, y despues me regaló una considerable cantidad de oro, presagiandome feliz suceso en mi propuesta idéa. Luego, que

llegó

llegó la noche, llevé todos mis muebles à la embarcacion, y antes de partirme, besé el paterno suelo, agüerandole del Cielo los mas afortunados, y ventajosos progresos. Finalmente con los ojos bañados en llanto entré en la nave, que prontamente se hizo à la vela con un viento favorable à la partida.

CAPITULO II.

Consuela Roberto à Enrique, y emprenden su amistad.

VEdme ya expuesto à las violencias del agua, y del aire, dos elementos necesarios, pero peligrosos para el hombre. Inmediatamente tomaron lugar en mi corazon las reflexiones, desnudo yá de toda pasion, y considerando por una parte los peligros que podian ocurrirme, y el incierto éxito de las humanas empresas, y por otra los tiernos sentimientos házia mi Patria, Padres, Hermanos, y adorable Hermana, cuyas lágrimas me havian hecho una impresion vivisima, fixas éstas en mi imaginacion, comenzaba à arrepentirme de una resolucion desesperada, que me iba privando de las mas dulces prendas de la humanidad, para sumergirme en mis aventuras, cuyo encadenamiento sería el punto decisivo, de lo que me quedáse de vida. Entonces conocí por experiencia, que es la inconstancia caracter quasi distintivo del hombre, pues que, incapáz de fixar sus deseos, è ignorando, en que consista la humana felicidad, no le parece bien sino aquello, de que carece, y despues que lo obtiene,

lo

lo abandona, y desprecia, y las mas veces se arrepiente de haverlo deseado. No puedo bien explicar, qué efecto causaron en mi espíritu tales consideraciones; sí diré, que me sumergieron en la mas profunda melancolía; y asi llegada la hora de la cena para el Capitan, y demás pasageros, rehusé ir à ella, y me retiré à un rincon de mi estancia, en donde solté las riendas al llanto, detestando la crueldad de mi destino, que havia querido, sin dár Yo la causa, hacerme infeliz con tan buen Padre, como el mio; y que despues me havia puesto en términos de alejarme de mi patria, y domesticas dulzuras, por evitar aquellos males, que experimentaba solo en fuerza de la suerte. Esta misma inconstancia me representaba mui bueno à aquel Padre, que quando con él vivia, me parecia cruel; y todos aquellos motivos, y circunstancias, que en mi casa, quando en ella me hallaba, eran la causa de mi enfado, y de mis quexas; en esta ocasion, Yo los convertía en objetos amables, y que commovian mi ternura.

En efecto, mi Padre, decia entre mí, no há solicitado otra cosa, que mis adelantamientos, con que sin duda fue digno de alabanza, aun quando me destinó à aquella vida, que no se proporcionaba con mi genio. Por el contrario, proseguía igualmente diciendo entre mí mismo, no puede imputarseme à delito, el que llevado de las idéas, que en mi corazon esculpió la naturaleza, constantemente haya rehusado seguir otro camino, que aqueste; en cuya consecuencia solo el hado es el culpable, ò bien, porque no me concedió un genio conforme à las inclinaciones de mi Padre, ò bien, porque negó à éste el

èl suficiente discernimiento para conocer mi índole, è igualmente entender aquella máxima, que no todos los hombres fueron formados para un mismo ministerio, y que el Criador há querido diversificar asi à sus criaturas para la harmonía de la humana sociedad, y para aquellos adorables fines, que deben respetarse, y no examinarse por los hombres. Asi, neciamente hablando sobre el destino, que no es otra cosa, que una voz inventada por el hombre, para dár razon, de lo que no entiende, andaba en mis sucesos, acusando à la Divina Providencia, de quien no comprehendiendo los fines, no podia, sino indigna, è inconsideradamente condenar los medios. La pasion acostumbra de ordinario servirse de semejantes expresiones, las que, aunque de ningun modo son plausibles, sí suelen ser tolerables, quando las profiere un hombre del todo poseído de la tristeza, à quien privó de luces la desgracia, y que con tales razones pretende dár aliento à su corazon, como queriendose consolar, con que sus infortunios no se originan de propria, ni agena culpa. Este tal destino, que Yo abultaba para mí tan infausto, era por otro termino un medio, que me debia conducir al descubrimiento de cosas en el Universo ignoradas, y asi mis particulares aventuras de una en otra se iban enderezando à este fin que tal vez, podrá ser útil al comun de los hombres. En este tiempo, en que mis ojos brotaban con mayor abundancia las lágrimas, entró un Joven, que havia de dormir en la misma estancia: Estaba éste dotado de una de aquellas presencias ventajosas, que atrahen las voluntades à la primera vista, sin que despues desmintiese la qualidad de su corazon la buena opinion,

que

que de él havía formado, luego que se me presentó: Era hijo de un rico Mercader (como él mismo me dixo) y viajaba por mandado de su Padre; tenia entonces cerca de veinte, y quatro años de edad, afable, galán, y dotado de un vivo, y penetrante espíritu, cultivado, además de esto, con los estudios, y práctica del Mundo. Luego que me descubrió, me saludó afablemente, y viendome anegado en llanto, con el mas atento estílo me pregumtó la causa de mi tristeza. El estado, en que entonces me hallaba, me hizo olvidar de mi ordinaria máxima, de que nadie entendiese los motivos de mi afliccion; y, en efecto, huviera conservado la tal máxima, quando estuviera en el caso, en que, reducido el hombre por las humanas exigencias à estrecharse solo dentro de sí proprio, pierde la memoria de quanto está fuera de él.

Al punto, pues, le conté quanto pasaba en mi corazon. El sábio Joven procuró consolarme con todas las razones, que le sugirió su viveza, con las que ciertamente dió algun reposo à mi ánimo. El hombre, decia, debe considerarse Ciudadano del Mundo, y no es razon encarcele sus proprios afectos en los estrechos terminos de una Ciudad, y de su familia. Nosotros, añadía, que habitamos sobre la tierra, somos todos Hijos de un solo Padre, que es Dios; por esto, todos los hombres son hermanos; y qualquiera Lugar es propria Patria para aquel, que se considera como es en sí, esto es, hombre. Si haveis abandonado aquellos muros, donde teneis vuestro nacimiento, no por esto os faltará tierra, que os acoja, hombres, que se os aficionen, con quienes estrecheis vínculos de sociedad,

vian-

viandas, que os alimenten, y Sol, que os caliente. La Divina Bondad no há limitado sus beneficencias à sola nuestra Patria; en todas partes las há difundido, y à todos los vivientes ha subministrado con abundancia los dones necesarios para la vida, y mil placeres, que la hagan deleitable: os persuadiréis à esta verdad, luego que hayais visto mas mundo. Entre tanto, si os enfada aquella soledad de afectos, con la qual se encuentran los hombres como en un desierto, quando se miran entre nuevas, y desconocidas personas, Yo os convido con mi amistad, que espero, no os desagrade, en lo que se os ofrezca. Me glorío de esta virtud, y es la que mas amo; de tal modo, que há havído ocasion, en que por un amigo hé sabido abandonar todos mis grandes intereses; y creéd, que por vos no dudaré hacer lo mismo.

Dióme respiracion este discurso, y haciendole repetidas protestas de obligacion, y agradecimiento, juré profesarle una plena, y perfecta amistad. Preguntéle despues su nombre, y entendí, llamarse Roberto; nombre, que me será siempre amable, y venerado, y que hasta el ultimo periodo de mi vida, permanecerá impreso en lo mas profundo del alma. Tuve en muchas ocasiones por cosa maravillosa, el que con motivo de los viages, sean tan freqüentes los encuentros, que facilitan trabar amistad con algunos hombres de mérito; siendo cierto, que permaneciendo en la Patria, raras veces sucede, que se estrechen amistades tan perfectas, como en semejantes casos, presenta la fortuna; pero ahora no lo estraño; lo uno porque la experiencia me há demostrado, no ser maravilla;

y lo otro por havér conocido, que no es esto efecto del acaso, sino una conseqüencia quasi necesaria en los viajantes, por quanto la práctica de el Mundo comunmente llena de mérito, y capacidad à estos hombres, y la necesidad de coadyubarse mutuamente en los caminos, los obliga à unirse con la mayor intimidad. Esta amistad, que se emprendió por el proprio bien de cada uno, ò enhorabuena digamos, por puro interés, prosigue mientras subsiste la causa de haverla entablado, que es todo el tiempo, que dura el viage, y quando llega el fin de éste, se considera un tal Amigo, como modélo de la verdadera amistad, que dexa impresa una fiel memoria suya. Además de esto, quando los hombres llegan à manifestar à los otros hasta sus mas pequeños cuidados, entonces, en cierto modo, se quedan à pecho descubierto, desvaneciendose así las frívolas reservas, que entibian la amistad, y no ocultandose con aquella máscara de simulacion, tan ordinaria en la sociedad, la qual no es despues posible volvér à poner en planta. Yo creo, que mi Lector podrá comprehender mi pensamiento, que se reduce à dár à entender, que el hombre en los viages, ò por mejor decir, en las mayores urgencias, vuelve sobre sí, y considerandose simplemente hombre, se separa de todo respeto de grandeza, y formalidad, y de aquellas vanas apariencias, que con tanto tesón suele conservar en la vida civil. Este es un asunto, en que se pudiera largamente discurrir sobre la naturaleza del hombre; pero bolvamos à nuestra Historia.

CA-

CAPITULO III.

Hacen los dos Amigos distribucion del tiempo para mientras dure su navegacion.

FUímos, pues, à la cama, y Roberto, cuyo corazon estaba esento de unas pasiones, como las que atormentaban al mio, prontamente cogió el sueño. No me fue posible cerrar los ojos en toda la noche, revolviendo siempre en mi ánimo los momentos mas felices de mi vida; y quasi olvidado de las pasadas desgracias, no sabía pensar en otra cosa, que en los bienes que havia gozado: En tanto grado es cierto, que el hombre, sagáz para atormentarse, encuentra argumentos de considerarse infelíz, aún en aquellos objetos, que deberían desterrar la tristeza. Mis infortunios me havian hecho tomar la resolucion de dexar mi patria; pero en aquella noche el recuerdo de las felicidades, que havia desfrutado, me hacía llorar la larga distancia de aquellos Lugares, y personas, que podian facilitarme otras dichas semejantes. No sabía mi imaginacion separarse de la contemplacion de las buenas qualidades de mi Padre, sus tiernas insinuaciones, el cuidado que puso en educarme, su bellisima intencion en procurarme con eficácia un estado de fortuna permanente; me representaba los afanes de mi Madre, viendome perdido; las diligencias, que practicarían mis Hermanos para hallarme; y finalmente las dudas, que acerca del motivo se originarían entre los Parientes, y los

Amigos. Estas idéas abultadas por mi pasion, dieron motivo á mi desvelo: llegó el alba finalmente, y dexámos la cama. El fiel, y prudente Roberto conoció, que en la noche pasada havia mi fantasía aumentado mis tristezas, por cuyo motivo renovó sus expresiones, que apoyó con la razon; y sacudida en parte la conturbacion de mi mente, quiso, que tomáse algun alimento, despues del qual me presentó un vaso de vino de Borgoña, que restauró alguna cosa mis fuerzas. Acabado el desayuno, me asió Roberto de la mano, y me conduxo à la toldilla de la nave, en donde me hizo observar un expectáculo nuevo à mis ojos. No se descubría tierra por parte alguna, ni otra cosa, que cielo, y agua; uno, y otro terminado por un vasto orizonte.

Observad, mi amado Enrique, me dixo entonces Roberto, la inmensidad del mar, y vuelta del cielo, y os parecerá, que en toda esta máquina no se encuentran otros habitadores que nosotros; y en verdad, que está mui poco distante la tierra, que no descubrimos, porque lo débil de nuestra vista, y lo cónvexo del mar lo impiden: De aqui deducid la grandeza de nuestro globo, pero mucho mas la capacidad del cielo, siendo nuestra tierra en su comparacion mucho menor, que un grano de arena, en parangón de todo el globo terráqueo. Pero no se quedan aqui, añadió, las expeculaciones de una mente philosóphica; la qual, no obstante la debilidad de los sentidos, y principalmente la de el de la vista, há sabido, mediante las relaciones, confrontaciones, y razones geométricas, penetrar, hasta donde no se puede llegar con los ojos. En aquel caos in-

inexplicable de infinidad de cosas, ò de posibles se pierde nuestro entendimiento, el qual estrechandose en solas sus proporciones, no puede señalar los límites, que le contienen. ¿Y qué serémos, pues, nosotros, considerados à vista del Universo? Dexolo à vuestra consideracion; no obstante, tiene tanto cuidado el Altisimo de criaturas tan pequeñas, como si nosotros solos fuesemos la obra de sus manos. ¡Qué sentimientos de gratitud para con un Padre tan generoso, y qué humilde idéa de nosotros mismos, no nos sugiere esta justa consideracion! Pensad, à la verdad, mi querido Amigo, que poco es lo que haveis perdido, separandoos de la casa de vuestro Padre, y poniendoos en manos de la Providencia, que sabrá para todo encontrar ministros, por cuyo medio os dispense sus beneficios, como lo supo hacer en vuestra patria, sirviendose de la mano de vuestro Padre: Este no os daba sino es aquello solo, que Dios quería, que fuese vuestro entre todas sus criaturas; y este mismo Dios, si de él no os alejais con acciones contrarias à su voluntad, y à las leyes eternas, que están impuestas à los hombres, sabrá en un todo continuar con su asistencia, subministrandoos aquellos socorros, que verá, convienen à vuestra naturaleza, y necesidades.

El fin de este discurso me hizo conocer la intencion, que llevó Roberto en proponerme la precedente consideracion, y en querer, que mis proprios ojos descubriesen la grandeza del mar, y del cielo. En efecto me hallé mas confortado, y le dí gracias por el cuidado amoroso, que se havia tomado de consolar à un Amigo afligido. Aún no es

esto bastante, añadió Roberto; quiero que mientras dure nuestro viage, hagamos un buen uso de el tiempo, y que distribuyamos las horas de modo, que nos aprovechen. Nos aplicarémos en algunas de la noche à examinar las constelaciones celestes, y el periódico gyro de los cielos; observarémos los movimientos de los Planetas, y todo lo acomodarémos al systéma universal. Por el dia trasladarémos al papel estas observaciones; describirémos todos los accidentes del viage, y quando desembarcasemos en alguna Provincia, indagarémos sus costumbres, la qualidad del terreno, sus productos, govierno, artes, y ciencias; y confrontando todas estas cosas con las nuestras, acaso hallarémos, que no es tanta la diferencia, que se halla entre pueblo, y pueblo, à lo menos en quanto à lo esencial, y que una justa balanza equilibra los bienes, y los males, à fin de que los vivientes tengan igual porcion en todos ellos. Estas cosas las escribirémos igualmente para nuestra diversion, que para utilidad, acaso, de los amigos, à quienes comunicarémos nuestros descubrimientos, y reflexiones. Además de esto, emplearémos algun tiempo en la lectura, porque ésta sirve mucho para avivar el espíritu, y mas para reflexionar, y deleitar la mente yá cansada, con las ingeniosas, y útiles fatigas de otros. Acepté con gusto la oferta de mi Amigo, y dexé à su buen juicio la disposicion, de lo que se havia tratado. Estableció, pues, que luego que dexasemos la cama, empleasemos una hora en el rezo, à la que seguiría el desayuno; que sucedería à esto escribir los discursos de las observaciones nocturnas, y despues la conversacion con los

Ami-

Amigos , para recrear el espíritu ; que finalizada ésta , leyesemos en las Historias Romana , y Griega, hasta la hora de comer ; y lo restante del dia sería empleado en discursos , y reflexiones , acerca de lo que se havia leído , à que se añadiría una hora de leccion , y conferencia sobre la Odiséa de Homero, por tener relacion los sucesos de Ulises , con los accidentes , à que están sujetos los viageros ; puesto el Sol gastariamos otra hora en nuestras oraciones, y luego las primeras de la noche estariamos al descubierto en observacion del curso de los cielos.

Seguimos todo este método con una exactitud escrupulosa sin interrupcion alguna , sino quando estabamos en tierra , y entonces en vez de nuestras ordinarias ocupaciones , haciamos un atento examen de aquellos Pueblos , en que nos hallabamos. Fuéron para mí grandes las ventajas , que saqué de estos exercicios ; y puedo decir , que lo poco , que hé aprendido, es todo fruto de esta distribucion. Roberto havia estudiado las ciencias con sábios Maestros , en cuya compañía estuvo doce años , sin separarse jamás de ellos ; y asi , de las instrucciones , que oyó continuamente à aquellos grandes hombres, se havia enriquecido con un conjunto de conocimientos , que le podian hacer distinguido en qualquiera Universidad. Fue mayor causa para alejarle de su Patria , el deseo de aprender mas , que los proprios intereses, pero él sabía unir lo uno con lo otro. Si no se huvieran perdido los escritos , que formabamos de nuestras observaciones , ellos solos pudieran dár alguna muestra de su mérito ; pero el naufragio , que voi à contar , me robó aquel tesoro, que Yo cuidadosamente huviera conservado. El

cie-

cielo, que nos preparaba, para vér cosas singularisimas, nos privó de aquellas memorias, cuya pérdida puede resarcir Roberto, quando quisiere.

CAPITULO IV.

Corren borrasca, y los dos en un Esquife llegan à tierra.

YA havia Yo alcanzado aquella entera tranquilidad, que en toda mi vida aún no havia experimentado, y que era conseqüencia del juicioso método establecido por Roberto, pues con la variedad de las ocupaciones, lograba distraher la imaginacion, y separarla de aquellos molestos, y conturbados pensamientos, que entristecen al alma; y yá enteramente me havia puesto en manos de la Providencia, que adoraba con sincéro, y devoto corazon, admirando sus operaciones para con las infinitas criaturas de innumerables especies, que se hallan esparcidas sobre la tierra. Quando llegabamos à qualquiera Pais de aquellos, en donde son las costumbres tan diversas de las nuestras, y en cuyos Pueblos parecen los hombres como de especie diferente de nosotros, yá por el color, y configuracion del cuerpo, yá por el modo de pensar, y pasar la vida; no caía en la culpa de aquella vergonzosa, è injusta maravilla, que comprende à la mayor parte de los hombres, y que es efecto de una ciega, y sobervia ignorancia: De aqui es, que sabía compadecerme de los yerros, que hallaba acerca de las leyes de la humanidad; y sin violencia alababa aque-

aquellas costumbres, y obras, que vía conformes à la razon: huía la necia temeridad de apellidar bárbaro, y extravagante à un Pueblo, ò porque seguía máximas diferentes de las nuestras; ò porque desterrados el luxo, y superfluidades, vivia en una natural simplicidad; ò porque los usos, vestidos, mantenimientos, habitaciones, y otras cosas semejantes me parecian nuevas. Bien puede juzgarse, no se llega à tal término, sin un atento estudio de sí mismo, y de los demás; para adquirir esta indiferencia philosóphica, no se necesita mas, que suspender los juicios, que produce el amor proprio; consistiendo este adelantamiento, en deshacerse de aquellas preocupaciones, que tenazmente se fixan en nuestra alma, y que no tienen otro principio, que una temeraria ambicion, mediante la qual, solo aprobamos las cosas, que dicen alguna relacion con las nuestras, y desaprobamos las que no la tienen. Conocí ciertamente, que lo general de los hombres no estudia en otra cosa, que en engañarse, y que el primer paso hácia la verdad es destruir la mayor parte de las primeras opiniones.

No debia durar mucho esta tranquilidad del ánimo, porque la Providencia me havia destinado à una rigorosa prueba antes de concederme este dón celestial. Quando me acuerdo de los caminos, por donde Dios me ha conducido antes de ponerme en aquel estado de paz, en que al presente me hallo, ¡ò! quan adorables me parecen sus santas disposiciones! Yá havian pasado quatro meses desde la salida de nuestra Patria, tiempo, parte gastado en el viage, y parte en los Pueblos forasteros, quando llegamos al Cabo de Buena-Esperanza: Creíamos detenernos

allí algunos meses, pero el Capitan, mas sagáz, y experimentado, que nosotros, juzgó deber partir, luego que se hiciesen las necesarias provisiones, no queriendo hallarse en el mar en tiempo del Invierno, pues yá estaba bastante avanzada la estacion. Prontas todas las cosas para la marcha, navegamos algunos dias en el Oceano con viento favorable; pero éste cesó bien presto, siguiendose inmediatamente un viento de Norte, que causó una horrible borrasca; no me detendré en descrivirla, pues no tengo el génio de ciertos viageros, que creen, consiste todo el valor de sus relaciones en mover la compasion de sus lectores con las desgracias, que han sufrido, ni estoi en estado de particularizar un lance de los de mi vida, que aún el dia de hoi me hiela la sangre en las venas, quando dél me acuerdo. Fué el caso, que por espacio de tres dias estuvimos hechos juguetes del mar, y llevados adonde el viento nos impelía, sin que el Piloto, ni los Marineros pudiesen sostener el govierno de la nave: Al fin, fuimos arrojados con fuerza, y ligereza terrible contra un banco de arena, de modo que se hizo pedazos. Todos los pasageros procuraron salvarse, unos nadando asídos à una tabla, otros en el esquife: Yo no sabía lo que me hacía, y quando estaba quasi determinado à tirarme al mar, me detuvo Roberto, que me habló de esta forma: No se diga, ò Amigo, que vos mismo os procurais la muerte con resolucion desesperada; no serémos nosotros solos, los que en peligro semejante à éste, en que nos hallamos, han sido salvos por mano de Dios, si con humilde resignacion esperamos en su Magestad el éxito de nuestra suerte.

Esté-

Estémos, pues, dispuestos à quanto sea de su voluntad, y no aceleremos nuestra ruina, arrojandonos nosotros mismos en brazos de la muerte. El terror apenas me dexaba libre el entendimiento, para poder reflexionar las insinuaciones de mi Amigo; pero él intrépido me asió por un brazo, y me sugirió todas aquellas razones, que podian hacerme mudar de pensamiento.

Haviamos quedado solos los dos en la nave, sin saber el suceso de nuestros infelices Compañeros, que segun todas las apariencias, quedarían sepultados en el mar. Roberto, que unía à sus muchas virtudes aquella, sin la qual no son mas que vanidad las otras, esto es, la de la Religion, me inspiró el único, y verdadero partido de recurrir al Altisimo en este trabajo, rogandole, dispusiese de nosotros segun nuestro mayor bien, y su eterna voluntad. Me dió despues exemplo, poniendose de rodillas; Yo le segui, y los dos hicimos al cielo las mas fervorosas súplicas, y los mas sincéros votos, del modo que saben los hombres orar en semejantes casos; iba entre tanto calmando el viento; pero nosotros no dexabamos de encomendarnos al Altisimo. Sea, pues, que por efecto natural debió finalizarse la tempestad; sea, que Dios apiadado de nuestra calamidad, y escuchando nuestras oraciones, quisiese oírlas; en poco tiempo cesó absolutamente el dicho viento, y miramos con placer quietas las olas, y sereno el cielo. Roberto entonces me convidó à dár gracias à Dios por el favor, que nos havia concedido, y à pedirle otro mayor, que era poder llegar à tierra, que en realidad la viamos mui próxima. Tomamos, pues, un pequeño esquife, que havia quedado en

el buque, y lo botamos al mar; despues nos armamos para defendernos de las béstias feroces, que pudiesemos encontrar; embarcamos nuestros libros, algunas cosas mas necesarias, y un corto bastimento de boca. Con tal carga nos encaminamos hácia tierra, adonde arribamos una hora antes de ponerse el Sol. Desembarcamos al punto nuestras provisiones sobre la arena, y seguidamente dimos gracias de nuevo al Señor del Universo, por havernos librado con tan especial ayuda de las garras de la muerte. El País estaba cercado de la parte del Oriente de altos, y enmarañados montes; en ellos nos acogímos dentro de una caverna con toda la ropa, que nos havia quedado del naufragio. La cueva era grande, y recibía la luz por un agugero, que tenía por la parte superior; cerramos su boca con ramas, y espinos por miedo de las fieras, y en ella nos restauramos, tomando alimento, y despues de él algun reposo.

CAPITULO V.

Hacen los dos Amigos su habitacion dentro de una gruta.

LA luz, que entró por la sobre dicha quiebra en la gruta, nos hizo sacudir el sueño, y echandonos fuera de ella comenzamos à consultar entre nosotros, qué partido deberiamos tomar para mantenernos en aquella situacion, sin arriesgarnos à pasar los montes, en donde ignorabamos los peligros, que podiamos encontrar por razon de los

ha-

habitadores del País, ò por las béstias, que nos asaltasen. Bien que no supiesemos à punto fixo qual era el parage en que nos hallabamos, juzgamos por la direccion del viento, que havia movido la tempestad, estabamos en las tierras Australes, en lo que despues, mediante la observacion de las estrellas, nos aseguramos. Sabía muy bien Roberto, que antes de nosotros ningun Européo havia reconocido aquellas tierras, pero no me puso en recelo; fuera de esto, à causa de la altura del Polo Antárctico, no se hallaba mui seguro, (aunque lo calló, por dexarme alentár con la esperanza) de que havría embarcacion, que poniendo la proa à aquellas playas, algun dia pudiese sacarnos de aquel desierto. Nuestro estado era bastante infelíz, porque toda la confianza, en que podiamos fundarnos, se cifraba en las cortas provisiones, que haviamos trahido; debiendo en lo sucesivo mantener la vida con la pesca, que nos subministráse el mar, y la fruta silvestre de aquellos campos, que puesta à secar, nos serviria de provision para las estaciones lloviosas, y rígidas; pero la dificultad mayor consistía en encontrar agua, pues si nos faltaba, nos reduciría infaliblemente à la última miseria; y asi, el primer cuidado de Roberto fue proponerme, el ir en busca de algun arroyo, que, segun todas las apariencias, no podia faltarnos entre tantos montes: Nos armamos para esto con quatro pistolas cada uno, y nos colgamos al lado la espada; asi equipados, trepamos con infinito trabajo por aquellos despeñaderos, y al cabo de una exacta diligencia nos conduxo la suerte al descubrimiento de un manantial que brotaba con abundancia un agua cristalina, que gustamos, y aproba-

mos

mos por de un sabor mui agradable : Alegres con un descubrimiento tanto mas precioso, quanto poco distante de nuestra gruta, nos volvimos à la playa, donde probamos nuestra suerte con la pesca, colgando de una vara un hilo, y de éste un anzuelo, que nosotros toscamente fabricamos. De tiempo inmemorial gozaban en aquella playa perfecta seguridad los peces, y acaso fuimos nosòtros los primeros, que en ella les armaron asechanzas ; de aqui puede deducirse, que no fue escasa la presa. Inmediatamente sacamos fuego de un pedernal, y cortadas algunas ramas, hicimos una grande hoguera, en la que prontamente se compuso nuestra comida, con notable gusto de entrambos, pues yá nos viamos remediados contra el hambre, y la sed. Comimos, pues, el pescado, que era de un sabor exquisito, à que añadímos algunas frutas, que, aunque silvestres, nos parecieron de mui buen paladar, y ultimamente nos refrigeramos con la bebida del agua de nuestra fuente. Sea, que despues de los males extremos qualquiera pequeñisimo bien aparezca delicioso ; sea, que la comida que se adquiere con las proprias fatígas tenga un sainete mas agradable ; puedo decir, que en toda mi vida havia comido con mas gusto, que esta vez. Roberto alegre de rostro sazonaba la comida con su agradable, y jocosa conversacion, y Yo, en quanto me lo permitía la mediocridad de mi genio, seguia coadyuvando con mis palabras à la jovialidad de mi Amigo. Haviendonos levantado de la arena, que nos sirvió de sillas, y de mesa, dabamos un largo paséo por la playa, quando Roberto me hizo el siguiente discurso.

Sea-

Seamos nosotros, dixo, ò Enrique, un modélo de los primeros hombres, que habitaron sobre la tierra, à quienes subministraban el sustento la caza, y la pesca, sin que conociesen otra bebida que el agua. Ni la ambicion, ni la rapiña, ni el querer desordenado reinaba en sus ánimos, antes bien solas las voces de la naturaleza formaban sus deseos, y luego, que se miraban satisfechas, y contentas sus necesidades, se hallaba, à la verdad, quieto su espíritu. Nosotros, pues, no nos podemos llamar menos felices que ellos; antes gozamos aquellos bienes, que solicíta la union de los hombres, como es el conocimiento, que es el fruto de las invenciones, y los sudores de un millar de los mas sublimes ingenios, sin las incomodidades, que suelen provenir de la misma sociedad. ¡Felices nosotros, si supiesemos tomar el gusto à una vida tan quieta hasta el fin de nuestros dias! Pero temo, no sea posible à nuestra inconstancia contentarnos por largo tiempo con un estado, que se contiene en los estrechisimos límites de la naturaleza, sin desear aquellos bienes, que son efectos de la sagacidad humana, entre los que hemos nacido, y los que una educacion menos sencilla nos há representado como necesarios. Confiesote, amado Enrique, que à todo me acomodaré gustoso, exceptuando el haver de renunciar el felíz placer de poder ser útil al resto de los hombres, lo que miro imposible en el estado, en que me hallo. ¡Yo, pues, haviendo recibido infinitos beneficios del género humano, no lograré recompensar con mis operaciones aquella utilidad, que hé sacado de los otros! Verdad es, que la imposibilidad me absuelve de una culpa, que me serviría de

gra-

gravisima inquietud, si por mi voluntad faltáse à las obligaciones de Ciudadano, y de Hombre; pero esta misma imposibilidad me aumenta el deseo de executarlo. ¿Además de esto, qué nos harémos? Tenemos pocos libros, y su lectura, aunque repetida, no nos sugerirá mas que limitadas reflexiones; nos falta papel, y tinta para ir escribiendo nuestras observaciones; las ocupaciones están en breve despachadas, y asi en el resto del dia nos quedarán horas supérfluas; à éstas seguirá el ócio, y al ócio la desidia, madre de la tristeza. Conviene pues pensar sériamente en este punto, y formar un método de vida el mas activo, y menos fastidioso, que sea posible.

Quien quisiere reflexionar nuestro suceso despues del padecido naufragio, verá quan justas eran las consideraciones de Roberto, el que sabía, que la felicidad de los hombres consiste, en que una à otra sucedan las ocupaciones, y que despues de la fatiga, se dé lugar al recreo del cuerpo, y del espíritu, sin lo qual se rendirían las fuerzas, y acabaría la vida; y por el contrario si la inaccion, y el divertimiento duran sin intermision, se encuentra el corazon humano en una especie de tédio, que le enfadan aún los mismos placeres. El arte, pues, de interpolar en esta forma las horas del dia fue necesariamente introducido en el Mundo por aquellos Legisladores, que llegaron à comprehender el temple del corazon humano; y observé despues mediante la lectura, que aquella sociedad tuvo mayor duracion, que entendió mejor esta máxima, y supo aptamente aplicarla. Yo bien que no comprehendiese à fondo la proposicion de Roberto, con todo, la alabé;

y como él havia sido mi guia en todas circunstancias, despues de la salida de nuestra Patria, por tanto le rogué, dispusiese aquello, que mejor le pareciese, sometiendome enteramente à sus talentos. En esta situacion, respondió Roberto, encuentro millares de objetos de séria, y deleitable ocupacion, que nos pueden ir conduciendo cada vez mas, à conocer aquellos bienes, que la mano del Omnipotente nos há dispensado, y de aqui se despertarán en nosotros con mas viveza los sentimientos de gratitud, que jamás se excítan suficientemente en nuestras almas. De todos estos objetos, que la naturaleza nos presenta delante de los ojos, quiero, que solo escojamos dos para hacer en ellos el atento examen, que incesantemente nos conducirá à un fin tan bueno. Estará, pues, ò Amigo, à vuestro cuidado, recoger de entre estos peñascos aquellas yervas, que mas nuevas se representen à vuestro conocimiento, las examinarémos las raíces, las flores, que suelen producir, las frutas, las semillas, y en suma reflexionarémos sobre ellas, y su eficácia, siguiendolas, para decirlo asi, desde su primer origen hasta su extincion. Con esto aprenderémos las variedades de estos vegetables, y à fuerza de examen llegarémos tal vez à comprehender el uso, à que la naturaleza las destinó. Aunque este estúdio necesita una trabajosa atencion, tambien subministra un placer no corto, que crecerá al paso de los descubrimientos, que irá haciendo nuestra paciencia philosóphica. Ved quanta extension tenga un estúdio semejante, y si es inmensa la materia, que os propongo: Yo para mí reservo otro tal vez menos útil, aunque mas trabajoso, que es andar buscando por

estos montes aquellos insectos, que no son conocidos en Europa. No se puede creer, quánta luz ha comunicado à la Philosophía natural la atencion, que à los nuestros merecen los insectos: Yo, pues, examinaré sus huevezuelos, que procuraré recoger, los contemplarémos interiormente por medio del microscopio, verémos, qué pasos sigue el feto antes de sazonarse, despues indagarémos los diversos estados de estos insectos hasta su muerte. Asi, pues, respondí, quede establecido entre nosotros; pero tened presente, Roberto, que havré menester continuamente vuestra asistencia, porque mui bien conozco quán grave sea el encargo, que se me encomienda, y tanto de mayor entidad, quanto Yo soi nuevo en las experiencias, y reconocimientos physicos. Roberto prometió ponerme en camino para este estúdio, como en efecto lo executó: En virtud de esto, pasamos la vida en nuestra caverna por espacio de mas de dos meses, consumidos en los ratos de descanso, y en aquellas horas, que haviamos destinado à nuestro exercicio de lectura, y meditacion; y el resto del tiempo trepando de tronco en tronco por los cerros en busca de yervas, è insectos, ò procurando en las playas defendernos del hambre por medio de la pesca. Si quisiese aqui numerar todos los trabajos, que tuvimos que sufrir en la estacion, en que nos acaeció el naufragio, cansaria la paciencia de mis lectores; propónganse, pues, las incomodidades, è intemperie, à que estuvimos expuestos en tiempo de Invierno, y figurense, que en el infelíz estado, en que nos hallabamos, teniamos necesidad de infinitos socorros, de que era imposible proveernos; y por aqui podrán formar alguna idéa proporcionada

à nuestra situacion. Omitiré en lo sucesivo las circunstancias de las estaciones, porque de nada sirve hacer estas descripciones, en que no se interesa lo esencial de la Historia; y bastará para todo el remanente de mis sucesos haver puesto en este lugar semejante declaracion.

CAPITULO VI.

Hace Roberto un nuevo descubrimiento del País.

UN dia, en que Roberto me havía encargado me quedáse en la playa para el cuidado de nuestro alimento, mientras él iba en busca de sus insectos; Yo andaba paseandome por la marina, discurriendo cómo sorprehender à mi Amigo, previniendole para comer alguna vianda, que hasta entonces no huviesemos gustado en nuestro desierto. Ví por ventura junto à la arena muchas conchas, y luego se me previno juntar una porcion de ostras, que segun le havia oído decir, eran para él comida regalada; despues de un corto trabajo, llegué à encontrarlas, y en efecto eran de tan exquisito sabor, que las nuestras en su comparacion serían una vilisima vianda: En cierta red, que haviamos fabricado, y Yo havia echado al agua, encontré un pez de extraordinario tamaño, por lo que alegre con mi duplicada felicidad, marché cerca de la cueva para tener pronta la comida à mi Amigo, porque quando volviese cansado de sus indagaciones, tuviera el gusto de vér preparada una mesa mas opípara, que lo diario. Hice fuego para

cocer el pez poco antes del medio-día, computando, que la hora, en que, segun costumbre, debia arribar mi Amigo era puntualmente la oportuna para hallarlo todo dispuesto: Pero llegada ésta, no vino; tuve, à la verdad, paciencia por algun mas tiempo; pero viendo el dilatado, que pasaba, y que él no parecia, recibí tal pena, qual si yá le huviera perdido de todo punto. ¡Con quanto fervor invoqué en aquel suceso à el Cielo, no haviéndo en toda mi vida tenido un dolor à él semejante! Llamaba à gritos à Roberto, y yá se me figuraba despeñado por aquellos precipicios; yá devorado de las fieras; y yá finalmente, perdido por algun otro desprevenido acaso.

Si mi Lector usa la benignidad de imaginarse en mi estado, conocerá suficientemente quáles deberian ser mis pensamientos en tan horrorosa situacion, y qué terribles imágenes se presentarian à mi entendimiento, en tan lúgubres circunstancias. Yo creía sin remedio perdido mi único apoyo, à el que el agradecimiento, el interés, la amistad, y todos los respetos imaginables me unian con indisoluble lazo, y sin el qual no me servia la vida, mas que de un gravisimo peso. Aún en el dia de hoi, en pensando alguna vez, cómo me huviera Yo hallado en el caso, que la Divina Providencia huviese dispuesto de Roberto, segun me dictaban mis temores, siento cubrirse mi corazon de tales angustias, que me es forzoso arrojar de mí imagen tan funesta, que no obstante estár separada de la realidad, me llena de tristeza indecible. Puedese creer, no tuve aliento de tomar un bocado. Me senté sobre la arena, y qualquier movimiento de las hojas me hacía vol-

volver

ver la vista por aquella parte, que sentía el ruido; ilusion que no servia, sino de acrecentar la afliccion de mi espíritu. El esperar, que es tan molesto à quien desea un gran bien, para mí era mortal pena. Júzgue mi estado, quien sepa, lo que son amistad, cuidado de la propria conservacion, y todos los bienes juntos. Sobrevino la noche, y no se via, que llegase Roberto, motivo, de que Yo me sumergiese en una total desesperacion. Mis ojos en vez de cerrarse para el sueño, permanecieron siempre abiertos para el llanto, único alivio en mi excesivo, è inexplicable desconsuelo. Rayó finalmente la Aurora, que huviera estimado, traxese el último dia de mi vida, pues yá havia determinado no sobrevivir à Roberto. Mas no quiero dexar de decir que los remordimientos, que siempre acompañan à estas acciones, y los proyectos contrarios à los preceptos de la Religion, de quando en quando se ponian delante de mis desesperados pensamientos; pero en llegando la pasion à ciertos grados, presto desvanece todos los sentimientos juiciosos, y reincide en los primeros delirios; asi se mezclaban mis desesperadas resoluciones, y las reflexiones piadosas, que iluminaban mi alma con las llamaradas de la razon.

La mayor parte de la mañana pasé de este modo, hasta que escuchando rumór cerca de la gruta, y mirando házia aquella parte, ví entrar à Roberto: Fue tan grande mi alegría, que faltó poco, para que me quitáse la vida, yá que el pesar no lo havia hecho: Corrí à abrazarle, como fuera de mí con el júbilo; le estreché à mi pecho con la ternura mas sensible; le besé mil veces, y sin poder

sa-

saciarme de acariciarle , atentamente le miraba, temiendo siempre , no fuese su presencia una ilusion de mis sentidos. Luego que pude recuperar las fuerzas para articular la voz , le expliqué la pena , que havia tenido que sufrir por la larga ausencia , que de mí havia hecho ; y con un suave resentimiento me lamenté de la dureza de su corazon , que havia sido capáz de dexarme en un estado , que pudo ser el punto decisivo de mi vida , à haverse retardado mas su vuelta.

Quando las causas son legítimas , y quasi necesarias , no conviene , respondió Roberto , dolerse de los efectos , ni imputar à delito aquellas acciones , que tienen por conseqüencia una cierta utilidad , aunque éstas al mismo tiempo hayan ocasionado algun disturbio. Yo , añadió, no me hé alexado por puro capricho esta noche de nuestro alvergue ; antes bien como la curiosidad conduxese mis pasos à mas distancia , de la que necesitaba mi encargo , me hallé en el empeño de irme desviando , puesto que los objetos , que me incitaban à proseguir el camino eran de tal naturaleza , que se hacía forzoso reconocerlos. Estando Yo en lo alto de uno de estos montes , advertí mui brillante la cumbre de un collado ; le iluminaba el Sol , y el efecto era parecido , al que se experimenta en el diamante, quando vuelve los reflexos de los rayos de la luz que le hieren : Aunque me imagináse qual pudiera ser la causa de esto , à la verdad , semejante phenomeno no debía ser despreciado de un Philósopho , y yá me hallaba como en obligacion de irle à buscar à aquel lugar , en que se des-

descubría este vivo reflexo, mayormente quando el parage no distaba de mí tanto, que en el término solo de una hora no pudiese satisfacer mi curiosidad philosóphica. Me puse, pues, en camino hàzia aquella parte, y llegando à la colina, observé, que era una masa de cristal de roca, herida de los rayos del Sol. Pero el expectáculo, que mas me sorprendió, fue el descubrimiento de una llanura dilatada, que desde la falda de la montaña se estendía hasta terminar en un orizonte mui distante. Saqué entonces de la faltriquera un anteojo de larga vista, que casualmente havia llevado, y registré, que una cordillera de sierras coronaba aquella larga llanura, y que las que finalizaban à la parte contrapuesta, à la que Yo me hallaba, esto es, al Oriente, parecian por su gran distancia una nube. Mucho me alegré con este hallazgo, y comencé à buscar con la vista alguna habitacion, que me figuré, no podia faltar en una llanura tan dilatada; pero los árboles, que eran altisimos, me quitaban seguramente el gusto de algun descubrimiento; digo seguramente, porque en medio de aquellas elevadisimas plantas se registraba un hueco de grande extension, que me parecia Ciudad, ò Lago: Para mejor investigar la vérdad, subi sobre un vecino cerro mas alto, que el antecedente, desde donde en efecto descubrí, que, como lo havia juzgado, era aquel espacio una Cíudad, segun yá claramente lo demonstraban los capiteles de sus torres. No contento de esta evidencia, busqué un monte mas elevado, desde donde pudiese descubrir con especialidad las fábricas mas sobresalientes, esto es, aquellas, que por su magnificencia son las primeras, que se distinguen; acabé entonces de vér

por

por mis proprios ojos, que no havia sido falsa la primera presuncion, por lo qual sentí interiormente una indecible alegría, y gasté mucho tiempo, volviendo à vér aquella nueva deliciosa escena, que espero, sirva de objeto à nuestra aplicacion, y estúdio. Estaba el Sol en términos, que quedaban yá pocas horas de luz: Era à la verdad, empresa arriesgada atreverme à volver, por que no teniendo entero conocimiento del camino, podía perderme entre aquellas sierras en horas tan peligrosas; y tambien por los encuentros, que podian presentarseme, y por los precipicios en que podia dár, de los muchos que hai en aquellas montañas. En virtud de esto consumí el resto del dia en buscar algun asylo, en que pasar la noche, que yá estaba vecina. Retiréme à una cueva, en donde despues de comer algunas yervas silvestres, y de beber de un arroyo una agua no mui limpia, me puse à dormir gustosamente sin otro sentimiento, que el de pensar la situacion de mi amado Enrique con mi falta. Ved aqui, Amigo, el motivo de mi ausencia, à la que me conduxo la necesidad, causada en primer lugar, de la curiosidad, y despues del útil, que puede sacarse del descubrimiento de un nuevo País. Conviene, pues, resolvernos à tentar nuestra suerte, y mañana, si gustais, comenzarémos à emprehender nuestras aventuras, con todas aquellas cautelas, que sugiere la prudencia, y en todo acontecimiento, no nos faltará refugio en nuestra gruta. Yo me consolé con las palabras de Roberto, y aquel dia comimos con entero gusto. Todas las horas restantes para la jornada nos aplicamos à pensar en nuestra futura hazaña, y Roberto me dió mil sábios consejos, necesarios para la em-

empresa, à que yá nos disponiamos inmediata-

Patino, sculp.

empresa, à que yá nos disponiamos inmediatamente. ¿Quién podrá formar una justa consideracion sobre la facilidad, que tienen las esperanzas para encantar, y sacar fuera de sí al espíritu humano? Estas esperanzas impélen por lo general à los hombres à las grandes, y temerarias empresas, como Yo tengo experimentado en mil lances de mi vida, de los que me huviera librado la prudencia: Pero en vano son las razones, mientras se tiene la mira, de que pueda mudar de semblante la fortuna. No obstante, confiesese la verdad, muchos han fabricado su precipicio, por asentir à las propuestas de sus imaginaciones; otros han labrado su dicha, siguiendolas; pero todos los hombres se lamentan de haver dexado huir el punto de su fortuna, por haver estado mui escrupulosamente aligados à las consideraciones. Disculpe, pues, mi lector nuestra resolucion, y tenga à bien proseguir la lectura de nuestra Historia.

CAPITULO VII.

Encuentran los dos Amigos una Casa de Campo, y lo que en ella les sucedió.

AL siguiente día despertamos à buena hora, y nos dispusimos para la partida: Armámonos cada uno con quatro pistolas, la espada, y un grueso palo, con que poder sostenernos entre aquellos derrumbaderos, y defendernos de las fieras, que acaso encontrasemos. Roberto llevó consigo su anteojo, y Yo me eché en la faltriquera un libro intitulado: *Ensa-*

yos del Señor de Montaña. Con tales arréos estabamos dispuestos para la marcha ; pero antes de abandonar nuestra gruta , cerramos la entrada lo mejor , que nos fue posible , para que no nos quitásen las pocas alhajas , que haviamos librado del naufragio , y que no podiamos llevar con nosotros. Vednos yá , pues, en viage , y prevenidos de una generosa , y abundante provision para poder resistir la incomodidad del camino , hasta tanto que pudiesemos hallar la comida que necesitásemos. Pasadas algunas horas, arribámos al monte , desde donde Roberto havia hecho su primer descubrimiento , y aqui me proporcionó gozar de la vista de una vasta llanura , y una muchedumbre de habitaciones, que se descubrían por medio del anteojo. Satisfecha esta curiosidad , baxámos de la montaña , y nos hallamos en el llano, como una hora despues de medio-dia , recobramos allí las fuerzas con alguna comida ; y despues me dixo Roberto , que era necesario buscar por aquella campiña alguna casa de aldeanos , ò la guia de algun pastór para observar el genio de los habitantes , con lo qual podiamos formar el plan de nuestra empresa. Era amenisimo aquel campo , los sembrados considerables , y en sazon, los árboles cargados de fruta , y se encontraban freqüentes arroyos , que lo regaban todo ; parecía un jardin , y los objetos que se presentaban à nuestros ojos , formaban una de aquellas delicias , que la pintura suele con freqüencia representar à nuestra vista , pero que jamás , ò mui raras veces nos hace gozar la naturaleza.

Despues de haver solicitado por largo tiempo encontrar alguna habitacion , descubrimos una, que

què estaba rodeada de frondosas encinas, que la servían como de defensa, ò muralla. Nos encaminamos hácia ella, y luego que llegamos cerca de la puerta, advertimos delante de nosotros dos pardos, y disformes Monázos, uno macho, y otro hembra, sentados sobre un banquillo próximo à la entrada de la casa. ¡Oh Dios! que sorpresa fue esta para nosotros! La hembra tenia al rededor de los lomos rodeada una saya de cierta tela tosca, el cuerpo igualmente cubierto con un vestido de lo mismo, y sobre la cabeza llevaba una especie de sombrero, hecho de hojas de palma; el macho tenia un vestido, que caía desde el cuello à los pies, y estaba con la cabeza descubierta. Luego, que nos vieron, se quedaron suspensos por un rato; se pusieron en pie, y nos examinaron atentamente; y quando Yo creía, que havia de salir una gran cosa de atencion tan séria, prorrumpieron los bestiazas en tan feróz carcajada, que se ofendió no poco mi delicada vanidad: Particularmente la hembra no podia detener la burla, y por cierto, Yo me huviera dado por sentido, à no haverme advertido Roberto con voz baxa, que no era aquella ocasion, ni tiempo de sostener una seriedad, que huvieramos entonces perdido con mas vergüenza, y con inminente peligro de la vida, si nos huviese sugerido el resentimiento una delicadeza nada oportuna. Soseguéme, pues, esperando el fin de tener, que servir de objeto de bufonada à estos dos asquerosos brutos. Dió luego la hembra un grito articulado, à cuyo chillido acudió à la puerta de la casería, que servía de estancia à nuestras béstias, una caterva de Monillos, entre los quales los havia de todas

edades : A este tiempo sí que fue la comedia universal ; qual de estos nos miraba , y echaba à reir; qual registraba nuestras pelucas blondas , creyendo, que era el pelo natural ; qual nos agarraba las extremidades de los vestidos ; y despues entre sí balbucientemente hablaban ; pero todos últimamente acompañaban su admiracion con aquellas burlas, que no son proprias sino de los espíritus débiles, quando se les presentan cosas para ellos nunca vistas. Uno de estos pequeñuelos tenia una caña en la mano , y à medida del acostumbrado instinto de su edad nos andaba dando golpes con ella , yá en las piernas , yá en los brazos , à semejanza de lo que hacen los nuestros con las Monas. ¡ Qué bueno era entonces vér à dos hombres nacidos en uno de los Países mas cultos de la Europa , que es por cierto una parte del mundo , mas cultivada incomparablemente , que las demás ; qué buena vista , repito , dos hombres sirviendo de materia de juguete à unos animales , que por el contrario , en la comun estimacion son los mas viles , y despreciables del Universo! Aprendan con este nuestro exemplo aquellos sobervios genios , de los que no se dignan baxar la cervíz en presencia de aquellos , à quienes el cielo há concedido un estado de vida mas lleno de riquezas , y honores; aprendan estos à conformarse de una vez con el orden en el mundo establecido , que es el nervio , y basa de la sociedad. Otro chicuelo fue corriendo al paraje , donde comían los puercos , y trayendo unas quantas peras medio podridas , nos las tiró para que las comiesemos. Este trato de béstias me hizo temer peores consequencias , pues inferia , que ellos entre sí se havian convenido , en que eramos bru-

brutos ; este mismo juicio se hizo Roberto, el qual para mostrarles, que estabamos dotados de razon, les dió à entender por señas, que queria otra comida, repugnando la de las peras ; despues les pidió alojamiento para aquella noche con demonstraciones tan claras, que Yo mismo quedé admirado del arte, con que lo havia executado.

Mudóse la escena en un momento, porque la Mona vieja, despues de aquellos pasatiempos, comenzó à temblar, y (como despues supimos) francamente decidió, por ser la mas sabída de la familia, que éramos encantadores, y que convenía atarnos, para que, aunque recuperásemos nuestra propria figura, no fuesemos capaces de ofenderlos: Pero como les era forzoso pensar el modo de executarlo, se tuvo un congreso de toda la familia ; y nosotros entretanto, no pudiendo adivinar cosa alguna de sus idéas, ni de la causa de tan grande mutacion, estabamos discurriendo, qué podria sucedernos. Amigo, me dixo Roberto, conviene tomar el tiempo como venga, no por demasiada fogosidad, nos fabriquémos nosotros mismos el último daño. Dexémos obrar à éstos, sin valernos de nuestras armas sino en extremo riesgo, y aseguraos, de que el cielo nos asistirá : Sus confabulaciones, segun hé notado, proceden del miedo, que han concebido de nosotros, por haver conocido que estamos dotados de razon ; este mismo temor pasará con el tiempo à confianza, y ésta nos conquistará su cariño. Apenas havia Roberto finalizado estas palabras, quando nuestros Monos nos convidaron à entrar al recinto de su habitacion ; pero ante todas cosas observamos, que havian echado de allí à los Monítos. Todo se ha-

hacia por señas; con muchos, y diversos movimientos significamos nuestra gratitud, y entramos en el cortijo, acompañados de los dos viejos, y de muchedumbre de otros jóvenes, y robustos Monázos. Havia dentro puestos al Sol, y al aire diversos montones de grano, y Roberto tomaba en la mano algunos de cada especie, y les explicaba lo mejor que podia el uso, que suele hacerse de ellos. Los Monos, inclinando la cabeza, contestaban à lo que Roberto les iba significando; pero observé, que siempre nos tenian en medio, y estaban haciendo rigorosa guardia, no separando la vista de al rededor de nosotros.

Vino à vernos una Mona mocita, cuyo color èra semejante à la tintura de nueces; tenia cortado el pelo hácia la frente en figura circular, y sobre las crines se havia echado ciertos polvos, que hacian un pésimo maridage con el color del rostro; su vestido era azul celeste, bastante curioso, y guarnecido por las costuras con una franja hecha de hojas de árboles de varios colores; la cubría el pecho un velo transparente, y estaba calzada con unas pieles de oveja. Esta, luego que llegó, hizo algunos ademanes, como menear un poco la cabeza, inclinandola sobre la espalda, retirar un pie sin mover el cuerpo, dár una sonrisa con mucho gracejo, y quedarse inmediatamente séria, levantando algun tanto el pecho, como si respirâse, despues de estár conmovida de alguna grave pasion. Infirió Roberto de éstas, aunque ridículas, por lo comun ordinarias demonstraciones, que no la havian desagradado nuestras personas; y se verá en la continuacion de esta Historia, que su inclina-

cion

cion no nos sirvió de poco alivio en los accidentes, que nos ocurrieron en esta casa. Llegó la hora de la cena, à la que fuimos convidados con la mayor cortesía; pero executaban estas urbanidades, sacando fuerzas de flaqueza, como de ellas mismas lo congeturábamos. Esta cena se componia de unas poleadas, y páxaros, que ellos havian cazado: Los dos cenámos poco, y durante la mesa no omitimos quanto pudiese conducir, à que formasen una ventajosa idéa de nosotros; no dexó de producir efecto, porque conocimos, se havian originado en la familia algunas contiendas à cerca de nuestras personas; pero la vieja à qualquiera cosa, que los otros decian, se encolerizaba fuertemente, y dió una bofetada à la joven, de quien hablamos poco há. Acabada la cena, nos presentaron cierto licor para beber, que nosotros no admitiamos, por quanto no conociamos, que bebida fuese aquella; pero haviendola probado uno de los convidados, no pudimos rehusarla: bebimos, pues, y no nos pareció de delicado sabor; pero un sueño improviso bien pronto nos turbó la mente, y por tanto fue necesario ceder à la debilidad de los sentidos. Parecerá imposible, que, creyendo éstos, que eramos hechiceros, hablasen entre sí con tanta libertad de los que podian entenderlos. Si el asunto huviera sido, como ellos presumian, ciertamente nos huvieran servido sus palabras, para no dexarnos engañar, y volver contra ellos proprios sus proyectos; pero facilmente se desvanecerá la estrañeza, si se consideran las inumerables contradicciones, que se encuentran en las relaciones de semejante naturaleza, que tanto se hacen lugar

en

en el genio de las mugeres, y de los hombres necios; gente, que quando se trata de materia de fantasmas, cierra la puerta à toda reflexion; y así quanto mas imposibles parecen, y ridículas à qualquiera, que tiene buen uso de razon, con tanta mayor codicia, y empeño las adoptan los espíritus débiles.

CAPITULO VIII.

Prosiguen los sucesos de la Casa de Campo.

FUE mui largo, y pesado en aquella noche nuestro sueño; despertámos finalmente, y nos hallámos en una cavalleriza, aprisionados con gruesas cadenas; pero el nudo (porque en aquellos Paises no tienen el uso de clavos, y en lugar de ellos se sirven de varios nudos artificiosos) el nudo, repito, con que sujetaron à nuestros pies los hierros, no estaba mui dificil de desatarse, aunque no le pareció conveniente à Roberto servírse por entonces del descubrimiento de aquel artificio para hacer fuga, reservando el uso de él para quando la necesidad lo pidiese. Eran nuestros compañeros en esta cavalleriza un pequeñuelo, y flaco cavallo, dos vacas, un cabrito, y un perro. Luego, que desperté, y me hallé en tan infeliz estado, no pude detener las lágrimas. Mi Amigo estaba pensativo, y taciturno, motivo, para que se aumentàse mi tristeza; por lo qual, advirtiendo éste mi llanto, mostró mas alegre el rostro, y Yo al instante le-

le hice el siguiente discurso: Vednos aqui yá, ò Roberto, reducidos à un estado, à que jamás me pasó por el pensamiento poder llegar. No solo estamos considerados como brutos, è igualada nuestra suerte à la de los que habitan con nosotros en este mismo establo; sino que sin duda nos está aparejado algun género de muerte cruel, como me la hacen temer todas estas prevenciones. Es el morir consequencia infalible del nacer; pero acabar à manos de tan viles criaturas, me causa mayor dolor, que la misma muerte. ¿Y qué, si lo que han determinado fuere, hacer que les sirvamos, ó tenernos para su entretenimiento? Ved, que dura se nos hará una vida tan ignominiosa: ¡Oh, quanto mejor nos huviera estado haver corrido la misma fortuna de nuestros compañeros, que quedaron sepultados en el mar! Se me eriza el cabello con solo proponerseme una idéa de la vida, que nos espera, rodeados de horrorosas béstias, sustentados con despreciables alimentos, aherrojados à una cadena, privados de todo bien, y de consuelo: ¿A quién en tal constitucion le parecerá apetecible el vivir? ¡Oh desdichados Padres, quanto sería vuestro llanto, si pudieseis imaginar, que vuestro Enrique se halla reducido al increíble extremo de ser esclavo de una tropa de Monos, para con los quales está reputado por un animal ridículo! ¡Adorada Hermana, que eras en tiempos pasados todo el consuelo de mis aflicciones, si vieras à tu desventurado Hermano atado con una cadena à un establo como un irracional, qual no sería tu dolor! Ah, Roberto, Roberto, qué será de nosotros! Fingió al punto mi Amigo,

por no aumentar mi amargura, un semblante sereno, y me dixo: No suspiréis tanto, Enrique, que no es nuestro mal tan grande, como lo abultais. ¿Porque estémos en una cavalleriza; porque nos sujeten ridículas Monas; porque al pie nos rodeen estas cadenas, hemos perdido por esto el ser hombres? No, amigo; pues aún podemos obrar con entendimiento, y no se nos hà prohibido vivir unidos, y gozar del placer de la amistad. Verdad es, que es desgraciada nuestra suerte; pero esto no puede durar, y quando nuestros nuevos señores perseveren en condenarnos à este tenor de vida, intentarémos la fuga; y entonces me mostró el artificio, con que estaban anudadas las cadenas. Ved, añadió, como podemos executarlo quando quisieremos; y si intentan cortarnos la huída, nuestras armas de fuego podrán intimidar à los inconsiderados, que tengan el atrevimiento de seguirnos; pero soi de parecer, de que esperémos el fin de esta escena, no obstante los trabajos, que nos cercan: Sabeis que hemos emprendido el viage desde nuestra cueva para descubrir este nuevo País, y para salirnos con nuestro intento debemos exponernos à muchos peligros; y tened entendido, que no somos solos nosotros, à los que hà convenido encontrar gravisimas desgracias antes del lógro del fin, que se han propuesto: Todos aquellos, que han viajado para vér países, y pueblos no conocidos, se han expuesto à excesivos riesgos, y las grandes empresas no se terminan sin pasar por dificultosisimos medios: Finalmente no se logra en las aventuras un fin útil, y glorioso, sino por medio de infinitos trabajos; porque en este mundo es

es generalmente proporcionado el precio al valor de las cosas, séase éste real, ò quimérico. Además de esto en el estado presente, por mas indigno, que sea para nuestro sér, podemos hallar el deleite, y utilidad, que no pensamos: Nosotros hemos trahido el libro del Señor de Montaña, en cuya leyenda pasarémos algunas horas; y despues tratando con estos Monos, puede ser, que poco à poco lleguémos à dominarlos: No será corto el gusto, quando los examinémos, y hagámos, que admiren nuestra conducta. Ea, pues, Enrique, buen ánimo; poneos enteramente en manos de la Providencia, y servíos, como Yo, de la razon, para lograr buen éxito en las presentes circunstancias.

Este discurso de Roberto hizo calmar algun tanto mis cavilaciones; inmediatamente él se valió de la tal qual tranquilidad de mi ánimo para confirmarme en la fortaleza; y abriendo el dicho libro comenzó la lectura. Escogió entre los muchos capítulos de esta célebre obra el de la Apología de Raymundo de Sebonda, como lo mas adequado à nuestro suceso, y que nos podía inducir, à que considerásemos à nuestras Monas con esperanzas mas favorables. No duró mucho la leccion, porque la interrumpió la llegada de un Mono, que parecía ser uno de los criados de la casa; entró éste en la cavalleriza con un hazadon en la mano, y vió, que leíamos: Quedó atónito al mirarnos, y este pasmo huviera aumentado mis miedos, porque juzgaría, que naciese, de que aquellos Monos creerían encontrarnos muertos, a no haver notado en él un particular júbilo, al paso que se havia maravillado. Le llamámos, y se llegó à

nosotros agasajandonos; Yo correspondí à su urbanidad, le apreté la mano, y Roberto con rostro alegre, y con ciertas señas le hizo comprehender, serle agradable su visita, y su compañia. Nos preguntó, llegando la mano à su boca, si queriamos, ó teniamos necesidad de comer; y aunque no era mucha nuestra gana, no obstante, por un efecto de cortesía le respondimos, que nos haria agasajo, porque deseabamos con ansia recibir algun alimento, por venir de sus manos, las que no cesabamos de acariciar. Admirado éste de nuestro proceder, nos puso la mano sobre la cabeza en señal de agasajo, y se marchó. No negaré, que esta visita despertó en nosotros aquellas esperanzas, que teniamos quasi perdidas con motivo de los accidentes, que el dia antes nos havian ocurrido; y mi Amigo me convidó à dár gracias al Altisimo por havernos prolongado la vida hasta aquel momento, implorando su especial asistencia en lo sucesivo; lo que executamos juntos con los mas vivos sentimientos del alma. Vino entretanto el Mono con un canasto de fruta, un tazon de quaxada, y dos panes aún calientes, y presentandonos con la mayor generosidad del mundo esta provision, comimos de ella con gusto.

De alii à poco tiempo entró el Monazo viejo acompañado del resto de su familia, excepto la vieja, cuya falta no nos causó mucha desazon. La mozuela, que la noche antes havia llevado el bofetón de la rabiosa vieja, se presentó en la cavalleriza con semblante tan alegre, que no puede bien significarse; aproximóse à nosotros, haciendo tales expresiones cariñosas, que demonstraba haverse enamorado de alguno, y como las hembras no suelen hacer sus

jui-

juicios sobre lo razonable de los objetos, sino por sus caprichos, y genios; no es de estrañar, que ésta formáse una idéa favorable hácia nosotros, y en su consequencia nos tratáse con modos tan corteses. Confieso, que su rostro, su presencia, y todas las qualidades del cuerpo, unidas à sus infinitas ridículas disposiciones me revolvian el estómago; no obstante, nuestra situacion nos precisaba, à que recibiesemos con agrado sus demonstraciones, obligandonos además de esto el agradecimiento à hacerla entender, no eramos insensibles à sus favores. Dichoso Yo, pues se declaró finalmente por Roberto; bien puede creerseme, que no le tuve embidia; como tambien, que mi Amigo jamás sintió por mi causa motivo alguno de zelos en el largo tiempo de esta amorosa, y extravagante aventura. Bien estoi, en que este mismo systéma profesan en todas las partes del mundo las hembras, que ordinariamente emplean sus afectos, no en quien tiene el verdadero mérito; sino antes bien en favor de aquellos, que saben adular à sus genios; no obstante, no se crea, que por esto quiera Yo injuriar à aquellos afectos acostumbrados à el grado, que en efecto no son otra cosa, que unas voces de la naturaleza, que las dirige enteramente en semejantes circunstancias, sin dexar tiempo al juicio para poder hacer eleccion. Yo escribo una Historia, y cuento lo que ha sucedido; si acaso en ésta hallan algunas el modelo de sí mismas, no culpen à un escritor, que publicando la verdad de sus acaecimientos, no piensa en la idéa crítica de dibuxar sus costumbres.

Fuera de esto, quiso la suerte, que la dicha Mona pusiese su inclinacion en un hombre, que sabía sa-

sacar provecho de qualquiera cosa; què es para lo que Yo ciertamente no tenía talento. El viejo, que vino à vernos, nos hizo muchas demonstraciones de afecto, pero se conocia que estaban llenas de dudas, sin acabar de determinarse à hacer juicio, de si eramos animales racionales, ò brutos. Le honró Roberto, como à señor de aquella casa, y le hizo señas, para que se sentase; pero él, acaso ocupado en las disposiciones domésticas, dió muestras de agradecimiento, y se marchó: Los chiquituelos empezaron á importunarnos; y haviendo Yo agarrado à uno, comenzó à temblar la pobre moza, pareciendola, que Yo queria tomar venganza; pero luego respiró, viendo, que le hacía fiestas; muchas veces me determiné à besarle, pero otras tantas me retiré por el asco, que me daba. Ella hizo ausentarse à los criados, y que fuesen saliendo tambien uno à uno los chicuelos, y despues se sentó junto à Roberto. Este se valió de la ocasion, y señalando las cadenas, la dió à entender el deseo, que teniamos de quedar en libertad; pero ella encogiendose de hombros, nos hizo comprehender, que no estaba en su arbitrio el concedernos este gusto, y despues con sus gestos añadía, que llegaria el tiempo, en que tambien lograriamos esta satisfaccion. Segun todas las apariencias, no tenia ella mucha gana, de que nos viesemos libres, porque la libertad nos sugeriria la fuga; que ella ciertamente no podia querer, en consequencia de la pasion, que profesaba à Roberto, ò en virtud de la opinion, que yá haviamos grangeado por las atenciones de mi Amigo. Desvanecida esta máquina, se aplicó Roberto à hacerla decir los nombres de aquellas frutas,

tas, que nos havian regalado, y nosotros los repetiamos muchas veces hasta llegarlos à significar como ella, que nos corregía siempre, que cometiamos algun yerro en su pronunciacion. Ved, pues, yá à una Mona hecha nuestra maestra, amiga, y amante. Dá gusto acordarse de los trabajos pasados, pero es tambien motivo de avergonzarse la memoria de un estado, à que ningun hombre há estado sujeto antes que nosotros, ni será jamás reducido, segun puede bien creerse. Debiera aquí hacer una descripcion del idioma de estos naturales, segun la costumbre de todos los viageros; pero tengo muchas causas para omitir esta afectada explicacion, y la mayor de ellas es, porque no creo, se halle persona en Europa, que desée aprender la lengua de las Monas, que sería un ridiculisimo golpe de erudicion; no dudo, que algunos curiosos, que estudian toda su vida cosas absolutamente inútiles para sí, y para los demás, me acusarán de negligente por no haver emprendido esta fatiga; pero Yo les prometo, para que se sosieguen, subministrarles una Gramática, à propósito para ellos, siempre que tengan la paciencia de esperar, que Yo la componga. Ni juzguen, que digo esto por burlarme, sino crean ciertamente, que los haré, que en pocas lecciones lleguen à ser perfectos Monos.

Preguntó Roberto à la Mona, cómo se llamaba; ella no solo respondió cortesanamente, sino que de mas à mas explicó, qué significaba aquella voz; esto es, que su nombre se derivaba de la Oliva. Aqui es forzoso advertir, que en aquel País machos, y hembras toman sus nombres de alguna planta, yer-

yerva, fruta, ò flor; y asi es cosa ordinaria encontrarse con muchas calabazas, rabanos, serbas, sauces, y esto es separado de los apellidos, que igualmente son sacados del Reino de los vegetables: Nosotros, pues, en lo sucesivo la llamarémos Oliva, y asi la distinguirémos de las demás Monas, con quienes en el espacio de tantos años hemos tenido la casualidad de tratar. Ella nos enseñó despues los nombres de las béstias de nuestra compañia en el establo, los de todas las partes del cuerpo, y de las demás cosas, que podiamos por señas preguntarla. Mas de dos horas havia pasado Oliva con nosotros, quando se retiró: Prontamente Roberto, y Yo fuimos repitiendolo todo, y à reserva de mui pocas cosas, se nos quedó todo en la memoria. Pasámos lo que quedaba del dia con algun desahogo, viniendo yá uno, yá otro à visitarnos, y quando podiamos haver à las manos alguno de los chiquillos, con nuestras demonstraciones le haciamos hablar, y siempre aprendiamos algo de nuevo. Antes que llegáse la noche, nuestra oficiosa Oliva no faltó à hacernos visita, en la que repetimos la leccion, de lo que ella quedó satisfecha, y añadió à la primera otra nueva. Aquella noche me propuso Roberto, que nos deastásemos las cadenas, para ir à tomar un poco de aire al campo: No deseaba Yo menos, que el dár un paséo; por lo que, mutuamente ayudandonos, bien pronto nos las quitamos: Mas quando llegamos à la puerta para salir, el maldito perro empezó à ladrar tan fuertemente, que despertó à la familia. Sentímos luego ruido, pero estuvimos prontos à volvernos à aprisionar con nues-

nuestras cadenas, y nos recostamos sobre un monton de heno, fingiendo, que dormiamos. Acudieron los criados con el viejo, y el perro siempre enfurecido contra nosotros, no dexaba de ladrarnos: Por tanto, se llegaron primero à Roberto, y despues à mí, creyendonos dormidos, y reconocidas las cadenas, se volvieron à sus estancias. Nosotros que vimos desvanecido nuestro proyecto, temiendo algun nuevo accidente, tuvimos por mejor desistir de nuestro primer pensamiento.

CAPITULO IX.

Prosiguen los buenos oficios de Oliva.

MUchos días pasaron, sin que nos sucediese cosa alguna de nuevo. Proseguiamos tomando diariamente nuestras lecciones de la lengua Mona, y asi en el término de mes y medio llegamos à entender, todo lo que decia nuestra maestra; lo que nos sirvió del mayor consuelo, pues por este medio se nos abría camino para el mútuo comercio con aquella sociedad. Oliva no se cansaba en la continuacion desus visitas, instruyendonos, y dandonos gusto en todas aquellas cosas, que preveía, podian ser de nuestro agrado. Roberto comenzó antes que Yo, à formar algunas cláusulas en aquel dificultosisimo idioma, y entonces lo primero que indagó, fue, qué opinion havian formado de nosotros aquellos habitantes; y Oliva nos contó lo siguiente.

Aquella tarde, que llegasteis à nuestra casa, despues de la risa, que vuestras ridículas figuras

causaron à todos, sino es à mí, que no hallé en vosotros aquel objeto de escarnio, que los demás; despues de aquella befa, repito, haviendo mis viejos Padres notado en vosotros un discernimiento, qual no es comun en las béstias, inmediatamente se sobrecogieron con un terror pánico; y teniendoos por encantadores, resolvieron aprisionaros con esos hierros, por haver decidido mi Madre, que es sugeto de gran crédito en la comarca, que se os debia atar, para que se deshiciese el encanto, obligandoos asi à comparecer en vuestra ordinaria figura, y haciendoos deponer las apariencias de unos animales nunca vistos. Condescendió mi Padre à esta sentencia; pero como era cosa bastantemenre peligrosa poner en práctica aquel intento, determinaron el emborracharos con aquel licor, que se os presentó. Mientras cenámos, estuvimos en observacion de vuestras acciones, y depuestos los primeros movimientos del miedo, formámos mejor juicio de vuestras personas. ¡Pobres béstias! dixe Yo: Ved aqui, que por ser dóciles, y nosotros dotados de razon, cometemos la vileza de forjar una alevosía, poniendoos el cebo, para que caigais en la trampa. A este tiempo mi Madre, como si huviese dicho una blasfemia, me dió aquel ruidoso bofetón, de que fuisteis testigos de vista. Fue finalmente puesta en práctica la sentencia de la obstinada vieja; pero como al dia siguiente os encontrásemos en la misma figura, para su desprecio, y confusion, todos se rieron de sus temores; pero ella siempre firme en su primera opinion, no quiso veros, dando por pretexto, que todo esto era en fuerza de los conjuros, y hechizos, los que no podian desva-
ne-

necerse hasta pasado un mes. Todos estaban del parecer de mataros, si os huviesemos encontrado desatados, y durante este tiempo, velaba siempre un criado, para que no urdieseis algun encanto. Yo os temí ciertamente en aquella noche, que el perro nos desveló con sus ladridos; y os aseguro, que en aquel momento me puse toda temblando, y estaba arrepentida del bien, que havia executado en favor vuestro: Gracias al cielo, que salió vano aquel temor; y ahora, pues ha pasado yá el mes, todos estamos libres de sustos. Pero sabed, que Yo, exceptuando aquella noche, siempre hé permanecido en la firme creencia, de que era una necedad tener miedo de vosotros; y mucho mas, porque hé visto salir falsas quantas predicciones hace la vieja, que à la verdad, si no fuese mi Madre, à pesar de todo su crédito, diría, que era una grandisima tonta.

Yo me havia demonstrado, como llevo dicho, la mas animosa, por lo qual me dexaron la libertad de traheros la comida, y serviros de la misma manera, que lo usamos con las otras béstias. Confieso, que à los principios havia creído, que fueseis de raza de algunos animales mansos, y cobardes, sin persuadirme, à que, de hecho tubierais uso de razon, hasta que hé visto los rápidos progresos, con que haveis adelantado en nuestra lengua Sospeché que no érais simples animales, quando escuché vuestra curiosidad con tantas preguntas, como me hicisteis; fue en adelante aumentandose esta presuncion, y quasi del todo acabé de persuadirme, luego que en vuestra memoria descubrí un portento: Todo aquesto pudiera acaso enga-

ñarme ; mas ahora, que hé advertido en vosotros un discurso, y un discernimiento exquisito, tengo sumo gusto en trataros, sin dexar de manifestar, quanto de mí haveis querido inquirir: Justo será, que me concedais la gracia de declararme vuestro sér, de qué Países haveis venido, y con qué causa haveis llegado à los nuestros. Roberto la dixo, como havia unas tierras inmensas, del todo separadas de las suyas, de las quales éramos nosotros dos habitadores; la contó nuestras costumbres, varias prácticas, diferentes goviernos, y generalmente todo aquello, de que era ella capáz. Se admiraba la Mona, y no podia acabar de creer, que las Monas en nuestro continente fuesen puras béstias. No digais tal cosa, nos advertía, à persona alguna, porque serán vuestras lenguas reputadas por infames, y será ciertamente la muerte el castigo de vuestra imprudencia.

Nosotros la pedimos, nos diese noticias de aquel País, y ella nos respondió asi: Hai entre nosotros diversas Repúblicas, Provincias, y Ciudades, en las quales son los usos mui distintos. Yo soi una Aldeana, y jamás hé estado en la Ciudad, pero no lexos de esta casería, está el Lugar, adonde viene de quando en quando à esparcirse una Señora de la Corte, que me cuenta las costumbres de los Ciudadanos. De ella he aprendido, lo que os hé dicho, y otras muchas cosas, de que podré informaros, quando quisiereis saberlas. Fuera de esto, debe pactarse entre nosotros, que qualquiera noticia, que Yo os dé de estos Países, debais pagarmela, participandome alguna cosa de los vuestros. Justisima es la peticion, respondí,

dí, y no os corresponderiamos, si con usuras no pagasemos vuestras cariñosas fatigas. Estas fueron mis primeras palabras en aquel lenguaje, y me costó mucha dificultad el pronunciarlas. Me las alabó mucho nuestra Mona, por lo qual tomé ánimos para hablar francamente en lo sucesivo. Preguntéla, si sabían sus Padres, que aprendiamos su modo de hablar; à lo que me respondió, que no, y que asi nos guardasemos de proferir en su presencia palabra alguna, porque esto no podia producir, sino un pésimo efecto en la mente de la vieja, desde luego declarada contra nosotros, y que por su puntillo estaba empeñada en ponernos de mala fee, en todo quanto podia. ¿Y qué respondió Roberto, podrán hacer yá con nosotros vuestros Padres? Nosotros nos hallamos de peor condicion, que todas las béstias de este establo; porque à éstas, à lo menos, las llevan al campo; pero nosotros continuamente estamos aqui sujetos à las cadenas, como si fuesemos dos béstias feroces. Hacednos el favor, cortés Oliva, de explicarnos, en qué piensan, y à qué es, à lo que nos destinan. Prometió indagarlo con todo cuidado, y referirnos, lo que pudiese penetrar; y despues partió. Roberto hizo sus consideraciones acerca de las Repúblicas, y Ciudades de aquel Continente, y nos resolvimos al gusto de verle; pero era necesario tomar bien nuestras medidas para huir de aquella prision, y cautelarse mas en adelante. Roberto dixo, que era menester, que corriese la fama de nosotros, porque con esto los principales de la Ciudad entrarían en deseo de vér dos Monos del otro mundo, como en efecto, nos llamáron despues.

pues. Concertámos, en fin, rogar à Oliva, que fuese esparciendo esta maravilla, pues entretanto, mas diestros yá en el idioma, nos hallaríamos en estado de intentar nuestra suerte, y huir de el poder de los indiscretos Villanos.

CAPITULO X.

De lo que les sucedió con una Mona de la Corte, que vino à verlos al establo.

AL día siguiente volvió Oliva antes de su hora acostumbrada, tan afligida, y pensativa, que nos recelámos un grave mal. ¿Qué os há sucedido, la dixo Roberto, ò amada bienhechora nuestra, que os advierto tan triste y suspensa? ¡Ah! respondió ella, hé descubierto, lo que jamás huviera querido saber; el deseo de complaceros me há hecho venir en conocimiento de la trama, que han urdido mis Padres contra vosotros. Sabed, que si han permitido, que con tanta continuacion os sirva, y se os alimente con la comida mas exquisita, há sido, porque piensan hacer con vosotros un regalo à la Señora, que es nuestra vecina, como de dos béstias mui estrañas; y este mismo dia, preveo, que es, el en que os hé de perder. Yo demonstré sentimiento de esta novedad, pero interiormente tenía una notable alegría, esperando, que en manos de un distinto personage se nos abriría camino para darnos à conocer: Nosotros entendiamos el idioma, y asi con esta ventaja podiamos prometernos algunos adelantamientos. La joven Mona, creyendo co-

como sincèro nuestro disgusto, buscó medios de consolarnos, diciendonos: Alentad, amigos mios, porque Yo soy mui servidora de esta Señora, que tiene mucho gusto, de que la vaya à visitar, y aún quisiera siempre tenerme consigo en el tiempo, que viene à divertirse al campo: Quando estéis en su poder, tendré el gusto de repetir las visitas à la casa de dicha Señora, baxo qualquiera pretexto; y con ella lograréis la satisfaccion de verme con la mayor freqüencia, que pueda. Aseguramosla de nuestro eterno agradecimiento, rogandola continuáse en franquearnos su amistad, y en espiar las resultas de esta oferta; lo que ella prometió executar con particular cuidado.

Luego que ésta partió, principió Roberto à aconsejarme el modo, con que debiamos portarnos con aquella, que, segun lo referido, havia de ser nuestro dueño. Debemos, decia, ir poco à poco abriendonos camino, para no dár en los peligros, en que con estos rústicos hemos caído: Esta mozuela podrá servirnos de guia; y la prudencia, que hemos adquirido con la experiencia de las pasadas desgracias, nos servirá de norma para governarnos mejor en lo por venir. Advertid, Amigo, que conviene tener mucha paciencia para llegar à conseguir buen éxito en los negocios, y que estámos en un mar mui grande, y borrascoso, en el que es preciso sufrir peligros, y molestias, antes de poder arribar à un puerto seguro. Yo prometí à mi Amigo toda sumision, à quanto dispusiese. No, respondió Roberto, no os pretendo obediente, sino compañero; deseo con eficácia, que seais paciente, quando la razon lo dicte, no porque mi capricho lo pretenda;

y por el contrario, quando vuestras razones sean mejores que las mias, no me detendré en abrazarlas, y seguirlas. No se puede desear otra cosa de un Amigo, y director. ¡Felices, los que logran por guia, y Maestro un hombre de semejante caracter! No molesta en tal caso la sumision, y obediencia, que se le conserva, porque es el amor, quien la acompaña.

No tardó mucho nuestra Mona en entrar à decirnos, como havia ido su Padre à visitar à la Señora, à quien contó mil maravillas de nosotros, por lo qual ella havia entendido con agradecimiento la oferta, pero havia reservado el aceptarla, hasta venir à vernos. No sé llevar en paciencia, añadió nuestra Oliva, estos pasos: Estas Ciudadanas tratan con nosotros los pobres, como si fuesemos animales de otra especie; pretenden la humillacion, la servidumbre, la dependencia, y todo nos lo pagan con una mirada, una sonrisa, y muchas veces ni aún nos hacen caso. ¿Y qué, es esto solo? Nosotros somos unos desdichados, qualquiera de ellas una Señora rica, y con todo eso, si la hacemos algun regalo, juzga, que nos favorece mucho, sino rehusa el tomarle; y esto es, no pasando à recibir el dón, hasta vér, si la agrada. Yo la dixe, que tenia razon; pero que nosotros en este caso estabamos mas vilipendiados de ellos, pues no solo éramos equiparados à las béstias, sino que, aún para que nos recibiesen por regalo, era forzoso ser antes vistos, y examinados. Poco mas pudimos hablar, porque entró el Dueño de la casa con los criados, que trahían agua caliente, y tohallas. Mandó el viejo à la joven, que marchdse, y obedeció

pron-

prontamente. Luego dispusieron, que nos desnudasemos, cuyo precepto fue necesario obedecer, y despues con aquella agua quasi hirviendo nos lavaron todo el cuerpo, en cuya operacion tuvimos mucho que sufrir, pero lo tolerámos, sin que se nos oyese un quexido: Nos untaron despues con un pestilente ungüento, que entre ellos estaba reputado por un precioso bálsamo, al que me huve de hacer en adelante con el uso; pero aquel dia no pude comer de asco por su hediondéz, y me atormentó un agudisimo dolor de cabeza. Bolvimonos à vestir, y esperabamos nuestra nueva suerte, que considerabamos yá como principio de mejor fortuna. Entonces comprehendimos el motivo, por que, aún despues del mes, que puso por término la vieja, haviamos permanecido aprisionados; y era, que temían, que nos escapasemos; de aqui fue, que para que no intentasemos alguna huída, y para asegurarse de nosotros, siempre nos tenian puestas las cadenas, porque havian formado el designio, de que nuestras personas pudiesen servirles de gran provecho, bien vendiendonos à quien mejor lo pagáse, ò bien regalandonos à algun personaje distinguido.

Dos horas antes de ponerse el Sol del mismo dia, se oyó en el Cortijo un ruido mui grande como de pisadas de caballos; discurrimos, sería la Dama, que se esperaba, y por cierto no nos engañámos. Abrieron de par en par las puertas de la caballeriza, y vimos comparecer una Mona de regular estatura, y mediana edad, acompañada de una tropa de machos, y hembras, que iban en su séquito. Nuestros viejos la venian haciendo la corte

uno à cada lado, pero por el debido respeto seguían dos pasos mas atrás. Venía vestida extravagantemente, segun entonces nos pareció, porque despues con el tiempo encontramos mas razonables aquellos vestidos, que en esta ocasion juzgámos ridículos; asi es cierto, que sola la novedad conmueve à nuestros sentidos, y que llamamos proporcion, à lo que se adequa à las primeras idéas, que se forman de lo bueno, y bien parecido: Quando estas primeras idéas se van poco à poco borrando de nuestra mente, suceden otras, segun las quales tomamos el modélo del gusto, y de lo que llamamos bello. Perdone el lector esta digresion, que si se empeña en ello, le concederé, que aqui no viene al caso. La Dama, pues, (para lo sucesivo debo valerme de los términos del País) estaba adornada con una vestidura de seda bastante buena, de color celeste; pero era particular el corte, porque por delante no la llegaba mas, que à media pierna, y por detrás la arrastraba en forma de cola. Un círculo como de unas tres brazas de diámetro tenia pendiente de la cintura, el que se ensanchaba proporcionalmente hasta los pies, y estrivaba sobre él el dicho vestido de seda, que la cubría, por lo que parecía esta Dama un medio busto, puesto sobre un cono truncado; figura tanto mas horrible, ò bien, si asi se quiere entender, tanto mas digna de risa, quanto mas se separaba de la forma del cuerpo humano. Trahía vestidas las piernas de un algodón finisimo; y los zapatos eran de una piel roxa, pintada de varias flores: No se la descubría, sino parte de los brazos, porque la mitad asida hasta

el

el codo al medio cuerpo superior, parecia, estár cubierta con el círculo, y la otra mitad estaba desnuda; los llevaba rodeados de unos riquisimos brazaletes, y pendía de su garganta un collar de corales de perfecta figura redonda. Tenía en la mano derecha un largo, y grueso baston, guarnecido el puño de esmeraldas, y en la izquierda un abanico mui grande de plumas de varios pájaros. Desde la cabeza hasta el medio del lomo trahía pendiente un pedazo de tela dividido en trozos, que eran juguete del viento, pues los impelía yá sobre los hombros, yá sobre el pecho, por lo que, la era forzoso valerse continuamente de su abanico, para ponerlos en el sitio, que les correspondia. La porcion de sus cabellos, que pertenecía sobre la frente, estaba mui elevada, y unida, conociendose, que el arte, y no la naturaleza era, quien los havia puesto en aquella disposicion; todo lo qual la representaba à nuestros ojos mas disforme, y ridícula: Dos gruesos diamantes la servian de broquelillos; mas noté, que estaban atados à las orejas, pues aún no las havia podido persuadir la vanidad, à que se agugereasen su propria carne, para parecer mas bellas. En efecto, si una Européa se dexáse vér en este País con las orejas horadadas, no dexarían las Monas de hacer mucha burla de una vanidad, que las pone en términos de tal extravagancia. Me acuerdo, que algunas de mis Compatriotas, oyendo contar à un viagero, que las Indianas se traspasan la nariz para colgarse algunas piedras preciosas, no podian dexar de notar con risa semejante uso, y deducían de aqui la barbárie de aquellas Orientales. ¡Oh, qué facil es desaprobar, y escarnecer

en otros nuestros mismos defectos, y dár título de bárbaras, à aquellas proprias costumbres, que entre nosotros llamamos civilizacion, y política! Su mas inmediato servidor estaba poco mas ò menos del mismo gusto; mas como de las modas de estos tendrémos ocasion de hablar freqüentemente, dexo por ahora las digresiones, para tratar del punto esencial de mi Historia.

Entró, pues, ésta con aquel aire de grandeza, que suele hacer tanta impresion en los bobos, y que tanto fastidia à los génios racionales: Nos estuvo mirando algun tiempo sin hablar palabra, y entretanto, los de su séquito detenian la risa por respeto à su Señora; pero hacían mil contorsiones, que à nosotros nos enfadaban mas, que la misma risa. Véase aquí el gracioso expectáculo, de que estuvimos sirviendo à estos Monos: Finalmente la Dama con semblante de desprecio, volvió à uno, y otro lado la cabeza, diciendo: ¡Qué asquerosas bestiazas! ¿Y vosotros, replicó, necios villanos, haveis tenido el atrevimiento de ir à incomodar à una Mona de mis circunstancias, para que venga à vuestra caballeriza à vér dos monstruos de naturaleza, dos hediondos defectuosisimos brutos? Os perdono por la ignorancia; pero debiais, no obstante, advertir, que estos son dos Monos monteses, que están hydrópicos por el dañoso jugo de la tierra, de que se mantienen en los bosques, y que han perdido el pelo por las incomodidades, que pasan en la vida campesina, y brutal. Lo que mejor pudierais hacer, ò buenos viejos, era matarlos, y enterrar sus cadáveres bien lexos de vuestra casa para que no infestasen el aire; porque su vi-

da

vida de nada os sirve sino de gravamen, y no podeis esperar otra cosa, que algun agravio de estos salvages, que serán sin duda malignos, y fieros por naturaleza, y siempre que puedan librarse de las cadenas, os pagarán vuestra caridad, dandoos la muerte, y à toda vuestra desdichada familia. Fuese esta maldita Mona despues de semejantes palabras, à las que se siguieron mil improperios de toda su corte, que por adularla, quando les faltase otro motivo, nos insultaron à su satisfaccion. Bien facil es conocer la razon, por qué esta Dama ridícula juzgó, que éramos dos Monos monteses, que nos haviamos puesto hydrópicos con los dañosos alimentos de los bosques; porque como la naturaleza no ha concedido à estos animales al rededor de los huesos otra cosa, que una piel facil à arrugarse, por tanto, viendonos ella con alguna especie de carnosidad, supuso que esta sería un defecto, y una incomodidad, originada de la razon arriba dicha. Cerróse la caballeriza, y nos dexaron solos; entonces Roberto hizo, que recorriesemos nuestras pistolas, porque havia llegado el tiempo de defendernos con esfuerzo, siendo mui probable, que las palabras de la dicha Dama huviesen hecho impresion en los ánimos de los Villanos. Registrámos, pues las armas, y las hallámos en estado de poder servirnos mui bien; teniamos con nosotros mucha pólvora para volver à cargarlas en caso que fuese forzoso, haver de combatir largo tiempo: De las pistolas, y de la municion necesaria para ellas, no nos havian despojado los Monos, porque no conocian su uso; por lo qual, nos hallabamos en positura, de hacer pagar caras nuestras vidas à los agresores. Nadie vino à visitarnos en el

res-

resto del dia, ni aún nuestra piadosa Oliva; y así, determinámos velar toda la noche, por no ser sorprehendidos. Para estár mas à punto de una vigorosa defensa, tuvímos por conveniente desatarnos las cadenas, luego, que conociesemos próximo el peligro. Esperando, pues, la hora, en que estos rebeldes Villanos viniesen à poner en práctica el consejo de aquella ímpia Dama, (perdone el lector, si por la costumbre de llamarlas asi à éstas, me sirvo de términos improprios) Roberto me habló de la manera, que se sigue.

Amigo, estamos en el estado, en que, como veis vos mismo, se requiere un ánimo grande, por que el asunto del dia es nuestra vida, y nuestra suerte. Mientras creí, que el sufrimiento pudiese abrirnos camino para mejorar nuestra condicion, siempre fui de parecer, de que nos aprovechásemos de él; pero quando se trata de lo mas esencial, conviene revestirse del valor, y separarnos de todo miramiento, abandonando las pasadas esperanzas. Me lisongéo, de que los dos solos podemos resistir à un exército de Monos, pues no siendo de ellos conocidas las armas de fuego, el uso, que de ellas hagámos, ademas del daño, que podrá causar à estos pérfidos, imprimirá en sus corazones un terror, que nos será mas ventajoso aún, que el mismo estrago. Huirémos, pues, de sus manos, dexándolos castigados por tantos malos tratamientos, como han executado con nosotros, y volvéremos à nuestra gruta, en donde pasarémos una vida tranquila, y esenta de injurias, y peligros. ¿Quién sabe, si la Providencia nos prepara el regreso à la patria por medio de algun impensado accidente? La ocasion,

sion, sin duda, puede proporcionarse mas facilmente habitando las playas, que no viviendo tierra adentro. Por lo que hé ido notando, poco vamos à perder en no vér las Ciudades de este Continente, porque en ellas debe de reinar igualmente el fausto, y la ignorancia; de lo qual, en nuestra aventura hemos visto yá una muestra con el ridículo desprecio de la Dama, y con la falsedad del juicio, que formó de nosotros. Nos huviera sido gustoso visitar estas Provincias, no teniendo, que pasar por tantas desazones; pero à costa de tales penas es necedad el desear con anhelo, ir indagando locuras de el mismo, ò mayor tamaño, que las de los Européos. Me puse de acuerdo con mi Amigo, el que añadió, que en el ataque debiamos llevar cuidado de no ofender de manera alguna à la persona de Oliva, de quien haviamos recibido contínuos, y verdaderos beneficios. Asentí gustoso à esta proposicion; pero por lo que mira à la vieja, havia determinado hacerla una burla, que la diese à conocer, como deben ser tratados los hombres: Roberto, que entendió mi idéa, me previno, que ella era digna de compasion, puesto, que no somos dueños de nosotros mismos, respecto de las primeras impresiones, que suele causar la estrañeza de los objetos en nuestros espíritus; à lo que debia añadirse su ignorancia, y la vejéz, que la havia puesto en posesion de proferir qualquiera proposicion con la seguridad, de que la adoptaría toda su familia. Los viejos, prosiguió Roberto, están en el pie de decidir en todas aquellas cosas, que se supongan fundadas sobre las opiniones mas recibidas, y antiguas. Es verdad, que el juicio, que formó la vieja

fue

fue ligeramente fundado, y desmentido con el mismo suceso, y con las razones de los demás; pero no es tan facil, como suponeis, el empeño de hacer mudar su dictamen à un viejo; pues, por mas desproporcionado, que sea, echa en su corazon mui profundas las raíces; fuera de que, desaprobar en los últimos períodos, por decirlo asi, de la vida, todo aquello, que por un largo transcurso de años se há abrazado como verdadero, y confesar haver estado hasta entonces sumergido en un cáos de errores, no es prueba facil de buscar en un viejo, acostumbrado, à que los jóvenes tributen una contemplativa sumision à su autoridad. En efecto, asentir, à que, el que nació despues de nosotros, ha conocido mejor la verdad, es un asunto de mucha mortificacion, y solo los Philósophos serán capáces de confesion semejante. Por lo qual, se debe perdonar à la vieja un error, que siendo tan comun, no se ha de castigar en ella sola.

CAPITULO XI.

De otra aventura, que tuvieron en el establo, con la que dieron à conocer su valor.

PAsámos la noche en vela, y siempre recelándonos algun daño: Llegó el dia; vino Oliva à vernos; y por la mucha tristeza de su rostro pronosticámos, que nos amenazaba alguna grande desgracia. ¿Y bien, dixo Roberto, estais por vuestra parte determinada à seguir el indigno consejo de aquella necia, que con un trén tan lleno de fausto, y con

tan

Tom. I. Cap. XI.

Patiño, Sculp.

tan inaguantable arrogancia fue introducida ayer por vosotros en esta caballeriza para vernos? ¡ Oh, quanto mas afortunada sería aquella loca, si en vez de los ricos vestidos, y joyas: que adornaban su cuerpo, estuviera su espíritu dotado de aquella preciosa luz de razon, que excede à todos los dones de la fortuna.! Nos dixisteis en otra ocasion, que ésta era una Señora de circunstancias, educada con la buena crianza, y cultura de la Corte, y la Ciudad; pero si el comercio civil entre vosotros no sirve de mas, que de aumentar la estupidéz en los entendimientos, Yo antepongo, sin disputa, vuestras débiles luces à los presumidos conocimientos de estos vuestros insensatos Ciudadanos. ¡Se pudiera haver formado mas injusta decision! Pero decidnos ahora libremente el efecto de esta visita.

Desdichados vosotros, respondió Oliva, sí mi Madre huviera callado, que sin duda os havrian muerto; porque la autoridad de la Señora pudo tanto con mi Padre, que infaliblemente, yá no vivierais ¿Cómo puede ser, respondí Yo, que debamos la vida à nuestra peor enemiga? Es necesario creer, que ella arrepentida de los falsos juicios, que hizo de nosotros, querrá recompensarnos los daños, que nos há causado, con otros tantos beneficios; ò bien, que yá haya pensado en su interior otra cosa, que, la que demonstró en el primer encuentro. No os apresuréis, dixo Oliva, à agradecerselo, porque su ansia de veros muertos es el motivo, de que aún estéis vivos. Luego que marchó la Dama, propuso la vieja, que instantaneamente os matasen; pero respondió mi Padre, que no era de mucha importancia, que se retardáse algunas horas la

execucion, no porque quisiese preservaros de la muerte, sino porque otros negocios le divertian la imaginacion à cosas de mayor entidad. La vieja se obstinó; pero su terquedad irritó à mi Padre, el qual, con el fin unico de castigarla su atrevimiento (bien, que contra su costumbre) no quiso prontamente satisfacerla el deseo, y por consiguiente no executó la propuesta, que la dicha Señora le hizo. Ved, añadió, en virtud de esto, que inevitable es vuestra ruina; por tanto, bañados mis ojos en lágrimas, vengo à hacer la última despedida, no teniendo ánimo para volver à veros; porque en cada momento, de los que estoi con vosotros, se me figura vivamente el instante de aquella tragedia, que seguramente há de sucederos.

No somos nosotros los hombres primeros, que han sido preservados de las mayores desgracias, por las disensiones, que se han originado entre sus proprios enemigos à cerca del tiempo, ò modo de dár el golpe. Aquel camino, que parece, que infaliblemente debe conducirnos al exterminio, suele por el contrario ser el de salvamento, y se encuentra en el enemigo contra su voluntad aquel socorro, que intentaría en vano subministrar qualquier amigo. A no haverse suscitado esta discordia entre los dos viejos, no huviera tal vez llegado el caso, de que Yo escribiese nuestra Historia; pero aquella mano, que todo lo gobierna, queriendonos sacar de las garras de la muerte, se sirvió, para conservarnos, de aquellos proprios instrumentos, que aparecian destinados para nuestra ruína. De aqui se puede inferir la necedad, con que obran aquellos, que anticipan con sus proprias manos el golpe, que juzgan

gan inevitable por las agenas. Qualquiera , que se ponga à examinar atentamente las circunstancias de su vida , no dexará de hallar algunos momentos , en que le havrá parecido enfadoso aún el mismo vivir , y como que no le pesaría su muerte; pero luego un pequeño viento favorable de fortuna le havrá conducido el alivio à su desfallecido espíritu. Me hé detenido à hacer esta reflexion, por haverme visto freqüentemente en semejantes circunstancias , pues puedo decir con razon , que mi vida siempre ha sido un contínuo período de extremas infelicidades , y repentinas alegrías: Pero sigamos el suceso.

Roberto se revistió de gravedad , y luego la respondió : No permita Dios, que tu Padre intente tal empresa ; porque solo el conato le costaría la vida. El ignora , que con un mero movimiento de nuestra mano podrémos abrasarle , y à toda su mal aconsejada familia. El agradecimiento , à que te estoi obligado , ò fidelisima Amiga nuestra , me fuerza à advertirte , que no permitas, que tu Padre se mezcle en tal asunto ; porque si asi fuese , le ha de salir mui caro su atentado. Por lo que toca à tu persona , no temas; pues no solo no padecerás el menor detrimento, sino que te defenderémos en todo tiempo , y te darémos los socorros , que ni aún caben en tu imaginacion. Mientras estabamos en estos discursos , oímos los gritos de algunos Monos ; por lo que interrumpímos nuestro razonamiento , para entender el motivo de aquella gritería , y escuchámos , que el viejo porfiaba con una persona , cuya voz no conociamos ; se iba enfervorizando la riña , quando vimos entrar à nuestro dicho Patron apresurada-

mente en la caballeriza; y queriendo cerrar la puerta, para quedar seguro, fue atacado de un robusto, y joven Monázo, que iba detrás de él con un cuchillo en la mano. El miserable viejo se retiró, refugiandose detrás de nosotros. Inmediatamente Roberto amartilló una pistola, y dixo al agresor: Detente; porque de otro modo, descargaré sobre tí un rayo, que te hará cenizas. ¡Oh, monstruo de naturaleza! replicó el Monázo, ¿Qué arrogancia es la tuya para hablar de esa suerte conmigo? Y didiciendo esto, se arrojó furioso à él para matarle. Yo, que, à exemplo de mi Amigo, estaba con una pistola en la mano, viendole en peligro, le descerrajé un pistoletazo: El tiro fue afortunado, y el Monázo cayó muerto. El estrépito, el olor de la pólvora, y el terror obráron efectos maravillosos; el viejo quedó como muerto, Oliva desmayada, y las béstias, que estaban en el establo, hicieron terribles esfuerzos para romper las cuerdas, con que estaban atadas, y despues huir. El ruido llamó à la caballeriza à todos los de la familia, y viendo al Monázo nadando en su propria sangre, y al viejo, y à su hija como muertos, no sabían, qué pensar. Corred, dixo entonces Roberto, y socorred à vuestro dueño, y à la pobre Oliva, que no están muertos, sino desmayados por el susto; pero sobre todo, si estais bien con vuestra vida, no nos insultéis porque os castigarémos como à éste que yace abrasado por nuestra mano, en pena de haver intentado quitar la vida à este pobre viejo. Luego, que escucharon estos, que hablabamos; como hasta entonces nos havian todos tenido por animales mudos, excepto Oliva, que era la sola participante
del

del secreto , se olvidáron de sus dueños ; y ocupados de un pánico , y repentino terror , se pusieron en una apresuradisima fuga. No sabíamos, qué partido tomar ; y ultimamente determinámos desatarnos de nuestras cadenas , para dár favor à los dos del desmayo. Asi fue ; Yo agarré al viejo , y le levanté la cabeza , rociandosela con agua , y lo mismo hizo Roberto con Oliva.

A este tiempo llegó la vieja , que , haviendo enviado à sus criados , para saber la causa de aquel estrépito , y no haviendolos visto volver , vino para indagar por sí misma el suceso. Encontrónos en aquella positura , y mirando al cadáver de aquel infelíz todo bañado en sangre ; ¡ ha ! traidores , nos dixo , vosotros me haveis muerto à mi marido , y à mi hija , pero en breve os veré Yo tambien en el mismo estado. Detente , ò vieja , la respondí ; haz mejor juicio de nosotros ; y acaben tus persecuciones en recompensa del beneficio , que hemos hecho à tu casa , libertando à tu esposo de las manos de este malvado , que intentaba quitarle la vida , si nosotros no le huvieramos dado la muerte con uno de nuestros rayos. La vieja , que no esperaba, que la respondiesemos , pues ni sabía , que entendiamos nosotros su lenguage , ni que hablabamos , comenzó à temblar , y si no se huviera asido de uno de aquellos maderos , que atravesaban para sostener la trabazon del establo , ciertamente huviera dado en tierra. La amenaza , que nos havia hecho , era una de aquellas llamaradas de la pasion , en cuyo caso acostumbramos hablar à las béstias , y à las cosas insensibles , maldiciendolas, amenazandolas , y algunas veces castigandolas.

El

El apoyo, que hallaron sus manos, quando se iba cayendo, la sirvió de evitarla alguna grave desgracia; y el esfuerzo, que hizo para sostenerse, la minoró la impresion, que havia introducido en su espíritu el temor, y asi, tuvo bastante fuerza, para pedir favor. Ninguno la escuchó; pero entretanto Oliva, y el viejo volvieron en sí, y aseguraron à la vieja, como haviamos libertado la vida de éste, por cuyo motivo se la quitámos, al que allí estaba muerto.

Estos infelices, que no podian figurarse el artificio de nuestras armas, nos creyeron dos Genios, que haviamos venido à su casa, para socorrer à su familia, y quisieron adorarnos como à Dioses tutelares. Oliva, que havia sido nuestra maestra de lengua, quedó menos sorprendida, que sus padres; pero al mismo tiempo llena de asombro. Nosotros impedímos estas adoraciones, asegurandoles, que éramos criaturas de este mundo, dotadas de cuerpo, y de inteligencia. Fuera de esto, añadió Roberto, no os manifestamos por menudo nuestro sér, por que no sois capaces de comprehender, quanto pudieramos deciros; pero tened entendido, que es tanta nuestra virtud, que, si quisieramos, resistiriamos à todos los Pueblos juntos de estas Provincias, sin que todos fueseis jamás capaces de vencernos. Se explicó Roberto con este hypérbole, para impedir, que en adelante urdiesen alguna trama contra nosotros. Despues añadió: Admirad, Amigos, nuestra tolerancia permitiendo, que nos tuvieseis atados à una cadena tantos meses, siendo asi, que podiamos, como veis, ponernos en libertad, siempre, que nos huviera parecido; pero esperabamos algu-

guna ocasion, en que darnos à conocer; y nos alegramos fuese ésta, la que se presentáse, en que hemos preservado la vida de este viejo, que era, el que tenia determinado darnos la muerte. Vuestra buena fortuna ha querido que retardaseis la execucion, porque de otra forma, ninguno de vosotros estuviera vivo à estas horas. Quedaron ellos tanto mas asombrados, quanto vieron descubiertos sus designios; nos pidieron mil perdones por todo lo pasado; nos tributaron gracias por el auxilio dado al Amo de la casa; y nos juraron una sumision rendida, y una union inviolable en lo sucesivo.

CAPITULO XII.

De los recados, que les envió la Dama, de quien poco antes havian sido despreciados.

VEdnos yá, pues, hechos dueños de estos Villanos, que por agradecimiento, de lo que haviamos executado en su favor, arrepentidos de los malos tratamientos, que havian practicado con nosotros, nada les quedaba que hacer, para demonstrarnos su reconocimiento, y estimacion. Roberto tuvo el capricho de regular los negocios de aquella casa; à este fin les sugirió los principios de una verdadera economía, y les añadió muchas lecciones de industria. Estaban todos ellos admirados de nuestras operaciones, y capacidad, asegurandonos, que en aquellas tierras jamás se havian oído tan sábios, y ventajosos dictámenes, como los que nosotros les sugeriamos.

mos. Bien presto se esparció nuestra fama ; por lo que, aquella Dama, que havia formado tan indigno concepto, y un juicio tan falso, acerca de nuestro sér, se avergonzó de su hecho ; y pesarosa tambien de haver rehusado aceptar la oferta, que la hicieron de nuestras personas, se imaginó reparar estos daños, solicitando, que volviese à repetir el viejo el regalo, que de nosotros antes havia propuesto; pero éste la respondió, que éramos yá árbitros, y dueños de él, y de su familia ; y asi, que no solamente no tenian accion para concederla la peticion, sino que mas bien sufririan qualquiera desgracia, que hacernos la mas mínima injuria. La Señora se dió por ofendida de esta respuesta ; y creyendo, que podría lograr con nosotros por su autoridad, lo que no havia podido conseguir del Villano, nos envió un criado, diciendonos, que ella queria vernos, y que asi absolutamente nos mandaba ir à su Palacio. Roberto, para castigarla su arrogancia, respondió asi.

Yo fuera gustoso à saber, que es, lo que desea de nosotros con tanto anhelo tu dueño, sino tuviese entendido, que no puede menos de serla mui desagradable nuestra visita, pues à la verdad, ò ella juzga aún, que somos asquerosas béstias, y abominables monstruos, y en tal caso no la servirémos mas, que de enfado, y asco ; ò nos supone personas dotadas de alma racional ; y entonces, haciendola conocer quan inferior es à la nuestra su capacidad, tendrá que avergonzarse de la flaqueza de su entendimiento, y de la falsedad de sus juicios ; en uno, y otro caso querémos evitarla el disgusto, y asi no aceptamos el convite:

Y

Y si acaso lo manda como un gran personage de distincion , dila , que nosotros hemos nacido en un clima , en donde se nos hace conocer à las hembras de su especie , y se las pinta con aquella misma idéa , que ella havia formado de nuestras personas ; y por tanto , la calidad de su nacimiento para nosotros no es de consideracion alguna. Dila, finalmente , que si tiene súbditos , de quienes ò por razon , ò por fuerza se hace obedecer ; como nosotros no lo somos , nos consideramos esentos de tales leyes , y aún de las generales , que comprehenden à estas Provincias ; y que mediante un poder incomprehensible para ella , è insuperable para todos los de su especie , nos lisonjeamos libres de toda subordinacion , y de todo temor : Pero , qué si despues su antojo la estimúla à un acto , que ella ciertamente debe creer como vileza , esto es , à venir à vernos , puede asegurarse , de que nosotros , siguiendo las leyes de una escrupulosa hospitalidad, la concederémos los honores , que mas sean de su agrado , y satisfarémos su curiosidad en todos los puntos , sobre que con eficácia guste preguntarnos.

Luego que se fue el criado , me dixo Roberto , que para humillar la altivéz de la Dama Mona, y para hacer concebir una alta idéa de nosotros, havia enviado aquella respuesta ; pero , que se contendría de otro modo , quando tuviese la ocasion de hablar con ella. No temais , añadió , que por ver rebatida su pretension con nuestra respuesta , se desdeñe de venir à vernos , porque es comun estílo en las hembras correr en seguimiento , de quien las desprecia , llevandolas su innata vanidad , à hacer la conquista de aquellas cosas , de que tienen mas lexos

la esperanza. Fuera de que, nosotros somos dos phenoménos singulares en estos Países, y asi, la curiosidad es, quien ha de obligar à todos aquellos, que tienen genio de vér las cosas mas particulares, à que deseen conocernos de mas cerca, y à indagar una novedad, de la que no pueden tener formada idéa, ni traza en su memoria, ni en sus Historias, si es, que aqui las hai: La misma curiosidad debe necesariamente conducir à esta Dama, que ciertamente tardará poco en venir à vernos.

Todo sucedió puntualmente como Roberto lo havia previsto, y en el mismo dia tuvimos la visita de la Dama. Una hora antes de su venida llegó uno de aquellos miserables criados, que están mantenidos por sus dueños, para que delante de las béstias, que los conducen, les sirvan de correr mas, que ellas, à advertirnos, que su Señora havia congregado à toda la nobleza, que estaba divirtiendose por aquellas casas de campo, y que con tan magestuoso trén se ponía en camino para vernos. Yo le pregunté, qué semblante havia puesto su ama con la primera respuesta; à lo que él me dixo, que como ella no esperaba semejante repulsa, quedó mortificada, y arrepentida del antiguo suceso; que despues echó una fuerte quimera à algunos de sus criados, y sus doncellas, que la havian adulado con motivo, de lo que havia rehusado aceptar el regalo, que la hacían de nosotros; y que luego llamó à una criada, que era su favoríta, con la que se aconsejó.

Las dos tenian grandes deseos de hablaros, añadió el criado, pero temían, no despreciaseis su propuesta, y asi, volvieron à llamar al del primer recado, y éste repitió el informe, con vuestra pro-

promesa de recibir à mi Señora con toda urbanidad, y cortesía, siempre que se dignáse de venir à esta casa; por lo que, determinaron convidar à toda la nobleza, para que vosotros à vista de un acompañamiento tan circunstanciado, y que no os havia dado motivo alguno de disgusto, no intentéis vengaros de la afrenta, que de ella recibisteis: De esta manera, y con todo este acompañamiento juzgan, poder ponerse sin temor de ultrage, ni peligro en la presencia de aquellos, à quienes, pocos dias há, despreciaron, y ahora con tantas ansias anhelan volver à vér. Pusose en planta el proyecto, y todos los criados de casa se emplearon en ir llevando recados de convite por el contorno. Asintieron, y se pusieron en movimiento todas las personas mas distinguidas de ambos sexos, viniendo à congregarse al palacio de mi dueño, que las contó mil prodigios de vosotros. Muchos de los convidados havian oído algunas cosas à cerca de vuestras acciones; otros llamaban ilusos, à los que lo creían; pero todos fueron de parecer de venir à saciar con sus proprios ojos esta curiosidad tan conforme à razon, persuadido cada uno, à que la confrontacion le confirmaría en su primer dictamen. Se han convenido igualmente entre sí, en trataros con toda urbanidad; y siempre que encuentren en vosotros aquellas qualidades, que en tal caso juzgan necesarias, determinan ofreceros el conduciros à la Ciudad, y allí no solo hacer, que seais vistos, sino tambien, que goceis de las maravillas, y de todas las grandezas de estas Provincias. Escuchámos con mucho gusto este razonamiento, considerandonos inmediatos à aquel

término, à que tantos meses havía, aspirabamos con increíble ansia, expuestos à los mas bárbaros desaires, y à un continuado peligro.

CAPITULO XIII.

De la visita de la Dama, y otros Cortesanos; y lo que en ella acaeció.

NO pasó mucho tiempo entre esta conversacion con el volante, y la venida de la Dama. Sonó un gran ruido como de pisadas de caballos, y se vió entrar en el cortijo la numerosa comitiva. La Señora fue la primera à desmontarse de su caballo; pero huvo mil ceremonias antes de que llegáse à executarlo: Un criado le tenia un estrivo, otro la brida, y dos la ayudaban à dar el salto; con todo esto, poco faltó, para que diese en tierra. Inmediatamente se llegaron los Caballeros à dar la mano à las demás Damas; y noté, que aquellas de mas elevadas circunstancias eran menos diestras, que las otras; efecto ordinario de una delicada educacion, baxo cuyas máximas separan à la juventud de aquellos exercicios, que acostumbran el cuerpo à la agilidad. Nosotros salímos al encuentro de aquella noble compañia, à la que Roberto hizo el siguiente discurso:

Un portento, que jamás vosotros, ò Señores, y Señoras, haviais oído, dirige vuestros pasos à vér dos criaturas, que han nacido en un mundo totalmente dividido del vuestro, por medio de una vasta, è increíble extension de agua. La naturaleza,

que

que es tan vária en sus operaciones, nos ha producido, como veis, y de aqui es, que en nuestros Paises no se encuentran otras criaturas racionales, que las de nuestra especie, y quando se vén vivientes semejantes à vosotros, se tienen por cierto, que son brutos, ò animales, que carecen de entendimiento; el mismo efecto debe infaliblemente producir en vosotros, el encontraros con unos vivientes, que no se conforman totalmente en la figura exterior con la vuestra; y asi juzgais, y mui verosimilmente, que serémos brutos, à quienes havrá negado la naturaleza aquel rayo celestial, que llamamos razon. De este modo, aquella misma maravilla, que os sorprehende, viendonos dotados de todas aquellas luces, que antes creíais, que à vosotros solos havia concedido la naturaleza, es, la que tambien nos admira, quando hemos hallado todas las qualidades, que se encuentran en las criaturas racionales de nuestro mundo, en unos objetos, que hasta ahora haviamos creído incapaces de razon. Depongamos, pues, yá las admiraciones de una, y otra parte; venzamos aquella oposicion, que mútuamente sentiamos unos hácia otros, y que es efecto de la novedad, y de la opinion demasiado buena, que de nosotros mismos teniamos formada. Si separámos todas nuestras preocupaciones, podrémos agradarnos recíprocamente; porque vosotros, participandonos todo lo bueno, y magnífico, que en estas Provincas se goza, conquistaréis en nosotros dos sincéros panegyristas, y os quedarémos mui agradecidos; y nosotros, comunicandoos nuestros conocimientos, y todo lo mejor, que se practíca en la Europa, no os servirémos de po-

co provecho, añadiendo à las perfecciones de estos Países las maravillas del nuestro. Podrémos establecer tambien un comercio ventajoso à los espíritus, y à los intereses de la vida entre una, y otra Nacion, quando nos conceda el cielo poder volver à nuestra Pattia; de el qual, si nosotros recibieremos de vosotros una no mediana utilidad, me lisongéo, que haveis de sacar vosotros mayor ganancia. La sinceridad recíproca sea, quien una nuestras amistades, y desvanezcanse desde este punto las risadas irracionales, y las pueríles burlas: En los nobles ánimos no debe reinar el engaño: Mas si acaso para solicitarnos algun daño, ò en la vida, ò en la libertad, se ha coligado la presente union (que por lo demás nos es mui honrosa, y de estimacion) os intímo, que os guardéis de proseguir tales designios, porque somos mucho mas poderosos, que lo que os podeis persuadir; ni os pase por el pensamiento experimentar la verdad de estas palabras, porque os sería prueba de mucha costa, y à nosotros mui sensible la necesidad de ponernos en defensa. Ea, pues, Señores, hagamos corro amigablemente, y haced aquellas preguntas, de lo que con mayor eficácia deseeis satisfaceros; que nosotros con todo gusto aceptamos el honor de vuestra amable conversacion.

La Dama, que conducía aquella compañía, que creyó, la competía de derecho respondernos, dixo asi: Yo me alegro mucho, que no seais béstias, sino Monas del agua, que tambien sabemos por acá, que son mui gruesas. Estos Señores están por mí informados, de que haveis estado atados à una

una cadena, de que Yo os ví entonces, y de que rehusé aceptaros en aquel estado; por lo que, seguros, de que sois de buena índole, no han venido para haceros mal. Por vida de Dama de honor os juro, que gustaré saber cómo van vestidas vuestras hembras en los Países ultramarinos, de donde aseguráis, que venís, pero cuidado con no engañarme: Yo os regalaré mucho, y aún os rogaré, que hagais, que venga una para mi entretenimiento. Ella seguia su discurso con una semejante porcion de ridículos despropositos, quando un caballero la interrumpió, previendo mui bien, que aquella tonta no nos daba mucho gusto. Con vuestra licencia, dixo, Madama Nispero (este era su nombre) permitid, que Yo como varon, y el mas viejo de la compañía, dé respuesta al sábio razonamiento de estos Señores, que merece la reflexion, y ponderacion, que acaso no suponeis. Hablad enhorabuena, Señor Haya, respondió ella desdeñosamente, que poco me importa: Luego arqueó las cejas, torció el gesto, abrió su abanico, y se empezó à echar aire. El caballero hizo poco caso del resentimiento de Madama Nispero, y habló asi.

Las cosas maravillosas, ò Señores, que vosotros en vuestras personas, y acciones haveis trahido antes que otro alguno à la Provincia de las Monas, han dado motivo, à que hayamos venido à visitaros: No hai en nosotros otro designio, que este; y si asi no fuese, vengaos de nuestra deslealtad con uno de aquellos omnipotentes rayos, con que haveis sabido aterrar al indigno enemigo del dueño de esta casa. Nos admira, y no es estreño por la novedad, oír, que haya en el mundo otros

Paí-

Países, distintos de estos, en donde unos Monos totalmente diversos de nosotros en el aspecto, señoreen à los demás animales. No podémos comprehender, de qué modo haveis podido pasar un mar tan grande, y con qué fines arribasteis à nuestra tierra, de la que, es regular, tuvieseis alguna noticia anticipada, sin la qual no podiais haver imaginado transferíros à nuestras playas. Objetos dignos de maravillarse son vuestro poder, vuestro sufrimiento, y la perícia en nuestro idioma: De todas estas cosas hablarémos à su tiempo, como tambien de las costumbres, los artes, y qualidad de vuestro País: Nos basta ahora, que nos hagais sabedores del modo de vuestra venida, y ocasion de ella; reservandonos para otra conferencia, el explicarnos las infinitas cosas, que tenemos, que preguntaros. Pero antes, que Yo os incomode, rogandoos, me deis respuesta, supongo, que ninguno de esta noble compañía tomará à mal, que, convidandoos Yo à venir à habitar en mi palacio, me solicíte una ventaja, cuyo valor no es facil, comprehendan todos: Seréis en él servidos con aquella atencion, que es debida, y emplearé toda mi eficácia en reparar el daño, que tan generosamente haveis sufrido en la indiscreta prision, que hallasteis entre estos rústicos. Irémos despues à la Ciudad, en donde me obligo à introduciros en todas nuestras asambléas, en las que podréis satisfacer vuestra curiosidad. Tengo, ademàs de esto, esperanza, y aún seguridad, de que halléis acogida en nuestro Soberano, que es mui amante de los forasteros, y gusta de las cosas singulares, y curiosas. Confiad, pues, en mí, y aseguraos, de que deseo estrechar con vosotros el nudo de una perfecta amistad.

Co-

Comenzó luego Roberto à contarles, como el arte de los Européos es tan excelente, que han hallado modo de unir, mediante la navegacion, los Países, que tiene separados la misma naturaleza con la interposicion de dilatadisimos mares; que unas barcas de increíble magnitud caminan impelidas de los vientos por medio de las aguas, y que de ellas suelen servirse los hombres à proporcion, de lo que han menester; que de este arte incomparable redundan à los estados infinitas ventajas, particularmente, la de transportar à otros Países los efectos, que abundan en el proprio, y traher de fuera los géneros, de que carece. Siguió explicandoles, que, no obstante la perícia de los Pilotos, y las reglas del arte náutica, aquellas máquinas, llamadas Navíos, muchas veces no pueden contrarrestar à la violencia, y furioso soplo de los vientos, de lo que se sigue la desunion del leño, y la pérdida de las personas. Expuso nuestro naufragio, el milagroso arribo à sus tierras, nuestro retiro en la gruta, nuestra diaria ocupacion en aquel desierto, el descubrimiento de la llanura, nuestra venida à aquella casa, los accidentes en ella ocurridos, las instrucciones, y socorro, que debiamos à Oliva, y finalmente el término de nuestra prision. Concluida la relacion de estos sucesos, añadió: Yo, Señor Haya, acepto el convite, que nos haveis hecho con vuestra casa, y asistencia, del mismo modo, y con el gusto, que tendría de serviros en mi tierra, y en mi casa, si os huviera sucedido toda esta série de accidentes, que por nosotros ha pasado: Pero antes de marchar, adonde teneis la generosidad de conducirnos, per-

mitidnos volver à nuestra cueva, por si podemos hallar aquellas alhajuelas, que en ella tenemos escondidas: Condescendió nuestro generoso caballero y aún se ofreció à irnos acompañando hasta la gruta el dia siguiente.

A este tiempo una cierta hembra, cuyos ademánes en nuestros Paìses desde luego la huvieran caracterizado por un perfecto modélo de vanidad, y poco seso, y cuyos vestidos no respiraban otra cosa, que fausto, y ridiculéz, nos dixo: Señores Monos extravagantes, dadme el gusto de fulminar uno de vuestros rayos contra alguno de los animales, que hai en esta casería, para que pueda Yo decir en la Ciudad, que he presenciado esta maravilla, si me quereis complacer, os quedaré mui agradecida; pero sobre todo, mirad, que sea esto, sin que me espante. Respondíla: Señora, eso es imposible, porque como es regular, que un estallido improviso, y sulfúreo cause algun temor (à lo que debe añadirse la novedad) no sabemos, qué impresion es, la que podrá ocasionaros. Un mozuelo, que desde luego se conocía, que era su obsequiante, nos respondió, que no esperaba, que unos animales desconocidos, como éramos nosotros, hiciesen tal desaire à Madama Zanahoria. El Señor Haya aprobó mi respuesta, como mui juiciosa: Pero aquel insensato se obstinó, en que haviamos de hacer la prueba, llamandonos impostores, y que procurabamos con supuestos pretextos evitar la contestacion. Roberto con su discurso, y acostumbrado modo de darse à comprehender, procuró persuadir al mozuelo, à que no se empeñáse en solicitar una experiencia, que era fue-

fuera de tiempo; y con la posible blandura le hizo patente lo injusto de sus resentimientos, y la poca crianza del modo de darlos à entender: Este mentecato, acostumbrado à la adulacion, se agrió mucho mas con la repulsa, à cuyo parecer se unieron en aquella junta, tanto los que havian ido à visitarnos, movidos de la curiosidad, como los que estaban incrédulos de estos efectos.

Roberto entonces pensó en divertirles de aquel pensamiento, por lo qual sacó de su faltriquera el anteojo, y les dixo: Nobilisima comitiva, yá que no me arriesgo à executar la prueba del rayo, dignaos de observar otra maravilla: Con este instrumento podréis descubrir los objetos distantes, aproximandolos à la vista, y asi, veréis vuestra Ciudad, y aún vuestras mismas casas: Parece esta una habladuría de algun charlatán, que vende por portentosas las cosas mas triviales: Todo el mundo es País: Riase, pues, y burlese de sí mismo, pues él asi lo quiere. Aceptaron todos la oferta, y nos pusimos sobre un puesto eminente. Uno à uno, no huvo, quien no quedáse admirado de aquella maravilla; y realzaron hasta las estrellas al dicho instrumento.

Roberto, que quería vengarse de Madama Zanahoria, y del Señor Girasol su amigo, puso todo cuidado, en que quedásen los ultimos para hacer sus observaciones con el telescopio; y entre tanto me habló à la oreja, advirtiendome, lo que havia de executar. Llevaba ella cuidadosamente en brazos un hermoso perrillo, como los que suelen alimentar nuestras Damas con mas cuidado, que à sus hijos, y amar mas, que à sus criados, y que

à qualquiera criatura humana : Quando Roberto la dió el anteojo, ella puso al faldero en el suelo : Yo entonces, descerrajando una de mis pistolas, le aseguré el golpe, y el pobre perro quedó sin vida. El estallido produxo infinitos efectos, pero los mas singulares fueron el de Madama Zanahoria, que cayó de espaldas vergonzosamente, y el de su servidor, que, poseído del miedo, llenó los calzones de aquella materia, que por el hedor se dexa conocer, antes de verse : Asi quedó vengado el ultrage, con que nos havian tratado aquellos dos amantes, à los quales fue forzoso ocultarse mucho tiempo, porque no podian sufrir la burla de sus amigos. Fuera de los dichos, cada uno de los de la comitiva hizo su particular movimiento, y Madama Nispero contraxo desde aquel dia un temblor, de que no la fue posible convalecer. Parece, que quiso el cielo en aquel punto, que tomásemos satisfaccion de aquellos, que nos havian ofendido de todos modos, y con esto advertir à los demás, que nos mirásen con mas respeto. Supimos despues, que la pérdida del perro havia sido mui sensible à Madama Zanahoria ; pero era de justicia, que, queriendo ella vér muerto à un bruto, pereciese, el que era, de quien havia hecho la propuesta, y que recayese el daño, en quien à otro se lo havia deseado. El Señor Haya alabó mucho nuestra accion ; pero nadie pudo descubrir, qué medio havia usado para matar al perro, porque el golpe fue repentino, y asi ninguno tuvo tiempo de vér la pistola, pues el temor en unos, y el pasmo, que quedó en otros, despues de executado el golpe, dió proporcion para poder esconderla. Poco duró luego la conversacion,

Tom. I

Cap. XIV.

Patiño sculp.

cion, porque consternados todos se despidieron; el Señor Haya ratificó su promesa, y nos dixo vendría al dia siguiente para que juntos fuesemos à la gruta, y desde allí pasáramos à su habitacion, donde nos detendriamos algunos dias, y despues nos encaminariamos à la Ciudad, ofreciendonos de nuevo en ella toda su asistencia, y cuidado.

CAPITULO XIV.

Del recibimiento, que tuvieron Enrique, y Roberto en casa del Señor Haya.

LA noche, que antecedió à nuestra partida, fue mui triste para aquella rústica familia, que tanto nos havia maltratado en el tiempo anterior; que es comun costumbre, aún entre nosotros, no hacer caso del bien, quando podemos gozarlo; y llorarlo, y desearlo eficazmente, quando se ha perdido, ò se vé, que vá à perderse. Los dueños de la casa particularmente se quexaban, de no haverse sabido aprovechar de una dicha, que havian tenido consigo tantos tiempos, y que se les iba de entre las manos, quasi tan presto, como la havian conocido. Llegó la mañana, que aguardabamos con impaciencia, y no faltó el Señor Haya à su palabra, viniendo à acompañarnos, seguido de muchos criados. Nuestra partida costó muchas lágrimas à aquellos pobres Monos, pero particularmente à Oliva, que no hallaba consuelo, viendo, que la desamparabamos: Nosotros la prometímos un agrade-

decimiento, perpétuo, y el Señor Haya tambien la aseguró, tendria su proteccion; la que fue en adelante para ella mui ventajosa, porque él à nuestra instancia la colocó poco tiempo despues mui honrosamente.

Partímos, pues, y en el camino nos comunicámos muchas noticias con un placer particular de ambas partes. El Señor Haya nos dixo, que el camino, que tomabamos, le era absolutamente desconocido, y que, segun lo que le parecía, la playa, adonde haviamos arribado despues de nuestro naufragio, estaba sin duda ignorada de los habitadores de aquellas tierras. Llegámos à la gruta bien tarde, por quanto los discursos, que haviamos ido haciendo, retardaron demasiado nuestra marcha. La hambre, y el cansancio no nos mortificaron mucho; pero no obstante, el Señor Haya havia llevado consigo sus provisiones, y quiso, que comiesemos sobre un collado, poco despues del medio-dia. Admiraba con gusto este caballero el lugar en donde haviamos sabido vivir tan alegremente, sin el socorro de criaturas racionales, y se le figuraban aquel desierto, y nuestro modo de vida asunto de algun cuento, ò de alguna novela. Nosotros le ibamos demonstrando con la mano los sitios mas ordinarios de nuestra pesca; la fuente, de donde tomabamos el agua para apagar la sed; la playa, en donde, paseandonos, dabamos algun desahogo à nuestro espiritu, comunicandonos los mútuos descubrimientos, las reflexiones sobre ellos, el lugar adonde nos sentabamos à tomar algun refrigerio con la comida, y finalmente el retiro, en que pasabamos la noche. Como aún no se havia au-

ausentado el Sol al orizonte opuesto, propuso el Señor Haya, que nos empleasemos en el gusto de la pesca, y que otro fuese à traher el agua de la fuente acostumbrada, à fin de experimentar él tambien aquella noche nuestro modo de vida pasada. Yo, pues, eché mis anzuelos à los peces, y tuve la suerte de pescar algunos. Roberto fue à hacer la provision del agua, y despues haviendo gastado algun tiempo, discurriendo en nuestros descubrimientos acerca de las yervas, y los insectos; le hicimos vér vna portentosa experiencia sobre uno de ellos, de la que hablaré en el capítulo siguiente; y con esto se finalizó el dia. Al siguiente no huvo cosa alguna señalada, de que hacer mencion acerca de nuestro viage à la casa del caballero; adonde llegámos por la noche, llevando con nosotros aquellos muebles, que haviamos podido salvar de nuestro pasado naufragio.

Havia muchos criados esperando nuestra llegada con hachas de pez en la portada del palacio: Estos indiscretos, y villanos racionistas se pusieron à reir, luego que llegámos adonde estaban, pero una ojeada de su Amo los contuvo, à que estuviesen como debian. Nos salieron luego al encuentro sus tres hijos, una hija, y su esposa: Los primeros mostráron mucha alegría con nuestra venida, pero su consorte nos hizo un cumplimiento mui sucinto, y poco expresivo, de lo que inferimos, que nuestra presencia no era mui de su agrado. La causa, que tenia para este sinsabor, segun despues pude descubrir, era una detestable avaricia, en todo, lo que miraba al interior govierno de la casa; de lo que provenía, que era el verdugo
de

de sus criados, que hablaban mui mal de ella; y aunque las murmuraciones de éstos no sean suficiente argumento para inferir la qualidad de los amos, siendo costumbre de esta viciosa canalla el no estár jamás contentos; no obstante, hablando de la Señora Espina (asi se llamaba la esposa de nuestro magnánimo bienhechor) no mentian en quanto la desacreditaban. Por otro lado, ésta, quando se trataba de luxo, y de placer, consumiría todo el patrimonio de la familia para presentarse como una Dama de alto carácter en el mundo, y para estár con satisfaccion de sí misma en las ocasiones, que se la ofreciesen. Asi Madama Espina unía, como lo hacen muchas de su calidad, una avaricia vergonzosa à una prodigalidad sin fin, poniendo en práctica la primera, para escasear à su marido, à sus hijos, y à toda la casa lo conveniente, y necesario; y exercitando la segunda en todo lo supérfluo, para hacerse caracterizar por una insensata. La hija estaba modestamente vestida, y su compostura demostraba una exterior gravedad, pero se leía en sus ojos el ardiente deseo de imitar à su madre, aunque era un perfecto exemplo de la locura. Llamabase Lechuga esta Señorita; luego, que nos vió, nos hizo una cortesía mui tiesa, y afectada, y nos dixo: Bien venidos; pero al mismo tiempo torció el gesto, queriendo con las palabras, y movimientos darnos à entender, que la sumision à su padre la obligaba à cumplimentarnos; pero, que nuestras personas la eran desagradables, y asquerosas. Yo me havia acostumbrado yá à semejantes extravagancias, y asi no me dió mucho sentimiento el modo, con que nos trataron estas Monas.

El

El Señor Haya destinó para ambos una misma habitacion, è intimó à dos criados, que estuviesen obedientes à quanto mandásemos, sin que en adelante reconociesen à otro amo, que à nosotros: Oyó esta orden Madama Espina, y bastó para que se alteráse, viendo que por este medio salian de su jurisdiccion dos personas de la casa; por lo que enfadada, dixo asi à su marido: ¿ Con que por estos lucidos sugetos, que haveis introducido en casa, Yo quedaré privada de dos criados? ¿ Qué injusticia es esta? Por dos monstruos, que no se sabe, de adonde han venido, y que acaso havrán nacido de la héz del pueblo se vilipendia de este modo à una Señora de mis circunstancias? Yo entonces me presenté con el modó mas político, que ella era capaz de entender, y la rogué se sosegase, asegurandola, que nosotros antes sufririamos qualquiera molestia, que servirla de incomodidad, y desazon; y al mismo tiempo Roberto rogó al Señor Haya, que se sirviese disponer las cosas de otro modo, para no dar este disgusto à su consorte: Pero él, que conocía el genio de ésta, y que queria ser solo él dueño de su casa, respondió, que no acostumbraba tratar de otra forma à sus huespedes; y con una severa mirada impuso silencio à la Señora Espina, que tuvo que tragar el amargo bocado de vér sin efecto su pretension delante de nosotros.

Llegó la hora de la cena, y los hijos del caballero Haya, que à manos llenas nos franqueaban las finezas, nos hicieron sentar cerca de ellos, por no haver en aquel País el estílo, de que los forasteros se pongan inmediatos à las Señoras, por quanto éstas trahen consigo el enfado de tener, que servirlas,

las, con lo que se disminuye el placer de la mesa: Fue esto para mí de mucho contento, pues jamás hé tenido tan extragado el gusto, que haya deseado aproximarme à aquellos objetos, que suponen, que honran, quando son dignos de compasion. Además de que siempre he tenido una insuperable aversion al fausto, y à la arrogancia, y en todo tiempo he procurado alexarme de aquellas personas, para quienes conozco soi poco agradable. La mesa fue servida con muchas viandas, poco mas ò menos, de la misma composicion, que las nuestras, esto es, en las que se ampliaba la naturaleza de los manjares, agregando en los condimentos algunos materiales del todo diversos, cuya union por las distintas qualidades, que se combinan, suele ser de dañosisimo nutrimento para nuestros cuerpos. Ningun plato era del gusto de la Señora, porque uno estaba mui insípido, otro mui agrio, aquel con mucha especia, éste con poca, y finalmente en todos se havia portado el cocinero, como un bruto.

El Señor Haya se volvió hácia Roberto, y le preguntó, riendose, si nuestras Damas entablaban semejante conversacion en la mesa delante de los huespedes, que jamás havian visto. Ella se mortificó mucho con aquella pregunta, y Roberto le respondió sábiamente, que todo el mundo era país; pero que aquella Dama se havría considerado en los precisos términos de estár sola con su familia; pues fuera de ésta no tenia à su mesa mas, que à dos desdichados, que de su mera cortesía, y liberalidad recibian el sustento. La respuesta agradó à Madama Espina, con lo qual se serenó un poco; pero

pero de allí à un breve momento llamó al despensero, para preguntarle el valor de aquellas provisiones. Todo la pareció de un precio exorbitante, por lo que decidió sin detenerse en cosa alguna, que aquel pobre criado era un ladron; que, con lo que ponia de mas en la cuenta, quería enriquecerse, y reducir su casa à un miserable estado. Tuvo que callar este infeliz; como igualmente huvo de disimular, el que cuidaba de la bodega, à quien su indiscreta ama imputó, que havia gastado el vino, para venderle, y lucrarse. El Señor Haya puso fin à estas impertinencias, levantandose de la mesa; nos dió las buenas noches, y se retiró con Madama Espina à su quarto. Los hijos nos conduxeron al nuestro, en el que nos encerrámos. La cama era blanda, compuesta de muchos colchones de algodon, y las colchas de finísima seda. La pieza estaba llena de pinturas históricas, y en lo demás adornada quasi como las nuestras: Solo faltaban los espejos, por lo que resolví (suponiendo ignoraban ellos este invento) sorprehenderles al dia siguiente, mostrandoles uno, de los que haviamos llevado con nosotros.

CAPITULO XV.

Del descubrimiento de una yerva, y un insecto mui particulares; y pareceres de algunos Doctores Monos.

ANtes de ceñirme à la narrativa, de lo que noté, y me sucedió con las Monas Ciudadanas,

quiero dar parte à mi lector de dos descubrimientos, que hicimos en nuestro desierto en aquellos tiempos, en que Yo andaba por los montes en busca de yervas desconocidas, para hacer las observaciones, à que estaba destinado por Roberto, y él iba tambien buscando sus insectos.

Hallé, pues, un dia en la cima de un pequeño collado algunas yervas, cuya figura movió à hacer alto à mi curiosidad. Las estuve mirando por algun tiempo, y aunque mas iba haciendo memoria de todas las de nuestro País, encontraba de éstas à aquellas una total diferencia, sin que me pudiese imaginar, para qué uso se producirían estotras. Cogí un pequeño manojo de ellas, y me las llevé à la gruta: Roberto estuvo registrandolas, y aunque él era mui versado en la Botánica, le parecieron totalmente nuevas: Estaban llenas de polvo, por lo que fuimos à la playa para lavarlas: Luego, que las echamos en el agua, vimos à ésta tinturarse, tomando un color amarillo, como el del azafran: No me sorprehendí mucho de este phenómeno, y dixe à Roberto, que discurría que esto proviniese del polvo, que las cubría, que siendo sin duda de aquel color, interpolado con el agua, produciría aquel efecto. Bien puede ser eso, respondió Roberto, pero quando se trata de experiencias, es necesario, no quedarse en las primeras razones, que se presentan à nuestro entendimiento, que muchas veces suelen ser mas arbitrarias, que verdaderas; sino repetir las pruebas, para vér, si el hecho corresponde à la razon ideada; hagamoslo pues asi, y renovémos la operacion; porque si es originado del polvo el efecto de tomar el agua

esta

esta tintura, ahora que yá están limpias, aunque se laven de nuevo en la mar, no advertirémos mutacion alguna; pero si la causa está en las mismas yervas, se verá el mismo efecto que antes. El discurso de Roberto era mui puesto en razon, por lo que reiteramos el experimento con las yervas, que yá estaban totalmente limpias del polvo; y haviendo tomado el agua el mismo tinte, deducímos, que tenian la dicha virtud en sí; y como ésta me ha parecido maravillosísima, he querido introducir esta relacion en mis Memorias, para que no se pierda el conocimiento de la referida planta.

La otra maravilla, que me sorprehendió mucho, y que Roberto confesó, que destruía todos los systémas sobre la generacion de los insectos, acaeció acerca de un animal con muchos pies, que no conocido por Roberto, le havia trahido à la gruta, para examinar sus propriedades; le cogió junto à un arroyuelo, que corría culebreando no lexos de nuestra fuente. No puedo describir su figura, por que él pasaba facilisimamente de un estado à otro, yá aumentandose su extension à dos veces tan crecida, como su comun magnitud, yá reduciendose à un quasi indecible tamaño. Mientras estabamos admirando semejante particularidad en el insecto, tuvo Roberto la curiosidad de dividir uno, para vér, como estaba formado su cuerpo en lo interior, por lo qual le cortó transversalmente: No perderé tiempo en contar, como era la composicion de sus miembros, porque en esto no consiste la maravilla. Dexámos, por accidente, sobre una tabla, de que nos serviamos en semejantes

tes casos al dicho animalillo dividido en dos partes? pero, ¡qué pasmo! A la mañana siguiente el tal insecto no estaba muerto, antes se halló duplicado; la parte de la cola havia producido una cabeza con lo demás del cuerpo, que le faltaba; y la parte, à que havia quedado unida la cabeza, se havia perfeccionado en lo restante, quedando el animal entero. Creímos uno, y otro, que soñabamos este descubrimiento, por lo que bien se dexa conocer, renovariamos la experiencia, y la observacion. Roberto, que no era hombre, que se dexaba llevar de vanas apariencias, tomó tres de aquellos insectos; separó al uno transversalmente en quatro partes; à otro dividió por medio desde la cabeza hasta la cola, que dexó entera; y al tercero finalmente abrió por medio desde la cola hasta la cabeza, que dexó tambien entera: Cubrímos todos los pedazos para mayor seguridad, y esperamos al dia siguiente para vér lo que sucedia. Apenas nos levantámos de la cama, no dexámos de ir corriendo à registrar nuestros insectos, y hallámos, que el primero, que quedó separado en quatro partes transversalmente, se havia convertido en quatro insectos enteros, y asi, que de cada pedazo se havia formado uno. Aquel que quedó dividido à lo largo desde la cabeza à la cola, pero sin tocar à ésta, se havia transformado en un monstruo de dos cabezas, y dos cuerpos, que se unían en sola una cola. Finalmente al tercero, à quien haviamos abierto à lo largo desde la cola à la cabeza, dexandole ésta entera, vimos mudado en otro monstruo de dos cuerpos con una cabeza sola.

Ro-

Roberto no sabía, qué pensar, estaba como fuera de sí, y le parecia, que era una ilusion, lo que miraba. Ah! dixo, mi amado Enrique, este descubrimiento, en el que temo, que mis ojos me engañen, hace bien patente, lo débiles, que son los entendimientos humanos, y qué de ligero se creen los hombres, quando juzgan, que han encontrado el verdadero camino, por donde se dirige la naturaleza en sus producciones, esto es, lo que ellos llaman systéma, por el qual à veces combaten entre sí, con tanto tesón, que parece, que yá han penetrado los mas secretos arcános de la creacion. Para dar mayor valor à la verdad de este phenoméno, repetímos, de varias maneras los experimentos, pero siempre fueron uniformes los efectos, y siempre sucedió, que cada pedazo de animal reproducía lo restante, y dentro de pocas horas se encontraba en su perfeccion, aunque con esta diferencia; que las partes próximas à la cola se reintegraban con mayor prontitud, que las que estaban inmediatas à la cabeza, y asi proporcionalmente las demás.

Esta admirable novedad fue despues motivo de lograr Yo un largo, y sério entretenimiento con algunos Monos sábios del País, haviendo tenido la curiosidad de visitar todas las Universidades de aquellas singulares Provincias, y de conocer todos los doctos que tienen los primeros puestos; como largamente referiré, quando tenga que hablar de las extravagantes opiniones, que reinan en aquel nuevo mundo. Pero puede ser, que quando tenga ocasion de hablar de ellos, acaso se me olviden aquellas explicaciones, que me dieron sobre este asun-

asunto ; por lo que , yá que se me presenta la ocasion de este prodigioso insecto, el lector me permitirá una corta digresion , en la que diré , lo que acerca de este portento pensaban aquellos Monos Phísicos , y la razon , que daban de sus efectos.

Uno , pues , de ellos con aquel aire de seguridad , con que semejantes sugetos se hacen creer del vulgo , dixo , que no era otra la causa de la renovacion del sobredicho animal , que un *desarrollamiento.* Yo , que , por instruccion de mi Amigo , tenia algunos principios de las curiosidades phísicas , resolví , que era forzoso explicar este desenvolverse, haciendome conocer , cómo y de qué artificio se valía para él la naturaleza ; ademas de que sería cosa dificultosisima explicar , como de la cabeza separada del cuerpo del animal se fuese desarrollando todo lo restante. Señores , añadí , no creo, que sea facil empresa determinar , en qué parte del insecto consista el principio de la vida , porque del portentoso efecto , que de él resulta , parece, que en todas se encuentra. Luego que dixe estas palabras , se fue levantando con algun trabajo un Monázo viejo , y habló semejantes razones.

Ved aqui , ò sapientisimas lumbreras de la Philosophía , un sincéro , y desinteresado testimonio de un Mono del otro mundo , con el que se confirma mi doctrina , y de mis compañeros , y discípulos. Yo entonces me presumí oír una exacta explicacion , y que me decidiría el problema , por lo qual rogué à aquel Doctor , que me aclarase el punto , que se controvertía. El Philósopho , despues de muchos preámbulos del todo supérfluos, dixo,

dixo, que la naturaleza se encontraba toda en todas las partes del universo, y entera en el entero. Quiso darme à conocer, cómo se entendia esta opinion; pero confieso la verdad, que si la palabra *desarrollamiento* no me hacía comprehender cosa de nuevo, la explicacion de este último añadia obscuridad à obscuridad.

Otro, que alli havia con un vestido ceniciento, me dixo, que era cosa sabida, que la corrupcion de uno causaba la generacion de otro, por lo que, no era maravilla, que de la parte cortada, y corrompida del insecto se produxese un perfecto animal. Refutaron todos los Doctores esta doctrina, diciendo, que no eran ya tolerables estas antiguallas, y que convenia dar razones physicas, y mecánicas. Despues de esta altercacion, uno de los reputados por sabios entre ellos dixo asi:

Me parece, Señores, que todos en esta explicacion os llevais poco; y que vosotros, Señores Novadores, no haveis dado mas adelantamientos à la Philosophia, que mudar nombres, introduciendo otros algo mas inteligibles, pero que, en efecto, aun con vuestros tan ponderados descubrimientos, en substancia nada se ha rastreado de la realidad de las cosas. Mi parecer es, que el Philósopho debe descubrir, y admirar, contentandose con proponer historialmente, quanto sabe producir la naturaleza, sin tener la demencia, de querer dar razon de todos sus efectos; demencia, que os ha hecho proferir todas las extravagancias, que han podido ridiculizaros delante de este forastero, qué, à lo que entiendo, no es ignorante en estos principios. Mucho congenió conmigo esta respuesta,

que puso punto en boca à aquellos presuntuosos Doctores.

La continuacion en la lectura, que haviamos hecho Roberto, y Yo en el Señor de Montaña, único libro, que tuvimos en la prision, y alivio de aquellas desgracias, me havia despertado la atencion à las cosas naturales, y particularmente, à las que pertenecen à las acciones de las bestias. Sucedió un caso en la casería de nuestros Villanos pocos dias antes de nuestra partida, que à una atencion philosóphica puede dar motivo de especulacion; por lo qué, antes de finalizar este capítulo, no quiero omitir la relacion de él, teniendo presente, que acaso no encontraré otro lugar en estas Memorias, en que poder introducirle.

Haviendo salido à caza un dia los hijos del dueño de aquella rústica habitacion, se dirigieron à un bosque, en donde encontraron la caverna de una cierva, que, haviendose alexado de aquel lugar por alguna necesidad de comer, ò beber, havia dexado alli sus pequeñuelos hijos, de los que uno era macho, y otro hembra. Los Monos jóvenes agarraron à los cervatillos, y los traxeron à su casa. Estos crecieron juntos, apartados de los demás animales en un pequeño corral, separado de lo restante del terreno, mediante un recinto de juncos. Tenianse entre sí un recíproco amor los dos mellizos, tanto, que ni por un momento sabian estár separados. Sucedió, que la hembra se puso enferma de una hinchazon, que la sobrevino en la quixada derecha; el mal se agravó, y no teniendo ya mas resistencia, se murió. Esto fue ya cerca de la noche, y el ciervo no dió señal alguna de senti-

ti-

timiento, pero siempre se le advertía inmediato, como si estuviera ella durmiendo. A otro dia despues de comer determinó el dueño de la casa desollar la cierva, para aprovechar à lo menos la piel, por lo que, dadas las ordenes convenientes à sus hijos, y ellos provistos de los instrumentos necesarios para esta obra, fueron al dicho corral. Nosotros, que alli viviamos sin forzosas ocupaciones, determinámos seguirlos, no tanto por observar, si los Monos hacian aquella operacion de la misma manera, que se executa entre nosotros, quanto por interrumpir, siquiera una hora, nuestro metódico modo de pasar el tiempo. Acompañámos à nuestros Monos, y entramos con ellos en el referido corral. El ciervo miraba à su hermana, pero no mostraba semblante de tristeza: Quando nos vió entrar dió un bramido, como pidiendonos favor, ò acaso avisandonos, para que no interrumpiesemos el sueño de su compañera, que, segun lo que aparecía, él estaba, en que dormia. Nuestros villanos se llegaron à la muerta, y en brevisimo tiempo cumplieron el mandato de su padre. El ciervo estaba inmoble, mirando la operacion, pero, luego que vió desollada à su compañera, dió tres, ò quatro bramidos terribles, erguiendo el cuello, y pateando la tierra; despues se echó sobre la yerva, lanzó algunos suspiros, baxó la cabeza, y de alli à poco tiempo espiró.

Quedamos Roberto, y Yo enternecidos con aquel accidente, del que sacamos muchos motivos de reflexionar. Si me huviera impuesto el cargo de Philósopho, y de expeculador, describiría con este motivo todas las observaciones, que mutuamen-

te nos comunicámos, pero, siendo forzoso volver à tomar el hilo, que se ha interrumpido, de nuestra Historia, dexo al lector el exámen de un hecho tan singular, y del que, aseguro en realidad, he sido testigo de vista.

CAPITULO XVI.

Describese el palacio del Señor Haya, y el tocador de Madama Espina.

DEscansámos, pues, con toda comodidad en el palacio del Señor Haya. La nueva cabecera tiene la propriedad de hacer despertar temprano, al que en ella duerme, por lo que me levanté, antes que otro alguno de la familia huviese dexado su quarto. Salí por el palacio para registrar la arquitectura, y examinar el adorno del jardin, y las flores, que en él se cultivaban. El palacio constaba de diversas partes, que las mas eran inútiles; havia abundancia de columnas, en donde el peso, que sostenían, no necesitaba de la decima parte de aquel apoyo. Aquellos puestos, que debian estár fabricados con un material fuerte, y pesado, estaban con el mas ligero; y por el contrario, en muchos lugares se miraba empleado aquel en lugar de éste; todo repugnante à lo que requería la fábrica. Finalmente el conjunto era extravagante, y se vía, que el artífice havia cuidado mui poco de la proporcion, y nada de la realidad, que es la esencia de todos los artes. La mayor hermosura del palacio consistía en mil supérfluos adornos, que

sir-

sirven de perfecto gusto à los ojos del vulgo; pero que son fastidiosos à los inteligentes.

Me acuerdo, que hice con Roberto, hablando de la Arquitectura de estos Monos, una comparacion de ella con nuestras novelas; porque asi como en éstas lo admirable destruye à lo verosimil, y verdadero, y tanto mas agradan à los ociosos, è ignorantes, que las leen, quanto mas llenas están de monstruosidades, y quimeras; semejantemente una tal Arquitectura toma su valor de lo falso, y extravagante, y se hace del agrado de los ignorantes Arquitectos à proporcion de los errores, que en ella se cometen. No se crea, que Yo quiera en esto aludir à nuestros Arquitectos, pero líbrenos Dios, de que ellos tomen el exemplo de nuestros Monos; pues en el regreso, que he hecho à Europa, he visto ya un principio de este falso gusto, que me alegrára mucho, que del todo se destruyera, antes que echáse mas hondas raíces. Algunos encontré tambien de nuestros Monos, que lo desaprobaban, y entre todos un cierto Philósopho, que podia compararse en su tenor de vida à los Griegos Cínicos, el que para quitar de los artes, y especialmente de la Arquitectura este indigno abuso, quería reducir esta parte de la Mathemática à una simplicidad magestuosa, y primordial. El gritaba por todos los ángulos de la Ciudad, que en donde no se encuentra lo verdadero en la Arquitectura, no era admisible ornato alguno; y que, teniendo la materia su específica qualidad, convenía atenerse escrupulosamente à su índole, para no separarse de lo verdadero. El Cínico explicaba su doctrina con un enthusiasmo, que se aproximaba mucho à furor,

y

y aunque fuesen sus discursos geométricos, y puestos en razon, con todo, la novedad del sugeto que los proferia, la sumision, que se tiene à las obras de los antiguos; y, finalmente, el enfático modo, con que daba à entender su pensamiento, le hacian caracterizar por un solemnisimo majadero. Tuve muchas ocasiones de conferir con él, y no encontré, que reprobar otra cosa en su systéma, que la eficacia, mas que poética, con que le explicaba. Era una comedia vér, como el Cínico constante en las oposiciones de los inteligentes, firme contra las persecuciones de los Maestros del arte, y paciente, con los que le escuchaban gustosos, todos los dias hacía algun progreso. Obtuvo, al fin, algunas ventajas, porque hechos ya los oídos de el público à una doctrina, que à primera vista parecia enemiga de un arte tan noble, y quasi rea de estado, por querer destruir en la opinion de los Ciudadanos la reputacion de las fábricas mas suntuosas, y acreditadas, le fue preciso hacerse cabeza de secta, y alistar baxo sus vanderas à muchos sugetos eminentes en grado, y con fama de sabios.

Tal era, pues, la estructura del palacio del Señor Haya. El jardin no era del mejor gusto: En estos se debe imitar con arte à la naturaleza, pero de tal conformidad, que aquel quede oculto, y parezca produccion natural, lo que es efecto de un delicado artificio. En el jardin, de que vamos hablando, todo era al contrario, porque no se advertía la naturaleza fomentada, y ayudada, sino forzada, y ceñida para aquellos efectos, que son del todo contrarios à su instituto. Registrabase, por exemplo, un arbol cortado en figura de una Mona,

na, una cifra compuesta de pequeños boxes, à los que impedían, que creciesen, para que conservasen aquella extraordinaria figura, y finalmente, todas las cosas estaban dispuestas, y obligadas à seguir unas sendas opuestas, à lo que las suele destinar la naturaleza. Havia mucho número de flores, pero colocadas con tal orden, y violenta proporcion, que el artificio, que en ellas afectadisimamente se echaba de vér, quitaba todo aquel gusto, que suelen experimentar los ojos, acostumbrados à mirar las cosas en su disposicion natural; y que se halla, quando se fixa la vista en un prado esmaltado de flores en tiempo de primavera; espectáculo tanto mas hermoso, quanto tiene de menos artificio. El tener encerrados los peces dentro de los límites de un largo estanque es antiquisima costumbre de los pueblos mas dados al luxo. Próximo al jardin hallé uno de estos recintos de agua, en el que se mantenian muchos peces, que cada uno, segun el computo, que me hizo uno de los Jardineros, costaba à su dueño doble precio, del que le costaría, si tuviese, que comprarle. El Señor Haya conocia esta verdad; pero la mal entendida idéa de cierta forzosa grandeza le mantenía en la continuacion de este abuso, y le hacía, que soportáse voluntariamente la sinrazon de gastos duplicados.

Ya à este tiempo por la puerta principal del palacio salía Roberto, acompañado de los tres hijos del Señor Haya, discurriendo con ellos acerca de las costumbres de Europa. Estos, hablando en verdad, tenian crianza, pero, segun noté, el mayor cuidado de su educacion consistía en el adorno

de

de una exterior cultura : Hacían las cortesias con mucho garbo, mesuraban las palabras, y en sus rostros siempre aparecía una risa atractiva; sabían los nombres de las mejores Damas del País; tenian prontas las especies de las conexiones, y genealogías de las principales familias; hablaban de guerras, contaban mil galanterías en materias amorosas; jugaban mui bien, quando se ofrecía alguna partida; danzaban perfectamente; y en un cierto instrumento, parecido à nuestros violines, tocaban de memoria dos, ò tres bailecillos. Con tan bellos dotes no podian menos de parecer mui bien à los ojos de las Damas, y en efecto eran bien recibidos en todas las concurrencias. Pero por otro término, quando se trataban discursos sólidos, pocas veces les oí proferir un juicio de peso, pues, por lo regular, fundaban sus opiniones en las comunes preocupaciones del País, ò en la autoridad de aquellos, que pasaban por iluminados, ò doctos.

No obstante, que fuese cosa maravillosa encontrar tantas qualidades, aunque exteriores, en una sola familia, Yo tuve el atrevimiento de decir un dia al Señor Haya, me admiraba, que siendo él un sugeto de tanta cordura, y buen gusto, no huviese dirigido à sus hijos por la carrera de ocupaciones mas dignas de criaturas racionales. Verdad es, me respondió, ò Amigo, eso que me deciis; pero si huviese querido educar à mis hijos segun vuestras máximas, me huviera atrahido el menosprecio de todo el mundo, que me notaría de persona extravagante, y enemigo de la bella sociedad: Además de que, si estuvieran excluidos del

co-

comercio de lo que se llama mundo civil, tampoco pudieran esperar adelantamiento alguno en la Corte. El mundo, añadió Roberto, es de esta condicion; hace poco aprecio de lo fundamental, y sólido, dexandose unicamente llevar de lo superficial, y aparente; por eso el Señor Haya pensó bien, quando conduxo à sus hijos por el camino de la fortuna; el exemplo de su padre, y el uso de la vida podrán hacerlos Philósophos, quando la naturaleza los prepare para este efecto; y sino tuviesen las disposiciones, que se requieren, de nada sirve todo el estudio, toda la instruccion, y todas las máximas.

Al tiempo que estábamos de conversacion con los Monos jóvenes, llegó el Señor Haya à cumplimentarnos, preguntando, si haviamos pasado bien la noche. Despues de nuestra respuesta, y de otras semejantes formalidades, introducidas para martyrio de los espíritus sensatos, pero que son el asunto ordinario de los discursos de los necios, nos brindó el dicho Señor, à que entrásemos en el quarto de Madama, que ya se havia levantado. Ni su vista, ni su compañía tenian, à la verdad, atractivos para que dejasemos la agradable conversacion de sus hijos; no obstante, la política nos obligó à admitir aquel convite, que para las personas del *gran Mundo* huviera sido apreciado como mui honroso, y apetecible. Luego, que llegámos à la habitacion de Madama Espina, nos salió al encuentro con un rostro mui risueño, y con expresiones del mayor agrado; de forma, que no parecía la misma, que la noche antes havia hecho tan poco caso de nosotros: En vez de los acostumbrados

adornos, se nos presentó de aquel modo, que se ponen nuestras Damas, quando se sientan al tocador. Quedé pasmado, viendo su mutacion; y el Señor Haya, que estaba leyendome el pensamiento, me sacó de la duda, diciendo à Madama Espina: Ved aqui, Señora, aquellos dos portentosos personages, que, no obstante tener tal poder con sus rayos, han tolerado con paciencia tanto tiempo una esclavitud, de que no quisieron librarse, hasta que se les vino la ocasion à las manos de preservar la vida à aquel, que los estaba oprimiendo. Con estas palabras conocí la causa de tan maravilloso efecto: El temor de no experimentar nuestra ira en su familia; y sobre todo la vanagloria de tener por huéspedes dos sugetos tan singulares, dieron motivo, à que asi cambiase de semblante. El Señor Haya, despues de havernos presentado à su esposa, se separó de nosotros, para entender en sus negocios. Madama, luego que quedamos solos, nos llevó à su gabinete, en donde la aguardaban muchas doncellas para disponer el acostumbrado adorno de la cabeza. Una de ellas estaba en pie enfrente de su ama, y era el juez que profería la inapelable sentencia sobre las acciones de las demás; porque como no conocian en aquellos pueblos el uso de los espejos, era forzoso, que huviese delante alguna criada, docta en la materia, que supliese esta falta. Havia puestos sobre una pequeña mesa mil instrumentos de la vanidad, que cada qual tenia su particular oficio.

Llegaron temblando las doncellas à la cabeza de su ama para dar principio à aquella grande obra, y pusieron en ella las manos con tal seriedad, de-

licadeza, y estudio, que no gasta tanto ciertamente un Abogado, quando examina las razones, que deben decidir la justicia de su parte. Un solo cabello, que no obedeciese al peine, era el mas grave delíto para aquella infelíz criada, que no sabía, acomodarle; este era el caso, en que la observadora insinuaba el yerro à su ama, y ésta, montando en cólera, amenazaba à la delinqüente con los mas crueles tratamientos; corrian inmediatamente à darla favor, como amigas, las manos de las compañeras, y à fuerza de la manteca, y de los demás instrumentos estaban trabajando, hasta enmendar aquel desórden, y someter à la debida obediencia à aquel rebelde pelo. El repartimiento del cabello, el orden de los bucles, y la qualidad de los polvos era materia de una eterna, y bien pensada consulta: Finalmente se terminó toda esta célebre operacion, y Madama Espina se levantó del tocador mucho mas horrible, que estaba antes de peinarse. Llamó à su hija, para que se pusiera tambien en el potro del luxo. Yo la supliqué me diese su licencia, ofreciendo volver inmediatamente. Fui à mi quarto, tomé el espejo, y corriendo, me presenté otra vez à Madama Espina, para sorprehenderla con una maravilla, que probablemente jamás havria visto. Púsela delante el espejo, y estuvo inmoble, mirando su propria figura; despues me dixo asi: No puede negarse, ò forastero, que no es natural esta pintura; ¿Pero quién es la hembra tan horrorosa, cuyo retrato estoi viendo? Llegóse la hija para vér ella tambien aquel tenido por retrato; pero luego, que se aproximó à su madre, y que ésta vió ponerse junto

to à la primera la figura de su hija, se sorprehendió en extremo, y presumiendo al punto lo que aquello podría ser, no se atrevió à hablar mas palabra, faltando poco, para que se la cayese el espejo al suelo. ¡ Oh, espejo portentoso, dixo entonces Roberto en nuestro idioma natural; tú solo has podido sacar una confesion tan sincéra de la mas vana de las hembras! Publicóse despues con sentimiento mio el chasco por una de las criadas de la casa, que fue despedida de allí à poco; ésta del mismo modo que sucede con las nuestras, apenas salió de servir à Madama Espina, contaba por extenso los defectos de su ama, y entre otras cosas esta aventura, mediante lo qual, se divulgó por todo el Pueblo.

CAPITULO XVII.

De las instrucciones, que daba Madama Espina à su hija.

A Exemplo de la madre, no fue menos delicado el peinado de la hija; desazonó repetidas veces à las doncellas, y se acabó la obra sin quedar ella contenta. Yo, decia, quando me cáse, no he de tener la paciencia de mi madre, y quien quiera comer mi pan, ha de servir mucho mejor, que vosotras. Haràs mui bien, Hija mia, respondió la madre, porque es necesario hacerse respetar de esta canalla, que no piensa en otra cosa, que en asesinar à sus amos. Nosotras, añadió, que descendemos de tiempo inmemorial de una sangre, que trahe su origen de las venas de antiguos Heroes, es-

Patino, sculp.

estamos por lo regular envilecidas, humillándonos à éstas, que despues de lograr la conveniencia, de que se las tolere, tienen el atrevimiento de no guardarnos toda aquella sumision, que nos es debida. Otras mil extravagancias dixeron estas dos necias en presencia de sus criadas, que de miedo no se atrevían à alzar los ojos; pero es regular, que en su interior estuviesen llenando de maldiciones à su ama. Despues, mandó Madama Espina à su hija, que fuese à vestirse con toda decencia para recibir las visitas, que fueran llegando: Ella obedeció, y nos dexó con la madre, que tuvo la curiosidad, de que la contásemos los sucesos de Madama Níspero, y Madama Zanahoria, y rió à vanderas desplegadas con las sobredichas aventuras: Mostró particular gusto en saber, que havian sido burladas, y dixo mucho mal de ellas. Entretanto llegó la hija.

Entró la Señorita à presencia de su madre con todos los adornos, que la moda havia introducido en aquel extraordinario País, y que, haviendose inventado para procurar hacer mas bien parecidas à las Señoras, producian acaso todo el contrario efecto. Si quisiera hacerme cargo de describir todas las vagatelas, que el uso ha propuesto como respetables, y que el luxo ha hecho seguir como cosas necesarias, consumiria mucho tiempo, y gastaría mucho papel en escribirlas. Imagínese mi lector un conjunto de extravagancias, y todas estas figuras colocadas en un sugeto por sí mismo ridículo; pues ni aun con esto, podrá formar una justa idéa del agregado de galas, que llevaba esta Señora. Parecerá hypérbole asegurar, que tenia ésta sobre sí tanta porcion de telas, quanta sería

su-

suficiente, para que se vistiesen otras doce Monas; ò que el dinero empleado en adornar esta horrorosísima figura sería capáz de alimentar una familia entera por espacio de un año. Pero la mas grande extravagancia consistía, en que la mayor parte de las telas estaba empleada en aquellos parajes, en donde parece, que la naturaleza menos lo necesita, porque de la cintura abaxo la adornaban la mitad mas, que en lo restante del cuerpo. La principal hermosura en aquel País consiste en el buen color del rostro, y del cabello; pero no obstante, que estos dotes de naturaleza son deseados con toda eficacia por aquellas Monas, que solicitan paracer bien; han sabido hallar el arte de hacer maravillosos los defectos; en cuya consequëncia, reparten sobre sus rostros ciertas manchas negras, que à ser naturales, fueran para ellas el asunto de mayor desazon, y à toda costa procurarían ocultarlas; esparcen tambien sobre sus cabezas ciertos polvos blancos mui menudos, con los que, encubriéndose lo negro del cabello, que es indicio de los verdores de la mocedad, hacen, que parezca encanecido aun el de la mas joven. Así, contrarias en sus mismos deseos, buscan en la deformidad los aumentos de su buen parecer, y como haciendo burla de los defectos, à que se han de vér sujetas algun dia, si logran la fortuna, de que se prolonguen sus años hasta la edad mas abanzada, quieren las haga mucha gracia aquello, que, quando lo tuvieran por medio de un efecto natural, lo considerarían como una infelicidad mui grave. Vease, de qué manera en aquel desatinado País se turba, solo por capricho, el orden de las

co-

cosas, y se burla lo verdadero con lo aparente.

Luego que llegó Madamita, creyó la madre, que atrahería à sí nuestra estimacion, dandola una séria leccion de las obligaciones, con que debia cumplir una Mona como ella; y poco mas ò menos la dixo de esta forma: Quando llegues, Hija mia, à ser visible en el mundo por medio del vínculo del matrimonio, haz cuenta, que para tí enteramente se mudó la escena, pues empiezas à hacer el papel de un personage mui diferente, del que hasta aqui has representado. En esta novedad, y en la incertidumbre de tus acciones no hallarás otra guia, ni refugio, que la memoria de las instrucciones, que te haya comunicado tu madre. Al primer paso encontrarás mil jóvenes ilustres, que te harán declaracion de lo que te estiman, que en el lenguage de la nobleza significa, amar; se dedicarán à servirte, y el tiempo te demonstrará el sentido, que tienen estos servicios. La moda te obligará à hacer eleccion de alguno de estos servidores; pero, cuidado en este caso de no dexarte llevar precisamente de tus inclinaciones; pues si asi lo executáras, te vieras perdída para siempre, y de tí se diría en la Ciudad, lo que se habla de otras muchas locas, con lo que llegarian à saberse otros tantos accidentes, quantos despues darían materia à los discursos de las conversaciones públicas. No permita el cielo, que Yo tenga la desgracia de ser madre de una Dama imprudente; por lo que, en el manejo de estas cosas no ha de mirarse la accion, sino el modo de executarla. Te convendrá, pues, elegir, ò al mas rico, ò al mas noble, ò al mas poderoso de los preten-

tendientes, y con esto te grangearás un respetable lugar entre tus iguales, y servirá, de que todo el mundo te rinda sus obsequios. Ten entendido asimismo, que en aceptando à qualquiera, no pienses en entregarle tu corazon, porque asi te verías perdída, y sin remedio; éste viva solo contigo, porque quando te parezca puedas tomar otro mejor partido, si te lo depara la suerte. Vé aquí el primer punto de mis advertencias.

En tu casa te deberás recoger unicamente à las horas de comer, y dormir, porque una Dama de rumbo no ha de tener hora, en que pueda parar en su propria casa. La visita, el paséo, los juegos, los teatros, las tertúlias son ocupaciones, que necesitan demasiado tiempo, para que sobre alguno, èn que nos avillanémos en compañía de nuestras criadas. Marchítense enhorabuena entre las paredes domésticas aquellas, à quienes cupo la infelíz suerte de un espíritu abatido, y melancólico, ò sinó, las que por su edad se miran precisadas, à mas no poder, à retirarse por no verse afrentadas, y burladas universalmente en los concursos mas lucidos.

Una Señora debe jugar, por lo que, Hija mia, mira con seriedad este punto, que es acaso el mas esencial de nuestro modo de vivir. ¿Y, à la verdad, cómo podrian durar las tertúlias, si quando se vá acabando la conversacion por falta de materia, en que discurrir, no ocurriese la especie de ponerse à jugar, único remedio à un mal tan excesivo? Tú, pues, pon cuidado para salir maestra en el juego, pues es asunto tan indispensable à una Dama; la prueba de esta verdad la encontrarás en Madama Nuez; ella está instruida en todos los co-

conocimientos de estas Provincias; tiene su trato con gente literata, y se informa de todos los artes; pero como no tiene gusto en el juego, ni habilidad para aprenderle, no vá à las concurrencias, y está mal vista en todas las conversaciones públicas: Por el contrario, su hermana no abre la boca, sino para una necedad, si hemos de dár credito à los rígidos censóres de las Damas; pero con todo eso, como sabe manejar mui bien los naipes, es generalmente seguido de todas su exemplo: Ella desfruta todos los placeres de la vida civil, mientras Madama Nuez con su virtud afectada pasa las noches enteras metida entre quatro paredes, rodeada de sus hijos (¡qué bella compañía!) y ocupada en leer algunas antiguallas.

Proseguia dando la madre sus instrucciones, hasta que conoció en el semblante, que no las aprobaba Roberto, y vuelta hácia él, le dixo: ¿Y bien, Señor, no viven acaso del mismo modo en vuestro País las Señoras de altas circunstancias? Es cierto, respondió Roberto, que muchas de las nuestras siguen ese método de vida, que haveis insinuado, como el mas plausible, à vuestra dignisima hija; pero, perdonad mi sinceridad, estas tales no son las mas alabadas. ¡Ah! ya os entiendo, Señor Roberto; vos sois uno de aquellos espíritus melancólicos, que caracterizan de malo, todo lo que no se hace, segun lo que les agrada; pero à pesar de los rígidos sentimientos, que vos, y vuestros semejantes sosteneis, queriendo desterrar del mundo la buena vida; las que estamos dotadas de un ingenio sobresaliente, hemos sabido quedar superiores à vuestras injustas censuras. Roberto tomó

à buen partido el callar ; y Madama , que por ventura quería dar muestras de su buena crianza con las dichas máximas , y advirtió , que las desaprobabamos , no quiso proseguir en sus documentos. Es verdad , que las palabras de Roberto nos privaron del gusto de informarnos de la educacion, con que se crian los nobles de el País ; pero esta pérdida no fue mas , que por entonces , atento , à que en mil ocasiones hemos experimentado lo restante de tan detestable doctrina.

CAPITULO XVIII.

De la aventura con el Doctor Cilantro.

NO es mi intento abusar de la espera , y tolerancia de mis lectores en la descripcion de las menudencias , que nos sucedieron en esta casa , instandome la Historia , para que quanto antes vaya describiendo los usos de la Ciudad , en donde , como en un espacioso teatro , se miran con mayor realce las extravagancias. Sí diré solamente , que en este palacio encontré en el Señor Haya , y sus hijos unas luces regulares , cultivadas al estílo de la gente ilustre , esto es , con unos superficiales conocimientos , y en las hembras no con otra cosa , que con la depravacion del gusto , y una contínua falsedad en los juicios. Paso , pues , à contar el motivo de nuestro viage à la Ciudad , adonde no estaba hecha la intencion , de que volviera aquella familia tan presto , si un accidente improviso no huviese obligado al Señor Haya à acelerar su regreso.

Fue

Fue el caso, que Jacinto, el mayor de los hijos, cayó malo con una calentura, que el afecto del padre, y la delicadeza del sugeto hicieron aparecer como peligrosa. De nada sirvieron las protestas de Roberto, que aseguraba à los padres del enfermo, que el mal era de poca conseqüencia; ni quisieron aceptar la oferta, que les hizo de curarle en pocos dias. No dieron crédito à su habilidad, en lo que Yo tuve un interior placer, conociendo bien, qué peligrosa podia ser à nuestra fortuna esta experiencia. Es mui comun juzgar las cosas por el éxito de ellas, por lo que, asi como puede darse, que la suerte haga, que salgan felices las operaciones de un Médico ignorante, como es, lo que mas freqüentemente sucede, asi tambien la misma fortuna, por lo general enemiga del verdadero mérito, podrá hacer comparecer como matadora aquella mano, que obra docta, amorosa, y prudentemente. Resolvieron enviar à la Ciudad en busca de uno de los mas acreditados Médicos, no haviendo querido conceder la madre, que se oyese la opinion de cierto Médico del Lugar, al que (aunque solia servirse de él en caso de necesidad para los criados, quando alguno se ponia malo) no queria, que se llamáse para las ocurrencias de las personas principales de su casa. El viage desde la Ciudad à la Aldéa, en que nos hallabamos, no era mas que de tres horas, por lo qual en aquel mismo dia llegó el Médico, que fue abrazado de toda la familia, como un Angel venido del Cielo.

Yo estaba en la alcoba del enfermo al lado de su cama à la hora, que llegó el Hypócrates de las Monas. Luego que me vió, prorrumpió en un horri-

rible chillido, cayendo espantado en tierra, por no haver tenido la precaucion de advertir à su Señoría sapientisima los raros huespedes, que se alvergaban en aquella casa. Reíase el enfermo à carcajadas, y todos hacian lo mismo, sino el Señor Haya, que deseoso con ansia de la salud de su hijo, temía, que acaso el accidente sucedido al docto personage pudiese retardar la cura. Las doncellas corrieron por espíritus para hacer volver en sí al pobre Médico; los criados le levantaron del suelo, y cada qual empleó quanto estaba de su parte para el alivio del venerable Mondzo. Finalmente à fuerza de confortativos le hicieron recobrarse; y luego empezaron à contarle, como haviamos arribado de lexísimas tierras, y le dixeron mil alabanzas en favor nuestro. Avergonzóse el Doctor de su debilidad, y para dar à entender su instruccion, dixo, que sabía mui bien, que havía Países, en que vivian otras Monas de diverso aspecto, y que su caida no fue por haverse asustado, sino por un repentino desvanecimiento. El quería encubrir asi su flaqueza; pero bien conocieron todos, que era aquella una excusa, pues aquel grito dió señales manifiestas de su temor.

Nos saludó despues atentamente, y llegandose à la cama de Jacinto, le preguntó, cómo habia pasado la noche, è informado, de que habia dormido razonablemente, quiso saber, si el cuerpo estaba obediente à sus regulares operaciones, y se le respondió, que caminaba bien el enfermo en este asunto. Agarróle el brazo, tomóle el pulso, y despues de haver estado pensando con una seriedad magestuosa, decidió, que el mal necesitaba algun cuidado.

do. El Señor Haya, y sus hermanos solicitaron saber las causas, y qualidades de la enfermedad, à lo que correspondió el Médico, exponiendo su doctrina con un largo discurso, aplaudido de toda la familia. No pude entenderle una palabra, por que se sirvió de unos términos, que Yo jamás havia oído. Volvíme al Señor Haya, rogandole, se dignáse explicarme alguna cosa, pero él me respondió sincéramente, que tampoco lo havia comprehendido. Yo estaba pasmado de las admiraciones, que havian hecho, de lo que no entendian, y tuve, en fin, el atrevimiento de preguntar al Doctor acerca del significado de aquellos terminotes; pero éste, que era un astuto embustero, solo me dió por respuesta una sonrisa compasiva, con la que quiso dar à entender, à los que alli estaban, que despreciaba mi temeraria pregunta, como proferida por una persona ignorante, è incapáz de los arcános de la Medicina. Llegado el caso de haver de mandar los medicamentos, pidió recado de escribir, y puso con unos caractéres diabólicos ciertas palabras bárbaras, y en abreviatura, que no pudo leer persona alguna de la casa. Preguntaronle, qué era, lo que recetaba, y respondió, como lo que ordenaba era un purgante.

Roberto no pudo detener la risa, con la que se irritó el Médico en sumo grado. ¿Qué motivo teneis, dixo éste, para reíros, y hacer burla de mi ciencia? Yo, respondió, Señor Doctor, no pretendo ofenderos, pero no puedo dexar de reirme, quando oígo, que à un enfermo, cuyas operaciones caminan metódicamente, mandais tomar una purga, que forzosamente debe causar en su cuerpo una conmocion, que quanto menos se conoce nece-

ce-

cesaria, puede ser tanto mas nociva. Puso tan dificultoso el semblante el Médico, que daba miedo. Comenzó luego à explicar desde los principios la Medicina, y con un discurso larguísimo, y fuera de propósito resolvió finalmente, que no havia en su arte otro remedio seguro, sino el purgante.

Yo os concederé, replicó Roberto, que éste surta el efecto, para que le aplicais, que es para que se evacue el cuerpo; pero creía Yo, que se tratáse en este caso, de averiguar, si tenia necesidad el enfermo de esta evacuacion: Esto no havrá de conocerse, sino determinando, qual sea la ocasion de su mal, y entonces combinandola con el ordinario temperamento del paciente, hacer juicio de si à uno, y otro podrá ser provechoso el medicamento, que se propone: Porque Yo permito, por exemplo, que tal simple, y tal droga tenga una qualidad intrínseca ardiente, ò refrigerante, y que sabiamente se apliquen en el caso, que el doliente se halle con enfermedad, que requiera por sí semejantes remedios; pero en verdad, Señor mio, que si à un enfermo de complexion fogosa mandais tomar un medicamento cálido, le haréis el beneficio, de que jamás vuelva à sentir otro mal: Asi, pues, no se ha de tratar unicamente de saber la virtud de una yerva, de una droga, ò cosa semejante; no se ha de conocer solamente la enfermedad, del que en su urgencia os pide socorro; sino que es necesario al mismo tiempo, que comprehendais la actividad del remedio, hecha comparacion con la necesidad, que tiene de él el doliente, y que sepais aplicarle à proporcion, segun los grados del mal. Yo en realidad no niego la eficacia de los remedios; tampoco creo im-

imposible, aunque sí dificultosísimo, el verdadero conocimiento de las causas, que alteran la salud de los vivientes; pero aseguro, que el punto mas arduo es saber aplicar aquellos à estos con oportunidad, para que produzcan el efecto, que se solicíta.

Ahora vengamos al caso presente. ¿Por qué causa quereis hacer evacuar à un cuerpo, que no se siente cargado? ¿Por qué le proponeis un medicamento, que forzosamente ha de producir una alteracion, que no sabeis, en que vendrá à parar? Yo dixera, que en esta especie de mal se debería mas bien coadyuvar à la naturaleza, que irritarla. No sabemos aqui, qué origen será el de la calentura, de que vamos hablando; por lo qual siempre será peligrosa la experiencia de buscarle, donde acaso no está, y con remedios fuera de propósito agravar una enfermedad, de la que, dexando solo obrar à la naturaleza, brevemente se verá libre nuestro joven, segun de todas las apariencias se colige. Mas todo lo referido juzguese lo he dicho unicamente movido de puro zelo por el calenturiento, y para mi mayor inteligencia.

El Médico estaba mui sofocado, y creo, que esto proviniese, de que se vía concluido; y quería, no obstante, responder à las razones de Roberto; pero à este tiempo nos llamaron à comer. El lugar preeminente cedieron todos à la sabiduría, y Yo logré el honor de colocarme inmediato à este oráculo de la Medicina. El Doctor observaba un gran silencio, y tenia un aspecto tan sério, y melancólico, que parecía, estaba abstrahido en profundísimas contemplaciones. Madama Espina le pregun-

guntó acerca de la qualidad de todos los manjares, y él respondió alabando la dieta, y los alimentos simples, fundando su razon, en que las comidas alteradas con las diversas qualidades de sus composiciones, no podian menos de ser nocivas à nuestros cuerpos. No huvo, quien no aprobase su doctrina. Yo, para aprender con mayor fundamento la verdad de su opinion, determiné seguir su exemplo, imaginandome, que quien tanto la ensalzaba para los otros, la practicaría con mayor puntualidad consigo mismo; pero conocí prontamente, que no bastaba mi estómago para poder imitarle; por que fue tan voráz en el tragar, y particularmente de las viandas alteradas, que si me huviese empeñado en seguirle, sin duda huviera rebentado.

Acabóse la comida; y de sobremesa se entabló la corversacion de algunos discursos phísicos. Nosotros contamos muchas maravillas de nuestro País; pero Roberto, deseando divertir con mas particularidad à los oyentes, los informó de su singular descubrimiento acerca del insecto de muchos pies, de que ya queda hecha mencion. Luego, que oyó el Médico, que de cada parte del animalejo, que se dividió en diversos trozos, despues de pocas horas se completaba un todo perfecto, se le propuso, que se le havia venido la ocasion à las manos para tomar venganza de Roberto, por haverle concluido con motivo de la purga; en virtud de lo qual con mil bufonadas se puso à reir de la relacion de este suceso. Yo le dixe, que no me parecia mui buena crianza desmentir con befa un hecho en presencia de dos, que eran testigos de vista de él. Vo-

so-

sotros estabais durmiendo, me respondió, y soñasteis eso, porque ello es un imposible. ¿ Y por qué es imposible? añadí Yo. Porque, replicó él, jamás se ha visto, ni oído cosa semejante. ¿ Con quién pensais, que estais hablando? añadí Yo entonces, no pudiendo sufrir mas; no somos nosotros tan necios, como os parece; ni menos, ciegos sequaces de vuestras decisiones, como estais generalmente acostumbrado à encontrar. Vuestras palabras, segun veo, pretenden hacernos creer, que todo lo sabeis, y que no executa la naturaleza cosa alguna, de que no tengais noticia. ¿ Con que no puede ser una cosa, solo porque vos no lo entendeis? ¿ Qué, teneis vos comprehendidos todos los secretos, y modos, de que se vale la naturaleza para la generacion de los vivientes? Segun lo que hablais, à lo menos lo pretendeis; pero entre el intentar, y el conseguir hai tanta diferencia, como entre el cuerpo, y la sombra. Yo os haré un argumento tan cierto como concluyente. El phenómeno del insecto es cierto, porque está experimentado, y porque puede repetirse esta experiencia, quando se quiera; vos no lo entendeis; luego confesais vuestra ignorancia; vos por no entenderlo lo negais; luego vos mismo os caracterizais de un ignorante sobervio; y ultimamente vos os mofais de él, luego à vuestra ignorancia, y sobervia se deberá añadir vuestra desvergüenza.

El Médico se resintió mucho con mis palabras, y poco faltó, para que perdiese el respeto al lugar, en que se hallaba; pero el Señor Haya, que hasta este punto havia estado callando, dixo de esta suerte: No soy Yo de los mas fáciles à dar asenso à

unos efectos tan portentosos, no viendolos por mí mismo; pero con todo eso, nunca llegaría mi atrevimiento à hacer burla, de lo que me contasen, por maravilloso, que fuera, oyendolo en boca de dos personas, cuya sinceridad no tuviese por sospechosa. Tenedlo, pues, por cierto, Señor Doctor; y si el afirmarlo Yo juntamente con estos dos forasteros no puede inducir vuestro ánimo à persuadiros à la verdad, de lo que se há referido, usad à lo menos de mas prudencia para no oponeros, y dad à estos Señores una idéa mejor de nuestros sabios. El Señor Cilantro (que este era puntualmente su nombre) tuvo, que poner fin à la disputa, y que sufrir la mortificacion duplicada de vér confundida su sobervia con la deposicion de un testigo tan honorífico para nosotros, y de oír la justa reprehension, que merecía su atrevimiento, y falta de política. No obstante, este triunfo nos costó caro en muchas ocasiones; porque aunados los Médicos, nos declaráron una contínua guerra, y nos dió motivo à sufrir muchas calumnias.

He hecho la observacion, de que no hai peor enemigo en el mundo, que, el que se adquiere qualquiera con ocasion de desprecio en materia de entendimiento; y asi los Literatos, ò concluidos, ò escarnecidos jamás la perdonan. Hablo de aquellos Literatos, que solo adornados de palabras, y acostumbrados à disputar con obstinacion, están al mismo tiempo absolutamente vacíos de aquellos conocimientos, que deberían ser su verdadero adorno. Los verdaderos Philósophos caminan esentos de semejantes preocupaciones, y contentos con ir buscan-

cando la verdad, no tienen la descabellada pretension de creer haverla ya encontrado totalmente. A las injurias de los Médicos no respondiamos con injurias, sino solo con la risa; y con aquel noble menosprecio, que es proprio de un juicio recto, nunca haciamos caso de sus acometimientos. Pero con todo eso, ésta nuestra médica persecucion causó notables daños à sus profesores en aquel País, pues con sola una máxima, que esparcímos, y con muchos exemplos, y declaraciones insinuamos en los corazones de aquellos patriotas, la falsa Medicina perdió mucho de aquel lustre, y crédito, de que havia estado en posesion por tiempo inmemorial. La máxima fue: Que mejor era pelear con un enemigo, que con dos: Luego, viniendo à su aplicacion, mostrabamos, que el Médico, por lo regular, es un enemigo mas dañoso, que el mismo mal, porque, ò por impericia en él, ò por un involuntario engaño, impide con sus medicamentos la cura de un accidente, del que la misma naturaleza en poco tiempo nos libraría. Luego que fue bien comprehendida esta máxima en el mundo mono, muchos fueron, los que desterráron de su casa à los Médicos, y puedo asegurar, que en aquellas familias, entre las que se tomó esta providencia, se gozaba perfectisima salud; lo que no sucedía en aquellas, que aun continuaban en enriquecer à los Médicos, y Boticarios. Digna de alabanza debe juzgarse la satisfaccion, que de ellos tomamos; pues descubriendo sus imposturas, restituímos la salud à este País, que es el bien mas principal è interesante.

El Doctor Cilantro, temeroso, de que no le

tratasemos peor, pidió su licencia para volverse à la Ciudad, acaso suponiendo su indefectible asistencia para algun enfermo, con la mira, si le detenian por fuerza, de poder dar mayor aumento à su crédito, y acrecentamiento à su bolsa: Pero el Señor Haya, que le consideraba ya supérfluo para su hijo, y que ponia su entera confianza en Roberto, que le havia ofrecido ponerle bueno, le concedió friamente la licencia, que le pedia para marchar. Fuese, pues, aquel científico personage, que pudo computar desde aquel dia la época de la decadencia de una estimacion, que ciertamente no merecia. Ved aqui, por donde nos hicímos Médicos. Roberto mandó suspender el purgante, que el excelentisimo Cilantro havia dispuesto, y en su lugar substituyó solo caldo, y agua. No nos apartámos de la cabecera de Jacinto, con una atencion cariñosa, y necesaria, porque nos importaba. La fortuna, y buen régimen coronaron nuestras fatigas; y por el buen éxito, como generalmente sucede en todas las cosas, la familia nos dió aplausos, y Jacinto nos quedó eternamente agradecido, confesando, que absolutamente nos era deudor de su vida, no obstante, que el mal no huviese sido de mucha consideracion.

Ya se havia dispuesto nuestro regreso à la Ciudad al punto, que cayó malo Jacinto, por lo qual no pareció conveniente retratar la orden. Nosotros teniamos vivisimos deseos de conocer objetos de mayor consideracion, que una casa de pobres boyeros, y un solo palacio de nobles. En las Ciudades à cada paso se encuentran ocasiones de vér, de admirar, y de reir. Ya se iba aproximando el tiem-

tiempo, de que gozasemos de este nuevo teatro, por lo que, puede imaginarse qual sería nuestro gozo. Roberto, antes que partiesemos, me separó para hablarme de la manera siguiente:

En el desierto para que pudiesemos estar entretenidos, teniamos hecha distribucion de nuestras ocupaciones; y ahora en la Ciudad se hace mas forzosa esta division, por la infinidad de objetos, que han de presentarsenos: No será malo, me parece, que Yo tome à mi cargo la aplicacion al conocimento de su gobierno civil; la indagacion del systema, y mas recónditos secretos de su Gabinete; y la consideracion de sus fuerzas, sus riquezas, y sus leyes: Iré observando, y escribiendo todas estas noticias, y à excepcion de estos puntos, que para mí reservo, los demás asuntos habrán de ser de vuestra inspeccion. Nuestros recíprocos descubrimientos podrán servirnos de gusto mutuamente; porque leyendo vos mis memorias, y recorriendo Yo las vuestras, pasarémos asi el rato, que nos parezca, quando qualquiera de nosotros desée saberlo por sí solo. Acepté la propuesta; por lo que mis lectores no esperen, que Yo trate en aquellas materias, que para sí reservó Roberto, sino que algo se toque por incidencia. En mi relacion solo encontrarán aquellas cosas, que Yo he descubierto, visto, y considerado; y si quisieren tener una completa idéa de estos Países, podrán aplicarse à leer la Historia, que por su parte ha compuesto mi Amigo.

CA-

CAPITULO XIX.

De la opinion, que formaron de Roberto, y Enrique las Monas de la Corte.

LLegó la suspirada mañana de nuestra partida de la Aldéa, à la que precedieron las acostumbradas visitas de formalidad, que se practican por los vecinos en tales casos. Asi, que estuvo pronto el carruage, nos pusimos en camino, y al fin de tres horas arribámos à la Ciudad, que es la Metrópoli de aquellas Provincias. Tendrá este pueblo como dos leguas, y media de circuito; las fábricas públicas, y particulares son mui suntuosas, pero de un mal gusto por lo general, y semejantes à proporcion à la del Señor Haya, en orden à la arquitectura; las calles largas, anchas, y algunas magníficas; finalmente, me pareció en todo mui semejante à nuestras Ciudades de Europa. Hacer prolixa descripcion de toda ella, sería prolongar mucho mi Historia, que por la multiplicidad de las materias no dexará de ser bastante dilatada.

Luego que se esparció la novedad de nuestra llegada, se apresuráron mas los conocidos, y amigos del Señor Haya, para venir à hacer la visita de bien-venida. Esta prisa, que en semejantes casos no suele ser tanto efecto de cariño, como un conformarse con la moda, que está introducida; era en aquella ocasion mucho mayor por la curiosidad, que los trahia à registrar con sus proprios ojos una novedad, de la que havian oído maravillarse

à todos. Nosotros éramos el objeto de esta curiosidad, en lo que exercité notablemente mi sufrimiento, no solo por verme hecho expectáculo de tantos personages, sino tambien por haver de repetir una, y otra vez las mismas cosas à todos, los que venian de nuevo; porque cada uno deseoso de indagar de nosotros mismos, lo que los demás les contaban, nos hacian mil preguntas, que poco mas ò menos siempre eran lo mismo unas, que otras. Imaginese mi lector en el estado de la enfermedad mas larga, que haya tenido en su vida, y podrá traher à la memoria, que una de las mayores incomodidades en aquel lance le provenía de las contínuas preguntas, que, para saber como lo pasaba, le iban haciendo una à una todas las personas, que entraban à visitarle en la cama; es forzoso en tal caso ir satisfaciendo à todos, pero es tan enfadoso, que Yo me acuerdo, que he perdido muchas veces la paciencia en semejantes lances. Asi sucedió aquel dia, bien que jamás mostré disgusto alguno, mucho mas, viendo, que Roberto bastante apartado de mí, y con mayor tolerancia estaba desatando dudas, explicando diversos asuntos, argumentando, y persuadiendo. Convinieron todos aquellos Monos, en que eramos dos criaturas dignas de su estimacion, y aseguráron al Señor Haya la satisfaccion, que havian tenido en hablarnos. No sé, si serían en todos sincéros estos sentimientos, pero en muchos de ellos es cierto, que experimenté despues una amistad inmutable.

Las Señoras no dexaron de hacer tambien sus visitas à Madama Espina, y à su hija. Repetidas veces tuve, que entrar en el quarto de estas Damas para

para pasar revista delante de unas personas, que, segun todas sus palabras, me parecian insensatas, y que continuamente estaban delirando en los juicios, que formaban de nuestras personas. Qual de ellas nos consideraba como dos bestias; qual, despues de un inutil, y largo exámen, nos caracterizaba por dos Genios malignos, venidos de los infiernos para perturbar al mundo; y qual finalmente nos juzgaba dos espíritus benéficos, y celestiales, que haviamos descendido para universal provecho de la especie mona. Estos pareceres entre sí tan distantes causaron en mi mente diversas impresiones; conocí, que ordinariamente se piensa, adaptando los objetos à la debilidad de nuestro entendimiento, y à proporcion del genio, que nos inclina à hacer el juicio. No fue esta sola la reflexion, à que me conduxo tal diversidad de sentimientos, pues esto me diera unicamente à conocer la corta extension del entendimiento de los demás; por quanto el hombre se consuela, comparandose él mismo à los otros, y comprehendiendo en este parangón, que las incongruentes idéas, y falsos juicios de aquellos hacen parecer brillantes sus proprios conocimientos; pero el fruto, que de aqui se deriva solo es el de la vanidad; quise Yo sacar mayor provecho, y asi à proporcion de los discursos, que formaban acerca de nosotros, fundé una regular esperanza, y adiviné inmediatamente, lo que nos havia de suceder.

El mundo se compone de tres especies de personas, hablando de aquellas, con quienes nos es forzoso tratar; esto es, amigas, enemigas, è indiferentes; el número de las últimas es quasi infinito;

to; pero el de las otras dos es mui corto: Esta division se funda en la razon, y en la experiencia; y todo el que tenga práctica del mundo convendrá conmigo en esta verdad, sin que sea necesario el dilatarme en argumentos, que convenzan à mi lector de una cosa, que à primera vista puede conocer por sí mismo sin disputa. Otra máxima necesito hacer presente, y es, que todos generalmente amamos, juzgamos, excusamos, condenamos, defendemos, y protegemos à los demás segun las primeras impresiones, à no ser que alguna gravisima razon nos separe de una adherencia, que nos parece, que se deriva de la naturaleza misma, y es efecto de cierto instinto, cuya causa se busca en vano, aunque queremos, que aparezca como una justa eleccion, conociendo el mérito, y la virtud. Por no hacer dilatada la digresion en mi Historia, no explico por menor, que la mayor parte de las incongruencias en la sociedad humana proviene de este instinto, con que nos dexamos llevar de lo sensible, y nos separamos de aquel exámen, que pudiera hacernos conocer el mérito, ò demérito del sugeto, à quien encamina, ò de quien aparta à nuestra inclinacion.

Preví, pues, que entre aquellas Damas havía algunas, que en adelante havian de fomentar nuestros intereses, siendo nuestras amigas, y protectoras, y éstas eran del número, de las que nos consideraban como espíritus celestiales, que haviamos descendido para provecho universal de aquellos pueblos. La máxima, de que la primera impresion es quien todo lo dirige despues por lo general en las personas de razon, me consoló mucho acerca de

éstas, que prontamente comprehendí con el caráćter de poderosas protećtoras en lo sucesivo: Conservaron, en efećto, este título hasta nuestra partida de aquel Continente; porque à aquella causa oculta, y natural, que las hizo à primera vista declararse por nosotros, se agregaron todas aquellas razones, que aun en una total indiferencia las huvieran determinado à favorecernos. Esperé tambien, que estas mismas razones, que no eran otras, que nuestra moderada conducta, de que podría resultar un no despreciable beneficio à aquellas Provincias, llegarían à hacer, que reformasen su opinion, las que tan malignamente havian pensado acerca de nosotros: Desde luego consideré à éstas como enemigas nuestras, y por tanto empleé despues todo mi conato en hacerlas deponer aquella preocupacion, que nos hacía tanta injusticia: En efecto, mis esfuerzos no se frustraron del todo, porque pude convencer à muchas; bien que quedaron otras obstinadamente en su engaño. No me admiré de ello, porque en todo el mundo he encontrado ciertos espíritus tercos, que, atropellando à la razon, se apasionan, ò aborrecen à aquellos objetos, que el instinto, la inclinacion, ò una cierta simpatía (perdoneseme un vocablo, que nada significa) hacen comparecer mui distintos, de lo que son en sí. Las Damas, que nos tuvieron por bestias, fueron las indiferentes, y éstas con el tiempo se declararon por nosotros, y nos fueron tanto mas amigas, quanto por sola la razon se havian determinado à estimarnos.

CA-

Patiño, sculp.

CAPITULO XX.

De lo que pasó en la tienda del café.

TOdo aquel dia se gastó en referir unas mismas cosas, presentandonos à los que vinieron de visita à la casa del Señor Haya, estando expuestos à la compasion de muchos, à la risa de algunos, y conciliandonos la estimacion de los restantes. A la noche nuestro liberal huesped volvió à asegurarnos sus beneficencias, jurandonos por vida suya, que emplearía toda su atencion, en que el tiempo, que permaneciesemos en su patria, estuviesemos con completo gusto, y de tal manera complacidos, que pudiesemos olvidarnos de las delicias de la Europa. Para que las obras correspondiesen à las palabras, mandó à su hijo segundo, que se llamaba Narciso, que nos llevâse à otro dia por todos los puestos mas divertidos de la Ciudad, advirtiendole nos procurâse la amistad de aquellos sugetos mas visibles, reservando para sí el generoso oficio de preparar à favor nuestro los ánimos de los mas grandes Señores de la Corte.

A la mañana siguiente salimos de casa acompañados de nuestro Conductor, y despues de pasar por entre la multitud de burlas de la insolentísima plebe, que en todas partes es una misma, y à la que no pudo contener la autoridad del caballero joven, entrámos en una à manera de tienda, en donde estaba congregada una muchedumbre de personas de varios estados. El oficioso tratante nos

salió al encuentro, mordiendose los labios para contener la risa; hizonos un cumplimiento bastante ridículo, que consistía en expresiones hyperbólicas, y humillaciones, que parecían contorsiones de una criatura asaltada de dolores, y retortijones de tripas, y nos arrimó despues unas sillas para que nos sentasemos. Todos los que alli estaban se quedaron en sumo silencio, y con una descortesía provocativa se nos pusieron à mirar de hito en hito: Como no estabamos acostumbrados à tan desagradable pasage, por modestia, y por vergüenza tuvimos, que baxar los ojos. De esta primera experiencia de la indiscrecion de aquellos Monos, pasámos à otra, que fue, el principiar à hablarse à la oreja, dandonos una ojeada entre palabra y palabra, con lo que ya demonstraban admiracion, y ya desprecio, segun la diferencia de sus genios, y de la impresion, que les havia causado nuestra vista, ò segun los varios puntos del escrutinio, que iban haciendo de nosotros. La compañía del Señor Narciso nos libertó de tener, que responder à muchas preguntas, y acaso tambien de algun insulto; porque él aseguró à todos, que eramos sugetos de distincion, y amigos mui estrechos de su casa. Esta proposicion originó nuevas conversaciones secretas, pero ninguno se atrevió à aproximarse à nosotros, tal vez temiendo, que entendiesemos su lenguage.

Como nos llevó la atencion la diferencia de personages, que haviamos encontrado en aquella tienda, y tuvimos, que pasar por la vergüenza de vernos hechos objetos de la conversacion, y de la maravilla de todos, no me quedó tiempo para poder examinar, qué mercadurías eran, las que se des-

despachaban en aquella casa; pero inmediatamente llegó el tendero, y me dió una taza de un licor negro, que venia echando vaho: Antes de admitirla dí una ojeada al rededor, y no descubrí en todo aquel recinto otra cosa, que semejantes vasijas, que eran, las que componían el capital de nuestro Mercader. Vedme, pues, ya en precision por no hacerme reparable de llegarme à la boca una bebida, que no conocía, y que solo el olor me levantaba el estómago: Púseme à beberla, y con su amargura, y el calor, que conservaba, sudé mucho, y me incomodé más: Apurada finalmente la taza, pregunté à mi conductor, que, de qué era aquel zumo; sonrióse graciosamente el Señor Narciso, y me explicó, de lo que se componía, con lo que Yo quedé enterado, de que havia bebido agua teñida con polvos de carbon; bien que fuese de carbon de una semilla particular. Son mui aficionados à esta bebida aquellos naturales. Supe despues, que estas tiendas sirven tambien de dar algun esparcimiento à los espíritus en las horas, que necesitan buscar el recreo, porque en ellas se encuentra siempre mucha concurrencia de personas, que con la variedad de sus discursos entretienen, à los que los escuchan. En estos lugares se enlazan algunas amistades, se tratan negocios de entidad, y suceden al mismo paso muchisimas extravagancias. Fui conociendo estas verdades con la práctica, y freqüencia, que despues entablé en semejantes casas; porque aquella mañana fue mui poco, lo que pude comprehender. Para que mi lector se figure una idéa de mi sencilléz en aquel tiempo, quiero referirle la opinion, que formaba entonces de algunos, de los que se hallaban en la dicha tienda;

y

y esto podrá servir al mismo tiempo, para darle à conocer el singular carácter de ciertos Monos.

Mientras Yo bebia aquel amargo, y negro licor, entablaron la conversacion dos de los que alli estaban sobre el asunto de una guerra vivisima, que se havia por entonces encendido entre dos de sus Príncipes: Uno sostenía las razones por uno de ellos, y otro las del partido contrario. Me maravillé de sus noticias, è inmediatamente concebí un singular respeto à estos dos personages, que disputaban; fue el motivo, que haviendolos oído contar mui por menor la fuerza de las dos potencias beligerantes; lo quantioso de sus riquezas; los mas ocultos manejos de sus Cortes; las últimas órdenes, que se havian despachado à los Generales; al punto me creí, que los tales eran sin duda de los mas íntimos de los gabinetes de aquellos Príncipes, de quienes con tanta franqueza hablaban: Volvíme al Señor Narciso, y le pregunté, si por ventura eran aquellos dos Ministros de Estado, ò Privados de los Soberanos, cuyos secretos sabían tan puntualmente. Ni el uno, ni el otro, me respondió; estos no son mas, que dos mentecatos, que se empeñan en aborrecer à quien no conocen, y aman al que no hace caso de ellos, ni sabe siquiera, si existen sobre la tierra. Pero lo mas admirable en ellos (que quasi sería increíble, si diariamente no nos lo enseñára la experiencia) es, que se apasionan por uno de todo corazon, y de alli à nada son ya sus enemigos, para sostener otra disputa. Yo he visto à muchos de ellos estár llenos de pena, porque la noticia de los sucesos no era à medida de sus inclinaciones. Y advertid, que todo eso,

eso, que están diciendo son las mas extravagantes quimeras de soñados desatinos. Se creé semejante gente con entera facultad de forjar imposturas, y llega su disparatar à tanto grado, que despues de ser ellos mismos los inventores de las mentiras, que van sembrando poco à poco, llegan à créer por reales, y verdaderos aquellos hechos, que tienen origen solo en sus desvaratadas imaginaciones. Pero à lo menos, repliqué Yo, es necesario, que esta gente esté bien instruída; porque los oígo citar Reinos, Ciudades, Territorios, Rios, y mil particularidades de todo vuestro Continente: Además de esto están versados en genealogías; tratan de los fines políticos, y parece, que tienen una exacta noticia del poder de vuestros Príncipes. No entienden, replicó Narciso, una palabra de todo eso, si hablan de Greographía, todo lo confunden; no tienen ni por imaginacion idéa de las cosas, de que solo saben el nombre; y lo mismo les sucede en los demás asuntos. ¿Pues cómo, dixe Yo, pretenden alucinar con tales imposturas à todo el mundo, y aun à sí mismos? Ello es asi, respondió nuestro conductor, y lo experimentaréis, en llegando à tener alguna mas práctica de estos fanáticos.

Roberto me hizo seña, de que calláse, y luego que llegámos à casa, me amonestó, y dixo que no me admiráse otra vez de las locuras, que igualmente que en aquel País se encontraban en todas las partes del mundo. Conocí con el tiempo, que me aconsejaba con verdad; pero siempre, que se me presentaron semejantes ocasiones, no dexé de maravillarme de tales extravagancias, que son por cierto, incontrastable prueba del poco entendimiento,

to, de los que tienen la desgracia de incurrir en ellas: He visto practicamente, quan à menudo se hallan en el mundo los despropósitos, y esta misma experiencia me ha confirmado en mi opinion.

Mientras estábamos en nuestro discurso, vimos venir por la calle à un joven, que con desenfado se fue entrando por la tienda. Este era uno de los que, parece, ponen todo su estudio, en que aquellos, que los vén, los tengan por insensatos, creyendo ellos, que sus propriedades, y modo de manejarse son de unos genios desembarazados; vicio, que por lo general se encuentra en la nobleza de aquel País, y con el que logran perfectamente el efecto, que es regular, esto es, el desprecio de todas las gentes de juicio. Trahía en la mano derecha una caña, que volteaba entre los dedos, y con ella daba golpecitos ya à unos, ya à otros en las piernas, como haría un niño jugando con un palito; tenia la otra mano puesta en la cintura; se paseaba mui derecho con la cabeza mui erguida; y con una voz desentonadísima cantaba, aturdiendonos, una tonadilla que no sabía. Paseó este joven la tienda, luciendo su figura, sin dignarse de dar à persona alguna los buenos dias, teniendo entendido, como los demás de su especie, que con el trato de buena crianza, y cortesía se exponía, à que le perdiesen los demás el respeto. Llegó hasta nosotros, siguiendo siempre su destemplada música, y mirando las telarañas del techo; quando por casualidad baxó la vista, la puso en nosotros, y al punto, ò sorprehendido, ò de miedo, ò, no sé por qué otro efecto, interrumpió su cancion; quedó algun tiempo inmoble como una está-

estátua, y despues echó â huir precipitadamente.

Este ridículo pasage, executado por un Mono, que parecía, que intentaba poner sugecion à todos con aquel aire afectado de superioridad, movió la risa universal de la asambléa. Entonces los circunstantes trabáron conversacion con nosotros, y procurámos satisfacer à sus preguntas, con aquella prontitud, que es comun, quando se solicíta captar la benevolencia, y buen concepto de alguno. En efecto les agradó nuestro proceder; y noté, que para demostrarlo, empezaron à murmurar sin término de aquel joven sobervio, y de poco seso; hablaron de sus talentos, de sus bienes, de sus parentescos, y de sus acciones de un modo bien digno de compasion; y desenterráron hasta la memoria de su bisabuelo, que, segun decian, havia sido Boyero; como si la falta de nobleza de éste tuviese connexion alguna con las ridiculeces del bisnieto.

No pararon las murmuraciones hasta la venida de otro joven, que llegó à hablar à nuestro conductor: Yo le tuve por un bailarin, ò cosa semejante, à vista de los movimientos, con que agitaba todo su cuerpo. Le juró al Señor Narciso, que no tenia su gusto completo, sino quando estaba en su compañia; y que daría la sangre de sus venas por él, si se ofreciera; añadiendo otras hyperbólicas expresiones. Ya entonces le gradué por uno de sus mayores amigos, y lo confirmé, quando ví, que el Señor Narciso nos presentaba à él: Inmediatamente nos ofreció su amistad hasta la muerte; y siendo asi, que jamás nos havia visto, comenzó à alabar nuestra virtud, nuestro País, y nuestro nacimiento. Yo estaba aturdido oyéndole

hablar de esta manera. Sentóse despues junto à Narciso, y llamó su atencion para contarle unas novedades de grande importancia: Yo al punto apliqué el oído, llevado de la natural curiosidad, y con el deseo de ir formando idéa de aquel pueblo. El principió diciendo, que el dia antes havia presenciado una partida de juego mui grande en casa de Madama Manzana; que se havia ya alterado la moda de los festones con otro nuevo estílo: Que un Sastre havia introducido un corte de calzones mas pulido, que, el que hasta entonces estuvo en uso; por irrefragable prueba de esto, que decía, nos enseñó los suyos, y para hacernos vér mejor su linda hechura, se levantó hasta la cintura las faldillas. Aprobámoslo todo, y el Señor Narciso para libertarse de este maza, se despidió al punto; repitió él sus expresiones con la misma taravilla, que antes, y con gran trabajo nos separámos de aquel importuno, saliéndonos de la tienda à toda prisa. Roberto preguntó à nuestro Amigo, quien era aquel simple; à lo que le respondió, que no le conocía mas, que por haverle visto una sola vez en casa de una parienta suya, en donde se havia introducido, sin que aun ella supiese sus circunstancias.

Se iba haciendo tarde, y asi determinamos volvernos al palacio del Señor Haya. La comida fue como siempre magnífica. Se propuso de sobre-mesa, que nos conduxesen despues de comer al paséo, de éste al teatro, y luego à la tertúlia; pero Roberto, ya por mostrar la estimacion, que hacía de la familia, ya por el verdadero amor, que profesaba à Jacinto, dió à entender, quería quedar-

dirse aquel dia en casa para bacerle compañia. Mucho agradó à todos una propuesta tan atenta, y por tanto se difirieron hasta el siguiente las sobredichas diversiones, quedando de acuerdo, que nos acompañáse tambien à ellas Jacinto, pues ya se havia puesto bueno.

CAPITULO XXI.

De la equivocacion de Enrique acerca de los Peluqueros del País.

APenas con indecible gusto de todos se hallaba ya restablecido enteramente de su ligera desazon nuestro generoso amigo Jacinto, quando tomó à su cargo con todo empeño el acompañarnos, para que examinasemos las maravillas de aquella Metrópoli, y para introducirnos con todos los sugetos mas visibles de la Ciudad. Al salir del palacio, nos rogó, tuviesemos à bien, que ante todas cosas se dirigiesen nuestros primeros pasos à la casa de un célebre compositor de cabezas porque estaba cansado de esperarle: Es necesario, dixo, acomodarse à la práctica, y sería cosa, que disonára mucho comparecer en el gran mundo sin aquellos requisitos, que él tiene por indispensables; por lo qual, Amigos, havréis de tener la tolerancia de asistir à un exercicio penoso, pero que se ha hecho forzoso en la vida civil. Roberto le respondió, que nuestro gusto se cifraba en executar, lo que fuera su voluntad, y que su compañia en todas partes nos sería siempre de mucha

estimacion. Yo, que criado en el mostrador de un Mercader no tenia práctica alguna del mundo, no entendí à Jacinto una palabra de todo su discurso; y quedandoseme solamente impreso el nombre de compositor de cabezas, permanecí algun tiempo sorprehendido, y sobresaltado. Despues con aquella sencilléz, que provenía de mi ignorancia, y con la inquietud, que sugiere un verdadero cariño, le dixe estas palabras:

¿Qué infortunio, Jacinto mio, os ha sobrevenido? ¿Qué nueva desventura os ha puesto en necesidad de un Mono, que os componga la cabeza? ¿Teneis alguna contusion? ¿Estais herido? ¿Es de nacimiento el mal, ò adquirido? ¿Es reciente el daño, ò es antiguo? Estas preguntas, que fueron intempestivas para todos, y que provenian de un buen corazon, hicieron de tal modo reir à los dos hermanos, y à Roberto, que huve de quedar avergonzado. Jacinto entonces me respondió: Yo, gracias al Cielo, no tengo mal alguno; vos no haveis entendido bien mi conversacion; pero el hecho os desengañará, sin que tenga Yo necesidad de explicaros, lo que dentro de poco será facil, que comprehendais por vos mismo enteramente. Entonces os reiréis de vuestra sencilléz, que tanto me ha obligado, pues vuestro tímido recelo ha declarado, quanto os interesais en mi bien estár, y me haveis dado, quando mas descuidado estaba, una eficáz prueba de vuestra voluntad. No hai duda, que se descubren francamente las intenciones, y el interior de qualquiera en los lances impensados, por no tener lugar la cautela; y obliga con mas intimidad à los corazones una candidéz ignorante, que todas

las

las sutiles, y estudiosas máquinas de los aduladores.

No obstante que las palabras de Jacinto pudiesen disminuir mucho la mortificacion, que pasé, haciendome ridículo con mi necedad; el desengaño, que recibí, no dexó de entristecerme. No hai mas sensible nota, que la que recae sobre yerros del entendimento, sin que quede otro recurso, quando esto sucede, que el de hilar mas delgado en otro lance; pero suele suceder muchas veces à los necios por reparar el primer defecto, incurrir en otros por el extremo contrario, y asi perfeccionan el hacerse enteramente extravagantes. Esto es puntualmente lo que me huviera sucedido, si huviese dado à entender, quanto se me ocurrió en este caso.

Determinado, pues, à corregir mi error, juzgué, que esto, que Yo materialmente havia entendido, debia comprehenderse alegoricamente, y asi decia entre mí: ¡ Qué necio he estado ! Bien claro se dexa entender que este compositor de cabezas es un sublíme Philósopho, que con las máximas de rectitud, y prudencia corrige los defectos de los entendimientos. De estos censores bastante necesidad tienen todos; porque es cosa mui facil apartarse de la senda de la razon, escuchando las voces del amor proprio; la qual es forzoso volver à tomar de quando en quando, no sea, que echando hondas raíces los errores en nuestra alma, se hagá despues imposible, ò à lo menos dificultosísima la correccion. Sin duda esto es, que Jacinto como ha estado fuera de la Ciudad se ha privado por este tiempo de tan ventajosa asistencia, y quiere resarcirlo; de aquí sacaba motivos entre mí de admirar la conducta de

aquel

aquel sabio joven, que solicitaba, que endereza̓se sus primeros pasos el Maestro de vivir honestamente. Hecho cargo de que esto era asi, iba preparandome para hacer una figura menos ridícula delante de aquel Mondzo, que me le ideaba Yo de un carácter mui severo, y de una grande atencion en examinar los defectos del entendimiento, y del corazon. Fuimos, pues, caminando, sin que ni los dos hermanos, ni mi Amigo recavasen de mí una sola palabra; aunque intentaban desechar de mi imaginacion qualquiera pensamiento fastidioso, y de mortificacion, que me pudiese haver acarreado el pasado accidente: Tan metido iba Yo en mi fantasía, y premeditando como hacerme lugar con aquel Philósopho imaginado, para resarcir asi el crédito, que me parecía havia perdido con mi ignorancia.

Quando mas solícito estaba Yo, estudiando cumplimientos, y mesurando el rostro para comparecer decorosamente en esta visita, me hallé junto à una tienda, de donde salió un mozuelo, delgado como un espárrago, y suelto como una ardilla: Llegó à nosotros, y besando los vestidos de los dos hermanos, les dió la bien-venida, y convidó à entrar en su tienda. La formalidad, las cortesías, y las expresiones de este Mono eran todas dignas de risa, siendo con la mayor extravagancia quanto hacía, y decía. Vinose despues à mí, y agarrando una porcion de mi pelo (ya haviamos dexado las pelucas) alabó su color, y sutileza. Siempre juzgué, que à éste, como à todos, sorprehendiese nuestra primera vista; pero él no hizo reflexion alguna en nuestras personas, y sólo se detuvo en exami-

minar, lo que menos de particular teniamos.

A este tiempo, volviendose hácia mí atentamente Jacinto, me dixo: Mirad el compositor de cabezas, que vos entendisteis por un Cirujano. Quan grande fuese mi admiracion puede imaginarlo quien, separado de las preocupaciones del uso, sabe muí bien, qué ridiculéz tan formidable es apropriar nombres sublimes à unos objetos vilísimos. Puedo asegurar, que fue tal mi estrañeza, que no pude dexar de volverme à Roberto, y en nuestro natural idióma hablarle asi: ¿ Cómo, decidme, podrá componerme la cabeza éste, que demuestra, que no tiene para sí aun una onza de compostura? Rióse Roberto, y con esto movió la curiosidad de Narciso, por lo que fue necesario explicarle al oído todo el asunto: Renovóse la funcion; y Yo, que todavia no havia podido llegar à entender cosa alguna, estaba como aturdido.

Entrámos en la tienda, que era angosta, y lo que era peor, toda estaba tan cubierta de polvo, que no era facil sentarse sin desasearse el vestido. Yo andaba registrando, qué mercadurías se venderían allí, ò quáles serían los instrumentos de un arte, cuyo objeto no acababa de comprehender; pero por mas diligencia, y atencion que puse, no pude hallar otra cosa, que tres, ò quatro cabezas de palo, un barreño lleno de agua, un monton de pelos de Mona, y finalmente algunos hierros, uno de los quales, que tenia figura de tenazas, estaba puesto à la lumbre. Jacinto se acomodó en una silla, y luego aquel mi imaginado Philósopho tomó el hierro, que estaba abrasando, y se le aplicó à la cabeza. Yo ya estuve para gritar: Tente bestia; pero

aun-

aunque me dió grande sobresalto lo que podría suceder en una operacion, cuyos principios me parecieron mui peligrosos, me hizo callar la experiencia anterior, que me havia enseñado, que el hablar sin consideracion es origen regularmente de tener que avergonzarse, y de padecer algun daño, por la poca cautela de dexarse llevar de el proprio dictamen. El compositor de cabezas comenzó à freirle los cabellos; despues con el peine los dirigía, y ensortijaba, y ultimamente se los cubrió todos de trigo hecho polvo. Una niebla se levantó entonces con los dichos polvos por toda la tienda, que juzgué, que me ahogaba, porque era tan densa, que impedia la respiracion. Acabada la grande obra, se levantó Jacinto de la silla, y fue corriendo à mirarse en el agua, que estaba en la referida vasija, y quedó satisfecho del Señor Maestro, alabandole su trabajo. Ya otra vez he dicho, que entre las Monas no se conocia aún la invencion de los espejos, por lo que, no pudiendo usar de este artificio, se servian del agua, que en algun modo reflexa la imagen, que à ella se presenta.

Finalizada la compostura de Jacinto, se puso Narciso en el lugar de su hermano, y éste se llegó à mí sonriendose, y diciendome: Ved aqui ya mi cabeza compuesta: Mas bien, le respondí, podeis decir: Ved aqui los cabellos compuestos; hablaraisme en estos términos, si queriais, que os entendiese: Mas no me admiro de vos, que, siguiendo el uso comun, creiais, que os escuchaba alguno de vuestros Conciudadanos; me pasmo, sí, de estos artífices, que, dedicados à tan inutil, y vano exercicio, tienen atrevimiento de apropiarse un nom-

puede convenir à los Ciru-

era

Tom. I. Cap. XXII.

Patiño sculp.

nombre, que solamente puede convenir à los Cirujanos, ó à los Philósophos. Mucha razon tuvierais, respondió Roberto, para hablar de este modo, quando huvierais arribado de un País, en que no huviese tales artes; bien que estais en algun modo disculpado à causa de la vida obscura, y retirada, que haveis tenido en nuestra Patria, por lo qual ignorais, que en todas las partes del mundo se ha introducido el abuso de enmascarar el luxo, y el vicio con nombre de conveniencia, y de virtud. Estábamos hablando con voz baxa, de modo que no pudiese entendernos aquel operario, y asi él seguia empleando su habilidad en Narciso, que estaba con curiosidad de saber aquel discurso, que no oía, pero que de la risa de Jacinto, y de Roberto argüia, que era digno de su atencion. En esto Roberto nos pidió licencia por un corto tiempo para ir à satisfacer cierta necesidad corporal. Yo me quedé con Jacinto observando al artífice, el qual miraba, y contemplaba cada bucle, que iba formando, con la misma atencion, con que un Pintor registra, y examina la igualdad de sus mas delicados pinceles.

CAPITULO XXII.

Prosiguen los lances de la peluquería; y de la peligrosa aventura, en que se vió Roberto.

LUego que se finalizó la peinadura de Narciso, se vino à mí aquel artífice, convidándome, à que me dexáse servir; Yo le respondí, que no tenia

necesidad de su arte, por quanto no estaba acostumbrado à tanta delicadeza; pero le dí gracias por su ofrecimiento, aunque no se fundaba en otra cosa, que en la esperanza de la ganancia. El me replicó, que no dando principio à las cosas, jamás se llegaba al caso de usarlas; por lo que era conveniente, que Yo comenzáse à entrar en la moda, de que no podia exceptuarme, si havia de vivir en el mundo civil, y comparecer con decencia entre aquellos caballeros, de quienes me via acompañado. Además, añadió, que Yo os sabré tomar el aire del rostro, con lo que conseguiréis vér corregida en parte la fealdad de vuestra cara, de forma, que en lo sucesivo no tengais una presencia tan espantosa. Aunque nada me agradó este último cumplimiento, tuve que disimular por dos razones; la una, porque defendiendo las facciones Européas, infaliblemente havia de ofender las de los Monos; la otra, y mas principal fue, porque con las personas de cierto caráćter es mejor callar, que resentirse; pues el silencio puede mortificarlas, y confundirlas; y el darse por sentidos no sirve mas, que de honrarlas, mostrando, que se quiere competir con unos sugetos, de quienes no debe buscarse otra cosa, que respeto, y sumision. Narciso con cortesía me queria persuadir, à que siguiese su exemplo; pero Yo sincéramente le respondí, que no llegaba mi locura à tal término, que me dexáse tostar los sesos por dar al pelo unos dobleces, que la naturaleza no le havia concedido. La reflexion era justisima; pero el mui bruto del artífice entendió, que Yo havia proferido la mas necia, y extravagante máxima.

En

En esta disputa estabamos, que iba siendo de mi agrado, porque como la bondad de mis Amigos no se ofendia de mis razones, Yo hablaba con libertad, lo que se me ofrecia en el asunto, y havia alcanzado tal ascendente, y ventaja, que aun en aquello, que antes me contradecían, me hacian ya la justicia de concederme la razon, que no podian desapasionadamente negarme; quando entró en la tienda con gesto de menosprecio un joven de aquellos, que entre nosotros llamamos *malas cabezas*; saludó entre dientes à los hermanos, y despues con poquisima crianza entabló una conversacion, en que poder motejarme: Preguntó al dueño de la casa, qué novedades se decian; y éste respondió, que nada sabía de nuevo: Pues por la Ciudad, dixo él, corren voces, de que los monstruos están en grande altura con la Nobleza, y las Damas. Pronunció estas últimas palabras, guiñando un ojo hácia mí, y con una risa irónica.

Se encendieron en cólera mis Amigos; y el asunto no huviera tenido buenas conseqüencias, si el amo de la tienda no huviese tomado el partido de pedir con grande cortesía al desatento mozuelo ciertos dineros, que mucho tiempo havia, le estaba debiendo de la paga de su anterior trabajo. Hizo, que se admiraba de la demanda, y respondióle: Me maravillo, que un canalla como tú tenga la temeridad de hacer pasar el papel de poco puntual à un sugeto de mis circunstancias delante de dos caballeros tan recomendables, y de un forastero, que, creyendo tus imposturas, puede formar una opinion, que me haga poco favor, y llevar à su patria una relacion nada honrosa à la no-

bleza de estos Países. Observese, que éste tomó en cierto modo por defensores à aquellos, que poco antes havia ofendido. El Peluquero levantó el grito, y le dixo, que à los sugetos mas los distinguen las acciones, que el nacimiento; que no se debia responder con malas palabras à quien pedia el justo precio de su sudor; y que pensáse en pagarle, por que si no, iría à dar cuenta à quien conviniese. Bastó esta palabra para librarnos de aquel importuno, porque fingiendose enfadado, partió alborotadamente de la tienda, amenazandole, y jurando vengarse de su osadía. Luego me preguntó Jacinto, si me habia parecido bien la delicadeza de aquel joven en el punto de defender su crédito; respondíle con ironía, que mui bien; aunque no sin admiracion de oírle mantener con tanto tesón el honor, que en la realidad, y obras no tenia.

Quando estuvímos en casa le conté à Roberto este suceso; y él me dixo: ¿Qué os maravilla la conducta de ese joven? Sabed, que la mayor parte de los hombres entre nosotros (y lo mismo sucederá entre los Monos) pone mas cuidado en comparecer con honra, que en seguir el verdadero punto del honor; de aqui nace la comun distincion del término de honor, y del de reputacion; lo primero no es otra cosa, que el exacto cumplimiento de las mas esenciales obligaciones; y lo segundo consiste en el crédito, y opinion, que los demás forman de nuestro proceder, y de la observancia de nuestras obligaciones: Asi es, que un hombre suele estár tenido en grande reputacion, sin tener el mas mínimo honor; y por el contrario, alguno que será honradisimo en todos sus procederes, puede tener la

des-

desgracia de no ser reputado, por lo que es en realidad. Ved pues la razon, porque aquel joven tanto se ofendió sobre el punto de honra, que no tiene, temiendo perder su reputacion, pues conocería para sí mui bien sus defectos, aunque no cuidáse de enmendarlos en la realidad: Sabría por experiencia, y por un cierto consentimiento interno, que el mayor mal, que podia sucederle, y que redundaría en perjuicio de sus intereses, sería el que se derivdse de la pérdida de la estimacion comun, por tanto quiso defender su fama, no solo en la apariencia (bien, que en substancia no era otra cosa) sino tambien en la delicadeza, con que cumplía sus obligaciones, segun le dictaban sus circunstancias, nacimiento, y trato de la vida civil. Por esto veréis siempre à los hombres encolerizarse y llegar à exponerse hasta lo sumo, aunque corra riesgo la misma vida, solo por defender la fama, y el crédito, que los distingue entre todas las gentes; al paso que à sangre fria, y tal vez con gusto, se complacen en violar las mas sagradas leyes de la humanidad, y del decoro. Haced reflexion en estas razones, y veréis, que es, lo que al pie de la letra sucede, por lo que no teneis que estrañar de aqui adelante los lances de esta naturaleza, ni tampoco dexaros llevar del engaño de estas apariencias, y ficciones.

Mientras con los dos hermanos estaba en la tienda confiriendo sobre las acciones de aquel joven, se oyó repentinamente un grande rumor, que parecia dimanar de algun grave, è impensado accidente. Salimos à la calle, movidos de la curiosidad ordinaria en semejantes ocasiones, y el ruido iba au-

aumentandose, por lo que nos dirigímos házia adonde se advertía ; y entonces oímos repetir unas voces, que decian : *Dale, mátale.* Caminaba una tropa de Artesanos al parage, hácia donde se escuchaban aquellos ecos con las armas en la mano. Nosotros tirámos de las espadas, y en el camino pregunté à uno, que llegó junto à mí, el motivo de aquel alboroto : Dicen, me respondió, que está el Demonio en aquella calle, y el pueblo vá corriendo à ahuyentarle. Si Yo no huviese adivinado el motivo de aquella equivocacion, me huviera divertido mucho con la inconsiderada necedad del populacho; pero comprehendiendo por aquel razonamiento, lo que podria ser en realidad, entré en un grave temor, à causa de haverse poco antes separado de nosotros mi Amigo Roberto. Acelerámos el paso, y en efecto no salió errado mi pronóstico, porque fue el caso, que haviendose él alexado à una callejuela oculta para satisfacer una urgencia corporal, quando se creyó solo, y por tanto, libre de aquella sugecion, que en tales lances acarrea la vergüenza, fue descubierto desde una ventana por una mozuela, que ignorando nuestra llegada à aquellos Países se espantó à la vista de un animal parecido en parte à la especie de los Monos. Esta novedad produxo en ella tal miedo, que prorrumpió en terribles gritos : Acudió la familia, y preguntóla, que tenía ; respondió, que havia visto al Diablo en la calle. Al punto creció el temor en todos los vecinos, y aunandose, marcháron armados para echar de alli à tan peligroso enemigo. La fortuna de Roberto fue, que el terror pánico de aquellos mentecatos no les daba lugar à acercarse para ha-

hacerle daño ; unos à otros se incitaban ; pero ninguno quería aproximarse.

La contínua gritería, y reiteradas voces de estos fueron congregando mas Monos ; y por fortuna nosotros nos dexámos llevar de aquella conmocion popular, y llegámos à tiempo de poder sacar à nuestro Amigo libre de los golpes de algun temerario, que no huviese tenido miedo del Diablo. Con la espada en la mano, y con la autoridad de nuestros nobles compañeros nos hicímos calle, hasta juntarnos con Roberto, que nos dió parte de todo el suceso. No tanto las razones como los respetos de los dos hermanos calmáron el tumulto ; y nos volvímos juntos à la tienda. No havia sido ligero el peligro, en que mi amigo se havia visto ; pero como su presencia de espíritu era superior à todo riesgo, estuvo despues con nosotros riendose de la ligereza del vulgo, tan facil en creer sobrenaturales aquellas cosas, que nunca ha visto ; y hablando tambien de las bastas idéas, que se forman de los objetos incorpóreos. Pero no es solo este Pueblo el propenso à adoptar tan vergonzosos despropósitos : ¡ Ojalá, que en nuestra Europa llegáse algun dia el comun de los hombres à saber hacer distincion entre la idéa de la materia, y de los espíritus ! En este asunto se han fatigado los Philósophos para confundir infinitos errores, que existen en la mente del vulgo. ¿ Pero qué fruto han sacado ? La general repugnancia y el comun desprecio.

CA-

CAPITULO XXIII.

De la audiencia, que dió el Príncipe à Enrique, y à Roberto.

AL tiempo, que ibamos à salir de la tienda, llegó el Señor Haya acompañado de una multitud de personages del primer orden: Venia à avisarnos de que su Príncipe queria vernos: La comitiva se componia de lo mas florido de la Corte; porque no bien comprehendieron la voluntad de su Soberano los Palaciegos, quando se apresuraron à porfia para encontrarnos, y todos con las mas agradables expresiones iban al rededor de nosotros, procurando complacernos con sus atentos procederes, y estilos políticos.

Considerese à aquel Roberto, que poco antes reputado por un Demonio, se vió en riesgo de perder la vida à manos de lo mas vil del insolente populacho, escoltado ya de la mas ilustre nobleza de la Corte, y reverenciado en todas las calles, por donde nos dirigiamos, de aquella misma plebe, que en repetidas ocasiones nos havia dado muchas, y bien molestas pruebas de su desprecio. Reíase Roberto de esta graciosa, è impensada metamórphosis, y luego que estuvimos juntos, me dió una larga, y provechosa leccion acerca de las mudanzas de la fortuna. Yo, à la verdad, no tenia tantas experiencias, que huviera podido dexar à proporcion de las ocasiones, de ensobervecerme con los sucesos felices, y abatirme con los contrarios acci-

cidentes ; y asi el mas seguro metodo de hacer el corazon à todas pruebas es el renovar en qualquiera acaecimiento las prudentes reflexiones.

Llegámos à Palacio, y no solo nos hallamos rodeados de los Cortesanos, sino tambien de una infinidad de pueblo; subímos una magnífica escalera, precedidos de la Guardia, que con gran trabajo iba franqueándonos el paso por entre un nublado de curiosos. El Señor Haya à nuestro lado iba refiriendonos, que despues, que salímos de casa, havia sido llamado à la Corte, y que haviendo comparecido ante su Príncipe, éste le havia dado à entender aunque con su natural benignidad algun resentimiento, porque hasta entonces no nos habia proporcionado la honra de besarle la mano; que tambien por haver oído cosas tan maravillosas de nosotros, se dignaba concedernos su excelsa proteccion, y que quedaba esperandonos sin mas tardanza. Entretenidos con esta conversacion, nos hallámos en un suntuoso salón, y de éste pasámos à unas dilatadisimas galerías, y magestuosas salas, todas adornadas de alhajas de exquisito gusto, y de valor excesivo; y luego que estuvimos inmediatos al gabinete, en que se hallaba el Príncipe, se le avisó de nuestra llegada.

A esta sazon salió à recibirnos su primer Ministro: Este personage estaba dotado de una antigua, y madura experiencia; tenia un entendimiento despejado, pronto, penetrante, y adornado de todo aquello, que puede llamarse ciencia profunda, y bellas letras. Con afabilisimo rostro se llegó à nosotros, explicandose en semejantes términos: El Príncipe mi Amo ha llevado à bien vuestro arrivo

à estos Dominios; tiene la determinacion, de que experimentéis su piedad, siendo vuestro bien-hechor, y en señal de su benevolencia os concede el singular honor de daros à besar su mano. Roberto respondió, que jamás havia podido concebir mayor, ni mas noble deseo, que aquel, que la bondad del Príncipe nos franqueaba, aun antes de tener la osadía de imaginarlo; y que la noticia de tan sublime gracia podia envanecer à qualquiera, que no fuese como nosotros, que conociamos mui bien, que favor tan singular era solo dimanado de su inexplicable beneficencia. Acabadas estas palabras, levantaron una cortina, y se nos mandó pasar adelante.

Entrámos, pues, en la cámara, y vímos baxo un riquisimo dosél à un venerable anciano, que nos habló con el mas atento estílo. Roberto llegó primero, y rendidamente le besó la mano; Yo executé despues la misma ceremonia: El Príncipe correspondió, dandonos con semblante benigno la bienvenida à sus Estados. Luego que cumplímos las primeras acostumbradas formalidades, traxeron dos banquillos rasos, en que mandaron, que nos sentásemos. Callaron todos, y se nos propuso por primera pregunta, si estabamos contentos en aquellos Países; à lo que respondió concisamente Roberto que no podia piadoso el Cielo havernos preparado mejor fortuna, despues de tantas desgracias, como nos havian exercitado. Preguntósenos despues, si era nuestro ánimo permanecer ya por toda la vida en aquella tierra. Nosotros, dixo prontamente mi Compañero, estamos resignados en la voluntad del Cielo, que privandonos de la espe-

ran-

ranza de volver à nuestra patria, y de morir en su seno, nada podia disponer mas favorable, que trahernos à unos Dominios, cuyo Soberano, y primera nobleza son la mas verdadera imagen de la hospitalidad, y esplendidéz; pero como es à todos connatural el amor à la patria, confesamos, que no obstante la honra sin igual, que recibimos, nos es imposible despojarnos de él; por lo que si el Cielo quisiere algun dia abrirnos camino para poder restituirnos à nuestra tierra, no tendriamos libertad para escoger entre el partir, y el quedarnos, siendo solo la necesidad quien nos obligáse à semejante resolucion. Pareció mui bien esta respuesta al Príncipe, y alabó nuestro amor à la patria, y nuestro sincéro modo de explicarnos, y por último nos mandó asistir diariamente à la Corte. Nosotros, Señor, añadió Roberto, nos procurarémos ese honor, obedeciendoos, y todos los dias vendrémos à Palacio à recibir vuestros preceptos, y ponerlos en execucion. Levantámonos de nuestros asientos para despedirnos del Príncipe, que ya havia hecho señal para que nos retirasemos, pero antes nos previno, que su Ministro tenia los suficientes documentos para instruirnos, que oyesemos sus advertencias, y que del fruto, que de ellas sacasemos, se inferirian nuestros talentos: Volvímos à besarle la mano, y partímos.

Apenas salímos de la audiencia, nos rodearon todos los Cortesanos; quien nos ensalzaba hasta las estrellas; quien nos prometía una eterna amistad; y quien finalmente se recomendaba à nuestra proteccion. Bello campo de reflexiones se nos ofrecía sino estuviera ya recogida la mies por celebérri-

mos autores, que han examinado la materia con perfectas indagaciones de lo general de las costumbres y adulaciones de las Cortes, y de los Aúlicos. Conduxéronnos à la ante-cámara, en donde se hallaba congregada la flor de la nobleza del País. Allí estaba el primer Ministro, que salió de la audiencia antes que nosotros; le hicimos nuestros cumplimientos, y diximos, como esperabamos con impaciencia los sabios documentos, con que de orden superior debia instruirnos: Vosotros, respondió el Ministro, sois bastante sabios; mas si sucede el caso de tener, que advertiros en algun asunto, en que os haya de manifestar la intencion de mi Soberano, lo haré de modo, que vosotros mismos vengais en conocimiento del error cometido, ò del peligro que os amenace. Atended pues, à quanto os diga, quando llegue la ocasion de poner estas ordenes en práctica.

CAPITULO XXIV.

De la Novela doctrinal, que contó el Ministro.

RODeados en la ante-cámara de los dichos sobresalientes personages, se entabló la conversacion de nuestros Países, y nosotros les dimos puntual razon de quanto nos preguntaban. Alguna repugnancia mostraban en dar crédito à nuestras relaciones; oposicion, que ciertamente nacía de la comun costumbre de no querer creer aquellas cosas, que nos parecen maravillosas, porque son del to-

todo diversas de las que regularmente experimentamos: No obstante que proponian sus dificultades con toda atencion, y urbanidad, me dí por ofendido, y me alteré un poco, no tanto porque no diesen fé à nuestras palabras, quanto por un zelo indiscreto, y fuera de tiempo hàzia mi patria. Queriendo, pues, defenderla con demasiado ardor, y sin permitir, que fuese ajada, en cierto modo venia à despreciar aquel País, en donde acababa de recibir tantas demonstraciones de distincion, y afecto. No es bastantemente alabado el forastero, que usa circunspeccion en tales puntos; Yo con los años, y experiencias conocí despues los inconvenientes, que se originan de lo contrario. Roberto, como mas práctico, y sabio, moderó mis expresiones, que ya se iban acalorando, y además de enseñarme con su exemplo el modo, con que debia contenerme, manifestó à los circunstantes, en qué grado tan elevado tenia la virtud de la templanza. En aquella pequeña disputa el Ministro havia estado callando, y quando comprehendió, que se havia finalizado en sus principios por la agudeza de Roberto, dixo asi:

Sabreis, Señores, que en mis juveniles años tuve grandes deseos de recorrer nuevos Países, de cuyo genio me dexé llevar finalmente sin guia, ni consejo. Permitidme, que os cuente mis descubrimientos, y os ruego, no os expongais con indiscreta incredulidad à juzgar falsa mi relacion; mas si algunos de tan nobles oyentes pretendieren oponerse con espíritu crítico à los sucesos, que voi à contar, adviertan antes de hacerlo, que la moralidad que se puede sacar del exámen de ellos, es

mui

mui distinta, y de mayor valor, que el quimérico deleite de pasar plaza de sabios por el medio de ir haciendo crítica de las proposiciones, que escuchan por parecerles mui extraordinarias, y fuera del orden natural.

En los verdores de mi juventud vivia Yo con mi padre en una casa de campo, que teniamos algunas jornadas distantes de esta Capital: Estaban con nosotros, ademàs de ciertos nobles huéspedes, mi Maestro de lenguas, y un Bailarin, que me enseñaba à danzar. Un dia, que entre nosotros estabamos hablando de los Paises estrangeros, dixeron éstos tantas maravillas, que havian leído en los libros de los viajeros, que se me avivó ardentisimamente el deseo de ir à vér mundo, y de informarme con mi propria vista de los portentos, que les oía contar, y en que Yo no ponia la menor duda.

Hecho, pues, el proyecto de buscar aventuras, pedí licencia à mi padre para dar una vuelta por las principales Ciudades de estos Estados, rogàndole me concediese por compañero à mi Maestro de lenguas, que era un solemnisimo Pedante, y à quien estimaba mucho, y al Bailarin, para que me fuese sirviendo en qualidad de Mayordomo. Condescendió à mis instancias el buen viejo, y disponiendome un equipage correspondiente à mi nacimiento, me proveyó de bastante dinero, me dió muchos consejos saludables, y me dexó poner en camino. La primera màxima, que me propuse segun la costumbre pésima de los de aquella edad, fue la de no seguir en cosa alguna las insinuaciones de mi padre, teniendolas por impertinencias de un viejo decrépito. Formàmos nuestra primera idéa

con

con el designio de salir de estos Dominios, y encaminarnos à buscar las mas temerarias aventuras.

Mi director, que tenia menos juicio que Yo, me propuso, que emprendiesemos nuestro viage hàzia unos ciertos montes elevadisimos, por donde, segun tradicion mui antigua, nadie havia pasado; estos estaban distantes de los confines de nuestros Estados, como unas doce jornadas; resolvilo à su instancia, y con sumo gusto nos encaminámos hàzia aquella parte. Haviendonos aproximado à ellos, encontrámos un bosque, que llegaba hasta su falda, estendiendosè por toda su pendiente desde la cima. Con muchisimo trabajo, y con larguisimos rodéos por razon de la espesura, y crecido de las plantas, llegamos hasta lo mas fragoso. Empezáron à faltarnos las provisiones, lo que nos ponía en suma sugecion, y nos arrepentiamos de havernos alexado tanto, amenazados del peligro de morirnos de hambre. Ya no podiamos volver atrás, por la incertidumbre de hallar camino, que nos conduxese à alguna poblacion. El Pedante nos demonstró unos castaños, que havia visto, con lo que tomámos no poco aliento, seguros de que ya no podia faltarnos la comida. Comenzámos, pues, à solicitar abrirnos camino, y al cabo de una hora nos hallámos en la abertura de una roca, desde donde descubrímos un valle mui dilatado. Alegres por haver vencido una dificultad, que jamás havia emprendido persona alguna, no nos faltaba otra cosa, que hallar una baxada, que nos conduxese à la llanura que haviamos descubierto.

Mientras estábamos registrando el terreno por una, y otra parte, prontamente venimos à dar en ma-

manos de una tropa de Vandoleros, que provistos de espadas, y otras armas, nos rodearon por todas partes. Tuvímos fortuna de que nos perdonasen las vidas, pero nos quitaron quanto llevábamos, y nos dexaron quasi desnudos: Los criados huyeron llenos de miedo, y asi me quedé solo con el Pedante, y el Bailarin; éste lloraba amargamente, y Yo estaba lleno de amargura; pero el Pedante exclamó: ¡ Gracias al Cielo, que ya estámos seguros! No puede faltarnos la comida, pues no falta para estos asesinos. Mucho me irritó con estas palabras; pero él sin alterarse me propuso los exemplos de algunos Heroes fabulosos de la antigüedad, que pasaron por semejantes aventuras, y de ellas se les siguieron muchas fortunas; se apoderáron de Reinos, se casáron con hermosísimas Princesas, y sojuzgaron pueblos mui guerreros. No obstante que no haviamos tenido fuerzas para defendernos de unos ladrones; la autoridad de mi Maestro, y mas que todo, las temeridades juveníles, pudieron tanto, que consoláron, y disipáron mis penas.

Despues de alguna fatiga encontrámos una senda angosta, que llegaba hasta el valle; baxámos con bastante riesgo; pero por último llegamos à la llanura, è inmediatamente nos juntámos à decidir, qué era, lo que haviamos de hacer. Por mas importante, que parecía el asunto, obstinado el Pedante estaba firme en su opinion, de que nuestro terror era pánico. Pero nosotros mas ajustados à la razon que él, no hicimos caso de sus jactancias; y antes de pasar adelante, quisímos establecer el orden, que deberiamos seguir en lo sucesivo.

vo. El Bailarin dixo : En el estado actual vos, Señor, debeis deponer el carácter de vuestras circunstancias, y emplearos igualmente que nosotros en buscar el sustento necesario para nuestras vidas. Eso, le respondí, es cosa mui puesta en razon. Entonces el Bailarin exageró el mérito de su arte, diciendo : Yo adonde lleguémos pondré mi escuela de baile, arte necesarísimo para saber llevar el cuerpo, para la buena direccion de los pasos, para el desembarazo de la persona, para la vida civil, para la sociedad política, para enamorar, &c. &c.

Yo, respondió interrumpiéndole precipitadamente el Pedante, y echando chispas el rostro, enseñaré à leer, escribir, hablar, y à componer con primor; arte entendido por pocos, y practicado por menos; necesario à los Nobles, à los Jueces, à los Abogados, à los Notarios, à los Negociantes, à los Artífices, y à todos los Sequaces del amor. ¿ Sin él cómo podrán explicarse los conceptos del alma, las producciones del entendimiento, las agudezas de la fantasía, los. . . . . . Poco à poco, le dixe, poco, à poco, Señor Maestro, ahora no es tiempo de declamaciones, cada uno de vosotros hará prodigios en su arte; no se trata aquí de decidir qual de ellos sea el mas excelente : Vosotros, no hai duda, ganaréis quanto baste para un honrado mantenimiento. ¿ Pero Yo en qué me emplearé ? Decidióse entonces, que fuese una boca inutil, y un asno de buena fortuna : Pero el Pedante encontró modo de recompensarse de quanto podría subministrarme en el tiempo, que necesitáse de su asistencia: A vos, dixo, acudirémos con lo necesario nosotros, y os sostendrémos hasta la vuelta à

nuestra patria, pero baxo el pacto, de que en llegando à ella, haveis de consignar à los dos una pension vitalicia, con que podámos mantener nuestra familia con toda comodidad. Bastaban estas condiciones para arruinar à una persona opulenta; mas fue forzoso aceptarlas. Dexo à vuestro juicio la intencion, que Yo tendría de cumplir tan desarreglada promesa. No os molestaré contandoos nuestras aventuras, hasta que llegamos à avistar una Ciudad, y los indecibles trabajos, que sufrímos.

Diciendo estas palabras, llegó un Gentil-Hombre à avisar al Ministro, le llamaba su Príncipe para un negocio de importancia. Partió inmediatamente, dexando la prosecucion de estos sucesos, para luego que volviese. No tanto lo que pudiera ser doctrinal, quanto el deseo de saber el fin de una Historia, que hasta entonces creíamos verdadera, obligó à todos à esperar la vuelta del Ministro: En este intermedio se llegó à mí un caballero de bello aspecto, llamado el Señor Jazmín, de quien hablarémos adelante.

CAPITULO XXV.

Prosigue la materia del capítulo antecedente.

ANtes que volviese el Ministro, me llamó Roberto, advirtiendome, que estuviese atento à aquella Historia, sospechando del discurso, que antes havia tenido con nosotros, que sería sin duda mas mysteriosa, que verdadera. ¿Quién sabe, añadió, si acaso quiere darnos alguna sabia instruccion del mo-

modo de contenernos en lo sucesivo? Yo conozco, que es este un sugeto lleno de méritos, y que sabe mezclar lo util con lo deleitable. Con esta advertencia dupliqué mi atencion, y con ella alcancé el fruto, que él deseaba, quedando instruido para en adelante con la relacion de tan agradable novela.

Desembarazado de su comision el Ministro volvió à la ante-cámara, y nos dixo: Ya puedo proseguir mi suceso, que si bien me acuerdo, quedó suspenso poco despues de haver contado la gravosa condicion, que me impusieron mis dos compañeros; pero veréis en adelante, como estos me debieron mas, de lo que podian imaginarse.

Despues de haver andado largo tiempo por aquellos campos desiertos de habitadores, y por consiguiente del todo incultos; despues de haver pasado muchos dias trabajosísimamente, alimentándonos de raíces silvestres, de yervas, y de castañas, descubrímos casualmente no mui distantes las murallas de una Ciudad: Antes de atrevernos à entrar en ella, procurámos cada uno por su lado encontrar alguien, que nos pudiese informar de sus habitantes, temiendo no exponernos à algun peligro sin reparo. Salió vana toda nuestra diligencia, por lo qual era menester convenirnos, ò en abandonar el proyecto de pasar adelante, ò en armarnos de constancia, y prudencia para todos los accidentes, que nos pudiesen ocurrir. El Pedante, que tenia mas arrogancia, que las personas de mayor temeridad, reprehendió nuestro miedo, insultándonos con títulos de viles, y cobardes, y se abanzó el primero à las puertas de la Ciudad: Seguimosle, y entrámos todos sin detenernos.

 Lo

Lo primero, que encontrámos, fue una quadrilla de Cojos, vestidos como Soldados; à uno faltaba un pie, à otro una pierna, qual caminaba con muletas, qual llevaba arrastrando el cuerpo por la tierra. Nos hicímos cargo de comun acuerdo, de que éstos eran Soldados inválidos, que havian salido del Hospital para tomar alguna recreacion, y la casualidad los havia conducido à aquel sitio. Como en las Ciudades estrañas es forzosa la cortesía, mas que en la propria, nos pareció debido llegar à saludarlos, asi que los vimos. Luego, que nos aproximamos, prorrumpieron en unas carcajadas de risa tan destempladas, que creí, que alguno de ellos rebentáse. En el estado en que nos hallábamos, no venia al caso resentimiento alguno; pero no fue de este parecer el Pedante, que les pagó el escarnio, diciéndoles mil agravios. Ellos no se ofendieron, antes continuaron su risa, burlandose de nosotros con ridículos gestos, y señalándonos con el dedo, como acostumbran los bufones: El pasage parecía un entremés; tuvimoslos por tontos, y comenzámos à reirnos, siguiendo ellos tambien la burla; duró una hora esta comedia, sin que pudiesemos reducirlos à hablar siquiera una palabra.

Cansados finalmente de su provocativo modo de proceder, Yo fui el primero, que los dexé para pasear las calles de la Ciudad, y los otros dos me siguieron. Reinaba un profundísimo silencio en todas, y nadie andaba por ellas, por ser la hora de medio-dia. A poco tiempo encontrámos una Mona viejecilla, que llevaba con gran trabajo su enfermo cuerpo, apoyandose en un palo: No bien nos

co-

columbró, quando puso la mano en la cara por no vernos; el Bailarin la hizo algunas preguntas, pero fue lo mismo, que si las huviera hecho à una piedra. Ya empezaba el pueblo à salir à las calles, y entonces fue nuestro mayor pasmo, viendo que todos los habitantes de qualquiera edad, y sexo, que encontrábamos, eran, ò cojos, ò estropeados; à esto se añade, que asi, que nos vían echaban à reir, como los Soldados, que estaban à la puerta, sin hablar una palabra, ni aun entre ellos mismos.

Gracias à Dios, dixo el Pedante al Bailarin; que por fin hemos llegado à un País, en donde los habitantes tienen por naturaleza los pies formados con bellísima proporcion, para que los enseñéis vuestras habilidades. ¡Qué discípulos sacaréis tan diestros! ¡Qué ganancias tendréis aqui! ¡Qué magnificamente vivirá este caballero con vuestras habilidades! El pobre Bailarin respondió desesperado: Siempre me ha perseguido la desdicha; pero jamás llegó à pasarme por el pensamiento, que en mi arte pudiese faltarme modo de ganar la vida, pues para que me sucediera esta desgracia, era forzoso, que las Monas naciesen sin pies. La burla del insolente Pedante me enfadó, porque no me pareció justo insultar à una persona, que padecia tan grande infortunio, y para tomar una especie de venganza le dixe: A lo que voi viendo, los habitadores de esta desdichada Ciudad no solo son cojos, y valdados, sino que tambien son mudos; y si es asi, como en realidad me lo temo, espero, mui amado Señor Maestro, que aqui nos moriremos de hambre.

Ya en efecto nos urgía la necesidad de tomar alimento, con lo qual, y mis últimas razones iba

per-

perdiendo el color el pobre Pedante; no obstante, sacando fuerzas de flaqueza, seguidme, dixo, que Yo lo compondré todo. Llegóse al punto à una como Hostería, en donde el Patrón le recibió con la misma risa, que los demás; no se espantó nuestro Heroe, antes con una formalisima oracion rhetórica pretendia obligarle, à fin de que nos diese alguna cosa, con que sosegasemos nuestro hambriento estómago: El Figonero estaba mirandole con grande atencion, y sin hacer el menor movimiento; pero quando llegó à comprehender, que pedia de comer por caridad, dió la respuesta al Orador con una estupenda carga de leña en las costillas. El pobre Pedante muerto de hambre, y mui bien apaleado, depuso sus brios, y todas las máximas del heroísmo; pusose à llorar como un muchacho; y à no haver sido tambien tan lamentable mi suerte, no huviera podido detener la risa, porque es mui justa, y natural la complacencia, que se tiene quando se ve à los baladrones acobardados.

Pero no fue éste el término de nuestra mala ventura. No pasó mucho tiempo à este suceso, quando nos hallamos cercados de una tropa de Esbirros, trayendo, el que hacía de Cabo, una tablilla, que puso en nuestras manos, en la que venian escritas estas palabras: *O morir, ò cojear*. Este breve, eloqüentisimo, y supremo decreto nos dexó inmobles como estátuas: Despidieronse con una ruidosa salva de carcajadas, quedando nosotros llenos de confusion. Era forzoso obedecer, ò haver de experimentar nuestro último exterminio. El Pedante poco antes temerario, y valiente, fue el pri-

primero, que buscó un arbol de donde cortó un garrote para hacer una pierna de palo, que colocó en el puesto de la natural, doblando ésta para fingir la cojera. Comenzó à ensayarse à andar en aquella postura, pero à los dos pasos resvaló, y dió de narices en un basurero: Buena fue su suerte en no encontrar con un guijarro, porque el porrazo fue grande, y se huviera hecho mucho mal à no dar en blando. Era este espectáculo para una persona, que lo mirase con indiferencia, de los mas risibles, y gustosos, oyendo los ayes del pobre Maestro, observando sus ridículos gestos, viendo el asco, que le daba aquella hedionda materia, y escuchando las maldiciones, que profería contra todos los cojos.

El Bailarín no acababa de determinarse à afear aquella parte de su cuerpo, que estimaba por la mas excelente; no siendo dudable, que estos prefieren los pies à la cabeza. A pesar de su aversion, tuvo que acomodarse al tiempo, y à la sentencia, que nos havian intimado; por lo que determinó fingirse tullido, columpiando el cuerpo sobre dos muletas. Era una comedia oírle suplicarnos, que no esparciesemos aquella aventura en nuestra patria, si acaso volviamos à ella: Yo, decia, quedaría eternamente perdido, si llegára à saberse, que havia andado con muletas; todos los de mi arte echarían la voz, de que era inhábil para nuestro exercicio; los Autores no me darían partido para sus teatros; las Damas me negarían la entrada en sus casas; todo se acababa para mí: Lloraba el mentecato, como si el tener que fingirse cojo fuera lo mismo, que haver perdido el juicio. Yo agarré una tran-

tranca bien gruesa, y apoyandome en ella, fingía dificultad en los movimientos, y caminaba medio arrastrando, como si en realidad no pudiera servirme de mis pies.

Pues no paráron en esto las desgracias. Ya estábamos resueltos à marchar de la Ciudad con tan lucidos arneses, hambrientos, y contrahechos, quando volvieron à sorprehendernos los Alguaciles, que de orden del Gobernador venían à llevarnos à la carcel. Echónos mano aquella insolente canalla sin hablarnos una palabra, monstrandonos por escrito el Auto del Juez; éste, y la fuerza nos obligáron à no resistir al mandamiento. Fuimos, pues, conducidos à un obscuro calabozo, de donde à pocas horas nos sacáron para llevarnos ante el Gobernador.

Llegando el Ministro à estas palabras de su suceso, que refería con aquella sal, que era propria de la viveza, y fecundidad de su espíritu, y que Yo no puedo en lo mas mínimo imitar en mi descripcion; salió por aquella ante-cámara un sobrino del Príncipe, por lo que fue preciso interrumpir la relacion para ir à hacerle la corte; nos hizo mil agasajos, y nos aseguró, que su tio havia concebido las mas favorables intenciones házia nosotros, cuyos efectos prontamente experimentariamos. Besámosle la mano, y suplicámosle, nos protegiese; asegurónos su gracia, y marchó mandando al Ministro, se quedáse, siguiendo su conversacion. Todos los circunstantes deseaban saber el fin de tan curiosa Historia.

CA-

CAPITULO ULTIMO.

Finalízase el asunto de los dos Capítulos anteriores.

ACabados los debidos cumplimientos, prosiguió asi el Ministro sus aventuras: Presentados, pues, al Gobernador, que era un robusto Mondzo, nos preguntó, quiénes éramos, y de dónde veniamos. Respondió el Pedante, que éramos tres viageros, que nos haviamos dexado llevar del genio, y deseo de vér Países estraños, y observar fuera de nuestra patria nuevas costumbres; que haviamos andado dilatados caminos, y sufrido indecibles incomodidades antes de haver podido llegar à aquella Ciudad, en donde creímos encontrar (como se practíca en todo el mundo) personas, que nos hospedasen, y subministrasen el preciso mantenimiento para conservar las vidas; que con pasmo, y afliccion nuestra haviamos experimentado negársenos aquel socorro, que aun à los brutos se concede; que nos viamos obligados à fingirnos contrahechos; y que despues de haver sido objeto de risa de todos por colmo de nuestra mala ventura haviamos tenido la desgracia de ser aprisionados, sin saber el motivo, y con miedo de mayores desdichas.

Entonces el Gobernador nos dixo: O sois personas mui maliciosas, y obstinadas en vuestro error, ò absolutamente estais privadas de uso de razon. ¿Siendo reos de tres gravisimos delítos, teneis aun osadía para llamaros inocentes? Pero antes, que

os haga cargo de ellos, decidme : ¿ Quáles son vuestras habilidades, ò qué artes enseñais ? El Bailarin respondió, que era diestrisimo en la danza. ¿ Qué es eso de danza ? preguntó alterado el Gobernador. Esta, dixo nuestro Bailarin, es un arte de llevar derecha, y airosamente el cuerpo, de mover los pies à compás, de saltar con compostúra, y de dar ciertas vueltas con agilidad, y con gracia. Yá, yá lo entiendo, añadió el Gobernador, riendose sin medida ; eso es, lo que saben hacer los potros : Despues recobrando su rigorosa seriedad, le dixo : ¿ Temerario, qué malvado espíritu te ha conducido à venir à hacer burla de este pueblo, y de todo el Estado ? ¡ Un Bailarin en la tierra de los Cojos ! ¡ Enseñar à dar saltos, y la destreza en el andar à donde no hai el uso de los pies ! Bien mereces un exemplar castigo, y espérale proporcionado à la gravedad de tus delítos.

Volviendose despues al Pedante, inquírió, en qué se ocupaba. El todo temblando, y haciendo mil cortesías, respondió : Yo enseño à hablar bien, y el arte de persuadir. ¿ Qué arte tan provechoso es ese ? replicó el Gobernador. La verdad no necesita para ser abrazada de exteriores auxilios ; y así el mérito, de lo que sabes enseñar, es hacer parecer falso à lo verdadero, y verdadero à lo falso; tú eres un monstruo, del que es forzoso librar à la tierra. Fuera de esto, venir à un País, en donde por leyes mui antiguas, y sábias está prohibido el hablar con otro, que su Superior, ò dentro de su propria familia, à enseñar, lo que no puede exercitarse, es una de las culpas mas excesivas, que pueden cometerse.

Dexo

Dexo à vuestro discurso, cómo quedarían mis dos compañeros, contemplándose culpados, en lo que juzgaban serles de mas recomendacion, y en lo que fundaban sus mayores esperanzas. Quiso despues saber quien era Yo, y comprehendida la verdad exclamó: ¡O pobre joven, quién te ha engañado, para que te agregues à estos delinqüentes! A este tiempo llegó à querellarse el Hostelero, de quien yá hé hablado, del delíto de haverle pedido limosna. Aqui fue la inquietud del Gobernador: Desde la fundacion de esta Ciudad, dixo, centelleándole los ojos, no se ha oído maldad de tal tamaño. Atonitos quedámos con este nuevo infortunio, y todo trémulo el Señor Maestro de lenguas, rogó con la mayor humildad, le explicasen, en qué consistía la gravedad de su pecado. Tú eres un animal, le respondió el Gobernador, digno de mil muertes por la atrocidad de tus culpas, y por el atrevimiento de tus preguntas. ¿Qué osadía es la tuya de querer mantenerte à costa de los demás? ¿Mis súbditos han de trabajar, y sudar, para que venga à tragarse sus bienes un holgazan, un bribon, un tunante? Pero ya es tiempo de imponer el castigo à tantos delítos.

Abrieron las puertas, y entró en el salon el numeroso pueblo à oír la sentencia, que nos daba el Gobernador, el qual dixo asi: A éste (señalando al Bailarin) que há tenido valor para vanagloriarse saltador, y Maestro de estas ligerezas en un País, en donde los habitadores hacen gala de no poder andar, cortaréis los pies, que serán colgados sobre los muros de la Ciudad para terror universal: A esotro (señalando al Pedante) que

se lisongeó de querer enseñar el modó de bien hablar à un pueblo, que es mudo por lei, y por costumbre, sacaréis la lengua, y cortaréis las manos, para que en adelante no pueda hablar, ni escribir; y estos miembros serán echados à los perros. El tercero, finalmente, à quien no encuentro reo de particular delíto, será comprehendido con sus dos compañeros en un vando, en que se mande, que dentro de dos dias salgan para siempre de nuestros Estados, baxo de pena capital, si à él contravinieren. Pronunciada esta sentencia, se levantó el Gobernador, y partió, dexándonos en poder de los ministros de justicia, que nos volvieron à las prisiones.

Pasámos en la carcel toda la noche, llorando, y pidiendo al cielo socorro. Me movian à piedad mis dos miserables compañeros, condenados sin culpa à unos castigos tan crueles; y aunque joven, pensé algun modo de poderlos librar. Llamé al Alcaide, à quien mostré una piedra de mucho valor, que pude reservar de los ladrones, prometiendo darsela, si nos permitía huir: No se atrevía à resolverse; pero dexandose ultimamente llevar del precio de la alhaja, llamó à parte al Verdugo, y le ofreció la mitad de la ganancia; consintió éste al punto, y como la sentencia se havia de executar ocultamente, determináron ir à el lugar en que enterraban à sus muertos, y cortar à un cadaver, que havian depositado aquella noche, la lengua, los pies, y las manos. Volvieron alegres à la prision, recibieron el anillo prometido, pusieron unas vendas en los pies al Bailarin, y otras en las manos al Pedante, despues nos abrieron

ron las puertas del encierro, y nos despidieron. Salímos de la Ciudad sin obstáculo, porque la Guardia sabía yá la sentencia de destierro.

No puedo decir, qué sucedió en la Ciudad despues de nuestra partida. Nosotros nos acogímos à un bosque, en donde arrojando las vendas, la pierna de palo, la tranca, y las muletas, volvió à quedar en libertad nuestro cuerpo. Era forzoso apartarnos quanto pudieramos de la *Cojilandia*, (asi se llamaba aquella infeliz Provincia) para no incurrir en el último desastre. Resolvímos, pues, por no aventurar nuestras vidas, dexarnos llevar de la fuerza del destino, y seguir el camino por lo enmarañado del bosque, hasta tanto, que encontrásemos quien nos guiáse, y enseñáse, por donde podriamos volver à nuestra patria. En fuerza de esta aventura hicimos ánimo por si acaso llegabamos impensadamente à algun nuevo extravagante País, de seguir por donde fueramos, las costumbres, y genios de sus habitantes, sin tener la necia presuncion de querer distinguirnos, y atrahernos por tanto su odio, y persecucion.

Despues de haver andado errantes por la selva algunos dias, siendo solo agua, y frutas silvestres nuestra comida, y bebida, llegámos al Reino de los Papagayos. Inmediatamente comenzámos à batir los brazos, como ellos las alas; mal-formábamos los acentos, imitando su lenguage; saltábamos sobre las ramas mas fuertes de las plantas gruesas, y en todo haciamos vida de pájaros. Agradó nuestra conducta à la Reina, que gobernaba aquellos estados, por estár en su menor edad el heredero de la corona. Con quien mas congenió, fue

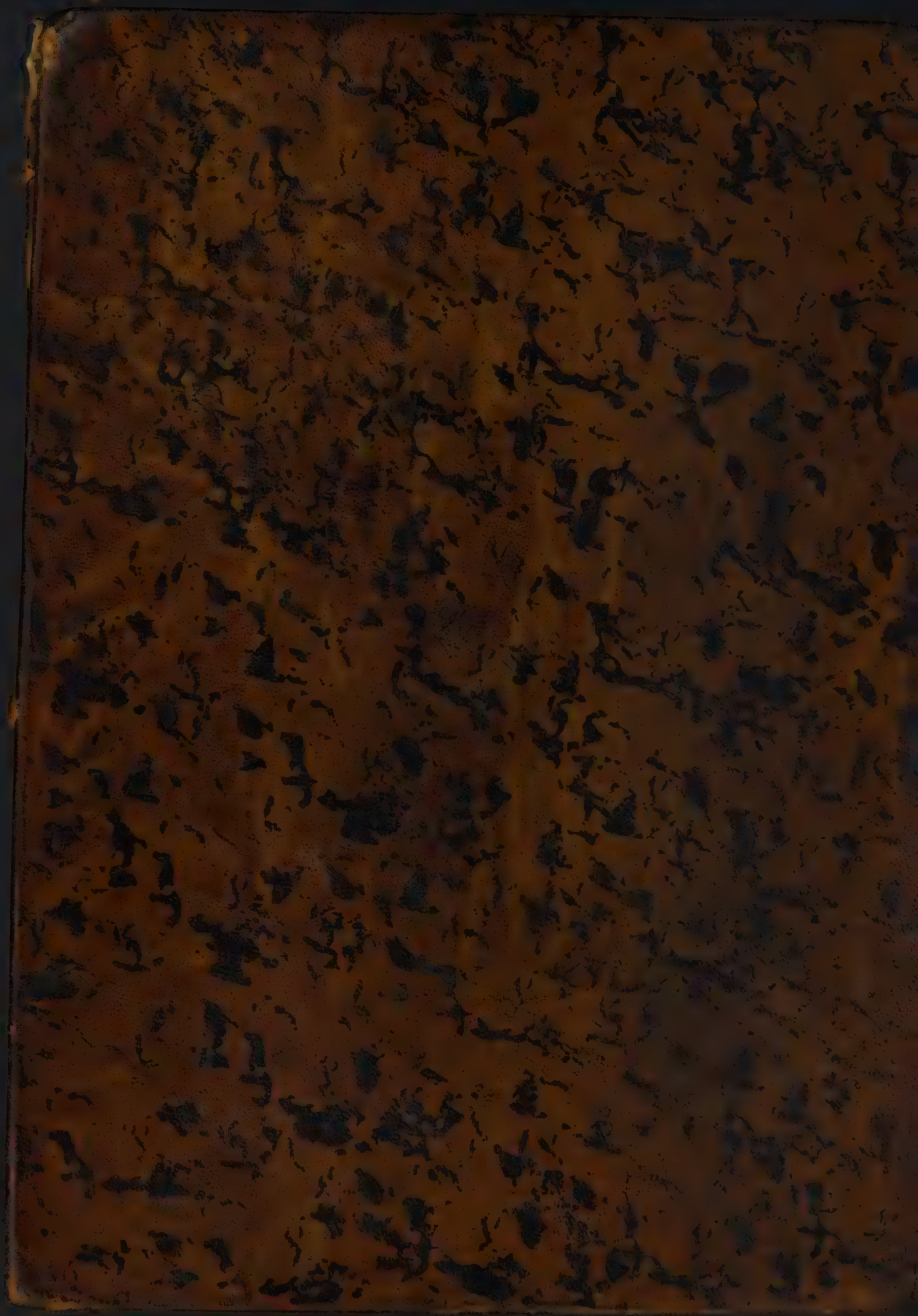
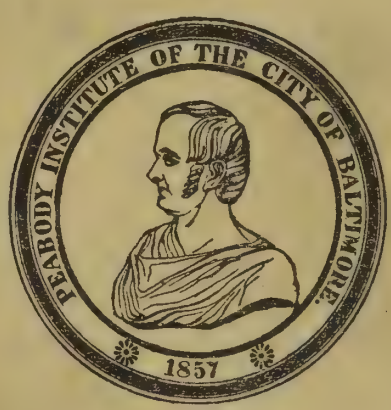
fue con el Pedante, à quien tuvo la genèrosidad de conferir una Cáthedra de Philosophía. Mui tentado le ví de la vanidad, y ciertamente huviera él aceptado el honor de ser el Philósopho de los Papagayos, entre los que podia pasar por un doctisimo personage, si la memoria de los peligros pasados no le huviera hecho conocer enteramente, que en ningun lugar se vive con mayor seguridad, que en la propria patria. Renunció, aunque suspirando, aquel honor; pero conociendo, que jamás se havia hecho una igual justicia debida como premio à su mérito. Partímos, finalmente, colmados de mil elogios de la nobleza, y del pueblo.

Varios accidentes, è incomodidades siguieron à la fortuna, que tuvímos entre los Papagayos, hasta que llegámos à una dilatadísima laguna, Imperio de las Ranas; éstas, no obstante ser cada una de la corpulencia de un buei, tenian tanta ligereza como las nuestras. No puedo dexar de decir, que nos costó un sumo trabajo adaptarnos à sus costumbres; pero era forzoso acomodarse à ellas. De aqui es, que nos era necesario caminar, juntando las piernas con las ancas; sentarnos continuamente sobre la tierra; dar saltos de charco en charco; gritar de dia, y de noche, y fingir, que comiamos aquellos alimentos asquerosos. No pasaba dia, en que el pobre Pedante no corriese riesgo de ahogarse en algun estanque; porque, como tenia un cuerpo tan pesado, le faltaba la agilidad, que se requería, para aquellos saltos. En esta laguna adquirió grandes creditos el Bailarin, de suerte, que se atraxo toda la estimacion ranal. La Coman-

mandante le tomó cariño, y andaban voces, de que quería casarse con él: El pobre Mono no se hallaba en caso tan desesperado. Aun mas: Por impedir una rebelion, y que no corriese riesgo la Regencia, fue menester huir de noche, y guarecernos nuevamente en otro bosque.

Fatigas, miserias, y peligros fueron los perpétuos compañeros, que tuvimos en el tiempo de nuestra larga peregrinacion; hasta que, quando plugó al Cielo, nos hallámos à la falda del monte, de que al principio hice mencion. Tubimos, que andar buscando la senda, por donde haviamos baxado; pero aunque lográmos la fortuna de encontrarla, nos costó mucho trabajo persuadir al Pedante, à que volviesemos à pasar por la estrechura de la roca, acordandose de los pasados sustos, y del encuentro de los salteadores: No obstante la consideracion de que no llevabamos cosa, que poder perder, le convenció, à que pasára. Asi lo hicímos, respirando despues al vernos yá con la seguridad de haverse terminado nuestros afanes. No os molestaré, Señores, contándoos mil particularidades, y curiosos acaecimientos de nuestro viage; basta saber, que llegámos à vernos salvos en esta Ciudad, bien satisfecha la curiosidad de viajar, y castigada la locura de querer sobresalir en aquellos parages, en donde la distincion no conduce mas, que à un continuado peligro, y aún al último infortunio.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

WAN
ION
II.

VIAGES
DE
ENRIQUE WANTON.
TOMO II.

VIAGES
DE ENRIQUE
WANTON

A LAS TIERRAS INCOGNITAS AUSTRALES, y al País de las Monas ; en donde se expresan el caracter, ciencias, y costumbres, de estos extraordinarios habitantes.

TRADUCIDOS DEL IDIOMA INGLES AL ITALIANO, y de éste al Español,

POR DON JOAQUIN DE GUZMAN, y Manrique, &c.

TOMO SEGUNDO.

Con Láminas, que representan algunos pasages de la Historia.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Madrid: Por Don Antonio de Sancha. Año de 1778.

Se hallará con los demás Tomos de la obra en la Librería de Don Bernardo Albera, Carrera de San Gerónymo.

150018

No sé, por donde, mundo, te remiende:
Conozco, que me mato, y que me canso,
Por lo que nadie sabe, ni lo entiende.

Gregor. Morill. satir.

INDICE
DE LOS CAPITULOS, que contiene este segundo Tomo.

ER-

Pag.	Lin.	ERRATAS	CORRECCION.
4	19	precipio.	precipicio.
31	8	diligencia.	diligencias.
37	19	hallaba.	hallaban.
70	27	sino.	si, no.
87	9	flgura	figura.
100	1	CAPITUO	CAPITULO.
102	32	irrefragagables.	irrefragables.
108	10	difinitiva.	definitiva.
112	16	negocos.	negocios.
113	2	preguuta.	pregunta.
118	11	posía	poseía.
128	19	de me.	de mi.
ibi.	21	A esto si.	A esto se.
136	10	aborrecería.	aborrecía.
ibi.	21	CAPITUO.	CAPITULO.
138	8	con con un.	con un.
ibi.	14	pndimos.	pudímos.
168	9	CAPITUO	CAPITULO.
171	6	padazo.	pedazo.
173	27	Comandanre.	Comandante.
203	6	discusros	discursos.
219	3	sranqueó.	franqueó.

VIAGES
DE
ENRIQUE WANTON
A EL PAIS DE LAS MONAS.
TOMO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Del ánimo que formaron Roberto, y Enrique de poner casa; y por qué desistieron de su intento.

LA virtud de Roberto, y sus prudentes consejos me havian ido conduciendo à un estado de vida aun mas ventajoso, que el que podia prometerme la constitucion de aquel destino. De los viles tratamientos de los ignorantes, è indiscretos villanos pasé repentinamente quasi de las garras de la muerte, al mas alto grado de honras, y fe-

licidades. Gozaba el fruto de la sábia direccion de un buen amigo, y admiraba en mis fortunas el precio de la verdadera amistad, que debe ser tanto mas estimada, quanto es el encontrarla mas dificil. Muchas veces es empresa mas ardua conservar la buena suerte, que saber adquirirla: Los méritos de Roberto la alcanzaron; él por consiguiente havia de llevar el peso de mantenerla. Las continuas advertencias de mi amigo, y las luces, y experiencias, que producen las desgracias debian bastarme para dirigirme sabiamente por mí mismo, sin haver de llevar al lado siempre un consejero de mis pasos. Yo me creí ya capáz de manejarme en los ordinarios sucesos de la vida, y tal fue tambien la opinion de Roberto, que además de esto, no podia estar siempre conmigo, porque la bondad del Principe le havia ocupado en negocios de honor, y de consequencia.

De aqui fue, que para el recíproco conocimiento de nuestros descubrimientos establecimos entre nosotros el método de comunicarnos todos los dias nuestras observaciones, y quanto nos sucediese. Por esto Yo aprendía de él las leyes, la política, y otros puntos de grandisima consideracion, que forman lo esencial de aquel gobierno; y en recompensa él sabía por mí las costumbres, y caractéres de los Ciudadanos, que mas le servian de pasatiempo, que de instruccion. A poco tiempo llegué à estar mui versado en todos los puntos, que pertenecian à mi compañero, el que de mí, repito, no sacaba mas fruto, que unos conocimientos de poco valor, pero que no le desagradaban en las horas ociosas. De lo que Yo le

con-

contaba tomaba materia para instruirme en el manejo, con que debía portarme, y algunas veces me corregía los defectos involuntarios, que cometía, sugiriendome máximas, con las que en iguales circunstancias aprovechaba, al paso que me atrahía la comun alabanza. ¡Dichoso Yo, si en todo huviese seguido su dictamen! El escrúpulo en algunas ocasiones de no revelar secretos de otros, me impedía comunicarle muchas cosas, que pedian su consejo mas que las otras; de donde dimanaron las desgracias, que me sucedieron despues, y que huviera podido evitar mui facilmente. Demostraránse estas verdades en el discurso de estas Memorias.

No olvidado Roberto de la doctrina, que nos dió el Ministro, me propuso, que mudasemos los vestidos, acomodandonos al estilo del País. No ignoraba él, que la variedad en los trages no debe influir en la opinion, que se forma, de los que se sirven de ellos; pero por lo general los Monos tienen tal contrariedad à los adornos, que se diversifican totalmente de los suyos, que han concebido una especie de rusticidad, en los que asi los usan. Quedamos esentos de la nota, vistiendonos à la moda de aquellos naturales. Conocióse inmediatamente el buen efecto del cambio, porque el Pueblo cesó de insultarnos; no se desdeñaban los jóvenes mas altaneros de pasear à nuestro lado por las calles públicas, y las Damas depusieron mucha parte de su fastidio. Aun lo mas escogido del Reino alabó en extremo nuestra determinacion, de modo, que yá quasi no nos consideraban hombres, sino del todo Monos. Asi es verdad, que hai

ciertas preocupaciones, que no las adopta solo la plebe, sino que poco à poco vàn introduciendose de clase en clase hasta contaminar Provincias, y Reinos enteros.

Todas las circunstancias parece que à porfia concurrian à elevarnos al grado mas superior; pero aún nos quedaba que desear aquello, sin lo qual los honores no son mas, que un vergonzoso peso. ¿En un País forastero, sin los auxilios necesarios para la vida, cómo podiamos prometernos una decorosa manutencion, y lustre entre aquellos Ciudadanos? Verdad es, que la liberalidad del Señor Haya nos subministraba todo lo que haviamos menester. ¿Pero hasta quándo deberiamos serle gravosos? ¿Quién podia asegurarnos que él podría, ò querría continuarnos su beneficencia? Finalmente, por mas brillante que apareciese nuestro porte, siempre le considerabamos inmediato al precipio. Todo el que tiene entendimiento sabe quanto acibára este pensamiento à los mas excesivos gustos del favor de la fortuna; y asi teniendole nosotros presente en nuestro estado, nos encontrabamos en el mayor ahogo.

No quiso el Cielo que tuviesemos largo tiempo esta zozobra. El Principe se hizo cargo de nuestros sucesos, y previó la agitacion, en que nos tendria la falta de medios para mantenernos en un País separado del nuestro por medio de una vastisima extension de agua. En conseqüencia de sus reflexiones para socorrernos, providenció aplicar una pension vitalicia à cada uno de nosotros sobre las rentas de su erario. La liberalidad acompañaba al beneficio, por consistir la consignacion en mil

es-

escudos de oro anuales para Roberto, y otros tantos para mí. Esta inesperada clemencia colmó nuestros animos de un verdadero consuelo, viendonos, mediante una asignacion tan generosa, libres de los males que trahe consigo la pobreza, y con medios para poder comparecer entre los mas ilustres Monos con aquella grandeza, y esplendor, sin la qual desprecia, ò à lo menos no hace caso el vulgo de los mas sobresalientes adornos del ánimo, y del entendimiento.

Dimos las debidas gracias, haciendo las regulares protestas, y promesas de un eterno reconocimiento, que las sugiere el interés, y nos queremos hacer creer à nosotros mismos que son efectos del agradecimiento; y despues me expuso Roberto, lo que le pareció debíamos executar, diciendome: Yá es tiempo, de que pensémos en no ser mas gravosos à la casa de un amigo, à quien debemos nuestras fortunas; razon será, pues tenemos suficiente proporcion para mantenernos con decencia, que no continuemos en molestar, à quien nos favorece: Por tanto es mi parecer, que pongamos nuestra casa, y en ella viviremos con aquella comodidad, y decoro, que nos permitan nuestras rentas. Gustoso condescendí à las razones de mi amigo, y resolvimos despedirnos aquel mismo dia de la casa del Señor Haya.

Antes de dar este paso, le enviamos un regalo, que consistía en parte de nuestras armas, que eran el objeto de su admiracion, y algunas otras cosillas Européas, que eran en sí de poco valor, pero de bastante estimacion por nuevas. Recibió el generoso Huesped con todo aprecio este tributo de nues-

nuestra gratitud, y vino en persona con sus hijos à demonstrarnos su mas vivo reconocimiento. Despues de las acostumbradas formalidades le declaró Roberto el designio, de ser yá mui debido relevarle de la molestia de nuestras personas. Mudó todo el color al oír esta noticia, asaltandole una verdadera tristeza, y nos dixo: ¿ Y havré de creer como cierto, amados amigos mios, que quereis privarme del mayor bien, que jamás puedo esperar poseer? ¿ Si no hai duda, que por mi medio haveis alcanzado la gracia del Príncipe, por qué se há de convertir en mi daño el beneficio? No me serviis vosotros de molestia, antes bien de honor; aquellas cortas asistencias, que os subministro, abundantemente me recompensais con las ventajas, que recibo de vuestra capacidad, y sabiduria; mi palacio es bastante capáz para daros alojamiento en él, y asi, no incomodidad, muchisima honra sí, se me sigue, de que os dignéis habitar conmigo. Haced lo que pensais, si es vuestra voluntad poner à un amigo en la mayor afliccion; pero si aun teneis el corazon compasivo, olvidad un designio, que ha de serme tan funesto. A estas expresiones unieron con todo esfuerzo sus instancias los hijos, rogandonos, que no tuviese efecto aquel proyecto, que los dexaba inconsolables.

Forzoso fue ceder à tan obligatorias violencias, y asi resolvimos quedarnos en el mismo alojamiento. A fin de que nos fuese menos incómoda la detencion en su casa, nos destinó quarto absolutamente separado de la familia, con un criado para cada uno, que no tuviese otra obligacion, que hacer, lo que le mandasemos: Pero

Ro-

Roberto, zozobroso por no poder recompensar tantas generosidades, quiso à lo menos dar à entender su reconocimiento, poniendolo en noticia del Príncipe, quien tomó por su qüenta la satisfaccion de esta deuda, y en su conseqüencia confirió à nuestro bien-hechor un lustroso empleo, que vacó de alli à pocos dias. Yá entonces (aunque siempre con la debida gratitud) nos quedamos sin cortedad en aquel alojamiento, en donde nos trataba Madama Espina con todo agasajo despues de los adelantamientos, que por nuestro medio tenia su consorte.

CAPITULO II.

Del convite, que tuvo Enrique en casa del Señor Jazmin.

YA con uno, yá con otro de mis amigos me iba introduciendo en todas las asambleas mas ilustres, en donde procuraba con mis acciones, y con la precaucion en el hablar, atraherme las voluntades, no dando disgusto à persona alguna. A poco tiempo la mayor parte de la nobleza me concedió el honor de su amistad, con la que comenzaron à respetarme el Pueblo, y à tolerarme los malévolos; estos escondian sus malvadas intenciones en lo mas interno del corazon, sin atreverse à volar la mina por el debido obsequio à la alta proteccion, baxo cuya sombra viviamos, y por no haver podido encontrar fundamento aun en mi conducta, de adonde poder dar fomento à los efectos de su aversion.

En-

Entre los muchos, que con ansia solicitaban mi amistad fue uno el Señor Jazmin, que yá cité en el primer tomo, esforzando todos los medios de obtenerla. Convidóme un dia à comer con tantas instancias, que no podia escusarme en buena cortesia: Acepté pues, y nos fuimos juntos à su casa: Entré en un magnífico palacio, lleno de una prodigiosa multitud de criados, en cuya conseqüencia hice un alto concepto de este caballero, el que aumenté quando fuí viendo los preciosos adornos, y sobresalientes alhajas, que se descubrian por todas partes: Recibióme con la mayor urbanidad, y estimacion en un gabinete enriquecido con los ornatos mas raros, y delicados, que son imaginables, una desmesurada Monaza, rodeada de Monitas pequeñas; estas eran la esposa, è hijas del Señor Jazmin. Apenas me huve sentado sobre una especie de banco forrado de rica tela, quando la Señora me preguntó si havia estado alguna vez enamorado. Algo me sorprehendió esta primer pregunta, porque ciertamente no la esperaba; pero respondí, que mi edad aun juvenil hasta entonces me havia tenido esento de las incomodidades de las pasiones amorosas: Antes bien haveis de decir, replicó ella, que teneis aun que envidiar los placeres, que se derivan del amor. Entonces me hizo un confuso, largo, y poco honesto discurso acerca de la felicidad de los enamorados, añadiendo, que en tanto es un bien la vida, en quanto el amor la dirige. Las Monitas aplaudian esta doctrina, y añadian las reflexiones, que su madre havia omitido. Como Yo era un joven inexperto, no dexé de escandalizarme, viendo tanta pericia del

ar-

arte de amar en sugetos, que havian de ignorar los principios; y me maravillé tambien, de que en un cuerpo tan grande, y en una quantidad de tanto peso pudiese habitar un espíritu tan ligero.

Mas no paró aqui este lance, pues Madama Calabaza (así se llamaba la madre) quería empeñarme en ciertos asuntos amorosos. Yo entendí el mysterio, y respondí, que nò haviendo en aquella tierra hembras de mi especie, era imposible, que Yo me determináse à amar, no debiendo persuadirme, à que las Monas tuviesen el depravado gusto de poner en mí sus cariños. No conoceis vos al Mundo, replicó ella; quando se trata de colocarse un sugeto ventajosamente, es necedad pararse en reflexionar, ni las qualidades del cuerpo, ni los dotes del alma; basta saber, si el que se prepara para esposo tiene proporcionados haveres, segun las ideas de los padres de la esposa, que en tal caso poco importa, que su figura difiera poco de la de los brutos, y que tenga su espíritu alguna tintura de bestialidad. Horrorizóme esta máxima, sin llegar à persuadirme, à que lo general de los padres la siguiese; pues segun las leyes de la naturaleza, de la justicia, y de la sangre, debieran estos en la colocacion de sus hijas indagar con gran cuidado, y escoger aquel partido, que pueda conducir à las pobres interesadas à un verdadero estado de felicidad, y no hacerlas desdichadas para siempre. Pero es tanta la pasion de las riquezas, y de la avaricia, que para satisfacerla se desprecian todas las leyes naturales, y civiles.

Aunque las últimas palabras de Madama Calabaza me pudieran haver hecho resentir, quise darme por desentendido, y echando à lo mejor el dis-

curso, respondí, que miraba como imposible, se hallàse persona, que entregàse su hija à un forastero, que por un raro accidente se hallaba en aquel País, de donde era regular marcharse, luego que tuviese ocasion oportuna. ¿Y si fuese à vos? replicó entonces Madama. Si hablàra eso conmigo, añadí, no se hallaría en mí la facilidad, que se piensa, para ligarme con un lazo tan desproporcionado, de que no podria seguirseme otra cosa, que dolorosas consequencias. Mientras duraba esta conversacion, estaba la hija mayor echandome unas ojeadas expresivas, que causaban en mi corazon un efecto totalmente contrario, à el que ella se imaginaba. Yo estaba confuso sin determinarme à creer, si aquellos discursos se havian introducido para incluirme en un empeño, que era peor que la muerte, ò à fin de burlarse de mí para ridiculizarme despues por toda la Ciudad; dos cosas, que no sabía qual tener por menos mala.

Viendo mi constancia, y que nada se adelantaba; la joven de las miradas, que se llamaba Ortiga, se levantó de su puesto, y se vino à sentar à mi lado. Empezó suspirando à hablar de la pasion del amor con términos enfáticos, en los que iba mezclando mil bellas, y graciosas consideraciones. Para que rebentase la mina, ò si era burla, para volverla contra quien la armaba, dixe asi: Juzgo, Señora, que os haceis vos misma un grande agravio, monstrandoos tan erudita en un arte, que à vuestro estado repugna saber; y vos parece, que en él pretendeis la gloria de maestra. ¿En dónde haveis aprendido à enmascarar una tan viciosa pasion, y adornarla con tantas gracias? En la Opera, respondió

dió ella francamente, he hallado todos èstos sentimientos. Yo que entonces no entendia la palabra *Opera*, equivocandola, proseguí con mas seriedad la reprehension, y quando me imaginaba haver mortificado mui bien à la Señorita, y me estaba yá vanagloriando de mi triunfo, me hallé burlado de todas, que empezaron à reir à carcajadas con mi sencilléz. Llegó à este tiempo el Señor Jazmin, contóle su esposa el suceso, y él sonriendose procuró descifrarme la equivocacion despues, porque yá era hora de sentarnos à la mesa.

Pusimonos à comer, y me tocó la suerte, ò, por mejor decir, la desgracia de sentarme junto à un joven muy mal criado, que era hijo del Señor Jazmin, tenia quanta altivéz era imaginable, à la que agregaba una ignorancia incapáz de correccion por estar unida à la alta idea, que de sí mismo tenia formada. Acababa de salir de un Colegio de nueva invencion, en que à fuerza de querer enseñarlo todo, se quedaban los discípulos sin saber una palabra. No podia hablarse en materia alguna, porque inmediatamente queria decidirla antes de saber el estado de la qüestion. Segun su dictamen todos sus Conciudadanos estaban enteramente ignorantes de todas las ciencias, y artes, de las que él solo era quien tenia claras, y distintas ideas: Habló sin venir al caso, de los movimientos de los planetas, del número de las estrellas, del fluxo del mar, del alma de los brutos, y se dexó por tocar la suya: Quando yo profería una palabra, me miraba con ojos de compasion, como que tenia lástima de mi ignorancia. Tuve que sufrir à este mentecato porque estaba en su casa, y porque sus padres le escuchaban

 con

con la boca abierta, y fuera de sí por el consuelo de tener un hijo, que à su parecer era un pozo inagotable de ciencia, un oráculo verdadero, y un portento de virtud.

Semejantes frutos sacan las ciegas preocupaciones, y una pésima educacion, segun cuyos principios, acompañados de la aprobacion, de quien debiera corregirles los defectos, quedan incurables los infelices, que reciben tales doctrinas. En efecto, este joven fue despues en las conversaciones comun pieza de entretenimiento, sin que por esto solicitase su enmienda, porque intitulaba envidia à la justicia que se hacía à su falta de mérito. Despues de adulto, siempre quedó un necio, imbuido en algunas impertinentes qüestiones fisicas, incapáz de toda ocupacion de gobierno.

Yo estaba mui resentido de la burla, que de mí havian hecho aquellas Monas, por lo que no me sosegué, hasta que me sacaron de mi error. La equivocacion de aquella voz me havia hecho formar un concepto injuriosisimo à la Señorita Ortiga, siendo lo que ella queria darme à entender, que en cierta representacion, que entre ellos se usaba, havia aprendido los sentimientos mas delicados de la pasion amorosa. Yo no tenia formada idea de estas representaciones, por lo que rogué al Señor Jazmin me instruyese en este punto. Queria satisfacer éste mi curiosidad, quando el atrevido mozuelo interrumpió à su padre, para resolver el asunto. Ante todas cosas me honró con el título de bárbaro, y despues añadió, que en estas representaciones se imitan las acciones de los Heróes. ¿Y qué tiene que ver el enamoramiento con el heróismo? repliqué

Yo;

Yo ; pero nunca lo huviera dicho : Se conoce mui bien , respondió , que pensais , como lo que sois; por lo qual , ¿ para qué me hé de cansar en explicaros , lo que no podeis entender ? Quedéme , pues, con el deseo de informarme de una cosa , que este Doctor à la moderna , ò no sabía , ò no se dignaba comunicarme. Volvieron à salir à luz las proposiciones , que me hicieron en el gabinete , Yo continué defendiendome , y el Señor Jazmin me hizo la guerra à lo político ; su hijo calló un rato , y poco tiempo despues montó en cólera , gritóle el padre , reprehendióle la hermana , él se levantó , amenazandome con el ceño , y partió. Asi se finalizó aquel deliciosisimo convite.

CAPITULO III.

Prosigue la materia del capitulo antecedente.

RETiraronse las Damas à su quarto , y Yo quedé solo con el Señor Jazmin , que me fue enseñando el Palacio , y demonstrando una infinidad de raras , y preciosas labores , que nuevamente havia ido añadiendo à la magnificencia de la fábrica. Yo estaba admirado viendo tantas riquezas , mas no pudo mi curiosidad , dexar de preguntarle el precio de cierta colgadura , que adornaba el salón , en que entonces estabamos. Me haceis , dixo , una pregunta , que ni ahora , ni acaso jamás podré exactamente satisfacer. No obstante que la respuesta pudiese hacerme entrar en sospecha ; la supuse de buena fé , y que queria decir , que no havia hecho perfec-

fectamente la qüenta de su coste, y que por esto no podia responderme. Como no entendi à fondo sus palabras, volví à preguntarle, quanto le havian costado ciertas finisimas molduras mui bien doradas, que estaba mirando. ¿ No os hé dicho yá, replicó, que no puedo deciros su valor, porque no corre por mi qüenta? Con que segun eso, añadi Yo, otro lo dará por vos; sin duda será vuestra esposa, que tendrá el manejo de toda vuestra casa, y no la tomaréis qüentas en confianza de su integridad: perdonad mi atrevimiento, y considerad, que la curiosidad, madre del saber, es indispensable en un forastero, que se halla en un País tan distante del suyo.

Suspiró el Señor Jazmin, y dixo: ¡ Ay, amigo, aun no haveis penetrado la fuerza de mis razones! os hé dicho, que no corre por mi qüenta, y es verdad, porque no lo pago. Los Mercaderes, de quienes saco quanto se me antoja, escriben mi nombre, y el precio de los géneros, que me fian, en cierto libro, que ellos llaman de crédito, pero que con mas justa causa havian de llamar de cartas de pago, por lo que à mí, y à muchos toca: Los Artesanos concurren voluntariamente à darme gusto: Con esto entenderéis ahora todo el sentido, de lo que Yo os respondia. Acaso os parecerá imprudente mi confesion; pero el designio, que tengo formado con vuestra persona, me hace tener la confianza de comunicaros las noticias de las cosas, en que algun dia tendréis parte. Quedé suspenso con la delacion, y con su prevenido designio, de que yá tenia sospechas en virtud del coloquio, que tuve con las Señoras; pero quise valerme de esta ocasion para saber, con qué habilidad sacaba

de

de manos de los Mercaderes su hacienda, teniendo estos una moral certidumbre de no volverse à juntar con ella, y como conseguia, que le sirviesen los artifices sin esperanza de la paga de su trabajo.

El nacimiento, las conexiones, y las amistades, me respondió, que tengo en esta Corte son para mí inagotables minas: Todos los Artesanos, y Mercaderes me subministran con la mayor liberalidad su trabajo, y sus mercadurias, porque ganan por mi medio mucho mas, de lo que vale lo que me prestan, ò por mejor decir, lo que me regalan. Os explicaré todo el secreto: Si algun Pariente, ò Amigo mio emprende una obra, ò fábrica costosa, ò algunos gastos magníficos, al punto vienen à rogarme todos ellos que les proporcione aquellas ganancias; voi inmediatamente à encontrarme con la dicha persona, y con mil solicitaciones, con promesas de la conveniencia, que ha de experimentar, con alabanzas regularmente falsas de mis recomendados, la obligo en cierto modo à que se valga de aquellos, de quienes la informo: Estos, que conocen, que aquel es tiempo de aprovecharse, confiados en mi apoyo, añaden al valor principal una tercera parte mas por la parte mas corta; asi à costa de mis fatigas se hacen pago de una porcion de sus créditos. Si acaso alguno de los demás, que no son de los principales de la Ciudad, quiere hacer algunos grandes gastos, me baxo à irle à suplicar, que emplee à mis recomendados; y la vanidad de haverselo Yo pedido les hace, que al punto condesciendan: Si luego hai alguno de estos, que quiere moderar el

pre-

precio de las excesivas pretensiones de los artífices, entonces entro yo gritando, amenazando, y otras veces sirviendome de las persuasiones para desvanecer sus intentos; de este modo en los que no aprovecha la blandura, produce el temor seguro efecto: Asi me manejo por toda la Ciudad muchos tiempos hace. Decidme ahora, sino doi à estos en el espacio de un año la mitad mas, de lo que ellos me subministran de sus haciendas, ò trabajos.

Bien deciis, respondí Yo; pero no encuentro en esos procederes la debida justicia, ni la honradéz en esas acciones, que debe ser consequencia de un noble nacimiento. ¡ Ah! Enrique, exclamó el caballero; el ilustre nacimiento es la causal de estas acciones, porque de él se deriva la necesidad del luxo, y de la grandeza. Quería probarme, que era industria, y no injusticia su modo de obrar. Conocí, que no havia de adelantar con él cosa alguna, y asi no quise hacerme odioso, contradiciendole una proposicion, que él mismo no ignoraba, que era falsisima.

Dixele despues, que tenia que ir à mi alojamiento, y por tanto, que me diese su licencia: El monstró mucho sentimiento por haverse de apartar de mí; me abrazó, me besó, è hizo mil promesas de su estimacion, y cariño, asegurandome, que dentro de poco me daría de esto una segura prenda. Yo le huviera dispensado gustosisimamente tantas formalidades, pero mucho mas todos sus amores, y su prenda. Era forzoso despedirse de las Damas, lo que hice mui de mala gana. Madama Calabaza volvió à instarme, para que fuese mas

sen-

sensible à la pasion amorosa, determinandome à algun objeto; y aún prometió procurarme ella ocasion oportuna para este efecto: La Señorita me rogó, no dexáse de ir à la Opera, para que formáse mejor concepto de ella: Quedé escandalizado de ver à unas Monas tan libres; respondí como pude, y marché inmediatamente, fastidiado de todos los de aquel Palacio.

No puedo bien ponderar el aborrecimiento, que tomé à las máximas del Señor Jazmin, pero sobre todo, lo que mas detestaba era el designio de querer darme à una hija suya por esposa; de la misma manera, que merecería la risa, y desaprobacion universal un caballero Européo, que quisiese casar à su hija con un Monazo por ahorrarse la dote. Luego que llegué à casa, conté al Señor Haya, y à Roberto mi aventura, y se divirtieron à mi costa un rato. Despues el dicho Señor me dió varios consejos, acerca de que debia no trabar amistad con una persona, cuyas acciones, segun su misma confesion, distaban tanto de la rectitud, y de la decencia: Asi tambien lo comprehendia Yo: ¿Pero cómo podria separarme de la amistad de un sugeto importuno, ni por qué medios sin conciliarme su odio, y sin acarrearme un peligroso enemigo? Roberto formó mil proyectos, pero en todos havia sus dificultades: El Señor Haya era de parecer, de que le dixese abiertamente, que no quería su comunicacion; añadiendo, que la proteccion del Príncipe era bastante para hacer contener à este espíritu, que me perseguía para turbar mi reposo; pero nosotros, que queríamos adquirirnos la estimacion, y afecto comun, encontrabamos en esta claridad mu-

chas razones para no adherir à tal pensamiento. Nada se resolvió por entonces; y por divertir mi imaginacion agitada, me propusieron mis amigos, que fuesemos à pasearnos; acepté gustosamente la oferta, y nos fuimos à la muralla de la Ciudad, en donde la hermosura del sitio, el concurso de las personas, y la variedad de objetos, que encontrabamos, fueron gustoso motivo de esparcir mis ideas. Despues de havernos entretenido un largo rato en aquel sitio, volvímos à casa, en donde encontré la única, y segura receta contra aquel mal, que iba tomando cuerpo con notable peligro de mi sosiego.

CAPITULO IV.

De los villetes, que enviaron à Enrique los hijos del Señor Jazmin, y sus respuestas.

AL entrar en el Palacio se presentó un criado del Señor Haya, y le dixo como havian venido dos lacayos de casa del Señor Jazmin, que querian hablarme à solas; que el uno decía, que venía de parte de su hijo con todo secreto, y con los mismos mysterios el otro de parte de la hija; y por tanto, para que no se encontrasen, y asi se descubriesen los intentos de sus respectivos dueños, los tenia separados en dos distintos quartos. Alabó el Señor Haya la cautela de aquel criado, y le mandó, que hiciese entrar à uno de los dos lacayos, éste se presentó mui mysterioso, y hablandome à parte, me en-

entregó un papel del hijo del Señor Jazmin, rogandome, que no le abriese, sino à puerta cerrada; despidióse, y apresuradamente se alejó del Palacio. El segundo lacayo me dixo tambien en secreto, todo temblando, que tenia que cumplir un delicadisimo precepto; este era la entrega de un villete, que puso en mis manos, informandome, ser de su Señorita Ortiga, me suplicó, que guardáse silencio, y me pidió la maula, prometiendo servirme fielmente; Yo no podia negarsela sin nota: besóme la mano, y me advirtió ultimamente, que con zozobra esperaba su Ama la respuesta, y asi que no la retardáse este consuelo.

Luego que éste se despidió, quedé confuso con semejante aventura; impaciente estaba por abrir los papeles; pero huve de tener, que resistir la curiosidad, esperando, para dar gusto à Roberto, el que el Señor Haya volviese, porque se havia separado de nosotros con motivo de cierta disposicion doméstica: No tuvimos, que sufrir la dilacion por mucho tiempo, porque vino prontamente. Sabidas las comisiones de los lacayos, tuvieron por conveniente, que nos retirasemos à una pieza interior para leér con mas libertad los villetes, y consultar sobre su contenido. Asi se hizo, cerramos la puerta, y se abrió primero el de el hermano, que estaba concebido en estos términos:

» Temerario Animal:

» Tu vana presuncion de obscurecer la altisi-
» ma nobleza de mi sangre, aspirando à los glo-
» riosisimos desposorios con mi hermana, se funda

„ en tu ignorancia, y en el vilisimo ajamiento pro-
„ prio de mi padre. Mientras tenga valor, y vida,
„ no solamente tú, que eres una disforme bestia, no
„ obtendrás este honor; pero ni otro alguno, que
„ baxe un solo grado de mi excelso nacimiento. An-
„ tes pasaré el corazon à mi hermana, verteré la
„ sangre de mi padre, y oprimiré à toda mi fami-
„ lia, que consentir igual indignidad. Por lo que
„ hace à tí, tén entendido, que si en quanto te que-
„ da de vida, te pasa por el pensamiento poner los
„ pies en mi casa, tén entendido, te repito, que no
„ siendo correspondiente à mi honor manchar mi
„ azero en tus asquerosisimas venas, à garrotazos
„ sacaré de tu cuerpo un alma tan malvada. Piensa
„ bien en tu peligro, y acuerdate de que me declaro

Resueltisimo vengador de mis agravios,

Pepino.

La lectura de este papel hizo montar en cólera al Señor Haya, pero nosotros le hicimos reflexionar, que la necedad de este mozuelo no era digna de su enfado, y asi aquietamos su desazon. Abrimos despues el villete de la hermana, que se explicaba del tenor siguiente:

„ Corazon, y alma mia:

„ Un fuego devorador se me ha introducido
„ hasta los huesos. ¡ Ay de mi ! ¡ Ay de mi ! Yo des-
„ fallezco; yo me muero; yo exhalo el alma que
„ vuela en busca de su ídolo para aliviar sus crue-

„ li-

„ lisimas angustias, como al rededor de la luz dá
„ tornos la mariposilla: Yá me determino à buscaros,
„ esperando de vos el refrigerio de mis tormentos; à
„ no ser que usais una crueldad semejante à la de la
„ llama, convidando con tu belleza à mi corazon pa-
„ ra abrasarle despues las alas, convertirle en ceni-
„ zas, y destruirle. ¿ Pero qué otro consuelo pue-
„ de haver jamás, que conforte mis amorosas pro-
„ fundisimas llagas, sino el de nuestro hymeneo?
„ ¡ Ay objeto amado! Resolveos pronto; no me
„ dexéis penar por mas largo tiempo. Desde el pun-
„ to, que estas desgraciadas niñas de mis ojos vie-
„ ron la graciosa serenidad de aquellas estrellas, que
„ brillan en el cielo de vuestro rostro; y desde
„ aquel instante, que salieron de vuestros labios de
„ coral aquellas melosas palabritas, que me traspa-
„ saron el pecho, ni sé esperar, ni amar otra cosa,
„ que à vos solo. Hé quedado como aquella flor,
„ que siempre vá siguiendo de cara al mayor de los
„ planetas, y asi mis pensamientos no tienen sino
„ un solo objeto, y este no es otro que vos mis-
„ mo. Si obtengo el suspirado contento de veros
„ mio, de estrecharme con vos, y de abrazaros,
„ andaré adivinando vuestros preceptos, como la
„ Aurora precede al Sol; seguiré vuestros pasos,
„ como la tortolilla los de su consorte; no me se-
„ pararé de vos, como la golondrina de los al re-
„ dedores de su nido. Vos seréis solo el navichuelo,
„ que navegue en el rio de mi belleza; y Yo, seme-
„ jante à la paloma, siempre estaré afectuosa, y
„ agradecida à vuestros cariños. Haced, pues, la
„ demanda à mi padre, que os aseguro, que la acep-
„ tará con gusto; y mientras llega este caso, reci
„ bid

„ bid mi corazon en prendas dé tanto afecto. ¡ Ah
„ simple ! ¿ qué delirio es este ? No , bien mio , no
„ puedo daros por prenda lo que yá es vuestro. No
„ seais ingrato à mis ternuras ; de vos depende mi
„ destino ; y vuestra respuesta será la decision de
„ mi vida , ó de mi muerte. A Dios, mi tesoro , mis
„ entrañas , y mi todo. A Dios.

Vuestra desentrañadisima amante

Ortiga.

Si nos dió motivo al desprecio la carta del Señor Pepino, ésta por el contrario nos movió à risa : La leíamos una, y otra vez , y no sabíamos como poder darla el realce , que requerian las ridículas extravagancias , que se contenian en ella. Finalizando el gustoso examen de sus expresiones pasamos à consultar lo substancial del hecho , y convenimos en que la malicia , y no la necedad , era quien la havia notado. Pretender esponsales de una persona de diversa especie, protestar un excesivo amor, à quien una vez sola se havia visto , y asegurar el consentimiento del padre , eran todos puntos , que daban à conocer , ser esta una refinada pieza de la fecunda mente del Señor Jazmin. Concluyó el Señor Haya, creyendo , que el padre, y la hija havian caminado de acuerdo para procurar engañarme , y que el hijo , no consintiendo por su natural sobervia à los imaginarios adelantamientos de la familia havia ideado aquellas amenazas , y desprecios para ponerme miedo , y alejarme de aceptar el partido , que me proponian. Todo esto era un asunto, que habla-
ba

ba conmigo ; pero el Señor Haya , que tomaba à su qüenta qualquiera ofensa , que nos hacian , ò decian , entró tambien en consulta para la respuesta de estos papeles ; y por ultimo se resolvió que la del Señor Pepino fuese de esta manera :

» Ignorante Animal :

» Aquel horror , que tú concibes por una alianza , que te parece tan deshonrosa , es el mismo, que Yo tengo , considerando mi matrimonio con tu hermana , como una obra contra la naturaleza. No me deslumbran las grandezas , que vocéas de tu familia , que , quando fuesen verdaderas , todas quedarian obscurecidas con tus vilisimas acciones. No tengo ánimo de poner los pies en tu casa , porque hé descubierto en todos los tuyos unas malicias indignas de toda esa nobleza , que exageras ; no porque me dé miedo ese garrote, del que me rio : Mi poder hace , que me burle de tu temeridad ; con solo querer pudiera arruinarte para siempre ; tengo piedad de tu locura , que es la que te dexa esento del resentimiento de un hombre , que no puedes tú conocer quanto vale. Marcha al Hospital , à que te administren el vedegambre , que es de lo que tienes necesidad. Curate , y vive.

El Animal , que de tí se burla,

Enrique.

Fue menester dexar , que pasáse algun rato para po-

ponernos à escribir la respuesta à Ortiga, por motivo de la risa, à que su ridiculéz nos incitaba; no obstante convenia responderla para poner en práctica el proyecto, que haviamos formado; dió cada uno su parecer, y la escribí lo siguiente:

» Nobilisima Señora:

» Si vuestra nobleza quiere desterrar de sí las
» adulaciones, y las intenciones interesadas, no
» llegará el caso de ponerse con mi repulsa en pe-
» ligro de muerte; solo sí, no os quedará la espe-
» ranza de uniros à una criatura, que abominais
» sin duda en vuestro corazon, y que por condes-
» cender à las instrucciones de vuestro padre, y à
» la ridícula vanidad de hacer figura en el teatro del
» Mundo, llamais vuestra alma, corazon, ídolo, fue-
» go, luz, Sol, tórtola, nido, rio, paloma, tesoro,
» entrañas, y todo. Hablémos claros: Yo no hé de
» sér cuerpo de vuestra alma, ni seno de vuestro
» corazon. Os aborrezco, y me enfadaríais, aun
» quando fueseis una hembra de mi especie. Por lo
» que podeis dedicaros à quien quisiereis, siendo
» enhorabuena para el que os agrade, mariposa,
» girasol, Aurora, tórtola, golondrina, navichue-
» lo, paloma, y quanto os parezca. Tratadme de
» bárbaro, y de tyrano, que nada importa, pues
» me persuado, que en vuestro interior no dexa-
» réis de hacerme la justicia de creer, que soi

Vuestro sincerisimo servidor,

Enrique.

Cer-

Cerradas las dichas cartas, se llamó à un lacayo, para que al dia siguiente las llevase al Palacio del Señor Jazmin, pero encargandole, que estuviese en la calle esperando la ocasion de entrar al tiempo mismo, que saliese de casa el padre, y que, encontrandose con él, y siendo preguntado, respondiese, que llevaba dos papeles de suma importancia para entregarlos à sus dos hijos el Señor Pepino, y la Señora Ortiga. Para que la funcion fuese mas completa, à la carta del hermano se puso el sobrescrito para la hermana, y à la de ésta para el otro. Asi se tomaba entera venganza, y se llegaba à descubrir en toda la familia la temeridad de los jóvenes, y el enredo, que havian tramado los padres para echar fuera la carga de su hija mayor, por un medio, que aun Yo mismo desaprobaba.

CAPITULO V.

De las nuevas honras, que merecieron al Príncipe, y fin de la aventura de la Casa del Señor Jazmin.

ERa mui justo, que despues de haver recibido tantos honores, y beneficencias del Príncipe, monstrasemos, en lo que pudiesemos, nuestro reconocimiento, ofreciendole parte de las alhajas, que haviamos salvado del naufragio: Asi lo haviamos pensado aún antes de haverle visto, y quando todavia no estabamos con tanta liberalidad proveídos de crecidas pensiones, para vivir con lucimiento; pero retardamos la execucion de nuestro

intento con el motivo de estar Roberto componiendo un relox de faltriquera, que se havia descompuesto en la navegacion, y mudando las cifras Romanas en caractéres acomodados à la inteligencia, y uso de aquellos Pueblos. La habilidad, que él tenia, y su exercicio en la mecánica, à que havia sido aplicado, le hicieron salir maravillosamente con su obra.

Lo que haviamos destinado para el Príncipe era este relox, que seguramente le admiraría, algunos espejos, ciertos vasos de finisimo crystal de Inglaterra, un anteojo pequeño, dos tazones de porcelana pintados de mui bello gusto, muchas flores de mano, y finalmente unas estampas, en que estaban delineadas algunas grandezas de Europa. Todas estas cosas, y otras semejantes haviamos ido transportando desde lo que quedó de la nave, que se encalló en la arena, y adonde con el pequeño esquife, que nos conduxo à tierra, nos era facil abordar quando queríamos, en el tiempo, que estuvimos viviendo en la gruta, que encontramos en la playa del mar.

Todas estas alhajas, preciosas por ser nuevas en aquel País, se distribuyeron comodamente en unos azafates, cubiertos con unos tafetanes de colór de fuego; llevaronlos, poco antes que nosotros saliesemos, quatro criados del Señor Haya; repetimos la leccion, de lo que debia hacer, al que tenia que llevar los villetes, para que no faltáse en cosa alguna de lo que le ordenámos: Para que el Señor Jazmin entráse en mas curiosidad, y examináse al criado, se deliberó, que llevase el recado, el que regularmente salia conmigo, y que el dia antes havia

vis-

visto à las puertas de su Palacio. Prometió el lacayo executar su comision al pie de la letra, y el Señor Haya le mandó, que le llevase à la Corte el aviso de lo que huviese executado.

Encaminámonos, pues, à Palacio, en el que tuvimos franca la entrada, y mui buen recibimiento de los Cortesanos. Estos propusieron mientras estabamos en la antecámara varias qüestiones acerca de los artes, y ciencias de Europa, à las que Yo, acordandome del cuento de los Cojos, respondí con sinceridad, pero sin ponderar demasiado à nuestros literatos.

Estando en estas palabras, salió el Ministro, dandonos à entender, que su Príncipe havia recibido con gusto nuestro regalo, y que le havia alabado. Vosotros, nos dixo este caballero, sois dos personas mui políticas, y que sabeis distinguir el mérito de las cosas, para hacer de ellas el uso, que merecen. Mucho nos honrais, respondió Roberto, pero al mismo tiempo nos instruiis en nuestras obligaciones: Despues sacó de la faltriquera una caxa, que tenia pintada en la tapa una ninfa perseguida de un sátyro; luego se abria un secreto, y se encontraba un espejo guarnecido el cerco de diamantes. Esta caxa, añadió, hace à mi parecer, que se tenga por digno de alabanza à su artífice por lo bien trabajada, por la delicadeza, y gracia de la pintura, y ultimamente por el espejo, siendo mueble, que no se halla en estas tierras: Yo, que creo, que conozco el mérito de la alhaja, debo ponerla en manos de quien sea mas digno de poseerla, que Yo; por tanto os suplíco, tengais à bien admitir mi oferta, como debida à quien sois, y como un cor-

to tributo de mi rendimiento. Sumamente estimó el Ministro aquella fineza por el modo de presentarsela : Volvió à prometernos su favor en todo lance, y lo experimentamos despues muchas veces à manos llenas.

De allí à poco tiempo fuimos introducidos à la Audiencia del Príncipe, que con una notabilisima benignidad nos dió gracias por nuestra expresion. Despues en consideracion del alto concepto, que havia formado de nosotros, y en testimonio de la estimacion, con que nos quería honrar noseligió en qualidad de sus Consejeros privados. Sorprehendiónos el nuevo favor del Príncipe, y humildisimamente significamos nuestro reconocimiento. Asegurónos de nuevo su proteccion, y nos despidió, añadiendo, que quería en otra ocasion vér en el campo el efecto de nuestros rayos, de los que havia oído maravillas. Roberto respondió, que una mera insinuacion de su gusto sería mui bastante para solicitarnos nosotros la gloria de obedecerle.

Mientras estabamos en la Audiencia, avisaron al Señor Haya, que se havia quedado en la antecámara, que quería hablarle un lacayo suyo. Luego que salimos de estar con el Príncipe, nos rodearon los Cortesanos, que inteligenciados de nuestro nuevo empleo, nos dieron la enhorabuena del alto grado, à que haviamos sido elevados. Como no viamos al Señor Haya, preguntámos por él, y sabiendo el motivo de su partida, estabamos impacientes hasta su vuelta. En este intermedio nos avisó el Ministro, que de allí à pocos dias se havia de informar en una causa ruidosa, à que era fuerza, que como Consejeros asistiesemos para votarla. Dióme

me alguna vanagloria esta noticia, y ademàs de eso me agradó por el deseo, que tenia de oir à los Abogados Monos.

Volvió el Señor Haya, quien con cierta seña me hizo comprehender, que mi asunto se havia efectuado felizmente. Sin dilacion huviera Yo querido ir à saberlo todo, pero la buena crianza no lo permitía. Detuvimonos, pues, un buen rato, que empleamos en responder à la curiosidad de los Cortesanos, acerca de ciertos puntos, en que deseaban con eficacia estár informados. El Señor Haya, quando le pareció tiempo oportuno, se despidió, y nosotros le seguimos.

Apenas llegámos à los patios de Palacio, nos empezó à dar qüenta de lo excelentemente, que havia cumplido con su comision el criado. Este, nos dixo, se entró en una tienda, desde donde alcanzaba à vér quien entraba, y salía en el Palacio del Señor Jazmin: Quando por el movimiento de todos los criados conoció, que iba à salir el amo, se encaminó à la puerta, en donde con efecto se encontró con él, y le hizo una cortesía mui rendida. El le conoció, y preguntóle, cómo estaba su amo; à que respondió, que con perfecta salud, y que el trahía el encargo de entregar dos cartas de suma importancia, una à su hijo, y otra à una (que no sabía qual) de sus hijas: Entonces se las pidió el viejo para demonstrarle él mismo à quien se dirigían; el criado fingió cautelosamente alguna dificultad en obedecerle, alegando, que él no trahía tal orden. Entró en mayor deseo con aquella repulsa el Señor Jazmin, y asi buscó nuevas razones para persuadir al criado, à lo que él estaba arden-

ti-

tisimamente deseando executar: Dióselas finalmente, y se retiró para que no le fuese haciendo mas preguntas, à las que no podía dar conveniente, y congrua satisfaccion, por no estar instruído del asunto.

Yo, añadió el Señor Haya, le hé examinado sobre si tiene amistad con algun criado de aquella casa, y me há respondido, que sí; por lo que le hé mandado, que indague el éxito de áquel asunto, y si se ha movido desazon, ò riña acerca de él. Me dió palabra de hacerlo con toda maña, y puntualidad, y asi estoi esperando impaciente las noticias. Acabada la relacion de este suceso, discurríamos, que era mejor retirarnos à casa para evitar todo encuentro, que pudiese desconcertar nuestras medidas.

En efecto, asi que llegamos, vimos al lacayo, y nos refirió las siguientes noticias. Luego que tomó el Señor Jazmin las cartas, en lugar de proseguir su camino, se entró mas adentro, y las abrió; mudó el color del semblante, luego que leyó la primera, la que examinaba por todos lados, volviendo à ver yá su contenido, yá la cubierta: Abrió la segunda, y despues de haverla pasado por la vista, se encendió en cólera; subió la escalera, y llamó à su hijo, à quien preguntó, si havia escrito un papel al Señor Enrique, en qué términos, y por qué causa. El hijo no se acobardó, ò por mejor decir, insistió en su temeridad, y confesando la poca urbanidad, que havia usado con Enrique, dixo mil injurias à su padre: Este riñó agriamente à su hijo, y le amenazó, que le desheredaría. ¿ Y de qué, respondió él, me privaréis, de lo que no teneis, ò de lo que haveis malgastado en vuestros vicios? El

Se-

Señor Jazmin alzó el baston para castigarle, y al ruido acudieron su esposa, y sus hijas, que quisieron saber la causa de aquel enfado. Leyeronse los dos papeles, que havian causado la discordia, y al punto se tiraron todas al joven, le maltrataron, y el padre finalmente le echó de su casa. Esto es, concluyó el criado, quanto he podido indagar. Aplaudímosle todas las diligencia practicadas en lo que se havia puesto à su cargo, y se le dió el premio, que merecía el zelo, con que nos havia servido.

Brevemente referiré ahora todos los pasages, que siguieron à esta aventura; porque en lo sucesivo no tengo motivo de volver à hablar de estos personages. El Señor Pepino, arrojado de la casa de sus padres dió un memorial al gobierno, quexandose; para decretarle era forzoso, que se examinase el asunto; Yo fui citado para hacer mi declaracion, y dixe la verdad, como arriba dexo expuesta. Mandaronme presentar los papeles, à lo que obedecí prontamente: Hicieron despues comparecer al Señor Jazmin, para que diese sus razones: Todas se dieron por buenas, y el Señor Pepino fue condenado à estár arrestado en un Castillo por espacio de seis meses; justo castigo, que confirmaba el poder paternal contra la arrogancia de un hijo, que con este golpe quería despojar à su padre de aquel dominio, que le conceden la naturaleza, y las leyes.

La locura de este joven hizo público un manejo, que les huviera sido mas conveniente huviese quedado sepultado en las tinieblas. El pobre Jazmin, despues de haver comparecido en juicio contra un hijo malvado, se miró expuesto à la comun nota

por

por haver intentado sacrificar à una nobilisima donzella, casandola con un forastero, que por mas noble, y resperable, que se creyese, con todo se sabía, que no era un gran Mono.

Todos sus amigos le desampararon, como sucede en las desgracias; y sus acrehedores empezáron à perseguirle, previendo, que en lo sucesivo no podia yá serles provechoso en sus designios. Vino à hacerse la fábula de todos, falto de aquellos medios, que hacen cómoda la vida; entonces volvió sobre sí, advirtió la infelicisima situacion de su familia, lloró los yerros de su juventud, y pensó seriamente en el remedio. Resolvió, pues, retirarse à una tierra, de la qual tenia el Señorío; que estaba bien distante, y oculta de la Corte. Vendió todos los muebles de su Palacio, que importaron una suma considerable, con la que pagó parte de sus deudas; y prontamente partió con toda su familia adonde havia determinado. En este lugar se aplicó al estudio de una verdadera economía, cultivó mui bien sus campos, y en pocos años se halló en estado de satisfacer à todos sus acrehedores, de colocar honradamente à sus hijas, y de volver à la Ciudad con un capital de hacienda, y sagacidad, que dió motivo à que todos le mirasen con ojos de estimacion, y respeto.

Muchas veces se tienen por desgracias en esta vida ciertos sucesos, que, quando creemos que à todo alivio nos cierran la puerta, suelen ser origen de una no aparente fortuna. Asi nosotros con una justa, y jocosa venganza nos librámos de mil peligros, y fuimos la raiz principal de un bien tan grande. ¡Oh! felices aquellos, que saben de tal modo

ven-

vengarse, y mas felices, los que logran efectos tan afortunados de una desgracia, que creen irreparable.

CAPITULO VI.

De lo que observó Enrique en la Opera.

NO podia desechar de mi corazon la burla, que me hicieron, quando me equivoqué acerca de la Opera; aun no havia podido penetrar la causa de la equivocacion, y contandole este suceso à Roberto, le rogué, me diese alguna luz, si acaso él comprehendia lo que era: El me respondió de este modo: Usanse entre nosotros ciertos espectáculos, en los que se representa alguna ruidosa accion, que ha sucedido en tiempos antiguos; en un gran salón hai un tablado algo elevado, en donde los hombres, y las mugeres, vestidos al uso de los personages, que imitan, fingen ser aquellos mismos; por lo que hablan entre ellos, como de un suceso, que tienen presente. Para imprimir mas à los espectadores la semejanza de la accion, se pintan los lados, y el frontis del parage, en que esto se representa, de modo, que el todo corresponda à aquellos lugares, en donde sucedió, ò podia suceder aquel lance. La energía, con que los actores, y actrices significan sus pasiones, la novedad, lo suntoso de los vestidos, la vista de los lugares imitados, en cierto modo sacan fuera de sí à los oyentes, que se interesan en aquellas apariencias como si estuviesen existentes realmente aquellas acciones. Estas representaciones en nuestro idioma se llaman Opera; lo mismo se llaman entre las Monas, solo que la diversi-

dad de las lenguas hace, que en la suya se equivoque este nombre, teniendo el mismo sonido, que *obra*, de donde nació vuestra mala inteligencia. Están al rededor los espectadores en una especie de galerías, las quales con el salón, y el tablado hacen el conjunto, que se llama teatro.

Aunque el informe de Roberto me satisfizo la curiosidad por lo que hace à la burla pasada; me quedó un vivisimo deseo de presenciar uno de estos espectáculos. En mi tierra havia oído muchas veces los nombres de Tragedia, y de Comedia; pero hasta entonces havia estado creyendo, que aquellas voces no tenian otra significacion, que llanto, y risa; tomaba Yo el efecto por las causas: Despues con el tiempo quedé desengañado, y aún conocí, que suelen causar efectos contrarios; pues son pocas las Tragedias, que no conmuevan la risa, y las Comedias el disgusto, ò à lo menos el fastidio.

Un dia que me hallaba con unos Amigos, dí à entender el deseo, que tenia de estár presente à una de estas representaciones; à lo que me respondieron, que dentro de poco se me cumpliría el gusto, por estarse esperando por momentos una célebre Compañía de Operistas. En efecto no tardáron mucho en llegar, è inmediatamente determináron el dia de empezar su trabajo. Todos los nobles de la Ciudad parecía, que se havian vuelto locos de contento; no se hablaba de otra cosa, que de las Operas, y aun no se havian empezado; alababan mucho à los actores, y aun no los havian oido: Quién prevenia el aposento; quién solicitaba servir à una Dama rica, para ir con ella al teatro, sin tener, que gastar: Todos finalmente estaban en una inquietud indecible.

Lle-

Llegó el suspirado dia, y yá creía Yo firmemente ir à presenciar aquella fiesta. Cerca de la noche me avisaron, que convenía, que me proveyese de una mascarilla, porque no permitía la costumbre del País, que Yo me dexáse ver con mi cara descubierta. Por no separarme, pues, del uso, rogué à uno de mis amigos, que se tomáse la incomodidad de buscarme alguna; aceptó gustoso el encargo, y fue à executarle: volvió à cierto rato con una mascarilla de figura tan extraordinaria, qué no puedo bien explicarla; pero quando quise acomodarmela al rostro, no fue capáz poderlo hacer: Entonces caímos en nuestro yerro, de que no podia haver mascarilla, que viniese al rostro de un hombre, por estar todas hechas à la medida del de los Monos. Reímonos con el desengaño, y yá no fue posible satisfacer en aquella noche mi curiosidad, porque rehusé constantemente ir de otra forma al teatro, que de aquella, en que era costumbre asistir.

Para remediar la incongruencia, llamamos al día siguiente à un artífice de tales muebles, para que hiciese unas acomodadas a Roberto, y à mí. Ponderó éste la dificultad; fue necesario rogarselo, y pagarle lo que quiso, para que consintiese; tomónos la medida, y prometió traher cumplida su obra al fin de dos dias. Entretanto quise indagar, qué cosa havia parecido la primera Opera. Fuí à la plaza, en donde encontré un corro de caballeros, me introduxe, y luego hice mi pregunta. Ninguno se atrevía à proferir la sentencia; finalmente el mas osado decidió, que la Opera era excelente; inmediatamente condescendieron todos à la proposicion. Volví à instar

con deseo de saber qué accion era la que se representaba, y en qué consistía su valor. ¡ Con buena pregunta iba Yo ! Ninguno sabía responderla. Vease aqui de qué modo suelen producir estos sus juicios; el primero, que habla, aunque no lleve razon, ni tenga conocimiento de causa, ese es el que atrahe los votos de los demás.

Partí de la plaza; entré en una tienda de aquellas, en donde se vende el licor negro, de que hablé en el primer libro, y tomé una taza, para hacer lo que todos. Estaban tambien aquí hablando de la Opera, con la distincion, de decir, que no valía cosa, porque asi lo havia decidido un viejo hypocondriaco, que no la havia visto: Pregunté el motivo, por qué no havia parecido bien; se empezaron à mirar unos à otros, y ninguno supo decirlo. Finalmente un mozuelo respondió, que no havia duda en ello, sin que se debiese buscar la razon, estando de por medio la autoridad de un sugeto tan grande. Yo callé; pero hice interiormunte mil juicios acerca de la voz comun: Esta, pues, segun la experiencia referida, nace en el País de los Monos de algun raro accidente; asi la temeridad de uno que habla primero acerca de aquello, que no entiede; ò la hypocondría de un viejo, que está yá falto de los sentidos, y ha perdído el gusto de todo aquello, que mas vivamente se solicíta, por lo general son las fuentes del crédito de las cosas, y de la fama, que de alli se deriva. Fatiguense, pues, ahora los Monos, sobre dexar un gran nombre à la posteridad.

Esta variedad de pareceres movió mucho mas mi curiosidad. El artífice nos traxo puntualmente las

las mascarillas, como nos lo havia prometido : Cubrimonos con ellas los rostros, y aunque nos pareció incomoda, y estraña al principio aquella especie de disfráz ; despues nos la hizo tolerar la costumbre, y fuímos poco à poco gustando de ella. Con tales arneses me conduxeron al teatro. Creerá ahora mi lector, que voi à hacer descripcion de todo, lo que observé la tal noche ; pues no lo espere, porque Yo no ví otra cosa, que confusion, y desorden. Un agudisimo, y continuado estrépito, que resultaba del sonido de varios instrumentos, no dexaba entender las voces de los actores, que siempre cantaban ; lo mismo quando lloraban, que quando se consolaban ; igualmente aprisionados, que quando estaban sobre el trono. Noté, que todos, tanto machos, como hembras, tenian una voz sumamente delgada. Observé, que volaban las fábricas, que andaban los árboles, que resplandecía el terreno, que pisaban ; que unos mismos personages se hallaba de un momento à otro yá en la Ciudad, yá en el campo, yá en otros lugares distantisimos, sin que se descubriese, cómo se formaba aquel encanto. Los trages eran mui extraordinarios ; de tal modo, que no huviera podido Pintor alguno de la mas desbaratada fantasía imaginar dibuxos semejantes ; estaban guarnecidos por todos lados de piedras brillantes, de conformidad, que si fuesen finas, todo el valor de un Reino se quedára corto por precio de uno de aquellos vestidos. Todas las cosas en lo verosimil, y creíble guardaban unas mismas reglas. Entre canto, y canto se interpolaban ciertas danzas con unas gesticulaciones bastante expresivas, pues siempre fue, à la verdad, mas facil significar un acto

las-

lascivo, que un sentimiento de honor.

Para colmo de la extravagancia observé un murmullo que no cesaba, mientras duraba la representacion del hecho, que figuraban; pero un profundo silencio, quando era necesaria la atencion de los ojos, y no la de los oídos para la diversion del baile. Hice finalmente reflexion, de que todas las Damas, durante aquel espectáculo, tenian vuelta la espalda à los actores, y à los circunstantes la cara; presuntuosa demonstracion, de que hacian desprecio de aquello, à que con tanto anhelo deseaban asistir.

La diversidad, y confusion de objetos, y asuntos no desmerecía, el que hiciese, à los que estaban mas próximos, algunas preguntas, para que me satisfaciesen mis dudas. El Señor Narciso estaba conmigo; volvíme à él, y le pregunté con bastante naturalidad, si sus Heróes antiguamente cantaban siempre para hablar, y si todos tenian las voces de tiple. Un cierto Mono enmascarado, que estaba junto à mí, me respondió con una voz mui delicada: Vaya el villano al monte, y no se nos venga al teatro; los que son como él, no pueden formar sus juicios, sino segun su naturaleza. Este inesperado ultrage me alteró en sumo grado; por lo que le dixe: ¿ Quién sois vos, Monazo desvergonzado, que teneis atrevimiento de hablar de tal manera conmigo? Soi, replicó él, uno, que puede echarte del teatro, porque soi el Impresario, y no tengo necesidad de que un bruto venga à desacreditar mi Opera, como tú lo estás haciendo. Seais, añadí Yo, el que fuereis, he de estarme aquí, aunque no querais, y he de hablar quanto me parezca; que Yo pago mi dinero, para dar mi voto, como qualquiera;

en

en aquel espectáculo, que se expone à la pública censura. Iba à pasar adelante, pero los que estaban inmediatos nos separáron.

Quise tomar satisfaccion de aquella afrenta, y asi, luego que se acabó la Opera, conté el suceso al Señor Haya; él se inclinaba à componerlo todo amigablemente, pero Yo no me contenté con eso; por lo qual, queriendo darme gusto, y mucho mas, no siendo el Impresario sugeto de suposicion, me acompañó à otro dia à casa del Ministro, que obligó al referido, à que me diese satisfaccion, yendo à mi casa à pedirme, que tuviese compasion de él, y perdonáse su yerro.

CAPITULO VII.

De la visita del Impresario; y del asunto del Pleito, que havia de votarse.

NO faltó el Impresario al cumplimiento del orden, que se le dió. No diré, quan estenuado, y pálido estaba, con los ojos desencajados, y hecho una verdadera imagen de la desesperacion, por no ser estas suficientes señas para pintar su figura; y asi, como imposible, dexo de delinear un Monazo tan disforme. Vino absolutamente mudado de como le experimenté en el teatro; con la mas rendida humildad me hizo un cumplimiento tan grosero, que me demonstró su poca crianza.

Quando se mira humillado al enemigo, no se debe pedir otra cosa; por tanto Yo quedé contento, ademas de haverme movido à compasion su horrible

ble figura, de la que infería un interior bastante lastimoso: En virtud de esto, y no sabiendo qué hablar con él, entablé la conversacion de las cosas de su exercicio, y le pregunté, qué esperanzas tenía acerca del éxito de sus intereses. Señor, respondió, Yo tengo, que pelear con una casta de gentes la mas indomable del mundo. Es menor trabajo llegar à domesticar leones, que empeñarse en sujetar à la razon à un Músico, ò à la debida obediencia à una Cantarina; lo mismo digo de los Bailarines, de la Orchestra, y de toda la canalla, con quien gasto un tesoro, para que hagan conmigo mil iniquidades. Si uno es liberal en regalarlos, y atento para el manejo, le tienen por un hombre tonto, y creen yá serles lícitas todas sus impertinencias: Si uno se demuestra severo, y lleva con rigor todo lo que le pertenece, son como los asnos, que están mas lerdos, mientras mas los castigan. Yá finge uno, de los que han de cantar, que está resfriado; el Bailarín, que se ha hecho una contusion en una pierna, el que ha de tocar, y otros asalariados por el infelíz Impresario inventan diversos inconvenientes para vengarse; todos quieren, que la paga sea puntual, y ellos finalmente causan la ruina al mismo, que los alimenta.

Si ello es asi, como lo pintais, le respondí, sois digno, de que se os tenga lástima; pero permitidme, que os diga, que al mismo tiempo se os debe culpar. ¿Conociendo el carácter de esos, de quienes depende vuestro vivir, por qué no aprendeis otro oficio? ¿ò por qué no teneis mejor trato, con los que freqüentan vuestro teatro? Yá os entiendo, dixo, interrumpiendome, y perdonad, que os respon-

ponda, que juzgais sin conocimiento de causa. En quanto al segundo punto, sabréis, que si el Impresario se dexa perder el respeto, de los que asisten al teatro, se puede contar por arruinado sin remedio; pudiera poneros delante mil exemplos de esto, que no havrán llegado à vuestra noticia, porque sois forastero: Estamos en un País, en donde los naturales piensan, se adquiere notable, y honorífico crédito, despreciando aun las cosas mejores; quien habla mas mal de todo, ese es tenido por un grande crítico. Omito dar tambien por razon en el punto, que voi hablando, que como estamos hechos à mandar à los Monarcas del teatro, se nos infunde, aunque no queramos, un espíritu, con que nos creemos, mas de lo que somos.

Por lo que hace al primer punto, respondo, que es mui cierto, que está en nuestra mano, dexar este modo de vivir, el qual por una incierta ganancia nos hace sufrir infinitas, y ciertas desazones; pero sabed, que este exercicio es como el mal contagioso, que el que tiene la desgracia de ser tocado de él, puede estár moralmente seguro, de que no ha de morir de otra enfermedad. Añadid à esto, que el que está puesto en estado de mandar, siempre dice mal, y detesta su suerte; pero de mil, que gocen este privilegio, con dificultad se encontrará uno, que renuncie al placer de hacerse obedecer, por gozar la dulce tranquilidad de una vida cómoda, y libre de disturbios, vida facil de poderla lograr, alabada de todos, pero de pocos, ò quasi de ninguno seguida.

En consequëncia de todo lo dicho, concluyo, que es digna de compasion, y no de ultrage nues-

tra condicion ; y haviendoosla declarado , como es en sí , tengo el atrevimiento de rogaros , que seais mi protector. Ahora dignaos de recibir un corto tributo de mi respeto : Diciendo esto , sacó de la faltriquera un pequeño libro , añadiendo , que era la composicion que se representaba en el teatro ; rogóme , que la leyera , para que pudiese formar mejor concepto de la Opera : Dile gracias por el don, prometí leerla atentamente, y le pregunté, que qué concepto formaba él de la obra : Es, me respondió, un delicadísimo trabajo de la pluma mas excelente de nuestros Autores. Estos Poetas Cómicos entienden poco , de lo que es el teatro , y de lo que dá gusto al Pueblo. No diré por esto , que , lo que agrada al público , es lo mejor : Nosotros no debemos buscar la excelencia de la obra , sino las mejores entradas con el comun aplauso , que es lo què nos dá de comer. Pero Yo , que entiendo el arte mejor que ellos , à fuerza de los golpes de tantas pérdidas, he acomodado ese librito segun el genio , de los que lo han de cantar , y el gusto , de los que lo han de oir , quitando , poniendo , y mudando las hojas enteras , y descomponiendo en muchas partes la invencion. Leedle , que puede ser quedeis contento.

Aunque no me parecian mui juiciosos estos discursos , gustaba de oirlos , porque , no obstante ser sobre asuntos tan frívolos , no dexaba de deducir muchas advertencias necesarias à la perfecta noticia del gusto de los habitantes del País. Consolé en su afliccion à aquel miserable con las reflexiones , que hallé mas conducentes , y le despedí , porque me llamaba la atencion à otra parte un negocio de mayor

yor importancia; el partió contênto de mi trato; y Yo sin ver siquiera el título, tiré el librejo à un rincon de mi quarto, con intencion de tomarle quando no tuviese, que leer, ò pensar en otra cosa.

El asunto, que con tanta prisa me instaba à salir de casa, era el célebre pleito, de que se ha hecho arriba mencion, al que debia hallarme presente en qualidad de Juez, como Consejero íntimo, que yá era. Aquel dia estaba destinado solo al informe, para examinar en otro la materia, y dar finalmente la sentencia definitiva. El caso, que havia de controvertirse, era el que voi à referir lo mas breve, que pueda.

Havia llegado à aquella Metrópoli un cierto Volatin, que, hablando en realidad, hacía estrañas, y portentosas ligerezas; por tanto no se hablaba de otra cosa, que de él, y con esta fama tuvo unas ganancias inmensas. Las alabanzas, que generalmente se daban con razon à su habilidad, estimuláron à algunos curiosos à indagar las causas de ciertos efectos, con que sorprehendia à los espectadores, sin que pudiesen comprehender razon probable del modo, con que los executaba. Sucedió, pues, que un joven mui presumido, de que nada se le ocultaba, pronunció publicamente con atrevimiento, y sin reflexion de las malas conseqüencias, que aquel Volatin hacía cosas tan extraordinarias, y que eran la admiracion del populacho, en virtud de pacto, que tenia con un Genio familiar. Al instante dió en tierra todo el mérito del pobre Mono, que con tanta aplicacion, y trabajo, y con peligro contínuo de romperse la cabeza, se havia hecho diestrisimo en su oficio: Vease aqui con una

ilusion, producida por la imaginacion, y mal recapacitado discurso de un necio, destruidas las alabanzas, y estudio del infeliz charlatán. No podia sobrevenirle golpe mas funesto à su crédito, y à sus intereses. Pensó en remediarlo, y asi se presentó al Príncipe por medio de un memorial, en el que suplicaba, se le mandáse a aquel joven, le restituyese su fama, y le subsanáse las pérdidas, y daños, que con calumnia tan denigrativa le havia causado. Logró finalmente, que se estendiese un Decreto, que disponia, se examinasen severisimamente, el arte, y habilidades del Volatin, y hecho, que el Consejo fulmináse una rigorosa sentencia, en que, ò quedáse castigado un Nigromante, ò reintegrado un inocente, con grave escarmiento, del que fomentó la calumnia.

En execucion de este Decreto fueron citadas las Partes: Propuso el Abogado del caballero, que aquel juicio debería terminarse decidiendo, si podrá un Mono executar las acciones, que exceden à las fuerzas de la naturaleza, sin auxilio sobrenatural. Los defensores del Titiritero respondieron, que no era asi el caso de la qüestion, porque ésta no podia dudarse; que la dificultad provenía de probar, si las habilidades del Volatin se executaban por arte mágica, ò si dependian de una destreza, que se adquiere con el uso, y la aplicacion. Desbaratada, pues, la primera máquina, se dedicó el Abogado del agresor à entablar un nuevo artículo, y fue, que se debian calificar lo mismo, que artes diabólicas aquellas acciones, de las que, despues de algun estudio, no puede lo general de un Pueblo descubrir la causa. Acordáron todos controvertir este punto: De es-

este modo en vez de ceñirse à los términos del Decreto para la pronta administracion de justicia en aquel caso, quisieron los Abogados fastidiar à los Jueces en una qüestion, que importaba poquisimo. Asi el joven estaba seguro de prolongar la causa sin fin: Asi, aunque se probàse la afirmativa, por ello solo no podia condenarse al Volatin por Nigromante: Y asi, finalmente, se iría formando una copiosa mies de artículos impertinentes, de donde fuesen engrosándo sus ganancias, los que havian de manejar aquel negocio.

Imposible parecerá à mi lector, que los pleiteantes en aquel País se dexen engañar de este modo; pero reflexione, que era interés del joven, que los Jueces no llegasen à sentenciar el principal asunto, por preveer, que havia de salir condenado, y por lisongearse, de que, mortificando al Titiritero con continuas dilatadas cavilaciones, se vería precisado à ceder, y levantar la querella, yá por los crecidos gastos, que havian de ocasionarsele, yá por no hacer falta à las obligaciones de su profesion, teniendo, que ir de allí à poco tiempo à otro Pueblo. El Volatin se dexó llevar de las persuasiones de sus defensores (acaso de acuerdo con los contrarios, que no es la primera vez entre los Monos) que le hicieron creer, que la ventilacion de este artículo tan fácilmente ganado por él, le conducía sin duda alguna à la completa victoria en el punto esencial. Fuera de esto, baxo el pretesto de ciertas soñadas formalidades suelen algunos Leguleyos en aquel País prolongar los procesos sin medida, hasta que están satisfechos (que rara vez sucede) de ganancias. Estas falsas razones, que abraza, ò la falta de lu-

ces,

ces, ò la necesidad de adherir á aquellos, que conviene adular, por haverlos hecho depositarios de los secretos mas importantes del asunto, que se trata, reducen à los infelices Litigantes, à que aprueben los fraudes, y su proprio daño. De este detestable comercio son siempre víctimas las leyes, y la justicia, y por lo comun la parte mas debil la inocencia.

En aquella mañana, luego, que nos sentámos en el Tribunal, no se hizo otra cosa, que leer el Memorial del Volatin, y el Decreto del Príncipe, proponiendo el Secretario del Consejo el estado de la qüestion, que en fuerza del comun acuerdo de las Partes havia de ventilarse; despues de lo qual se finalizó la Junta. Era la hora de comer, quando se acabó la sesion, que no sirvió aquel dia de otra cosa, que de cumplir con una de tantas formalidades, como tiene la Curia de aquella Metrópoli, y de hacernos sufrir mil incomodidades supérfluas, sin alivio de la Parte agraviada.

Al retirarnos à casa, no pude menos de dár à entender à Roberto, que sentía ver abusar tan claramente de la justicia; pero él, mas experto, que Yo, en todas materias, me respondió de este modo: Basta tener sentido comun, y principios de rectitud, para reprobar, y concebir una justa indignacion contra la malvada costumbre de convertir las instituciones mas santas en un uso totalmente contrario à las intenciones del Legislador. Y à la verdad, si se vá haciendo reflexion sobre todas las leyes, y ordenamientos, formados para el bien comun, se descubrirá quanto han decaido de sus principios, ocupando su lugar ciertos inventos, y cavilaciones, enmas-

ca-

caradas con el nombre de justicia, ò interés del Estado; de este modo queda aparentemente entero el vigor de las leyes; pero en realidad éstas deben considerarse del todo aniquiladas con la innovacion introducida, à fin de enflaquecerlas, è inutilizarlas. No hay establecimiento, por mas sano, que sea, que no esté expuesto à ser adulterado por la malicia, tanto mas facilmente se dexa esto comprehender, quanto advertimos, que el Legisladot, que ordena, es uno solo: y los executores, son infinitos, estudiando cada uno de ellos por todos los medios la forma de hacer ineficaces los efectos de la lei. Pero como se temen las penas, que imponen las leyes à los transgresores, y el enojo de los Soberanos, no sometiendose al tenor de ellas, se busca una sombra de obediencia, se exagera mucho la debida sumision à los preceptos; y mientras, se están meditando todos los caminos posibles, para dexar ilusorias las prudentes constituciones, y mente, de quien las instituye. No creais, amado Enrique mio, que solo el País de los Monos abrigüe tan depravadas máximas en todos los siglos, y en todos los Reinos, como la Historia, y la experiencia lo testifican, han aplicado los hombres sus esfuerzos à fin de conseguir intentos tan abominables, por lo que no os debe maravillar, que se encuentre tambien en nuestros Monos el contagio de la universal malicia.

Entiendo mui bien, respondí, que en la natural libertad de los hombres, y lo mismo digo de los Monos, repugne la sumision à la voluntad, y deliberaciones de otro, no obstante que aquella, y éstas estén introducidas para el bien del Estado, y para lo util de la sociedad, que es, quien fomenta las de-

delicias de la vida, y sin la qual estariamos condenados à vagar por los bosques, privados de todos los auxilios, y buenos oficios recíprocos, y reducidos à la dura necesidad de cuidarnos por nosotros mismos con un sin-número de incomodidades, y trabajos, pasando una vida poco mejor, que la de los brutos; pero no llego à comprehender, cómo, no tratandose de esta libertad, intenten los racionales destruir los nudos mas preciosos de la sociedad civil, como sucede en el caso, de que ibamos hablando; abuso, que es capáz de conducir al Mundo al extremo mas bárbaro, y desordenado.

El vil interés, respondió Roberto, es el manantial de los males, de que os condoleis; pero no es esta una efermedad, que carezca de remedio; antes prevengo recetar un antídoto, que si le adoptáse la ilustre Asamblea, de que tenemos el honor de ser miembros, pondrá un freno à las implacables fauces de todos los Monos letrados. No quiero explicar mi intencion, porque aún no tengo bien digerido en mi mente el proyecto; pero ahora basta, que os advierta, que haviendose hecho venal la Jurisprudencia, no es maravilla, que sus Profesores sigan la norma, de aquellos que exercen semejantes artes; y asi formen un mysterio del asunto mas claro, y llenen de malicias todas sus operaciones.

CAPITULO VIII.

De la novedad, que turbó el sosiego en el Palacio del Señor Haya.

HAviendo llegado à nuestra casa, que continuaba en ser el Palacio del Señor Haya, observamos alterada la familia. Todo estaba en desorden: nuestro huesped, y sus hijos andaban turbados, Madama Espina, y su hija sobresaltadas, y los criados en perpétuo movimiento, entrando, y saliendo; sin que nosotros pudiesemos adivinar la causa de aquella bulla, y confusion; no obstante, no queriamos preguntarla, por no demonstrar la vana, y temeraria curiosidad de indagar las interioridades de la familia, pero al mismo tiempo me afligía un indecible dolor, temiendo alguna desgracia en aquellos sugetos, à quienes estaba obligada mi atencion con un excesivo agradecimiento, y sincera voluntad.

Sentámonos à la mesa, y alternaban los suspiros con el alimento, à cuyo tiempo entró un lacayo de casa con el aviso, de que el accidente era mortal, segun decía el Médico, pero que la muerte del caballero no sería con mucha precipitacion de tiempo. ¿Y qué es, lo que se ha resuelto? dixo Madama Espina. Se ha suspendido, respondió el criado, toda operacion, por esperar à una junta, que ha de tenerse esta noche, en que han de concurrir los mas insignes Médicos de la Ciudad. ¡Buena cosa es, por vida mia, respondió entonces Jacinto, dexar morir al enfermo, por no faltar à la formalidad de la consulta!

A esto no pudo Roberto sufrir mas, y preguntó, quién era, el que, como juzgaba, havia sido acometido de algun accidente. Es, respondió el Señor Haya, un tio mio por parte de madre, que muchos años há, tiene el empleo de Generalísimo de las armas de estos Estados; es sugeto de ilustre fama, y cuyos hechos le harán célebre en las futuras edades. Es gravisima la pérdida de nuestro Príncipe, si llega à faltar un heróe semejante. Respecto à mí sería su muerte aún mas sensible, por quanto con su liberalidad ha levantado cabeza mi familia, que en tiempos pasados estuvo bastante abatida por repetidas desgracias; su proteccion ha sido causa, de que haya Yo conseguido muchas veces honrosos cargos, que hé regentado con esplendor, y decoro, mediante sus sabios consejos. Ved, pues, amigo mio, qué grande deberá ser mi pena, yá por el vínculo del parentesco, yá por un justísimo agradecimiento, que monta, mas que otra qualquiera razon.

Es menester conformarse, replicó Madama Espina; vuestro tio ha llegado à una edad decrépita, y es forzoso, que pague el ordinario tributo à la naturaleza: Además, que él muere sin sucesion; y asi, haviendo sido tan grande bien-hechor vuestro en vida, podeis esperar, que muriendo os dé mayor muestra de su cariño. El Señor Haya se iba enfadando con los discursos de su consorte; pero ésta añadió: No os irritéis, marido mio; Yo no soi tan delicada, como vos; una gruesa herencia bien puede enjugar un torrente de lágrimas; y no temo llevarme chasco en mi espectativa, porque he manejado este asunto con el mayor cuidado: No obstante el asco, que me daba mirarle, y ponerme junto à él, le

vi-

visitaba mui à menudo; siempre le llevaba la golosina de alguna fruta temprana, ò alguna pastillita, para darle à entender mi cariño. Los viejos son inclinados à la glotonería, por lo que Yo procuraba satisfacersela, y asi ponia el mayor cuidado en darle gusto en todas sus extravagancias. Muchas veces le insinuaba las urgencias de mi casa, y él me consolaba, respondiendome, que algun dia nos proveería el Cielo. ¿Se puede hablar mas claro? Verdad es, que tiene un sobrino, hijo de su hermano, que deberia ser un fatal estorvo de mis esperanzas; pero yá me he dado buena maña, para destruir su opinion en la mente del tio, à quien en repetidas ocasiones se le he representado como un disoluto, un jugador, un pródigo; aunque Yo bien conozco, que no tiene tales vicios; pero, Señor mio, no se requieren tantos escrúpulos, quando de lo que se trata, es de una crecida herencia. Finalmente, en quanto de mí ha dependido, no he dexado piedra, que no mueva para conseguir mi fin. Por el bien de mis hijos he sufrido muchos años el tédio, que me causaba tener que acariciar à un viejo asqueroso, y aún he hecho algunos gastillos, para lograr con mas seguridad mi intento. El moribundo tiene muchos años hí un Ayuda de camara, que es depósito de todas sus confianzas, y Yo he sabido ganar su voto, de conformidad, que siempre apoya con su amo todas mis razones. Solo un golpe me resta, que dár, para salir de desasosiegos; explicaré mi pensamiento. Es necesario inducir al viejo, à que haga testamento, para esto tengo ánimo de buscar una persona, que le sugiera un acto tan forzoso para la conservacion de sus bienes despues de sus dias; un Escribano, à

 quien

quien tengo gratificado, no dexará de servirme con todo zelo, bien que, pagandoselo antes à su satisfaccion. Basta: Yo sé como llevo el manejo de las cosas de la ultima importancia; por lo qual vosotros, hijos mios, confiad, dexando el asunto à cargo de una madre habil, y sin las preocupaciones, que generalmente tienen todas.

El Señor Haya, que estaba penetrado de un sincero dolor, se mortificó mucho, escuchando tan malvado discurso; oponerse à estas indignas máximas era acarrearse una implacable indignacion, y no era tiempo oportuno de fomentar una disension doméstica; y asi suspirando se levantó de la mesa, encogióse de hombros, y se retiró. Nosotros tambien nos guardámos de oponernos à las escandalosas ideas de Madama Espina, pues nuestras insinuaciones no havian de haver producido efecto alguno, y mas nos valia disimular, que dár fuera de tiempo una correcion moral, que la huviera irritado, sin esperanza de enmienda.

Dos cosas nos admiráron en este suceso; la primera fue, que no nos pidió parecer, como regularmente executaba, siempre que creía, haviamos de asentir à sus proposiciones (que sucedía raras veces) ò que haviamos de alabarla; señal fixa, de que ella no ignoraba la maldad, con que procedia, y que no obraba con falta de reflexion, sino maliciosamente con perfecto conocimiento de causa. La otra fue, que tuvo este tan dilatado, y vergonzoso discurso en presencia de todos sus criados, que se hallaban al rededor de la mesa, sirviendo la comida: Esta imprudencia me pareció mui mal, pues prevía, que dentro de pocas horas sabrian al pie de la letra el ra-

zo-

zonamiento los criados del viejo enfermo, con descredito del Señor Haya. Nunca están de mas las precauciones, que toman los amos para ocultar à los criados los secretos de la casa, pues suceden infinitos daños à los incautos, motivados de estos enemigos conjurados, contra quien los alimenta.

Los hijos, aunque algo contristados con la enfermedad de su tio, me pareció ponian bastante alegre el semblante con las futuras esperanzas; pero la Señorita, que se consideraba con una rica dote, continuamente andaba preguntando yá à la madre, yá à sus hermanos, yá à los criados, si acaso corria riesgo, de que el enfermo se recobráse. Soltando despues las riendas Madama Espina à sus fantásticas idéas, contaba entre sí las cantidades, de que constaba la herencia; numeraba las joyas, pesaba la plata, formaba el plan de los réditos anuales, que darían de sí las resultas de los ahorros del viejo, y ascendian, segun su pensamiento, à unas sumas mui considerables; despues pasaba à los bienes raices, y otros efectos preciosos, con todo lo qual se soñaba la Señora mas rica de la Corte. Las torres de viento à poca costa se fabrican; por lo que no es de estrañar, que haya tantas personas, que se deleiten en figurarse las mas magníficas, y bizarras. Nuestra Madama Espina, tan fecunda de fantasía, como escasa de juicio, se dexó llevar de su imaginacion acalorada, y se entregó à mil quimeras: Ella se propuso agrandar su casa; de allí à poco, arrepentida de esto, ideó echarla toda por tierra, para tener la satisfaccion de edificar un Palacio de un gusto mui particular, y poco diferente, de los que leemos fabricados en el vasto, y antiquisimo País de las novelas;

sus

sus joyas la parecian de poco valor, y yá la daba vergüenza presentarse con ellas entre las mas ilustres Damas de la Corte; no havia de poder llevar los vestidos por el peso del oro; todo finalmente llegaba à un grado excesivo; y la imaginada herencia quedaba consumida por ella sola en cosas mui preciosas, pero absolutamente supérfluas, si es que aquel nombre merece el cúmulo de tantas, como estaban introducidas para contentar el fausto de las Monas.

No faltó mucho, para que la hija riñese con su madre, viendo gastada su dote, por satisfacer esta sola su fantasía. Los tres hijos no se hallaban contentos con aquestas particiones; pero nosotros yá estabamos cansados, y llenos de fastidio de tantas necedades. Levantéme de la mesa, pretextando un negocio inevitable; siguió mi exemplo Roberto, y à éste los dos hermanos, dexando à las dos, que se paseasen sin impedimento por los espacios imaginarios. Yo me retiré à mi quarto à dormir la siesta, por haver reconciliado sueño con el dilatado tédio de la sobremesa. Quedé de acuerdo con Roberto, para que acompañasemos al Señor Haya, quando fuese à visitar al enfermo, no desamparando ni un momento à nuestro bien-hechor, mientras considerasemos, estaba necesitado de compañia, y de consuelo.

CAPITULO IX.

De la Junta de Médicos.

FUímos al anochecer con el Señor Haya al Pala-

lacio del moribundo ; iban con nosotros los tres hermanos , que compungieron sus rostros para entrar: Llegámos à la cama del viejo , que suspirando , se lamentaba de su temprana muerte , no obstante que pasaba de noventa años ; se hizo las honras en vida , y exageró la pérdida de aquellos estados con su fallecimiento , con tal tono , que parecia , que el mundo todo havia de volver à su antiguo caos el dia , que se disolviese el lazo que unia aquella grande alma à su cuerpo , que yá con la vejéz , y achaques estaba quasi cadaver. Aproximóse Roberto para tomarle el pulso ; pero no quiso condescender , fundado en no sé que ridiculo aguero. El Señor Haya se esforzaba para detener las lágrimas , recogiendo sus sollozos entre los labios ; Yo le sugerí aquellas consolatorias , que deben darse en casos semejantes ; pero el enfermo nos interrumpia de quando en quando, repitiendo sus valerosas hazañas , las batallas, que havia ganado , los enemigos vencidos , y la conservacion por su brazo de aquellos dominios , y su Príncipe. ¿ Quién , decia , podrá de aquí en adelante disponer con tanto conocimiento un Exército , inventar estratagemas tan útiles , como las mias , y aprovecharse tan oportunamente de las ocasiones ? ¡ Pobre patria mia ! De esta vez acabas , conmigo vas al sepulcro. Esta necia vanidad me hizo creer , ò que el Mundo perdia poco con su muerte , ò que la edad, y el mal le tenian perturbada la cabeza ; y asi el unico sentimiento , que me quedaba , era el ver al Señor Haya , por el cariño , que le profesaba , tan afligido con este accidente. A sus hijos retozaba la risa, oyendo vanagloriarse al viejo ; pero , aunque con trabajo , la detenian , y les costaba bastante tener

que

que fingirse doloridos.

A este tiempo llegó la carroza con la Señora Espina, y su hija, que sin entrar recado pasaron adelante con toda libertad. En esta visita comprehendí, de quanta ficcion es capáz el corazon de las hembras. Estaban hechas las dos una viva imagen del desconsuelo, brotaban sus ojos abundantes lágrimas, que mezclaban con profundos continuados suspiros. Llegóse la Madre à la cama del viejo, y dixo: ¡Ay de mi! à qué tristisimo paso me ha querido conducir mi destino! ¡O, quién pudiera dar su vida por conservar la vuestra! Aún no fuera este suficiente sacrificio en recompensa del amor, que siempre os he tenido: No pudiera hacer mayor beneficio al Estado, que conservarle una vida tan necesaria, y que es un tesoro, que no tiene precio. Mas yá que no pueda resistir à los decretos del cielo, que me conducen à la mas crecida de mis penas, aceptad este parecito de huevos frescos, que han puesto hoi mis dos gallinitas negras, recibiendo en tan corta ofrenda el tributo de todo mi corazon.

La conclusion del referido discurso me hizo morder los labios para detener la risa. El viejo la dió mil gracias, teniendo la vista siempre atenta, y fixa en ella, como solicitando escudriñar en todos los movimentos del rostro la sinceridad de sus sentimientos. Sentóse Madama à la cabezera, y desde alli, despues de hacer mil honras al moribundo, añadió, que nunca se conocía mejor la prudencia de los sugetos de circunstancias, que en la última disposicion, que hacen de sus bienes. Es locura, lo que algunos executan, que por quitarse de qüentos, dexan, que entren los herederos necesarios,

an-

teponiendose à los demás; es justicia recompensar, à quien lo merece, y no es accion sábia abandonar à la suerte unas facultades sobresalientes.

El Señor Haya, que se consumía interiormente con semejantes discursos, dixo, que el mal de su tio no estaba tan de remate, y que mas valía, que pensase en recuperar su salud, que en tan funestas ideas. El viejo, que era mas astuto, que lo que aquella tonta imaginaba, terminó todas las dudas, significando, que yá antes de caer malo tenia hecha su disposicion, segun las reglas de prudencia, y justicia. Con esta respuesta no tuvo accion la Mona para hablar en algun tiempo; pero observando despues unas ricas sortijas, que estaban sobre una pequeña mesa, dixo: ¡ Ay de mi! amado tio, no es razon, que estas alhajas anden asi rodando à la vista, y expuestas à la tentacion de todos, los que pueden entrar en esta alcoba; mejor estarían en otro puesto mas resguardado, y seguro. Entonces mandó el viejo, que pusieran los anillos en cierta cajita. Se levantó Madama, y tomandolos, abrió la caja, donde havian de ponerse, mas con una diestrisima media vuelta, imitando à los jugadores de manos, los colocó en su faltriquera. Todos, los que estabamos presentes, bien conocímos, lo que havia hecho, exceptuado el Señor Haya, à quien impedia un sincero dolor el ver las acciones de su esposa; pero fue su desgracia, el que un criado lo observáse, porque inmediatamente lo contó al sobrino, de donde se originaron muchas desazones, que se termináron con poco honor de la robadora: Este tal sobrino no estaba à la sazon presente, por haver salido à executar ciertas comisiones importantes, que

el tio le havia mandado. No tardó mucho en volver; pero le recibió Madama con desprecio, y en su propria casa tuvo la avilantéz de insultarle atrevidamente.

El mal del enfermo iba entretanto aumentandose, y no parecian los Médicos, para procurarle el alivio. El viejo tenia una calentura ardentisima, que indicaba inflamacion interna, un afán contínuo no le permitía ni un instante de reposo, y claramente se escuchaba un gravisimo hervidero en el pecho, todas señales de su próxima muerte.

Quiso el Cielo, que llegáse el Señor Ciprés, que era un Doctor largo, seco, y melancólico. Entró à visitar al moribundo; tomóle el pulso, y no quiso hablar palabra, hasta que viniesen los otros tres Médicos, que se esperaban. Respeto ridículo con el qual demonstrando una afectada modestia, abandonaba el principal fin, para que fue buscado. De allí à poco vino el Doctor Melon, que era de una, mas que mediana estatura, y crasitud correspondiente; nos saludó à gritos; y antes de tomar el pulso al enfermo, decidió à su favor, sin querer oir la serie del mal, ni sus simptomas: Se sentó junto al Señor Haya, y trabó la conversacion acerca de las cosas del Mundo con tal desembarazo, y mezclando tantos disparates, que temí desde entonces mucho al pobre enfermo, viendole en manos de un Médico tan ignorante, y presumido. El tercero que llegó, fue el Doctor Cardo; éste, que era de una estatura regular, y algun tanto mas moreno, que los otros, habló alguna cosa del accidente del viejo: Se introduxo despues à descubrir las curas, que havia hecho en sugetos de elevadas circunstancias; y em-

empezó à morder con su regular picante estilo à los otros Médicos sus compañeros. Finalmente arribó nuestro Doctor Cilantro, que no puso mui buena cara, luego que nos vió alli, pero huvo de tener à bien el aguantarnos, quizás por no renovar las pasadas reyertas.

La primer diligencia, que todos practicáron, fue pedir los excrementos del paciente, que con un palito estuvieron revolviendo largo tiempo, con lo que lográron perfumar todo el quarto con tan hediondisima peste. Fueron estos quatro sabios conducidos à una sala próxima, para decidir del estado del viejo, y consultar los remedios oportunos à su salud. El Doctor Melon fue el primero, que declaró, que el accidente era un ligero resfriado. No convineron los otros Médicos con este parecer; pero, lo que es peor, cada qual fue de diverso sentir, y los quatro fulminaron quatro sentencias, absolutamente opuestas. Entonces se empezaron à oir las disertaciones particulares de cada uno; mutuamente se honraban con pomposos títulos, llamandose sapientisimas lumbreras del Médico cielo, esclarecidisimos órganos de la naturaleza, excelentisimos propagadores, y prolongadores de la vida, invictisimos triunfadores de la muerte. Se creerá, que en sus respectivas disertaciones se tratáse del doliente; pues ni le nombráron: Hicieron descripciones de las causas de las enfermedades; qual de ellos explicó la anatomía de los pulmones; qual nos favoreció con una prolixa pintura de los nervios; qual habló de la circulacion de la sangre; y qual finalmente, expuso el mecanismo del aire, y el origen de la tos. Ya llevaban dos horas gastadas en tan supérfluos colo-

 quios,

quios, quando el sobrino del moribundo dixo asi:

Señores mios, vosotros estais perdiendo tiempo en darnos muestras de vuestra profunda sabiduría, y entretanto vá acabando el enfermo; hacedme el favor de pensar en poner algun remedio, y estad seguros, de que todos, los que os escuchan, están mui hechos cargo de vuestra gran doctrina. Viendose obligados los Médicos à recetar alguna medicina, dispuso el Señor Ciprés una composicion de corales, de perlas, de minerales, &c. Esta dixo, es capáz de hacer levantar los muertos de sus sepulcros, pero es necesario mandarla hacer en la Botica, que está en la calle de N. porque de otro modo no tendrá eficacia alguna el remedio.

Sonrióse el Doctor Melon, y dixo inmediatamente: Como quiera, que Yo no aprecio à ese Boticarío, no puedo venir bien en ese remedio; esa Botica es mui antigua, y hace pagar el agua à peso de oro. Yo dispondré, añadió, otra receta, que vale mucho mas; y dixo al punto los nombres de mas de cien ingredientes, que solo se hallarian en la Plazuela de N.

Pareció mui cálido, y peligroso el remedio al Doctor Cardo, el qual exageró la virtud del mercurio, pero con la condicion, que havia de prepararse de un nuevo modo, cuyo secreto unicamente consistia en la habilidad de cierto Chymico, amigo suyo. Disintieron todos, diciendo, que en el caso presente no convenia aplicar semejantes remedios.

El Doctor Cilantro, finalmente, que havia hecho juicio, de que el mal provenia de flato, propuso un emplastro, que havia de aplicarse à los pies del enfermo, para cuya composicion se necesitaban cier-

ciertas yerbas, que nacen, segun decia, en unos altisimos, è inaccesibles montes, que deben dexarse rociar de las aguadas de Mayo, y cortarse en el mismo momento del plenilunio, à tiempo, que estuviese el Sol en Leo; pero era tambien del caso, que este momento viniese à caer por la noche. La imposibilidad de satisfacer tan ridículas circunstancias, no obstante, que aseguraba con juramento, que conocía un Herbolario, que poseía este tesoro, y mas que todo, el uso exterior, que havia de hacerse de las tales yerbas, fue motivo de que unanimemente se despreciáse la proposicion.

Vedlos aqui nuevamente implicados con las dudas del principio. No se me ocultó el enigma acerca de la discordia de aquellos Médicos, cuyas ideas conocí, y me sirvió de aborrecerlos con mayor fundamento. Consistía, pues, el asunto en el torpe interés de ellos mismos, por estar confabulados con ciertos Boticarios, Herbolarios, y Charlatanes, de quienes recibian un generoso donativo à proporcion de las ganancias, que les procuraban. De aqui era, que, valiendose de la ocasion de los enfermos ricos, alababan las medicinas, y sus artífices, no à medida de la utilidad de su uso, sino en virtud, de lo que con ellas enriquecian à sus amigos, y por consiguiente à sí mismos. De este modo, para limpiar la bolsa de los Monos demasiado crédulos, aplicaban mui à menudo un costosisimo remedio, que solía anticipar la muerte à los infelices, que con el desembolso del oro creian, que compraban la salud.

Me decia un Médico de buena fé (que entre los abusos mas generales se encuentra siempre, quien

se

se atreve à oponerse à rostro firme al torrente de la maldad) que la naturaleza, pródiga de sus dones, subministra en las yerbas comunes los antídotos seguros de todos los males; pero que el Médico interesado no quiere ponerlos en uso, si es que conoce su actividad; ni los enfermos tienen fé con los remedios, que pagan à bajo precio; y asi estas simples medicinas se han quedado para la ínfima plebe, y para los Hospitales, en los que mas facilmente sanan los enfermos, porque no tienen caudal que emplear, en las que se usan para la ordinaria credulidad de los sugetos ricos.

Yá se acercaba la noche, y no sabian, qué partido tomar. El Señor Haya dió à entender su enfado, por lo que el Doctor Melon dispuso un remedio, que no podia redundar en utilidad suya, ni de otro alguno de sus compañeros, que era, lo que vivisimamente todos deseaban, segun la acostumbrada envidia de estos Profesores, quando no pueden sacar para sí solos el provecho. Decidió, pues, que la única tentativa, que podia executarse, era echarle al viejo una ayuda de agua tibia. Aplaudieron los Doctores el grande hallazgo, y à una voz acordáron, que era este el pensamiento mas sabio, que podia ocurrir en la mente del mas científico Mono. Yo me reía de todo corazon, y Roberto estaba encolerizado, pero nos era forzoso callar, quando se trataba de la opinion de quatro Médicos, que cada uno tenia sus partidarios en la asambléa.

Volvieron estos célebres Physicos à la alcoba del viejo; le consolaron con la esperanza de verle prontamente recobrado, y le própusieron la medicina, que con uniformidad de votos se havia deter-

terminado. No bien oyó la proposicion el viejo, quando montó en cólera, y despues de haver dicho mil improperios à los Médicos, les habló de esta manera: ¿ Yo, que por espacio de mas de setenta años he dado pruebas del mas verdadero valor; que he derrotado inumerables Naciones bárbaras; à quien el enemigo jamás ha podido hacer volver la espalda; quereis, que tenga la vileza en los últimos periodos de mi vida de entregar mis nalgas para una medicina? Huid de esta casa, espíritus envidiosos de mis glorias, y dexadme morir, antes que proponerme un proyecto, que es destructor de mi fama.

Si fue un entremés la consulta de los Médicos, mucho mas ridículo me pareció el catástrophe de esta historia. Salimos de la alcoba, y el Señor Haya, haciendo la apología de su tio, decia, que todos los individuos racionales tienen sus particulares defectos, y que el enfermo siempre havia sido inclinado à llevar hasta el último extremo el punto de honor. La vejéz, y la enfermedad, añadió, ponen en términos de extravagancia esta flaqueza; pero disculpadle, Señores, pues las demás excelentes qualidades suyas suplen este defecto.

Preguntados los Médicos, qué les parecía del enfermo, respondieron conformes, que no les parecía de peligro el mal, y que era forzoso esperar al séptimo dia, para formar un juicio seguro. En esto fue, en lo que en efecto, no se engañaron, porque en este dia, aun qualquiera chiquillo podia hablar del paciente sin peligro de errar, como se verá dentro de poco. El sobrino del enfermo dió gracias à los Médicos, y regaló à cada uno dos escudos

de

de oro; todos reusaban de boca tomarlo, protextando, que tenian bastante con el honor de servir à la familia; pero al mismo tiempo alargáron las manos, y empuñáron con bastante apretura el dinero, para que no se les perdiese. Fuéronse, finalmente, los Doctores, y nosotros quedámos mas confusos, que al principio.

Yá era tarde, y convenía retirarse à casa. Madama Espina todo era inventar pretextos para dilatar la partida, diciendo, que el sobrino podia irse à acostar; para que con esto echáse de ver el tio, que no le cuidaba tanto como ella, y asi se inclináse à su favor en el lance de un Codicilo, que pretendia, que nuevamente hiciese, como yá le havia propuesto al sobredicho Ayuda de camara del viejo, pero no fue posible reducir al joven, à lo que ella quería; antes respondió, que no havia que pensar, que él dexáse la cabezera de su tio hasta el último suspiro: Ella altercó con él, pero nada pudo conseguir. El Señor Haya, para impedir, que pasasen adelante las disputas, se despidió del viejo, y todos tuvímos, que seguirle, encaminandonos à casa.

CAPITULO X.

Del teatro cómico de los Monos.

LA tristeza, que reinaba en el semblante del Señor Haya, y la alegría, que no podian disimular los ojos de su esposa, formaban un contrapunto bastante curioso. Nosotros no sabiamos, qué

par-

Fg I.

Fg II.

Fg III.

Fg IIII.

partido tomar, por hallarnos indiferentes para qualquier suceso; no obstante, la amistad, y el agradecimiento nos obligaban à hacer el papel de dolientes; bien que, por haver comprehendido el caracter del enfermo, conociamos la poca utilidad, que redundaba à aquellos Dominios, de la vida de un personage, yá por su edad imposiblitado, y ridículo.

Al dia siguiente dexé la cama al rayar el Sol, y pocos minutos despues ví salir de su quarto al Señor Haya, que ansioso por saber de su tio, se encaminaba à despertar à los criados, para enviarlos à saber cómo havia pasado la noche. Bastante trabajo costó, que se levantáse uno, el que fue prontamente con el recado: No tardó mucho en volver con la respuesta, de que yá havia finalizado la escena, haviendo muerto el viejo una hora despues de media noche. Con este aviso se dexó llevar el Señor Haya del sentimiento, apoyandose sobre una silla, en donde se mantuvo un rato con un profundo silencio, y los ojos fixos en el suelo; despues sacando fuerzas de flaqueza, se levantó con el rostro algo mas sereno, diciendo: Inútiles son los lamentos, no teniendo yá remedio el mal; Yo he cumplido con las obligaciones, que la sangre, y la gratitud me dictaban, sin que me quede remordimiento de haver omitido cosa, que me perteneciese. Asi, pues, con una constancia philosóphica desechó los movimientos del dolor, y de la pasion, sin aumentar los daños de aquella pérdida con acarrearse los males, que suele producir una continuada tristeza. ¡ Felices, los que tienen fuerzas para vencerse à sí mismos de este modo, y para corregir sus pasiones con una virtuosa resistencia!

Esparcióse la noticia de esta muerte, y fue mui general el júbilo por la vacante de un empleo tan visible, à que aspiraban las personas mas distinguidas, y principales de la Corte. No parecía, sino que el Estado havia hecho la conquista de alguna Provincia; por lo qual el pobre Mono, que por su Príncipe, y la Patria havia emprehendido unas no comunes hazañas, no tuvo quien le compadeciese muriendo: Recompensa mui ordinaria del verdadero mérito; hasta tanto, es cierto, que el interés particular atropella por todas las leyes de la gratitud, y del decoro.

Madama Espina no podia contener su alegria, creyendo firmemente, que desde aquel dia entraba en posesion de todos los bienes del difunto: Pero el mencionado sobrino, que era el heredero del tio, no se dió prisa à hacer abrir el testamento. Ella, que deseaba eficacisimamente saber su contenido, solicitaba con todo esfuerzo, que se hiciese su publicacion. Resistiólo vigorosamente el sobrino, sin dexarse vencer, ni por la importunidad de los ruegos, ni por los insultos de aquella irritada Mona: Esta, finalmente, tuvo que llamar à un Escribano, para concertar con él el precio para la consecucion de sus deseos; vino éste, y encareció mucho la maniobra. Hai en aquella Ciudad la costumbre de contratar con los Escribanos, quanto han de llevar por abrir un testamento cerrado; y asi la suma, que él pidió, fue exorbitante, sin que fuese posible consintiese, hasta tanto que se le dieron cien escudos de oro, de moneda cabal, y corriente.

Luego que agarró la paga, abrió con toda solemnidad el dicho testamento, que contenia mui po-

pocas líneas. Dexaba el viejo por heredero universal de todos sus bienes al sobrino, y solo le aconsejaba, que diese al Señor Haya alguna ayuda de costa, para que pudiese colocar honradamente à su hija la Señora Lechuga. El Escribano hizo un buen viage, pues solo por leer quatro renglones, cogió una paga, que parece increible, excepto, à los que conocen la voracidad de estas gentes; y la pobre Madama Espina pagó à bien caro precio su disgusto. Luego que se hizo saber al sobrino la voluntad de su difunto tio, consignó para la hija del Señor Haya, con una generosidad sin igual, una dote, con que la solicitarían los mejores partidos de la Corte.

Todo esto pasó aquella mañana, antes de recibir las acostumbradas visitas de pésame, que son un verdadero martyrio, tanto para los que sinceramente están doloridos, como para los que no lo están, haviendo de fingir una pasion, que no sienten. Madama hizo mui bien el papel, llenos sus ojos continuamente de lágrimas; pero en la realidad era llanto, originado del despecho, y la desesperacion de ver burladas sus esperanzas: Las amigas, creyendo cierto su dolor, la acompañaban en su sentimiento, y como que deseaban, que el viejo no huviera faltado tan presto, por considerar, que los golpes, que dan mas treguas, son menos dolorosos: Ella tambien con su propria sangre huviera pagado, que viviese aún, ò por vér, si le podia inclinar à sus deseos, ò por cargarle de injurias, por haverla burlado.

Entre los muchos, que concurrieron à las comunes formalidades, se distinguió, por ser de los primeros, el Señor Alcachofa; este era un joven de bellisimo corazon, de poquisimo entendimiento, y

de muchisimo amor proprio. Era su ordinario estilo correr por la Ciudad de visita en visita, cumpliendo en todas con un proporcionado periodo los dias, que no se lo impedia cierta ocupacion, que era su empleo, que él estimaba como cosa de grave entidad, pero que en realidad era bien despreciable. Luego que cumplia con las primeras ceremonias, torcia la conversacion à sus proprias alabanzas, repitiendo puntualmente todos los dias una propria leccion; sino encontraba dispuestos à los circunstantes para escucharle, se despedia, y marchaba à otra casa à echar la misma arenga. A éste rogó el Señor Haya, que me llevàse al paseo, no queriendo, que Yo estuviese todo el dia encerrado entre aquellos objetos de tristeza. El buen Mono no solo vino bien en este encargo, sino que tambien se obligó à acompañarme por la noche à la Comedia. Acepté gustoso su liberal oferta, y partí con él de aquella casa, en donde me hallaba mui violento, viendo tanta ficcion por todas partes.

Apenas salimos à la calle, el Señor Alcachofa me rogó, que le recibiese por uno de mis amigos. Yo soi, me dixo, un honrado Mono, que desciendo de una honesta familia. Mi ocupacion consiste en ciertas dependencias en el Consejo, en las que me manejo con toda exactitud, y puntualidad, cosa rara en los de mi profesion: No llevo costas à los caballeros por el trabajo, que pongo en sus negocios y con esto estoi bien recibido de la Nobleza, y me admiten en todas sus concurrencias, y visitas, como si fuese uno de los mas ilustres personages de estas Provincias: Vivo con el gran Mundo, y gozo de todas las diversiones de la vida: No hai público rego-

go-

gocijo, en donde Yo no me halle ; à la primera salida estoi yá seguramente en el Teatro : Concurro no solo con mi persona, sino tambien con mi dinero, donde se entra por él, en los bailes; no obstante, que hai malignas Monas, que dicen, que asisto en qualidad de perro de guarda de la sala, donde se danza. Finalmente mi suerte es envidiada de quantos me conocen. Enseñóme despues un estuche de plata, una caxa de esmalte, y otras frioleras, que componian el pequeño equipage de este moderno Narciso. Sacó finalmente un puñado de dulces de la faltriquera, y me los regaló, diciendome, que, quien continuamente trata con las hermosas, es forzoso, que siempre vaya proveido de semejantes golosinas.

Yo estaba aturdido, al paso que me divertía el nuevo, original caracter de este joven : Iba hablando à todos los caballeros, que pasaban à poca distancia, y quando no le respondian, repetia el saludo en tono mas alto. Conocí que se fatigaba en tan penoso exercicio, para hacerme ver, que se llevaba la atencion, y favor de todos. Despues, en encontrando con algun Monito joven de los de su mas estrecha confianza, se paraba, le daba un polvo, y luego le preguntaba enfaticamente por ciertas Monas, que Yo por la conversacion iba infiriendo, no eran de la mas plausible conducta. No obstante que me enfadaban tantas paradas, no podia menos de reirme de las particulares expresiones, de que se servia en su discurso, del risueño, afectado semblante, con que se insinuaba, y finalmente de ciertos gracejos con que sazonaba el asunto de sus conversaciones, que sin ellos eran, à la verdad, de

po-

poquisima substancia. Asi se finalizó la tarde.

Al anochecer me llevó à una de las tiendas del agua negra hirviendo, en donde havia una multitud de Monos, y Monas en trage de máscara. A todo el mundo me presentaba, pero en particular à las hembras; las decía, que Yo era un sugeto de sigularisima viveza, y de una comprehension mui transcendental; bien que ni en toda su vida hasta entonces me havia tratado, ni él podia ser juez en tales materias. A pura fuerza me hizo beber una taza de aquel licor negro, y pagó por mí; pero de modo, que lo conociesen los presentes. Llegó finalmente la hora de la Comedia; convidó à ciertos jovenes, à que viniesen al aposento, que me destinaba, y llegamos al teatro poco antes, que se diese princípio al espectáculo.

Mi conductor con sus compañeros no hicieron otra cosa, que charlar, durante la representacion, dirigiendose todos sus discursos à un fin. Hicieron gala de la disolucion, cada qual exageraba sus excesos, creyendo, que con tan vergonzosa vanagloria pasaban por unos espíritus marciales. De quando en quando se asomaban por fuera del aposento, para saludar à algunas hembras de cabeza ligera, que andaban à caza de gangas. Muchas veces me impedian con tal bullicio la vista de la escena; como sino contentos con impedirme oir à los actores con sus importunas conversaciones, envidiasen à mi vista el gusto de mirar la accion. Confieso à la verdad, que no podia darse mayor molestia, y yá en mi interior havia deliberado renunciar para siempre la compañia del Señor Alcachofa, à lo menos quando se juntáse con sus desordenados, y fastidio-

sos

sos amigos. Pero no obstante tantos estorvos, referiré, lo que observé en este espectáculo aquella noche, y confirmé despues en las ocasiones, que volví al teatro, para formar de él una justa idéa.

Ví, pues, quatro figuras, estrañamente vestidas, y que à primera vista podrian confundir al mas penetrante ingenio. Dos de ellas tenian la cara de color de hollin, pero el cuello, las orejas, y las manos del color natural de los Monos. Yo creo, que esta transformacion de rostro se inventaría expresamente para quitar toda equivocacion quando se representáse, advirtiendo con tal extravagancia à los presentes, que aquellos personages son fingidos. Uno de ellos (fig. 1) tenia un vestido, hecho de remiendos de diversos colores, pero puestos con tal orden, y dibuxo, que, queriendo pasar en la mente de los espectadores por un mendigo, pudiesen traslucir sin mucha dificultad, que no era real, y verdadera la miseria. El otro (fig. 2) tenia cierto vestido extravagante mui corto, unos calzones larguisimos, y la capa, ò ferreruelo, que apenas le llegaba hasta la cintura; estas ropas eran blancas, guarnecidas de farfalaes verdes. De las otras dos figuras, aún mas ridículas, que éstas, la una (fig. 3) se semejaba al murciegalo en el color, y hechura del vestido; la cara era parte de Ethiope, y parte natural; esto es, la frente, y la nariz eran como la noche, y lo restante del natural color. El otro (fig. 4) andaba en chinelas; el vestido interior era encarnado, y tenia al lado un largo cuchillo, con cuyos arneses se me figuraba un Carnicero; sobre esto llevaba un saco negro, y en la cabeza un gorro

ro del mismo color; el rostro no tenia cosa particular, sino la barba, que era cana, larga, y retorcida, formando la figura de un cuerno. Cada uno de estos quatro personages tenia distinto dialecto, y asi no es maravilla, que Yo no entendiese palabra de todos sus discursos. Los otros actores, cuyo lenguage me era facil de comprehender, por ser el comun de la Provincia, en que me hallaba, no tenian cosa particular, ni en sus vestiduras, ni en sus personas. Esto es lo poco, que pude observar entre la confusion de la novedad, que no dexa discernir suficientemente los objetos, y entre el estrépito molesto de los mozuelos, que me acompañaban en mi mismo aposento.

Antes de pasar adelante en mi Historia, y llegar à otros asuntos, quiero dar una idea de estos espectáculos, segun el examen, que hice en las diversas ocasiones, que me hallé presente à ellos. Es regla general en todos, caracterizar un criado bufon, que con equívocos, y frias alusiones de vocablos haga reir à un Pueblo necio, que debería desterrar del teatro semejantes vergonzosas puerilidades, que tanto perjudican al buen gusto; otro criado malicioso, que hace oficio de tercero, burlando traidoramente à su dueño, y que corrompe las mas veces las buenas costumbres, forma el segundo caracter; a estos se siguen un viejo avariento, y sospechoso; un pedante legista ridículo, una criada desvergonzada; dos pares de amantes, que se quieren mucho, que se dicen mil disparates, y que deliran por conseguir sus deseos: Esta es la familia que compone toda la tropa, que sale al tablado. Vease una multitud de Comedias, y en todas se encuentran los

mis-

mismos caractéres, y los mismos objetos se proponen. El arte de los compositores está en enredar la accion hasta cerca del fin, en cuyo caso, sin saberse cómo, quedan disueltas todas las dificultades, y se acaba la Comedia con tres esponsales, queriendo la criada temarariamente imitar tambien à su ama en sus complacencias. Otras veces el texido de la accion está tan enredado, que no sabiendo el ingenio, cómo desatar un nudo, que ha tenido el gusto de enlazar con un sin número de cosas, que no tienen relacion con el fin principal; introduce un Mago, que en virtud de sus encantos hace venir al teatro al Demonio; à unos phantasmas ò máquinas de esta calidad: Este es el caso, en que el auditorio gustosisimo dá mil palmadas, aplaudiendo la vasta idéa del inventor.

Pero no abusémos de la tolerancia de mis Lectores, deteniendoles mas en estos asuntos.

CAPITULO XI.

De lo que pasó à Enrique con el Señor Romero.

NO se hablaba de otra cosa al dia siguiente por la Ciudad, que de la eleccion para el empleo nuevamente vacante. Los Señores mas principales, y mas dignos aspiraban à tan alto, y lucroso puesto, y asi se multiplicó el número de los pretendientes, mas de lo que se podia creer. Al Señor Saúco pareció conveniente ser uno de tantos, con la general desaprobacion de todos. Era éste un Mono, cu-

ya sospechosa conducta le hacía odioso entre todos los nobles, que, à reserva de pocos, no podian sufrirle en su compañia. No obstante las oposiciones, y contradiciones públicas, no desistió el dicho, considerando, que iba à perder poco, en que le excluyeran de su pretension.

Todos los que tenian algun manejo en la Corte, se empleáron en pretender, unos à favor de su amigo, otros del pariente, y alguno con la esperanza de sacar grandes ventajas, si salia electo, el que él protegía. Cada uno exponia los méritos proprios, y los de sus antepasados, su zelo, y los títulos, que justificaban todo ésto. En este caso observé, quan grave yerro comete, quien se expone à tales pretensiones, si no mira absolutamente libre de toda nota à su conducta, y de todo defecto à su familia. Suelen los Coopositores (¡qué nobleza de corazon!) desenterrar, y sacar à luz las yá dormidas memorias, de quanto se les puede imputar à sus antagonistas, y si acaso no encuentran en sus personas, ò en las de sus ascendientes suficientes motivos para infamarlos, echan la voz de ciertas fingidas sospechas, que acarrean mas graves perjuicios, y efectos mas peligrosos, que las excepciones personales, y verdaderas. La Ciudad estaba dividida segun las diversas inclinaciones, que pocas veces se fundan en el mérito, y la justicia; las mas proceden de particulares motivos de interés, ò de amistad, y algunas de solo la preocupacion. Yá el Privado, yá el Ministro estaban incesantemente molestando los oidos del Soberano, de cuyo concepto, ponderando los méritos de sus respectivos recomendados, hacian decaer à los otros candidatos: Indeciso el Prín-

Príncipe entre los propuestos, suspendió el declarar su voluntad; y este fue el motivo, de que este asunto no se deliberáse tan presto, como se debia.

Yá se iba acercando el día de la decision de la causa, pendiente entre el Volatin, y aquel, que le havia herido en el mas delicado punto del honor, y del interés: Por tanto Yo quise, antes que llegáse este caso, visitar à los demás Jueces, pues no havia tenido lugar de practicar esta diligencia despues de la primera sesion. Semejante acto de respeto me pareció, que podría redundar en favor mio, para hacer con él, que concibiesen una honrosa idéa de la buena crianza, y urbanidad de los de mi especie, y particularmente de mi persona.

Dí principio à esta taréa con la visita del Señor Romero, que era un Mono mui práctico, y antiguo en los negocios del Reino, y que encubría baxo una exterior política, y modestia un alma doble, y capáz de mil engaños. Con la descripcion de su caracter doi los motivos de haver comenzado por este sugeto las formalidades, que emprehendía. Se debe poner mayor cuidado en cultivar la gracia de las personas poderosas, y que tienen mala intencion; que, la de las que son de noble índole, y propensas à favorecer, imitando à cierta vieja, que tenia continuamente puestas dos velas delante de la imagen del Diablo con la inscripcion siguiente, que intenta justificar un uso, que parece contrario al buen proceder: *Porque no me haga mal.*

Encontré al dicho Ministro ocupado en dar audiencia à muchas personas, que estaban en la antecámara, esperando el honor de tener lugar de be-

sarle la mano. Despues de mui corto rato hice entrar recado, de que Yo estaba alli, y el Señor Romero tuvo la atencion de preferirme à todos los que esperaban. Luego que llegué à la pieza inmediata, à la, en que él se hallaba, se levantó, salió à recibirme, me abrazó, besó, y dió à entender el sumo gusto, que tenia en considerarse util para poder servirme, persuadiendose, à que me havia tomado el cansancio (asi lo expresaba) de pasar à su casa, para darle el honor de imponerle algun precepto. Yo le respondí, que solo el cumplimiento de mi obligacion me havia estimulado à incomodarle con aquella visita, y que lo único, à que Yo podia aspirar, era, à que continuáse los buenos oficios de su proteccion. Los espíritus altivos se dexan mucho llevar de la adulacion, aunque sea excesiva, y asi, conocí el gran gusto, que el Señor Romero recibió con mis expresiones, me afirmó, que entre todos aquellos, cuya amistad consideraba apreciable, Yo era, con quien él deseaba mas estrecharla; no me dexé engañar de sus fingidas expresiones, pero para pagarle con otras tales sus falsas palabras, le demonstré lo sumamente reconocido, que havia quedado à la gloriosa distincion, con que me trataba.

Despues de estos preámbulos, y engaños que iban, y venian de diestro à diestro, introduxo la conversacion de los demás Ministros, y conceptuando, en fuerza de lo acreditado, que se consideraba en la Corte, y en la Ciudad, que Yo sería uno de sus mas sinceros afectos, no halló inconveniente en hablar con toda libertad del Ministerio: En fin, para abreviar, dixo mal, de quantos citó; uno en su concepto era un ladron público; otro un traidor al

Prín-

Príncipe; éste un disoluto; estotro un adulador, y todos juntos una sentina de perversas costumbres. No sufria mi genio el condescender à una conversacion tan mordáz, por lo que escusé la contextacion con el pretexto, de que, haviendo tan poco tiempo, que Yo estaba en aquel Continente, no podia aún haver formado idea adequada de los personages sublimes, de que se componia, mayormente, quando era forzosa una particular gracia, para que los forasteros, qual Yo era, pudiesen interiorizarse con semejantes sugetos. En conseqüencia de esta repulsa, dirigió el Señor Romero la conversacion hácia sus circunstancias; alabóse muchisimo, y exageró los buenos oficios, que havia hecho, mediante su poder, à favor de toda especie de personas: Asentí à su gran mérito, no obstante que sabía mui bien, y con cierta ciencia, que vendia hasta las palabras, con que tenia entretenidos, à los que recurrian à su favor.

A este tiempo vino su Maestre-Sala, y le avisó, de que cierto Asentista le enviaba, en muestra de su particular estimacion, un regalo de ciertos licores: Haz, respondió, que pase adelante, el que los trahe, y volviendose à mí, me dixo: Creen estos, que grangean mi patrocinio con estas vagatelas, Yo las recibo, porque desde mi casa no las lleven à manos, de quien venda el estado, al que mas ofrezca: Semejantes donativos siempre vienen acompañados de alguna pretension; Yo escucho sus peticiones con semblante sereno, sin dexarme seducir, y despues aplico mi voto, no à favor de quien me regaló, sino del benemérito, con la mira única del bien público. Alabé una máxima tan sana, aunque

que Yo sabía bien, que no hablaba con él esta alabanza, por quanto obraba todo lo opuesto absolutamente, à lo que decia. Entró el que trahía el presente, seguido de dos criados, que sostenian una grande frasquera de plata, dentro de la qual venian doce frascos, llenos de ciertos licores, de cuyos nombres no me acuerdo. El ambicioso Ministro disimuladamente dió una ojeada à aquel precioso vaso, y con un risueño rostro preguntó, si havia de volver à llevarse los frascos vacíos. Hizo una profunda reverencia el Mono, que trahía la embajada, y respondió, que aquella oferta, tal qual ella era, venía enteramente destinada para el uso de su Grandeza, (título ordinario, que pretenden los personages de primera clase) que quando tuviese, que hacer alguna fineza à algun amigo, podrian servir los frascos, y la frasquera. Asegurado aquel astutisimo camastrón, de que la plata venia tambien destinada para él, mandó, se le respondiese al Asentista, que yá se verian, y hablarian despacio. Observese el rídículo disimulo del Señor Romero, que ni aún dió gracias à aquel, que, quizás para satisfacerle su avaricia, tendria que estrechar la economía ordinaria de su familia, y todo esto con el fin, de que no se formáse mal juicio dél, teniendole por cazador de grandes regalos.

Como deseaba cumplir mis ideadas formalidades, visitando à los Jueces, y con éste me havia yá detenido demasiado, me puse en pie, y le pedí su licencia. Mostróse sentidisimo el Señor Romero de mi resolucion, diciendome: ¿Y por qué, Amigo mio, me quereis dexar tan pronto? Por dár algun pretexto à mi despedida, respondí, que, viendole

ocu-

ocupado en sus dependencias, y estando esperando tantos el honor de hablarle, queria dexarle en libertad. Sonrióse graciosamente el Ministro, y replicó: ¿Y qué quiere decir eso? Estos, que esperan, volverán mañana, si hoi no me digno de oirlos. Las personas del estado medio, è ínfimo han nacido en el Mundo, para hacer la Corte à los Monos, como Yo; y se han de tener por mui afortunados, si despues de venir à presentarse repetidas veces, logran el honor, de que los admita: Sentaos, y os daré parte de mi pensamiento, y despues de esto tendréis à bien que à presencia vuestra escuche algunos de esos, que haveis creído personas de suposicion. Con muchisimo gusto huviera Yo perdonado la confianza, con que queria participarme sus ideas, y asuntos por estár cansado yá de oir máximas tan contrarias à las mias; pero por no irritar à una bestia feróz, es necesario muchas veces complacerla. Tomé asiento, y me habló en los términos siguientes:

Sabed, Amigo mio, que Yo he sido dos veces casado; pero de mi primera esposa, que há diez años, que murió, no logré la dicha de tener sucesion. Como quando enviudé tenia yá muchos años, havia perdido las esperanzas, de que me la concediese mi fortuna, aunque pasáse à segundos desposorios; no obstante, era forzoso poner todos los medios; no salieron estos vanos, pues el Cielo, que toma à su cargo con particular cuidado las familias mas ilustres, condescendió à mis ruegos, concediendome en una jovencita, con quien me casé dos meses despues de viudo, un hijo al año inmediato de mi boda: No ha nacido otro alguno; pero en éste tengo yá asegurada la propagacion de mi Casa.

Aho-

Ahora está para cumplir los nueve años, pero Yo paso yá de setenta, y asi no espero tener tan larga vida, que pueda llegar à tiempo de dirigirle en su juventud por aquellos caminos, que Yo he seguido, y me conduxeron à la cumbre de la utilidad, y del honor. En la incertidumbre de poder cumplir en este punto con las obligaciones de padre; pienso adelantar con una seria educacion los frutos, que se esperan de esta nueva planta; y ahora sabed, que los sugetos, que están en mi antecámara son, los que han de concurrir à tan grande obra; acaso havrá quien venga por algun otro negocio; pero la mayor parte son, los que vienen llamados à este fin.

No podia alabar suficientemente la sábia cautela de este Mono, que, aunque pésimo Ciudadano, parece, que queria ser buen padre. A este tiempo tocó la campanilla, y pidió al Maestre-Sala la lista, de los que esperaban audiencia. Inmediatamente, que lo mandó, la tuvo en su mano; repasóla mui bien, y dixo: Que entre Algarroba.

De alli à un momento vi entrar à un Mono, con quanta gala es imaginable; trahia una casaca bordada de oro, y la chupa era de una delicadisima tela de gusto, toda cubierta de oro, y plata; estaba mui bien peinado, y lleno de polvos; sus manos calzadas de unos blancos, y finisimos guantes, y los restantes adornos todos correspondientes à su general aseo. Luego que entró, me puse en pie, creyendole un caballero de altas circunstancias: Pero el Ministro conoció, que Yo me havia engañado, y me hizo señal, para que no estuviese en pie. La primera pregunta, que le hizo el Señor Romero me avergonzó, é informó de mi error, pues fue, que quánto tiempo

ha-

havia, que era Cocinero. Algarroba, despues de una profunda reverencia, respondió en un lenguage tosco, y obscuro, que en su vida no se havia exercitado en otra cosa, y siendo examinado acerca de su capacidad, él para dar una muestra de ella, contó, que en el convite de cierto Príncipe supo dar una sopa del valor de cien escudos de oro. Entonces dixo el Señor Romero con semblante alegre: Basta; tú eres un excelente Mono, y digno, de que te emplees en mi servicio: Dime, pues, lo que necesitas. Diré, respondió, libremente à vuestra Grandeza, que fuera de la manutencion mia, y de mi familia, se me darán seis escudos de oro cada mes; pero en inteligencia, que he de tener quatro ayudantes à mi orden, pues mi oficio sólo es distribuir las necesarias disposiciones, para que el amo esté prontamente servido. Tiene razon, añadió el Señor Romero, que no es conveniente, que el Gefe de una profesion tan distinguida se emplee, en lo que no sea correspondiente à su habilidad: Yo te concedo quanto pides, porque es mui puesto en razon, y desde mañana espero, que vengas à servirme. Inclinó la cabeza el Cocinero, hizo una gran cortesía, y partió.

Volvióse à mí el Señor Romero, diciendome: No hai oro bastante, con que pagar à un buen Cocinero: Nosotros los Grandes no podemos hacer mejor uso de nuestras riquezas, que empleandolas en las delicias de la mesa, en donde, ademas de saciar el apetito, se dá à entender la magnificencia, y liberalidad del Dueño. Aunque me havia admirado el Cocinero por sus vestidos, y por su habilidad, destructiva de las mas floridas rentas, y aunque igualmente me havia hecho el Señor Romero, que for-

mâse una opinion de él, que le caracterizaba por enemiguisimo de la sobriedad, con todo tuve que baxar la cabeza, y condescender con sus proposiciones.

Entró despues cierto Mono mui soplado, Peluquero de profesion, el que por espacio de muchos años no havia tenido otro estudio, que inventar nuevos modos de cortar, y rizar el pelo. Este havia de tener la obligacion de ir todas las mañanas à componer el cabello al Señorito, y aqueste era uno de los mas graves cuidados, que tomaba el padre en la educacion de su hijo. Prometió el Peluquero no faltar dia alguno al cumplimiento de su obligacion; y tratando acerca de la paga, se le propusieron dos escudos de oro cada mes. Queria hacerse de rogar; pero finalmente, suponiendo, que hacia mucha merced à S. G. dixo, que, estimando mas el honor de servirle, que la ganancia, que se le proponia, gustosamente admitia el cargo, para que le havia juzgado digno.

Partió este artífice, y el Señor Romero promovió la conversacion de ciertos padres, no pudiendo llevar en paciencia el poco cuidado, que tienen con los cabellos de sus hijos, permitiendo su cultura à las manos de una criada demasiado contemplativa, ò de un criado poco experto en un arte, que hace distinguir la cabeza de un noble de la de un plebeyo. Inferí de este discurso los alcances de nuestro Ministro, y que, si trataba de los intereses del Reino, como de los peinados, bien podia estár el Príncipe satisfecho de sus servicios. En este intermedio volvió el Peluquero para declarar, que iba en la inteligencia, de que su salario era libre de tener la obliga-

gacion de poner de su qüenta polvos, manteca, peines, hierros, &c. Justa es tu demanda, respondió el Señor Romero, que no queria disgustarle por la alta estimacion, que tenia hecha de él: se te proveerá, de quanto necesites: Anda enhorabuena, y cumple tu obligacion, sin hacer faltas, y con habilidad. Entonces el Peluquero repitió las cortesías, y marchó.

Entró saltando el Maestro de baile à besar la mano al Señor Romero, y éste le expuso su intencion de querer se enseñáse à danzar su hijo, y como de entre tantos, como havia de su profesion, le havia elegido, creyendole capáz de sacar un discípulo perfecto. Vuestra Grandeza, respondió el Bailarín, no puede errar en sus resoluciones: De mi escuela han salido los mas diestros Bailarines del teatro; y las principales Señoritas de la Corte son mis discípulas. Yá sé Yo mui bien, añadió nuestro Ministro, que grande es tu habilidad; no te falta para ser perfecto, otra cosa, que ser natural de la Metrópoli de esos Estados, que están confinantes à los nuestros; porque, à la verdad, no parece, sino que allí nacen desde luego con particular talento para danzantes. Esta es, replicó el Maestro, mi mayor desgracia, porque me quita el ganar otro tanto; pero como no puedo remediarlo, es fuerza contentarme, con lo que soi. Contratóse la paga, segun el estilo de la Ciudad, que era una pieza de oro por doce lecciones, y cada una havia de durar cerca de media hora; pactóse à parte, que no entraba en esta qüenta el salario de el que tenia que tocar mientras las lecciones.

Finalmente compareció un Mono de un color verdinegro, y macilento, que parecía la imagen de

la necesidad. ¿ Y pues, quién eres tú, le preguntó el Señor Romero. Yo, respondió con mucha humildad, soi aquel por quien se ha empeñado el Ama de vuestra poderosisima Consorte para Preceptor de vuestro nobilisimo hijo. Estos Preceptores, añadió el Ministro, me hacen montar en cólera; mas de trescientos memoriales tengo, en que me recomiendan à otros tantos sugetos, y Yo no necesito mas, que uno; y ese, acaso, es quasi supérfluo. ¿ Y qué enseñaréis à mi hijo? Le dictaré, dixo el Mono, los principios de una buena literatura, y los elementos de las ciencias. Alteróse en extremo el Señor Romero, diciendo: ¿ Tambien vos estais imbuido en estas ciencias? Por toda la Provincia se ha introducido esta epidemia, que produce conseqüencias mui fatales. Yo no quiero ciencias, porque no las he estudiado, ni las aprendió mi padre, ni mis abuelos, ni mis bisabuelos, ni otro alguno de mis ascendientes. ¿ Lo ha entendido el Señor Preceptor? Yo obedeceré en todo à vuestra Grandeza, respondió el Maestro, todo temblando de miedo; dadme, Señor, los preceptos, segun los quales conformaré puntualmente mis operaciones. Vos, replicó el caballero, enseñaréis la lengua Mona antigua à mi hijo, en lo que emplearéis tres horas por la mañana, y dos despues de comer: Siempre haveis de estár à su lado; le acompañaréis à las visitas, y al paseo, y quando estéis con él à solas, le sugeriréis las máximas de caballería: Le impondréis, en que ha nacido, para ser superior de los demás Monos; que no debe sufrir agravio alguno de sus iguales, y que se hará respetar, si le llegan à tomar miedo, y otras cosas, que à un literato como vos no se ocultarán, aunque por

vues-

vuestra sangre no tengais obligacion de saberlas. Por este trabajo os concedo la mesa de mis criados, y si ademàs de esto, teneis pretension à algun salario, decidlo sin cortedad.

Queria el infeliz Preceptor dexar à voluntad del Ministro la entera disposicion de su paga; pero éste se mantuvo firme en asegurar, que no queria ofrecer cosa alguna, porque despues no se dixera, que se havia valido de medios violentos. Obligado el Preceptor à declararse, pidió una pieza de oro cada mes. Esta peticion me hizo formar una alta idea de la prudencia, del que la havia propuesto; pero fue al contrario el efecto, que hizo en la mente del Señor Romero, que trató de vano, ambicioso, y temerario al pobre Mono, que se exponia à continuas fatigas por una miserable recompensa, mas no obstante quedar mui mortificado con la repulsa por tan corta pretension, como la suya, temeroso de perder la ocasion de colocarse, y, lo que es mas, estrechandole el hambre à que condescendiese à qualquiera condicion, aunque fuese la mas vergonzosa, pidió perdon rendidisimamente de lo exorbitante de su peticion al Señor Romero, rogandole, que le admitiese en su servicio con los pactos, que mas convenientes le parecieran. A esto respondió el Ministro: Yo os concedo la mitad, de lo que haveis insinuado; y si con el tiempo viese, que mi hijo aprovecha con vuestras lecciones, os seré agradecido, dandoos de adealas al fin del año algun par de zapatos: Pero estad advertido de no separaros un punto de los documentos, que os he dado; teniendo asimismo entendido, que absolutamente no quiero, que deis, que sentir à mi hijo; desdichado de vos,

si

si le azotárais, porque havia de tomar una exemplar venganza; por ser cosa, que notablemente desdice, que una mano, que nació destinada para servir, tenga la execrable osadía de castigar à un sugeto, que previene el Cielo para los primeros honores de la Patria, y para ser el apoyo de su Príncipe. El pobre Mono hambriento tuvo forzosamente, que adherir, y condescender con la voluntad de aquel indiscreto padre; despues de lo qual, se fue retirando, repitiendo las cortesías, y prodigalizando los títulos mas excelsos, capaces de satisfacer el rídiculo fausto de un viejo tan sobervio.

Luego que éste marchó, dexandome el corazon lleno de la compasion mas tierna, me dixo el Señor Romero: Vos, Señor, acaso estrañaréis el recibimiento tan poco favorable, que he hecho al Preceptor, pero cesará vuestra maravilla, quando sepais, que esta raza de Monos es la mas impertinente, que se encuentra en estas Provincias. Hinchados con sus méritos quiméricos, elevan sus pretensiones hasta el término de quererse igualar à la Nobleza, haviendo tenido el atrevimiento de esparcir en ciertos libros, que el saber dá preferencia sobre la mas ilustre sangre, fundados en la ridícula razon, de que las letras forman el mérito personal en el sabio, y el nacimiento no pende de nuestra voluntad. Tales libros sacrílegos deberian estár quemados con sus autores, pero el descuido, ò acaso la depravada complacencia de ver, si pueden abatirnos, son causa, de que se introduzcan tan malvadas máximas.

Yo entonces le repliqué: Si vos teneis por cosa peligrosa depositar en los sabios vuestras confianzas, prudencia será contenerlos en los límites debi-

bidos; pero no acabo de entender la razon de haver prohibido al Preceptor, que ilustre à vuestro hijo con aquellas ciencias, que son el alma de un Estado culto, y político. Vos, añadió el Señor Romero, segun voi viendo, sois uno de los sequaces del nuevo método de educar la juventud; pero Yo de nadie me dexaré persuadir, à que permita à mi hijo, que aprenda à delinear en un papel ciertas figuras mágicas, combinandolas con unos caractéres diabólicos, para que despues tenga el ridículo, atrevimiento, en virtud de tan detestables medios, de querer saber, quanto pesa la Luna, y qué tamaño tiene el Sol, con otras mil importunas necedades. En aquel punto eché de ver, que era imposible adelantar cosa alguna con este espíritu, envejecido en la ignorancia, y que formaba ideas tan extravangantes de la Geometría, Astronomía, y Algebra.

No dexé no obstante de darle à entender, lo que me admiraba la repugnancia, que havia demonstrado, en que el Maestro castigáse à su Discípulo: Tengo para ello mis razones, dixo el viejo: Un corazon tiernecito, que se acostumbra à temblar à la voz de un pedante, no puede despues concebir sentimientos nobles, y generosos: El muchacho, que teme à las disciplinas, como al mayor de los males, huirá despues à la vista del enemigo; no sabrá resistir à las amenazas de un émulo; y asi será inutil para la guerra, para la vida civil, y para su propria familia, obscureciendo con tan viles medios la generosidad de aquella sangre, que debe à su nacimiento. Sé, que opondréis à ésta la máxima, de que la juventud con sus ardores queda incapáz de

fre-

freno, si no está de antemano acostumbrada à contenerse dentro de los límites de la moderacion; pero à esta, que se cree virtud, tengo Yo por baxeza, y asi, dexandola para los espiritus abatidos, quiero desterrarla del todo del corazon de mi hijo.

Oyendo esta última proposicion, no tuve fuerzas para aguantar mas; oponerme à sus palabras era ofender la excesiva sobervia de un genio rebeltoso, y maligno, y asi elegí el retirarme, para no incurrir en la casualidad de enemistarme con un personage, à quien havia tenido la paciencia de tolerar por tanto tiempo sus extravagancias, solo por tenerle en qualquiera ocasion propicio, ò à lo menos, indiferente. Levantéme de la silla, para despedirme de él; pero me instó, diciendome: Esperad, que acabe de dar audiencia; y Yo mismo iré acompañandoos hasta vuestra casa, tendré tambien el gusto de visitar al Señor Haya, que há dias, que no le he visto.

Yo, que no tenia gana de adularle, ni de exponerme al riesgo de algun contratiempo, le rogué, me permitiese partir, por quanto mis dependencias me obligaban à detenerme en otra parte, antes de ir à casa. El Señor Romero entonces se excusó de no introducirme à visitar à su esposa, porque estaba todavia sin vestir. Era zeloso con tanto extremo, que, aún siendo criatura Yo de diversa especie, de mí la recataba, encubriendo tan indecente pasion baxo el pretexto de la decencia, y cumplimiento. Renováronse de una, y otra parte las expresiones, aunque poco sincéras, y partí contentísimo de dexar aquella casa, con firme proposito de no volver à ella en mi vida.

CA-

CAPITULO XII.

De la visita de Enrique al Señor Peregil.

ANduve largo tiempo por la Ciudad, para hacer las premeditadas visitas à los Jueces mis compañeros; pero unos estaban fuera de casa, y otros acompañados de sus amigos, por lo que no tuve la fortuna de hablar à aquellos, y con estos no se introduxo otra conversacion, que la general, por no haver podido quedar solos. Los discursos en todas partes eran unos generalmente; se decian mil males de los ausentes, se alababan los presentes, se esparcian sospechas ofensivas à la reputacion de muchos, y se daba fin à toda la obra, ò poniendose à jugar, ò en algun divertimiento público, ò privado. Por estos motivos no pude inquirir cosa alguna de nuevo en estas conversaciones, ni pude conocer el caracter de las personas, con quienes estuve conferenciando; pero cumplí con una formalidad necesaria, que me acreditó entre todos por un sugeto atento, que no es corta ganancia à costa de una ligera incomodidad.

Dexé para la última visita à un cierto Señor Peregil, que Yo tenia por un Mono de poca penetracion, y cortos talentos, por quanto su humor melancólico, y su contínuo silencio no le hacian favor alguno para mi concepto. Además de esto, lo nada pulido de sus vestidos, y adornos daba à entender, ò que ningun cuidado ponia, en cómo havia de comparecer delante de los demas, ò que la impo-

sibilidad de igualarse à los de su clase le reducia à la mortificacion no solo de ser, sino de demonstrarse el mas pobre. Apenas le subieron recado, de que solicitaba el honor, de que me admitiese, quando salió à recibirme al mismo patio, y con las mayores expresiones, sin afectacion alguna me tomó la mano, rogandome, tuviese à bien subir la escalera. Este primer paso fue motivo, para que me pareciese este sugeto de un corazon sencillo, y naturalmente lleno de afectos. Registré cuidadoso, qué criados nos acompañaban, y no encontré mas que à un viejo, cubierto de una antigua librea, y un pagecillo con un vestido de otro color. Subí finalmente, y me hallé en un salón, cuyo adorno no era otro, que un banco medio derrengado.

El Ministro à este tiempo me dixo: No os admiréis, Señor, de ver tanta miseria en un Palacio tan grande, porque en ella se cifra la mayor gloria, y mas estimable herencia, que puedo dexar à mis descendientes. Yo heredé de mis padres, quanto podia desear, para gozar una vida cómoda; pero las repetidas desgracias, con que me ha visitado el Cielo, me pusieron en estado de privarme, aún de las cosas mas necesarias, solo por conservar mi honor con pureza: Esta consideracion me hace mirar mi pobreza con vanagloria, pues veo, que, quando me faltan las comodidades, que tienen mis iguales; puedo vivir contento, porque nadie por mi causa tiene, que lamentarse de daño alguno.

El honrado proceder del Señor Peregil se manifestaba claramente con este discurso, pero le ví mas patente, en lo que iré exponiendo. Me introduxo en un quarto, cuyas paredes estaban adornadas

con

con una colgadura de cierta tela de seda, llena de saca-bocados, y que en otro tiempo fue encarnada. Me hizo sentar sobre una antiquisima silla, tan alta, que se me quedaron las piernas como pendolas de relox; fuera de esto, los pies del sillón estaban taladrados de carcoma, y asi me hallaba en un perenne peligro de dar en tierra, además de estár en un contínuo terremoto, balanceandome yá à uno, yá à otro lado.

Luego que nos sentámos, me preguntó el infeliz caballero, qué causa me havia movido, para honrarle con mi visita; à lo que le satisfice, diciendole, que solo, la de que me reconociese por su rendido servidor. Mejor direis, añadió el Señor Peregil, que era enemiguisimo de ficciones, por un benéfico amigo, pues solo vos haveis querido darme semejante complacencia, quando mis iguales, y aún los del estado mas inferior, huyen lexos de mí. Estas son las conseqüencias de la desgracia, que nos separa de los amigos, y nos hace despreciables à los ojos de todo el Mundo; pero bien será disculpar esta conducta, pues la proximidad de los desdichados atrahe en cierto modo la tristeza, inseparable, y necesaria compañera de los contratiempos.

Yo entonces, por dar algun consuelo à este pobre afligido, entrando à la parte en sus sentimientos, introduxe la conversacion mas sin rebozo acerca de sus infortunios: No puedo llegar à entender, le dixe, como es, que, hallandoos colocado en un puesto, que subministra à muchos las riquezas con abundancia, vos tengais necesidad tan grande, como me dais à entender. Los cargos honoríficos, respondió el pobre Mono, no son motivo suficiente,

para adquirir bienes de fortuna ; si acaso veis , que aquellos , que los obtienen , se dan buena maña , para hacer grandes progresos , bien podeis decir , que los tales (si es posible , que los haya) no han tomado , como deben , à su cargo los intereses de sus Soberanos. Comunmente oimos decir , que en los empleos eminentes se executan mil comercios abominables ; pero Yo jamás lo he creido , pues me repugna asentir , à que se encuentre sugeto circunstanciado , que pueda baxarse à cometer tales vilezas.

Viendo, que no era este el camino de poder aliviarle sus penas , le pregunté , antecediendo mil excusas, y vénias de mi atrevimiento , la causa de su infelicidad. El , arrancando un suspiro de lo íntimo de su corazon , respondió : Por quanto no sois de mis Compatriotas, que tal vez se alegrarian de mis desventuras , como sucede freqüentemente ; y porque descubro en vuestro discurso , y en la fama , que corre de vuestra honradéz , que sabréis reservar la verdadera causa de mis infortunios , desde luego quiero manifestaros mi corazon , y por mi relacion llegaréis à conocer , qual sea el manantial de todas mis fatalísimas infelicidades.

Haviendo, como os dixe , quedado heredero por muerte de mi padre de una preciosa hacienda , pensé en asegurar mi sucesion , casandome con una noble , honesta , y hermosa joven : Nació de esta union no mas que un hijo , al que procuré educar segun las verdaderas máximas de la prudencia ; no las comunes , y de moda , que siguen generalmente ahora los padres. Doctos , circunspectos , y hábiles Maestros instruyeron à mi hijo en el modo de vivir

con

con honor, y cultura; le aleccionaron en las ciencias mas útiles; le dirigieron al amor de la virtud, y yá sus frutos, aún no del todo sazonados, eran lisonja del cuidado, y contínuas fatigas de su padre, y preceptores. Aumentabanse sus años, y crecian al mismo paso sus luces, su bondad, y adelantamientos. Todo caminaba à proporcion de mi amoroso anhelo, y yá me vanagloriaba de un éxito dichoso. ¡ Quánto se engaña nuestro miserable entendimiento al proyectar sobre los sucesos futuros! No era menor, que el mio, el consuelo de su madre, contenta de haver dado à luz un hijo, que contemplaba, havia de ser modelo de los mejores Ciudadanos. Su obediencia à nuestros preceptos, y su atencion en obligar nuestro cariño, nos acrecentaban la natural ternura acompañada con una justa estimacion de sus recomendables qualidades.

Calló un breve rato al llegar à estas palabras el desconsoladisimo anciano, aprovechando este intervalo en enjugar las lágrimas, que con abundancia bañaban sus mexillas, y Yo en tanto reflexionando la educacion, que prevenía à su hijo el Señor Romero, y haciendo cotejo, con la que al suyo procuró el Señor Peregil, no acababa interiormente de abominar la conducta de aquel, y de celebrar à éste, todo lo que se merecía. Volvió à tomar el hilo de su relacion, diciendo: Todas estas bellas esperanzas se desvanecieron en un momento. No bien havia dado mi hijo el primer paso por el Mundo, quando se le agregó uno de aquellos falsos amigos, que no intentan otra cosa, que corromper la inocencia por sus particulares provechos. El corazon del docil joven se dexó seducir à po-

cas

cas persuasiones. Tomáron posesion de él el libertinage, el juego, el luxo, y todos los vicios, que acarrean la desolacion de una familia. No podia bastar la mesada, que le tenia señalada, para suplir tantos gastos, y para saciar la codicia de las malvadas compañias de su disolucion. Yá buscaba un pretexto, yá otro para sacarme dinero: En una ocasion quiso hacerme creer, que havia saltado del engaste una piedra de valor, que llevaba en la sortija; y otra vez, que le salieron ladrones de noche, y le havian despojado de quanto llevaba: Reparáronse estas pérdidas, pero de alli à poco se repitieron los mismos lances.

Todo el mundo sabia su irregular conducta; pero ninguno tenia valor de dar qüenta à un padre amoroso, y asi fuí el último, que supo esta desgracia, yá mucho tiempo havia, pública en la Ciudad, y en la Corte. Yo pensé reducirle con las paternas insinuaciones (creyendo remediable el mal) à un tenor de vida decente, y arreglada; me lo prometió; pero suplicandome antes, que pagáse todas sus deudas: Me hizo ver todas sus qüentas, cuyas cantidades ascendian à considerables sumas. ¿Qué no hará un padre enternecido, para aliviar à un hijo, que supone arrepentido de sus maldades? Suministréle todo el oro necesario, para que se reintegráse en su honor; y desde aquel punto comenzó el desconcierto de mi economía.

¿Lo creeríais? Pues la mitad de la deuda era fingida: Me engañó tan indignamente, para sacarme el dinero, por poder continuar su disoluto proceder, aconsejado para ello de sus falsos amigos. Fue este un golpe tan sensible para mi pobre consorte,

que,

que, considerando caso desesperado la correccion de su hijo, cayó mala del sentimiento, y à poco tiempo murió. Con la falta de esta amada compañera de mis trabajos, me ví en la necesidad de tomar à mi cargo el gobierno interior de mi casa; pero incapáz de un manejo de tal naturaleza, me hallé tan robado de mis criados, que un año despues de su muerte saqué la qüenta, y encontré haver hecho mas gasto en él, que solia ella hacer en tres, mediante su economía.

No corrigió al malvado la muerte de su madre; antes connaturalizado yá en su pésima vida, y hecho maestro de toda disolucion, no pasaba dia, en que no me diese una nueva pesadumbre. Confieso la verdad, olvidé todo el cariño, que le havia tenido hasta aquel tiempo, y unicamente me dediqué à mantener con decoro el punto de mi honor, y la conservacion de la buena fama de mi nombre, y la de mi familia, en que tanto me interesaba, para cuyo efecto pensé en buscar remedio à tantos desórdenes. Continuamente estaba oyendo quexas contra él; yá tenia que componer à fuerza de oro el ultrage, executado en una honrada familia; yá el mercader me presentaba una subida qüenta de inumerables géneros, y supérfluos adornos, que podian haver saciado la vanidad del mas delicado pisaverde; yá venian à sofocarme, pidiendome una excesiva pérdida del juego.

Muchas veces intenté echar de mi casa, y desheredar à un hijo, que arruinaba mi reputacion, y mi hacienda; ¿pero qué se huviera dicho de mí, si huviese puesto en práctica este pensamiento? El Mundo, es cierto, que no siente bien de las acciones

nes injustas ; pero está siempre pronto à apiadarse, del que prevaricó, quando le ve humillado con el castigo : Huviera sido mirado como un mal padre, si huviese querido proveer à mi subsistencia contra los atentados, del que pretendia destruir de una vez mi crédito, y mis bienes. Comencé à vender mis joyas, luego la plata, despues los muebles mas preciosos, y los bienes raices, y finalmente huve de hypothecar las quantiosas haciendas, que mis mayores havian dexado fiadas à mi cuidado. Ahora me hallo en el duro, deplorable estado de vivir con estrechéz, para subministrar à este disipador, lo que ahorro à costa de mi alimento. He despedido toda la familia, que era numerosa, quedandome unicamente con dos infelices criados, ambos inhábiles para servir, uno por sobra, y otro por falta de edad ; pero los mantengo, porque à causa de sus respectivos defectos me tienen menos costa.

Aqui volvió à hacer pausa el miserable Mono, para desfogar segunda vez su afliccion. Mucho me condolió este pobre viejo, y no acababa de persuadirme, cómo pudiese llegar à tal extremo la crueldad de un hijo, que Yo mismo huviera despedazado entre mis manos. Intenté consolar al afligido con la consideracion de las alabanzas, que por su prudente proceder le darían sus conocidos ; y con la reflexion de la heroica generosidad, con que havia resistido tantos golpes de fortuna, para conservar aquel honor, que reputaba por tan preciosa alhaja.

Bien deciis, ò amigo, replicó el Señor Peregil, y en parte aligeraria mi dolor, si creyese poder preservar ilesa esta joya, que me es mas apreciable, que quantos tesoros encierra el Mundo ; pero des-

despues de haver perdido todos mis haveres, me veo en vísperas de morir pobre, y sin honra. Escuchad, lo que en el dia me sucede. Ha venido hoi un mercader à pedirme doscientos escudos de oro, por los géneros, que ha sacado de su tienda mi hijo, que estando mui próximo à no tener, que comer, ni aún pan, ha tenido la locura de hacerse un vestido de este precio, para salir con mayor gala, que los mas ricos Señores de la Corte. Reflexionad un poco, en qué consternacion me havrá dexado semejante golpe, haviendo venido à una sazon, en que estoi absolutamente falto de medios, y que puedo asegurar sin avergonzarme, que no tengo un quarto. No queriendo, que supiese el mercader mi infeliz estado, recurrí à muchos amigos, que me han dado con la puerta en los ojos. Busqué à aquella especie de gentes, que suele aprovecharse de las repentinas urgencias de las familias, prometiendo ceder una casa de campo con un jardin accesorio, como me diesen la cantidad expresada, hasta que el Cielo me abriese camino para poderla pagar. Con los frutos de la tierra, y con el uso de la casa, el que huviese querido prestarme este dinero pudiera haver tenido una ganancia suficiente en recompensa de su capital, teniendole al mismo tiempo seguro: Pero todo esto fue en vano, por haverles parecido poco ventajoso el partido á aquellas voraces Harpyas.

Enternecíme, oyendo este suceso, y prometí instantaneamente al Señor Peregil prestarle esta suma, que me restituiria, quando tuviese proporcion comodamente, y sin las condiciones, que à los otros havia propuesto. Se dexó ver al punto una particu-

lar alegría en el semblante de aquel afligidisimo Mono, pero por una delicadeza ò punto de honor no quiso aceptar la oferta, à menos de que Yo no recibiese en prendas el uso de la casa, y el jardin, que estaban como un quarto de legua de la Ciudad: Fue forzoso ceder à su gusto, y al dia siguiente le entregué el dinero, y él formalizó el contrato, y la escritura. Como Yo gustaba tanto de las delicias de la campiña, me tuve por mui afortunado, viendome con una casa de campo, por tan poca costa y tranquilizando al mismo tiempo el corazon de un Mono, que merecia, por cierto, mejor fortuna.

Antes de despedirme mandó el Señor Peregil llamar à su hijo; éste se hizo desear, y ultimamente vino, precediendo sus gritos, y quimeras con los criados, porque no havian obedecido prontamente ciertos preceptos, que les tenia impuestos. Haviendo llegado à presencia del padre, le riñó éste por los nuevos gastos, y señalandome, le dixo: Sino fuera por este caballero, me huviera sido imposible cumplir con mis empeños. El Señor Tomillo (que este era su nombre) no me habló otra cosa, que: Vivais muchos años; y despues vuelto à su padre, le respondió asi:

No debiais darme la vida, si no havia de ser, para pasarla, como corresponde à mis circunstancias. Estamos inmediatos al Carnabal, y no es decente comparecer por la noche con el mismo vestido, que me vieron el año pasado. No me parece, que voi mui descaminado en mis operaciones: Acordaos, de lo que vos hicisteis quando mozo, y mirad, si, en tal caso, teneis ánimo para desaprobarlas. En una palabra, Yo he nacido para vivir en el Mundo, para

ra parecer delante de las gentes, para divertirme, para gastar.. Sino recurro à vos, ¿ à quién he de ir, à que me dé lo que necesito? Dicho esto, apenas nos baxó la cabeza, y se marchó.

Entonces, mas que nunca, me pareció digno de compasion el Señor Peregil, de quien me despedí, despues de ratificarle la palabra del empréstito, y de haverle asegurado, y prometido de nuevo un inviolable secreto acerca de las confianzas, que havia tenido conmigo. Acompañóme hasta la escalera, y Yo dexé por ultimo sereno à aquel desdichado viejo. Reflexionando despues mejor, y sin pasion el caracter de este caballero, le consideré poseido de un engaño manifiesto, porque la delicadeza de su honor le ponia continuamente en un efectivo riesgo de perderle sin adelanramiento alguno, y sin tener siquiera la aparente gloria de detener el torrente à su desgracia, ò à las desarregladas acciones de un joven incorregible, y connaturalizado yá con el vicio. Contémplese à quantos yerros estamos expuestos. El dió principio con el mas acertado método à la educacion de su hijo; pero éste con la demasiada contemplacion llegó à precipitarse, y à destruir todos los efectos del paternal desvelo; finalmente la falsa idea de su decoro atraxo al Señor Peregil sobre sí, y sobre toda su familia un piélago de miserias.

CAPITUO XIII.

De la sentencia dada en el Pleito del Volatin.

EN este mismo dia advertí alguna novedad en casa del Señor Haya, sin que pudiese adivinar el motivo. Entraban, y salian ciertas personas, que Yo no conocia, y se encerraban en el quarto del dueño de casa, para conferir secretamente algunos asuntos, segun mi parecer, importantisimos. A estas conferencias asistía tambien Madama Espina, que desde entonces comenzó à afectar una seriedad, que me hacía entrar en sospecha. Temí, que acaso huviesen pasado contra nosotros algunos malos oficios con estos nuestros bien-hechores, por lo que me acometió una suma tristeza. Comuniqué mis dudas con Roberto, que continuaba siendo director de mis acciones, y consejero de mis pensamientos. Mi amigo, que estaba igualmente que Yo, interesado en el agradecimiento para con toda aquella benéfica familia; pero que tenia mas cordura, y mayor fortaleza, procuró consolarme, diciendo, que mientras tuviesemos la proteccion del Señor Haya, no debiamos entregarnos à un temor sin fundamento. Puede ser, añadia, que en aquellas juntas ocultas se traten materias domésticas, de las que no permite la prudencia, que sean los estraños sabedores; Yo espero, que todo terminará á satisfaccion de nuestro amigo, de su consorte, y de sus hijos.

Aunque me hacian fuerza las razones de Roberto, con todo, no podia desvanecer mis melancólicos pensamientos, viendo continuarse las causas, que

los

los fomentaban, y asi para disipar especies, y dar algun alivio à mi turbado espiritu, fui à tomar posesion de la casa de campo, y del jardin, arriba mencionados. Todo ello estaba con el mayor asèo, por lo que me puse mui contento con mi alhaja: Encontré un Jardinero, diestrisimo en su arte: Yo, que con fuerte inclinacion fui siempre aficionado al bello placer de el cultivo de la tierra, tuve particularisimo gusto, viendome con proporcion de condescender à mi natural genio. Aprendí del Jardinero las reglas de su exercicio, y procuraba ponerlas en práctica al mismo tiempo, que él las executaba. La proximidad de esta casa à la Ciudad me facilitaba el camino de satisfacer diariamente mi curiosidad; y además del placer, que sentia en pasar una vida conforme à mis deseos, fue tambien mui util à mi salud, mediante la mutacion de aires, pues, sin duda, es menos sano, el que se respira en la Ciudad, que el que se desfruta en el campo. De quando en quando venian à verme mis amigos, con los que tenia el gusto de conversar, esento de todas las formalidades fastidiosas.

Llegó el dia, en que se debia ver la causa del Volatin que se defendia del que le havia calumniado de Mágico. Congregáronse los Jueces, y la sala se llenó de infinito Pueblo, atrahido de la novedad de la disputa, de la alta reputacion de los Jueces, y de la fama de los Abogados, que debian perorar à favor de sus respectivas partes. Permitaseme decir de paso, que aunque no huvieran ocurrido estas razones, para mover à los Monos, à que acudiesen à aquel lugar, el ocio, y la curiosidad de los habitantes de *Simiópolis* (esta acaso es la primera vez

vez, que en estas Memorias he nombrado la Metrópoli de este Reino) huvieran sido motivos suficientes para atraher à las personas de todas clases de la Ciudad, para presenciar este acto. Es increible, quanto se dexan llevar los Simiopolitanos de toda especie de pasatiempo: Como se trate de no trabajar, todos son de una misma inclinacion. Si un muchacho está jugando en la calle, inmediatamente se forma un cerco de mirones: Si está un papagayo charlando à la ventana, al instante se vá juntando un peloton de Pueblo para escucharle: Toda vagatela es suficiente, para embobar à estos naturales; señal bien clara..... ¿ Pero adónde me dexo conducir de una reflexion, que, aunque justa, y verdadera, no es à tiempo oportuno?

Comparecieron à presencia de los Jueces en acto de pedir justicia, y con la mayor humildad el acusado, y el acusador, seguido cada uno de dos Abogados, que havian de defender sus razones. Hecha señal, para dar principio à la accion, se puso en un puesto elevado uno de los Abogados del acusador, que empezó su oracion con una introduccion bien estudiada, que contenia por extenso las alabanzas de la integridad de los Jueces. Como iba próponiendo el punto de la qüestion, la fue haciendo mudar algun tanto de semblante, pero con tal arte de sutileza, y aire de sinceridad, que era capáz de engañar al de mas expedito ingenio. De esto pasó à proponer ciertos fundamentos, que él llamaba axiomas, falsos, si hemos de hablar en realidad, pero tan bien paliados con el colorido de verdades irrefragables, que temí mucho al reo con tan peligroso, y diestro enemigo. Quando él creyó yá à los Jueces en-

engañados con la falacía de sus principios, fue poniendo repetidos argumentos, todos concluyentisimos, y que era fuerza admitir como necesarias conseqüencias, que de ellos se deducian claramente. Despues con una verbosidad indecible, que entre las gentes de la Curia se llama eloqüencia, repitió muchas veces una misma cosa con reiterada mutacion de terminos; y finalmente, volviendo à las adulaciones del principio, pidió à los Jueces proteccion, y justicia à favor de su parte.

Duró cerca de una hora la defensa de éste, y confieso, que me gustó mucho, quanto habló, aunque mui bien conocí la apariencia, con que intentaba seducirnos: Me agradó la sutileza de su ingenio; pero condené interiormente el abuso. Mientras duró la arenga de este sagáz artífice de engaños, sudaba, y estaba temblando el pobre Volatin, que conocia, quan perjudicial le era, que se disfrazáse la verdad del asunto; pero, luego que vió al segundo, que yá ocupaba el lugar del primero, para defender su derecho, pareció, que havia vuelto de muerto à vivo, abrió los ojos, aplicó el oido, y publicamente demonstró la alegria de su corazon en el semblante.

Era este Abogado un sugeto de viveza, de gran penetracion para las sutilezas del contrario, y de suficiente capacidad para desvanecer sus máquinas: En efecto se aplicó à esto con todo su ingenio, y eficacia. Comenzó, despues de un breve exordio, à examinar los fundamentos, sobre que se formaba la disputa contraria, y haciendo conocer la falsedad, mostró, que sus raciocinios, aunque excelentes, no eran aplicables al presente caso, como tambien, quan dies-

diestramente, y con qué malicia havia alterado la qüestion en perjuicio de la inocencia, y con desprecio del Tribunal. De aqui fue, que se disolvieron por sí mismos los argumentos, como que estaban fundados sobre cimientos aéreos. Entonces aquel Abogado, que podia con razon llamarse eloqüente, si se hace comparacion de él con el otro, reduxo la materia, que se disputaba, à su verdadero estado, y expuso la justicia de la Parte, que defendia, con tal claridad, que no dexaba razon de dudar. Asi terminó la segunda oracion, que fue mas lucida, y alabada, que la primera, no tanto por la mayor excelencia del Profesor, quanto por haver tenido de su parte à la justicia.

Salió el tercer Abogado à la palestra, para sostener las razones del primero. No ví jamás Mono mas atrevido, que él: Su tosca figura, su semblante displicente, y su aire de superioridad, y fiereza le calificaban por el Capitan General de los charlatanes, y el terror de sus compañeros. Entonó su discurso con una voz, que era capáz de hacer temblar à un exército, la que sostuvo con la misma fuerza hasta el fin de su peroracion. Todas estas ventajas, no fueron coadyuvadas de lo esencial, que se busca en un Orador; porque en lugar de apoyar las pretensiones de su parte con razones, y argumentos, se separó quasi del todo del examen, y fundamentos de la qüestion propuesta, sin tocarla sino de paso, y consumió todo el tiempo, que havia de emplear en su razonamiento, en cosas del todo estrañas, è importunas.

Quiso, pues, tentar primeramente el corazon de los Jueces, confrontando las personas, y circunstan-

tancias del joven, y del Bailarin. Aquel, decia, hijo de unos Padres honrados, se ve con vergüenza de todos sus parientes expuesto al peligro de ser la burla de un hablador vagamundo: De aqui con una descripcion patética se compadeció del estado de los padres, las lágrimas de las hermanas, que aún no estaban casadas, y el disgusto de la Ciudad, viendo à uno de sus Conciudadanos, por un leve, y pueril asunto, próximo al riesgo de mirar ultrajada su reputacion. Pasó despues à insultar al Volatin, y su arte; y à él solo, sin conocerle, aplicaba todos los vicios, que se encuentran divididos en los de tal exercicio, empleando gran parte del tiempo en esta infamacion. Mordió agriamente en el honor, y en el conocimiento del asunto à los Abogados contrarios, que llamaba à cada paso sus dignísimos compañeros, y amigos. Con sales jocosas, y ridículas procuró separar los ánimos de los Jueces de la debida atencion, y excitó muchas veces la risa en los mas circunspectos. Juró finalmente, blasfemó, y puso fin à su discurso.

Aunque no pude formar una idéa completa, por lo que hace à este Orador, ò yá sea por su sutileza, ò yá por el arte de argumentar; no obstante, de la capacidad, con que le oí tratar los puntos extrínsecos de la causa, no pude menos de formar una alta reputacion de su ingenio, creyendo seguramente, que, siempre que se empleáse en la defensa de mejor negocio, mediante su habilidad, le sería mui facil con qualquiera razon, aunque fuese aparente, desatar un torrente de eloqüencia, ò fulminar un rayo, que bastáse à destruir, al que se le opusiera.

Entró ultimamente el quarto Abogado en el puesto, que havia desocupado el tercero. Quando comenzaba à tomar el gusto, que me causaba su carácter, por distinguirle de todos los demás, mediante sus divisiones geométricas, y su estilo concluyente, y conciso; se dexó oír una voz espantosa, y repentina, que le dió un solemne *mentiis* à una de sus mas verdaderas proposiciones. Yo, que no esperaba tal novedad, me hice cargo, de que aquel, que asi havia desmentido publicamente al Orador, havria tenido la desgracia de haverse vuelto loco en aquel instante; y yá estaba esperando verle sacar fuera de la sala, para que con su nueva demencia no alborotáse la última parte de aquel informe. Mas, si fue grande mi admiracion con tal suceso, aumentóse mucho mas, viendo, que se dexaba al loco en su delirio, sin que nadie tomáse à su cargo el hacerle callar. Yá no me fue posible poner mas atencion à las razones, y artificio del Abogado, à causa de que los dos hablaban à un mismo tiempo, y negando el uno, lo que afirmaba el otro, se llenárон entre sí repetidas veces de dicterios.

No acababa de entender, cómo se permitia desorden semejante; pero despues supe, porque asi me explicáron este enigma, que tales réplicas se havian instituido con bellisimo, y prudentisimo fin, pero, que el abuso las tenia reducidas à una vocinglería, semejante à las que se suscitan en las tabernas, en donde cada borracho habla, sin dexar tiempo al otro, para que dé su respuesta. Con tal confusion se puso fin à la contienda, en la que ninguno de los presentes pudo comprehender razon alguna.

Pa-

Para hacer justicia à estos quatro personages, y por dar lugar à la verdad, es forzoso tributarles las alabanzas, de que son dignos. La claridad de sus ingenios, el sagacisimo arte de persuadir, y algunas veces de engañar al Juez, enmascarando la falsedad con una afluencia de argumentos, que no se adquiere sino con grande estudio, y con una continuada práctica; un cierto nervio de eloqüencia, para saber epilogar todas las razones de la Oracion, al acabar la disputa, son particulares dones, que no se encuentran facilmente. En los Paises mas cultos no he advertido con mayores adelantamientos la Oratoria. Es cierto, que las flores de la Rhetórica no están mui hacinadas en sus discursos, que repiten muchas veces unas mismas cosas, y que con su verbosidad procuran alargar los razonamientos; pero hai para todo esto una respuesta mui adequada; se les tiene concedido un tasado espacio, dentro del qual han de hacer todas sus probanzas, sin poder excederle; de aqui es, que se ven precisados à exponer desde el principio toda la fuerza de sus argumentos, porque no se cumpla la hora, y quede su Parte sin alguna de las respuestas conducentes, y por esto suele acabarseles la materia, antes que el tiempo.

No se les puede instar tampoco, diciendo, que en virtud de lo dicho en lugar de nuevas repeticiones pudieran terminar su informe; porque si se apartasen de la palestra un momento antes de lo ordinario, creería su Parte, que el Abogado havia ido à despachar, y le dexaba indefenso. Finalmente noté, que no era elevado su estilo, y que tenian costumbre de servirse de los vocablos mas usuales, y cor-

rientes; costumbre prudentisima, pues asi facilitan la inteligencia, de lo que proponen, à todos los que escuchan; y los Abogados no tienen que distraherse en extrínsecos adornos, que son mui bien parecidos, pero supérfluos absolutamente para los fines de la justicia.

Acabados los informes, se intimó à todos, los que allí se hallaban, que saliesen de la Sala, porque los Jueces quedasen en libertad, para dar la sentencia difinitiva: No bien se mandó, quando quedó desocupada; despues se cerró la puerta, porque ninguno tuviese la inadvertencia de volver à entrar. Intentáron los dependientes del Tribunal pasar à la execucion, de lo que acostumbraban, quando iban à votar la causa los Ministros; pero el Presidente del Consejo secreto suspendió este acto, con motivo de tener primero que hablar à la Asambléa. Roberto en una conferencia secreta, que havia tenido con el Príncipe, le havia sugerido, quanto importaba poner remedio en los abusos de los Abogados, y en la transgresion, que hacian de las Leyes, y Reales Decretos; mandóle entonces el Soberano, que ventiláse el punto con su Presidente; y los dos quedáron de acuerdo, en lo que havia de practicarse. Habló, pues, en estos términos:

Nosotros, Señores, que no somos Jueces Ordinarios de los pleitos comunes, sino delegados por el Príncipe para este juicio extraordinario, no estamos, me parece, obligados à seguir las regulares formalidades. Creo, que los defensores de ambos partidos, en vez de proponernos el verdadero punto de la dificultad, se han empeñado en una disputa inutil, cuya decision irá trayendo otras mu-

chas

chas, y de este modo dilaciones, que resultan contra la intencion del Soberano, dandonos tambien la incomodidad de repetidas sesiones. Por honor, pues, del Real Decreto, y tambien por el nuestro, debemos hacer cesar tan mal modo de proceder, castigando à los Abogados, que se hallen con culpa, absolviendo al inocente, è imponiendo al reo su merecido castigo: Ahora votaréis en secreto, por el que os parezca tiene de su parte la razon, y despues pensarémos en el remedio, que deba ponerse en un desorden, cuyas consequencias resultan en menosprecio de la justicia, y de las Reales intenciones.

Aprobámos todos la advertencia del Presidente, y unanimemente determinamos seguirla; y mucho mas, explicando el Decreto, que los Jueces sentenciasen segun equidad, sin las escrupulosidades, y sutilezas del Derecho. Fueronnos repartiendo ciertas bolas, cuyo fin era para manifestar despues el voto, que dabamos en secreto. Llegó finalmente el acto de votar; éramos quince; y se halló ser conformes todas las opiniones, absolviendo al pobre Volatin, de quanto se le imputaba, y restituyendole su honor contra la calumnia, que le havian suscitado. Fue universal la conmocion en los Jueces, que indicaba el comun, y verdadero júbilo, viendo aquella uniformidad; señal no equívoca de la justicia de la causa decidida, y del talento, y discrecion, de los que la havian definido.

Finalizada esta primera parte de nuestro asunto, pasó el Presidente del Consejo à indagar nuestros pareceres acerca del remedio, que deberia ponerse en los abusos escàndalosos, para que mediante una exem-

exemplar correccion, quedasen vindicadas la autoridad del Soberano, y la Magestad del Consejo, que se hallaban ofendidas. Unos eran de un dictamen, y otros de diverso parecer; pero ninguno pudo dar en un medio, que fuese capáz de castigar à todos los culpados à proporcion de sus defectos. Llegó el caso de ser preguntado Roberto acerca de su opinion, y respondió de esta suerte:

Yo dixera, Señores, que si se habla de los Abogados del absuelto Bailarín, debieran estos sufrir una pena mas suave, por haver tomado à su cargo el partido de la justicia, siendo el único delito, en que han incurrido, el prolongar por su interés la decision de la causa; y asi me parece, que será bastante, se les obligue, à que restituyan las pagas, que hayan recibido, y à que paguen todas las costas, que hasta este dia se hayan ocasionado al inocente. Mas en quanto à los Abogados de la parte contraria, que pretendian engañarnos con las mentidas apariencias de verdad, soi de sentir, que sean condenados à satisfacer al Bailarín todos los daños, y perjuicios, que se le han seguido en el largo tiempo, que ha estado sin poder exercer su profesion; esto se entiende además de la ganancia, que diariamente le daba su trabajo, antes de sucederle esta desgracia. Y por lo que hace al joven mal aconsejado, que mas bien por la vanidad de ser tenido por crítico Mono, que por verdadero efecto de malicia, poco cauto, pasó à echar un borron en la fama de un inocente, tengo por cierto, bastará sentenciarle, à que publicamente se desmienta, y à que confiese su yerro en todos los lugares públicos de la Ciudad; pues no hai duda, que

pa-

para un Noble este castigo no tiene comparacion en el rigor con todas las penas pecuniarias, y aflictivas.

Fue recibido con aplauso el voto de Roberto, y con unánime consentimiento se resolvió, que se executáse exactamente, añadiendo, que de no cumplirse por los reos la Sentencia al pie de la letra en el preciso término de ocho dias, se duplicáse el castigo à los contraventores, aplicada esta demasía à penas de Cámara. Resuelto asi este grave negocio, que tenia en notable expectacion à toda la Ciudad, segun los diversos respectivos afectos, se mandó à los Porteros del Tribunal, que abriesen las puertas del salón, è hiciesen comparecer à las Partes, y à los quatro Abogados, para que todos oyesen la irrevocable Sentencia. Partiéron prontamente à executar el orden estos Ministros, pero antes de permitir entrar al curioso Pueblo, para que se informáse del éxito de aquel suceso, vinieron à avisarnos, que los Abogados se havian yá ausentado, y que era forzoso ir à buscarlos.

Tienen estos comunmente la costumbre de no hacer caso del éxito de la causa, siendo todo el empeño, que algunos demuestran, por los que defienden, una pura ficcion, y asi para los que siguen esta conducta, es lo mismo ganar, que perder el pleito, y los mismos, que mientras la disputa, qual rabiosos perros, se han mordido mutuamente, se rien despues de todo lo pasado, y son los mas íntimos amigos, dando à entender estos tales, que siendo el suyo solo un recíproco comercio de charlatanerías, no toman empeño, por las que de otra suerte serían ofensivas de su reputación. Se mandó à los

Por-

Porteros, que fuesen en busca de los dichos Abogados, obligandolos à comparecer de orden del Tribunal: Obedecieron, prometiendo conducirlos à presencia de los Jueces dentro de breve tiempo, sin miedo de faltar à su palabra, mediante no ignorar todas las secretas inteligencias de los referidos, y asi sabian mui bien, adonde havian de ir à buscar à cada uno, sin dar el golpe en vago; de hecho, los encontraron, como lo discurrieron; uno de ellos estaba perdiendo en el juego, quanto havia podido pillar à los incautos litigantes; otro estaba enamorando à una Monita, no obstante ser él casado; los otros dos, aplicados unicamente à acumular dinero, se havian retirado à sus casas, de los quales uno estaba contando el oro, que tenia encerrado en su escritorio; y otro consultando los negocos de cierto Mono, que pagaba con la mayor profusion las vanas esperanzas, con que le engañaba el astuto Letrado.

En el intervålo de tiempo, que era menester, para esperar à los Abogados, dexaron sus asientos los Jueces, y se entabló una conversacion de pasatiempo; tocáronse varias materias, y particularmente la de las novedades, que corrian; muchas se contaron, que falsas, ò verdaderas no dexaron de dar pábulo al espíritu de los curiosos: Algunos me preguntaron, si era cierto, lo que se decia acerca de la casa del Señor Haya: Yo, en realidad, havia observado alguna mutacion; pero como no podia adivinar la causa, segun yá llevo dicho, ignoraba, que responder; por tanto tomé cautelosamente el partido de fingir gran mysterio, y afectando una cierta son-risa, dixe, que no acababa de entender

der, lo que trahian entre manos. Suponia Yo, que los que havian hecho la preguuta, se explicarian en términos mas claros, en virtud de haver contextado à sus palabras, aunque equívocamente; pero no se me cumplió el gusto, que esperaba, porque ò temerosos de violar un secreto, que se les havia confiado, ò por la incertidumbre del hecho, ò por alguna otra razon, que ignoro, no quisiéron declararse. A este tiempo se llegó à aquel corro el Presidente, pidiendome, le favoreciese, comiendo con él un dia, que estuviera desocupado, porque deseaba informarse de algunas particularidades de mi Patria; acepté su atento convite, dando à tan alto personage muchas gracias por la bondad, con que me distinguia.

Estando en esta conversacion, nos avisaron, que yá estaban fuera los Abogados esperando, que se les mandáse entrar: Esta novedad havia causado una universal estrañeza; por lo que concurrieron muchas personas, para saber el motivo. Nosotros nos dimos prisa para ocupar nuestras sillas, y volviendo à revestirnos de la gravedad exterior, que es necesaria en tales lances, dimos orden, de que entrasen los Abogados, las Partes, y todo el Pueblo, que estaba aguardando. Executóse puntualmente, y el Presidente mandó leer en alta voz el Real Decreto; finalizada la lectura, dió à los quatro Oradores una reprehension mui agria, por lo que se havian separado de su exacta, debida obediencia; despues de cuyo primer paso, que causó en el auditorio un universal murmullo, significativo de la aprobacion del Pueblo, por ver sostenido con tanta entereza el decoro de su Soberano; se leyó la Sentencia, que

absolvia de toda sospecha al pobre Volatin : No es ponderable la alegria de este infeliz, que, aunque no podia hablar por la magestad del sitio, se explicaba suficientemente con la mutacion del semblante, y con ciertos movimientos naturales de gozo, que no podia disimular.

Publicóse por último la pena de los Abogados, y de la parte rea, cuya Sentencia fue inmediatamente aplaudida del inumerable concurso. Quedáron sorprehendidos nuestros Jurisconsultos con un golpe tan inesperado, y baxando quanto pudiéron sus rostros, cubiertos de un color cadavérico, permaneciéron inmobles en tan humilde postura, hasta que todos fuimos saliendo de la sala. Bien imagino, que, no obstante tan pública demonstracion de haverse resignado en un todo, nos colmarían de maldiciones; pero, fueran como quisieran sus sentimientos, no tenian mas remedio, que obedecernos. Cumpliéron puntualmente su penitencia, aún antes que espiráse el preciso término señalado para su execucion. De este modo se finalizó brevemente un negocio, que con perjudiciales cavilaciones se procuraba dilatar todo quanto huviera querido qualquiera de las partes litigantes.

CA-

CAPITULO XIV.

Del juicio, que hizo Enrique de las composiciones teatrales de aquel País.

VArios fueron, como sucede en todas las cosas, los pareceres en la Ciudad acerca de la Sentencia dada. Aquellos, que estaban escrupulosamente ceñidos à la formalidad de las Leyes, y que unicamente se atienen al sentido literal, y à la superficie sin, indagar el espíritu de ellas, condenáron como escandalosa una innovacion, que decian destructiva de la piedra fundamental del Estado; esta opinion sostenian todos los dependientes de la Curia, que temian, redundasen contra ellos mismos las conseqüencias de tal exemplo; pero no tuvieron muchos sequaces, por quanto logró grande aceptacion en lo general de los Simiopolitanos, ver de una vez cortado el origen de tantos pleitos. El efecto les dió à entender, quan provechoso havia sido el pensamiento de Roberto, pues desde este dia hasta el de nuestra salida de aquel continente, se despacháron las causas con la mayor solicitud, sin que en adelante huviese dependiente alguno del Consejo, que quisiera exponerse à una pena tan severa, por prolongar con medios indignos la decision de los negocios.

Tuve, que volverme solo à casa, por estár Roberto convidado à comer con un amigo suyo; y en ella encontré à toda la familia, que esperaba con ansia mi vuelta. Havia yá corrido la noticia de la

Sentencia, y asi el Señor Haya, y sus hijos pasáron à mi quarto à darme la enhorabuena, por haver tenido Yo parte en una providencia tan arreglada. Mientras la comida huvo mucha alegria, y asi me presumí, que la novedad, à que se refería la insinuacion, que me hicieron en el Consejo, era favorable, y ventajosa, con lo qual se aquietó mi imaginacion, conociendo claramente, que las suspensiones, y secretos no tenian relacion alguna conmigo. Todo el dia estuvo lloviendo, por lo que no me fue posible salir à la calle, y mucho menos ir à mi casa de campo.

Despues de comer, hiciéron retirar à Madamita, y se congregáron el padre, los hijos, y la madre à conferir aquel asunto, que aún havia Yo de ignorar por algun tiempo. Estos eternos coloquios, y la ausencia de Roberto me dexáron en suma soledad, y asi cansado de la fatiga de por la mañana, mortificado con la obscuridad del Cielo, y mas que todo, enfadado de verme solo entre tanta familia, resolví retirarme à mi quarto, para dormir un poco la siesta.

Encerréme, pues, en mi aposento, y me puse à dar unos paseos, quando casualmente ví un pequeño Libro, que estaba sobre la mesa: No me acordaba, que Yo mismo le havia dexado en aquel parage; le tomé, abríle, y ví, que era el quaderno de la Opera, que el Impresario havia puesto en mis manos, como el mayor dón, que podia dedicarme. Desde aquel dia no havia vuelto à hacer memoria de él, y acaso jamás le huviera leído, à no unirse tantas circunstancias, que motivasen mi ociosidad. Supúse, que él podria desde luego ser-

vir-

virme de un perfecto arrullo, para conciliar el sueño, por lo que determiné leer algunas hojas, hasta tanto que lográse irme adormeciendo: me recosté sobre la cama, y empecé à registrar su contenido, La variedad de cosas particulares, que en él encontré, me hizo continuar su lectura; la imaginacion yá acalorada, atraxo el desvelo, y asi me hallé sin fatiga en disposicion de finalizarla. Experimenté parte de placer, mezclado con algun fastidio; se deleitaba el sentido con una cierta, gustosa harmonía, que contenian sus palabras, cuyo artificio no sabré explicar, por no haver llegado à comprehenderle; pero ofendiéron mi entendimiento tantas cosas (extravagantes à mi parecer) como contenía. Acaso mi lector no llevará à mal el saber, qual sea el gusto del País de los Monos en semejantes composiciones.

Pocos eran los personages, que formaban el todo de la accion. Cierta Reina meridional gozaba en paz una corta porcion de terreno, que la havia concedido por asilo un vecino Rei poderosisimo: Esta extension de País, que entre nosotros aún no havria llegado al nombre de Villa, se llamaba Imperio, adonde se estaba fabricando la Capital: La Reina era viuda, y fiel à las frias cenizas de su infeliz Marido, alevosamente muerto, reusó las bodas de grandes Monarcas, que suspiraban mucho tiempo havia por merecerla. Recatada hasta aquel punto, llegó del Oriente un Mono fugitivo, que improvisamente la hizo mudar de pensamientos. Enamorada à la primera vista de este estrangero, dió riendas à su pasion, y correspondió al cariño de un desconocido, que despues de la posesion finge un sueño, ò tiene

el

el fanatismo de creer, que con las voces de una nocturna ilusion el destino le llamaba à otras Regiones. Baxo de tan ridículo pretexto abandona à la engañada Reina, que queda hecha vergonzoso objeto de su amor, y desesperada se dá la muerte. Veáse aqui el verdadero argumento de toda la accion, de donde pueden aprender à fidelidad los espectadores, y las espectatrices à modestia.

Para hacer mas agradable esta accion, se introducen los amores del Rei su huesped, que la havia regalado las tierras, que posía: El se presenta en la Corte con nombre, y caracter de Embaxador suyo; y desde aquel momento están ciegos la Reina, y sus vasallos, porque no conocen al disfrazado Rei: El amor causaba este milagro; como tambien la sugeria respuestas no equívocas, y que bien claramente manifestaban sus amorosas ansias. El Rei se pone furioso; intenta muchas veces matar à su competidor, pero el valor de éste vence à la vileza de aquel. La Reina llega à saber, quien es el fingido Embajador, y le prende, no reflexionando en cien mil Soldados, que están à las puertas de la Corte esperando los preceptos de su Monarca, que lleva mui agriamente la violencia, è injuria, que se hace à un sugeto de su caracter; pero no se acuerda, de que con sola una palabra puede tomar la venganza. Este Rei se representa baxo de una imagen odiosisima, bien que dé à entender el mismo Dramma, que era mas insensato, y cobarde, que inclinado à las acciones malvadas: Las antiguas Historias de aquellos Países nos le pintan como piadoso, y que lloraba al pie de los altares su desgracia; pero la representacion moderna le finge furioso, y mal intencio-

cionado, acaso porque resalte mas para con los oyentes la constancia de aquella indecente hembra, que resiste por su amante los golpes mas rigorosos de la fortuna.

Pero el paságe mas brillante de la accion es la malicia de la Reina, que para detener à su vagamundo Dueño, siempre invadido de sus sueños, de sus esperanzas, y de su destino, dispone darle zelos (poderoso medio para uno, que no hace caso de ella, y está meditando abandonarla quanto antes) hace llamar al Rei, su rival, y le ofrece la mano en premio de tan constante fé: En aquel mismo punto olvida este Monarca, que es una hembra prostituta, la que le propone sus bodas, como un gran tesoro; y pronto para aceptar la oferta, alarga la mano en señal de su consentimiento. La furia de los zelos agita inmediatamente al Heroe traidor, ruge de ira, y procura impedir à la Reina su último empeño. Esta le propone la justa alternativa, ò de que se quede, para gozar unidos las delicias del amor, ò de que sufra verla en brazos agenos; pero el Heroe reusa la condicion, por quererlo asi sus sueños. Mientras pasa todo esto, ni oye el Rei, ni conoce aquel engaño, y asi estrecha à la Reina, à que le mantenga su palabra; se repite la primera accion; el Heroe vuelve á sus furores, enardecese mas la amorosa pasion de la Reina, y para pacificar à su amante hace saber al Rei, que solo por burlarle le havia dexado lisongearse, mediante aquel estratagéma; insinuandose en unos términos, que aún serian vergonzosos, proferidos por la hembra mas disoluta, quando estuviese tratando con un Mozo de cordél.

No

No obstante una prueba tan grande de cariño, huye el ingrato Mono, abandonando à su Dama; en el camino se encuentra con el inumerable exército del Rei, y con un cortisimo número de personas le pone en huida. La Reina corre desesperada por todos lados en busca de su amante, pero en vano, porque halla, que todos la han hecho traicion. Una hermana de ésta era amante oculta del fugitivo, y pérfido Heroe. Sin duda, que era mui fea, pues la dexa el autor batallar con su pasion sin remedio, pudiendo tan facilmente consolarla, pues, segun pinta al Oriental, sin escrúpulo alguno la huviera igualado à su hermana la Reina. No eran aún bastantes todas estas desgracias para esta infelíz; traidor uno de sus vasallos promete al Rei poner à su obediencia à la Ciudad, pactando primero, que le ha de colocar en el trono de su Dueño; como si este Monarca no huviera podido de otro modo conseguir su venganza. En una palabra, dos hembras locas, y disolutas, una de hecho, y otra de deseo; un Rei, yá necio, yá cruel, yá sagáz, yá político; un Heroe malvado, y falso, y un Vasallo traidor, è interesado, forman todo el enlace, y hermosura de la accion. Es verdad, que tambien suele comparecer de quando en quando un festivo personage, haciendo el Pedante, aunque sin fruto, con su Rei; pero me parece, que la composicion permaneceria entera, aunque este Mono se cayese muerto antes de llegarse à levantar el telon.

Este es el efecto, que produxo en mi espíritu el dicho librito, en el que me agradó mucho la dulzura del estilo, que por todo él está repartida; dulzura tal, que es capáz de borrar qualquier defec-

to,

to, si es que se encuentra en tales composiciones, aplaudidas generalmente de los Monos; pues como conozco mi absoluta ignorancia en semejante materia, no es facil, que Yo pueda decidirlo, asi como me tengo tambien por inhabil, para caracterizar las bellezas, que me le propusieron deleitable. No pude penetrar la mutacion, que el Impresario havia hecho, segun se dignó advertirme, pero me imagino, que sería sin duda en lo mejor de la obra.

Curioso yá despues de esta lectura, se me previno preguntar à los dueños de casa, si tenian algunas de estas composiciones, y luego me subministráron una porcion, capáz de divertirme por largo tiempo. No abusaré de la paciencia de mis lectores, haciendo examen de cada una; bastará decir, que en todas se encuentran unos mismos delirios. Los principales asuntos son generalmente unos amores en sumo grado, que se interrumpen con un cúmulo de accidentes mas maravillosos, que verosímiles. Siempre hai un traidor, que urda la máquina, y para desenredar en el fin el enlace, se inventan lances, que desde luego descubren su imposibilidad. Es el término de la obra, por lo regular, darse mútuas satisfacciones los amantes; con lo qual los jóvenes, que asisten al acto, vuelven a sus casas con las ideas mas placenteras. Se dá indulto general à los traidores, contra toda lei de justicia; y todos se encaminan contentos à la celebridad de los nuevos esponsales. Los Heroes mas famosos lloran como unos chiquillos; esta es una sagáz invencion para contentar la arrogante vanidad de las Monas, que se lisongean, viendo à los mas célebres personages obscu-

recer sus glorias por una buena cara: La virtud reclama contra tales abusos, por ver, que se confunde con la baxeza de espíritu; pero son inútiles sus representaciones, porque mas bien, que conservar su decoro, quieren los compositores complacer al genio del bello sexo. Las Heroinas de la modestia ceden de ordinario à la primera vista de un personage, sin duda por virtud sympática de sus corazones; y éstas, antes enemigas declaradas de las pasiones del amor, de un instante à otro pasan al extremo de enamoradas furiosas. ¡Qué ajuste à los regulares, y verdaderos acontecimientos! Los Monos se enboban con estas tan repentinas mutaciones, y forman una alhagüeña esperanza de contrastar las mas firmes rocas; y de aqui sacan, y conservan máximas adequadas à su inclinacion, de ver, cómo pueden engañar à las incautas Monas. De esta forma estos naturales hacen al teatro escuela, y modelo de sus viciosos afectos.

Quise un dia entablar un discurso sobre esta materia con cierto Philósopho, en cuyos coloquios otras veces havia descubierto un fondo de bello discernimiento, y perfecto juicio; y maravillandome le dixe, que no acababa de entender, por qué entre tantas pasiones como agitan à los mortales, sola la amorosa es la que se sabe poner à la vista en las representaciones. Bien patente es la causa, me respondió; porque ésta sola interesa mas, que todas las otras juntas, no obstante, que ellas con todos sus diferentes grados debieran mover con mas fuerza à los oyentes. Pero este interés, añadí Yo, conduce à un fin pésimo, que es al afeminamiento, y debilidad, que se introduce en los ánimos, de quien

se

se dexa llevar de estas ternuras. ¿ Qué importa , dixo el Philósopho , si como están divertidos no ván considerando las conseqüencias ? Yo le repliqué entonces : Sea como quisiereis ; ¿ pero por qué no se difrazan estos asuntos con mayor modestia ? ¿ Por qué se acumula tal porcion de extravagancias , que es imposible , que sucedan con un mismo sugeto en un corto espacio de tiempo ? ¿ Y por qué , finalmente , se desenredan tantas dificultades con invenciones frias , y pueriles ? Yá que me obligais , respondió el Philósopho , à que os hable claro , os diré con ingenuidad , que no conocéis el genio de mi Nacion.

Son los Monos animales mas particulares , que lo que os imaginais : Todo lo que es diversion racional , no les agrada ; proponedles la mas absurda extravagáncia , è inmediatamente les oiréis aplaudir la fecunda mente del inventor , y veréis , la abrazan como la cosa mas digna de su agrado. Si un Autor quisiera seguir las leyes de la verosimilitud , y conservar el decoro en la representacion , todo el Mundo le tendria por un Mono ridículo ; y además de los silvos , con que pagaría el Público este trabajo ; dirian , que no daba à luz , sino baxas , y populares ideas ; que la naturaleza le havia negado e talento necesario para el oficio , que havia tomado; y que con su genio austéro , y melancólico , quería desterrar del teatro las acciones mas inocentes , y divertidas.

Y no creais , que à solo las obras de espiritu se limitan estos genios de mal gusto ; porque se estienden tambien à todas las circunstancias , y acciones de la vida civil. Bien pudiera daros mil exemplos;

pero observadlo en este punto, que acaso es el menos importante de todos. Contemplad à dos Monos; uno de un caracter sincéro, y natural; y el otro de un espíritu adulador, y afectado, en quanto dice, y hace: Supongamos à los dos tratando con un Grande, ò con una Dama; el primero executará los debidos cumplimientos, conteniendose dentro de aquellas medidas, que requieren su estado, las circunstancias del sugeto, con quien habla, y las máximas de sinceridad que dicta el buen juicio; el segundo con mil inclinaciones se llamará rendido servidor, esclavo, y se aplicará otra muchedumbre de títulos humildes; protestará, que desea derramar su sangre en obsequio de aquella persona, con quien se halla; hará comparaciones entre el Grande, y una Deidad; entre la Señora, y una estrella; con otras mil cosas à este tenor, que le sugerirá su mente fecunda de adulaciones.

Reflexionad à éste; sus palabras todas son mentiras, y sus pasos otras tantas violencias, que hace à la naturaleza; y siendo tan facil de comprehenderse esto, como demonstrable, no se quiere alcanzar la penetracion, para llegar à su conocimiento. Preguntad, qué opinion es, la que se forma universalmente acerca de estos dos; y os dirán, que el primero es un Mono de condicion áspera, de poca crianza, sobervio, y villano; todo al contrario el segundo, le oiréis celebrar con excesivas alabanzas, caracterizandole por un Mono político, atento, expresivo, y digno de la estimacion de todo el Mundo. De este tan proporcionado paralelo podeis deducir el genio de los Monos, y aprended, cómo os haveis de manejar, si aspirais à obtener su aprobacion, y aplau-

aplauso en todo género de materias.

Perdone mi lector, tanto como me he detenido en un punto, en que tal vez no interesará mucho; pues con el motivo de contar mi lectura me he dilatado mas, de lo que debiera, pero resarciré la pérdida, y el fastidio, que le haya causado con tales relaciones, no hablando mas por ahora en materia de las composiciones teatrales de aquellos Países.

Por seguir, pues, el hilo de mi Historia, diré, que no haviendo podido conciliar el sueño, como queria; antes bien, absolutamente despavilado, tuve que levantarme de la cama, finalizada la lectura. Continuaba diluviando, y fastidiado de estar solo, salí de mi quarto, y pregunté à un criado, si andaba por alli alguno de los Señores de casa, con intencion de irme con él, para acabar el dia en buena conversacion: Respondióme, que no podia decirmelo à punto fixo, pero que se informaría, y prontamente vendría con la respuesta: Hizolo, como lo ofreció (contra lo que estos acostumbran en los recados, que toman à su cargo) y de alli à poco volvió, avisandome, que todos sus amos estaban aún encerrados en la misma sala, y sin apariencias de salir pronto, porque en aquella misma hora havia llegado cierta persona, que quería hablarles, y que al instante la recibieron. Me desesperaban estas perpétuas conferencias.

Yo quería compañia, y no sabía donde hallarla; estando en esta perplexidad, me ocurrió ir al quarto de la Señorita, y en efecto me dirigí hácia allá; pero en medio del camino comencé à arrepentirme, diciendo entre mí: Yo voi à acarrearme un enfado, visitando à un sugeto, que puede ser tenga por moles-

lesta mi visita, y aún quando no sea asi, ¿de qué podrémos hablar? Ella querrá tratar de sus labores, de sus peinados, de sus alfileres, de los festones, de las flores de mano, &c. Yo no sabré, qué responder à todo esto, y estaré hecho un insensato. Yá estuve para volver pies atrás; pero, considerando, que el ocio es el mayor de los tedíos, resolví llevar mi intencion adelante, y ultimamente llamé à la puerta del quarto. Salió una vieja, à quien expuse mi pretension: Ella arqueó las cejas en señal de admiracion, y me hizo saber, que no se permitia asi como quiera entrar à visitar à las Señoritas solteras, y que si llegáse su ama à entender el intento de una temeridad tan grande, me costaría mui caro el atrevimiento; y diciendo esto me dió con la puerta en la cara.

Asi no llegó el caso de mi visita, que recelaba, havia de serme molesta, si tenia que tratar como era regular algunos puntos de la vanidad de las Monas. Volvime à mi quarto mui sentido, y apenas llegué, entráron un recado, de que dos Aldeanos, un viejo, y una joven, calados de agua, querian hablarme. Me persuadí, que estos fuesen los criados, que tenia en mi casa de campo, y dixe, que los dexasen entrar: Intentaba darles ciertas disposiciones para el nuevo plantío, que deseaba hacer en mi jardin; pero me engañé, en lo que discurrí, como se verá en el siguiente capítulo.

CA-

CAPITULO XV.

De la venida de los Villanos; y aventuras de Enrique con Madama Espina; y en la tienda del Café.

¿QUé admiracion no sería la mia, al ver, que los Aldeanos, que me buscaban, y entraban yá en mi quarto, eran mi antiguo tirano, y su hija, mi caritativa bienhechora? Luego que desde el umbral me descubrió Oliva, dió un chillido de alegria, y corrió con los brazos abiertos, para abrazarme. Lloraba de gozo, y con el placer de hallarse conmigo, no se hartaba de mirarme. El viejo por el contrario, humilde, y temeroso vino à besarme la mano, pidiendome de nuevo perdon por los trabajos, que me hizo pasar en su casa: La Comedia no podia ser executada mas al natural. El criado, que, aunque estaba presente, ignoraba el mysterio, se reía de todo corazon; y fue volando à contar à sus compañeros, que havian llegado dos parientes mui cercanos mios; juicio, que formó de estos por los extremos de Oliva, y favorable acogimiento, que hice à entrambos.

Finalizados estos primeros movimientos de su natural gozo, tomó la hija de mano de su padre dos cestas nuevas; en la una venian dos pollas de leche, que me aseguró Oliva, que ella misma havia criado, y la otra estaba llena de unas frutas escogidas: Acepté con expresiones cariñosas, y de agradecimiento aquel rústico regalo, parando la consideracion, no en la qualidad del dón, sino en el buen

co-

corazon, de la que le daba, que ciertamente respecto à sus haveres se excedia, aunquè en la substancia fuese de poca importancia.

Hice sentar à los dos à mi lado, preguntandoles por el estado de su casa, y à Oliva especialmente por la vieja: Mi madre, respondió, goza la felicidad de tener una vejéz saludable; era mucho el deseo, que tuvo de venir à veros, y con la sangre de sus venas huviera pagado el gusto, que nosotros tenemos ahora, de estár en vuestra compañia. ¿Y por qué, dixe, no ha satisfecho su deseo? ¿Se podia conceder gracia de menor entidad à una esposa, y à una madre? No tenemos nosotros la culpa, respondiéron ellos; yá conocéis su genio, y asi no os maravillaréis, si os decimos, que con tanta ansia, como mostraba, no nos fue posible reducirla, à que viniese à la Corte. Yo no he estado, nos replicaba, jamás en la Ciudad; ¿será bueno, que haga, quando vieja, lo que no he executado en los dias de me vida? Esta razon tiene ella por de tanto peso, que todas nuestras persuasiones fuéron vanas. A esto si añade el temor de cierto aguero, en que está imbuida, de que las mutaciones, ò grandes novedades, que suceden en una edad abanzada, infaliblemente son los aposentadores de la muerte. Por todos estos motivos nos dexó venir, quedando con el sentimiento, que requerian tales circunstancias; os envia muchas memorias, y os ruega, que olvidéis totalmente sus persecuciones.

Yo la perdono, respondí, de todo corazon, y aún la estoi agradecido, porque ella fue el principio de mis fortunas. Introduxe despues la conversacion acerca de Roberto, y les conté, como no estaba en

ca-

casa; pero me diéron à entender, que yá lo sabian, porque le havian buscado antes de entrar à verme. Pregunté à Oliva, si la agradaba la Corte. Es para mí, respondió, de tanta admiracion, como sería para vos un País, que jamás huvierais visto: Ocupado unicamente en vos mi pensamiento, no puse la mayor atencion en los demás objetos; solo sí, sentí como oprimido mi corazon, luego que entré en la Ciudad, porque sus altas fábricas no permiten el mas bello placer, que se goza en el campo, que es respirar un aire libre, y mirar un pedazo mas grande de Cielo.

No sabía, qué conversacion darles; hacía contínuas preguntas, y respondian prontamente à ellas; y yá estaba quasi enfadado por falta de asunto conveniente para formar con ellos un fixo razonamiento, quando entró Roberto buscandome: Aqui sí, que estuviéron en su punto la algazara, extremos, y demonstraciones de cariño. Mientras estos rústicos le repetian todo, lo que yá me havian dicho, fui à ver, si el Señor Haya se havia desocupado; y por mi fortuna, salia yá à este tiempo de la sala, en que havia tenido la conferencia.

Contéle la llegada de los Aldeanos, y le rogué, les permitiese alojarse en su casa el tiempo, que estuviesen en la Ciudad. El condescendió atentamente à mi pretension, y me prometió, se les haria todo el mejor tratamiento, que fuese posible, y correspondiente à su estado; y al punto dió orden à sus criados, para que les previniesen cierto quarto entresuelo de la casa; mandó tambien que les diesen bien de comer, y luego se fue à nuestra habitacion, para gozar aquel buen rato.

Pasé à visitar à Madama Espina, para rogarla, concediese su licencia à estos nuevos huéspedes, para que entrasen à ponerse à su obediencia, y de su hija, y besarlas la mano. Ella me recibió con tan mal gesto, que conocí claramente, que la vieja la havia dado qüenta de mi aventura; me respondió con desabrimiento, que las manos nobles, y delicadas no debian humillarse à la vileza, de que llegasen à besarlas las sucias, villanas bocas; y añadió, ¡que no queria verlos, dando una razon, que no tenia réplica: y era, que la peste à cebollas, y ajos, que indefectiblemente echaba de sí la gente ordinaria, producia en ella siempre los malos efectos de dolor de cabeza, y de estómago, y aún la causaba istérico.

Mucho menos sentido de la desatent a repulsa de Madama Espina, que del fiero ceño, que mostró al presentarme, quise prevenir las conseqüencias, dando qüenta à mi benéfico protector de mi error involuntario. Volví, pues, à mi quarto, donde le hallé, que con agradable semblante estaba sagazmente indagando de Oliva sus mas ocultos pensamientos, no quise interrumpirle la diversion, pero esperando, à que hiciera punto, le demonstré con una seña, para que se retirase à parte conmigo, que tenia necesidad de hablarle en secreto.

Entendió el Señor Haya perfectamente, lo que significaba mi seña, y fingiendo otra cosa, que, la que tenia en el pensamiento, se llegó à mí, y amorosamente me preguntó, qué era lo que se me ofrecia. Yo entonces con voz baja le dixe toda la historia de mi tédio, de la lectura, del paso, que havia dado, solicitando la compañia, y conversacion de

su

su hija, y finalmente el desabrido modo, y semblante, con que me havia recibido Madama Espina. El fingió una gran severidad, para dar mayor ocasion de hacerme conocer los efectos de su bellisimo natural, y despues me habló asi: El ocio, Amigo, es el manantial de todas las desgracias; vos por esta causa havéis caido en un abismo de errores, haviendo hecho abanzar vuestros sacrílegos pasos hasta el asilo del honor: Yo soi la primera causa de tal desacierto, y asi conviene poner remedio. A estas palabras soltó la risa, y me consoló, añadiendo despues: Mi esposa es mui tonta; continuamente quiere afectar un espíritu superior à la debilidad del sexo; y en llegando la ocasion, se reviste de las preocupaciones de la mas ignorante Monuela. Dexadlo de mi cargo, que Yo pondré remedio en todo.

No faltó à su palabra; pero encontró (como despues supe) una fierisima resistencia. Madama me trató de presuntuoso, temerario, y de que havia intentado obscurecer la fama de su hija, jurando, que se vengaría de mí. La mediacion del Señor Haya nada adelantaba, y asi pensó en remediarlo de una vez, despidiendo de su casa à la dicha vieja; ésta era el medio por donde Madama hacía sus mas ocultas rapiñas, y asi rogó por ella, y lloró; pero todo sin fruto, porque el Señor Haya estaba inflexible. Las fue preciso recurrir à mí, pidiendome perdon de la ofensa, que me havian hecho; à mi instancia volvió à servir la vieja, y Yo quedé victorioso en unas circunstancias, que amenazaban mi ruina.

Al ponerse el Sol dexó de llover, y Yo deseo-

so de que me diera el aire, salí de casa, acompañado de un criado. Despues de haver dado un paseo por la Ciudad, me retiré à una de las tiendas, donde solian congregarse diversos sugetos: Estaba llena de jóvenes, que se entretenian en festivos discursos. Ninguno se dignó de saludarme quando entré, no obstante, que hice mi deber con todos. Como ó no me viéron, ò no quisiéron hacer caso de mí, me senté en un rincon de la tienda, esperando, que alguno vendria à trabar conversacion conmigo, ò que, à lo menos, tendria el gusto de escuchar, lo que se tratáse en una asambléa, que me parecía animada con un mismo espíritu de libertad, y de alegria: Puse alguna atencion, pero, como hablaban yá sobre principios sentados; no pude comprehender cosa particular, aunque sí me pareció, que no era asunto de mucha agudeza, el que se trataba.

El caritativo dueño de la tienda, viendome solo, quiso divertirme, me presentó una taza de aquel su negro licor hirbiendo; y despues se sentó à mi derecha: Dixome un despropósito por cumplimiento; me pidió tabaco, y luego se puso à explicar, quienes eran aquellos que estaban en su tienda, de esta forma: ¿Veis aquel joven alto, que está alli tan ricamente vestido? Pues es hijo de un Mercader, que ha quebrado: Despues que su padre se vió obligado à retirarse, y cerrar su tienda, se le puso en los cascos meterse à caballero; es el mas indigno de la quadrilla, pero el mas desvergonzado; es causa de mi ruina, porque muchas personas, que freqüentaban mi casa, se han retirado, por no poder sufrir su temeridad. Pues sois un necio, le respondí, por-

porque debiais echar de aqui à este importuno, antes que tolerar tantas pérdidas. Bien deciis, añadió el pobre Botillero; pero si tal executo, será para mí el detrimento, por razon de el gran desfalco que sentirán mis intereses; me está debiendo una cantidad excesiva, y si le dexo retirarse, la vendré à perder toda; y además de esto, se llevará consigo à todos estos jóvenes, que son tambien mis deudores de grandes sumas.

Pues segun eso, le interrumpí, sois un Mono mui rico, è infiero igualmente, que este modo de vida os tiene mucha qüenta, pues os pone en estado de hacer tan considerables préstamos. Encogióse de hombros, y prosiguió asi: Yo, Señor, soi un pobre, que no tengo fondos para prestar ni un quarto; mis créditos dependen, de lo que voi fiando mucho tiempo hace à estos fogosos mozuelos; beben alegremente de mis licores, y de las aguas compuestas, y en vez de pagarme, me cargan la incomodidad de sentar sus nombres en un libro, que tengo el trabajo de hacer todos los años. La antigüedad, mucha continuacion, y generosidad, con que estos Monos disponen de mi hacienda, han ido aumentando el crédito à tanta suma, que si tuviera la fortuna de reintegrarme, pensára prontamente en solicitar mejor establecimiento, y mas seguro empleo de mi caudal. Bien considero, que desaprobaréis mi conducta en proseguir subministrando mis géneros à tales sugetos; pero reflexionad, que si se los niego de fiado, incurro en el grave peligro de no cobrar un maravedí: Asi la esperanza de poder moverlos à obrar en justicia, me abre un camino mas ancho, para quedar del todo destruido. Tuve lástima

ma del suceso de este infelíz, y no pude menos de maravillarme de cómo se llegaban à causar tan considerables deudas de cosas supérfluas, y de poco valor.

Mientras estabamos en esta conversacion, llegó à la tienda un viejo pequeñuelo, que parecia que estaba phthysico; recibieronle todos, los que alli se hallaban, con los brazos abiertos, y con mil demonstraciones de alegria: Pregunté à mi Botillero, que quién era: Este, me respondió, cansado de estar empleado en un trabajo, que no le rendía, lo que deseaba, se ha hecho profesor de cierto oficio, aplicandose à buscar con su jovial temperamento entre los jóvenes mas disolutos, algunos defensivos contra los golpes de la fortuna: Es Maestro de indecencias, y con un millon de cuentecillos alegres, que inventa, para dar pábulo al corrompido genio de la precipitada juventud, se hace acepto à los ojos de aquellos, que son inclinados à los vicios: Oíd atento sus discursos, que no hablará diez palabras, sin ser mas de la mitad disolutas; maldiciente en supremo grado despedaza las reputaciones mas sentadas; murmura aqui de todos los ausentes, y en hallandose en otro puesto, dibuja con caractéres de la mayor malignidad, à quantos aqui se hallan; y unos, y otros le creen sumamente empeñado à su favor.

Me puse à observarle, y en efecto le encontré, como me le havian pintado. Qualquiera, que pasaba por la calle, era asunto de su poco caritativa conversacion; explicaba, de donde havia venido, sus rentas, su empleo, su conducta, su capacidad, su honestidad; y paraba todo en poner en perversa

opi-

opinion à aquel pasagero. Si alguna pobre Mona por su desgracia se paraba delante de la puerta, llegaba à términos del mayor descomedimiento su insolencia; las viejas tenian que sufrir mil dicterios; y las mozas otras tantas palabras indecentes, no faltando muchas veces alguno de los mas atrevidos, que abandonada la vergüenza, saliese en su seguimiento con el fin de detenerlas. Estos procederes me disgustaban infinito, y estaba sumamente arrepentido de hallarme con unas personas, entre quienes nada adelantaba, y que me causaban notable enfado.

Yá estaba para marchar, quando llegó el Señor Alcachofa, que era tambien uno de los de la quadrilla. Luego que me vió, se vino corriendo à mí, me hizo su cumplimiento, y me apretó la mano, como si Yo fuese uno de sus mas confidentes Amigos: Entonces tambien todos los demás hiciéron reparo en mi persona; y ò fuese, porque les daba sujecion la distincion, y altura de mi empleo, ò por vergüenza de haver dado tanto à entender su libertinage delante de un forastero, todos fueron desocupando la tienda uno detrás de otro, dexandome solo con el Señor Alcachofa, y con el enfermizo viejezuelo.

Este se llegó à mí haciendome mil expresiones, y asegurandome, que yá havia mucho tiempo, que tenia ardentisimos deseos de conocerme; pero Yo, que tenia su compañia à cosa de menos valer, apenas le miré à la cara; y vuelto al Señor Alcachofa, desfogué mi enfado contra los indecentes jóvenes. El viejo comenzó à declamar eficacisimamente contra la corrupcion de las costumbres del siglo, y à zaherir con su mordáz estilo la desbocada conduc-

ta

ta de sus compañeros, como si Yo no huviera sido testigo, de que él havia promovido, y fomentado todas sus obscenidades.

No quise detenerme mas alli, por libertarme del descarado, asqueroso viejo; y el Señor Alcachofa se empeñó, en que havia de acompañarme hasta mi casa: En el camino se sinceró, y me prometió, que no havia de tener amistad, con aquellos, que Yo reprobaba, ni los trataría, sino lo preciso, pues desde luego aborrecería sus depravadas máximas, y viciosa conducta. Repitió muchas veces estas protestas, porque temía, no formáse Yo mal concepto de sus procederes. El buen Mono tenia bellisimo corazon, pero acompañado de demasiada docilidad, como prácticamente conocí en adelante con su trato; por tanto era bien inclinado, y sabio, con los que le conducian por el camino de la virtud; y al contrario vicioso con los malos; mas no obstante, honrado, en extremo, y fiel, agradecido amigo de sus amigos.

CAPITUO XVI.

Finalizase el suceso de los Aldeanos: Vá Enrique à casa del Presidente, y con él à Palacio.

CErca del Palacio del Señor Haya se despidió de mí el Señor Alcachofa con las mas expresivas formalidades; supliquéle no dexáse de venir á verme de quando en quando, porque desde luego le creí proporcionado para alguno de los adelantamientos,

tos, que suelen apetecerse en un País forastero: Me acordé, de que éste se empleaba en introducirse en todas las concurrencias, y que era conocido de quanta especie de personas havia en la Ciudad, y asi por este medio me propuse descubrir muchos secretos, y particulares caractéres, que pudiesen hacerme formar completa idéa de el País de las Monas: Prometió cortesmente darme gusto, lo que executó con tanta puntualidad, y repeticion, que no pocas veces huvo de incomodarme; pero como el Mundo es un comercio de sufrimientos, me pareció, que era justo aguantarle sus defectos, asi como tendría él, que molestarse con los mios; y mas quando solicitaba Yo, que su compañia me facilitára todas las ventajas, de que él era capáz. Esta es la segunda vez, que hablo de este joven en mis escritos, à causa de tener, que mantenerle la palabra, que le dí de hacer commemoracion dél à lo menos en dos ocasiones en mis Memorias: Es el caso, que noticioso, de que Yo escribía mis aventuras, y con deseo de hacerse famoso en el mundo Européo, como lo era en la Capital de los Monos, me hizo tales instancias, y empeñó de tal suerte à mis Amigos para este fin, que me obligó à condescender con quanto deseaba; y vedse como yá he salido de el empeño cumpliendo mi promesa.

Al punto, que llegué à casa, pregunté por los Villanos, y supe, como, acostumbrados à ser vencidos del sueño poco despues de anochecido, luego que se puso el sol, se havian retirado al quarto, que se les destinó, en donde yá havia algunas horas, que estaban durmiendo. Encontré luego à Roberto, que me hizo el siguiente discurso: Bien sabeis, Amigo,

S quan-

quanto debemos à la pobre Aldeanilla, que hoi con su padre há emprehendido tan incómodo viage, solo con el fin de vernos: El Cielo nos ha puesto en tan feliz situacion, que podemos demonstrar nuestro agradecimiento à una persona, que nos colmó de beneficios, y à quien debemos confesarnos deudores de la misma vida; ahora nos toca recompensar sus amorosos cuidados con con un premio proporcionado à la utilidad, que sacamos de ellos en otro tiempo: Pienso, pues, que se la procure una decente colocacion en esta Ciudad, mediante la qual se asegure en un estado de vida cómodo, y ventajoso para su nacimiento; con esto, si nosotros por su cuidadosa asistencia pudimos alcanzar una fortuna mayor, que la que podia prometernos nuestra esperanza; lógre ella en paga por nosotros una suerte, que jamás havrá pasado por su pensamiento. Asentí con muchisimo gusto à la proposicion de Roberto, y prometí inmediatamente ayudar quanto pudiese por mi parte.

Por acabar la historia de estos Aldeanos, continuaré describiendo el efecto de nuestras intenciones. Propusimos à Oliva, si quería casarse en la Ciudad; y mostró un horror, que no puede bien explicarse, sin que fuese posible hacerla consentir en dexar la Aldéa, en que havia nacido: Viendo tanta aversion, no quisimos porfiar mas, y solo preguntamos al padre, si tenia por allá su hija alguna inclinacion amorosa; el buen viejo sinceramente respondió, que correspondia cariñosa à las expresiones del hijo de un rico Aldeano, y la queria por esposa; pero, que el padre de éste, aspirando, à que entrase en su casa con el casamiento del hijo una dote, qual no

era

era la de Oliva, imposibilitaba la union de estos amantes. Bastó esta declaracion, para que tomasemos nuestra determinacion; y preguntando quanto era, lo que pretendia el padre del enamorado Villano, desembolsamos, y entregamos al viejo aquella cantidad; significando à Oliva, lo que nos interesabamos en la felicidad de su futuro matrimonio; para que éste tuviese efecto, interpuso (como tenia ofrecido) su autoridad el Señor Haya. Obligados los Villanos, no sabian como corresponder à nuestra generosidad, y dandonos repetidisimos agradecimientos, marcharon, despidiendose de nosotros con los ojos rebosando lágrimas, despues de havernos sacado la palabra, de ir à hacerles una visita al Verano siguiente: No quiso el Cielo, que Yo pudiese cumplirla por las muchas desgracias, que me acometieron, y precisaron à alexar de aquella Ciudad por muchos años; ni jamás volví à tener ocasion de ver à estos, aunque, pobres, cariñosos, y agradecidisimos Monos, hasta el lance de volver à la Patria, y de haver de dexarles para siempre.

Pasados algunos dias, me acordé, que havia prometido al Presidente del Real Consejo secreto, ir à comer à su casa, y queriendo cumplir con este empeño, fui una mañana à visitarle, para aceptar el convite, si usaba conmigo la urbanidad de repetirle. Apenas le entraron recado, de que esperaba su licencia, quando él mismo salió à recibirme; y luego con singulares expresiones me pidió, le diese el gusto de detenerme todo aquel dia con él; respondíle, que estaba resignado en su obediencia, y asi, que dispusiese de mi voluntad à medida de la suya. Hizo, que me sentára, y me sirvieron una

 be-

bebida oscura de buen gusto, que no sé, con què artificio hacen, que esté llena de espuma. Mucho agradecí el agasajo, y cortesanía de este Ministro, el qual despues de algunos discursos en general, me rogó le acompañase à la Corte: Acepté gustosamente la proposicion, y partimos juntos à Palacio, rodeados de una numerosa caterva de Pretendientes, que estaban esperando, que el Presidente saliera de casa para recomendarle sus respectivos asuntos: A todos recibía con agradable semblante; à unos respondía; à otros daba consejo; y de otros finalmente tomaba los memoriales, en que exponian sus pretensiones, y urgencias. Era el dicho Presidente de un caracter mui propenso à hacer bien, y que sin interés se empleaba en favorecer à todos aquellos, que recurrian à él con sus súplicas. Este modo de portarse, junto con la prontitud de la execucion de los negocios, y deseos de los necesitados, le hacian mui bien visto entre aquellos naturales, y le profesaban el mas verdadero amor, y una estimacion sincéra.

Llegamos à la Corte, y nos encontramos à Roberto, que solia ir todos los dias, para estár pronto, si le llamaba el Príncipe, que tenia freqüentemente el gusto de conferir con él varios asuntos: Estaba cercado de diversas personas, que esperando por su medio alguna gracia, le recomendaban sus súplicas. Luego que me vió, se vino à mí, no porque quisiese hablarme, sino por libertarse de aquellos importunos. A este tiempo le avisaron, que el Príncipe le mandaba entrar. Todos, los que hacian la corte à Roberto, se agregaron à mí, para que les fuese favorable con él en sus pretensiones; me

pon-

ponderabán sus servicios, y las razones que tenian para solicitar sus ascensos, aunque sin decirme quales eran estos. Yo no sabía como echar de mí esta especie de persecucion; à exemplo de mi Amigo miré, si por aquellas salas havia alguna persona conocida, que pudiera servirme de pretexto para separarme; y advertí, que entonces entraba el Señor Romero, y aunque no me agradaba su amistad, en el presente caso quise servirme de él para conseguir mi fin. Saliendo, pues, à su encuentro, le hice una profunda cortesía, y él me recibió con un aire de superioridad, que me enfadó, y mortificó notablemente, por ser en un parage tan público, mas fué forzoso tener paciencia. Indagada la causa de esta novedad, pude penetrar, que hai ciertos cortesanos, que prodigalizan las expresiones, quando se hallan à solas con los sugetos, que conocen; pero quando acaece encontrarles en algun sitio, donde haya concurso, afectan un semblante de desagrado, para que el mundo, que juzga por las apariencias, forme mui elevada opinion de su grandeza.

Entre tanto iba creciendo el murmullo en la antecámara, adonde se hallaban los Pretendientes al empleo de General, para solicitar sus protecciones; tenian el semblante pálido, y representaban una viva imagen de la humildad; se agregaban, y llamaban servidores de quantos encontraban, ofreciendo un eterno reconocimiento, por el favor, que les prometian: De este modo, para poder despues satisfacer su fausto con la consecucion de aquello, à que aspiraban, no tenian dificultad en degradarse con la mayor vileza. Quise observar, cómo se porta-

taban los Cortesanos en semejantes lances, y ví, que à todos concedian la razon, sobre que fundaban sus pretensiones, prometiendoles toda su intercesion; asi quedaban los pretendientes mui pagados de las palabras de unos sugetos, que interiormente determinaban no hacer cosa alguna à favor de ellos.

Me aproximé luego para oir las respuestas, que iba dando cierto personage, que estaba alli mui grave: Presentabanselé uno à uno los Pretendientes, y les iba respondiendo igualmente, que era su declarado partidario; que no le havia trahido à Palacio aquel dia otro motivo, que el hablar claramente de sus méritos, y ver, si podia conseguir, que se le hiciese justicia: Despues se quedaba un rato como en admiracion, y prorrumpia diciendo: que no sabía, cómo havia personas tan osadas, que se atreviesen à aspirar à un grado tan sublime, que solo se debia al mérito; y que intentasen contrarrestar tan à vanderas desplegadas la consecucion de aquel empleo, à quien por tantos títulos le pertenecia. Esta misma oracion repitió à seis diferentes sugetos en el espacio de media hora, que Yo estuve escuchando. Si estos no tenian otro protector, que este, y en tales palabras fundaban sus esperanzas, podian ciertamente estár asegurados de un buen éxito.

Quise conocer al Señor Sauco, que, contra todas las apariencias de alcanzarlo, se havia hecho tambien opositor à este cargo: Le encontré al contrario de todos los demás, mui alegre, y como que no pensaba en tal negocio. Reíanse los Palaciegos de su atrevimiento; y Yo me imaginé, ò que era un gran tonto, ò que poniendo poco cuidado en

el

el efecto, unicamente havia salido à aquella pretension, por poder despues con mas facilidad alcanzar otro empleo de menos clase. Esto se vé freqüentemente en las Cortes, donde es lo mas dificil, para conseguir, el llegarse à dar à conocer.

Bien presto eché de ver, que me havia engañado en el juicio, que hice del Señor Sauco, porque de alli à poco se me declaró él mismo. Llegóse, pues, à mí, y con la mayor libertad, y pocos cumplimientos, me retiró aparte para hablarme en secreto. Yo, me dixo, soi un Mono, que no gasto ceremonias, y aborrezco los preámbulos estudiados; por tanto, omitiendo todo lo que de ordinario se dice en tales casos, voi prontamente al punto principal de mi intento. Yo deseo, que me confieran el empleo de Generalisimo del Reino; que lo merezca, ò no, nada hace para el asunto, porque si asi fuese, no havria aqui tantos concurrentes à esto mismo: Bien sabido es por la Ciudad el favor, que goza con el Príncipe vuestro compañero; si por su medio disponeis, que yo consiga la gracia, tendréis pronta la paga con mil escudos de oro.

Me dió risa la libertad del Señor Sauco, y por imitarle, le respondí asi: Sería indigno mi compañero de la proteccion, que logra, si abusando de ella, vendiese sus favores; y Yo no merecería el título de su amigo si tuviese osadía, para hacerle proposicion semejante. Reservad vuestra oferta para corazones mas venales, y haced mejor juicio de nuestros procederes. No le hizo esta repulsa caer de ánimo: Lo que os ruego es, me replicó, que à lo menos me guardeis secreto; bien que en suma, aun-

aunque se supiese, no me debian censurar, de que tomase el camino mas seguro para el lógro de mi fin. Prometíle no publicar la confianza, que conmigo havia tenido; y le consideré yá el mas poderoso de todos los pretendientes, que hasta entonces se havian presentado.

Salió de alli à poco Roberto, à quien rodearon los aduladores; pero no se dexaba facilmente engañar de ellos. El primer Ministro quiso, que se fuera à comer con él; convidóme tambien; pero dada yá la palabra al Presidente, no pude admitir su atenta expresion: Poco tardó éste, desembarazado yá de todas sus dependencias, en venir à buscarme: Hicimos algunos cumplimientos à los sugetos de alta esfera, y nos volvimos à su Palacio, por ser yá la hora de medio dia.

CAPITULO XVII.

De la conversacion de Enrique, y el Presidente.

ERa costumbre del Presidente, quando convidaba à su mesa à algun amigo, con quien quería tratar asuntos serios, comer separado de su consorte, y sus hijas; porque sabía mui bien, que haî muchas Monas que ò se molestan con los discursos, que piden especial atencion, ò los interrumpen con importunas preguntas, y reflexiones fuera de propósito. Hizo, pues, poner la mesa para nosotros dos solos en una pieza inmediata à su gabinete, y primero quiso franquearme el honor, de que hi-

hiciese una visita à las Señoras. Pasámos à una habitacion ricamente alhajada, y me introduxo à la sala, en que se hallaban su esposa, y dos hijas. Aqui tienes, Betonica, dixo à su consorte, un forastero amigo mio, que me concede hoi el singular gusto de comer conmigo.

Levantóse Madama Betónica de su asiento, tiró la labor, y vino à recibirme con tan atento agasajo, que me sorprehendió. Las Hijas no levantáron los ojos de lo que estaban trabajando, por lo que al punto conocí en ellas una no ordinaria modestia; efecto de una sábia educacion. Acaso esta su compostura me ahorró el disgusto, de que se rieran en mi cara, como generalmente sucedia à los principios; à lo menos tal era el efecto, de los que me vian repentinamente, en particular las Monas, y de éstas mucho mas las Mozuelas de poca crianza, que son dispuestas, para hacer burla, y para estrañar aquellas figuras, en que encuentran algo de ridículo, segun su modo de pensar. Estoi persuadido, à que la madre las advirtió, como debian contenerse, pues, aunque despues de comer me viéron à toda su satisfaccion, no demonstráron acto alguno de admiracion, ò de desprecio. Madama me rogó, antes de separarme, que la concediese el gusto de pasar un rato à conversacion con ella, despues de despachar, lo que tuviese que tratar con su esposo; Yo partí, prometiendo obedecerla.

Fue delicada, y curiosa la comida, sin aquella profusion, que sacia, y no deleita al convidado. Estabamos solos; y el Presidente me hizo várias preguntas, à que Yo procuré responder con exactitud, para que hiciese de mí un buen concepto. Tal

era puntualmente su intencion; poder formar una opinion adequada de mis luces, y mis talentos, para pasar despues à satisfacer su curiosidad acerca de las cosas, de que deseaba informarse. No obstante, que parezca, que Yo repetidas veces no pierdo la mira (como alguno puede ser, que tenga la malicia de imputarme) de ridiculizar un País, en donde he recibido tantos beneficios, y gustos, debo en este lugar confesar la verdad, y confundir la malignidad, de los que sin examen se atreven à impugnarme.

Me ha sucedido encontrar en este País personages excelentes, y cuyos méritos sobrepujaban à todo aquello, que mi lector puede imaginarse: Pero como son pocas las obras perfectas, y no quiere la naturaleza subministrarnos muchos exemplos; por tanto no se me debe notar con el defecto de ingrato, porque no sé adular; antes pido, se me permita la sinceridad, con que me ciño à seguir las ordinarias circunstancias de las cosas. Empeñado, acaso, en no desviarme del camino, que hasta ahora he trillado, havré incurrido en algun yerro; y en este caso deberán culparse las débiles luces de mi entendimiento, pero no la intencion de mi voluntad, siempre dispuesta à manifestar la verdad, ensalzando à quien merezca alabanza, y reprobando no las personas, sino las costumbres, que son dignas de vituperio.

Mas para volver à tomar el hilo de mi Historia, debo asegurar, que el dicho Presidente, además de lo que acerca de sus circunstancias tengo yá expuesto, era un personage, dotado de aquellas qualidades, que raras veces se unen en un solo sugeto:

Ha-

Habil, benéfico, honesto, y agradable sabía dar à todos, lo que les convenia, y llegaba à distinguir sin necesitar mucha aplicacion, quien merecía las confianzas de su amistad. Debo hacer esta descripcion atento à sus talentos, y virtud, que eran las fuentes principales, de donde dimanaban continuamente infinitos bienes à favor del Soberano, de la patria, y de los particulares.

Este, pues, queria, que Yo le informáse de la Europa, de su division, de los Príncipes, que la dominaban, y de sus varios gobiernos. Despues descendiendo particularmente al Reino, en donde el cielo me havia concedido el privilegio de hacerme nacer Vasallo, me preguntó todo aquello, que de él podia saberse con singularidad: Quiso entender sus límites, sus fuerzas, y sus leyes; despues me preguntó acerca de las Ciencias, las Artes, y el Comercio: Todas las cosas eran objeto de la curiosidad de su genio; pero sus cuidados solo se dirigian à descubrir los asuntos mas ventajosos, para poner en práctica lo mas conveniente al servicio de su Príncipe, y de aquellos dominios.

Si aquestas indagaciones se huviesen executado conmigo en el tiempo, que vivia en la casa de mis padres, huviera juzgado ciertamente, que se me hablaba en un lenguage forastero; pero Roberto me havia instruido en estos conocimientos, y asi pude satisfacer à las curiosas indagaciones del Presidente, que formó una alta reputacion de mi saber; no haciendo Yo otra cosa, que repetir las lecciones de mi amigo, que me havia instruido perfectamente en estas materias: Asi à poca costa quedé con concepto de docto. Muchas veces sucede adquirir una

persona grande fama de sabio, unicamente por la fortuna, de que le preguntan el punto, que acaba de ver en algun libro bien escrito, que la casualidad traxo à sus manos, sin que tal vez haya abierto otro en toda su vida.

Luego que dexé satisfechas las preguntas del Presidente, quise Yo tambien aprovecharme de su instruccion; por lo qual le pregunté, cómo se dividia el orden del Pueblo que componia aquella Ciudad. Si huviese, respondió él, de seguir la opinion de aquellos, que desprecian à todos, los que no son de igual condicion à la suya, os diria, que todo el Pueblo se reduce à Nobleza, y Plebe; pero los que tienen este modo de pensar, no echan de ver, que al querer ensalzar su estado, le hacen confinar, con el que tanto desprecian: Por esto separandome de esta opinion, le distribuyo en tres clases, y de éstas cada una en sus particulares subdivisiones; esto es, ínfima, media, y suprema; à éstas añadiré cierta especie de personas, que no sé en qué grado colocarlas, y que deben llamarse Cómicas; la razon de esta denominacion está, en que las acciones de estos, que componen este orden, consisten en una vana apariencia, por lo que deben ser comparados à los personages Cómicos; à lo que se añade la brevedad de sus grandezas, que al instante se acaban; y ciertas extravagancias, que les son inseparables.

Dificultosisimo es, que comprehendais lo que os digo, no haviendo visto los originales, à quienes se refieren mis palabras, sino os lo demuestro con los exemplos. Advertiréis alguna vez al hijo de un pobre Artesano, à un simple plumista, à un Pro-

Procurador, y à un Fideicomisario de herencias quantiosas, pasearse con un trén igual, al que gastan los Nobles mas acaudalados: El juego, la embriaguéz, y toda suerte de pasatiempos, son el objeto de su diaria aplicacion: Sus mesas siempre están dispuestas para el recibo de personas de alta esfera, que tienen la vileza de contemporizar con estos mentidos ídolos de la fortuna, que llegan à ensobervecerse mas por la tolerancia, y abatimiento de los otros, que por la verdadera elevacion de su estado; tienen à cosa de menos valer el tributar los debidos respetos à aquellos, que el Cielo ha puesto en una condicion mas distinguida; se atreven asimismo con la mayor temeridad à igualarse con las personas mas sublimes; y miran con semblante de un insultante menosprecio, à todos los que, ò por prudencia, ò por falta de medios, no hacen tan improprio uso del oro: Pero la gloria de estos es de corta duracion; pues agotadas las minas de sus riquezas, ò descubiertos sus fraudes, se ven precisados à huir, qual à uno, qual à otro País desconocido, para escapar del rigor de las manos de la Justicia, que severamente les ha de castigar tan perversos procedimientos: con su fuga llegan à descubrirse los manantiales de su transitoria grandeza, de la que yá el público, yá el privado, tiene que resentir los perjucios.

Hai de esto repetidos exemplares entre nosotros, y con todo eso se empeñan los preocupados en no examinar el fundamento, ò la conducta de estos truhanes, quando comparecen con tales exterioridades sobre el teatro del Mundo. Fulminado el rayo, todos dicen, que previan la desgracia, y aquellos mismos,

mos, que les ayudaban à disipar sus bienes, aunque sin saber de adonde venian, son los primeros à denigrar la fama de estos, que hasta aquel dia les havian favorecido, y aprovechado. Jamás con tales personas he querido trabar amistad; antes bien, primero, que empeñarme con qualquiera, he solicitado indagar, si sus rentas, ò sus ganancias son equivalentes, à lo que gasta; sino corresponden, siempre he huido de estrecharme con semejante sugeto, haciendome cargo de que el tal es un solemne ladron; y tarde, ò temprano se ha llegado à verificar públicamente mi juicio.

Pasó mucho mas adelante el Presidente en esta materia, y de una en otra palabra le vino à propósito tocar de paso la del luxo. Yo, que queria entender con alguna mayor exactitud, qué motivos havia, para condenar con tanto rigor el luxo, reputandole como ruina de los Estados, le hice alguna general, y equívoca oposicion, para obligarle, à que descifráse aquel punto con alguna mas individualidad. No sería, respondióme, tan reprehensible el luxo, si éste pudiese estrecharse en los limites de las familias opulentas, que no saben, en qué emplear lo abundante de sus rentas; antes puede decirse, que el Estado en tal caso recibiría aquel provecho, que consigue un cuerpo lleno de sangre, quando por medio de la sangria se le facilita su circulacion: El oro encerrado en la gaveta es inutil al que le posée, y al Público: Para que sea provechosa la invencion del dinero, es necesario, que gire, sin detenerse: En conseqüencia de esto, lo que mas se condena en el luxo, es, que toda la Nobleza quiere igualarse en todas las cosas; de aquí

es,

es, que si un rico se carga de criados; el otro, que no lo es, por imitarle, arruína su casa, y se llena de deudas; entonces el primero, à quien sus riquezas tienen en posesion de pretender la preeminencia entre los demás, aumenta aún aquella exterior grandeza, à un grado excesivo, y se perjudica por no querer igualarse à los otros. Asi van creciendo las obstinadas competencias, y todos corren uniformemente à su ruina.

Lo que dexo dicho en un asunto, debe entenderse en los demás, aunque en materia de vestidos, como cosa que está mas à la vista de todos, se hallan los principales objetos del fausto. De la clase de los Nobles se pega el contagio à la mediana; muchos ricos Mercaderes, y bien-estantes de la Ciudad, que suelen dar en la locura de imitar à la Nobleza, con la que se creen confinantes por la opulencia de sus bienes, se avergüenzan de no seguirla en este exceso, y por tanto llega à comunicarse à ellos igualmente el luxo: La ínfima plebe resiente à proporcion los daños; yá en nuestros dias se vé una pobre criada, tal vez de lo mas soéz del Pueblo, adornada con mas galas, que llevaba en mis mocedades una rica Mercadera.

Siendo asi, le interrumpí, Yo no acabo de entender, qué perjuicio se sigue al comun; porque segun vuestros principios, girando por este medio el dinero, se logra el fin, para que fue instituído; y el público poco interesa, en que el oro esté en poder de los Nobles ricos, ò de los Mercaderes; antes bien me parece, que esto será mui ventajoso para los oficios, pues asi se proporciona que se sustenten muchas familias con comodidad. Yo omitiré,

re-

replicó el Presidente, examinar por ahora, si sean provechosos, ò nocivos muchos Artes que hai supérfluos en un Reino, que vé perdidos à diversos Artesanos, que pudieran emplearse en otros mas útiles al Estado; no os referiré asimismo los detrimentos, que se originan de arruinarse una honrada familia; pero daré una respuesta à vuestra proposicion, que os desatará todas las dudas.

Se ha introducido entre los Simiopolitanos el fanatismo de no dar estimacion, sino à las cosas, que vienen de lexos. Los profesores de las Ciencias, que se aprenden en esta Ciudad, no tienen mérito; para que sean estimados, es necesario, que vengan de Países estrangeros, y à proporcion de la distancia de nuestra Patria crece la reputacion, que de ellos se forma: No se cree poder hallar Artífices excelentes, sino fuera de estos Dominios; lo proprio se entiende de Músicos, Pintores, y de todos aquellos, que se emplean en qualquiera Ciencia, ò Arte liberal, ò mecánico. Esta necedad se estiende à todas las cosas; las lanas, y las sedas forasteras se tienen por las mas particulares, y se desprecian las nuestras; lo mismo sucede en los géneros de mercería. Sobre tan falso principio, lo que sucede, es, que todos buscan las manufacturas, y quanto necesitan de los estrangeros: Los Artes, y Artesanos naturales se menoscaban con la necesidad; el dinero sale del estado, que por consiguiente se vá empobreciendo; y entretanto los forasteros se rien, y triunfan de nuestra ignorancia.

A este tiempo vino un criado con un recado, diciendome de parte de su Ama, que ella deseaba, la hiciese el gusto de pasar à su quarto à conversacion;

cion: El Presidente le hizo volver, y que respondiese, que à poco rato quedaria satisfecha, y prosiguió asi su discurso: Bien sé, que podeis argüirme, que con sábias leyes se debiera poner coto à tan exorbitantes desórdenes; pero haveis de entender, que no han faltado zelosos Legisladores, que se tomáron las mayores fatigas, para desimpresionar à los Ciudadanos de unas máximas tan falsas, y perniciosas; è impusiéron rigorosisimas penas à los transgresores: Pero reflexionad, Amigo, que la prevaricacion tiene mas ojos, y mas manos, que la lei. ¿Si uno edifica, y son mil, los que destruyen, cómo podrá tener adelantamiento el edificio? Por tanto, ineficaces son los remedios, quando se impiden con el mayor esfuerzo los efectos saludables, que debieran redundar de ellos. No os molestaré, describiendoos los artificios, que se inventan, para hacer ilusorios el valor, y la execucion de las leyes; sois estrangero, y asi no es posible, que forméis un juicio cabal de los abusos introducidos con este motivo; solo os diré, que la malicia de nuestros Artesanos, diestrisimos quando quieren hacer una trampa, es acaso el origen de todo el mal, y el estorvo, para que se ponga el remedio.

Suponed, que Yo soi un zeloso observador de los mandatos del Gobierno; tengo que dar de vestir à mi familia, y manteniendo un entero respeto à las leyes, no quiero defraudar à los Artífices del País de aquella comodidad, que solicítan, mediante la proteccion de la superioridad; en virtud de esto los llamo, para que me provean de lo necesario: Hambrientos por falta de tales ocasiones, forman el plan prontamente de resarcirse en aquel lance de todos

los anteriores desfalcos; escogen los materiales mas endebles, porque los compran mui baratos; procuran, que el trabajo aparezca fuerte, y consistente con los artificios, que ellos bien saben, aunque en la realidad sèa debil, y de poca dura; engrandecen sus materiales por los mejores; el trabajo por de toda lei, y la duracion eterna; y à peso de oro me hacen pagar el engaño: Pasa poco tiempo, y se aniquilan sus obras; Yo, que era un perfecto executor de las leyes, me veo precisado à seguir la prevaricacion comun, por no servir mi zelo de otra cosa, que de hacerme arrojar el dinero. Asi viene à suceder, que el abuso sea el origen principal del error, que tal vez se justifica con la malicia de aquellos, que se ven reducidos à la miseria, que el dicho fanatismo acarrea.

Yo quedé persuadido de la verdad, y perfectamente informado en una materia, que deseaba entender à fondo. Gustosamente me huviera aprovechado de la compañia del Presidente, de quien podia tomar exactas noticias de la policía, y costumbres de los Monos; pero el repetido convite de Madama Betónica me precisaba à no abusar de su benignidad. Pedíle, pues, licencia, para ir à cumplimentar à su consorte: La honraréis, y daréis gran gusto, me respondió, y à mí al mismo tiempo; ella querrá haceros algunas preguntas en asuntos, sobre que Yo no os he molestado; todos tienen sus particulares miras, y curiosidades; ella es Mona, y asi es forzoso, que la suplais sus defectos. Yo añadí las razones, que merecía tan atento discurso, me suplicó, le perdonáse el no acompañarme, por tener que ocuparse en unos importantes negocios, que

se

se le havìan encargado en la Corte, y con esto nos despedímos.

CAPITULO XVIII.

De la visita de Enrique à Madama Betónica; y de lo que pasó con Madama Zanahoria.

FUI, pues, conducido al quarto de Madama Betónica, que encontré rodeada de sus dos hijas, y de sus doncellas; luego que éstas me vieron, gritáron llenas de alegria; *yá está aqui, yá está aqui; por fin yá se ha dexado ver.* Inmediatamente me pusiéron una silla arrimada à la mesa de Madama enfrente de ella, y entre sus dos hijas: Estaba la madre aplicada en aderezar con festones cierto adorno de la vanidad del sexo; una de las doncellas se fatigaba en componer una cofia, teniendo un exército de alfileres, dispuesto en diversas lineas, para que la diesen socorro; otra andaba escogiendo entre unas, y otras flores de mano, las que necesitaba, para formar ciertos grupos graciosos; todas tres finalmente estaban empleadas en la grande obra de perfeccionar la cofia. Diversas eran las labores de las demás; pero no puse cuidado en observarlas.

La primera pregunta, que me hizo Madama, fué, si las hembras de Europa eran tan dadas à los adornos, como las Monas. En todo el Mundo, la respondí, mírese por qualquiera parte, hai mui poca diferencia; el modo suele ser diverso; pero en lo esencial no se encuentra distincion: Nuestras

Européas se interesan con mas esfuerzo, y tratan con mayor atencion sus atavíos, que un Ministro de Estado los intereses de su Príncipe.

Iba continuando en la descripcion de las mas sérias ocupaciones de las mugeres, quando se levantó de su silla una de las doncellas, y puso à la vista de su ama cierta labor, que trahía entre manos, proponiendola el árduo problema, de si debería hacerse en tal parage un punto del derecho, ò del rebés: La dificultad era importante: Madama nò quería decidirla por sí sola, y así llamó à consulta à las hijas, y à las criadas, y todas congregadas, se pusieron à examinar con gravedad la materia, para poder desatar doctamente tan dificultosisima qüestion. Despues de várias dudas, conferencias, y diversidad de pareceres, se determinó segun la decision de aquella, que era la mas docta en el concepto de Madama.

Esta, finalizada tan necesaria interrupcion, me preguntó, si nuestras Mugeres llevaban zapatos, de qué materia se componian, y cómo era su hechura. Yá empezaba Yo à hacer el papel de Zapatero, quando la hija mayor me ahorró el trabajo, por tener que consultar con su madre, sobre si la punta de la cofia, que viene à dar al medio de ella, se debia alzar, ò bajar: No era asi como quiera la dificultad; no se atrevió à resolver Madama, hasta que por experiencia tuviese conocimiento del efecto, que en uno, y otro caso resultaba: Acomodó la cofia sobre la cabeza de la misma, que havia propuesto la qüestion, y baxando primero la punta, se puso atentamente à examinar de medio perfil, de lleno, de arriba, y de abajo, qué aire de gracia re-

recibía la cara de su hija, colocada la punta en semejante figura; de ésta pasó à la otra postura, levantandola, y hecho con igual diligencia el mismo escrutínio, decidió por el segundo caso. Quando creí, que se havia finalizado la dificultad, oí pronunciar un rigoroso decreto, para que se diese un cruel tormento à la pobre cofia, porque tenia una de las alas un tanto quanto, que apenas se distinguia, mayor, que la otra: inmediatamente se prepardron à la operacion los alfileres, ministros de la crueldad, y en breve tiempo quedó executada aquella exemplar sentencia.

Olvidada Madama Betónica de la pregunta de los zapatos, ò creyendose yá satisfecha de su curiosidad, bien que Yo no havia respondido palabra, pasó à otro punto, queriendo, que la informáse acerca de los briales; no pude llegar à hacerlo, sin que pasáse à otra materia; asi fué de uno en otro asunto hasta llegar à hablar de la cofia, que era el principal objeto de su curiosidad, y para satisfacerla, havia deseado con tanto ardor abocarse conmigo: A fin, de que Yo no maliciáse, que este havia sido su único intento, dió principio por los zapatos, para ir ascendiendo disimuladamente hasta la cabeza. No repetiré las contínuas interrupciones, que la suspendian la regular atencion à mis palabras, haciendo tanto caso de mí en aquellos interválos, como sino estuviera presente; tan solo diré, que quando se llegó à aquel gran punto, que era el de su agrado, mostró una infinita atencion, à quanto la decia, sin perder una sílaba; antes gritó muchas veces à las hijas, y à las criadas, porque tenian el atrevimiento de perturbarla con alguna dificultad, mien-

mientras duraba este severisimo examen.

Preguntóme, pues, si nuestras Damas acostumbraban cubrir sus cabezas con un poco de lienzo, artificiosamente plegado, dispuesto, y adornado con tanta gracia, como ellas solian practicar. No solo, la dixe, las Señoras han introducido entre nosotros la costumbre de ponerse en la cabeza un reparo con materiales poco capaces de defenderla de la intemperie del aire, y cargado de varios adornos, que à su parecer forman una delicada vista à los ojos de los hombres; pero aún las mugeres de la ínfima plebe imitan este uso de las Damas nobles, diversificandolo unicamente en la qualidad del lienzo, del marly, y de la riqueza, con que suelen adornarse.

Mucho me agrada, añadió Madama, que las mugeres tengan el exquisito gusto de las Monas, y no desapruebo la conducta de la plebe, que sigue las ideas de la nobleza; pues ésta debe ser siempre el modelo de las operaciones de aquella. Pero por lo que à vos toca, me parece, Señor, que no estais mui persuadido de la utilidad de esta invencion, que nos adorna, y hace airosas; mas no obstante, por lo que en realidad sucede, queda desmentida, y reprobada vuestra opinion; pues aquel uso debe creerse sabio, y racional, que es generalmente abrazado por todas las naciones, y no pudiera ciertamente haverse puesto en la cabeza à las Señoras de vuestro País el imitarnos en tan util invento, sin conocernos, si la naturaleza, la verdad, y la razon no las huviera subministrado la idéa. Concedíla la conseqüencia, que deducía, aunque no me faltaban razones, con que replicarla, y probar, que en mate-

te-

teria de costumbres no deben tenerse por mejores, las que llevan sola la razon de mas aplaudidas, y generales.

Si huviese tenido la imprudencia de empeñarme en esta disputa, por consiguiente debia poner el exemplo en várias cosas, que ella reputaba por excelentes; y asi huviera pasado para con ella por un bárbaro, ò un bruto, que carecía de discernimiento; me quedaría sin adelantar cosa alguna, y despreciado con unánime consentimiento de todas las Monas, que alli se hallaban. En otros tiempos, que la vanagloria de querer distiguirme hacía una fuerte impresion en mi ánimo, no huviera dexado de arrojarme à una necedad semejante; pero haviendo abierto mas los ojos con los años, y práctica del Mundo, supe mui bien sujetar este desordenado deseo de sobresalir, que à los que se dejan llevar de él, hace objetos de contínuas risas, burlas, enemistades, y peligros. La materia finalmente, de que se trataba, no merecía la pena del empeño; ni permitía la buena crianza, que contradixese à una Dama en aquellos puntos, de que ellas se creen naturales, è inapelables jueces.

Alegre, y satisfecha Madama de haver hecho tan glorioso descubrimiento en favor de sus estimadas cofias, pasó à indagar, si la hechura de las de nuestras Damas era siempre una misma, ò si acaso de quando en quando se variaba. No podré acabar de deciros, respondí, en quantas clases se distribuyen las várias formas, que dan à este género de adorno: Hai cierta especie de personas, que se interesan en mudar continuamete la moda: Yá recogen dentro de ellas todo el pelo; yá dexan des-

descubierto el círculo de cabellos, que rodea la frente; yá se aprisionan estas cofias con un pedazo de tela, que se ata por debaxo de la barba, yá se dexan en tanta libertad, que parece, que tienen alas, y que echarían à volar, si un tirano alfiler no lo impidiese, obligandolas à detenerse sobre la cabeza. Tales modas, que continuamente van sucediendo de unas en otras, tienen su origen en el fecundo cerebro de ciertas mozuelas, que están en posesion (no sé el motivo) de ser los oráculos del arte, y no cesan de suscitar nuevas invenciones.

A los principios de una moda (diré con sinceridad el efecto, que en mí solía producir) me parecía intolerable, y horrible la novedad cada vez, que se me presentaba, y feisimas las hermosas; pasados algunos dias, no me disgustaba tanto la innovacion hasta que finalmente con el tiempo me iba agradando: Esto proviene, de que estando los sentidos acostumbrados à una cosa, dificilmente se satisfacen con otra, hasta que por sus grados van deponiendo la estrañeza: Pero el interés de las dichas inventoras no las da lugar à esta graduacion, pues lo que intentan, es destruir del todo la antigua con la nueva moda, para que necesariamente se recurra à ellas, que saben hacer un ventajosisimo comercio con la vanidad de las Damas.

Madama Betónica estornudó, como si quisiese dar à entender, que procuraba descargar la cabeza de las impresiones, que iban haciendo en ella mis palabras; y despues sonriendose, me dixo: que en los asuntos, que pertenecían à las Señoras, se debia dexar formar juicio à ellas mismas, porque excluidas de todos los negocios de entidad, en donde

no

no tenían la osadía de incluirse, era de justicia, que los Monos, ò los hombres entre nosotros, las dexasen sin inquietarlas, en la posesion, de lo que à ellas pertenecia unicamente. Yo os concedo quanto deciis, la respondí; pero permitidme, que reflexione asi: Todo el estudio de las Señoras se dirige à comparecer mas atractivas, ò menos desagradables à los ojos de los Monos, ò de los hombres; con que parece, que por este motivo ellos, y no ellas debieran ser los jueces del efecto, que suele producir su adorno.

Estando en este coloquio, en el que por modestia no daban las dos mocitas su parecer, aunque probablemente tenían mui buenas ganas, entráron recado de parte de Madama Zanahoria, que yá subía la escalera, para hacer visita à Madama Betónica. Quedé suspenso al oir su nombre, acordandome, que era ésta, à quien havia muerto el perrillo en la casería de los Villanos mis huéspedes, y perseguidores; por tanto quise precipitadamente ausentarme, para no encontrarme con ella: Madama Betónica, que sabía toda la historia, me dixo, que yá era imposible salir, sin que me viese, y que solo havia el remedio de retirarme à la pieza inmediata, hasta tanto que se encontráse algun pretexto de conducirla à otra sala, para que entonces pudiese Yo marchar libremente. Tuvo tambien Madama la advertencia de mandar à una de sus doncellas, que avisáse à su esposo el Presidente la causa de mi retiro, no fuera, que entrando en aquella sala, y echandome menos, preguntáse por mí.

Madama Zanahoria estaba à la puerta; mas no obstante (parece imposible) ocurrió en este punto

à Madama Betónica pedirme una gracia: Mandó à sus hijas, que saliesen al encuentro à la visita, y entretanto me rogó, la hiciese el favor de dibuxarla un modelo de las cofias mas airosas de Europa, acordandome de la habilidad de Roberto, la dí palabra sin detenerme, de satisfacer su curiosidad. Las hijas, que se havian hecho cargo de la intencion de su madre, cumpliéron puntualmente su comision, y Madama Zanahoria entraba por la sala al proprio punto, que Yo cerraba la puerta de mi retiro.

Precisado à estar escondido, aunque de mala gana, me puse à pasear con mucho tiento por aquella pieza, que justamente era la alcoba de los amos de la casa. Andaba contemplando las ricas alhajas, que la adornaban, quando advertí, que sobre una mesa havia un pequeño libro: Por divertir el enfado, que dá la sujecion, le tomé, abrí, y su fachada, que decia: *Historias particulares, acompañadas de breves morales advertencias*, me entró en curiosidad, para aplicarme à su lectura. La inconexion de las materias, que contenia, me hizo dexar à la casualidad la eleccion del punto, que pudiera entretenerme. Volvíle, pues, à cerrar, y abriendo le, por donde guió la suerte, me hallé con una Novela, que se intitulaba: *Si no quieres volverte loco, no satisfagas à todos*: Esta contenia, poco mas, ò menos, lo siguiente:

Cierto Autor havia compuesto una obra de poca consideracion, trabajada en breve tiempo, mientras se estaba esparciendo por algunos dias en el campo, para dar una especie de diversion à sus amigos vecinos; uno de ellos creyó aprovecharse, di-

divulgandola, aunque no estaba todavia dada la última mano. Salió, pues, à luz en el tiempo, en que su Autor estaba en la cama con una enfermedad aguda. Recibióla el Público con gusto, y benignidad, tributando, à quien la havia compuesto, excesivos aplausos, que desde luego huviera perdonado, por quanto tenia intencion de permanecer oculto; entretanto el amigo sacó no poco producto de ella: Viendose descubierto el pobre Mono contra su voluntad, quiso saber el parecer comun para corregir sus proprios defectos, y los del libro: A todos oía generalmente contentos, pero cada uno ponia su excepcion. Unos sugetos de genio melancólico, y mal contentadizo, congregados en cierta casa, hallaban un gran delito al principio de la obra, y sin examen de sus claúsulas, ni conocimiento del caracter del Escritór, le culpaban como falto de la debida compostura; supolo éste, y al punto corrió à enmendar todo el exordio; asi creía, que el Público quedaría satisfecho con la nueva edicion, que se estaba disponiendo, por no haverle notado otro defecto aquella Academia burlésca.

Dixeronle despues, que en cierta conversacion se le havia imputado, que zahería à unas personas, que no solo no conocía aún de vista, sino que jamás havia oido nombrar; por tanto borró el pobre toda aquella inocente parte de su escrito. Por otro lado averiguó, que en casa de un Librero, cierta junta de criticos le havia hecho un rigoroso proceso, en cuya consequencia salió condenado por tres gravisimos errores; el primero, que siendo su obra un pasatiempo, contenía muchos documentos morales; el segundo, que no era verosimil, que una

lengua forastera se pudiese aprender en mui pocos meses ; el tercero , que era incomprehensible , cómo despues , que cesó la tormenta, se havian podido transportar à la orilla por medio de un esquife desde un navio encallado en un banco de arena ciertas alhajas , y lo que es mas , las pelucas de aquellos pasageros ; atonito quedó el Autor , y así, enmendandose en razon de la primera objecion, procuró disminuir las máximas morales ; pero como las dos siguientes dependian del hecho , y tenian mas de ridiculéz , que de otra cosa , determinó no mudar palabra alguna en estos asuntos. ¿ Y no mas ? Pues de alli à pocos dias , escuchando los dicterios de los ociosos , oía , que el libro no tenia página sin delito ; pero con todo eso continuaba en ser bien recibido de toda la Ciudad , y comprado, no obstante el exorbitante precio , à que estaba tasado. Restauróse el Autor de su tímida sorpresa, y determinó continuar su comenzada taréa , que si no le producía provecho alguno , le proporcionaba à lo menos la satisfaccion de complacer à sus amigos.

Queria proseguir la lectura del libro , que me iba agradando ; pero haviendo oído cierto rumor, me instó la curiosidad de escuchar la causa , para cuyo efecto apliqué el oído por el resquicio de la puerta , y advertí , que Madama Zanahoria estaba inquieta. ¿ Qué es eso ? la decia la Señora de la casa : Siento , respondia ella , ciertos dolores , que me atormentan mucho ; ¡ quánto tiempo há , que no he experimentado desazon semejante ! Serán efectos de preñéz , añadió una criada vieja : No estoi , por cierto , embarazada , respondió la pobre dolorida,

es-

estos son retortijones de vientre, y si no le desocupo, no es posible librarme de tal trabajo.

Madama Betónica quiso aprovecharse de esta casualidad, para que Yo pudiera salir de mi escondite: Vamos, pues, la dijo, al quarto de las niñas, en donde podréis salir de esa urgencia de la naturaleza: No, no, replicó ella; esa estancia está mui lexos, permitidme, que me acomode en vuestra alcoba, que está aqui próxima. Esto fué decir, y hacer; levantóse precipitadamente de la silla, corrió hácia la puerta de la pieza, donde Yo estaba escondido, quísola abrir con violencia, y me dió en la cabeza con tal ímpetu, que por muchos dias despues se me conoció el coscorrón. Como encontró tanta resistencia para abrir la puerta, renovó con mayor esfuerzo el impulso; pero no siendo éste yá del caso, por haverme Yo apartado, la fuerza que hizo, y el peso del cuerpo, que dió en vago, la hiciéron rodar, dando con su cabeza en mis pies.

La sorpresa, la caída, el temor, y no sé qué otros efectos, que huviéron de suceder necesariamente en lo interior de esta Señora, la suspendiéron los dolores, y cesó la urgencia corporal. Se me olvidaba decir, que todas las circunstantes corriéron à levantarla del suelo, pusieronla en la cama, y procurdron restablecerla con espíritus confortativos. Es indecible la gana, que Yo tenia de soltar la risa, y me parece, que todas la Monas, que alli se hallaban, tenian la misma disposicion; pero la sufrian obligadas de cierto decoro, que era forzoso conservar. A poco tiempo se levantó Madama Zanahoria, y procuró saber la causa de hallarme alli escon-

condido ; la fué revelado el secreto , y ella se ofendió , de que Yo la creyese capáz de executar acto alguno de desatencion ; me aseguró , que no era Mona vengativa , (virtud rara en su sexo) y quiso , que todos nos sentasemos amigablemente à conversacion.

Con motivo de lo sucedido , me hallaba de tan buen humor , que quise divertirme à costa de esta Mona. Preguntéla , si havia venido sola , ò acompañada , y haviendome respondido , que sola , la dixe : ¿ Pues adónde está aquel girasól , que solía animarse à los rayos de vuestra belleza ? ¡ Ah ! callad , respondió , no me nombréis à ese traidor ; fué demasiado sincéro el cariño , que Yo puse en él , para poder ahora aborrecerle , como merecía ; no porque se me ocultáse , que él era uno de aquellos bribones , que tienen puesto su estudio en agregarse à las casadas ricas , por si pueden grangear su gracia à fin de despojarlas de sus bienes. Fingí , que no entendía , lo que hablaba , y continuando en mis preguntas , la dixe , si acaso era , que la havia dado palabra de esposo , y despues havia faltado à ella. Yo, respondió , ha muchos años , que estoi casada ; vos no sabeis , lo que preguntais. Pues será , añadí maliciosamente , que es vuestro marido , y os ha dexado. O vos , replicó ella , sois un tonto , que nada entiende ; ò sois una de aquellas personas , que se deleitan en desazonarnos. Perdonad , Señora , la dixe , que no comprehenda vuestro discurso , pues no acabo de hacerme cargo , de como una Mona casada pueda admitir à un amante , que no sea su marido.

Nada alteró à Madama *Zanahoria* esta delicada re-

reprehension, que deberia haverla avergonzado; antes dandome una ojeada, y encogiendose de hombros, dixo: Este necio quiere hacerme perder la paciencia. Miráronme las mocitas, y observando, que me estaba riendo, advirtiéron mi malicia, y tuviéron bastante deseo de acompañarme en la burla. Hice entonces como que comprehendia el enigma, fingí que sentia su suceso, y despues la dixe: Señora, segun llego à entender, vuestra desazon se deriva, de que os hallais sin un inmediato servidor; notable defecto en una Dama de mérito, como sois vos; pero este es un daño, que puede repararse facilmente, y si fuere de vuestro agrado, Yo me ofrezco à substituir la plaza. Ah, ah, replicó ella en tono de hacer burla, por cierto, que haría una gran conquista, recompensando la pérdida de un buen muchacho, con una disforme bestia. Sea lo que quisiereis, la respondí, por lo que à mí toca; pero esto de alabar à un traidor, que os ha burlado, dandole el título de buen mozo, me suena, à que aún sois su amante. Soi, dixo ella rabiosamente, el Diablo que os lleve.

Estando en estas palabras, entró el Presidente, y con una sonrisa la preguntó: ¿Con quién la haveis armado, Madama Zanahoria, que parece, que estais toda alterada? Me estoi defendiendo, respondió ella, de este mentecato, que está poniendo todo su esfuerzo en hacerme desesperar, y no acaba de conocer, que habla, con quien es capáz de resistir à un millon de sugetos como él. Medió el Presidente, se terminó la desazon, y me aseguró la buena Mona, que desde luego creía serla de grande interés adquirir mi amistad; pero que no pretendiese el distin-

tintivo de ser su cortejo, porque temia, que si me aceptaba baxo tal caracter, se haría ridícula en toda la Ciudad. Concertados, y pactados de esta suerte los preliminares de una estable paz, me despedí de las Señoras, y dadas gracias al Presidente, por los favores, y honor, con que me havia distinguido, salí de su Palacio contento, por haver pasado aquel dia à toda mi satisfaccion.

CAPITUO XIX.

De las exequias del difunto Generalisimo.

Continuaba Roberto freqüentando la Corte, adonde le mandaba el Rei estuviese diariamente para conferir con él ciertas innovaciones, que meditaba: Con este motivo se havia hecho tanto lugar en la gracia de aquel Príncipe, que le escuchaba con benignidad qualquiera proposicion, y con utilidad del Estado seguía sus dictámenes. Se hacian contínuas experiencias, para introducir las Artes Européas; se buscaban los mas acreditados, y hábiles Artífices, à los que se daban los modelos, y ellos imitaban la obra con el mayor esmero. Eran contínuas, y palpables las ventajas, que sentía el Estado con las luces de Roberto, y la proteccion del Príncipe, que patrocinaba sus operaciones. Aumentabase el provecho de los Artífices; la Ciudad desfrutaba las nuevas introducciones, y (exceptuado un pequeño número, que nunca falta, de aquellos, à quienes todas las cosas parecen mal, aunque no haya razon para ello) todos los Ciudadanos alababan à Ro-

Roberto, y daban gracias al Cielo, porque les havia concedido la direccion de un hombre tan singular. Todas estas cosas se leen largamente en sus memorias; y no quiero, como llevo dicho en mi primer tomo, repetir, lo que él escribe, pues no debo meter la hoz en mies agena.

Mientras Roberto se ocupaba en materias de tanto peso, Yo me hallaba en un total ocio, sin hacer otro uso del tiempo, y del discurso, que examinar las costumbres de algunos de los Simiopolitanos, que mas eco hacian en mi fantasía; estudio de corto trabajo, y en que puede interesar poco la curiosidad de los demás; mas haviendo hecho de esta forma la particion entre nosotros antes de nuestra llegada à la Ciudad, debo no apartarme de la senda, que por suerte me tocó seguir, ò si se habla en realidad, de la que unicamente se juzgó serme adaptable.

Pasados algunos dias, se esparció por la Ciudad una voz confusa, de que yá se havia hecho la eleccion de Generalisimo, aunque no se decia el sugeto en quien havia recaido este cargo. Aquellos, que hacen asunto en querer penetrar los mas arduos misterios del gavinete, aseguraban, que era el Señor Saúco el elegido; y despues por el efecto se vió, no se havian engañado en esta ocasion.

Tenian en la Corte la antigua costumbre de no celebrar las exequias al difunto Heroe, hasta que estuviera su empleo proveído, debiendo el sucesor asistir à la lúgubre funcion de sus honras. Se fundaba esta institucion en una sábia máxima, queriendo con ella dar el mas sabio documento, à los que ensalza la fortuna, pues viendo el fin de las terre-

nas grandezas, que son tan momentáneas, podia aprender el nuevo electo el modo de emprehender el camino de la virtud, que es quien puede conservar el nombre del difunto aún mas allá del sepulcro. Estas exequias, si se ha de decir verdad, se reducian à un triunfo, y eran mui semejantes à los Apoteosis de nuestros antiguos.

Formaban una estátua, que representaba al muerto, que yá estaba hecho polvos, y advertí en esta ocasion, que la imagen se parecía al original, lo mismo que la madera, de cuya materia constaba, se semeja à la carne; pero no obstante que la vista desengañaba, y hacía ridícula la representacion, bastaba concebir la idea, de que aquel mal trabajado leño fuese el cuerpo verdadero del difunto, para que una voluntaria ilusion (como muchas veces sucede) supliese los defectos. Se ponia el figurado cadaver dentro de un atahud; forrado de negro, y oro, queriendo, que se conociese, que hasta el sepulcro les acompañaba la vanidad. Iban delante infinitas personas de todas clases, que llevaban hachas encendidas, significando con esto (para dar una plausible alusion) que la luz de sus obras resplandecia despues de su muerte. Le seguian, finalmente, sus parientes, y amigos vestidos de luto con desaliño, transformados en otros tantos túmulos. Explico mas claro este último pensamiento.

El Señor Haya, y sus hijos fuéron convidados para asistir al funesto oficio, y estaban precisados à llorar, ò à fingirlo, sino tenian gana de afligirse en realidad. Previendo el que estableció estas ceremonias, que por lo comun los Parientes enjugan pronto las lágrimas, que se derraman por semejantes pérdi-

didas, pensó, cómo hacer creer al Pueblo en las funciones solemnes, que estos estaban inconsolables en su dolor; para esto ideó una especie de sombrero de figura cónica, que les duplicaba su ordinaria estatura; desde lo alto de él hasta los pies del dolorido colgaba un padazo de tela de una materia vil, para denotar el poco cuidado en el adorno, y de color negro, para dar à entender la tristeza. De este modo los tales quedaban envueltos, y escondidos en esta máscara, y podian reír à su satisfaccion, y sin temor de ser murmurados de aquellos simples, que creen, se demuestran los efectos de la sangre en las apariencias del luto.

Nosotros éramos sincéros amigos del Señor Haya, y asi nos rogó, que nos tomasemos la incomodidad de acompañarle, disfrazados con tan horrible figura. Con qué desazon me llevaría aquella mogiganga es facil de discurrir à qualquiera, que sepa, que tan particular disfráz impide quasi absolutamente el uso de la vista, y por consiguiente se camina con notable desacomodo; pero de esta falta de comodidad se derivó à mi favor el gusto de poder comprehender proximamente con quanta necesidad se introduxeron estos escondites.

Luego que llega el fúnebre acompañamiento à una espaciosa llanura, en donde está formada la tropa con todas las insignias militares enlutadas, se pone el atahud sobre un elevadisimo tablado, adornado con quanta magnificencia, y riqueza es imaginable. Despues de una oracion, que se dice en alabanza del muerto, adulacion del sucesor, y lisonja del Estado, se dexa en manos del Pueblo la herencia del difunto, se entiende los adornos del tablado, y em-

pezando desde la estátua, todo queda despojado en breve: Se pega, finalmente, fuego, à lo que ha quedado; y el humo, que se eleva, creen ser el Genio del Heroe, que va à señorearse de las nubes; y con esto se acaba el funeral. No se me culpe de poco exácto, por haver tan de paso contado una costumbre tan particular; pues semejantes ritos se encuentran difusamente explicados en las memorias de Roberto.

Antes de ponerse en práctica las exequias, de que vamos hablando, se originó una grande dificultad, sobre buscar sugeto, capáz de cumplir perfectamente el cargo de Orador. En la Ciudad, en donde havia muchisimos personages, que hacian pública profesion de amontonar palabras, que no están en uso, para poder componer una oracíon vacía de conceptos, ninguno se juzgaba suficiente à tan grande, y dificultoso empeño. Era forzoso recurrir à los estrangeros con sumo sonrojo de los patriotas. Se hizo, pues, un diligentisimo escrutinio, y fue finalmente elegido uno, à quien no se podia convencer de haver jamás usado en sus oraciones una voz, que no se leyese en ciertas novelas de un autor, que ya hacía quatro siglos, que havia muerto; libro, que era la fuente de todo el inexplicable mérito del Orador forastero.

Apliquéme con atencion à oír su discurso; pero mi ignorancia no encontró en él aliciente alguno. Comenzó con una locucion, que me pareció una descarga de cañonazos, hizome estár largo tiempo con la boca abierta, esperando un verbo, que uniese los términos, con que queria dar à entender su pensamiento, y finalizado el primer eterno

pe-

periodo, pàra mí fué lo mismo, qúe si no huviese hablado palabra. ¡ Quán engañosas son las ideas, à que nos conduce la falta de inteligencia ! Yo havia conceptuado, que ni él mismo havia entendido, lo que havia dicho; pero los aplausos de los circunstantes me diéron à entender mi ignorancia; aunque por defecto de luces no podia salir de mi error. Finalmente nada entendí de su peroracion, y se me quedó seca la boca con la continuacion de tenerla abierta. No obstante, al fin de su razonamiento baxó un poquito mas lo alto de su estilo, y asi pude comprehender, que alababa la sublime virtud del difunto, à quien no havia oído nombrar en toda su vida; que elevaba hasta los Cielos el valor del nuevo Generalísimo, que era un solemne poltrón; y finalmente, que sin haver estudiado la Astrología judiciaria, pronosticaba al Príncipe, y al Estado victorias, triunfos, y la conquista del Mundo entero.

Aunque no llegué à entender la excelencia del arte de este afamado Orador, comprehendí la ridiculéz de otro, que profesaba este mismo exercicio, aunque no en grado de tanta elevacion. Tiempo hacía, que estaba vacante el puesto de primer Ingeniero de la Armada, cuyo nombramiento dependia privativamente de la voluntad del supremo Comandante. El difunto por no multiplicar los gastos del tesoro público, no havia querido hacer la eleccion, pero se creía, que el sucesor, para tener una hechura propria, y que del todo estuviese empeñada en servirle, se quería valer de su derecho. El Orador de baxa extraccion (asi le llamo, para distinguirle del campanudo combinador de antiguos senten-

cio-

ciosos vocablos) cansado de un arte, del que solo por su culpa no le redundaba todo el provecho, que quería, aunque sí mucho mas, que el correspondiente à su mérito, se determinó à hacer la corte à un palafrenero del Señor Haya, para que éste ganáse la voluntad à un volante, à fin de que habláse à un ayuda de camara, que se interesáse con el mayordomo, para que dixese éste sus súplicas al Señor Haya, que se havia de empeñar con Roberto, para que, (como era persona de tanto valimiento con el Príncipe) hiciese presente al nuevo Generalisimo la persona del dicho Orador, à efecto, de que recayese en él la provision del empleo de primer Ingeniero.

Uno de los hijos del Señor Haya nos contó esta particularisima recomendacion, en cuya dilatadisima escala de protecciones echamos de ver, que era el primer escalón un mozo de caballos, y el último la alta persona del Generalisimo del Estado; singularidad fue esta, que nos movió la curiosidad de conocer, à quien la havia ideado. El Señor Haya nos dixo, que no debiamos estrañar en quanto à esto el caracter original de este Mono, que él tenia bien conocido, y que tratandole experimentaríamos cosas, que nos admirarían mas.

Fué mandado comparecer el Orador adocenado, el que se dexó llevar de una extrema alegría, creyendo yá à Roberto de parte de sus deseos, y que asi su pretension estaba en los mejores términos; pero Roberto quería fondear los méritos de este sugeto, que repentinamente pretendía ascender à un cargo de tanta conseqüencia. Preguntóle, pues, quanto tiempo havia gastado en aprender las Matematicas:

cas : Quedó sin saber , qué responder el pobre Mono, que no havia oido hablar de tal ciencia en su vida. Juzgando Roberto , que solo estaría informado de las reglas prácticas del empleo , à que aspiraba , le propuso algunas dudas acerca de la Arquitectura militar ; pero el Mono , que no havia comprehendido aún los términos , con que havia hablado mi amigo , respondió , que no entendía el lenguage de nuestros Países.

Admirados en extremo de la arrogante pretension del dicho Mono , no pudimos menos de decirle , quanto nos maravillabamos , viendole solicitar el mas alto grado de una profesion, cuyos principios ignoraba. No le alteró la dificultad, antes respondió francamente , que ninguno havia nacido Maestro , que todos los Profesores de aquel arte le havian aprendido con el estudio ; que se le diese el cargo, y que al punto se aplicaría , y aprendería todo lo necesario , para exercerle. Estas razones cerrdron la puerta à toda réplica , pues vimos , era inutil el hablar con un tonto de tal naturaleza. Si no huviera Yo sido testigo de oídas de este pasage , y si no tuviera una entera certeza del original de una cabeza de tan poco seso , no acabaría de creerle , ni me atreveria à insertarle en estas Memorias.

CA-

CAPITULO XX.

Publícase la boda de la hija del Señ.r Haya.

DOS dias despues del referido funeral, se publicó la boda de la Madamita Lechuga, cuyo tratado dias havia, que estaba concluido, pero no se havia dado al público, hasta que se cumpliesen las ceremonias con el difunto tio, para que las lágrimas, que era necesario derramar por la formalidad de este motivo, no se confundiesen con la alegría, que aquel havia de promover forzosamente. Vino à vernos Jacinto aquella mañana, antes que nos huviesemos levantado, para participarnos tan alegre novedad en su nombre, y de toda la familia. Gustosisimo me dexó la tal noticia, y asi partí apresurado à felicitar al padre de la novia, el que despues de abrazarme, me dixo, que se consideraba el padre mas afortunado del Reino, por haver hallado un yerno con los partidos mas apreciables, y de un bello genio. Este, añadió, es rico, y de alto nacimiento; luego que lleguéis à verle, notaréis su buena política, y en teniendo el gusto de tratarle, convendréis con mi dictamen, de que es la persona mas amable de toda la Ciudad.

Mi alegria, que no era pequeña, se aumentó à vista de la de mi amigo; preguntéle, quanto tiempo hacía, que havia destinado para su hija un tan digno esposo, y que quándo se verían unidos con tan dulce lazo: Respondióme, que apenas se havia divulgado por la Ciudad la rica dote, que el here-

de-

dero de su difunto tio tuvo à bien consignar à la niña, quando se la declaráron pretendientes los mejores partidos del Reino; que examinadas cuidadosamente las circunstancias de los sugetos, y sus familias, y dando su consentimiento Madama Espina, y los demás hijos, yá havia dias, que estaban hechas las capitulaciones, pero se havian tenido ocultas hasta este punto por la razon arriba dicha. Conocí luego la causa de las contínuas conferencias, de que no eramos participantes, y me ocasionáron tanto cuidado, y sospecha. Añadió despues el Señor Haya, que la boda no sería hasta el fin de las Carnestolendas, que daban principio entonces: Entretanto, dixo, las tertulias, el juego, el baile, los teatros, los paseos, y las máscaras, serán las diarias ocupaciones de los novios; en cuyos lugares tambien vos podréis gozar de estas diversiones, que hasta ahora no haveis logrado.

No tanto por un acto de civilidad, quanto por dexarnos llevar de los afectos de nuestro corazon, que estaba poseído de una verdadera alegría, pasámos al quarto de Madama Espina, que nos recibió con las mayores demonstraciones de agradecimiento, y creyendose despues constituida en la obligacion de referirnos, que ventajoso era para su hija el yá concluido tratado, dió principio por la nobleza de la familia del Señor Nuez-moscada, que era el nombre del novio. Es inmemorial, decía, su origen; y lo que se hace mas admirable, es la altisima estimacion, que esta casa tiene en todo nuestro Continente. Ninguno de sus descendientes degeneró de las nobilisimas qualidades de sus mayores: Todas las Naciones han andado à porfia, por lograr el ho-

nor de atraher à sí esta familia ; pero sola nuestra Ciudad goza la singular dicha de numerarla entre sus patriotas : Los estrangeros , como zelosos, de que sean solo nuestras estas glorias , han concurrido à hacerla mas brillante con prerrogativas , y excelencias , sobresalientes à las de sus familias nacionales. Por último , siendo tan honorífica à vista de todos , debía recoger en su seno à mi hija , para que conservâse esta planta su deliciosa , y util descendencia.

Se iba aumentando nuestro júbilo , al paso que ibamos entendiendo la grande fortuna , que estaba destinada para Madamita , y por demonstrar , en quanto pudiesemos sus efectos , rogâmos à Madama Espina , nos concediese el gusto de ir personalmente à significar à la nueva esposa lo verídico de nuestra sincéra alegria. No esperaba Yo , respondió Madama , menos atencion de tan benignos huéspedes; mi hija está en el tocador ; luego que haya cumplido con sus mas precisas ocupaciones , vendrá à agradecer vuestras atenciones políticas , y entretanto estaréis en conversacion conmigo. Nosotros aceptâmos el convite de acompañarla , lo que no la desagradó, contra lo comun de su genio , y asi me determiné à creer , que el contento la havia suspendido sus acostumbradas extravagancias.

Despues de várias conversaciones que se tocâron nos dixo asi : Es costumbre de estos Países en las bodas de los nobles el convidar à los Poetas Nacionales , y Estrangeros , para que con sus obras alaben à los novios , y les pronostiquen las mas abundantes felicidades : Puntualmente hai tambien ese estilo entre nosotros , respondió Roberto , pero nues-

tros

tros Poetas, por lo regular, en semejantes casos no hacen otra cosa, que acumular adulaciones fastidiosas, con poco, ò ningun mérito en las composiciones. Nuestra Nacion, replicó Madama, es mas discreta, que la vuestra en este punto, porque nosotros ni aún abrimos el libro, en que se contienen; es fuerza no separarse de la moda, y Yo en realidad he de seguirla à toda costa; no obstante que sean como quieran las tales obras, entre las Señoras los papeles, en que están escritas, se ven siempre condenados à envolver ovillos, y semejantes friolelas, necesarias para nuestra diaria, y doméstica labor: Con el presente motivo quisiera suplicaros, añadió Madama Espina, me hicieseis el favor de componer algun Epitalamio en vuestro nativo idioma, distincion, que ciertamente no havrá tenido novia alguna de las antecedentes, y que será envidiada de las futuras.

Sonrióse Roberto, y respondióla: Prontos nos hallaréis, Señora, para obedecer vuestros preceptos; pero la peticion dá à entender, que vuestra modestia quiere ocultar las alabanzas de vuestra hija, y tambien cuidadosa, tal vez, de nuestra reputacion, pretendeis, que escribiendo en lengua desconocida, no tengamos que temer las adulaciones, ò las críticas de buen gusto. Mui bien sé, replicó Madama, que no havrá quien entienda, ni aun quien pueda leer vuestros pensamientos, ¿ pero eso qué importa ? Lo que no se entiende, es lo que se hace mas apreciable, como lo experimentamos diariamente. Se aumentará el número de las poesias, que es por donde se forma juicio de la grandeza, y felicidad de los novios; y finalmente alcanzaréis fa-

ma de dos espíritus sublimes, capaces de todas las ciencias. La extravagancia de la pretension tenia la escusa del corriente estilo: Era forzoso, que nosotros prometiesemos à Madama el darla gusto, lo que podia executarse sin mucho trabajo, ý con la certeza de no incurrir en la censura de ciertos pretendidos literatos, de que abundaba la Ciudad, cuya profesion era ir mezclando palabras, frases, y coplas de cierto antiquisimo, aunque à la verdad, celebérrimo Poeta, para sacar un pastel sin substancia, que quita el credito al autor, que se pretende imitar, y que no tiene estimacion, sino en la cabeza, de quien le ha compuesto.

Llegó à este tiempo la novia, engalanada con todos los adornos, que el sutil ingenio de su sexo pudo inventar, ò bien para ocultar sus defectos, ò bien para dar mas realce à la hermosura. Despues de haverla cumplimentado, congratulandonos sincéramente, y significando nuestros deseos de todas aquellas felicidades, que generalmente à las novias suelen augurarse, la preguntó Roberto, si acaso la adornaban todas aquellas galas con el destino de salir de casa; pensando nosotros en retirarnos, para no darla sujecion: De niuguna manera, respondió Madamita, porque el motivo de haverme ataviado de este modo, es por estár decente, para recibir à las Señoras (que serán muchas) quando vengan à visitarme, y à darme la enhorabuena; entretanto haré mucho aprecio, de que gustéis deteneros conmigo, porque Yo, à la verdad, os soi mui afecta: Dixo estas últimas palabras con cierto estilo de Corte, que antecedentemente no tenia, ò à lo menos no le havia demonstrado. En una palabra, es fuer-

za

za confesarlo, Madama Espina era una gran Mona, y una Señora, capáz de instruir à su hija en las verdaderas máximas de insinuarse afable, y esparcida, segun la corriente costumbre: Su educacion se reducía unicamente à exterioridades, de donde puede bien inferirse, que sería una excelente Maestra de ellas.

Yo quería introducir algun discurso, relativo á las alegres circunstancias, en que se hallaba aquella familia, y por tanto me tomé el atrevimiento de preguntar à la novia, quanto tiempo havia, que cultivaba la amistad de su futuro esposo. No entiendo, respondió ella, lo que me deciis, y asi, si quereis, que satisfaga vuestra curiosidad, explicaos mas claramente. No, de ninguna manera, replicó la madre, mas vale que calle, no sea que haga avergonzar por falta de experiencia à tan nobles almas. Perdonad, Señora, la dixe, no es mi ánimo ofenderos, quando tengo la curiosidad de saber, si estaba bien radicado entre los novios el amor, que es el fundamento de todo el empeño, que se contrahe en los esponsales: La modestia de Madamita no tiene por qué sonrojarse, al oir nombrar una pasion, en la que espera encontrar todo placer; supuesto, que esta la havrá inducido à consentir, en que se forme aquel lazo, que debe motivar su felicidad. Vos, me respondió Madama, teneis mui vulgares idéas; mi hija es una gran Dama, y no una de aquellas miserables Monas, que no sirven de otra cosa en el Mundo, que de comer, y hacer número; Yo soi una madre, que sé mui bien las leyes del decoro: Entre nosotras no es permitido amor alguno, que preceda al empeño del Matrimonio, y

si

si se llegára à saber, que qualquiera noble doncella se atrevía à enamorarse por algun galantéo, ademàs del deshonor de toda su familia, bastaba, para que yá pudiese desesperar de su colocacion. Las Monas de la plebe aman à su gusto, y escogen según su genio à los novios, y estos à las novías; y es mui justo, que asi lo hagan, porque ellas no llevan otra dote, que tiernos afectos, en lugar de riquezas, y ellos las dan de comer amores, yá que no tienen otro medio de sustentarlas. Las Señoritas nobles, por el contrario, no ven à su esposo, ni saben de qué gracias, de qué espíritu, ò de qué costumbres se halla adornado; primero oyen las alabanzas, que le conocen; y ellos igualmente por su parte no gozan mas ventajoso privilegio: Los padres forman à medida de sus miras los tratados, y sin otro examen, se sujetan à ellos las dos partes principales; y este es el motivo, por qué mi hija aún no conoce à su esposo el Señor Nuez-moscada, ni éste à ella; pero dentro de poco tiempo lograrán este placer, bien que con las precauciones mas rigorosas.

Quedé sumamente admirado al oír una costumbre tan fuera de razon, por quanto el Matrimonio siempre se me havia figurado, una union de dos corazones con la participacion de sus bienes, de su genio, y de su cariño, lo que es dificil de concebir sin que se comuniquen las personas, que han de amarse. Comprehendí en este punto un dicho de cierto antiquisimo Poeta Europeó, que escribió en una sátira, que es la dote una diestrisima cazadora, ò tiradora de saetas. No parece, sino que el Poeta tuvo alguna noticia de los estilos de las Monas.

A este tiempo entró un page un recado à su ama, avisandola, que Madama Escoba, y Madama Castaña acababan de llegar, y pedian su licencia, para entrar à visitarla; respondió, que viniesen en buen hora; y nosotros nos retirámos, para dar lugar à sus recíprocos cumplimientos. Encontrámonos en la antesala con las dos Señoras; Madama Escoba era una Mona mui alta, y flaca; trahía una vestidura, que por detrás la arrastraba media vara cumplida, y parecía, que por donde iba caminando, quería limpiar el suelo de todas sus inmundicias; pasó por junto à nosotros con tal sobervia, que ni aún baxando la cabeza, nos saludó. Madama Castaña era una Monita pequeña de cuerpo, y regordeta, pero mui agil en en los movimientos de todo el cuerpo; esta con mejor crianza nos hizo cortesía encogiendose, y erigiendose diversas veces al pasar por delante de nosotros.

CAPITULO XXI.

De las primeras vistas de los novios.

NO puedo bien explicar, quanto abominaba la costumbre de los Monos, que ligaban à las pobres nobles doncellas con un indisoluble lazo, sin consultar primero sus genios. Tan fuera de razon me parecía el tal uso, quanto lo fuera el precisar à qualquiera à contraher un empeño, sin explicarle el asunto, sobre que debia comprometerse. Di à entender à Roberto mi admiracion, y me respondió lo siguiente: El estilo, que sigue la nobleza acerca de la colo-

ca-

cacion de las hijas, no está tan fuera de los límites de la razon, como os lo estais ideando: Verdád es que la union de los corazones, y de las inclinaciones debería ser la basa fundamental de semejantes vínculos; pero haceos cargo, de que, por lo general, las pasiones ofuscan al entendimiento, que le parece, que discierne en los objetos aquellas virtudes, y vicios, que no tienen en la realidad, y solo es cierto, que un vehemente afecto los representa en la mente à medida de los respectivos intereses del corazon. De aqui es, que el amor, que es la mas peligrosa de las pasiones, ciega enteramente à aquellos, que se dexan llevar de él, sin permitir al entendimiento el uso de sus facultades: Sucede despues, que con la posesion de la cosa amada se amortigua el amoroso fuego, y se van reconociendo aquellos defectos, que no permitia la razon, se descubriesen antes: El arrepentimiento es la pena del error, que tanto mas grande aparece, quanto el amante menos le esperaba: La tibieza abre el camino al fastidio, y finalmente, por lo regular, el odio es el fruto de una estimacion, que está fundada sobre las meras reflexiones de los sentidos. Nuestros Monos reflexionando los inconvenientes, que suele producir una mala eleccion, sugerida de la pasion unicamente, de donde se derivan conseqüencias tan funestas en los Matrimonios, quisiéron hacerse árbitros de los verdaderos intereses de sus hijas, eligiendo aquellos partidos, que con maduro examen, y sin preocupaciones, juzgan ser los mas útiles: Así, pues, el que estos vinculos no se formen por el amor, sino por la razon, que es una guia mas iluminada, y segura, no veo, deba ser motivo de tanta estrañe-

ñeza, siendo esta costumbre, la que constituye à las Señoras en una suerte mas feliz, y duradera. Añadese à lo dicho, que siendo quien dispone los Matrimonios, la ternura paterna, que con la mayor perspicacia examina el partido, que para su hija solicíta, es fuerza creer, que se encuentran en los esposos aquellos caractéres, que son capaces de representarlos amables à los ojos de sus esposas, cuyo cariño en tal caso es tanto mas permanente, y laudable, quanto mas separado de la irregularidad del vulgar afecto. Todo esto deberá entenderse de aquellos padres, en quienes no quepa la crueldad de sacrificar à una inocente joven por el interés del resto de su familia.

Con mas gusto huviera escuchado el razonamiento de Roberto, si los internos sentimientos de mi corazon, ò (sedse enhorabuena) una mera preocupacion no huviera sido causa de representarseme con poca fuerza sus razones. Entretanto se fue llenando el Palacio de lo mas florido de aquella Ciudad, concurriendo toda la Nobleza à participar de los júbilos de una familia, que universalmente estaba querida, y respetada. La novia se mostraba afable, y cortés con todos, y asi en breve tiempo corrió la fama de su bella gracia, ademds de haver logrado la fortuna de obtener el renombre de bien parecida. Nosotros estabamos continuamente con las formalidades de un puro cumplimiento, y gustosos nos empleabamos en este encargo, à que no podian acudir el padre, y hermanos de la novia, por los muchos negocios, que ocurrian. Madama no se separaba un punto de su hija, por quanto algunos rezágos de la antigua severidad la obligaban indispen-

sablemente à tan gravosa sujecion.

No cesaban de ir llegando Artesanos de todas especies con memoriales, y adjunta la recomendacion de graves personages, à fin de que los admitiesen para las varias prevenciones, que en sus respectivos oficios debian hacerse para adorno de la novia, y de aquel Palacio. Se havia introducido (como yá se ha dicho) pocos años antes, un abuso en la Corte, en fuerza del qual cada uno queria mezclarse en los negocios de los demás, sugiriendo diversas obras, recomendando Artífices, y executando hasta las mas vergonzosas vilezas, para lograr sus intentos. No tenian, se puede decir, libertad aquellos Naturales en la eleccion de las personas, que creìan mas aptas para las obras, que emprendian; tan grande era la persecucion de los operarios. De este abuso nacían dos gravisimos inconvenientes; el primero, que, por lo regular, salía imperfecto el trabajo; y el segundo, que muchos de los mejores Artífices perecían de necesidad ò por no poder encontrar quien los protegiese, ó porque ellos tenian por baxeza, que su habilidad necesitáse de recomendacion: Asi necesariamente perdian las artes su lustre, y se hacía injusticia al mérito, que gemía baxo el yugo de la violencia.

Llenóse, pues, en pocos dias de trabajadores el Palacio; los Carpinteros, los Cerrajeros, y los Albañiles hacían retumbar las salas, y aún toda la casa con los martillos, y demás instrumentos de sus oficios; los Pintores tenian llenos de manchas aquellos puestos, en donde estaban trabajando; todo era una confusion, y contínuo ruido; y al mismo tiempo los Sastres, los Zapateros, y otros mil Artesanos,

y,

y Mercaderes andaban entrando, y saliendo por el quarto de la madre; de modo, que parecía, que las provisiones eran para un Exército entero.

Llegó por fin el dia de las primeras vistas del novio. Parecióme digno de la alianza del Señor Haya; curioso, buen mozo, bien hablado, y mui garvoso en todas sus acciones: Si no fuera por el defecto de dar à conocer mui por lo claro lo pagado, que estaba de sí mismo, se le podia conceder el título del joven mas perfecto, y mejor criado de la Corte.

Luego que se presentó el novio, la Señorita le hizo una cortesía, sin mover la cabeza, ni aún la vista, y baxando tanto el cuerpo, que creí, que se iba à sentar en el suelo; el joven la habló con un breve, y elegante discurso, que se conocía sin dificultad, que le trahía estudiado; la novia se avergonzó, y aunque tenia mui bien aprendida la leccion, de lo que le havia de decir, en aquel instante se la olvidó del todo, y asi no supo responder otra palabra, que: *Muchas gracias.* Madama su madre se puso encendida como unas brasas, y huviera intentado sacar los ojos à la hija, à no estár presente el novio; tanta era la desesperacion, y cólera, que havia concebido.

Sentáronse inmediatos los amantes futuros, que de presente aún no se podian llamar tales, y el novio comenzó à exagerar la hermosura, y gracia de su esposa; pero ésta yá abriendo, yá cerrando su abanico, teniendo la vista siempre fixa en la tierra, y el cuerpo en un contínuo movimiento à uno, y à otro lado, como si estuviese sentada sobre espinas, no respondía otra cosa à cada alabanza, que la daba

el novio, que, *para eso vos* : La madre no paraba de hacerla señas con la cabeza, pero ella lo iba echando mas à perder. Quando un temor pánico llega à tomar posesion, de quien es pusilánime, con qualquier leve motivo suele aumentar la confusion. Jacinto su hermano, que era mas discreto, y penetrante, que la madre, acudió à socorrer à su hermana, haciendose intérprete de sus sentimientos, lo qual la dió esfuerzo de tal modo, que el mas poderoso cordial no vigoríza los espíritus de un desmayado con tan buen éxito, como sus palabras, los de Madamita, para hacerla volver de su letargo. Quando la vió yá libre de aquel primer miedo, que la havia sobrecogido, la dexó manejar por sí misma, y entonces habló à su esposo con todas las expresiones, de que era capáz su discurso, con lo que al punto éste formó mejor concepto de ella, como se dexó comprehender por sus demonstraciones de alegria.

Despues de haver pasado algunas familiaridades entre los novios, llegando hasta el extremo de hablarse en secreto; llaneza, que fué generalmente aplaudida de los circunstantes, quiso Madama Espina introducirse en la conversacion, y fué poco à poco torciendo el discurso, para hablar de telas, encages, &c. Ella deseaba, que el novio dexáse à su discrecion todo el cuidado de las prevenciones, que eran indispensables, porque su amor maternal lo dispondría de modo, que tuviese mucha qüenta à su hija. El novio, que mejor empleado, en lo menos, que pensaba, era en estas vagatelas, condescendió gustoso à las intenciones de la futura suegra, y aún la rogó, le hiciese el favor

de

de encargarse de este asunto, que para él era bastante enfadoso. Los novios continuaban sus conversaciones confidenciales, que à cada paso cortaba la suegra con nuevas preguntas.

Era una comedia ponerse à considerar por una parte la inquietud, y pasiones, que entonces comenzaban à nacer en el corazon de un jovencito, viendose inmediato à aquella, de quien yá antes de verla tenía la idéa de considerarla, como la cosa de él mas amada, y cuyas confianzas solicitaba vivamente, bien que tuviese la seguridad, de que dentro de pocos dias havia de estar en entera posesion; por otra parte una vieja empeñada con los mayores esfuerzos en poner en planta todo lo necesario para cumplir con la moda, la ambicion, y la vanidad. La buena crianza le precisaba à complacer à la suegra con sus respuestas; pero se echaba de ver claramente, con quanta violencia las profería.

Llegó la hora de comer, y huviera executado una accion sacrílega el novio, sino se huviese despedido; y asi le fue preciso acomodarse al comun estilo, aunque contra todo su gusto. Partió, pues, segun congeturé, con bastante pena. Determinóse, que volviese en aquel mismo dia, para ir en compañia de la novia à una gran tertulia, que se havia de juntar aquella noche con este único objeto en casa de cierto caballero. A la despedida huvo su apretón de manos con las mayores expresiones de ternura, y estimacion, con lo que se dividiéron la primera vez de toda su vida aquellos dos corazones, que yá creían amarse, y apenas havian llegado à conocerse.

La

La partida del novio dió lugar, à que Madama Espina descargáse una severa reprehension contra la pobre hija. La turbacion del primer encuentro fué la primera culpa, que la riñó, llamandola tonta, olvidadiza; despues recorriendo todas sus acciones, las halló otros tantos delitos; el manejo del abanico; los movimientos de la cabeza; el modo de jugar la boca; las oieadas fuera de tiempo; y hasta las mismas respiraciones, fueron objetos de su rigoroso examen: El Señor Haya puso fin à esta quimera tan imprudente; y aunque no se termináron aquí las correcciones, se suspendiéron, durante su presencia.

CAPITULO XXII.

De las Mascaras, y la Tertulia.

LAS centinelas de vista son fastidiosisimas para dos, que bien se quieren, y asi en lo sucesivo resolví evitar, quanto pudiese, los lances de presenciar los amorosos coloquios de estos dos nuevos amantes, observando sin alteracion desde aquel dia la política con el Señor Nuez-moscada de no faltarle à todos los actos de cortesía, si me encontraba con él, pero separandome inmediatamente. Este modo de manejarme fué mui bien recibido del novio, luego que comprehendió el motivo; por lo que, quando tenia que hablarme, me hacía una seña para que me detuviese; y despues siempre me dió à conocer su inclinacion, y cariño.

Tulipán, hijo tercero del Señor Haya, no era mui

mui aficionado à incomodarse por servir à qualquiera amigo ; antes bien, dedicado à hacer unicamente lo que era de su gusto, dexaba à cargo de sus hermanos el cumplir con las urbanidades, obligaciones, y demás empeños de su familia. Aquel dia, sin saber por qué, se brindó, à irme acompañando à la Plaza, en donde se esperaba, concurriese una multitud de máscaras, yá por la solemnidad del dia, yá porque lo sereno del cielo estaba convidando à la diversion. Esta distincion, que Yo no esperaba, fue para mí de mucho gusto; bien que de ella, y de la estrechéz, que desde el tal lance tomó conmigo este joven, tuviéron origen todas las funestas aventuras, que me exercitáron por algunos años, y me obligáron à detenerme en aquel Continente, como se verá en la serie de esta Historia. No puede evitarse el destino, y Yo mismo, parece, que me le iba procurando à toda prisa con la satisfaccion, que recibí por el referido convite, que acepté sin repugnancia.

En la Plaza, que es magnífica, y grande, havia una muchedumbre de Pueblo. No eché à perder el tiempo en examinar las extravagancias de la plebe, pues el cúmulo de necedades, que ésta suele practicar, creyendo distinguirse con delicadas invenciones, no debe ocupar las reflexiones de un forastero. Rogué al Señor Tulipán, me guiáse al parage, en donde se juntaban los sujetos mas visibles, con ánimo de divertirme hablando, viendo, ò paseandome con ellos; pero al contrario, de lo que esperaba, no hallé otra cosa, que confusion, encontrones, y apreturas.

Formase cierta calle de dos filas de sillas, puestas

tas unas enfrente de otras, dexando en el medio un espacio de terreno, capáz de ocuparle ocho, ò diez personas de frente. Las Monas, que creen embobar, à los que se andan paseando, ò con la riqueza de sus adornos, ò con qualquiera otro incentivo, que pueda dar pábulo à los ojos, se sientan en estas sillas, teniendo cada una al lado à su cortejo: Sería mui reparable, que en aquella publicidad estuviera el marido sentado cerca de su consorte. El espacio intermedio de estas sillas se llena de máscaras con tanta abundancia, que se hace quasi imposible el caminar sin peligro de sofocarse. El fin de las Monas se frustra absolutamente, pues la multitud impide el detenerse, bien para admirar el buen gusto, y valor de las telas, que las adornan; bien para advertir los gracejos, con que solicítan encantar, à los que tienen la curiosidad de fixar en ellas la vista.

Yo no podía permanecer en aquel estado tan violento; quién me daba un empellon; quién me huviera echado à tierra, à no detenerme, el que estaba mas próximo, à quien Yo tambien necesariamente tenia, que atropellar; y quién me honraba con los títulos de bestia, y de pedazo de jumento; uno me pisaba un pie, haciendome pasar un dolor excesivo; otro se quexaba, de que Yo le estorvaba el paso, siendo asi, que estaba ocupado el camino con gran número de personas, à quienes no tenia Yo derecho de obligar, à que franqueasen lugar, para poder ir adelante. Corría sobre mi cabeza un aire friisimo, al mismo tiempo que tenia toda la camisa calada de sudor, y asi recelaba encontrar en aquel paseo tan delicioso alguna calentura maligna

na. No obstante tantas incomodidades, los Simiopolitanos están locos con aquella diversion, que consideran como una de las mas gustosas, que pueden gozar en toda su vida.

Cerca yá de dar mi último aliento, rogué à Tulipán me sacáse de aquel infierno; pero como él estaba imbuido en las idéas comunes, y con la costumbre se havia habituado à mirar aquella junta, como una de las mayores delicias, no queria condescender à mis instancias; ademàs de esto tenia otras miras; esto es, esperaba, que llegáse cierta Monita, que era el único objeto de todas sus ansias, y dandome gusto, era caso forzoso perder la ocasion de estár con ella. Viendole, pues, tan renitente en concederme una gracia, que podia ser el punto decisivo de mi vida, le supliqué, que me permitiese retirar. Pues teneis, me respondió, el gusto tan depravado, que no os divierte un placer tan grande, como es el veros rodeado de la flor de las personas mas cultas de la Ciudad, seguid vuestra inclinacion; y si quereis, que os presente esta noche en aquella tertulia, en donde ha de concurrir toda nuestra familia, id dos horas despues de anochecido à esperarme à la Botillería, que llaman de la Desgracia, que allí iré à buscaros. Contento con esta despedida, me separé à toda prisa de aquel lugar de mortificacion, con la resolucion firme de no volver allá en toda mi vida.

Haviendo examinado el parage, que havia en la Plaza con menos concurrencia del Pueblo, me encaminé hácia él, en donde pasé un rato paseandome confuso, y maravillado, de que personas racionales pudiesen deleitarse tanto con unas cosas, que

realmente incomodan demasiado : Admirado siempre , y embebido dél todo en mis pensamientos , no puse la atencion en los muchos objetos , que me rodeaban , dignos , acaso , de igual cuidado , y reflexion; pero à este tiempo llegó à mis oídos el eco de una voz , que no estrañé , y me hizo volver de la abstraccion , que ocupaba mis sentidos : La voz era de Roberto , el qual se andaba paseando en compañia de Jacinto , y los dos ocupados solamente en el examen , que iban haciendo de todo aquello , que se les presentaba , aún no me havian descubierto. Asegurado , para no padecer equivocacion , mediante haver escuchado con mayor atencion el habla , y haver advertido bien sus vestidos , estaturas, modo de andar , y demás señas de sus personas , no dudé llegarme à ellos ; se admiráron de verme solo, y me preguntáron , qué se havia hecho Tulipán: Contéles todo lo que me havia sucedido , y con tan vivos colores pinté la impresion, que hizo en mi fantasía , aún no sosegada , aquel aborrecido paseo, que al paso , que me tuviéron lástima , no pudiéron menos de soltar la risa ; les rogué me permitiesen en su compañia , cuya gracia à pocas instancias me concediéron.

Yá havia anochecido , y el frio era tan grande, que nos obligaba à marchar de alli , y buscar un parage mas templado : Me preguntáron , adonde , y à qué hora tenia que ir à esperar à mi compañero Tulipán , y luego que satisfice esta pregunta , se ofreció Jacinto à acompañarme , y à que esperasemos , à que viniese , para ir todos juntos à la tertulia. No podia haver para mí ofrecimiento de mas gusto , que este en la ocasion presente. La Botillería señalada

era

era una de las infinitas, que se encuentran en cada esquina de la Ciudad, en las que es el agua el principal capital de su trato. En ella la multitud de los concurrentes nos subministraba un mar de reflexiones; nos divertímos à costa agena con sumo gusto; y si quisiera hacer descripcion de todos los objetos, que se presentáron à nuestro examen, me separaría demasiado del hilo de esta Historia. Vino ultimamente à la hora señalada Tulipán, y todos juntos nos encaminámos à lograr una diversion, que, como nueva, excitaba vivamente à nuestra curiosidad.

Fuimos, pues, conducidos à un gran Palacio, en el que nos recibiéron sus dueños con la mayor política. Entrámos en una sala espaciosa, exquisitamente pintada, è iluminada con una muchedumbre de antorchas, igualmente lo estaban las piezas inmediatas, y todas adornadas, con quanta riqueza, y buen gusto es imaginable: Havia concurrido toda la Nobleza de ambos sexos, que era numerosa, con la curiosidad de ver à la novia. En el luxo havian echado el resto con especialidad las Monas, que estaban sumamente brillantes con el oro, y joyas, que las engalanaban, y reverberando en la pedrería los rayos de las inumerables luces de la iluminacion, daban mayor realce à sus bellezas. No podia ser mas magnífico, y grande el espectáculo: Yo me quedé atonito, y admirando mucho las riquezas de la clase de los nobles, ò por mejor decir, el deseo de llegar al extremo.

Hallé en aquella escogida asamblea à muchos sugetos, de los que trataba, con quienes me era facil entablar conversacion para informarme de los nombres de las personas, que no conocía. Muchas Seño-

ras me honrâron con sus miradas con alguna particular demonstracion. Madama Betónica fué la primera, que me habló, y à cierta Señora, que estaba inmediata, dixo, quanta estimacion hacía de mi persona.

Estaba Yo mui hueco en aquel parage, porque en él parecía, que todo procuraba à porfia adular al natural amor proprio; quando vine à ponerme à la vista de Madama Níspero, cuya presencia me traxo à la memoria haver sido despreciado de ella aún en qualidad de bestia, segun su imaginacion: Esta, que alimentaba en su corazon un implacable odio contra nosotros, por haver perdido la distincion de hospedarnos, no dexaba ocasion, en que no nos procurâse castigar de la culpa, que era unicamente suya: Contaba el desprecio, que havia hecho de nosotros, y nos pintaba con los mas viles coloridos: Aquella noche hizo, que me aproximâse, y me preguntó, si me acordaba de mis vergonzosos principios: Os propongo, añadió, esta pregunta, porque me parece, que con la mutacion de estado, se os advierte una gran distincion en vuestra afectada modestia, antes os conocímos abatido, y humilde, y ahora, si no me engaño, mas erguido, de lo que era razon. Este tan bochornoso desaire me picó en sumo grado. Sí, respondí, sí, Señora, me acuerdo mui bien, que me sujeté por mi voluntad à una cadena; y tambien tengo presente vuestro insensato juicio acerca de nuestras personas; ni echaré igualmente en olvido, que para volver à verme, tuvisteis, que ir despues de muchas súplicas, à visitarme à una pobre alquería; como tampoco el sumo terror, que imprimió en vos mi poder, lo que podria repetir, siempre que

me

me pareciera. La dí esta respuesta con resolucion, y buen tono de voz, de conformidad, que quedó avergonzada aquella Mona tan poco cauta, que se atraxo la irrision de las Señoras circunstantes, al paso que me honrároñ, llenando de aplauso mis palabras. Asi, por lo regular, finalizan los insultos de los sobervios.

Determiné despues ir observando los varios divertimientos, à que se aplicaba la Nobleza en aquella tan magnífica concurrencia. En la sala, y demás piezas inmediatas havia preparadas muchas mesas, al rededor de las quales estaban sentados alternativamente diversos Monos, y Monas. Lleguéme à una, para ver, lo que alli hacian; y reconocí, que toda su ocupacion consistía en ciertos cartones quadrilongos, y en ellos pintadas algunas figuras, que entre nosotros serían mas quiméricas, ò menos significativas, que las chinescas; uno de los circunstantes tomaba aquella porcion de papeles, y los reducía à un solo montón; pero inmediatamente arrepentido de su trabajo, deshacía toda la obra, y los repartía entre los demás; estos los iban recibiendo gustosos; mas al punto arrepentidos tambien, ò acaso enfadados de tenerlos en la mano, los tiraban uno à uno sobre la mesa; entonces uno de los presentes los volvia à juntar, y repetía la distribucion de ellos, la que siempre finalizaba del mismo modo, que llevo dicho.

No podia Yo acabar de entender, qué significaba una ocupacion tan inutil, y enfadosa; y se aumentaba mi admiracion al paso, que advertía el tiempo, que duraba; jamás huviera creído, que una junta de tanta nobleza empleáse horas enteras en aquella

lla obra tan continua, y siempre sin diferencia: Por casualidad se llegó hácia alli Narciso, al que pregunté, qué era lo que hacían aquellas Señoras, y aquellos Caballeros, dando tan cruelmente tormento à aquel hacecillo de papeles: Están jugando, me respondió: Yá me hago cargo, repliqué, de que no es esta una obra séria; pero quería saber, qué es lo que aqui se trata: Sonrióse el joven, y me explicó el misterio, lo mejor que pudo, aunque no à proporcion, de lo que necesitaba mi curiosidad, que no quedó del todo satisfecha.

No será fuera de propósito referir aqui algunas particularidades de las Damas, que estaban aplicadas à aquella diversion. Jugaban en la mesa, que Yo estaba mirando, dos; la una mui atenta, y con una seriedad, que imponía sujecion, à quantos se hallaban presentes; repetidas veces reñia con aspereza à cierto caballero joven, que estaba sentado enfrente de ella, por algunos defectos, que, à mi parecer, no merecían la pena de sus reprehensiones; cada cartón de aquellos, que tiraban sobre la mesa, la excitaba unos movimientos, como si estuviera convulsa; y luego, que quedaban todos con las manos vacías, repetía sus amargas quexas: Yo, hablando con sinceridad, no puedo decir, si eran bien fundadas; pero sí puedo asegurar mui bien, que jamás he visto tratar una cosa de juego con tanta seriedad, y señorío.

La otra Señora, que jugaba, era Madama Zanahoria, que del todo opuesta al carácter de la sobredicha, parecía que todas las acciones, con que se manejaba, se terminaban à complacerse en no imitarla en cosa alguna. Hablaba continuamente yá con

con uno, yá con otro, de los que estaban à su lado; daba risadas sin motivo, y volvia los ojos à todas partes con mas velocidad, que el camaleon: Un jovencito, que estaba el mas inmediato, recogía los referidos papeles quadrilongos, quando la pertenecía repartirlos, y los echaba sobre la mesa, quando ella debia executar esta accion; de conformidad, que Madama no tenia que emplearse en otro trabajo, que en el de tenerlos en sus manos. Esta jovial Señora puso en mí la vista, y no pudo detener la risa, acordandose del coscorron, que me dió con la puerta en la cabeza, y de su caída à mis pies: Contó à los presentes el suceso con tal alegria, como si refiriese alguna gloriosa accion, que huviese executado. Estuvo chanceandose conmigo, aunque sin ofenderme; quería, que prometiese resarcirla la pérdida de su perrito; y de aqui fué diciendo por via de gracejo mil extravagancias, con que divertía à los oyentes, al paso que la otra buena Señora hypocondríaca estaba rabiando de ver el aplauso, que tributaban à la viveza, y desembarazo de Madama Zanahoria, de la que, segun las muestras, ò no era mui amiga, ò no aprobaba el modo de hacerse bien vista en aquella concurrencia; acaso era tambien motivo de su impaciencia considerar, que los chistes de la otra suspendian algunos ratos el juego, en el que ella empleaba todo su calor natural, y una atencion digna de mejor objeto.

A este tiempo entráron diversos criados, que trahian unas salvillas llenas de vasos, que contenian cierta materia sólida, brillante, y de diversos colores: Luego que me presentáron una, para que escogiese à mi gusto un vaso de aquello, que Yo no

sa-

sabía qué era, mas por hacer, lo que hacian todos, que por deseo, que tuviese de satisfacer la curiosidad, ó el apetito, alargué el brazo para tomar uno, y al punto sentí en la mano un mortal frio, que hallandome desprevenido, me hizo entrar en sospecha, de si acaso era acometimiento de algun insulto apoplético; el retirar la mano, y mudar de color fueron cosas, que me sucediéron à un tiempo: La prontitud del movimiento, la alteracion del semblante, y la turbacion inmediatamente diéron à conocer mi ignorancia à la siempre jocosa Madama Zanahoria, que dió principio à una ridícula comedia à mi costa; levantóse de la silla, y me preguntó, si me havia quemado, y tomando despues un vaso, hizo à pura fuerza, que tragáse una porcion de aquel material, con lo que consiguió, que se me heláse el paladar, el tragadero, y aún las tripas: sus gracejos me hiciéron volver sobre mí, y al paso que me diéron à conocer mi yerro, me pusiéron tambien palpables las extravagancias de aquel Pueblo, en donde tienen valor de alimentarse con hielos en el rigor del Invierno.

Despues de este último pasage, cansado de mirar un juego, que no podia acabar de entender, me levanté, y separé disimuladamente de aquel puesto, para solicitar la diversion con otros objetos mas de gusto. Paseandome por la sala, advertí à un lado una rueda de Señoras, que me pareció, estaban en la mas séria conversacion: Lleguéme, y Madama Betónica, que era una de aquellas Damas, me brindó inmediatamente con asiento; obrando con una regular crianza, no podia rehusar su atento convite, y asi, me puse à su lado, y con atencion à

la

la materia, que se trataba: Era entonces el asunto las telas de sus vestidos; cada una alababa la suya, procurando realzarla respecto de la de las demás; referían el lugar, en donde se havian fabricado; el Mercader, de quien las compráron; el Sastre, que havia cortado los vestidos; y ultimamente el dinero, consumido en todo esto, bien que añadiendo cada qual alguna mentira, tocante à los gastos, para dar mayor mérito à los suyos; de las telas pasáron à los encages; todas enseñaban à porfia los suyos, alabando lo fino de ellos, la labor, y lo subido de su precio. Uno à uno de esta suerte pasáron por examen de estas Monas, quantos adornos trahian sobre sí; y qualquiera que entendiera de qüentas, pudiera alli haver ajustado, lo qûe todas ellas costaban por junto, y quanto valía cada una en particular, rebajando el valor de su cuerpo, y sus talentos; bien que, aunque todo entrase en una misma suma, añadiria al principal una cantidad cortisima.

Una de estas Damas, llamada Madama Criadilla, que con ánimo, sin duda, de aumentar las rentas de su casa, mediante sus particulares labores, no paraba de hacer nudos en cierta porcion de seda, que tenia devanada en una como lanzadera de Texedor, me habló asi: Decidme, Señor forastero; ¿las Damas de vuesto País (en caso de que fuera de éste las haya) tienen el buen gusto de divertirse, como nosotras, hablando de los vestidos, y demás ornatos? Yá que quereis saberlo, Señora, la respondí, os digo con la mayor sinceridad, que en nuestros Países las Damas, ò mugeres, nombradlas como quisiereis, tienen formada mejor idea de la grandeza; aunque ataviadas con un increible luxo, no

no advertiriais, que jamás se den una mirada à sus adornos; y si acaso hai alguno, que quiera adularlas, alabando el buen gusto, ò lo sobresaliente de ellos, al punto desvanecen aquel discurso, desdeñandose de hablar, de lo qué tratan, ò aparentan tratar con todo desprecio; de este modo mas parece, que ellas solicitan honrar à las alhajas, que emplean en su uso, que no que sus ornatos sean, quienes à ellas hagan mas apreciables, que es lo que las Damas de este País parece que pretenden, realzando el valor de todas sus riquezas. Quedó Madama Criadilla mui confusa con mi respuesta, quando estaba creyendo, que con su pregunta me havia dado pie, para aplaudir el buen gusto, y delicado discernimiento de ella, y sus compañeras.

Haviendo hablado tan claro, no era razon detenerme mas con aquellas Monas, à quienes, se puede decir, havia quitado yá la libertad de adular à su natural pasion, entreteniendose con cosa, que tanto las agradaba, mediante lo qual, para no serlas molesto, hechos los acostumbrados cumplimientos, executé, lo que pensaba, que era marchar à otro lado. Al que mas cerca ví en la sala, fue à Roberto, que estaba hablando de Europa con el Presidente; estaban los dos tratando la materia con mucha seriedad, y lo que Yo queria, era divertirme, por tanto evité el encuentro, y me introduxe en una pieza inmediata, en la qual no jugaban. Havia en ella algunas Señoras jóvenes en conversacion; pero los Monitos, que tenia à su lado respectivo cada una, estaban callando, por tratarse puntos, à cuyo conocimiento no podia llegar su incapacidad. Aunque ninguna era de mis conocidas, la libertad,

que

que me havian dado en aquel lugar, me permitía detenerme, en donde mejor me pareciera: Ví una silla desocupada à un rincon de aquella estancia, y determiné ocuparla, desde la qual, fingiendo, que no estaba, en lo que hablaban, pude escuchar todos sus discusros, sin que hiciesen reparo en mí.

Tratabase alli el punto importante de las Amas de criar, asunto, que tanto suele ocupar el entendimiento de las Señoras; cada qual contaba sus sucesos, como acaecimientos nunca vistos, ni oídos, no obstante que los de todas concluían, en que aquella, de quien se hablaba, no tenia yá buena leche; no omitiéron referir la abundancia de la de algunas Amas, y cada Señora contaba, como en ciertas ocasiones havia tenido la dicha de poseer un tesoro semejante. Quedé instruído con la dicha conversacion, de que, quando se tienen que buscar tales muebles, el color, la edad, y la robustéz son las circunstancias, à que dan la preferencia las madres.

La formalidad, con que éstas ponderaban sus máximas, y la inutilidad del objeto, que, à la verdad, no es materia, para controvertirse en conversaciones públicas, me llegáron à fastidiar de modo, que hice ánimo de separarme de aquel puesto, y lo huviera executado, à no haver advertido, que cansadas de tratar de las vendedoras de su propria sangre, pasaban à tratar de otros asuntos. Introduxose el punto de los embarazos, en que no se omitiéron las várias incomodidades, à que por este motivo están sujetas; pero lo que mas interesó la fisica especulacion de estas Monas, fué el antojo, y la inexplicable impresion, que causa en ellas. De este fué facil pasar al tratado de los Monitos: Las alabanzas,

que cada una daba à sus chiquillos, las pueriles frioleras, que contaban, como cosa de suma entidad, y el pronóstico, que formaban acerca de sus destinos, me hiciéron conocer claramente, que el entendimiento de estas Monas estaba tan en mantillas, como sus hijos.

Acabáronse tambien estos pasages, y determináron contar las gracias, de quando ellas eran chiquitas, apropriabanse todo quanto podia dar mayor realce à la hermosura, y à la viveza, y poco faltó para que paráse en quimera, queriendo hablar todas à un tiempo: Mientras se tratáron los demás puntos, observáron mutuamente toda buena crianza; pero el presente era demasido delicado, para tener ellas la paciencia de dar lugar, à la que hablaba, de que instruyese mui despacio à los oyentes con la historia de sus proprios méritos, armóse tal confusion, que no podia entenderse una palabra, mediante lo qual, pensé seriamente en alexarme de alli, y buscar en otra parte alguna ocasion de emplear mejor el tiempo.

Por largo espacio anduve solicitando en los varios corrillos, que havia en cada pieza, alguno, en que poder entretenerme sin fastidio, pero me fue imposible satisfacer el deseo: En todas partes, en donde havia Señoras, eran los discursos, como los referidos; y los Monos, no parece, havian llevado otro destino à aquella concurrencia, que el de ponerse cada uno al lado de su Mona. En vista de esto, me pareció lo menos malo volverme à mi primer estado, esto es, ponerme à ver jugar, aunque en esto no hallàse gusto alguno; pero no bien me havia determinado, quando llegó el Señor Haya à

avi-

avisarme, de que yá era mui tarde, y asi, que se hacía forzoso retirarnos; no podía jamás traherme mejor nueva: Avisó à todos los demás de su familia; y Yo me ausenté sin la menor desazon de un parage, en donde, aunque havia satisfecho mis sentidos por la suntuosidad, y aparatos de los concurrentes, mi espíritu al mismo tiempo havia tenido que sentir muchos enfados.

CAPITULO XXIII.

Del juego, y bailes de estas Provincias.

NO cesaba de instarme la curiosidad acerca del juego, por lo qual quería averiguar este punto radicalmente. Jacinto tuvo à bien instruirme, dandome una justa idea de él, y despues de haverme explicado, que cada uno de aquellos cartones quadrilongos representaba una diferente figura, y que todos se dividían en quatro clases, me significó el uso de ellos, segun los diversos juegos, à que cada uno se aplica. Con estos papelillos, que llaman naipes, se hacen dos especies de juegos, unos llamados mixtos, y otros de pura suerte; el primero es un compuesto de arte, y acaso; al segundo dirige unicamente la fortuna, y consiste, por lo regular, en adivinar, si un naipe saldrá à los números pares, ò los nones: Esta última especie de juego me pareció tan singular, que no acababa de persuadirme, à que huviese criaturas racionales, que gastasen el tiempo en la pueril curiosidad de averiguar la disposicion, que tenia un naipe, despues de haverlos mezclado todos juntos sin orden alguno.

No

No teneis, que admiraros, me dixo Jacinto; son infinitas las personas, que se emplean en esto, y ocupan noches enteras, por satisfacer esta aficion, que llamais puerilidad, y sería digna de compasion la necedad de tales sugetos, si se contuviesen dentro de estos límites; pero es lo peor, que exponen à cada vuelta una gruesa cantidad de dinero, dexando à la contingencia el arbitrio de aplicarsela mas bien al uno, que al otro de los jugadores: De este vicio nacen repetidas veces inmensos daños, y aún la total ruina de opulentisimas familias. Si quereis, añadió, informaros con vuestros mismos ojos de este abuso quasi increible, Yo os llevaré à una casa, que es el principal asiento, y metrópoli, en donde reina el juego.

Acepté la oferta, y mi amigo no faltó à su palabra. Me conduxo, pues, à una casa tan llena de gente, que me causó notable espanto: El aire nada puro, que se respiraba; el calor, que quasi me ahogó à la primera entrada, y sobre todo, la prodigiosa multitud de pisadas, que huve de sufrir, me renováron la especie de la incomodidad de la Plaza de las Máscaras, quando Tulipán me hizo el agasajo de una diversion tan penosa: Con la memoria, pues, de mi anterior suceso no quise dar un paso mas adelante de un lugar tan lleno de peligros, y repitiendo mil gracias à mi amigo, volví pies atrás: El se vino tambien conmigo, y me dixo: Yá que no os acomoda satisfacer vuestra curiosidad en esta casa, dadme el gusto de permitirme llevaros à un puesto mas secreto, en donde veréis el valor, ò, por mejor decir, la locura de los jugadores. Como no se trate, le respondí, de que me estropéen, ò de que mue-

muera ahogado, os seguiré, adonde quisiereis. Guióme, pues, a un parage estrecho, y opaco, como boca de lobo: Entramos, y vimos sobre una mesa una portentosa cantidad de oro: Estaba sentado un Mono trabajando con su baraja, mientras un pequeño Monillo, de quien podia formarse un diseño del furor, andaba solicitando todos los modos de hacerse infelíz en un momento: Gritaba este miserable, daba patadas, de que eran participantes, los que estaban próximos, armaba un pleito con cada uno, y le faltó mui poco, para tirarme un candelero à la cabeza, porque observó, que me reía: Por lo que mira al otro, que tenia los naipes en la mano, se valía de la ocasion con las furias de su contrario; estaba inmoble, como una estatua, y aumentaba su dinero, con el que perdía el incauto joven, que jugaba con él. Nos separámos de aquella estancia, en donde se me angustiaba el corazon, con la lástima, que me daba aquel pobre mentecato.

Al salir de tan abominable lugar, pregunté à Jacinto, si se usaba entre ellos tener Hospitales para los locos; cuya pregunta satisfizo sabiamente, respondiendome, que si por qualquiera defecto se debia caracterizar por loca à una persona, era necesario, que toda la Ciudad fuese Hospital. No hai Filósofo, añadió, que discurra con tan buenos fundamentos acerca de los vicios, y principalmente de el del juego, que es, el que le domína, como aquel joven, que tanto os ha maravillado; aunque esto se entiende, quando tiene lexos la ocasion; conozcole mui bien, y es mui amigo mio: Diversas veces ha solido decirme, que atrahído de una secreta violencia, en cierto modo se encuentra obligado contra

tra su voluntad à satisfacer à esta pasion, que detesta, y que en queriendo resistirla siente interiormente un fuego, que le consume, y que le martiriza con los efectos de un cruel furor: Quando él empieza à jugar, pierde absolutamente el uso de la razon, y le veréis, como uno, que está embriagado, sujeto à tantas extravagancias, quantas haveis advertido, y que suelen muchas veces exponerle à peligrosos acasos: Por tanto es mas digno de lástima, que de menosprecio; aunque sus delirios en el juego le hacen aborrecible à los ojos de lo general de la Ciudad, que no conociendo su interior modo de pensar, le reconoce culpable, y digno de desprecio por los defectos, que advierte tan palpables.

Faltaban aún dos horas para medio dia, y no queriendo retirarnos tan temprano à casa, resolvímos ir à visitar à alguna Señora; estabamos dudosos, sobre qual havia de ser, quando me hizo presente Jacinto una cierta Madama Cebolla, que era reputada por literata entre las Monas. Se debe advertir, que no era de aquellas Damas, de que abundaba por entonces la Ciudad, que unicamente por seguir la moda, se aplican à leer qualquiera libro sin discernimiento, hablan en todas materias, todo lo deciden sin duda alguna, y transforman las voces de su idioma nativo, substituyendo términos de las lenguas forasteras, todo con el fin de parecer eruditas: Hablaré de estas tambien à su tiempo.

Volviendo à Madama Cebolla, entré en deseo de conocerla, y asi resolvímos finalizar la mañana en su compañia: Encontrámosla con un Poeta; pero luego, que la diéron el recado, de que deseabamos

mos la fortuna , de que nos admitiese à su conversacion , nos recibió con mucha política ; mas el Poeta no se dignó aún de mirarnos. Con el fin de adquirir gran reputacion en presencia de un forastero , fué introduciendo conversaciones de todas materias ; de las que daba razon tan magistralmente, que embobaría à qualquiera , que no penetrase la ligereza de sus discursos. Era necesario adularla : ¡ Señora , y sabida ; qué dos títulos , para que no la tributasemos las alabanzas mas bien sonantes , aunque fuesen, faltando el verdadero mérito ! Me preguntó, si havía en mi País Señoras , que se aplicasen à los libros : Respondíla , que entre nosotros son pocos los exemplos , que se cuentan de mugeres doctas , à causa de que juzgamos ser las Ciencias armas mui peligrosas en manos de una Señora. Asi puntualmente, replicó , sucede en esta Ciudad , en donde se condena,que nosotras deseémos saber, y se aplaude à las que gastan su juventud ociosamente : Soltó despus la tarabilla contra todas las Monas , y principalmente, contra las que sin estudio pretenden saberlo todo; esto llevaba la mira de formar por conseqüencia el panegírico de sí misma : Mezclaba de quando en quando ciertos términos antiguos , que aplaudía el Poeta con los movimientos de la cabeza , pero manteniendose siempre sin hablar una palabra.

No hallé en esta Mona tanto mérito , como se ponderaba , no obstante que se esforzó , quanto pudo , para dar muestra de sus habilidades. El Poeta, que hasta este punto no havia despegado sus labios, debió de cansarse , y habló finalmente asi : Vosotros , Señores , en una palabra , haveis venido à incomodar à Madama Cebolla , por solo satisfacer

Dd vues-

vuestra curiosidad, y oír al oráculo de nuestro siglo; yá que estais servidos, podeis desocupar el puesto, y dexarnos en libertad, para tratar los puntos mas recónditos de la literatura. Teneis razon, respondí, de desear nuestra partida, pues por tan largo rato hemos abusado de la tolerancia de esta Señora; pero me parece, que no es à vos, à quien tocaba hacernos una advertencia tan clara, y tan distante de toda buena crianza.

Fué forzoso, no obstante, obedecer el decreto; y no me pesó mucho el ausentarme de una persona, de quien no havia formado mui grande idéa. Me instó la curiosidad à preguntar, quién era el dicho temerario Poeta, y averigüé, como era un Monuelo de cortos haveres, y de ninguna estimacion, que haviendo advertido en esta Mona la vanidad de parecer literara, se havía determinado à hacerla la Corte con sus ciertas miras. Madama Cebolla era viuda, y rica; con lo que está descubierto el misterio: Andaba captando su benevolencia à costa de adulaciones, por si podia pillarla por Esposa, ò entrar en posesion de sus caudales: Conocía su falta de mérito, y asi se oponía, à que ella trabáse alguna amistad; y baxo el título de zelo, de que no la interrumpiesen sus literarias taréas, ocultaba los zelos, ò por mejor decir, los temores de perder una dote tan ventajosa.

Pasados algunos dias, me dixéron, que se disponía para dentro de corto tiempo un baile magnífico, al que havia de ir la novia, y toda su familia; fué esta para mí una gustosa noticia por el deseo, que tenía mi curiosidad de nuevos objetos. No tardó en llegar la noche, destinada para esta fiesta. Nosotros

tros (segun nos previniéron nuestros amigos) estabamos precisados à mandarnos hacer unos vestidos mas ricos, que los que ordinariamente llevabamos: Seguímos, pues, el estilo, como nos havia aconsejado, y asi tuvimos, que pagar bien caro el gusto de aquella funcion mucho antes de llegar à desfrutarla. Si aún à nosotros fué forzoso cumplir de este modo con la tiranía de la costumbre; puede cada qual figurarse, quan excesivos serían los gastos, que se ocasionarían con este solo motivo. El luxo llegó à un grado sublime; los Monos no querían ceder à las Monas el mérito de ser los principales, que tributasen inciensos al ídolo de la vanidad; pero éstas no consintiendo, que se violasen sus derechos, pretendiéron la sorpresa con nuevas invenciones, y efectivamente consiguiéron sorprehender al zelo de aquellos Señores.

El vestido de las Damas en estos lances es distinto del ordinario. Lo principal del ornato consiste en un hueco, y riquisimo brial, que vá sostenido sobre cierta máquina, formada de unas desiguales figuras elíticas paralelas. Un cierto instrumento, que está ancho por el pecho, pero que vá à proporcion estrechandose, hasta apretar barbaramente los costados, está cubierto con cierta tela, que desde los hombros à la cintura vá ajustada, pero en llegando alli, queda libre enteramente, y recogida por detrás todo lo que debia ir arrastrando, cuelga no mas, que hasta los pies, disminuyendose siempre, para acabar quasi en punta. El mucho peso de la referida máquina, la apretura del dicho instrumento, y sobre todo, el cuidado, para que no se descomponga alguno de los rizos de sus cabellos, hacen

cen andar à estas mártyres de la vanidad tan tiesas, y presumidas, que apenas conocía à aquellas mismas, con quienes estaba hecho à tratar freqüentemente. Merezca perdon mi ignorancia; pero permitaseme decir, que se me figuraban una manada de pavos, quando mui huecos de plumas, con las alas arrastrando, colgando el moco, y la cola estendida en figura de abanico, van haciendo mui vanos la rueda por el corral, en que nacieron, siendo objetos de admiracion, y respeto à las gallinas, patos, gansos, y otras semejantes avecillas domésticas, è insensatas.

Era esta funcion en el Palacio del primer Ministro, que acostumbraba convidar anualmente à la Nobleza, para tenerla propicia; y andaba diestro en tomar asi sus medidas, pues estos festejos, con que cortejaba à lo mas visible de la Ciudad, le hacian mas bien visto, y conciliaban mas la estimacion de las Señoras, y de los jóvenes, que todos los grandes servicios, que de su conducta, y continuados desvelos experimentaba el Estado. Puede creerse, que la magnificencia correspondería à la calidad del personage, que se hacía cargo de aquella fiesta; todos los aparatos eran brillantes en sumo grado: Los adornos, la abundancia, y delicadeza del refresco, el número de las mayores habilidades en la Música, y finalmente, todo quanto puede imaginarse, respirar una verdadera prodigalidad, concurría à hacer conceptuar una alta reputacion del primer vasallo del Reino. En ninguna otra ocasion antes, ni despues de ésta se ofreció à mi vista en aquella Metrópoli igual lucido concurso de la Nobleza de uno, y otro sexo.

Es-

Este Ministro no paraba, recibiendo à todos con un aire de agrado, y política tan excesiva, que claramente daba à entender, tenia mas gusto en agradar à los sugetos, que componian aquella concurrencia, que aún ellos mismos de ser convidados para la tal diversion, siendo asi que la tienen una inclinacion todos los Monos, superior, à quanto pueda ponderarse. Luego que llegámos, cumplimentó à la novia con el mayor agasajo, y la conduxo, à que ocupáse el primer puesto entre todas las Señoras, y volviendo despues à nosotros, nos dixo: ¿Vosotros tambien, amigos mios, haveis querido venir à honrarme con vuestras personas? Bien que con eso se os proporciona ocasion de conocer en este lance, quanto aventajan à las nuestras las grandezas de vuestra Europa; no obstante, os ruego, aceptéis con generosidad de corazon, lo que tal qual alcanzan nuestras fuerzas. Respondió Roberto à estos cumplimientos en los términos de la mejor política, y buena crianza; quedando nosotros aún mas pagados del buen recibimiento de tan grave personage, que del honor de ser admitidos à presenciar la ostentacion de sus riquezas, y liberalidad.

Dióse, finalmente, la orden, para comenzar la fiesta, y una Mona joven à la derecha de un semejante Monuelo, fuéron los primeros, que observé destinados, para romper el baile. Estuve con la mayor atencion examinando estas danzas, y asi describiré con toda sinceridad, quanto se me puso à la vista. Estos dos, à quienes mas bien califiqué de enamorados, que de esposos, luego que llegáron al puesto, se saludáron recíprocamente con una cortesía; dadas despues las manos, se adelantáron unos quan-

quantos pasos, cojeando yá del un pie, yá del otro, y andando lo mas de puntillas: finalizados estos primeros pasos, soltáron las manos, y quan grande fué la ligacion, y estrechura antecedente, tanto era el retiro, que siguió à ésta; si la Mona se encaminaba à la derecha, retirabase el Mono à la izquierda; mudaban despues de parecer, y marchando él al lado derecho, inmediatamente huía ella al opuesto; y asi parar observar aquella distancia, parece, tenian puesto todo su cuidado en hacer el uno lo contrario, à lo que el otro executaba, por lo que puede imaginarse, que si se empeñaba la Mona en marchar hácia el Oriente, tomaba al punto el caballero la determinacion de hacer su viage hácia Poniente: Despues de repetir estas huidas diversas veces, parece, que conviniéron en volver à unirse; en efecto, alargáron el brazo derecho, y se diéron la mano; pero volviéron à dividirse inmediatamente: Intentáron de nuevo hacer las paces, siendo el medio para ellas darse la otra mano; pero sin saberse el motivo, se disgustáron nuevamente, y volviéron à los primeros pasos, hurtandose uno à otro el cuerpo del modo, que llevo referido: Cansados, en fin, de repetir una misma cosa, se encamináron con los brazos abiertos à darse mutuamente las dos manos, saludáronse de nuevo; y despues se separáron para siempre.

Desagradóme esta pesadéz eterna, que llamaban baile, y creyendo, siguiese à la primera otra danza, en la que Yo pudiese lograr una diversion de mas gusto, previne la atencion, para observar la nueva pareja, que havia ocupado el puesto, para empezarla; pero con notable sentimiento mio ví, que

que repetian las mismas vueltas, y las proprias acciones; en una palabra, continuáron por algunas horas en estos juguetes, para mí de sumo fastidio; del mayor placer, y aplauso para todos los concurrentes. Hallabáse junto à mí un Mono viejo observando con tanta atencion, à los que bailaban, que parecía, que era aquella la vez primera, que presenciaba semejantes funciones: No me pareció sería demasiada impertinencia preguntarle, cómo se llamaba aquel baile perpétuo, rogandole, me diese alguna explicacion de un enigma, que no entendía, y que se me figuraba un puro juego de niños. El viejo, que era un Mono de buena crianza, no tomó à mal, que le interrumpiese su atencion, y cortesmente contextó de esta forma:

Las costumbres presentes, dixo, estuviéron antiguamente en toda su fuerza; y quien no tiene conocimiento de la antigüedad, las juzga absolutamente nuevas: Este mismo era el estilo, que havia, para conservar, y tratar con las Damas. Nuestros sabios antepasados procuráron dexarnos en estas danzas, que llamaron baile de amor, una instruccion, ò mas bien, una crítica, de lo que con esta pasion nos sucede: Se emprende con sinceridad, y respeto de los dos sugetos amantes; y esto se explica en este baile por aquel acompañarse dadas las manos, y por el atento modo de saludarse; de alli à breve tiempo falta la union, y buena crianza; para darlo à entender, havréis advertido como el Mono se pone el sombrero, y se separa de su compañera: El cojear unas veces de un pie, y otras de otro; y aquel andar de puntillas significan lo primero, la incertidumbre, para resolverse al Matrimo-

monio, que le hace balancear yá al lado de la libertad, y yá al de la dulce coyunda, lo segundo, la cautela, para no empeñarse, sentando bien el pie en un camino tan lleno de espinas: Las huidas, retiros, y oposiciones explican los comunes artificios, de que se sirven, para aparentar mas preciosa la conquista de una alhaja, que si se logrâse con demasiada facilidad, se disminuiría su valor: Aquel darse respectivamente yá la una mano, yá la otra, explica los primeros empeños, aunque no completos todavia, pues à estos siguen siempre nuevas dudas; se estrecha finalmente el lazo, que es lo que symbolizan las dos manos; despues de lo qual, se renuevan los saludos, y los dos totalmente se separan; para significar, que no bien forman los consortes el vínculo, quando se hallan arrepentidos de esta union, y con toda cortesía se dan mutuamente licencia de encaminarse, por donde se les antoje, baxo el seguro de no poder jamás volver à reunir sus ánimos, yá con la posesion fastidiados.

Dí muchas gracias al cortés, y docto viejo, que, sin duda, debia de haver encontrado tan preciosa erudicion en algunos mármoles antiguos, ò en las reliquias de alguna mohosa medalla, pues en las Historias de aquellos Pueblos no se halla noticia de semejante institucion. Para que nada me quede, que decir, de lo que observé en aquella fiesta, no pasaré en silencio, que de quando en quando turnaban con los bailes, de que he hecho mencion, ciertas danzas, compuestas de diversas parejas de bailarines, pero no pude comprehender en ellas otra cosa, que una confusion, quizá mas bien, por no saber seguirlas, que por defecto del arte, con que se havian

vian inventado : Noté, que el sentido del tacto hacía alli mui bien su papel; las Monas de menos recato eran las mas apetecidas para aquellas maniobras, y los jóvenes mas osados los primeros, que solicitaban lugar en la danza.

Gran parte de la noche havia pasado, y no se trataba de poner fin à aquel fastidio; yá comenzaba à no poder abrir los ojos, molestado del sueño, y mis deseos eran de estar, en donde poder satisfacerle : Conocí por experiencia, quan sensatos fuéron los antiguos, segun se colige de sus proverbios, y quan significativo sea aquel, que suele decirse comunmente : *No hai diversion, que no canse.* Llamé à Narciso, y le pregunté, si faltaba mucho para acabarse aquella fiesta : No es del caso, me respondió, pensar en eso, hasta que el Sol esté visible sobre nuestro orizonte. Oído tan bárbaro decreto, determiné retirarme debaxo del balconcillo de los Músicos, adonde, sin que en mí hiciesen reparo, me recosté para dormir descuidado, hasta que finalizáse el baile; en cuyo caso no costó poca dificultad à los hijos del Señor Haya encontrar el lugar de mi escondite.

CAPITULO ULTIMO.

De la boda de Madama Lechuga.

SE aproximaba por momentos el instante, en que la novia debia borrarse del catálogo de las solteras, é introducirse en un orden, que, quanto mas le desean, tanto mas llevadero es para ellas el sentimiento

de una pérdida, que trahe consigo las incomodidades, y penas de la vida matrimonial. Tal vez, introducirían los sabios Legisladores la costumbre de tantos aparatos de júbilo, de grandezas, y de aplausos, para desvanecer de la mente de las novias las fastidiosas impresiones de la vergüenza, y las que igualmente se debian originar del paso de una vida tranquíla à un estado lleno de tribulaciones. En otros tiempos, acaso, fuéron necesarias todas estas precauciones; pero el dia de hoi se ha desterrado, por lo general, de entre las Monas jóvenes aquella bien parecida repugnancia, que nacia de una verdadera vergüenza; de tal conformidad, que yá, no digo con fausto, y alegria, pero aún à costa de abatimiento, y tristeza comprarían aquel tan suspirado momento.

Uno de los muchos preparativos de la vanidad (que tiene tan hondas raíces en los corazones de las Monas) era el estilo de poner los adornos, destinados para la novia, à la vista de todos; para este efecto se colocan sobre unas grandes mesas los vestidos, las cofias, los zapatos, y hasta los calzones, si acaso, como muchas, ha de ponerselos. El separarse de un uso tan brillante, aplaudido, y necesario en unas bodas solemnes, huviera sido un delito detestable para con la Nobleza de la Corte; y asi no podia creerse, que acarrearían sobre sí culpa tan grave Madama Espina, y su hija, que en ventolera no cedian un paso à Dama alguna del Reino. Pusose, pues, à cargo de la madre la disposicion de los infinitos arreos de boda, ordenandolos de tal manera, que su colocacion diese mayor realce à la quantidad, hermosura, y valor de ellos mismos; ella cum-

cumplió, como maestra, con quanto se havia dexado à su inspeccion.

Luego que todo estuvo dispuesto, se franqueó la entrada à las Damas, y Caballeros, para que admirasen las profusiones del novio: Las Señoras demonstraban el mayor deseo de entrar à gozar de tan bello espectáculo, aunque por cumplir con la moda, y no porque en ello tuviesen un verdadero gusto, pues mas bien querrían mortificar su curiosidad, privando à la vista de unos objetos, que no pueden ser de mucha satisfaccion à su natural envidia: El padre de la novia, que, por lo regular, tenia un bello discernimiento de las cosas, aunque alguna vez se dexaba llevar del comun torrente, condescendiendo con su aprobacion, ò repugnancia, segun las leyes del uso, y la preocupacion, estaba sumamente contento con todo aquel aparato; y suponiendo, que havrían hecho en mi espíritu una igual impresion aquellos objetos, que en él havían despertado notables sentimientos de complacencia, y consuelo, quiso, le diese mi parecer acerca de aquella costumbre de poner à pública vista las preciosas alhajas de boda. Yo le respondí con toda sinceridad, que en la tal moda encontraba una ligereza de genio, que no podia producir mui grande opinion à favor, de quien la seguia, ò à lo menos, de quien la havia introducido: Yo os concederé, replicó el amigo, que una vanidad sin límites es, quien ha originado semejante uso; mas con todo eso nos vemos quasi precisados à seguirle, pues, aunque le confesémos fuera de propósito, si huvieramos de atenernos en nuestras operaciones unicamente à aquello, que tiene su apoyo en las máximas de la razon, sería nece-

sario desterrar de la vida culta, y civil la mayor parte de las acciones. De este modo el Señor Haya, sacando fuerzas de flaqueza, fué baxo el pretexto del decoro buscando disculpas à la falsedad de su juicio en aquella materia; falsedad, que deducía su principio del error comun, y del particular interés.

Creyendo despues hallarme de mejor parecer acerca de las idéas de grandeza, que, del que me havia oído, por lo que miraba à aquella ridícula afectacion, quiso, le dixese, qué eco me hacía tanto cúmulo de riquezas: Yo, que comprehendí su deseo, y que sigo la máxima de no ser escaso de sinceridad con aquellos amigos, que no solicítan, se les adule, respondí de este modo: La vista de cosas tan bellas, y magníficas hace en mi espíritu ahora la misma impresion, que en alguna otra ocasion me causáron, tratando de telas, el buen gusto, y riqueza del Mercader en la qualidad, y quantidad de ellas, y asi no haciendose tanto caso de una tienda proveída con mas abundancia, que la que aqui se vé, me parece, que una familia tan rica, y noble, como la vuestra, no debia hacer ostentacion de una cosa, en que se la iguala qualquiera Mercader por mediano, que sea. No puso mui buena cara el amigo con mi respuesta; pero desde luego aseguro, que en lo sucesivo no será tan aficionado à estas estudiosas demonstraciones.

Llegó, finalmente, el suspirado dia de la boda. No intento describir la magnificencia de los adornos, la profusion en todo género de cosas, y el numeroso concurso de la Nobleza. La madre, y la novia estuviéron todo aquel dia inaccesibles hasta el mismo momento de la solemne ceremonia: Solícitas

en adornarse con todo aquel cuidado, que requerían su natural propension, y tan importante circunstancia, se encerráron bien de mañana en el sagrario del luxo, adonde no permitiéron entrar sino à sus doncellas, y à las Maestras del arte, mas acreditadas en la Ciudad. Ciertas lenguas maldicientes quisiéron decir, que en aquel gabinete intervenian algunas acciones de Magia, mediante el uso, que hacían del pelo, cortado de cabezas de Monas muertas; y de cierta nabaja, con que cortaban quasi de raíz aquel pelo, que suele ofuscarlas las entradas, teniendo el atrevimiento de crecer demasiado sobre sus frentes.

Dióse al público, por último, la novia, vestida de una manera, que hasta entonces jamás havia Yo visto, siendo tambien el peinado de una nueva invencion. Llegóse la hora de la funcion, y Yo con deseo de ver sus acostumbradas ceremonias, me retiré à un rincon de la sala, desde donde esperaba notarlas todas sin molestia; pero no me evitó la incomodidad mi escondite, porque determinó cierta Mona venir à sentarse junto à mí, y en lugar del saludo, me favoreció por un costado con aquella ancha máquina, que baxando desde la cintura à los pies, ahueca los briales, como las velas de un gran navío, hinchadas con el viento; uno de los haros, que la componen, llegó à entrarseme por un hijar con tanta fuerza, que me obligó à desamparar el puesto; en cuyo intermedio se efectuó el solemne rito, que es brevisimo, sin que Yo pudiese verlo. Al punto se oyó resonar por toda la sala un harmonioso estrépito de instrumentos músicos, y todos los presentes se prepararon, para ver bailar à la novia; hallabanse alli los primeros sugetos del Reino, y

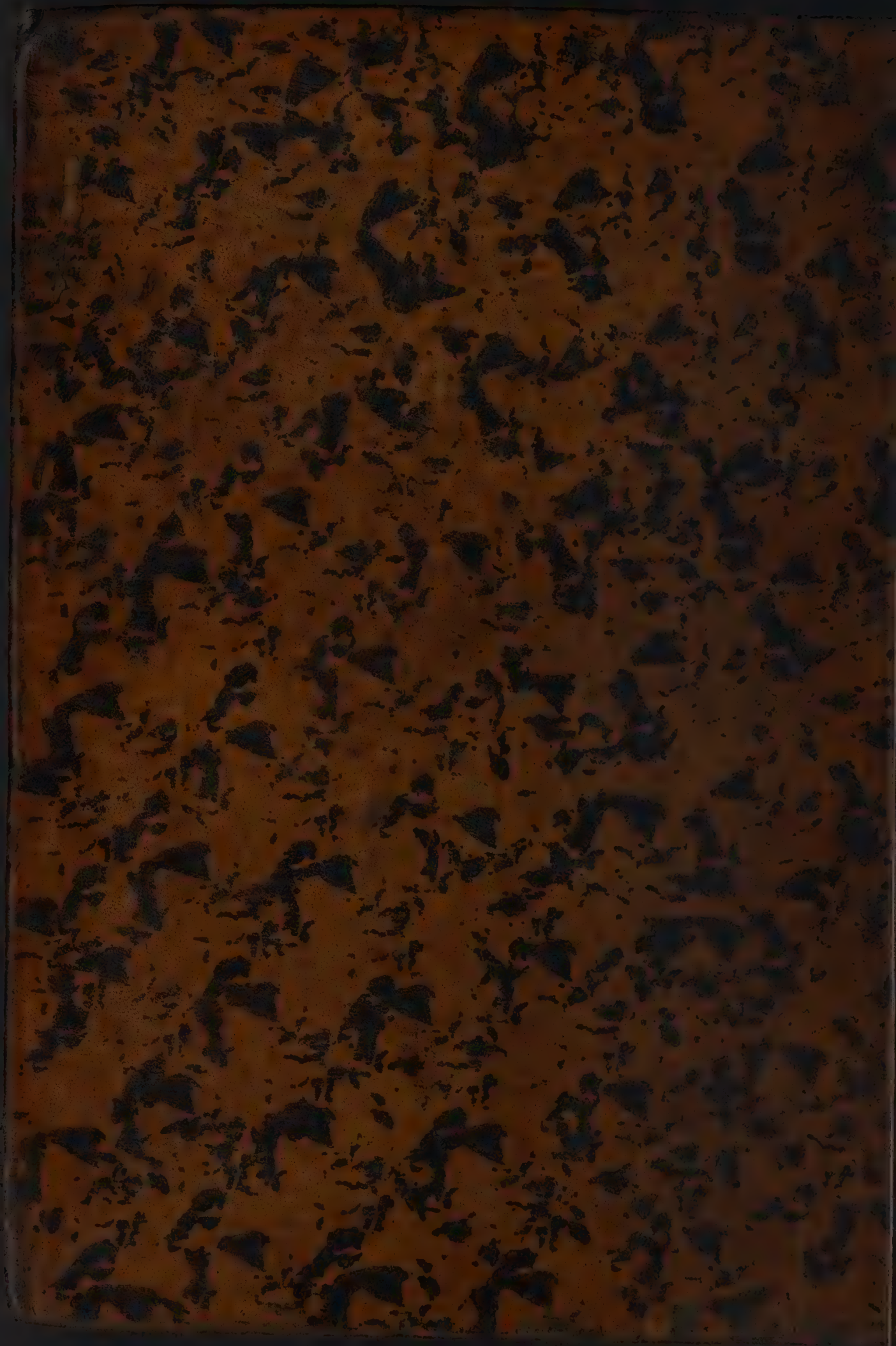
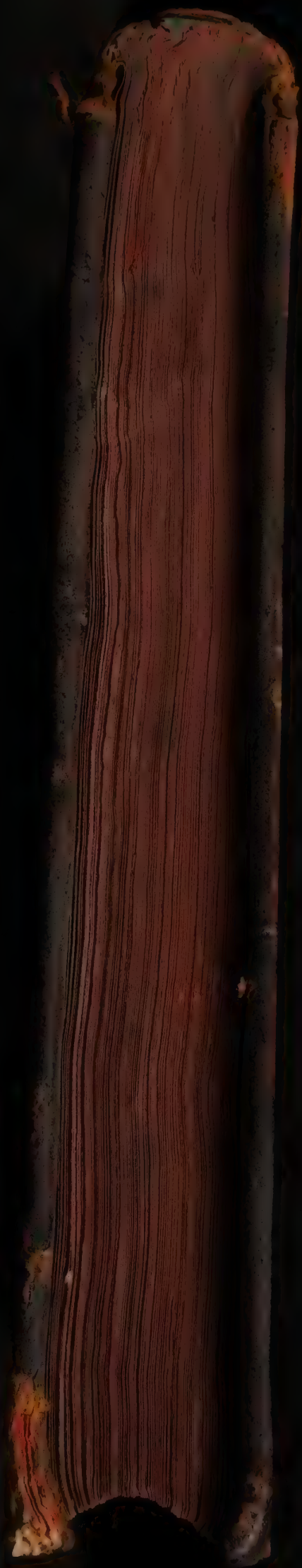
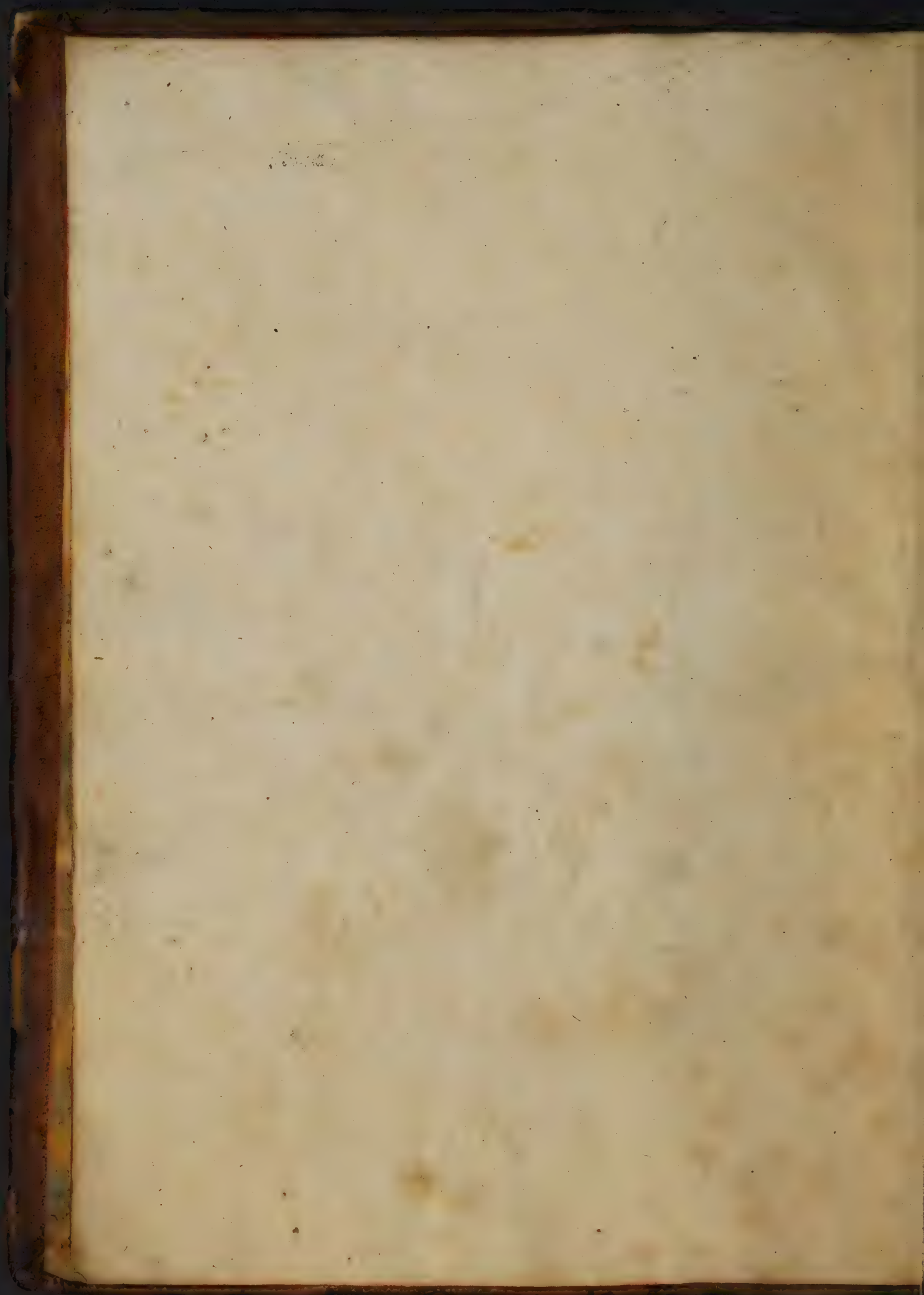
asi

asi Yo no ponia duda, en que à uno de ellos se daria la preferencia, para que la acompañáse; pero me engañé; un temerario Bailarin se apropió este honor; y lo que es mas (con notable admiracion mia) nadie tomó satisfaccion de aquel atrevimiento; semejante avilantéz, me parecía, debia haver desconcertado la magnificencia de la funcion, en consideracion de que tantas grandezas se afeaban con la indignidad de permitir, que un obscuro, y asalariado Mono se mezcláse entre tanta Nobleza, y tuviese valor, para distinguirse con una tan particular prerrogativa.

Los cumplimientos, y los aplausos fuéron los primeros frutos de esta solemnidad; gastóse con alegría lo restante del tiempo, coronando todas las acostumbradas formalidades una magnífica cena, à que asistiéron los parientes mas cercanos de los novios. Hasta estos términos, sin pasar adelante, se estiende mi descripcion, pues no quise tener la excesiva curiosidad de averiguar los secretos del tálamo, y los mysterios del amor. A la mañana siguiente à la boda, esparciéron por la Ciudad várias voces aquellos, que pretenden saberlo todo; pero, como sus relaciones no excedian las lineas de lo verosímil, de aqui era, que sus inventores no podian temer ser convencidos de falsedad por falta de jurídicos testimonios.

Aqui será bien poner fin à la segunda parte de mis memorias, yá por tomar algun reposo de la fatiga, aunque ligera; yá porque en estos tiempos fué, quando tuviéron su término mi alegria, y mi sosiego, habitando un Reino tan distante de mi patria, donde por espacio de dilatados meses entre las co-

comodidades, aplausos, y real beneficencia comenzaba Yo à olvidarme de las pasadas desgracias, y à creer asegurado mi nuevo estado de vida en firmísimos cimientos, capaces de resistir todos los embates de la contraria fortuna; mas el Cielo, que, acaso, desaprobaba estos principios de presuncion, ò que quería experimentar, de quanta fortaleza estaba proveído mi corazon, para resistir los contratiempos, me preparaba una série de infortunios, que havian de ser el medio de nuevos descubrimientos, y despues de un encadenamiento de sucesos yá prósperos, yá adversos, me prevenía las proporciones de volver à mi patria.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

SUPLEMENTO,
O SEA
TOMO TERCERO
DE LOS VIAGES
DE
ENRIQUE WANTON
A EL PAIS DE LAS MONAS,

EN DONDE SE EXPRESAN las costumbres, carácter, ciencias, y policía de estos extraordinarios habitantes.

ORDENADO, Y DADO A LUZ de unos antiguos manuscritos Ingleses

POR DON JOAQUIN DE GUZMAN, y Manrique, &c.

Con Láminas que demuestran algunos pasages de la Historia.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

En Madrid: Por Don Antonio de Sancha. Año de 1778.

Se hallará, y los antecendentes en Casa de Don Bernardo Alberá, Carrera de San Geronimo.

150019

LAS piedras, que mil dias há, que apaño
Hé de tirar sin miedo; aunque con tiento,
Por vengar el comun, y el proprio daño.

. . . .

Guerra declaro à todo Monigote,
Y, pues sobran justísimos pretextos,
Palo havrá de los pies hasta el cogote.

Jorg. Pitill. Satir.

AL LECTOR.

EL favor, que hizo el Público à mi traduccion del primero, y segundo tomo de los Viages de Wanton al País de las Monas, y las contínuas instancias de mis Amigos estrechàron de modo à mi reconocimiento, que no he perdonado trabajo, ni solicitud alguna dentro, y fuera de España para el logro de la prosecucion de la obra, que quedaba pendiente, y con varias llamadas, ò cabos sueltos: Ya directamente, ya por medio de varios corresponsales no he dexado en Italia Ciudad considerable, en donde no la haya buscado; pero todas las diligencias han sido absolutamente inútiles, no haviendo podido hallar aun noticia, de que huviese salido à luz. En esta inteligencia, acabé de persuadirme, à que el Autor no era Inglés, como se finge, sino verdaderamente Italiano; y que por uno de los muchos motivos, que intervienen, ò suelen sobrevenir en semejante clase de obras alegóricas, no havia podido finalizarla, aunque havia empezado à escribirla con ese ánimo, como se colegía de su contexto.

A pesar de mis deseos, estaba ya absolutamente desesperanzado, de que se me facilitàse medio de complacer à mis Amigos; pero uno de ellos, confiriendo un dia conmigo este asunto, me sugirió la especie, de que, supuesta la íntima correspondencia, que Yo tenia con el Doctor Boicocéphalo, y en virtud de que éste se hallaba por entonces, aunque algo indispuesto, dentro de Holanda, me

valiese de su curiosa indagacion , en inteligencia, de que haría las diligencias con tanta actividad, y gusto como para su misma persona , pues era tan una con la mia. No desprecié el consejo; antes bien, me hice cargo , de que nada iba à perder , si no surtía buen efecto , y de que, si se lograba, havia conseguido , quanto podia apetecer. ¿ Quién sabe, decía Yo , si será ingénua, y cierta la relacion que el Traductor Italiano hace en su Prólogo ? Y si asi es : ¿ Por qué no podrá mi corresponsal hallar noticias del Mercader Inglés, que se dirigió à Holanda , dexando por la prisa , y solicitud de la marcha ciertos manuscritos en poder de su Patron el honrado Veneciano ? El que éste no le halláse en aquellos Estados , ni en Londres , no debe acobardarme, porque se sabe , que los corresponsales, que hicieron la diligencia , le buscaban por el nombre, con que fué conocido en Venecia , quando se transfirió à aquella República , y si como el dicho Italiano juzga, él se le mudó, no era facil , que pudieran hallarle; pero al mismo tiempo , no parece imposible , que se acierte con su paradero, ò se tome alguna luz por las señas , esto es , averiguando en Amsterdán, qué Mercader Inglés estaba interesado en la casa de uno de sus principales Comerciantes, que ultimamente havia quebrado.

Baxo de estos principios, escribí à mi Amigo el Doctor Boicocéphalo, quien, hecho cargo de las circunstancias, practicó las diligencias con tanta eficacia, como felicidad : Averiguó , como à poco tiempo de estar en Holanda el Mercader Inglés, havia muerto , por cuya causa , está visto , que no pudo pedir los papeles , que havia dexado olvida-

dos

dos en Venecia : Pasáron adelante sus solicitudes, y alcanzó à saber, que en la almoneda, que hiciéron de sus bienes los testamentarios, havia tomado todos sus libros, y manuscritos por junto Monsieur Riregüet, íntimo Amigo nuestro, y sugeto bastante curioso; no tardó aquel mas en saberlo, que en hacerle presente mí instancia, à que correspondió éste tan atento, como se esperaba; y solo sentía (segun dixo) que en quantos libros, y papeles, que eran muchos, havia registrado, no havia hallado noticia alguna, de las que se le pedian; ni manuscritos tocantes à tal asunto, aunque havia muchos de diversos viages mui extraordinarios, y otras materias; pero por quanto no havia registrado, por no parecerle cosa de importancia, varios, que havia sueltos, y algunos legajos maltratados, que tenia arrinconados en un desván, no perdia las esperanzas de poderme servir; en cuya inteligencia, mandando sacudirlos el polvo, comenzáron à escudriñarlos entre los dos cuidadosamente; pero ¡qué casualidad! apenas havian dado principio à la obra, quando ambos en una misma accion pusiéron la mano, y los ojos en un legajo rotulado, que decía : *Apuntaciones, y borradores, pertenecientes à mis Viages à el País de las Monas.*

No pusiéron duda mis Amigos, en que esto era lo que se buscaba, y que sería la prosecucion ò tercera parte de la obra, supuesto, que la primera, y la segunda se quedáron en Venecia; desatáronle, y viéron, que asi era; por tanto, para abreviar, Monsieur Riregüet se desposeyó generosamente de él, y el Doctor Boicocéphalo se encargó de ponerle en mi poder, para que Yo le or-

ordenáse, traduxese, y diese à luz; en consequencia de esto, no he dudado en trabajar en dicha obra, con quanto cuidado he podido, arreglandome lo posible à el estilo, que en los tomos antecedentes sigue su docto Autor, y no alterando en un ápice las noticias de los dichos borradores; pero, por si la delicadeza de los paladares de algunos lectores melindrosos no halla estos tomos con tanta sazon, como los anteriores, he usado en el frontispicio de la obra del defensivo de la voz *Suplemento*; y si esto no basta, paciencia; que bien sé Yo, que ya baxo de éste, ya de otros pretextos, no ha de ser ella del gusto de todos: Pero, Tú qualquiera, que seas, el que por malicia, ò por ignorancia, ò por otros motivos me mordieres, ò trajeres à colacion con odiosas comparaciones; tén por sabido, que Yo me entiendo, y Dios me entiende; y que

... (1) Hoc ego opertum
Hoc ridere meum, tàm nil, nullà tibi vendo
Iliade (2).

Esto es:

Por toda la Iliada Yo no trueco mi Sátira oculta,
Ni ésta mi irónica risa, tan de ínfimo precio.

Ahora: En atencion à la verdad, y reconocimiento à mis Amigos no puedo dexar de decir, que en este trabajo, tal qual fuese, tienen sin diferencia alguna por lo que hace al obsequio del Público igual

---

(1) *Pers. Satir.* 1.

(2) Habla el Poeta de la insulsa traduccion de la Iliada de Homero, hecha por Attio Labeòn.

igual parte, que Yo, los Señores Riregüet, y Boicocéphalo, por medio de quienes llegó la obra à mi conocimiento, y como si los tres fuesemos una sola persona, pues coincidimos unanimemente en los vivos deseos de servirle.

ADVERTENCIA.

DEspues de escrito este Libro, un ilustre Forastero puso en mis manos quatro tomos en octavo, que componian otras tantas partes de los Viages de Enrique Wanton; el primero y segundo eran con mui poca mutacion los mismos literalmente, que tenemos dados à luz; pero el tercero, y quarto absolutamente distintos; en que se prosiguen los Viages de dicho Inglés; no al País de las Monas, como él tenía ofrecido, sino al de los Cinocéphalos. Estos Libros, dice el nuevo Traductor en sus advertencias, están copiados por los originales de esta Historia, que por casualidad halló en un Pueblo pequeño de los Cantones Suizos. Quedé sorprehendido con esta novedad; y creyendo haver perdido todo mi trabajo, tomé algo acalorado la pluma, y dixe à mi Amigo Boicocéphalo mi sentimiento, embiandole los dichos Libros; pero él, lleno de paciencia, me respondió con toda ella, en estos términos:

» Amigo mio: He conferido con Monsieur Riregüet las dudas, que te ocurren con motivo de la obra publicada en Berna el año de 1764, baxo el título de *Viages de Enrique Wanton, à las tierras incógnitas australes, y à los Reynos de las Monas, y de los Cinocéphalos*: Quatro tomos en octavo, *nuevamen-*

mente traducidos al Toscano de un manuscrito Inglés. Y ponderadas todas las razones, y desconfianzas, que en conseqüencia de esto me expones, no hallamos causa para que dexes de dar à luz tu tercer tomo, como deducido del verdadero original, escrito de mano del mismo Viagero, aun en los proprios borradores, y apuntaciones, que tenia prevenidos para poner en limpio, y que, impedido por algun accidente, no pudo executar. Es cierto que el Traductor Italiano citado se lisongea, de que su obra está copiada por el original que encontró por acaso en poder de un Suizo, viajando por uno de estos Cantones; pero no tenemos duda, de que se engañó miserablemente: Para persuadir lo que intenta, en quanto à la tercera y quarta parte, bastaba su palabra, porque no havia otras con quienes cotejadas, se notáse la diferencia; pero como éstas no iban consiguientes à algunos cabos sueltos de la primera y segunda, publicadas en Italiano, en Venecia, el año de 1749, y en Nápoles el año de 1756, fue necesario, que, aunque en poco, se hallasen alteradas algunas claúsulas de éstas, poniendo y quitando lo que hacía al caso, para evitar la nota de inconseqüencia, y por tanto huir la de suplantacion: De ninguna manera culpamos de ella al Traductor Italiano, cuyo nombre, aunque incognito, respetamos por la delicadeza de su pluma, y por un efecto correspondiente à la buena crianza; pero no dudamos un punto en afirmar, que fué una copia mui alterada, la que halló en los Cantones Suizos. El manuscrito, que dexó en poder del honrado Veneciano nuestro Mercader Inglés, y por el qual se dió à luz la primera traduccion, estuvo en po-

posesion de original por espacio de quince años, hasta que se publica el de Berna, diciendo que no lo es; creo que nadie dudará, que para turbarle esta dicha posesion, sean necesarias unas pruebas mui claras, y convincentes. Pues las únicas que se dán, son, de que se alteró el texto, por no entenderse; que la copia fue imperfecta; y que hasta el frontispicio de la obra no concuerda: Respondele lo mismo de la suya, y quedan iguales en quanto à esto las pruebas, y permanece todavia la tuya con la del: *Beatus, qui pósidet.*

Pero aun examinémos la diversidad de los frontispicios del primer tomo, para que se vea lo que *el buen Hombre inmutó por falta de inteligencia, y por donde*, tambien dice el nuevo Traductor, *se puede inferir el resto de la obra*; desde luego puedes deferir à su sentencia, y pedir al Público, que forme por ésta juicio de sus pruebas. Dice el de Venecia, y Nápoles, que son los Viages de Wanton *al País de las Monas*; no mas; ni cita directamente otros habitantes, ni el resto de la Obra promete hablar de otra clase de bichos, que de estos, quando escriba su tercer tomo: Este de Berna dice, que son los Viages de dicho Wanton *à los Reinos de las Monas, y de los Cinocéphalos*, y promete hablar de ellos, lo que cumple en su tercer tomo. El expresado antiguo usa este mote:

> ...... *¿Quid rides? Mutato nómine, de te*
> *Fábula narratur.*

deducido del Arte poética de Horacio; y el nuevo estampa:

¶¶ *Non*

Non cuivis Lectori, Auditorique (1) *placebo;*
Lector, & Auditor nec mihi quisque placet.
Sacado de las obras de Juan Owén (2) Ya vés, qué prueba tan eficaz, para que la nueva traduccion destrone de la vanidad de original à la antigua.

Quedando desvanecida, mientras no se produzcan testimonios evidentes, que convenzan lo contrario, la oposicion, que se levantó contra la autenticidad de la primera y segunda parte de los referidos Viages, publicados en Venecia, y Nápoles, inmediatamente se infiere lo supositicio de la tercera y quarta, impresas en Berna. Empiezan éstas por un estrañamiento de aquellos Países para siempre de Enrique, el que sin guia, expuesto en un barquillo à la discrecion de los vientos, despues de breves dias aporta à el Reino de ciertos animales de figura humana, excepto la cabeza, que era de perro, y por tanto los llama *Cinocéphalos.* Siguen diversas aventuras, y entre ellas la de hallarse tambien en aquel Reino de Cinofánia Roberto, que iba en busca de su Amigo; y finaliza el quarto, y último tomo, retirandose los dos por raros accidentes à un bosque, el qual (segun hallaron despues de algunos dias) terminaba en una ensenada, en donde encontraron un Navio Inglés, llamado el Hipogryfo, que ha-

(1) En los mas correctos exemplares de las Obras de este Poeta se lee *auditorivè.*

(2) Se equivoca el Autor en la cita, que pone *ad Henr. Pri. lib.* 3. *Epigramm.* 124; porque al Príncipe Enrique están dedicados los dos Libros primero, y segundo; pero el tercero está: *Ad Cárolum Eboracensem, Fratrem Príncipis, Fílium Regis.*

havía corrido tormenta ; en el que , pasadas las primeras admiraciones , fueron benignamente acogidos, y tomaron la buelta para su Patria. Ahora bien ; en las impresiones antiguas , y originales de dichas dos partes primera , y segunda no solo no hai rastro, por donde puedan inferirse semejantes aventuras, sino que abiertamente se contradicen , particularmente en el capítulo XVI. del Tomo segundo, en donde hablando de la visita , que à Enrique , y Roberto hicieron Oliva , y su Padre , contando la despedida, que hizo dicho Wanton de ellos , dice , no pudo cumplirles la palabra , que les dió de ir à verlos , ni logró este gusto , sino quando llegó el dia de regresarse à su Patria , en el que los abandonó para siempre.

Tropezó en este escollo el Traductor Italiano (ò sea el Autor del manuscrito) de la impresion de Berna ; y para quitarse de inconvenientes , enmendó la plana , como hizo en otros lugares de los primeros Tomos , evitando asi las incongruencias de los dos últimos ; pero por su desgracia , no se acordó de hacerlo en todas las claúsulas , que contradecian à su obra , y haviendolas copiado al pie de la letra , dexó patente la suplantacion ; te daré los exemplos en tres lugares , que tengo ahora presentes.

En el Tomo primero al Capítulo XV. trasladó con poquísima mutacion , y ésta no substancial , aquellas palabras , con que empieza uno de sus párrafos, es à saber : *Esta admirable novedad* (habla de cierto insecto) *fué despues motivo de lograr Yo un largo , y serio entretenimiento con algunos Monos sabios del País, haviendo tenido curiosidad de visitar todas las Universidades de aquellas singulares Provincias , y de conocer*

todos los doctos, que tienen los primeros puestos, como largamente referiré, &c. Lo único, que muda el nuevo Traductor en esta claúsula, es la palabra *admirable*, à que substituye el epítheto *miserable*, que, no viniendo al caso, creemos yerro de imprenta; quita la palabra *Monos*, y en lugar de la *del País*, pone, *del Continente Antártico.* Nada de esto inmuta la substancia, y no me parece havrá quien dude, que promete hablar de las Universidades del Reino Simiopolitano; pues esto se le olvidó en sus tomos añadidos; porque empiezan echando para siempre à Enrique de aquellos Dominios à pocos dias despues de la boda de Lechuga, y por tanto, sin haverle sacado en tiempo alguno de la Capital; y aun quando le pone entre los Cinocéphalos, tampoco visíta mas, que una Universidad, si esto ha de entenderse por *la Provincia de los Filósofos*, y en ella solo unas particulares Escuelas: Pero esto no es de nuestro intento; vamos adelante.

En el Capítulo primero del tomo segundo traslada el nuevo Traductor estas palabras de nuestros antiguos originales sin la menor alteracion ni aun en lo material: *El escrúpulo en algunas ocasiones de no revelar secretos de otros me impedia comunicarle* (à Roberto) *muchas cosas, que pedian su consejo, mas que las otras; de donde dimanáron las desgracias, que me sucediéron despues, y que acaso, huviera podido evitar mui facilmente. Demonstraránse estas verdades en el discurso de estas Memorias.* En sus tomos tercero, y quarto no hace tal demonstracion, ni hai, por donde inferir, que el ocultar Enrique à Roberto secretos, que debia descubrirle, fuese el manantial, de adonde tuvieron principio sus desgra-

gracias, como mas claramente se deducirá, de lo que voi à decir.

En su Capítulo XXI, nuesrro XXII, de dicho tomo segundo copia idénticamente estas palabras: *Esta distincion, que Yo no esperaba, fué para mí de mucho gusto; bien que de ella, y de la estrechéz, que desde el tal lance tomó conmigo este joven* (Tulipán) *tuvieron origen todas las funestas aventuras, que no exercitáron por algunos años, y me obligáron à detenerme en aquel Continente; como se verá en la serie de esta Historia.* Pues, lo primero, que hace el Autor del nuevo Manuscrito, es contradecirse, pues desde el principio de su tercer tomo destierra para siempre de aquel Continente à Enrique, exponiendole de orden del Rey en una fragil barquilla, à que, ò zozobráse en un gran Lago, à los confines de sus Dominios, ò aportáse à las playas de diversos Pueblos bárbaros, que le circundaban; anduvo el infeliz à discrecion de los vientos, y despues de vários dias, gastados en el viage, y la detencion en una Isla desierta, llegó à las playas del Reino de los Cinocéphalos, en donde pasó el resto de tiempo siguiente hasta la buelta à su Patria; en cuya relacion no se encuentran aquellos años, que las dichas claúsulas del tomo segundo insinúan se detuvo en aquel Continente de Simiópolis, que es de donde vá hablando, pues fuéron en el de Cinofánia, distantísimo de él, segun pinta, por medio de un espacioso Lago, un Golfo, Canal, &c. Tampoco se verifica, segun promete contar en la série de esta Historia, que la amistad de Enrique, con Tulipán fuese, la que à este causáse sus desgracias, pues ésta fue un instrumento mui remoto: Fue el caso, en breves

yes

ves razones, segun el mencionado nuevo Traductor cuenta al Capítulo XXX de su Tomo tercero, que la hija del Primer Ministro de Simiópolis tenía un Novio, el que fue asesinado (segun despues se probó) por un oculto rival, que, sabiendo, que la galanteaba Tulipán, y la amistad de éste con Enrique, para ocultar su maldad, dixo, al herirle: *Enrique te dá la muerte; y Tulipán venga asi sus ofensas.* Sobrevivió el infeliz lo bastante, para declarar las palabras, que oyó al que le acometió, murió al punto, y en la misma noche que todo esto sucedió, se dió la quexa al Rey, se despachó el Decreto de estrañamiento, y se executó de mano armada: Quéde en silencio, porque no es ese mi asunto, la crítica correspondiente à lo violento de todos estos pasos, de la credulidad tan à primer informe, y de la debilidad de los indicios para una providencia tan séria; y pasando solo, à lo que hace à mi intento, me parece, que no havrá, quien de esta relacion no infiera inmediatamente, que la causa del destierro, y de los consiguientes trabajos de Enrique, fue la impostura de aquel malhechor, y que la amistad, que profesaba à Tulipán, solo influyó en ellos, como instrumento, ò pretexto, que tomó el referido agresor para disimulo de su atentado, en cuyo caso, si esto era bastante para tenerla por causa de ellos, lo mismo podia decirse de la habilidad, del que hizo la espada, con que se executó la muerte; de la madre, que le parió; ò de otro semejante desproposito. Tampoco en el lance, y causa próxima, que aqui se describe, del destierro de Enrique intervinieron secretos, de cuya escrupulosa ocultacion dimanasen sus desgracias; pues, aunque se supon-

ponga, que éste sabía los amores de Tulipán, de que los revelase, ò no à Roberto, no se seguia, que el Monicida no abrazáse el proyecto de rebozar su travesura de aquel modo, antes debe presumirse, que siempre lo huviera asi executado.

No puedo, finalmente, pasar en silencio una corta reflexion en la mutacion, que hace en el Capítulo XXI del Tomo primero; pues donde se lée en nuestros originales: *Ya haviamos dexado las pelucas*: la nueva Traducion (ò el manuscrito) enmienda: *Ya havia dexado la peluca, que no bolví à tomar, sino quando fui desterrado de aquel Reino.* ¡Admirable prevencion! Que un Hombre, que gastáse peluca, la dexáse olvidada en lo desprevenido, y precipitado de un lance como el que en breves instantes, se cuenta, pasó por Enrique, ya lo entendería; pero que una persona, que se peina de pelo proprio, en lo arrebatado de semejante acaso tenga gran cuidado de equiparse de una buena peluca, es cosa que haría descomponer la encapotada seriedad de un Caton, si se lo contáran. ¿Si estaría ya calvo Enrique? Pero para encubrir esta maca, bastábale un cairel al modo, de los que usan por acá, los que presumen de la melena, que no tienen. Mas yá veo, que para las dos aventuras pelucales, que cuenta de él despues, necesitaba una peluca de cuerpo entero.

Estos lunares, que por mayor te he referido, son, por lo que mira à hacer conocer, que el tercero, y quarto Tomo de la referida obra no son la prosecucion de los Viages de Wanton al País de las Monas; y que los manuscritos, y borradores nuestros son los originales, aunque, en lo que tenga de tuyo, pierda mucho de su natural gracia, pero, me pa-

parece, que, tal qual los has trabajado, debes darlos al público en agradecimiento del favor, con que te distingue: Y, por lo que hace à la referida Historia del País de los Cinocéphalos, atendiendo à su estilo fluido, gracia natural, y delicada sátira, confieso, que no desdice de la pluma de nuestro Enrique; por tanto, he llegado à imaginar, que las que cuenta, son verdaderas aventuras, que le han acaecido, aunque en otro Viage, que por diverso rumbo haría à aquel extraordinatio País; y llegando el manuscrito de estas memorias (por raras casualidades) à manos de algun curioso, no haviendo podido encontrar la prosecucion de los Viages al País de las Monas, que vino à nuestro poder, le insertó, como continuacion de esta Historia, poniendo de su pluma la transicion de una à otra, y las enmiendas, que creyó suficientes, para evitar la nota de inconseqüencía.

En quanto à lo demás, que expones en tu carta, no hallamos en tu tercer tomo claúsula, que pueda ofender à persona alguna en particular, ni párrafo, que parezca, habla singularmente con esos Países: Si, leyendo uno de tus compatriotas el Capítulo VI, crée, que pintas las Ferias de su Tierra, oyéndole un Francés, juzgará, que son las de San Germán de París: Si en la pintura del Sitio, en el Capítulo IX se presenta à alguno de tus Paisanos un Aranjuéz, un Prusiano creerá, que vé un Sans-soucí. En fin, no hai diseño, que no sea aplicable à diversos objetos, ni hai vicio ridiculizado, que no reine en várias Provincias. ¿La vanidad, el mentecatismo, la preocupacion, la insubstancialidad, la hinchazon, la arrogancia, la liviandad, y quántos

vi-

vicios pueden imaginarse , en qué País no están arraigados ? En esta inteligencia , y de que tú no haces mas que copiar , y poner en orden , lo que el célebre Viagero Wanton experimentó , y dexó escrito de aquellas remotísimas Regiones , conserva tu intencion con la rectitud , que hasta aqui , y hazte sordo al grito de la murmuracion , y los dicterios, que , seguramente , no saldrán mas que de la boca, ò pluma del batallon de viciosos , è insensatos , à quienes por semejanza comprehenda aquesta Historia. Es quanto ocurre , y que mandes , à quien desea tu bien , como el proprio. = *Boicocéphalo*"

Animado de esta carta , no he dudado dar à luz, cómo sacado del verdadero original , mi Suplemento : Confieso ingenuamente la sencillez , con que procedo , y protesto , como siempre , mi rendida sumision al juicio de mis mayores.

G. J. V. D. G. Y. M.

INDICE
DE LOS CAPITULOS
de este Libro tercero.

Cap.

ERRATAS.			CORRECCION.
Pag.	Lin.		
IX. . . .	21.	ni el.	ni en el
XIII. . .	9. .	*que no exercitaron. .*	*que me exercitaron.*
17. . . .	15.	el Marqués. .	al Marqués.
35. . . .	9.	decis.	deciis.
80. . . .	11.	consra.	consta.
134. . . .	6.	y que sabeis. .	que sabeis.
181. . . .	ult.	disfrute.	desfrute.
188. . . .	7.	multud.	multitud.
193. . . .	27.	de espíritu. . . .	del espíritu.
218. . . .	25.	en un.	de un.
224. . . .	15.	prosigne. . . .	prosigue.

VIA-

SUPLEMENTO, O SEA TOMO TERCERO DE LOS VIAGES DE *ENRIQUE WANTON* A EL PAIS DE LAS MONAS.

CAPITULO PRIMERO.

Plan de la casa del Señor Haya despues de la boda: Trátase tambien de los lutos de Corte.

NO respiraba otra cosa, que profusion, alegria, y satisfacciones aquellos dias inmediatos à la boda el palacio del Señor Haya; oficiosa Madama Espina estaba hecha una pura diligencia, sin que en la propria, y la nueva familia huviese asun-

to, que ella permitiese pasar por otra mano que la suya; disponia el ceremonial de las visitas; tenia lista del orden, con que havian de pagarse; fabricaba en su desbaratada fantasía el tren, con que el primer dia debian salir al paseo los nuevos Esposos; era el único árbitro de convidar à comer la sopa (como ella decia en su lengua Mona) à los que eran de su agrado; en una palabra, dió rienda à su genio dominante, para que ninguna otra persona de la casa interviniese, aun en la mas ridícula menudencia. La Señora Lechuga se iba disgustando del despótico gobierno de su Madre; pues desde el primer dia de casada quisiera haver tomado à su cargo plenamente la direccion de su familia. El Señor Nuéz-Moscada, y su Suegro, aunque todo lo conocian, sufrian con prudencia, porque la dulzura del uno, y otro genio repugnaba à qualquier rompimiento. Los Hijos del Señor Haya, especialmente mi amigo Tulipan, divertidos fuera de casa, como solo estaban presentes à la hora de comer, cuidaban poco de lo que en ella pasaba. Roberto, y Yo, sin incluirnos en las materias domésticas, gozabamos los buenos ratos, que daba de sí el tiempo, y echabamos el cuerpo fuera, quando los asuntos, que se trataban, no eran de nuestra inspeccion. Los criados, y criadas, finalmente, de una, y otra familia estaban en contínuas reyertas; los antiguos querian mandar en calidad de tales à los nuevos, y estos se defendian con el comun, *no me toca*, que tanto reyna, en donde hay muchos; y todo paraba en perpétuos chismes, que ambas Señoras oian con la atencion mas profunda, trasladandolos

los

los del oido al corazon, para que, poco à poco indispuestos los ánimos, rebentase la mina, quando menos se pensase, con desasosiego de todos los de aquella casa, y general escándalo del pueblo. Este era puntualmente el plan de la casa del Señor Haya en aquella sazon.

Pero el asunto, qué mas ocupaba la atencion de aquellas Monas era la paga de visitas de Novia: Todos los dias se suscitaba una qüestion sobre el ceremonial: Fué muy reñida, la que se dirigia al orden, con que havian de pagarse; por voluntad de la Señorita, la primera debia ser à la Marquesita de la Remolacha (que tambien hay Títulos en aquellos países con tanta abundancia como en nuestra Europa, aunque hasta ahora no se ha ofrecido nombrarlos) hermana del Novio, y por tanto de la primera obligacion; porque aunque hacia poco tiempo, que por medio del matrimonio havia la dicha salido à volar, y no podia saber mucho de la ethiqueta Mona, por quanto estaba criada al lado de una Abuela, que cansada de las locuras de su juventud, la havia tomado por el opuesto extremo, de una impertinente, ridícula austeridad; no obstante, una venerable quintañona, tia de su marido, vieja de mala gana, de las muchas, que hay de semejante jaéz en aquella metropoli, que à fuerza de arrebolarse, y estirar sus arrugas quieren engañar al público, que se rie de sus extravagancias, la havia tomado à su cargo para quitarla la corteza, y ponerla en el tono del *gran mundo*; ésta, sin duda, con ayre magistral la haria conocer la gravisima falta, que se cometia, si no se efectúaban las cosas, como meditaba su cu-

ñada ; y el execrable atentado contra la respetable ceremonia del estylo corriente ; pero al desembarazado genio de Madama Espina nada impedia, para hacer, y gobernar, lo que era mas adequado à sus caprichos ; y asi à pesar de las reconvenciones de su hija, dispuso la primera visita para Madama Cambronera ; era esta Señora viuda del hermano mayor de Madama Espina, que havia pocos años, que havia muerto, y fue un Ministro de credito en aquella Curia ; Mona ya de abanzados dias, de pocas, y mysteriosas palabras, y de una seriedad fastidiosa, capáz de imponer sugecion aun à dicha Madama Espina, que es quanto puede decirse. Rechinando la hija, huvo de dar gusto à la madre tanto en aquel dia, como en los siguientes, de lo que se originaron mil disgustos, y quexas ; à todas daba salida la madre, hasta que llegó el negro dia, que traxo el mas dificil caso, el asunto mas intrincado, y la materia de mayor peso, que podia ocurrir en el largo tratado del critico ceremonial Mono.

Estaban disponiendose la Novia, y su Madre para ir aquella noche de visita à casa de la célebre Madama Zanahoria (de quien repetidas veces se ha hecho mencion) quando subió un Lacayo, y avisó, que su ama Madama Cebolla esperaba à la puerta licencia para hablarlas dos palabras, y que suplicaba, no se escusasen, antes bien que la recibiesen como se hallàran, porque el negocio à que venia, era arduo, y no daba espera : Luego que les fué intimado, entràron en un cuidado muy grande, porque el general concepto de docta, que tenia Madama Cebolla, acreditaba la duda

da por de suma importancia, y dificultad: Aunque Madama Espina estaba muy pagada de su trabajo, temió errar la resolucion, quiso asesorarse, y envió un page, para que qualquiera de los dos, Roberto, ò Yo, el que mas proporcionado estuviera, entrase en su gabinete; y resolviera el caso segun el conocimiento que ya haviamos adquirido del país; Roberto havia salido, y asi fui Yo, que aun me hallaba en casa, quien asistió à la conferencia.

Ya havia entrado Madama Cebolla, quando Yo llegué; la que despues de las formalidades de tabla, propuso en breve su consulta en estas, ò semejantes palabras: Ya sabes, Hija, el genio burlon, y desahogado de mi amiga Zanahoria; Yo te confieso, que la temo, y no quisiera darla causa, de que se riese de mi: Acabo de tener recado de convite suyo, en que me ruega, la acompañe à una pequeña diversion, que hoi previene en su casa con motivo de recibir de Novia à tu hija. No puedo faltarla, pero en la duda, que me ha ocurrido, he querido venir à consultarte para hacer lo que tú, y tu hija tengais ánimo de executar: Esta es, que, como no ignoras, está la Corte de luto, y me hallo perplexa acerca del trage, que deberé llevar; ir de luto à un bayle, y à una visita de Novia, me repugna; ir de gala tiene la contra, de que lo reparen, y se rian à mi costa; consideradas estas, y las demás importantes, y profundas razones, que por uno, y otro lado pudieran alegarse, respondeme, que deberémos hacer.

No era el asunto tan frívolo (como acaso parecerá à algunos de mis lectores) que no produxe-

xese la más seria meditacion en el entendimiento de las Monas: Suspendióse Madama Espina para decidir con mejor acuerdo; callaba Madama Cebolla; y la Novia, como muchacha al fin, decia mil despropositos acerca de los insuperables escollos, que por todos lados encontraba. No quiso antes de oirme meter el montante Madama Espina, y asi todas me rogaron, dixese mi parecer: Peligrosa materia, y delicada es, dixe, mezclarnos en las particularidades de la ethiqueta, ò ceremonial, que deben observar las Señoras; pero mediante, que el presente punto de lutos no comprehende solo à éstas, sino tambien à los Caballeros Monos, diré sencillamente, lo que alcanzo: Este, segun tengo entendido, es un duelo por un Príncipe, que ni aun parentesco tiene con el Soberano de estas Provincias, y por tanto, de mera ceremonia; à esto se añade, que al presente se halla la Corte en el Sitio; con que no parece, que la falta de este cumplimiento pueda ser tan notable, como se exagera: Pero demos de barato, que el quebrantamiento de esta dolorida demonstracion fuese un insufrible defecto, esto debería entenderse con aquellos sugetos, que componen lo formal de la Corte, cuya entrada en Palacio los constituye en la observancia de semejante ceremonial; pero los que no tienen en ella otra intervencion, que la de vivir en la Capital, por mas circunstanciados, que sean por sus familias, ò empleos, se hacen, à la verdad, risibles, quando se muestran tan sentidos por la muerte de un personage, que ni aun saben quien fué; y no os parezca, que esta es impertinente nota de un Estrangero, sino efec-

efecto de una tan garrafal ridiculéz ; que se viene à los ojos de qualquiera. ¿No quereis, que me ria, haviendo sabido, que ayer (dia, en que se publicó el luto) no quiso Madama Batata salir al paséo con su prima la Marquesa, porque la Modista no la havia trahido la gran cofia empavesada de negro, siendo asi, que el dia antes, me consta, havia puesto en el Parte (y no es el primero) un memorial, pidiendo à la liberalidad del Soberano una limosna, que fuese ayuda de costa, para mantener sus precisas obligaciones? ¿Cómo quereis, que todo sugeto sensato dexe de dar carcajadas, al ver repetidisimos exemplares, como el de ese muñeco de enfrente de casa, que porque come trescientos ducados del Real erario, que gana en una Oficina, adonde desde su ante-sala le trasladó su amo, salía, havrá dos horas, con un luto mas reverendo, que el que pudiera vestirse un Gefe de Palacio, pues aun la contera del espadin llevaba forrada de bayeta negra?

Luce mas el desproposito de semejantes mentecatos à vista de un gran número de personages graves, que ò por su calidad, ò por sus empleos, componen una respetable porcion de la Ciudad, y con todo eso, como no tienen su destino inmediato al Soberano, se desentienden de la que solo es ceremonia de Corte; bien públicos están los exemplos; con los empleos mas visibles de fuera de Palacio compite el del Señor Haya; la nobleza del Señor Nuez-Moscada es de las mas sobresalientes de estas Provincias; el Señor Peregil, primo de Madama Cebolla, une à la gravedad de la judicatura el lustre de su nacimiento, y con todo

do eso. . . .Ya entiendo donde vais à parar, replicó Madama Espina, impaciente al ver, que mi razonamiento no se adequaba à sus idéas; nos proponeis exemplos de dentro de nuestras casas, para que con mayor fuerza prevalezca vuestro dictamen; pero haveis de saber, que si ellos, y sus semejantes, por el capricho de una afectada moderacion, no quieren seguir los estylos de la Corte, nosotras, que estámos (gracias al Cielo) dotadas de un superior espíritu para despreciar la mordacidad de los mal-humorados críticos, conocemos, que no vamos decentes à las concurrencias públicas sin atemperarnos al uso, y vestirnos como nuestras iguales: Además de que no será estraño creer, que muchos por la singularidad de no hacer lo que los demas de su clase, tendrán mas vanidad de no vestirse de luto, que, los que indebidamente se enlutan, de ponersele.

No es mi ánimo, querida mia, dixo Madama Cebolla, reprobar tu dictamen, pero no puedo negar al mismo tiempo la razon del Señor Enrique; y de aqui es, que aparece la misma duda, que al principio de nuestra sesion; y mediante à que el tiempo insta, y que de aqui no he de partir, sin que lo resolvamos, quiero proponer, lo que prontamente me ha ocurrido; esto es, que vamos vestidas de luto con cabos de gala; quiero decir, las batas negras, y los adrezos de diamantes, porque de este modo se logra unir los sentimientos de la Corte con las alegrias de la boda. No se puede ponderar quanto celebraron aquellas buenas Señoras el hallazgo de Madama Cebolla en la tal quimera, ò adorno, que inmediatamente deter-

terminaron se abrazáse, y publicáse como nueva moda con el nombre de vestido de *Galîluto.* Quien mas aplaudió tan delicado pensamiento fué la Novia, porque por este medio saldria à relucir el rico adrezo de diamantes, con que à costa de un escandaloso número de pesos la havia engalanado el Novio el dia de la boda. Por último se despidió Madama Cebolla, dexando sumamente alegres à sus amigas, de quienes me separé, encaminandome à mi quarto para soltar los diques à la risa con mas libertad, en compañia de mi Roberto, y à costa de aquellas mentecatas.

Llegó por fin la noche, y à la hora regular nos dirigimos Roberto, y Yo, en calidad de convidados, à casa de Madama Zanahoria, à quien, como à todas sus amigas, hallámos adornada segun el nuevo ceremonial (que en tan breve tiempo corrió de una Mona en otra la decision de la sapientisima Madama Cebollá) solo la Condesa de la Llanta, por haver estado todo el dia en una casa de campo à divertirse, ignoraba la promulgacion de la nueva pragmática del Galiluto, por lo qual se fué à la visita cubierta de los mas lúgubres atavíos; pero gracias à la actividad de la Señora de la casa, no cometió el grave defecto de funestar el estrado, porque saliendola al encuentro en la antesala, y noticiandola el moderno establecimiento, pudo disponerse su escondite en un quarto reservado hasta que volviese un lacayo, que envió à su casa por los diamantes suficientes para poder comparecer en tan brillante congreso.

Entre los Monos solamente los Militares, dos, ò tres Ministros provectos, y otros tantos arren-

dajos de ellos, esto es, pretendientes de plazas del ministerio, por contemporizar con sus mayores, eran los que nos acompañaban sin luto; pero los de el restante número (que era grande al olorcillo del bayle) estaban, segun me pareció por el trage, sumamente sentidos; pero no tardé mucho en deponer mi falsa opinion, porque luego que se acabó, lo que llaman bayle sério, y comenzó la broma, y mezcla de los dos sexos, fué para mí un espectáculo de gran diversion ver saltar, patear, y dar muestras de la mayor alegria à toda aquella porcion de Moni-doloridos. Prolongóse la tál especie de locura à compás hasta una hora incomoda, segun costumbre, y finalizada, nos retiramos acompañando à las Señoras de casa; y en el camino notámos, mediante una, ù otra indirecta, que no iban acordes los ánimos de Hija, y Madre.

Fueron estos presagios del proximo rompimiento. Madama Lechuga deseaba vivamente separarse de su Madre, para regentar su estado independiente, y asi al primer chisme, que la traxo una criada, tomó el partido de su familia; Madama Espina defendia la suya; enardecieronse los ánimos, crecieron las voces, alborotaron la casa, y escandalizaron la vecindad; acudimos todos à sosegar à aquellas dos tigres; à porfia querian informarnos del principio de la reyerta, pero cada proposicion era origen de nuevos gritos; imposible fue averiguar la verdad de la causa accidental de la quimera; la substancial, y motiva no se nos ocultaba.

En una palabra (prorrumpió Madama Lechuga hablando con su Marido) Yo no puedo aguantar

tar

tar mas à mi Madre; quiere ser despótica; si mando à mis criados, siempre encuentra motivos de reprehenderme, y es porque no haya otra que mande en casa; si vienen visitas à mi quarto, no las halla por convenientes, y si no fuera faltar al respeto de Madre, diria, que mas que zelo es envidia, porque no van al suyo, como si de esto fuese otra la causa, sino que ha nacido treinta años antes que Yo; por fin, no hai en mí accion, que no note, ni respiracion, que no me cuente. Mi libertad no debe ser tyranizada, ni sufrir dos dueños; luego que te di la mano, me constitui baxo de tu obediencia, y asi sali de la familia en que nací, para pasar de un todo à la tuya. Esto, y mi sosiego no es posible, sin que separémos absolutamente la casa, porque dos tocas, y un hogar se avienen mal; conozco, que el gasto será grande por haver de comprar todo el mueble correspondiente, pero no estamos tan atrasados, que no pueda hacerse sin grave dispendio; y en fin, si algo te empeñases, mas vale, que sea por esta causa, que por la de mis funerales, que sin duda llegarian muy presto, si permaneciera mas tiempo en tan amarga constitucion; y asi ten entendido, que esta noche no se ha de verificar, que duermo en esta casa. No fue facil que mudáse de dictamen ni por los partidos, que el Padre la hacía, ni por las juiciosas reconvenciones del Señor Nuez-Moscada, ni por nuestros ruegos: Lo mas, à que se la pudo reducir fue, à que no saldria de casa de sus Padres, hasta que se la pusiera la suya, con condicion, de que fuese muy breve el plazo, y con tal, de que mientras se cumplia, havia de estar-

tarse retirada, sin salir por motivo alguno al quarto de su Madre; cuya propuesta cumplió tan exactamente, que ni aun para comer dexaba su gabinete. El pobre Marido andaba desasosegado, ya solicitando muebles, y ya procurando casa proporcionada para su habitacion, por darla gusto, porque en este intermedio no se la podia ver la risa. ¡A qué extremos no llega la obstinada voluntariedad de una Mona consentida, y mimada!

CAPITULO II.

Del mutuo-obsequio de Tulipan, y la Marquesa de la Mielga.

DE dia en dia havia ido creciendo la amistad, con que me trataba Tulipan, que era, como ya se ha dicho, el Hijo menor del Señor Haya; y al mismo paso se iba acercando el tiempo, en que havia de experimentar el cumulo de desgracias, è incomodidades, que me exercitaron en aquellos países: No es mi ánimo fastidiar à mis lectores, particularizandolas en estas Memorias, y asi solo pondré, como por mayor aquellas, que tengan conexion con el hilo de la Historia. Era consequencia de esta estrechéz hacerme Tulipan partícipe de todos los secretos de su corazon, y de las pasiones, que le agitaban; y mi fidelidad en el sigilo en tan alto grado, que ni aun con Roberto los confería. Gran necedad cometí en la observancia de tan delicado punto de honor, pues él me acarreó mi precipicio; pero lo conoci quando no tuvo remedio. Como Yo deseaba una instruccion

à fondo de las costumbres, y demás circunstancias de aquellos extraordinarios países, y lograba ésta, mediante la grande introducion, que tenia Tulipan con toda clase de personas, me era forzoso, por darle gusto, contemporizar muchas veces, y acompañarle contra mi voluntad.

El mal humor, que reynaba aquellos dias en las Señoras de casa; el sentimiento del Señor Haya; el desasosiego de su Yerno; el atropellamiento de los criados; y la precipitacion, y bulla de la mudanza, no hacian la mejor acogida dentro del Palacio; con que agregadas estas incomodidades à la costumbre de Tulipan, de dar la mayor parte del tiempo à sus devanéos, se puede considerar su poca parada en él. Una de sus mas preferidas visitas, ò por decir lo mas cierto, la principal, era à la Marquesa de la Mielga, jóven hermosa, pero boba; rica, pero presumida; bien nacida, pero mal criada; estaba casada con un Caballero Mono, juicioso, prudente, y arreglado. No era este el único casamiento de esta especie en aquella Metrópoli; dentro de casa teniamos otro poco mas, ò menos; y fuera noté tantos, que parece, que de proposito buscaban tan discorde contrapunto. Era mui comun en ellos por consiguiente andar à paso igual la tolerancia, y la locura. No quiero molestar con largas reflexiones, y episodios, en que, deslizandose tal vez la pluma, se descubran retratos demasiado al vivo; pero considerese qué dilatadisimo campo me ofrecia este punto.

El Marqués su Marido, no zeloso, sino honrado, y con arreglo à sus obligaciones, la impedia ya con seriedad, ya con blandura el freqüente trato

to con mi Amigo. No ignoro, la decia, que Tulipan es de igual clase à la tuya; tampoco pongo duda, en que conoces mui bien las circunstancias, con que naciste; pero ¿ será esto bastante escudo para el embate de un Monito, cuya desbaratada cabeza está bien señalada en la Ciudad? ¿ Con qué idéa solicita tu oído, y es continuamente tu sombra dentro, y fuera de casa? ¿Qué materias tan graves, y dilatadas tiene que conferir contigo? ¿ Aquellas miradas à hurto, aquel sonriso, y à veces aquella afectada languidéz de espíritu, quando no se te puede aproximar por la concurrencia de otras visitas, qué significan? ¿ Si no hai malicia en este trato, y quanto se habla es inocente, à qué conduce el secreto, con que se embozan las palabras, y el mysterioso artificio, con que se aparenta querer encubrir las acciones? Pero quiero por este instante, solia añadir el Marqués, darte de barato, que no haya mas, que una sencilla recíproca amistad (por tu parte nunca me he hecho ni por pensamiento la ofensa de juzgar diversamente) y que todos los demás aparatos se dirigen à una necia vanidad de hacer creer otra cosa distinta, de la que en realidad hai, y à dar como en rostro al resto de los Monos, de que no son dignos de lograr aquella distincion, y por tanto, que deberian rebentar de envidia: Fuera de que tan insolente ostentacion, con quien está ya con un indisoluble lazo unida à otro dueño, es à todas miras intolerable; ¿ será posible, que, los que ven, y oyen tales extremos, se pongan unanimemente de acuerdo, haciendose cargo, de que son solo pasatiempo aquellas demonstraciones? Seguramente, que no: Está
cier-

cierta de que el escándalo de estas pretendidas inocentes amistades es público; Yo lo oigo, y tal vez lo hablo de otras Monas; no tienes tú salvo-conducto alguno, que te ponga à seguro de los pareceres del vulgo; no hay duda; tu opinion, y la mia padecen un descalabro gravisimo; en esta lastimosa constitucion, ya considerarás, que tú debes dar de mano à esa distraccion, y que Yo de ninguna manera te la debo consentir.

Aunque no eran mui despejadas las luces de la Marquesa, se hacía por entonces cargo de la razon; tan de bulto estaba; formaba nuevos proyectos, y establecia en su imaginacion un méthodo de vida mas arreglada; un dia, ò dos solian durar tan buenos propositos, porque, como mi Amigo Tulipan andaba à sombra de tejado hurtando el cuerpo de la vista del Marqués, la vigilancia de éste no daba lugar, à que diariamente pudiera aquel hablarla; pero apenas lograba esta satisfaccion, quando rodaba toda la máquina, sin que quedáse otro freno à aquel licencioso comercio, que un miedo servil, y baxo.

No pasó mucho tiempo, sin que lograsen con mas sosiego su amistad. Fué el caso, que aquel Soberano se hallaba en un ameno Sitio, digna recreacion de su grandeza, que está no lexos de la Capital, adonde iba à divertirse seguido de su Corte por algunas temporadas; y teniendo el Marqués un distinguido empleo dentro de Palacio, tuvo que marchar à cumplir su servidumbre. O fuese porque no le parecia proporcionado su aloxamiento, ò porque consideró, se le havian de originar algunos gastos, que no podia soportar por los empe-

peños, que havia contrahido su casa, que eran grandes, determinó no llevar consigo à la Marquesa. Hizo ésta muy bien su papel de sentimiento por la ausencia, suspiró, y encargó la diaria correspondencia para consuelo de su soledad.

No bien havia vuelto la espalda el buen Marqués, quando ya estaba consolando Tulipan à su querida, y desembarazados de todo obstáculo, soltaron las riendas à su pasion, haciendo público su *mutuo-obsequio* (con este nombre cohonestan alli aquellas singularidades mui comunes entre Monos, y Monas.) Largas horas de la mañana, tarde, y noche gastaba mi Amigo en aquella distraccion, y lo peor era, las que me hacía perder por acompañarle, siendo para mí aquel un objeto desagradable por todos motivos; prescindiendo del papel tan desayrado, que Yo alli huviera hecho, à haver sido otro Mono como él; pero como me consideraba de una clase en todo superior, solo me servian de diversion, y pasatiempo las demonstraciones, que presenciaba: La publicidad, y descaro de éstas fue cundiendo en tanto extremo, que ya en qualquiera Tertulia, y en toda concurrencia, especialmente de la Nobleza, siempre que se nombraba à Tulipan, se añadía sin rebozo, el obsequiante de la Marquesita de la Mielga; y lo mismo de parte de la Señora.

Claro está, que estas voces havian de llegar al Sitio, y penetrar el corazon del pobre Marqués, el qual, consultando con su prudencia el sesgo, que deberia tomar en asunto tan delicado, determinó fingirse gravemente enfermo para deslumbrar à los murmuradores, y pretextar decente, y justa causa

de

de la precipitada marcha, que ideaba, de la Marquesa: Fió todos sus pensamientos à un criado mui antiguo, y de ley, que le havia educado; hizole entrar en un coche, y le instruyó, en lo que havia de practicar: Llegó éste à la Ciudad, y executó tan bien su papel, que enterneció à su Ama, la qual creyendo no encontrar ya vivo à su Marido, quando llegáse, no tardó en marchar desde el arrivo del criado mas tiempo, que el preciso para enganchar otro tiro de Mulas, que havia prevenido cuidadoso. No obstante el sobresalto, que havia causado à la Marquesa la noticía, ocasionado (si hemos de creer, à lo que en su ausencia decian sus Amigas) no del cariño, que tenia el Marqués, sino de que con la muerte de éste se la acababan las proporciones de triunfar, y lucir, por quedarla solamente una reducida viudedad; y no obstante tambien la aceleracion de su partida, no se la olvidó dar parte de todo à su obsequiante por medio de un papel.

Era una de las diversiones, que por entonces teniamos, la concurrencia despues de comer à una de aquellas casas, de que ya se ha hecho mencion, en donde tiene sus delicias un numeroso concurso de personas de todas clases, que con libertad hablan, de lo que no entienden, disputan mil disparates, y se deleitan en beber aquella agua de carbon hirviendo: La siesta, pues, de la infausta ausencia fue una, de las que con mas diversion, y bulla se estaba pasando el rato, no siendo Tulipan el último en dar su parecer en las materias, que se trataban, à quien oían con gusto, ya por la distincion de su nacimiento (que hasta en las opera-

raciones del entendimiento ha pretendido superioridad) ya por cierto aire , y gracejo , que daba à las palabras , con que divertia à los concurrentes.

Entre los muchos , que aquella tarde compusieron la tertulia , fueron los mas distinguidos cierto Capitan invàlido , cargado de años , y cicatrices, tan pesado como puerco ; un Teniente , que de Sargento havia llegado à aquel grado , de que se infiere , no era niño ; dos Alfereces , que acababan de apearse , despues de haver mal digerido quatro elementos de Mathemàtica , con los que , revestidos de bachillería , se las querian apostar en todos asuntos à la mas acendrada , verdadera ciencia; y unos quantos Cadetícos con tanto afeite , y compostura , como la mas delicada Dama ; no tenian estos tales paz con sus huesos ; andaban por la sala con los pasos desconcertados , el sombrero puesto al revés , ò en una oreja , agarrado con la mano izquierda el espadín sin sacarle del viricú , la punta adelante , ò hàcia arriba , y la mano derecha sobre el cuello , ò por debaxo del brazo del inmediato compañero ; uno musitaba desentonadamente una contradanza , otro ensayaba algunos pasos de baile , otros secreteaban acerca de asuntos no los mas honestos , segun de una , ù otra palabra se podia traslucir ; por último , mas parecian aprendices de los primores del estrado , que novicios de la escuela de la campaña.

Tocóse la conversacion del poco sueldo , con que estaba dotada su carrera , y hacian unas cuentas tan ajustadas , que no quedaba à los subalternos cosa alguna de él , si havian de comparecer al público con todo el aparato de su clase en limpia

pia media, zapato siempre lucído, rica camisola, afeitado diario, peinado de dos horas de tocador, aguas, perfumes, y semejantes zarandajas, indispensables, à quienes por profesion siempre han de estar rindiendo bellezas, sentandose en el estrado mezclados con el bello sexo, tomando ya de una falda el abanico, ò la caxa, ya la mano de otra Mona menos escrupulosa con pretexto de admirar su sortija, y finalmente demonstrando el buen gusto en dar su voto acerca de peinados, trages, y quanto pertenece al femenil adorno.

El buen Oficial Ex-Sargento sumaba de otra suerte, y con partidas mas juiciosas, en su cabeza sacaba la cuenta de que, con lo que el Príncipe les tenia señalado, es cierto, no havia para vicios, brillanteces, y galantéos; pero sí para vestir sin pompa, y comer con sobriedad, y que aun esta partida sobraba, à los que continuamente probando de uno, y otro cocinero, se ahorraban de encender lumbre en sus casas: Replicaban los del partido contrario, mezclando algunas indirectas, que disimulaba el Teniente con prudencia: Encendióse la disputa, y quando mas alterada estaba, dió un grito el Capitan Pimenton (este era su nombre) y asegurando el alicaido sombrero sobre el pelucon desgreñado, empolvando la casaca, y sus contornos, dixo: Por vida del Rey mi Amo, que no puedo sufrir à muchos Monos de la moda. ¡ Cómo quisiera haverlos experimentado en la campaña, especialmente en el célebre Sitio, y rendicion de Monimbourg, por ver como con estos mondadientes, que cuelgan del lado, se defendian de treinta mil desesperados Monimbourgueses, que haciendo

una salida de la plaza, asaltáron nuestras trincheras à las seis, y diez minutos de la mañana! Alabo, dixo uno de los Mathemáticos recien-impresos, la exactitud de la noticia, aunque estraño, que de plaza, en que no caben mas que tres mil, saliese un número tan excesivo. ¿Qué sabeis vos, Señor Alferez? respondió con tono de superioridad nuestro Pimentón ¿pretendeis entenderlo, solo por haverlo visto en el mapa, y por haverlo leido en un libro lleno de patrañas, mejor que Yo, que he dormido, mas bien dixera he velado, delante de sus murallas tres meses, y siete dias? Vuelvo à decir, Señores, que Yo celebrára ver si bastaban todos sus pañuelos, empapados en agua de olor, para sufrir la hediondéz de los cuerpos muertos, que quedáron en el campo en la sangrienta batalla de Monotumba; por cierto, que iba Yo, à otro dia al amanecer, mandando una manga de Flecheros, quando : : : : Interpusose el otro Alferez, que havia estado callando, con una conversacion impertinente, diciendome aparte: Si dexamos à éste pesado baladron, que haga la relacion de sus servicios, que estamos fatigados de oír cada dia, será cuento de nunca acabar: Conocí, que todos estaban hechos del ojo para este efecto, porque cada vez, que el Capitan solicitaba seguir su relacion, suscitaban especies distintas, hasta que haviendole hecho callar, de una en otra vinieron à la murmuracion de la administracion de justicia, que es, en lo que experimenté, que por lo general acababan tales disputas; ponianse de acuerdo acerca de la mala versacion de los Jueces, y ambicion de los Curiales; prendian, y ahorcaban con brazo mili-
li-

litar, à quantos les venian à la imaginacion; por fin abrogaban leyes, y establecian otras de nuevo con tantos despropositos, quantos es regular, que diga, quien se mete, en lo que no entiende.

Ya deseaba separarme de aquella concurrencia, quando entró por la sala un mozo, de los que alli asistian (que son à proposito para semejantes embajadas) y llegandose hácia donde estabamos, hizo una seña al disimúlo à Tulipan, para que saliese; Yo hallé el cielo abierto, quando se levantó, pues marchando detrás de él, sin despedirnos de persona alguna, logré dexar aquella conversacion, en que havia de haver sido forzoso mezclarme, contra mis designios de oír, ver, y callar. Salimos à la puerta, en donde estaba esperando una mugrienta Vieja, que mysteriosa, y medio trémula separó à un lado à mi compañero, y amigo, y con mil ademanes, mirando recelosa à todas partes, sacó de entre el jubon, y su curtida arrugada piel un villete bien cerrado, que le entregó, apretandole la mano con el esqueleto de las suyas, y soltando una asquerosa maréa de sus ojos, y narices.

No dexó de sobresaltarme aquel espectáculo, conceptuando, que aquella espía del Infierno trahia, segun las señas, alguna infausta noticia à Tulipan; y mas creció mi cuidado, quando acabadas de leer las cortas clausulas del papel, le advertí demudado, y sorprehendido; ya pensaba en acometer à la maldita Vieja, para que me declaráse la novedad, que tanto estrago havia causado, quando con un profundo suspiro volvió de su suspension el distrahido Jóven, habló al oído

à

à la mensagera, y sacando algunas monedas, la agasajó, y despidió inmediatamente.

¡Ay, amigo mio! me dixo Tulipan, luego que salimos à la calle; ¡ay, amigo mio! ¡qué lance tan apretado para mí! Mirad ese papel, mientras Yo acabo de recobrarme: Leíle, y vi, era de la Marquesa, en que le avisaba su precipitada marcha por orden de su Marido, con motivo del grave accidente, que le havia asaltado. No es causa, le dixe, à mi parecer, para tan grande conmocion este papel, que acabo de registrar; bien conozco sentiréis la ausencia, de quien tanto estimais, pero no es esta una desgracia de primer orden. ¡Ay! replicóme, que no es la ausencia el motivo de tan desmesurado desasosiego: Tiene mucho de sencilla mi Señora la Marquesa, y luego cree con facilidad; Yo discurro con mas malicia, y pocas veces lo yerro; el Marqués es astuto, y prudente, y este es el accidente tan repentino, que le ha acometido; vigilante, no lo dudéis, sobre la conducta de su Esposa, ha sabido las demasiadas licencias, que contra los preceptos, que la tiene impuestos, me ha franqueado; Yo, ahora que nadie nos oye, y mas, que vos lo sabeis mui bien, pues harto me haveis aconsejado, me he ido deslizando, y asi perdi aquella cautela, que era necesaria; mas no es mucho, pues no lograba el vano efecto de mi amistad, si no hacía público mi buen gusto, y todos mis rivales no me envidiaban fortuna de tal tamaño; bien lo he conseguido, pues con dificultad hai otro mutuo-obsequio de los muchos de la Ciudad, de que con mas franqueza se hable; en esta consideracion, no estraño, haya llegado à oí-

oídos del Marqués; él disimula, y está ofendido; Yo temo mucho los efectos de un agraviado sigiloso. ¿Quién sabe por donde partirá? No sé, os aseguro, qué debo hacer: No marchar al Sitio para hallarme pronto en qualquiera lance, no es cumplir con las leyes de Caballero, y es abandonar las obligaciones de la estimacion, que la profeso: Ir al Sitio es despertar la malicia del Marqués, si acaso no es cierta la mia, mayormente quando no hai ahora alli funciones, que brinden à la concurrencia, ni Yo tengo pretensiones, que me llamen à la Corte.

Soseguéle, como pude, le aconsejé, que viese, si podia averiguar dentro de casa de la Marquesa aquella noche alguna otra novedad, ò indicio, que pudiera dar mas luz, y sobre todo, que diese tiempo al tiempo, pues nada se adelantaba en los negocios con la precipitacion, y menos con el aturdimiento. Con éstas, y algunas otras palabras consolatorias calmó un poco la tribulacion de su ánimo, y siendo ya cerca de anochecer, nos separámos, él para hacer sus averiguaciones, y Yo para dar un paséo, y disipar especies, para mí tan impertinentes.

A la hora acostumbrada volvimos à casa à recogernos, haciendo la casualidad, que nos encontrasemos en el portal, desde donde hasta el quarto de sus Padres me fué contando, como nada havia adelantado con su examen; que los criados no sabian otra cosa, que la grave enfermedad de su Amo; que el criado, que havia venido, se manejó con tal actividad, que ni aun ropas de camino havia permitido se vistiera su Señora, diciendola, que si

en

en la superfluidad de estos adornos malograba el tiempo, tal vez no encontraría vivo à su Marido; y que quando no la llevàse su cariño, la moviese à lo menos su interés, pues aun no havia hecho testamento. Finalmente, que la Marquesa toda bañada en lagrimas despues de haver estado encerrada un brevisimo rato en su gabinete (que sin duda fué para escribirme aquellos quatro renglones) se havia metido en el coche, y partido para el Sitio. Pues, Amigo, le dixe, esa relacion nada agrava vuestras presunciones; en cuya conseqüencia, dexad venga el dia de mañana, y si la necesidad forzáse à tomar algun partido, ella misma abrirá el camino. Con esta conversacion llegamos à vista del Señor Haya, cuyo semblante en el discurso de la cena advertimos con mutacion, y todas sus acciones tan enagenadas à ratos, que desde luego demonstraba tener algun cuidado entre manos. Acabóse la cena, y solo dixo à Tulipan: Haz, Hijo mio, que mañana el Ayuda de cámara te prevenga ropa decente para comparecer en la Corte, porque pasado-mañana hago ánimo, de que pases al Sitio; à su tiempo te diré la causa. Con esto despidióse, cada uno se fue à su quarto, y Tulipan por señas me hizo comprehender su alegria, pues no podia serle causa alguna tan molesta, y sensible, como no estar en presencia del objeto de su cariño; y mayormente, quando, segun despues me confesó, tenia ya en su ánimo hecha la absoluta determinacion de marchar, siendo para él de mas peso las razones, que hallaba para executarlo con los antecedentes, que van dichos, que los obstáculos, que su demasiada escru-

crupulosidad le proponia en un asunto, que solo queria una buena, y pronta resolucion. Es el amor ciego; y en la carrera, que emprende, à veces experimenta irremediable el golpe, por no ver los peligros, que prudencialmente debiera recelar ciertos en lo futuro, quando le amenazan de presente dudosos.

CAPITULO III.

Del Diálogo, que pasó entre Roberto, y Enrique, en que se descubre el carácter, generalmente hablando, de los Jóvenes Simiopolitanos.

POr mas despejadas, que posea el Hombre las luces de su entendimiento, si le falta la guia de la experiencia, y la docilidad para oír el dictamen, del que desinteresado le aconseja, ò, ciego con las tinieblas de su amor proprio, ò deslumbrado con el falso brillo de la apariencia de las cosas, irá encadenando errores à errores hasta dar en el último precipicio. Aquel entendimiento, que como diamante sin pulir havia Yo sacado obscuro de mi casa, fué poco à poco descubriendo sus fondos à fuerza del contínuo trabajo, y cuidado, con que le havia ido abrillantando Roberto; Roberto, aquel mi buen amigo, que à su característico distintivo, de un acertadisimo don de consejo agregaba un acopio de experiencias, que elevaban al mas alto grado su cautelosa prudencia: De estas no tenia Yo el caudal suficiente para manejarme por mí solo; bien lo conocía mi Amigo, y asi no omitía ocasion, que fuese oportuna para conducirme

por las sendas de la razon, si prevìa algun estorvo, que podia desviarme de ellas.

Muchos dias havia, que trahia entre ojos aquella amistad tan expresiva, que conmigo tenia Tulipan, y no pudiendo llevar mas adelante su silencio en los avisos, que acerca de ella queria darme, me dixo: Bien conozco, querido Enrique, que no está vuestro entendimiento tan en mantillas, que no tenga sus reservas para la comunicacion con los Monos; pero no puede menos mi cariño de avisaros, quando advierto, lo que se interna con el vuestro el trato del Jóven Tulipan; bien veo, que de los de su clase es, el que descuella; generoso, introducido, vivo, animoso, bien-hablado, y fiel amigo de sus Amigos; pero Yo os ruego, pues casi diariamente le acompañais, que miréis à buena luz tan sobresalientes prendas, y hallaréis, que en él, inclinadas à un extremo, degenéran en otros tantos vicios; su generosidad se convierte en prodigalidad, la introduccion en libertinage, la viveza en atolondramiento, la valentía en fanfarronada, la verbosidad en habladuría, y por último la fidelidad con sus Amigos llega hasta el término de mezclarlos en pesados lances, de los que no salgan sino à costa de pesadumbres, dinero, y tal vez del honor. No permita la Divina Providencia, que Yo vea los efectos de tan perniciosas qualidades en mi amado compañero, y Amigo Enrique: Vuestro corazon naturalmente docil, y vuestro genio pundonoroso han ido insensiblemente estrechando el lazo de esta amistad hasta los términos de inseparable; y ¿deberé Yo callar quando veo que os vais empeñando en la comunicacion de un

Mo-

Mono, qué observo tan vicioso? Descifrad todo su porte, y le hallaréis, que adolece de la enfermedad, que los mas de los Monos de su clase, y edad padecen, modestos con un personage de respeto; y con una boca escandalosa entre sus amigos; compuestos en una visita, en donde nada interesan, porque no encuentran apoyo; y disolutos en donde hallan lugar para sus libertades; entonados fantasmones con un pobre honrado, que les necesita; y no desdeñandose de las acciones mas soeces por una Monuela desenvuelta; finalmente por no cansaros, con un punto de honor, ò qué dirán, en muchedumbre de asuntos, que no era necesario; y atropellando al mismo tiempo sin vergüenza lo mas sagrado de las Leyes por dexarse arrebatar del torrente de sus vicios: Bien haveis visto los originales de esta pintura en los mas de los Caballeros Jóvenes Simiopolitanos, que conocemos; pues el Señor Tulipan, si no lleva la vandera entre ellos, à lo menos no se queda atrás; considerad, si un Monillo de tal calidad será digno de la estrechez, y confianzas de un Hombre, que con razon se precia de serlo, haviendo de éste à aquellos tan conocida distancia.

Basta, Roberto, le respondí; Yo os rindo mil gracias por vuestros saludables consejos, mayormente en la parte, que teneis razon; digo en la parte, porque no os la concedo en el todo: No estéis en la inteligencia, de que la amistad con Tulipan llega al extremo, de que Yo le entregue, no digo todo, pero ni parte de mi corazon; tengo presente, lo que dista un verdadero Hombre, de quantos Monos contiene lo vasto de estas Pro-

vincias; y mucho mas quando en el trato interior con ellos he notado todos los defectos, que haveis dicho, y muchos mas, que haveis callado, bien conozco, que todo en ellos es superficialidad, y apariencia; acaban de murmurar con impiedad de uno de sus compañeros, y encontrandole en la calle le besan, y le abrazan; adúlan con baxeza à un poderoso; y luego, que vuelve la espalda, siembran la mas vil zizaña para hacerle malquisto en el pueblo; obsequian, y se humillan hasta los pies de las Damas; y en juntandose à conversacion entre ellos, no hai crédito en la Ciudad bien puesto; gastan, y triunfan en convites, y profusiones; y sus criados, suelen estar sin pagar, y muertos de hambre; brillan sus personas con los mas exquisitos adornos; y los libros de los Mercaderes están llenos de notas contra ellos; juegan con exceso, aunque sus rentas sean mui cortas; pero no hai persona, con quien no estén indignamente entrampados; quando se encuentran se aprietan las manos, y se ofrecen los corazones con quanto puedan, y valgan, porque para las ocasiones son los amigos; y al irse à buscar, para nada se hallan; mienten sin término; son libidinosos sin medida; se bufonean de las acciones, y compostura de aquellos, que se ajustan à una moral arreglada; ni aun en el vestir tienen subsistencia; en el tiempo, que há, que estamos en esta Capital ha havido mil variaciones; ahora ha crecido la casaca, quanto se ha achicado la chupa; se han angostado los zapatos, quanto excesivamente se han ensanchado los calzones; se han cercenado las vueltas en las camisolas, dexandolas en la corte-

dad

dad de un par de dedos, quanto se han agrandado los corbatines, hasta el término de ser unas pequeñas sabanas; se ha disminuido el sombrero, quanto se ha aumentado la bolsa del pelo en figura de una buena mampára; y por poco, que durémos en el país, observarémos à la contra todo lo referido; por último no son buenos para otra cosa, que para ir de estrado en estrado, trayendo, y llevando chismes con otros como ellos; para andar de baile en baile, donde sueltan los diques à su desenfreno; para marchar por esas calles con el mayor atolondramiento; y en fin para aprender, y executar con grande estudio quantas gesticulaciones ven à los Estrangeros, que de ellos se burlan lindamente pues conozco algunos, cuya imitacion llega hasta à el modo de tomar tabaco, escupir, estornudar, sonarse, y quantas funciones corporales permite la decencia en público, haciendo en todo un increible esfuerzo para diferenciarse del resto de sus compatriotas.

Reconoced, pues, ahora, mi Roberto, mediante esta descripcion, que he hecho, para satisfaceros, si tengo bien tanteado, y penetrado el carácter de semejantes Monos; tampoco se me oculta (bien que no es de los mas relaxados) que con ellos compone número Tulipan; pero haveis de saber, que sin su amistad, y compañia no podria Yo tener un conocimiento tan exacto; él ha sido el único medio de mi instruccion en este punto; delante de él no se recelaban, abrian su pecho, y Yo observaba su disparatado porte; para lograr mis intentos no podia menos de irme estrechando en su amistad, y para esta intimidad era fuerza

se-

seguirle, y acompañarle, adonde violentamente he sido muchas veces conducido; él me ha fiado enteramente su corazon; nada sabe ya emprender, ni aun dar un paso sin mí; ya veis, que ahora estoi en el caso de la obligacion, en que me ponen las leyes de agradecido; arrancarme de un golpe de su lado sin particular nuevo motivo, que lo exija, es una vituperable voltariedad; además de que sería un lance, que diese mucho que notar en el público, quando à la vista de éste ha sido tan continuada nuestra union; pero recayendo sobre mi conocimiento la fuerza, que me hacen vuestras razones, dirigidas por un verdadero cariño para mi tranquilidad en lo sucesivo, me parece acertado el medio término de ir poco à poco templando los fervores de la amistad, hasta que se logre verla totalmente resfriada. Esa tibieza, añadió Roberto, era la que iba à proponeros, quando vuestra impaciencia interrumpió mi discurso; de ninguna manera havia Yo de aconsejaros, que procedieseis sin conseqüencia; por lo qual el medio término, que habeis elegido, me parece, es lo único, que hai que practicar en el asunto.

En esta conversacion estabamos, quando llegó el Ayuda de cámara de Tulipan con un recado de parte de su amo, para que luego, que estuviese en disposicion de salir de casa, me pasáse por su quarto, si no me servia de incomodidad, pues por estar él mui ocupado, no venia à buscarme. Bien huviera querido excusarme, para dar principio à la obra, en que Roberto, y Yo haviamos quedado de acuerdo; pero, viendose el pobre Mono en el lance mas apurado, que havia tenido en su vi-

da,

da, quando no hallaba otro alivio, que el de comunicarme hasta sus mas intimos pensamientos; ¿no huviera sido el volverle las espaldas un efecto de la mas villana ingratitud, que tanto afeabamos en sus iguales? Al mismo tiempo, imbuido Yo de una falsa idéa de las leyes del pundonor, no queria revelar à mi compañero los secretos de Tulipan; y ved aqui el punto decisivo de mis incomodidades en adelante. ¡Qué desgraciadas consequencias se siguen de una accion mal gobernada por falta de consejo! Aprendan en mis aventuras aquellos, que entonados, y orgullosos, falsamente persuadidos de su amor proprio, creen, son bastantes por sí solos à dirigir sus acciones, y escarmentando en mi cabeza, baxen dóciles las suyas, y goviernense por los prudentes avisos de sus mayores. Yo regúlo el modo de pensar de Roberto en aquel tiempo guardando la debida proporcion, por el que al fin de mis años cargado de canas, experiencias, y afanes he llegado à adquirir, y es cierto, que ahora conozco, manejé mui puerilmente aquellos lances de mi juventud. Despedíme, pues, de Roberto, y salí de mi quarto para buscar à Tulipan en el suyo.

CAPITULO IV.

Determina Enrique acompañar à Tulipan en su viage al Real Sitio.

A La hora de haver llegado à Simiopolis el criado del Marqués de la Mielga, se havia divulgado por la Ciudad el grave accidente de su

amo ; aunque en la relacion tan desfigurado, que el mismo, que havia trahido el aviso, le desconoceria contandosele. En todas las noticias, observé en aquel País, que sucedia lo mismo ; pasando de unos en otros se diversificaban de tal modo, que llegaba à contarse una cosa, en que nada se decia ya de la verdad del suceso, mudandose aun los sugetos, que havian jugado en el lance ; es el caso, que cada uno le explicaba al gusto de su paladar, y como quisiera, que huviese sucedido; de aqui era, que quitandole, ò poniendole cada qual su ribete, ò circunstancia, llegaba à oirse totalmente diverso, mayormente pasando por tantas bocas, pues es increible el ansia, con que andan todos de averiguar noticias, con que poder amenizar la conversacion en sus concurrencias nocturnas, que llaman Tertulias : De este principio se origina, no ignorarse, no obstante lo populoso de la Ciudad, quanto hace cada particular aun dentro de las paredes de su casa ; muchas veces oí lamentarse à algunos sugetos de carácter de las excusadas averiguaciones de vidas agenas, en que se exercitan muchos de aquellos habitantes con el único fin de saciar su fluxo de hablar, y contar novedades, en lo que no suele ser lo peor, que refieran desnudos los hechos, sino el emphasis malicioso, con que los visten, siendo del todo inocentes, si llegasen bien à escudriñarse ; como pudiera exponer de algunos sucesos, que no acabando de persuadirmelos, segun se decian, examinados à fondo por mí mismo, hallé originados de los falsos juicios, y suposiciones de los Monos habladores de profesion.

El

El empleo, que el Marqués de la Mielga tenia en Palacio, era demasiadamente distinguido, para que no tuviese un crecido número de pretendientes en el caso de su vacante, por lo que avivandose los deseos en la presente ocasion de la decantada grave enfermedad del dicho Marqués, ya se daba por supuesta: Quien decia, que no havia duda, que estaba desauciado: Otro, que, aun dado el dificultosisimo caso de no morir, no quedaría en términos de poder volver à servir, porque, segun ciertas congeturas (esto guiñando mysteriosamente un ojo) el accidente le dexaria perturbado el cerébro: Huvo quien, haviendo oído estas palabras, abultando la especie, decía ya entre sus amigos à medio tono: Creo, que ha havido cuento en Palacio, y de la pesadumbre el Marqués se ha vuelto loco: Por último, huvo un voto decisivo, que tuvo mucho séquito, sobre que el Marqués verdaderamente ya havia muerto, pero que aquel criado, que havia llegado, venia instruido para no alborotar la casa, y apesadumbrar à su ama, en no confesar, sino el cuidado, que daba su enfermedad.

Estas voces llegaron à noticias del Señor Haya, quien pensó desde luego entablar la pretension del empleo, que havia vacado, ò seguramente, segun sus juicios, havia de quedar vacante por muerte del Marqués, para Tulipan; aunque era este el menor de sus Hijos, le pareció, debia ser preferido à sus Hermanos para este efecto; ya por su mejor figura, ya porque era el mas desembarazado, y poseía un perfecto aire palaciego: Es cierto tambien, que no tenia méritos personales

para su lógro ; pero ademas de la poderosa fuerza del exemplo, que no faltaba en iguales circunstancias ; tenía los méritos de su Padre, si no los mayores, los mas bien ponderados : Estos eran los pensamientos, que havian tenido suspenso al Señor Haya la noche antecedente mientras la cena; con ellos se acostó, y los mismos le desvelaron toda la noche, vacilando sobre el modo, con que deberia manejarse la pretension ; qué mâquinas havian de emplearse ; qué empeños serian mas oportunos ; qué rivales concurririan ; con qué artes havia de eludirse la fuerza, que pudieran hacer ; y finalmente sobre quanto pudiese conducir al mejor éxito del asunto.

Levantóse al amanecer agitado de estos pensamientos y llamando à Tulipan (segun él me contó despues) le dixo : Aunque algunos de tu clase, Hijo mio Tulipan, ò por inhábiles, de lo que hai mucho, ò por ociosos, y mal criados, de lo que hai mas, contentandose con el vano oropel de los honores heredados, como si estos à boca llena pudieran llamarse proprios, engreidos con las reverencias, y sumisiones de sus criados, como si estas nacieran de otro principio, que de la necesidad, y el interés ; y considerando suficientes, para lograr sus gustos, y hacer disparates, las rentas, que heredaron à costa del sudor de sus Abuelos, no solicitan, por excusar un cortisimo trabajo, el medio de sacudir la ociosidad, madre de todos los vicios, empleando sus tales quales talentos en servicio de su Rei, y utilidad del resto de sus conciudadanos ; no deberás tú seguir tan pernicioso exemplo ; Yo te quiero empleado, y empleado digna-

na-

namente. Ahora bien ¿en dónde podrás con mas honor establecerte, que en Palacio? Esta es la mas oportuna colocacion de los nobles, de los que deben al Cielo tan distinguida cuna como vosotros; por lo que hace à lo personal ¿qué adorno te falta para ser alli bien visto? Tienes conocimiento, de quien eres, para saber servir con prontitud, y lealtad à tu dueño: Tienes amor à la Patria (ò patriotismo, como decís los Monítos ilustrados) sabrás bien procurar el bien-estar de tus paisanos; eres introducido, y bullicioso, te harás entre tus iguales mas visible; con tus palabras melosas, y de buena crianza, aunque sean vacías en la obra, dexarás mui satisfechos, à los que tengan la desgracia de necesitarte: Tus pocos años, y habilidades de tocar, cantar, y bailar, de ser el primero en las modas, y de manejar tus acciones, y gesto con cierto airecillo alhagüeño encantador de bobas, no havrá alvedrio, que no arrastren, ni inexpugnable muro de la mas desdeñosa Mona, que no conquisten. Por último, el esencialisimo requisito de poseer tan à fondo (gracias à mi cuidado) los idiomas de nuestros vecinos Reinos, la Micancia, y la Cercopithecalia te tienen en estado de poder tratar à los muchos Caballeros Micos, y Cercopithécos, que alli te encontrarás à cada paso: ¡Oh quanto te instruirá su trato; con qué conocimientos ilustrarán tu entendimiento! No obstante, no aprendas à cierra-ojos todo lo que te enseñen, si llega el caso de que vayas por allá.

Quando llegaba à estas palabras el buen viejo experimentado (asi me refirió Tulipan) Madama Espina, que, cuidadosa por haver advertido no-

vedad en su Marido la noche antes, havia pasado mui temprano casi descalza, y en zagalejo à media pierna à espiar desde el escondite de una puerta que havia dexado entre-abierta, las acciones del Señor Haya, por si por ellas podia traslucir la causa de su desasosiego, haviendo oído la arenga, salió de donde estaba, revestida de su colérico genio, con ánimo de emplear todos sus esfuerzos para desbaratar las idéas de su Marido; soltó los diques à la bachillería, y peroró con el mayor ahinco à favor de Jacinto; era este su Hijo mas amado, de un genio demasiado condescendente, y no de los mayores fondos, con lo qual se prometía su Madre, ser, quien regentáse el empleo, que ella sabria hacer valer à medida de lo menesteroso, que le experimentára. ¡ Qué colorido de tanto realce dió entonces à los defectos de Tulipan! Aqui sí, que en admirable contrapunto se manifestó, como una misma accion es laudable, ò pesima segun las intenciones, de quien la juzga: La viveza de Tulipan era para el Padre una franqueza de genio mui util, para que se manejáse en Palacio; y para la Madre un descaro insolentisimo; su natural gala, y garbo se calificaba de aire de Corte en sentir del Señor Haya; en el de Madama Espina de una insufrible vanidad, y entonamiento: La inteligencia de lenguas de los dominios confinantes era, segun el Padre, un esencialisimo adorno en un Mono de su clase; segun la Madre, un abundante manantial, en donde havia bebido innumerables de sus erradas, y perniciosas máximas; de aqui concluia, que en inteligencia de que aquel Hijo se havia absolutamente pervertido, volviendo las espal-

paldas à las sábias, y sanas instrucciones, con que ella le havia educado, cambiandolas por una altanería incorregible, era de parecer, se le enviáse al exército, donde le domásen, y las voces de su honor le traxesen à la senda de la rectitud.

Es mui comun entre aquellos naturales, en teniendo un hijo mal inclinado, ò travieso, destinarle à ser Soldado, como si no fuera una de las carreras, en que mas se necesita, y hace visible la honradéz, y buena conducta. Hice la observacion alguna vez, y hallé, que de este principio se derivaba para muchos de ellos la desgracia, que vociferaban del atraso en sus ascensos, porque mientras estos tales à costa de reprehensiones, sonrojos, y castigos iban entrando por la vereda del cumplimiento de sus obligaciones (estò quando no tenian un desdichado fin sus travesuras) se dedicaban al Real servicio otros, aunque los menos, cuya buena crianza, junta con la aplicacion al arte de la Guerra, les grangeaba la singular estimacion de sus Gefes, haciendoles dignos de los ascensos, que lograban con antelacion, y excesivas ventajas, respecto de los díscolos, y mal criados.

Por mas alboroto, que movió, y despropositos, que dixo Madama Espina, no pùdo desimpresionar à su Marido de las altas esperanzas, que havia conceptuado de las prendas de Tulipan, por lo que desesperando de la consecucion de sus designios, llena de disgusto se volvió à su quarto. El Señor Haya siguió su conversacion, exhortando à Tulipan à la viveza, y sigilo, con que havia de manejarse, y subministrandole idéas, que havia de poner en práctica en su oportuno tiempo, pro-

por-

porcionandolas segun los sugetos, con quienes havia de tratar; de los que se havia de precaver; y à los que havia de contrarrestar; finalmente llenóle de instrucciones, que, aunque muchas eran mui agenas de un corazon noble, y generoso, se consideraban indispensables entre la ruín turba de pretendientes; llaméla ruín, porque, no obstante, que incluía una distinguida porcion de los primeros sugetos del Reino, se avillanaban estos por lo general, en llegando à poner los medios para conseguir sus asuntos, porque, segun decian, el llevar el corazon en las manos, no servia mas, que para que los demás, que caminan con doblèz, escudriñen los medios, de que se vale su dueño, y levanten máquinas proporcionadas para estorvarle el logro de su pretension.

En conseqüencia de los preceptos de su Padre, luego que Tulipan pasó à su quarto, comenzó à dar las ordenes relativas al viage, à cuyo tiempo entré Yo buscandole; al punto que me vió, se vino à mí, y echandome los brazos al cuello, exclamó: ¡Oh, mi Enrique, vivo exemplo de la mas fina amistad! Ahora mas que nunca necesito, me deis una prueba de ella; mi Padre me hace marchar al Sitio en calidad de pretendiente; solicíta, que Yo suceda en el empleo al Marqués de la Mielga, que juzga, que havrá ya muerto, segun la mas corriente sentencia, pues como nadie interesa tanto como Yo en los asuntos de aquella casa, ninguno como Yo malicia, que es fingida la enfermedad. Estas idéas de mi Padre sirven de resguardo à mis intenciones; mediante ellas, voi à espiar de mas cerca los proyectos del Marqués,

qués, y à exponer en todo trance, como honrado Caballero mi persona, y quanto valgo en obsequio, y defensa de mi Señora la Marquesa; pero, como por mí solo no puedo poner en práctica todas las diligencias precisas en tan arduo asunto, necesito vuestra compañia, pues sois el único archivo de mis secretos; vos sois persona, en quien no recáe sospecha alguna, y por tanto, que podeis con mucha mas facilidad comprehender qualquier designio, que se fragüe en perjuicio de aquella Dama; con vuestra espada à mi lado no temo à quantos contrarios solicíten insultarme, y con vuestros consejos no dudo el acierto, y salida de los mas dificultosos empeños, que se me ofrezcan: No os haré Yo la injusticia de creer, que dudaréis ni un punto en servir à un Amigo tan verdadero en el lance mas crítico de su vida: Conozco que algo haveis de incomodaros, pero eso mas tendré, que agradeceros: Por lo que hace al público, bastante justo título es haverseos venido à las manos la ocasion, acompañando à vuestro Amigo, de ir à admirar en este Sitio un milagro de la naturaleza, del arte, y del poder, mayormente en el tiempo, en que se halla alli la Corte: En esta inteligencia, haced, que os pongan un par de vestidos en un cofre, pues por lo que mira à las demás prevenciones no os toca otra cosa, que dexaros obsequiar. Confieso, que no tuve corazon, para negarle la gracia, que me pedia, no encontrando en ella, segun aparecia, inconveniente alguno; pues havia lugar en adelante para ir resfriando la amistad, sin ser forzoso romper cañas de una vez, como huviera sucedido, si me huviese ne-

ga-

gado à sus deseos. Con la asquerosa demonstracion de un par de besos en mis mexillas (costumbre de los Monos mas refinados, aunque no comun en el País) agradeció mi Amigo la concesion de la gracia; y para que no pudiera hacer prevencion alguna, queriendo, fuesen todas de su cuidado, determinó no separarse de mí en todo el dia.

Salimos, pues, de mi casa, y à pocos pasos llegámos à un espacioso parage de la Ciudad, centro de los ociosos, adonde comunmente se hallan tambien todos los forasteros, atrahidos de la numerosa concurrencia; uno de ella, poniendosenos al paso, separó à corta distancia à Tulipan para hablarle en secreto; arduo asunto en un lugar rodeado por todas partes de acechadores, y en donde el ruido no dexa aun en voz alta percibir las conversaciones; quedéme solo arrimado à la puerta de la tienda de un Mercader, contemplando la variedad de las cosas, que alli se congregaban; estaban à la sazon en un corrillo media docena de Micos, que (segun supe despues) eran tres Cocineros, dos Ayudas de cámara, y un pretendiente de qualquiera cosa, como fuera proporcionada para hacer dinero; hablando en su idioma, que alli es moneda tan corriente, como la del País; murmurando, y ridiculizando, quanto no hallaban en Simiopolis à la moda de su patria; no tuve, que estrañar el asunto, porque apenas havia visto concurrencias de estos personages, donde no huviese advertido esta falta de crianza, y agradecimiento à una tierra, en donde les estaban sustentando, y enriqueciendo; pero sí admiré su avilantéz,

lantéz por ser el parage tan público, y no reservarse ellos en el hablar, puesto que Yo lo oía, y estaba algo distante; pero en este punto llegó cierto Mono, Simiopolitano de todos quatro costados, con el peinado, vestido, y acciones à lo Mico, esforzandose para hablarles en su lengua, que havia mal aprendido, medio olvidando la nativa, y quando Yo juzgué que con esto se acabaría la conversacion, ò que à lo menos éste emprendería la defensa de su Patria, advertí que con mayor exceso dió principio à satirizarla, y hacerla despreciable, subministrando especies tanto mas acreditadas quanto eran de testigo en causa, que debiera ser propria; confieso que me irritó esta sinrazon, y le huviera dado un par de torniscones, aunque le huviese desenharinado, y ajado la presuncion del copete, que conservaba à costa de sufrir la intemperie por no ponerse el sombrero, y de mover con increible tiento la cabeza; ultimamente por no oir sus necedades me retiré un poco à un puesto algo mas dominante de aquel parage.

No bien me havia colocado en él, quando llegó à mí una Monita, llena de colores postizos, con mas gala, que la que correspondia à ir sola, y à pie, ya adormeciendo, y parpadeando, ya girando con afectado gracejo los ojos, y finalmente con una sonrisa, como de quien queria dar à entender, que decia una cosa, y venía à otra; luego me impuse, en que era una de las muchisímas, que por alli andaban cruzando con provocativos menéos, adornos, y palabritas de atraccion, al descuido dichas, ó al paso; no bien havia empezado à hablar, quando tuve que desviarla, agarrandola de un brazo pa-

ra evitarla el riesgo, en que la ví con la tropelía del coche de un gran Señor, que, como otros muchos, iba por alli corriendo, arrollando quanto se le ponía por delante; luego que pasó este peligro, la despedí; pero ella por no perder absolutamente el viage, con un descaro, como si toda nuestra vida nos huvieramos tratado con la mayor confianza, me pidió una corta cantidad, que dixo, ser suficiente para comprar uno de los abanicos de moda, que se vendían en aquella tienda, à cuyo umbral Yo estaba; estos se llamaban de la *Gigante*, à causa de representarse en su país una Mona de desmesurada estatura, que por aquellos dias havia venido à la Ciudad à ganar de comer, no permitiendose à la vista, de quien no la pagáse la curiosidad.

Este es el cebo, en que irremediablemente caen las incautas Monas: En dexandose ver, ù oir en la Ciudad alguna novedad, que con razon, ò sin ella (que es lo mas comun) se lleva las atenciones, tienen mui buen cuidado los Mercaderes de sacar à luz una gran porcion de abanicos, que ya tenian olvidados, ò llenos de polvo por malos, ò por no haverlos podido despachar en su tiempo oportuno; y haciendo, que un Pinta-Monas dibúje en ellos un momarrache, que tenga alusion à la novedad del dia, publícan la moda por medio de algunas conocidas, de las que se dice, que andan en la maroma, embiandolas con gran mysterio un par de ellos, y diciendolas, son los que han venido de muestra, pero que en breve llegará una partida; y el viage, que han tenido que hacer, ha sido desde el sotano al mostrador; luego que corre la voz vienen à porfia à llevarlos, algunas à docenas, porque es increible

ble la pasion que tienen à dicho mueble ; hasta los Arrieros van cargados de esta mercancía para repartirla por sus respectivas Provincias, en donde con impaciencia los están esperando aquellas Monas, que alli sobresalen, siendo exactas imitadoras de los estylos de la Corte. A esta invencion debimos el ser conocidos en lo dilatado de todo aquel Reino, aun de los que jamás nos vieron, pues luego que llegamos despacharon los Mercaderes un prodigioso número de abanicos, en que Roberto, y Yo estabamos dibuxados con bastante naturalidad con una puntual explicacion de nuestro caràcter, y circunstancias.

Mi compañero, conociendo el poco gusto con que Yo estaría esperandole, no obstante la coleccion de tantos, y tan diversos objetos, como alli se registran, procuró abreviar la conversacion, y desembarazarse de aquel Mono molesto ; vinose à mí, pidiendome le perdonáse la detencion, y contandome lo que el dicho pretendia : Ese que haveis visto, me dixo, tiene la fortuna de fastidiar à todo el Mundo, y à mí mas que à todos, pero ha determinado ser mi Amigo por fuerza ; por solo haver concurrido con él una vez en cierto baile de Señoras por lo exterior, y en el fondo, como suyo, me trata ya con gran confianza ; todo aquel manotéo que advertiríais, mientras no me tentaba uno à uno los botones de la casaca, ò tenia entretenidos los dedos en fabricar pelotillas de la inmundicia que con ellos sacaba de sus narices, à costa de la nausea, que causaba à mi estómago su puerca, y mala crianza, se reducia à persuadirme, le diese veinte pesos para remediar cierta urgentisima necesidad, que en el

el dia le ocurria; respondí à su estudiada, y larga arenga con una concisa negacion, y fue su peticion baxando hasta contentarse con un real de plata para sacar un par de cartas, que tenia detenidas en el Correo por falta de quartos para pagar el porte. Reímos la especie, aunque no me cogió de nuevo, porque en quanto à lo gorron, puerco, y mal criado, encontre siempre innumerables Monos, semejantes à él en aquella Metrópoli.

CAPITULO V.

De los Escritores públicos.

AUnque no teniamos ánimo Tulipan, y Yo de despedirnos generalmente para nuestro viage, no queriamos marchar sin executarlo en las casas de confianza, y asi la intencion, que sacamos de casa fue de hacer un par de visitas de estas; pusimoslo en práctica, y fue la primera à Madama Lechuga, la Hermana de mi Amigo; entramonos hasta el estrado, donde estaba sentada la dicha Señora, y al punto que nos vió, se levantó para recibirnos, y haciendonos una mui circunspecta cortesía, no quiso volver à ocupar su silla, hasta que nosotros tomasemos las nuestras. Perdonad, Señora, la dixe, y permitidme, que como forastero, curioso, y con deseos de aprender estylos, que poder en otro tiempo enseñar, si fuesen útiles, en mi Patria, os pregunte qué nuevo motivo os obliga à este tan inusitado cumplimiento, ¿ quando aun à los personages de mayor graduacion, y respeto reciben por lo general en este País las Señoras con una confian-

za,

za, como si desde sus niñeces se huviesen criado juntos; quando afectando ya superioridad, ya distracciones, y ya poco cuidado, tienen muchas veces la desatencion de no responder à los que las saludan; quando con gran desembarazo salen à la visita à la hora que las acomoda, y la dexan de la misma manera; y finalmente, quando se toman la libertad de recibir à unos por de confianza, y al mismo tiempo despedir à otros por de cumplimiento, tal vez con cierta ciencia del despedido; salimos ahora con una ceremonia tan grave? Yo bien me acuerdo haver leido en vuestras Historias, que antiguamente las Señoras Monas jamás recibian, ni despedian à los Caballeros, que las visitaban, sino levantandose, y haciendoles unas cortesías mui mesuradas, dexando la confianza de permanecer sentadas, ò de no levantar la cabeza de la labor, para quando hablaban à sus Lacayos, y Criadas; pero ¿ahora, que ya (como decíis) pasó el tiempo de las golillas, y los Monos, haviendo dexado las calzas atacadas, han depuesto la seriedad, y respeto con que os visitaban, guardandose mui bien de pisar al sentarse la orilla de la alfombra de vuestro estrado; ahora que qualquier Monillo à la segunda visita se entra por vuestras salas sin pediros permiso, como por su casa, haciendo pinitos, sin parar hasta colocarse con tanta inmediacion à vuestro lado, que suele sentarse encima de las mismas ropas, que os adornan; ahora, que vuestros Maridos se ven obligados à desentenderse de estas, y otras libertades, porque si las corrigen, les señalarán con un dedo (y con dos si las vén, y las consienten) ¿qué necesidad hai de tan excesiva demonstracion, y corte-

tesanía? Mayormente ahora, que, los que entran à recibir vuestros favores, son un Hermano vuestro, y un rendido Criado, que tiempo hace tiene diariamente esta fortuna.

Sonriòse Madama Lechuga, y con un aire entre irónico, y jocoso me respondió: Sabed, Señor, que hasta ahora haviamos estado las Damas, criadas en la Corte, mui pagadas de nuestro trabajo, creyendo, que, asi como eramos capaces de introducir en lo restante del Reino el buen gusto en las modas, por lo que hace à nuestros adornos, igualmente seríamos el modelo de las costumbres, y política; pero ya, por mas que nos duela, hemos experimentado, que para aprenderla nos es forzoso tomar lecciones de las Monas, que desde sus Provincias vienen à favorecernos, è instruirnos. Los Monos provectos, aquellos que mal hallados con el tiempo presente, quisieran volviera el de los bigotes, y la pera, alaban todas las antiguallas, que ya solo se encuentran en esos Lugarejos remotos de esta coronada Capital, y entre ellas con especialidad la del levantarnos de nuestros asientos para recibir sus visitas, como quiera, que es una ceremonia, en que apareciendo rendidas, deponemos en algun modo las altas debidas preeminencias de nuestro sexo; por este motivo no ha faltado Señora, que haviendo llegado pocos dias hà de su Lugar, se ha captado las voluntades de algunos Caballeros con semejante afectada demonstracion, y lo que es mas, ha dado ocasion, de que indirectamente nos echen en cara nuestra falta de crianza, ensalzando la suya; en esta inteligencia se nos hace ya forzoso para evitar la nota entre nuestros Cortesanos, imitar las accio-

ciones de las forasteras, que son, segun parece, quienes deben darnos la ley; y como la perfeccion de lo que de nuevo se aprende, se adquiere con el uso, estoi ensayandome en la nueva ethiqueta: Veamos, pues, qué os parece. ¿No puedo ya executarla aunque sea delante de la misma inventora? Diciendo estas ultimas palabras, se levantó, y sentó tres, ò quatro veces, haciendo otras tantas cortesias, fingiendo en él morderse los labios, que queria sufrir la risa, y por fin ridiculizando el pasage.

No obstante, que pudiera haver rechazado la burla de Madáma Lechuga con sólidas razones, capaces de convencer al mas pagado de su dictamen, conocí que à ella, y à sus semejantes no huvieran hecho fuerza, y asi la dexé bregar con su signo, y que quedáse aquella cabeza mui imbuida en la ridicula idéa, de que solo en Simiopolis havia crianza, y de que toda accion política, que dimanáse de un sugeto forastero, (se entiende de sus Paisanos) en lugar de adoptarse como digna de imitacion, havia de mirarse como objeto de risa, y de mofa. Tocaronse en el discurso de la visita algunas otras conversaciones, en que decidia Madama con tanto peso, y juicio, como en la pasada; hasta que à poco tiempo nos despedimos, y marchamos, cansados no menos su Hermano, que Yo, de aguantar sus necedades.

Salimos à la calle con animo de no hacer mas visita, porque ya era tarde, y encaminandonos à casa, encontrámos un gran corro de gente leyendo un cartel, que acababan de fixar en una esquina; movióme la curiosidad; y llegandome, hallé que decia: *Libro nuevo. Origen, progresos, y estado de*

la

la lengua Simiopolitana; cinco remedios para los Sabañones; Tabla para aprender à contar; y Arte de Cocina, su Autor el Doctor Alcornoque, Pero-bocicudo del Camueso, Abridor, y Naranjo, Ex-Maestro de Política, y primeras letras de los Hijos del magnífico, y mui ilustre Señor el Señor de la Encina, Alferez reformado de los Reales Exercitos; Ex-Ayo de los Sobrinos de Madama Flor del berro, Maestro jubilado de la lengua Cercopithéca; y Philo-Poeta-Medico-Chymico-Theórico-Práctico-Mathemático, &c. &c. &c. Desde luego se venía à los ojos lo ridículo de la especie, ya en lo inconnexo de las materias, que ofrecia en un solo libro, ya en el extravagante follage de apellidos, y títulos con que se anunciaba adornada la fachada de la Obra; pero aún aparecia mas risible con un rengloncito, que decia al fin: *Puede ir en carta*, lo qual denotaba, que toda aquella descarga de tratados, que la desbaratada fantasía del campanudo Autor quiso publicar à un mismo tiempo, se contenia en uno, ò dos pliegos de papel.

Fue tanta la risa, que me causó el papelejo, que luego que despues de comer nos retirámos Roberto, y Yo à nuestro quarto, no pude menos de contarle el suceso: ¿ Es posible, le decía, que en un País, en donde están tomadas tantas precauciones en orden al comércio de libros; en donde vigilantes los Tribunales tienen doctos Censores, que separen la moneda corriente de la falsa, y contrahecha; y en donde (aunque las extravagancias, que hemos notado, reinen en un ignorante vulgo, falto de crianza) la mayor parte, que se compone de la principal nobleza, ministerio, y per-

so-

sonas dedicadas al cultívo del entendimiento, tiene en su punto el buen gusto, y una delicada crítica, con que castiga severamente à los Autores inútiles con el desprecio, que hace, de sus vanas fatigas; ¡es posible, repito, tenga pase, y permiso de publicarse semejante obra! pero ¿qué digo semejante obra? Repetidas veces me he ido divirtiendo por esas calles con la lectura de los cartelones, con que están forradas muchisimas esquinas de este Pueblo, que son tantos, que es forzoso, que los pongan unos sobre otros, y los mas son frutos de una instruccion, como la que da à entender, tiene el Doctor Alcornoque; apenas se publíca un libro, que merezca la pena de comprarse; si se miran sus portadas, prometen un grande interés, utilidad, y diversion; pero en confrontandose con la obra, nos hallamos con un insulso farrago, sin mas efecto, que el de haver perdido el tiempo en su lectura; planes fabricados en el viento, proyectos impracticables; systemas repugnantes à la razon; historias fabulosas; poesías risibles; y otros mil partos semejantes de unas imaginaciones monstruosas, es lo que por ahora sale à luz comunmente, ¿no es esto un engaño manifiesto? ¿no es un robar sin peligro? Me parece, deberian estrecharse mas las licencias, y asi se comprarian las obras con mas satisfaccion.

Yo os diré, Enrique, respondió Roberto, lo que siento acerca de ese asunto: He tenido curiosidad de investigar cuidadosamente el estado, que en estas Provincias tuvieron en otros tiempos las ciencias, y comparandole, con el que hoi dia tienen, he hallado, que no es mucha la diferencia;

si nuevamente se han hecho algunos útiles descubrimientos, de los mas se debe la luz, à lo que dexáron escrito los antiguos: De esta materia, recorriendo una por una las principales facultades, yá en otras ocasiones os he dicho mi parecer; pero por lo que hace à las producciones de los presentes tiempos, tened entendido, que hai muchas de diversos sugetos, que son el honor de su siglo; en él, pues, se han erigido con gran razon por Maestros del público, ilustrandole con puntuales Comentarios; desengañandole de sus mas comunes errores con críticos discursos; enseñandole las costumbres, que debe imitar, ò huir de los demás Reinos estrangeros, y quanto en este asunto puede hallarse deleitable, y provechoso con verídicas relaciones de penosos viages: instruyendole, para que sepa desechar las voces inusitadas, y elegir las mas puras de su idioma con ajustadisimos diccionarios; apartandole de los derrumbaderos del corazon de los mortales con las historias del delinqüente descamino de muchos; poniendole delante quanto puede apetecer para su exemplo, y enseñanza con la rigorosa descripcion de lo mas sagrado de su Continente; deleitandole aun con sus ocios en agudas poesías, ya sérias, ya jocosas, ya de antiguos para la imitacion, ya de poëtas modernos para una emulacion provechosa; por último, para no seros molesto, no hai ciencia, ni arte, en que no hayan puesto la pluma con notable felicidad en el dia; por lo que con razon llaman muchos al presente el siglo ilustrado: Pero como es grande el número, de los que no han sentido la fuerza de estas ilustraciones, ò mas claro, como

mo hai Monos para todo, y es imposible, que todos los paladares se conformen en un gusto, es asimismo inexcusable, que se escriba mucho, que solo sirva para cierta especie de sugetos; ¿ qué puede haver mas proprio sobre la mesa de una antesala, que un libro de Novelas? ¿ qué ha de leer un extravagante Estadista, sino proyectos, que anuncien felicidades, y abundancias universales? ¿ con qué se ha de divertir (por lo general) una Mona, sino con un mazo de Comedias, y Sainetes ridículos? ¿ con qué han de arrullar los Ayos, y Amas à sus Señoritos, sino con los cuentecillos, que hayan aprendido en algunos papeles periódicos? ¿ qué puede oír un corro de lacayos, que espera en un portal la salida de sus Amos, sino ciertos versos, relaciones, y curiosos romances, mascados por uno, que se encontró por casualidad, que conociera las letras? En esta inteligencia no se debe estrañar, se permita la publicacion de tales escritos, y con mas abundancia sin comparacion respecto de los útiles, tanto por la dificultad, que hai en escribir bien, quanto porque es mucho mayor el número de los necios; ya veis, que si en manos de estos no huviera otros libros, que poner, que los que necesitan perspicacia, y discernimiento para ser entendidos, se repetiría con mucha propriedad el infeliz acaso de la Iliada, destruida à coces, y bocados de un asno; asi como son despreciables à todo sugeto sensato las obras, que à ellos agradan; les fastidian, las que son el embeleso de los doctos; aun entre los que se tienen por tales veréis reinar el gusto hasta tocar en lo extravagante; aquellos ceji-juntos, y melancólicos facul-

cultativos, que no han sabido salir jamás de la asombrosa muchedumbre de volúmenes de su profesion, exactos traslados, por lo comun, unos de otros, exceptuando los muchisimos, que no sirven mas, que de pérdida de tiempo, roen, y murmuran quanto se escribe, que no es de su facultad; buenos testigos teneis en aquellos dos amigos, con quienes paseamos antes de ayer, el Estudiante, y el Soldado; uno, y otro quisieron aprovechar los ratos, que permitian al ocio las tareas de su destino; ambos anhelando à ser útiles à sus conciudadanos, escribieron, aunque por diverso rumbo, invectivas contra los vicios, y malas costumbres, digno asunto, à mi ver, de los que se precian de buenos patricios; pero los dos tuvieron, que embozar sus nombres; y con todo eso, no obstante lo bien recibidas, que fueron sus obras en el público, no faltáron algunos de su oficio, y profesion, de cuyo canino diente no se vieron libres; no diré Yo que por envidia; pero sí, que por estár poseidos de unos genios saturninos, sin ser útiles para otra cosa, que para el material manejo de la espada los unos, y los otros para el preciso estudio de la materia escolástica, à que se dedicaron, como si el buen gusto, las bellas letras, el humor jovial, y otras semejantes extensiones de los entendimientos estuvieran reñidas con los empleos, y facultades superiores, siendo certisimo, que à veces son su vestido de gala, con que suelen comparecer mas agradables, que con las arideces, que en muchos puntos demuestran, si se nos presentan desnudas.

Hai, además de lo dicho, otros motivos, para que se deban permitir esos libros, y papeles, con-

tra

tra quienes haveis levantado el grito; sabed, que esto del escribir se ha hecho ya comercio, como de qualquiera otra mercancía; el hambre es aguda, y la decencia exige el cubrir las carnes; y si falta otro medio de socorrer estas necesidades, el mas rudo dará à luz los hijos buenos, ò malos de su entendimiento, cuya venta, porque hai compradores para todo, le saque del aprieto, en que se mira; bien conocen los Censores, y los Magistrados no ignoran, que pudiera aquel papel emplearse en asuntos mas útiles, pero, à no ser absolutamente, aun para el vulgo, despreciable, ò contener proposiciones contra las Regalías, el estado, ò buenas costumbres, dan permiso, para que se publíque, en consideracion, de que mas vale, que el público vea la inutilidad de una obra, que la indecencia de las carnes de su Autor, proximas à asomarse por entre los pingajos del vestido.

Tampoco quiero pasar en silencio otro motivo poderosisimo, para que comparezcan muchos escritos insulsos, y risibles; bien havréis observado el implacable prurìto, que tienen por lo general los Monos, de hacer número en el coro de los doctos, y sugetos hábiles; llenan sus cabezas de superficiales noticias, que recogen en las sumas, y diccionarios; hablan hueco, y con cierto aire enfático, trahen por los cabellos las conversaciones al punto, que aquel dia han leido; y en breve tiempo se dexan oír como oráculos de una turba de majaderos, que ni aun para aquella materialidad son suficientes; se entonan con los aplausos y deseando, que vuele la fama de su literatura, toman la pluma, y producen, mal dixe, abortan unos

as-

asquerosos embriones, y ridículas figuras, que conmueven la risa de los que los oyen de valde, y la ira de los que malgastáron en ellos su dinero; y no es lo peor, sino que si algun amigo llega à reconvenirles de sus disparates, creen, que es emulacion, ò falta de inteligencia, y buen gusto; y asi tengo à estos por locos incurables, y mui perniciosos en la República.

Tened, Roberto, le repliqué; los que Yo tengo por verdaderamente perniciosos en la República, son los Escritores satíricos; estos sí, que por cumplir con su inclinacion punzante, y maldiciente, no dexan crédito, fama, accion, que no noten; no perdonan condicion, estado, persona, de quien no se bufoneen; en las viudas encuentran poca gravedad; libertad en las casadas; y en las solteras falta de recato; en los viejos afean los verdores; la inmodestia en los jóvenes; se burlan de la paciencia de los casados; se mofan de la solicitud de los solteros; escudriñan la ambicion en los empleos; la mala versacion en la administracion de justicia; manifiestan la mala fé en los contratos; el robo en todos los oficios; en fin no hai cosa que no muerdan, y no es lo peor, que escriban libros, y papelones acerca de tales asuntos, sino que los lleven sobre el teatro, y pongan de bulto los defectos, para que aun el mas idiota comprehenda su crítica, y oiga sus ladridos; esto es, à la verdad, incluirse en negocios agenos, y tal vez retratar sus mismos vicios por ellos no conocidos, porque los ciega su amor proprio. Estos sí que merecian grave castigo en pago de su temeridad.

No confundais, Amigo mio, me respondió Rober-

bertò, la pestilente, y detestable sátira, con la que es alma de la rectitud, y freno de los vicios: Es cierto que es digna del mas severo castigo aquella, cuyo objeto es una determinada persona, ò quando es contra la constitucion, leyes, ò policìa del estado; no es comun aquella perspicacia, que se necesita para tratar tan elevadas materias, y no obstante, no hai Menestral, que desde su taller no gobierne la Monarquía; sin particular talento no sabemos dirigir los negocios de nuestras proprias casas, contenidos en la estrechéz de quatro paredes; y como si tuvieramos en la mano la vasta extension de los negocios del Reino, queremos dirigirlos à nuestro antojo, satirizando las providencias, que despues de una larga premeditacion produce el infatigable zelo, de los que gobiernan. Pero quando la sátira ataca en derechura al vicio, es digna del mayor elogio; el País, en que nos hallamos, no tiene un público corrector de costumbres, y asi solo el ¿qué dirán? es el que puede contener los excesos de los Monos; ven éstos en una sazonada, y picante sátira retratados con feo, y detestable semblante los comunes desaciertos, y en su consequencia hai muchos, que, por no verse incluidos en el retrato, ahogan al nacer à sus pasiones: Oye un gran Señor las carcaxadas, que dá el público, quando se habla con menosprecio de las acciones bajas, è indecentes de sus iguales; y lo que no basta à enmendar la brillantéz de su cuna, corta en sus principios, ò no dexa brotar el temor de la publicidad, logrando, el que llega à la dicha de tal conocimiento, que su corazon se habitúe à aspirar siempre à la heroicidad para pro-

ve-

vecho de sus compatriotas, y eterna fama de sus operaciones: El que se halla con proporcion, y valor para cometer un desacierto en la administracion de justicia, le repetiria diversas veces, sino le detuviera el temor de la pérdida de su reputacion, quando semejantes atropellamientos, y monstruosidades salen à pública plaza en los escritos de los autores satíricos. No pocas veces se obra solo por vanidad, y una coplilla punzante, que cantan por la calle los muchachos, suele contenernos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, mas que el natural hermoso aliciente de la virtud. No dá temor la sátira al varon justo, y al que vive con arreglo; los que se declaran siempre irreconciliables enemigos suyos son los avàros, los miserables, los desarreglados, los linajudos, y otros semejantes, que componen el monstruoso exército, que se abanza contra el sosiego, y union de los ciudadanos; los tales no omiten medio por pernicioso, que sea, que conduzca al logro de sus fines; roban al pupílo, afligen à la viuda, desacreditan à las personas calificadas, persiguen à las honradas matronas, y escandalizan à quantos tratan; quisieran, no obstante, que su miseria pasára por economía, su avaricia por arreglo, su maledicencia por zelo, y asi los demás vicios por sus virtudes opuestas, y como la sátira pone patentes sus hypocresías, la aborrecen, siendoles forzoso, como canta un antiguo Poëta Européo, huir de los Autores satíricos tan lexos, como del buei falso, que para que le conozcan lleva el heno en el cuerno, porque dicen, que, con tal que les venga à la mano algun motivo de reirse, no se la perdonarán al mas amigo;

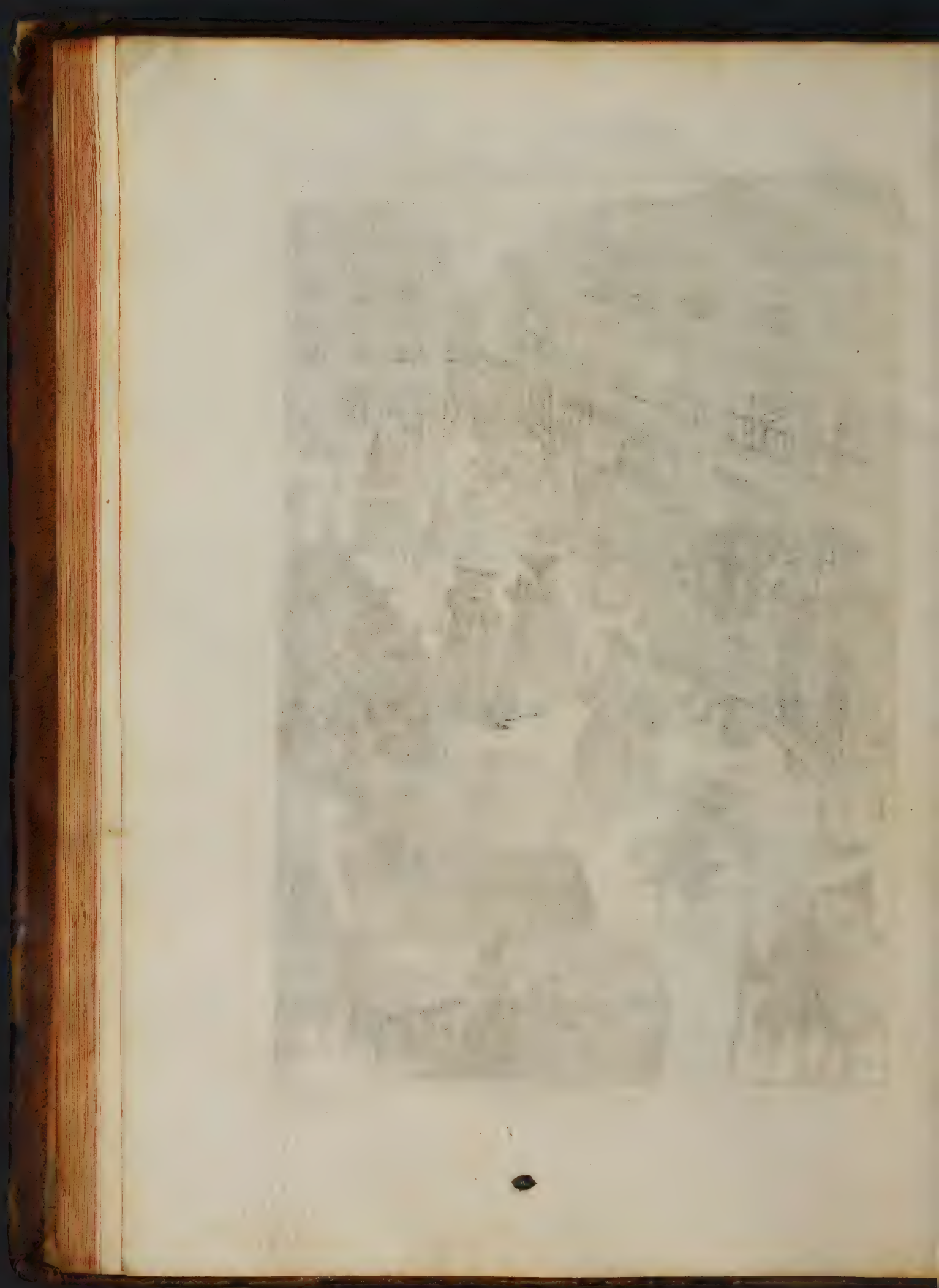
go; pero es el caso, que no debian quexarse de la sátira, sino de sí mismos; reformen sus costumbres, ajusten su conducta, y no obren sino con rectitud, y justicia, y entonces vivirán sin el miedo, de que todos les señalen con el dedo, diciendo, de aquel habla tal libro; à estotro retrata puntualmente esta sátira.

En estas conversaciones pasamos Roberto, y Yo la siesta, hasta que, siendo ya una hora proporcionada, nos separamos, él à una Junta con ciertos Ministros para acordar unos negocios de suma entidad, relativos al comun bien estar particularmente en materia de abastos, y Yo à buscar à mi Amigo Tulipan, para ir à divertirnos en el paséo: No dexé en este punto de considerar la diversidad de destinos, que llevabamos, y à poco que profundicé en este pensamiento, hallé quánto debemos, y qué mal pagamos à aquellos, à costa de cuyos desvelos logramos paz, abundancia, y comodidad; mientras nosotros dormimos descuidados en nuestras camas, están ellos con sus vigilias impidiendo, que nos asalten, y destruyan, aprovechandose de nuestro descuido, los perversos perturbadores de la República; mientras nosotros comemos en delicadas mesas, y celebramos la profusion de los banquetes, están ellos ideando medios de evitar la carestía en los géneros, impidiendo la venta de los perjudiciales, y facilitando el comercio de los útiles; mientras nosotros divertimos la imaginacion por frondosas alamedas, y nos esparcimos por costosisimos paséos; están ellos fatigandose en añadirles hermosura, y magnificencia, y en proporcionar otros nuevos, para que

con la variedad no llegue el caso de fastidiarse los sentidos: Esto, y mas hacen en obsequio del resto de sus Conciudadanos, llevando muchas veces por pago una injusta murmuracion de los mordaces, y mal contentadizos, que, no contribuyendo por su parte en cosa alguna de la pública felicidad, en todo hallan reprehensibles defectos; en lo magnífico encuentran la superfluidad; en lo mediano la miseria; en la abundancia la demasía; en la escaséz el desgobierno, y asi en todo, sin acudir à las fuentes, motivos, y ocasiones, que dan justa causa para lo mas, y lo menos, que para ellos son sobras, y faltas. Con estos pensamientos llegué al quarto de Tulipan, que, culpando mi tardanza, venía ya à buscarme en el mio, para pasearnos aquella tarde juntos, segun desde por la mañana haviamos dexado proyectado.

CAPITULO VI.

Ajusta Tulipan su viage para el Real Sitio.

COmo mi Camarada no era amigo de la soledad, fué necesario conducirnos al paseo célebre del dia: Era entonces el tiempo, que tienen destinado en aquel País para renovar, ò por mejor decir, para trocar los muebles de sus casas, siendo el medio el dinero; no puede decirse rigorosamente permuta, porque interviene compra, y venta, pero en la substancia viene à ser lo mismo, porque uno, que necesita, por exemplo, un quadro, le compra de su vecino con el dinero, que le dan por

una mesa; aquel vecino compra otra cosa con el dinero, que sacó por el quadro, y asi todos los demás; de manera, que una corta cantidad de dinero con poco aumento, ò diminucion va circulando, y siendo como un mozo de acarréo, que muda los trastos de una casa à otra; en virtud de esto, es digno de admiracion ver entapizadas, y alfombradas todas las calles de la Ciudad con una prodigiosa multitud de muebles de todas especies, siendo muchos de tal calidad, que se hace increible, pueda haver persona, que ni regalados quiera llevárselos à su casa; alli se ve una mesa con tres pies, una silla sin asiento, un cofre sin tapa, un candil sin candileja; aqui una casaca sin forro, ni botones, un espadin, deshecho el puño, par y medio de zapatos con las suelas de respiracion, un guante sin compañero, &c: Todos los interiores de las casas salen à la calle; salas, gabinetes, retretes, alcóbas, cocinas, todo se pone de venta al público; y lo que es mas, mientras mas indecentes, puercos, y maltratados son los trastos, tanto mas acuden los marchantes, vendiendose con mas facilidad, que las alhajas de valor, y de gusto, siendo la causa, segun he discurrido, el excesivo número de pobres, que tiene la Ciudad, los que, à medida de su posibilidad, amueblan sus quartos con la menos costa que se les proporciona.

Por medio de tan crecida porcion de estropeados, y tullidos, fuimos caminando hasta llegar al centro de estas públicas almonedas; este es un parage, dentro de la Ciudad, espacioso, y capáz de contener una muchedumbre de cierta especie de chozas, y tiendas, donde se vende lo nuevo, y

lo viejo ; lo util, y lo inutil ; pero, lo que tiene mas despacho, es la mercancía de diversos muñecos de ridícula, y à veces puerca construcion de varias materias, como barro, estaño, y madera ; y los femeniles adornos de gorras, pañuelos, collares, y semejantes menudencias ; los fabricantes de tales vagatelas se pagan de su trabajo con una imponderable ganancia à costa de los pobres Monos, en quienes sería una desairada accion haver de regatear delante de las antojadizas Monas, en cuyo obsequio van poniendo en ajuste quanto las agrada, que no es poco ; y mas, si llevan por contera al niño, à quien es fuerza acallar à peso de plata malgastada en enredos de ningun provecho ; no obstante, nunca me pude persuadir, à que todos andarian tan solícitos como los observaba en servir à las Damas, y éstas tan francas en recibir quanto se las proporcionaba, sin mas fin, que la accion de recibir, y de dar, mayormente quando es refran entre ellos, que ni aun palos se dan de valde ; y que hasta el aire necesita correspondencia ; pero, como Yo no ví otra cosa, que la que he referido, no puedo hablar, mas que de ella.

Por entre la muchedumbre de concurrentes en esta, que ellos llaman diversion, divisó à lo lexos Tulipan à una de sus muchas conocidas, que, aunque ya se iba interiorizando en aquel laberynto, no podia equivocarse con otra (segun él decia) por el airecillo del cuerpo, y natural agraciado manejo, con que à larga distancia se conocia, quien era ; no sé qué particulares negocios tendría, que encomendarla en su ausencia ; lo que no tiene duda

da es, que se empeñó, en que haviamos de penetrar por aquella confusion hasta poder llegar à hablarla dos palabras; empeño fué, y empeño de marca mayor, haviendo de atravesar por medio de las filas de los coches, que van à hacer mas molesto aquel paséo, particularmente, con lo que acababamos de presenciar, pues haviendo tenido dos cocheros, cada qual desde su mula, una descomunal batalla de manoplazos, sobre quien havia de ir mas inmediato à la zaga del coche, que iba delante de ellos, despues de atropellar barbaramente, à los que pillaron mas cerca, se espantáron las muletas, que llevaba el uno, y dexáron malamente herido à un infelíz mozuelo, que anduvo mas descuidado; no obstante, abanzámos (haciendonos correr un coche, que se nos venia echando encima) hasta guarecernos entre unos crecidos montones de sillas, esteras, baterías de cocina, y muebles de alfahareros, todos los quales forman un intrincadisimo laberynto: No obstante estar en aquel puesto seguro del tropel de los dichos coches, era tal el de la multitud, que no se podian examinar despacio; en comun, sí ví, que los ocupaba una porcion de figuras iluminadas, cuyos vestidos brillaban à competencia con sus cabezas, aparentaban un gozo, y diversion singular, y al encontrarse se saludaban mutuamente con tales extremos, como si aquella fuera la primera vez, que se vian despues de muchos años haviendo sido antes grandes amigas: Todos aquellos mas distinguidos en el espíritu del mutuo-obsequio, ò que para entrar en la cofradia estaban corriendo sus carabanas, iban alli à hacer su mérito, formados en parada à

una

una, y otra vanda del paso de los coches, en donde apenas se descubria el del objeto de sus fatigas, quando empezaban las prevenciones para hacer una rendida, expresiva, y afectada cortesía, se ponian en planta, erguían el cuerpo, daban cierto aire à la postura del sombrero (no se entiende esto con los que tenian peinado, que no permitia aquel estorvo en la cabeza) estiraban las vueltas de la camisola, sacaban el pañuelo de color para sonarse, el blanco para limpiarse el sudor, la caxa para tomar un polvo, el palillero para poner un palillo en la boca, con que estar jugando; en fin, quanto tenian almacenado en sus bolsillos, les proporcionaba modos de hacerse visibles, hasta que, pasando la Señora, la hacian los honores, abrazando el sombrero entre las dos manos puesto delante del pecho, encogidos los hombros, arqueados los brazos, hácia afuera los codos, firme el pie izquierdo, arrastrando la punta del derecho hasta poner la hevilla de éste detrás del talón de aquel, inclinando finalmente el cuerpo de tal manera, que figuráse un perfecto semicírculo; de todo este manejo executado con cierto gracejo, adquirido à fuerza de ensayos, constan las cortesías, que hacen los Monos: Perdone el Lector mal humorado tan circunstanciada descripcion, haciendose cargo, que se escribe para todos, y sé mui bien, que no parecerá prolixa, à los que desean adornarse con los primores de la crianza estrangera; y estas acciones, que se han referido, bien estudiadas delante de un espejo de vestir, para ver el efecto, que hacen, podrán particularizar à qualquiera de los nuestros, y acreditar de perfecto imitador

dor de aquellos extravagantes, y remotos naturales.
Poco mas pude ver de esta parte del paséo; porque mi compañero no paró hasta llevarme hácia el centro de aquel laberynto, en donde, decia estaba la mayor diversion; él la tendria, desde luego, mui completa, porque encontró, habló, y regaló, à quien buscaba; pero Yo no hallé mas que empujones, apreturas, y tropiezos; dimos repetidas vueltas por aquel parage, siempre describiendo lineas curvas, sin poder jamás formar una recta; si hacía una pregunta, tenia que esperarle un quarto de hora para oír la respuesta; si empezabamos un razonamiento, à cada paso cortabamos el hilo, truncandonos las palabras el numeroso concurso, que atropelladamente nos separaba; por último, alli no reinaba, sino una confusion mui à proposito, para quien en ella hallaba proporciones para su mayor libertad; pero mui molesta, para quien no solicitaba, sino diversion, y esparcimiento.
Luego que anocheció, fue desapareciendo el tropel de los coches, y la mayor parte de la concurrencia, quedando alli solo los dueños de aquellas haciendas, y uno, ù otro personage, que, sin duda, tendrian que evacuar algunos negocios de su particular inspeccion, y se havrian citado à aquel parage; retiramonos tambien nosotros, logrando por el camino, hasta llegar à nuestra casa, una contínua adulacion de los oídos, y experimentando una extremada cortesía; todo esto se hallaba en ciertas busconcillas, que, como espías perdidas, cruzaban por aquellos alrededores; mercaderas de mala cara, cuyos géneros desacreditados no havian tenido salida à buena luz, y amparadas de
las

las sombras de la noche, solicitaban su despacho con diversas frases atractivas.

Admiróme, por entonces, tanto el desórden de consentirlas, quanto su descaro; pero bien informado en casa por Roberto, que especulaba à fondo qualquiera particularidad, que ocurria, conocí, no era tan facil estorvar la libertad, que se tomaban unas despilfarradas Monuelas, con poco, ò nada, que perder, astutas en el manejo de sus disoluciones, y que, por tanto, por algun tiempo sabian eludir los desvelos de la Justicia, no obstante, que de quando en quando solía ésta hacer una batida, en que cayendo unas, y espantandose otras, se limpiaba por algunos dias el terreno: Tambien por otro capítulo advertí la necesidad de alguna connivencia con estas desdichadas, considerandolas como muro, que defiende, à las que viven honradamente en sus casas, de los asaltos, y acechanzas de los viciosos, y mal-entretenidos, mayormente en un Reino, cuyas leyes tienen prohibidos los públicos lupanares.

Luego que llegámos à casa, hallámos, que estaba esperando à mi Amigo Tulipan una quadrilla de Monos de rara construccion con unos zapatos de un enrejado de cañamo, unas malas, y bastas calcetas, calzon de tripe azul, cogidas las boquillas con cordones, y borlas, un jubon blanco, y encima otro de color sin abrochar con unos gordos, y redondos botones de estaño, que me parecieron al principio cascabeles, un ancho, y tosco pedazo de tela de lana rodeado por la cintura, la cabeza cubierta con un alto bonete colorado de figura cónica; y el Gefe de ellos con un sombre-

brero construido en perfecto triángulo equiláteros; cada uno trahia en su mano una vara delgada, de cuya extremidad pendía un nudoso, y ligero cordel, y su respectiva pipa, introducida en los ojales de la casaquilla; à poco tiempo conocí la pretension de aquellos Señores, que venian à ajustar con Tulipan el carruage, que à otro dia havia de conducirnos al Sitio; su habla era tosca, y una especie de xerga, que solo ellos entendian quando querian conferir entre sí algun punto: Yo estaba embobado oyendo tantos, y tan diversos estratagemas, y proposiciones, como exponian, para abanzar à un ajuste mas lucroso; ya se despedian, diciendo, que no les tenia conveniencia abrazar tal, ò tal partido; ya volvian, admitiendole con ciertas condiciones; y ya un viejo marrajo, que hasta el fin havia estado callando, partía la diferencia, luego que conocía, que no se havía de poder exprimir mas la naranja: Cerróse finalmente el ajuste; pidió el capatáz de aquella compañia algun dinero à cuenta, de lo que havia de darsele despues, y todos con grande union partieron à celebrar, sin duda, el alboroque en alguna de las muchisimas ermitas de Baco, que tiene la Ciudad.

Mucho sentía apartarme del apreciable lado de mi compañero Roberto, porque era el norte de mis operaciones; pero la constitucion de las cosas se havia ido poniendo en términos de serme inexcusable; la Providencia, que no solo en las especies, como algunos caprichosa, y erradamente defienden, sino tambien en el mas ínfimo individuo se interesa, destinandolos à sus altos designios, iba proporcionando los medios para el encadenamiento de

sucesos ya prósperos, ya adversos, ya dentro, ya fuera de estas Provincias, que havia de experimentar en la carrera de mis años. Por no ser molesto à mis lectores, no les describo los graves sentimientos, y altas máximas, que en esta noche de mi despedida me sugirió Roberto para mi manejo en el Sitio Real. Tenía un profundo conocimiento de los laberyntos de los Palacios, havia hecho un largo estudio en los caractéres de los Cortesanos, y poseía un particular talento para hablar à cada uno en su lengua; baxo tales principios considerese, qué raudal de doctrina no comunicaría à un amigo, que quería tan de veras, è instruía de corazon. ¡Ojalá, nunca huviera faltado de mi lado! y ¡ojalá no huviera Yo reservado de él quantos secretos mysteriosamente ocultaba! Yo aseguro, que sus experiencias, y consejos me huvieran puesto en salvo, evitandome repetidos sinsabores, y rebeses de la fortuna.

Llegó la mañana, y al amanecer ya estaba el coche à las puertas de casa esperandonos; venían de acompañamiento los que havian estado presentes al ajuste, todos clamaban por propina, unos por corredores, otro porque enseñó la casa, otro, porque medió en la diferencia del precio, y asi los demás, cada qual con su respectivo motivo de tanta fuerza como los otros; no pude aguantar aquella sinrazon; por lo que, tomando la palabra por Tulipan, que era contra quien se dirigía aquella granizada de peticiones, y sacaliñas, les dixe, que marchasen à lo que tuviesen que hacer, y no perdieran el tiempo en la solicitud, de lo que no havian de conseguir. ¡Pobre de mí! No bien lo havia proferido,

quan-

quando, rodeandome todos, se movió tal gresca por querer cada uno informarme de su razon, que huve de quedar aturdido con las voces, siendo lo mas lindo del caso, que à ninguno entendí mas palabra, que *uso*, *estylo*, &c, profiriendo éstas con tanta claridad, como faramalla las otras; apaciguó Tulipan el alboroto, sacando el bolsillo, à cuya agradable vista resonó en sus risueñas bocas el *viva el Señorito*, y alargando la mano, recibieron la maula, y nos dexáron en paz.

¡Qué tenga tanto poder, exclamé Yo, la fuerza de la costumbre, que valga mas, que la razon! Pero ¡qué mucho, que en asuntos de tan poco momento se introduzca, si ha sentado su imperio en lo mas sagrado de las Leyes! No solo por sí las forma, sino que deroga las establecidas por la suprema potestad; aquellos largos desvelos, aquella profunda meditacion, y aquel comun acuerdo, que generalmente concurren à la formacion de los mas sábios, y saludables estatutos, se obscurecen, y deshacen solo à la vista de este tyráno *no uso*. Muchas veces oí exclamar contra sus desórdenes à algunos Jurisconsultos Simiopolitanos juiciosos, y científicos; y siempre me hizo fuerza la reflexion, que hacian en este punto; el Pueblo, decían, procede para introducir costumbre contra la ley, ò por medio de unos actos contrarios à ella, por no haverla entendido, y por tanto, errando, en cuyo caso no puede constituir costumbre, pues no hai cosa, que mas diste del unánime consentimiento, que para ella es necesario, que, lo que es un encadenamiento de errores: O procede, resistiendose desde luego à la debida obediencia al Soberano, que esta-

blece la ley, en cuyo caso, quanto contra ella executa el Pueblo, va revestido de mala fé, con visos de rebelion, y mui opuesto al consentimiento del Príncipe, esencial requisito de la costumbre: O, finalmente, teniendo justas causas, para que la ley no se observe, que sobrevinieron, ò no se tuvieron presentes al tiempo de su promulgacion; en cuyo caso, y existiendo los demás requisitos necesarios para la introducion de la costumbre, parece, deberiamos admitirla, y abrazarla con fuerza de ley; pero ni aun existiendo todos los justos motivos, que quieran suponerse, deberiamos darla corriente pase en vista de las leyes del País; éstas mandan en diversas partes, que si alguna de ellas necesita declararse, interpretarse, enmendarse, añadirse, cancelarse, ò mudarse, se acuda à la suprema potestad, fuente, y origen de toda la legislacion: ¿Cómo, pues, se podrá sufrir, que el Pueblo se arrogue una authoridad, que ni por sí tiene, ni la ley le concede? Ponderaban estas, y otras reflexiones tocantes al asunto con toda extension, añadiendo mil preciosidades, que corroborasen su dictamen; concedian la razon de admitirse saludables costumbres conformes à la ley, ò en falta de ella; pero de ninguna manera, las que fuesen derogatorias. No me meteré à decidir esta causa, porque no me toca su inspeccion; lo que no tiene duda es, que si llevaban razon de poco les servía, pues Yo observé repetidas veces, que las tales costumbres contrarias à sus estatutos se alegaban en los Tribunales, y tenian fuerza para decidir las causas; y aun pudiera decir, que han llegado sus Doctores à sutilizar, y buscar tergiver-

sa-

saciones para darlas vigor aun contra aquellas leyes, que expresamente excluyen qualquier costumbre, ò no uso; siempre los oí en contínuas reyertas, y contradiciones sobre estender esta prohibicion à las costumbres futuras, ò solo à las pasadas; y en imaginar metafisicas distinciones entre *no uso, no observancia, y contraria costumbre.* Disimuleme el lector esta corta digresion, que ya vuelvo à tomar el hilo de mi historia.

CAPITULO VII.

De los discursos del Señor Morál.

HAvia à la sazon una grande escaséz de carruages, y en el único, que pudo hallarse, ya de antemano tenian ajustados sus asientos dos personas, que, nos aseguráron los carruageros, eran sugetos decentes, y à quienes podiamos dar nuestro lado; el deseo, que tenía Tulipan de no retardar su viage, y el comun concepto, que hai en el País, de que en los caminos todo pasa, le hizo admitir qualquier partido. Como tomámos el coche antes de amanecer, no permitía la obscuridad distinguir claramente à aquellos personages, para poder formar concepto. El bulto, del que me deparó enfrente mi suerte, daba à entender ser un barrigudo Mono, de decente talla, iba taciturno, y que no estaba dormido, solo se reconocía por una larga sucesion de regueldos, cuyo pestilente hedor demostraba se le havia encrudecido la cena con la madrugada. Su compañero, que ocupaba el frente de mi Amigo, con la humedad

de la noche (estando ya en el punto de ir à romper el alba) dormia à pierna tendida, como en la mas mullida cama, alternando el desagradable estrépito de sus enormes ronquidos, con los fétidos eructos del repleto Monazo: Mi Tulipan, distrahido con sus amores, y cuidados, estaba en un contínuo éxtasis; y Yo, fastidiado de todos por diversos términos, solo esperaba, que las luces del dia, que ya asomaba por el oriente, mudasen el semblante de tan ridículo quadro.

Descubrió, por fin, el Sol sus rayos, que, hiriendo en los ojos del dormido roncador, con un esperezo, y abriendo desencajadamente una no comun bocaza, miró à uno, y otro lado, y nos dió los buenos dias; volvió sobre sí mi Amigo, como quien sale de un letargo; y todos nos saludámos mútuamente. Porque conoció, sin duda, los molestos efectos, que causaría en mis narices su indigesto estómago, se empezó à quexar de su indisposicion mi vecino, y Yo compadecido de él, y de mí le ofrecí unos tragos de un buen aguardiente, que para qualquier acontecimiento llevabamos de prevencion en una botella, los que tomó, y conseguimos, que cesáse la acedía. Salimos de aquellas incomodidades, que se huvieran hecho mas insufribles, con las que se siguieron del espeso polvo, que produxo la entrada en unos arenales; del calor, que se aumentaba con exceso; y de un pesado exército de moscas, que se conjuró contra nuestra paciencia: La desigualdad del terreno, y lo mal colgado de la caxa causaban un movimiento tan desagradable, y violento, que de nada teniamos mas gana, que de dexarla: Aprendi-

dimos mui bien los nombres de las mulas, porque incesantemente las iban nombrando sus conductores, cuyas voces agregadas à una numerosa porcion de incómodos cascabeles, y campanillas, que llevaba cada una, nos atolondraban lindamente las cabezas: Era necesario hablar à gritos, y si alguno distrahido con la conversacion, perdía el equilibrio, regalaba al inmediato compañero una cabezada mui à proposito para romperle las narices.

Bien despavilado ya empezó à divertirnos con sus razonamientos nuestro compañero. Era éste un verdadero hijo de Simiopolis; no sostenian sus huesos quatro onzas de carne; pequeño en la estatura; pero mui grande en la avilantéz de la lengua; de una salud equívoca, segun la palidéz del rostro, no obstante, que, reconociendo, que la velada le havria desfigurado mas de lo regular, havia procurado reparar este daño, medio ahorcandose con las dos varas de muselina, que cubrían el cuello; llevaba el cabello recogido desde el cogote, y liado con una cinta, imitando la figura de un gordo nabo, echado, como sardina, que se va à freir, sobre una copiosa porcion de harina, con que encubría à título de moda la plasta, ò sobrepuesto de grasa, y porqueria de su despilfarrado vestido; un pyrámide de pelo, sebo, y manteca se elevaba por copete; y dos guedexas à lo perdiguero se le bamboleaban à los lados con el peso de los dos rizotes, que las finalizaban, siendo éste uno (por lo que inferimos en el discurso de su conversacion) de los trescientos, y veinte y tres modos de freir pelo, que, segun los últi-

mos

mos modélos de los mas diestros Micos, se havian hasta entonces descubierto. ¡De qué punto de perfeccion no son susceptibles las artes! Lo restante de su adorno era proporcionado à lo afeminado de su persona; sobre una almilla, con presunciones de chupa, tenia una vestidura, que nombró hasta con seis diversas voces, tan larga para chupa, como corta para casaca; Yo me imaginé, si acaso havia faltado tela, por no haver guardado proporcion el sastre, haviendo sacado los calzones mayores, que ella, pues desde luego, en cada uno cabían quatro muslos como qualquiera de los suyos, para los que huvieran sobrado unas fundas de pistolas: De un ancho, y relumbrante cinturon pendia un ni espada, ni sable, ni cosa, que pudiera ser útil para mas, que mondar alguna pera, ò cosa semejante; y en sus manos un baston le servía, no de apoyo, segun el destino de la invencion de estos muebles, sino de juguete, por ser un delgado, y endeble junco, que para sacarles el dinero, havia puesto la astucia de los mercaderes en manos de los insensatos Monos con nombre de bastones de verano, siendo unos verdaderos estorvos de todos tiempos.

Este era el equipage de nuestro jóven Monito; y luego que empezó à hablar, nos hizo conocer, que los adornos del alma no eran menos afectados, extravagantes, y viciosos, que los del cuerpo: Son estos tan hermanos, que de los de éste se infieren, por lo comun, los de aquella; pero ¿qué digo de todos los adornos? solo el sombrero, observé generalmente en aquellos Países suele ser el señuelo de sus interiores; ya en su construc-

struccion, ya en el modo de usarle se descubren las costumbres, de quien le lleva: La sencilléz, la monería, la afectacion, la vanidad, la estolidéz, y el juicio tienen todos sus distintivos en este mueble; ya hai quien le apoye en las narices, ya hai quien le cuelgue de una oreja, ya vá puesto por diadema, ya no sale de debaxo del brazo; por ultimo, ocupára muchas páginas, si huviera de notar todas sus diferencias; el de nuestro Mono (por que no quede esta curiosidad al lector) no era de aquellos triángulos equiláteros, con que denotan, ò afectan el juicio muchos; era, sí, un compuesto de todas las superfluidades, y ridiculeces de los demás; era un escrúpulo de sombrero, en que entraban charreteras, cordones, hevillas, borlas, broches, galones, plumas; en fin, tantas zarandajas, que parece imposible pudieran estar acomodadas en tan pequeño sugeto.

En su conversacion afectaba un aire entre superioridad, y bufonada, ya declamaba con una languidéz trágica, y enigmática, ya sin mas artificiosa transicion, que su insubsistencia descendia à unas jocosidades baxas, y truhanescas, todo lo disputaba; en todo decidia, y aunque la materia fuese digna de la mayor circunspeccion, quando le iban à los alcances en sus descabelladas proposiciones (que sucedia mui freqüentemente) daba un prontó tornillo à la altercacion, haciendo bien sonantes sus disparates à la sombra de algun refrancillo, cuento, ò salada poesia, teniendo hecho concepto, que aun el blasfemar le era libremente permitido, con tal que lo hiciera con gracejo, y excitáse la risa de los circunstantes: La lástima era, que havia en

aquella Corte una indecible multitud de estas sabandijas, literatos de estrados, sabios de diccionarios, y sumas, impios de profesion, y tontos de capirote: Estos son los que con su libertinage de espíritu, y el contínuo choque de sus mal concertadas idéas, abusando de la viveza de que suelen estar dotados, todo lo ponen en problema, y procuran eclipsar aun las mismas luces de la evidencia. ¡Qué Lógica tan ingeniosa, aunque falta de solidéz, aquella con que palían, y defienden sus mas enormes vicios, disoluciones, y despropositos licenciosos! No falta entre ellos quien todo lo justifique; se encuentran panegyristas de los mas excesivos abusos; y finalmente, desnaturalizandose de los sentimientos de racionalidad, y decencia, solo tienen por objeto la adulacion entre los poderosos, la sobervia entre sus inferiores, y la liviandad, y descompostura para con sus iguales, y el diverso sexo.

De todo nos dió muestras, en el corto tiempo que le tratámos, nuestro compañero de viage Puerro (que éste era su nombre) mezclando entre lo fútil de sus asuntos unas risitas insultantes, unas acciones con aire de desprecio, y sobre todo, unas provocativas, è insolentes ojeadas sobre el compañero de su izquierda, el que por el contrario, con su fixo mirarle, y arqueamiento de cejas à hurtadillas daba à entender un interior, que estaba diciendo: Vease aqui la muestra de las sabandijas de la Corte: Vease un ente transformado en tantos, y tan diversos objetos, quantas son las idéas inútiles, y afeminadas, que bullen en su desconcertado cerebro: ¡Qué utilidad sacará el público de estos patricios! ¿Por qué un gobierno tan acertado no des-

ter-

terrará de enmedio de la Nacion estos zanganos tan perniciosos? ¿Por qué ha de poner à cubierto del zelo de los Magistrados à unos el esclarecido nacimiento, à otros la proteccion de un poderoso, originada las mas veces de un vicioso principio? De un vicioso principio; y con razon debe asi considerarse, pues son semejantes ociosos materia dispuesta para instrumentos de venganzas, y fomento de la liviandad; son los mas queridos ministros de la irascible, y concupiscible de sus protectores: Vease qué saeta volante sus lenguas: Vease qué refinado escándalo sus acciones: Vease qué universal peste de la República.

Sin duda, estas, ò semejantes proposiciones revolvia en su mente el sesudo Mono, que representaba estar ya en el sexto decenio de su vida, sin que lo desmintiese, como en los viejos de la Corte acontece, el afeite, y compostura, mayormente quando su barba se dexaba ver entrecana, y de no menor edad, que de ocho dias; una cabellera postiza, que se adornó de gala, para ir al Sitio, con un puñado de harina sobre el seco pelo sin vanidad de sebos, mantecas, y pomadas, cubria de medio lado su cabeza; sobre una camisola, cuyos catacaldos tenian de embozo à sus largas uñas, vestía una raida casaca negra, con una chupa, que se las disputaba en lo cumplida, y roñosa, y solo la excedia en ciertas lameduras de oro, entretexidas con unos vivisimos florones encarnados, en campo blanco; se embarazaba infinito con la espada, por falta de uso, y ultimamente se apoyaba en un nudoso palo, con honores de baston: Estaba callado, y pensativo mientras la tarabilla del tal Puerro iba

desatada; arqueaba de quando en quando sus bien pobladas cejas, y se sonreia en toro de compasion, ò desprecio: No tardó mucho nuestro bullicioso compañero en sacarle algunas palabras del cuerpo, à cuya obra contribuimos gustosos Tulipan, y Yo, deseando saber su profesion, y pretensiones, pues desde luego creimos, no iría à divertirse semejante Cynico.

Yo, Señores, respondió el Señor Moral (así se llamaba) soi un honrado hidalgo, vecino de un Pueblo, que dista sesenta leguas de la Corte; hidalgo, y honrado os he dicho que soy, y asi es; de modo, que por lo hidalgo no cedo à los mas encopetados, que se sustentan del aire de su necia vanidad en Simiopolis; pero esto es, de lo que menos caso hice en mi vida, y que mas que lustre, me pareciera borron, si no me acompañára la segunda parte, que es la honradéz; ésta pretendo cultivar con la mayor escrupulosidad, y ésta me ha hecho lugar en mi Pueblo entre mis compatriotas, pues todo mi esfuerzo se cifró siempre en estudiar, como pudiera serles útil. ¡Ridícula honradéz aquella, de que no resulta el comun provecho! De aquí es, que no hai empresa, ò arduo negocio en el Lugar, que no fien à mi direccion, y cuidado; para llenar uno, y otro objeto creen en mi bastante proporcion: No les parece puede faltar conducta à un Mono, como Yo, cuya juventud no tuvo otras delicias, que el uso de los libros, llenando mi entendimiento de todas aquellas idéas, que despues havian de servirme para mi manejo, y méthodo de vida, mayormente quando estaba por entonces mui lexos, de que al cabo de ella havia de parar en lo obs-

obscuro, y mal aliñado de una corta Aldéa (de cuyo sosegado destino doi ahora mil gracias à la Providencia) Dirigia mis intenciones à emplear mis luces, tales quales fuesen, en la pública utilidad de mi Patria; no sabré bien deciros, si porque ellas no eran bastantes, ò si porque no tuve amistad estrecha con el favor, irreconciliable enemigo, por lo regular, del merito, no pude lograr mis bien nacidos deseos con la prontitud que mi viveza, y algun poquillo de presuncion, que por entonces tenia, deseaban; canséme de la injusticia, que à mi parecer, me hacian, y mui pagado de mi resolucion, me vengué con retirarme à cuidar de los pocos terrones que havia heredado de mis Padres, corto caudal para hacer una pomposa figura entre el cruxido de la seda de la Corte, pero suficiente à proveerme de una mediana subsistencia, decente entre la xerga, y paño pardo de mi País: Aquellos, que vosotros (aqui dió una ceñuda mirada al buen Puerro) Monillos cortesanos, todo exterioridad, y nada substancia, aquellos, repito, que vosotros llamais por desprecio Palurdos, y que haveis de estar, en que saben mas con su explicacion, aunque no limada, sí genuina, y significativa, que vosotros con vuestro afectado aparato de voces ya ridículas, ya hurtadas à otras lenguas; depuesta la natural grosería, que creeis les rebosa, oyen gustosos mis consejos; y como de alli está desterrada muchas leguas en contorno la adulacion, se les presenta la verdad desnuda en las materias que se ofrecen, de donde se sigue tener lo mas andado para el acierto.

A estos motivos que les asisten, para fiar sus mas arduas pretensiones à mi direccion, se les agre-

ga

ga la experiencia que tienen en la Villa, del desvelo con que he mirado uno, ù otro negocio que me ha encargado: Están llenos de exemplares de la mala versacion de otros Diputados, que han tenido, asi ellos, como los Pueblos de la comarca: Estos han sido de la clase de aquellos, à quienes señalan unas dietas considerables, vienen à un País vicioso, todo diversion, y todo proporciones, que brindan al pasatiempo, fomentan desmesurados gastos, y dexan pasar los dias insensiblemente con una total inaccion en el asunto principal de su encargo; y como los Curiales son, generalmente, unos Monos, que si no se les pagá superabundantemente, y se les insta con la mayor actividad, no se mueven, es un negocio perdurable, el que los tales Diputados emprehendieron; las dietas crecen, y el fondo de adonde salen se apura, reconocen alguna vez, aunque tarde, su culpable desidia, quieren hacer en quatro dias, lo que pudieron executar en dos, ò mas años, que se han estado divirtiendo; piden para ello algunos quartos, hace los ultimos esfuerzos el Lugar, y los embia; huelen los Curiales el dinerillo fresco, y empieza à ponerse en movimiento toda la máquina de sus idéas: Entonces vierais (puede ser que lo hayais experimentado) qué batallon de trampas legales, que por mas legales que las pinten, no dexan de ser trampas; qué introducion de artículos impertinentes; quántas excepciones dilatorias, declinatorias, nulidades, réplicas, y otras mil preciosidades de dificil digestion para un estómago delicado; pero no para el de ellos, que como el de Abestruz, digiere los metales.

El placentero Puerro no podia aguantar conver-

sa-

sacion tan séria por largo tiempo; y al llegar el Señor Moral à las referidas palabras, sonrióse irónicamente, y dixo: Bendigo mil veces el candor de la gente que se cria, ò se avecinda en los Pueblos cortos: ¡Qué modos de pensar tan puros! ¡Qué corazones tan sencillos! No hai en su boca accion, que no sea sincéra; no hai Cortesano, que no obre con rectitud: Aqui volvió otra vez à echar su risita en tono de relincho, mirandome, y dando un par de palmadas en el muslo de Tulipan (que llevaba enfrente, y mas à mano) para captar nuestra aprobacion; antes que éste lance pudiera llegar, ya havia dado media vuelta encarandosele nuestro filósofo aldeano, y encapotado el sobrecejo, y mesurando el estylo, le dixo: Pensará el Señor Mequetrefe, que ha dicho algo: El tal cumplimiento fue bien ingenuo, y conciso, y al mismo tiempo el gesto se manifestaba con su poco de picantillo insultante; pero estuvo la prudencia de parte del charlatan Puerro, que sin duda echó de ver en aquel punto, que la belluda, y nerviosa muñeca del Señor Moral manejaba un baston mucho mas robusto, que el suyo. Sepa, prosiguió, que en primer lugar, Yo hablo generalmente, no he nombrado sugetos, aunque pudiera; y asi nadie debe darse por sentido en particular; en segundo lugar, que lo que digo tiene las qualidades de público, pues se executa enmedio de la Corte; y verdadero, haviendo tantos exemplares, que sería menester largos dias para solo citarlos; y ya que me apura la paciéncia, para que por la uña se conozca el leon, he de contar, por recien sucedido, un caso, que tuviera por ficcion, à no haverlo todo presenciado, por haver acaeci-

do en mi Pueblo con un Primo mio: Murió en la Corte un corresponsal suyo tan arrebatadamente, que no tuvo lugar para darle cuentas finales, y lo que fue peor, ni para hacer testamento: Como era sugeto de negocios, y no dexaba heredero nombrado, fue forzoso que entráse à disponer en sus bienes de mano poderosa la Justicia: No entendais hablo aqui de la sábia disposicion de las Leyes en tales casos; ni del Juez, à quien correspondió conocer en la causa, éste era íntegro, docto, y que deseaba (me consra) la prontitud, y buen éxito del negocio; pero esa es la lástima, que no pende del arbitrio de los Jueces inferiores evitar, generalmente hablando, las supercherías, y maldades que se cometen por los dependientes de Justicia: Hablo de un sin número de estas sanguijuelas, que se mezclaron en la causa, cebando sus insaciables fáuces en los bienes de la desdichada testamentaría; por entonces me acuerdo haver contado hasta catorce; ¡ aí es nada ! que no fueron todos rectos en el obrar, y que ya de malicia, ya de ignorancia, ya de desidia dilataron culpablemente la causa, se manifiesta clarisimamente con solo la sencilla narracion del suceso: Fue indispensable à mi referido Primo pasar à la Corte, à solicitar se le satisfaciese de los bienes del difunto una corta porcion, en que le alcanzaba, liquidadas las cuentas finales; no ocupaban éstas entre cargo, y data arriba de quatro pliegos; las partidas por entrambas partes estaban plenamente justificadas, y sin tergiversacion, y todo el negócio, finalmente, era materia de hecho; pues no obstante (repitoos, que no exagero, aunque parece cuento, por entretener el camino, pero todo lo presen-

sencié) tuvieron habilidad, y maña los tales alhajas de los manipulantes de la causa, para alargarla al espacio de seis años, y fue con precipitacion, segun su refrancillo: *Pleito de cuentas; traslado à los nietos*; y los quatro pliegos de papel llegáron à componer quatro volúmenes de à folio; esto lo hacen facilmente; ya piden testimonios impertinentes, aun de lo que consta en la causa, pues con una tranquilla, que se les busca quedan desnaturalizados del país de los autos; ya evacuan citas, que no vienen al caso; ya se dexan apremiar una, y otra docena de veces; ya piden término; ya dicen, que enfermó el Abogado; ya que se van à componer amigablemente; por último son tantos los yáes, que pudieran decirse, que ellos solos llenáran la mayor parte de el tiempo, y fastidiarian à los oyentes: Los escribientes por su parte no se descuidan, con diez ò doce renglones llenan una llana, y con dos ò tres vocablos sesquipedáles cada renglon; crecen los derechos de los pedimentos à proporcion del bulto, y este es de la medida mas corpulenta; aumentase el gasto del papel sellado, finalmente, los contrincantes llegan à perder la paciencia, y el dinero; por falta de éste quedan sin aclarar muchos, y mui conocidos derechos; y por no exercitar mas aquella entran otros en unas vergonzosas, y descabelladas transacciones, conociendo, que, si acaban de pleitear, llegará à verificarse, lo que suele decirse; que antes de empezarse la contienda, es dudoso, que parte tiene derecho à la cosa litigiosa; pero finalizada, se sabe repetidas veces, que ni una ni otra por haverse quedado en-

tre las uñas de los que la manejáron.

Ved ahora, ¿si deberá estàr escarmentado el infelíz Pueblo, que por falta de buena eleccion envia à lidiar con semejantes fieras à unos Diputados desidiosos, viciosos, ò poco inteligentes? En mí quando no una grande comprehension en los negocios, à lo menos han experimentado una actividad mayor, que para los mios, y una moderacion tan grande en los gastos, como que solo suenan en mis cuentas los precisos, sin mas dietas, ni ayudas de costa; en esta inteligencia, y haviendo ahora ocurrido : : : Al llegar à estas palabras, las mulas, que iban à escape, asombradas con el cadaver de una de sus semejantes, que havia rebentado, corriendo barbaramente en aquel camino, y (segun costumbre) se havia quedado en el mismo puesto, en que la aconteció la fatalidad, que fue en medio de él; las mulas, repito, remolinadas las delanteras, no obedecieron à las desentonadas voces del mayoral y se arrimáron tanto à los adoquines del camino, que montó el coche por encima de uno de los guarda-ruedas, y consiguientemente dimos con nuestros cuerpos en tierra; sobre el mio vino el de Tulipan; y sobre el del rollizo Moral dió el del Amigo Puerro; si huviera sido al contrario, no arrendára Yo à éste la ganancia, haviendo de sufrir sobre sí mas de diez arrobas de Diputado; pero como le pesaba poco la carne, à un ligero esfuerzo pudo salir primero gateando por la puertecilla, que havia quedado libre, siguióle Tulipan, y Yo à éste; el infelíz Diputado, como mas obéso, haviendose ido mas al fondo, sirvió à los tres de estrivo para la

sa-

salida, con lo que sufrió precisamente un solemne trio de patadas; sacámosle, por fin, entre todos à fuerza de brazo, y viendo que salía sin lesion, exclamó el festivo Puerro: ¡ Bendita sea la Providencia, pues con tanta fortuna ha sido el buelco! Menos mi pateadura, dixo el Señor Moral, poniendose las manos en la cabeza, y agriando el semblante con un gesto tan confuso, que nos hizo retozar la risa en el cuerpo; mortificóse mas con esto; pero tuvo que tomar el partido, que hai que abrazar en semejantes casos, que es callar, exercitando la paciencia. No teniamos necesidad de poca, para aguantar à aquellos bárbaros, mal-criados carruageros, à quienes, despues de havernos expuesto à una desgracia, no se oían mas que blasfemias, execraciones, y desvergüenzas; sufrimos su poco respeto à nuestras personas, porque asi se estyla en aquel Pais: Yo aseguro, que, si una vez se les pusiera freno, y modo con la seriedad de un garrote bien manejado, pronto se finalizaría la insolente costumbre, y sabrian reducir su ganado, y levantar la carga sin escándalo de quien los escucha: Dexémoslos en esta maniobra, y mientras descansémos un rato.

CAPITULO VIII.

Siguen los discursos del Señor Moral.

VOlvimos à ocupar nuestros lugares, levantado ya el coche, y seguimos nuestro camino, encargando à los carruageros, que, supuesto no teniamos prisa, no volviesen à exponernos à otro

chasco, que pudiera darnos que sentir; ellos dixéron, que estaba bien, y aunque hacian poquisimo caso de nosotros, por ser en ellos natural lo tosco, y mal criado, no dexó de aprovechar la advertencia. La demasiada formalidad de nuestro Diputado (que asi le llamo, porque, como se verá en adelante, asi lo era) no tenía la aprobacion del Señor Puerro, y por tanto, para impedir prosiguiese, como se temía por la chaza, que havia dexado puesta al tiempo del buelco, torció éste la conversacion à los asuntos de su inteligencia, que eran, à la verdad, de poquisima substancia; de aqui fué, que pronto se le acabó la tela; y deseando Yo profundizar mas en los modos de pensar del Señor Moral, baxo cuya rústica corteza se descubria un no comun fondo de instruccion, y rectitud; enderezando hácia él mis palabras, le dixe: Vuestros discursos, Señor Moral, son tan gustosos de ser oidos, como verdaderos; solos estamos, y aunque hasta ahora no nos haveis tratado, el honor nos obliga à seros leales en las confianzas, que querais tener, dandonos cuenta de los asuntos, que os trahen à la Corte; à menos, de que sea cosa tan reservada, que no debais comunicarnosla, pues en tal caso no pretendemos ser de aquellos molestos, que à fuerza de ruegos intentan con la mayor pesadéz, les revelen los secretos, que importa à sus Amigos tener mas ocultos. ¡Oh, Señor! exclamó él, de esos hai gran cosecha en nuestros Lugares; y no creais, que es, movidos del amor del proximo, para aconsejarle, ò aliviar su cuidado; nada menos; el objeto de ellos es, lo primero una vana curiosidad,

y lo segundo ir à los corrillos à murmurarlo en tono de lástima; y para cumplir estos dignisimos cargos, toman al suyo tan estrechamente el indagar, lo que no les importa, que parece tienen creido, que no cumple con las leyes de buen vecino, el que no es buen acechador, ya que de otra manera no pueda escudriñar los negocios, que dél ocultan: Los que ahora me trahen al Sitio, no son de los que no pueden absolutamente revelarse, y excepto algunas secretas instrucciones para mi manejo, puedo sin dificultad referirlos.

Sabed, Señores, prosiguió diciendo, que el Pueblo, en donde Yo estoi avecindado, es Lugar de Señorío: Esto es; un Caballero, que vive en la Capital de mi Provincia, tiene el privilegio de poner un criado suyo cada tres años por Corregidor; tened, Señor Moral, dixo mi amigo Tulipan, criado suyo nó puede ser; en mi casa hai un igual privilegio para ciertos Lugares, y siempre se buscan sugetos circunstanciados de ciencia, y conciencia para que administren justicia en ellos; pero nunca se envia un criado de casa; ¡ buena andaría la justicia, quando interviniesen, como es mui comun, los intereses de la casa en las instancias con los particulares! Señor mio, replicó Moral, lo que se executa en la vuestra, no sé; desde luedo doi de barato, que en ella, y en otras sucederá, lo que deciis; pero en la del Señor de nuestro Lugar infiero, que no es así, de que à todos los Corregidores, que he conocido, y no han sido pocos, siempre he oído decir: Mi Amo manda, mi Amo escribe; mi Amo, &c, y Yo no creo, que, à no ser ellos sus Criados, le darian este título: Este

te

te Corregidor es, el que entiende en los pleitos de los vecinos en primera instancia, y toma las providencias gubernativas del Pueblo: Tiene el referido Caballero, además de esta facultad de poner Justicias, el privilegio de percibir ciertas contribuciones, que le paga el vecindario, para cuya recaudacion reside alli un Mayordomo, que además de este público ministerio, tiene reservadamente el de Fiscal de las acciones, palabras, y aun intenciones tanto del Juez, como de los vecinos, especialmente, de los que tienen alguna dependencia con el dicho Señor, mediante cuya vigilancia, se advierten repentinamente unas ásperas providencias, y no pocas veces, unas tyranas alcaldadas, que como por lo regular dan en la parte mas debil, y necesitada, se sufren, y callan, por no exponerse à experimentar los efectos de la mas severa indignacion, y resentimiento de su Grandeza; furibundo clausulón, con que generalmente finalizan sus desaforadas cartas; añadiendose à ellas las enigmáticas reprehensiones, que dá el referido Mayordomo, que comunmente sabe hacer mui bien su papel con arqueamiento de cejas, ahuecamiento de carrillos, y con el exemplar de tal qual reciente tyranía, executada en alguno de los infelices; sugerida por él, y perfeccionada por su subalterno, el Corregidor.

Poco à poco, Caballero mio, dixo, interrumpiendole Tulipan, conociendo, que el solféo iba demasiadamente pesado, y que de rechazo no dexarian de dar algunas pedradas en el tejado de su casa; poco à poco, que en breves palabras os vais llevando de calles la mas distinguida clase de

nues-

nuestros Dominios : ¿ Sabeis de quienes hablais ? ¿ Sabeis contra quienes formais una crítica tan mordáz ? Yo bien sé, respondió Moral, de quienes, y contra quienes hablo : No son los buenos el objeto de mis razones ; no aquellos, que son honra de nuestra Nacion ; no, los que forman la parte mas esencial, y acreditada de la Patria : Hai algunos de estos ; no lo ignoro ; pero son los menos : Me irríto contra los presuntuosos, entonados ídolos de la fortuna, que, desnudos de los sentimientos racionales, nos insultan, como si fueramos de otra especie, nos desprecian, como si fueran de otro barro ; estos, que turban nuestro reposo ; que se imaginan, que honran con solo dexarse ver benignos ; hablandonos, y tratandonos, en tono de superioridad, y proteccion, como si por mas que se estiren, y engrian, pasasen de un Mono, como qualquiera hijo de vecino : El infelíz Pueblo, que oye hablar à uno de estos con sobrecejo, andar con vanidad, y vencer injustas dificultades à peso de dinero, le cree de la casta de los Semidioses, le rinde adoraciones, y se le humilla hasta el ínfimo polvo ; la infame turba de aduladores le rodea, y ensalza aun sus mas enormes vicios, y al compás de tan desproporcionada música él se va monstruosamente hinchando, hasta que sirve de risible espectáculo à la consideracion de un verdadero Filósofo desimpresionado de las ilusiones de los sentidos : Este con el colírio de la razon sana los enfermos ojos de sus compatriotas, haciendoles ver, que aquel arrogante fausto con que les insulta, es el que por dias hace mas insoportable su carga, pues se sostiene à

cos-

costa de su sudor, y miseria; aquellas adulaciones, y mentiras, que resuenan alhagüeñas en su oído, son los estorvos, con que no da lugar, à que entre el llanto de los infelices à mover su corazon empedernido; aquel luxo, aparato, y grandeza son las distracciones, y ceguera, para que no vea, ni conozca, que insensiblemente está bebiendo la sangre de los desdichados, à quienes cupo la desgracia de tener la cervíz baxo de su pie: Les hace conocer, que la brillantéz, con que quiere cegarlos, y el resplandor de los metales, y piedras, con que se engalana, es una iluminacion de fuego fatuo, que ni quema, ni dura; y por fin, si el asunto lo merece, y va mas sério, los aúna y aníma, à que levanten el grito, hasta que sus justas quexas, penetrando la atmosfera, que rodea al trono, despierten en el corazon del Soberano los sentimientos de piedad, de que está dotado, y desembainando la espada de su justicia, proteja contra los tyrános, que la oprimen, à aquella porcion de fieles vasallos, que imploran su poder.

Aunque Yo no sea, prosiguió, un Mono dotado de las bellas qualidades, que para excitar asi los ánimos se necesitan, tengo un no corto acópio de experiencias de semejantes personas, un mediano desenfado, y una retórica, aunque no sublimada, bastantemente expresiva; valído, pues, de estas armas, y conmovido ultimamente con la impiedad, que supe, havia cometido el susodicho Administrador, vendiendo hasta los derrengados, y despreciables muebles de cierta infelíz viuda del Pueblo para hacerse pago de una corta porcion de maravedises, que debia de atrasos de su tributo

el

el mismo dia, que à una desenvuelta mozuela havia regalado su Amo una joya, valúada en tanto precio, quanto importaban los réditos del Lugar en un año; junté à los mas visibles del Pueblo en mi casa, y les hablé de esta manera:

No sé, honrados Paisanos mios, con qué voces os describa lo mismo que sabeis, y que estais tocando; no quiero perder el tiempo con vanos razonamientos, ni exasperaros con exageraciones, que tienen parentesco inmediato con la impostura; no necesito de abultadas expresiones; hable vuestra misma infelíz situacion; volved los ojos à esos vuestros campos, en otros tiempos risueños, y abundantes, y ahora cubiertos de espinas, y malezas; esos públicos edificios, erigidos para el bien comun, ya veis que amenazan ruina, y los particulares no tienen que temerla, pues reducido el Lugar à sitios heriales, parece Pueblo arrasado por el furor de la mas sangrienta guerra; apenas vuestras compañeras hallan un rincon resguardado de la inclemencia, donde criar à vuestros Hijos; los viejos con dificultad encuentran en donde reclinar su trémula, cansada cabeza; el sudor de vuestro rostro pasa à agenas manos, no ya para manteneros en paz, y justicia; no para defenderos de los insultos de vuestros enemigos; no para procuraros la abundancia, sino para convertirlo en usos proprios, para sus vanidades, y locuras; no sé si me atreva à deciros, que estais en la constitucion miserable de consideraros de peor condicion, que las bestias que pacen por esos prados: Pero ¿cómo no ha de deteriorarse cada dia mas nuestra poblacion? La casa que se arruina, no se reedifica; el Labrador que se

pierde con el rigor de uno, y otro mal año; no halla una mano bienhechora que le sostenga; la infelíz que queda viuda, cargada de tiernos hijuelos, no encuentra consuelo, ni mas ayuda para criarlos, que la cortisima labor de sus manos; como no hai fomento, cesa la industria; y como no hai proporciones, no se dán al campo las labores suficientes para que fructifique, como puede, y se vió en otros tiempos.

Tambien es fuerte cosa, replicó entonces el impaciente Puerro, que querais gobernar las acciones de los demás, y que porque ese buen Señor, que decíis, tiene esos privilegios, y rentas en vuestro Pueblo, forzosamente ha de acudir à todas las necesidades, mayormente quando son tantas; pues para taparos las bocas, segun se colige de vuestro discurso, havia de mantener en buen estado las obras públicas, havia de coadyuvar à reedificar las de los particulares, havia de sostener al Labrador perdido, havia de tener cuenta con los huerfanos, havia de ser báculo de los impedidos ancianos; havia de mantener el buen orden, la justicia, la abundancia, y la defensa contra el poder de los enemigos: ¿Ved, si para atar tantos cabos, es bastante sola una persona? Vaya, vaya, que el hablar cuesta poco. Si costára mucho, respondió el Diputado, no hablárais vos tanto, Señor Puerro; muchas respuestas tenia que dar à vuestro razonamiento; pero para no dilatarme, porque ya se divisan no lexos las torres del Sitio, reduciréme à dos puntos; uno, si debe acudir à tantas obligaciones (y muchas que se os quedaron por decir) el que tiene semejantes privilegios en los Lugares; y otro, si una sola per-

so-

sona es suficiente para cumplir con todas: La decision de este segundo es mas facil de comprehender, pues dexando las pruebas especulativas, se demuestra con la práctica de los exemplos, no precisamente de los muchos, que en los siglos pasados nos propone la Historia, sino de ciertos Señores de la Corte, y de lo restante del Reino, que actualmente viven, y todos conocemos: Aqui hizo una enumeracion de aquellos, que con razon debian proponerse, como modelo de la moderacion, racionalidad, y exactitud; y prosiguió: Y para mis compatriotas el que tenian mas à la vista, y les propuse, fue el Señor del Pueblo mas inmediato al nuestro, en donde à costa de su desvelo reinaba la sociabilidad, la abundancia, y la paz; la necesidad del buen vecino no tiene alli, que irle à buscar para el socorro, pues no ha nacido, quando ya se halla remediada: Los Jueces de sus estados tienen orden, de que en toda instancia entre el Señor, y los Vecinos, siempre que el derecho sea dudoso, sentencien à favor de estos, y en contra suya: Sus Administradores, y Mayordomos no lo son, antes de haver dado unas no equívocas pruebas de un corazon piadoso, mediante el qual, y à medida de las rectas intenciones de su Amo, no halla el afligido por la pérdida de su hacienda, ò salud à un impio, que le añada afliccion, estrechandole, persiguiendole, encarcelandole, y dexandole por puertas, para que pague una contribucion, à que en tal caso no hai derecho alguno, si bien se especula, que pueda obligarle; antes, compasivo le sobrelleva, le dá la mano, y le ayuda à salir de la desgracia, à que le conduxo su suerte: ¡Qué bendiciones no escucha de boca de aque-

aquellos desdichados! ¡Qué dias tan llenos los de un Señor, que tiene tan raros compañeros! ¡Oh, cómo cumple con las obligaciones que la Providencia, el Monarca, y el Pueblo pusieron à su cargo!

Si Señor, obligaciones, que es el otro punto en que hallabais dificultad: Esto decia, encarado con Puerro, que ya llevaba un miedo mas que mediano: Si supierais el origen de estas contribuciones; si ascendierais al principio, y fuente de estos privilegios, Yo sé, que ni asomo hallariais de duda; y pues la distancia de nuestro destino aún lo permite, recopilando quanto pueda, lo que necesitaba largos discursos, si huviera de desmenuzarse, he de explicaroslo, tomando el hilo desde el mas remoto tiempo; ya para que otra vez no repliquéis, en lo que no teneis bien examinado; ya porque à un forastero tan curioso, è instruido como el Señor Enrique no puede ser molesto el oir, aunque en resumen, y por mayor, la Historia de este nuestro Continente. Díle gracias con la mayor expresion que pude, y él prosiguió de esta manera:

No es dudable la ley, que nos inspiró sábia la naturaleza. de nuestra propria conservacion; ley establecida, so pena de la destruccion total de nuestro genero; de aqui se sigue el derecho de adquirir cada uno aquello que es indispensablemente necesario à su existencia; adquisicion, que trae consigo el derecho de retenerlo con exclusion de otro qualquiera, en conseqüencia de que, teniendole como derecho natural de su conservacion, le debe haver adquirido de modo, que ninguno pueda disputarsele. A proporcion del aumento que iban tomando nuestras familias, iba creciendo el consumo;

y

y como la tierra no daba espontaneamente tan copiosos los frutos, que quedáse absolutamente remediada la general exigencia, era necesario labrarla más cuidadosamente, para que à fuerza de incesantes fatigas facilitáse sus inmensos tesoros; pero como esta industria, y trabajos provenían del comun de la Nacion, y en ella se encontraban muchos mal morigerados, perezosos, y que fiados en el trabajo de sus semejantes, se entregarian à un detestable ocio; siendo tambien de una eterna altercacion, aun entre los laboriosos, la medida de lo mas, ò lo menos, con que cada uno contribuía à la masa comun, y lo que de ella sacaba para su mantenimiento, era preciso que cada familia se apropriáse cierta porcion de tierra, que havia de cultivar para sí sola, y cuya propriedad havia de pertenecerla peculiarmente en adelante, no (como algunos de nuestros sabios quisieron) porque la ocuparon antes que otro; sino porque al ocuparla huvo un consentimiento de parte del resto de la comunidad, à quien en comun pertenecia, ò bien fuese expreso, exponiendo la convencion verbalmente, ò bien fuese tácito, quando à vista, y paciencia de ella se apropriò, labró, y usufructuó dicha familia cierto terreno, cuyo comun consentimiento, junto à la prescripcion, la aseguran en su absoluto, y pleno derecho, que de otra suerte sería una usurpacion.

Esta division de los bienes de la tierra, como se hizo entre familias de distinto número, y de diversa capacidad, y proporciones para la industria, y el trabajo, fue forzosamente desigual, y asi, unas quedaron mas poderosas que otras, por consiguiente nació de ésta desigualdad la dependencia, y el

mu-

mutuo comercio de oficios, y beneficios: No solo entre las familias, mas dentro de una misma produxo la diversidad de genios, fuerzas, y entendimientos una grande desigualdad, enriqueciendose unos mas que otros, y por tanto, quedando entre sí subordinados, los unos acudiendo con sus obras, y servicios à los otros, que descargan en ellos sus cuidados, haciendose cargo, en recompensa, de su mantenimiento, y forzosas necesidades de la vida. En tal estado se debe considerar en este nuestro Continente à cada Padre de familias, como un Soberano con autoridad, y facultades sobre los suyos; pero como estos no conservasen por largo tiempo el candor de vida, y rectitud necesaria para semejante gobierno, no cumpliendo con las obligaciones que requeria su cargo, y abusando del poder que se les confiaba, ellos mismos conocieron la indispensable necesidad de las sociedades civiles, que inmediatamente formaron, elevando sobre sus cabezas à uno de aquellos, cuyas facultades, riquezas, y poder le hacian descollar entre todos, como destinado por la Providencia para ser el Soberano universal de dicha sociedad civil; en este solo se reunieron la autoridad, y poder physico que cada cabeza de familia tenia, quedando todas entre sí iguales, y subordinadas à este único poderio moral, para cuya conservacion, lustre, y seguridad todos se obligaron à contribuir con sus haciendas, industria, y personas; en caso de necesidad; siendo la obligacion por su parte cuidar de la felicidad de aquellos Pueblos, que se ponian baxo su proteccion, haciendo que entre ellos reinase la abundancia, y la tranquilidad; à cuyo efecto, siendo im-

imposible, que en lo vasto de su dominacion por sí solo manejáse quanto se requeria à este fin, creó Magistrados, y Jueces de diversas gerarquías, por cuyo medio se cultivâse la paz interior de su Reino, terminando las diferencias que entre los subditos ocurriesen, dando à cada uno lo que fuese suyo, y siendo los cauces por donde dirigiese sus premios à los dignos, y el castigo à los malhechores: Levantó asimismo tropas armadas, que protegiesen à sus Pueblos de la violencia de los enemigos exteriores, que intentasen molestarlos; y finalmente instituyó quantos oficios, y empleos eran conducentes à la soberanía de su persona, como objeto del amor, y respeto de sus Vasallos, y del terror de los enemigos del Estado.

Asi se estableció nuestro gobierno, y asi floreció la felicidad, y la abundancia en nuestros Paises, en tanto grado, que llegaron à ser apetecidos de la ambicion de quantos Conquistadores poderosos tuvieron conocimiento de ellos. Varias fortunas experimentó este Imperio, cuya exacta relacion no cabe en la brevedad, con que voi corriendo nuestros principios, ni el tiempo por ahora la permite; pero nuestra heroica Nacion, que (como dixo un sabio Escritor, natural de aquellos Paises, en donde generalmente, quando hablan de nosotros, ò por ignorancia, ò por embidia, ò lo mas cierto por natural habladuría, procuran obscurecer nuestra fama, desacreditando nuestras acciones) nuestra heroica Nacion, repito, que dentro de sí misma conserva cierto principio de grandeza, que ninguna siniestra suerte ha sido capáz de aniquilar, con la paciencia, el tiempo, y el valor, llegó à formarse, y

ad-

admitir por sus Soberanos à unos generosos caudillos, baxo cuya dominacion vivió por muchos siglos dichosa: Pero la fortuna, que en ningun objeto emplea mas facilmente los tiros de su volubilidad, que en los grandes establecimientos, en breves dias procuró arruinar la obra de tantos años. De la abundancia pasó la Nacion al tédio del trabajo; del tédio al ocio; del ocio al vicio; patrocinó à éste el Gefe principal, y quedó el País aletargado; era consiguiente haverse embotado el filo de las armas; haverse desguarnecido las Plazas, y haver abierto los Puertos paso franco à los insultos de los enemigos.

En esta infelíz situacion estaban estos Dominios, quando abortó el mar en nuestras playas una confusa multitud de monstruos marinos, que no hallando resistencia en ellas, en pocos tiempos llevaron el terror, la crueldad, y sus conquistas hasta lo mas remoto del Reino: Por pronto que quisieron sacudir el sueño sus habitantes, la ferocidad, y fortuna de los Conquistadores havian hecho tan rápidos progresos, que no quedó mas arbitrio à los miserables, que rendirse à merced del vencedor, viendose precisados, por conservar sus vidas, à gemir baxo de un tyrano yugo: A este tiempo un puñado de valerosos guerreros, que por no consentir infames pactos, abandonando sus riquezas, havian vuelto las espaldas al riesgo, fortificandose en lo mas escabroso de unas escarpadas sierras, à donde no havia podido penetrar el furor de los enemigos, salió, conducido de un generoso caudillo, lleno de esfuerzo, à hacer frente à la multitud, no pudiendo contener su espíritu en el corto recinto de los

los montes. Desde aquel dichosisimo instante comenzó à respirar nuestra oprimida Patria, recuperando nuestros Soberanos à punta de lanza, y con indecibles trabajos, quanto à sus vasallos havia robado el furor de la guerra; pero, como un Gefe no era suficiente por sí solo, para llenar las vastas idéas, que formaba sobre las conquistas, que ofrecía un País tan dilatado, y se esperaban del indecible valor de sus naturales, à proporcion de las ocasiones, que se presentaban en los varios accidentes de esta célebre restauracion, se valía ya de uno, ya de otro de aquellos mas valerosos Capitanes, que llevaba el exército, à quienes su espíritu belicoso, su pericia militar, y su riqueza adquirida por la industria, y mérito, ya proprio, ya de sus ascendientes, havian hecho sobresalir entre sus compatriotas, y havian ido poco à poco proporcionando, à que fuesen respetados por Príncipes de la Nacion; à el cuidado de éstos fiaba varias expediciones, la toma de diversos Pueblos, y la conquista de muchas Plazas; el efecto correspondía à las esperanzas, que de sus brios, y espíritu se formaba; y aquellos vasallos, recuperada su perdída libertad, volvian à reconocer à su antiguo Soberano, poniendo à sus pies los socorros necesarios, para que les conservàse la justicia, y sirviese de defensa contra sus enemigos.

Muchas de estas nuevas conquistas (aqui os pido la mayor atencion) ò quedaban gobernandose por la direccion de estos famosos caudillos, ò bien se daban en dote à algunas Princesas, para premiar con su mano los servicios de tan grandes Capitànes; de aqui es que el Gefe de la Nacion,

fundando sus esperanzas en la gran cuenta, que tenia à estos el conservarlas, y fomentarlas, les confiaba su gobierno, y su defensa, permitiendoles, ya poner unos Tenientes, que en su ausencia velasen en la administracion de justicia entre los vecinos, ya armarlos contra las invasiones de sus contrarios, saliendo à capitanearlos en persona à la campaña; y como éstos particulares Gefes de los Pueblos llenaban de este modo las obligaciones, que tenia sobre si la cabeza principal de toda la Nacion, de conservarlos en justicia, fomentarlos, y defenderlos, nada podia ser mas conforme à razon, como el que tuviesen el privilegio de percibir en parte aquellas contribuciones, con que los vecinos concurrían para los dichos fines: No fué ni pudo ser el ánimo del Soberano concederles poder alguno que no fuese dimanado de su Real authoridad, y siempre à ella subordinado. Es cosa quimérica pensar, que haya un vasallage en los subditos de un mismo Reino, diferente, del que se debe al Príncipe, porque en la naturaleza no hai, mas que un poderío physico, fundamento, y raíz del poderío moral; aquel (como he dicho poco há) residía en los Padres de familia, los que unanimemente en la formacion de la sociedad civil le renunciáron en el Gefe general, que substituyéron, en el qual reside el poderío moral único, y universal sobre los subditos, sostenido por el poderío physico de toda la Nacion, del que sus individuos se despojaron moralmente en favot de la Soberanía, quedando todos sin distincion subordinados al principal, è iguales entre sí en razon de subditos, distinguiendose despues las varias gerar-

rar-

rarquías del Reino, segun las diversas elevaciones, que reciben del Soberano en recompensa de los méritos, y servicios de las familias.

Concluyese, pues, de todo lo dicho, que ninguno hai exceptuado desde la formacion de las sociedades civiles de contribuir con parte de aquella substancia, que en la division general con la mútua convencion se havia apropriado, à la subsistencia, y lustre de aquel, en cuya mano ponen confiados los subditos su sosiego, su defensa, su aumento, su conservacion, y todo su bien, proporcionandole con sus personas, y haciendas los medios para ello conducentes, obligandose él por su parte, à mantenerles la justicia, abundancia, y defensa de sus enemigos: Que en la restauracion de estas Provincias no podia por sí solo acudir un Gefe à todas las necesidades, que ocurrian, y que por tanto destinó à aquellos mas valerosos Capitanes, que experimentaba al lado de su persona, para que le ayudasen al complemento de sus hazañas: Que en pago, de las que executaban, los premiaba con el Señorío de varios Pueblos, y Plazas: Que este Señorío no se puede entender mas, que en nombre de su Soberanía, pero no con un poderío proprio, el qual solo corresponde al Príncipe: Que, aunque es indubitable, que no conviene à los Reyes usar de tanta liberalidad, que se convierta en vicio de destruccion, agraviando à los sucesores en el Reino con la desmembracion considerable de sus estados, tambien es certisimo, que les pertenece conceder gracias, y hacer mercedes à sus naturales, y vasallos, para que se honren, y sean ricos, acrecentandose

 igual-

igualmente su dominacion por este medio, y mucho mas à aquellos, que à costa de su sangre les aseguráron la Corona ayudando à la recuperacion de sus dominios: Que, como ellos gobernando aquellas Poblaciones recienconquistadas, ò por sí, ò por sus Tenientes, las mantenian en justicia à costa de sus desvelos las procuraban la abundancia y à riesgo de sus personas, y bienes, las defendian de sus enemigos, nada era mas natural, que el que tuvieran el privilegio de cobrar por su mano aquellas contribuciones, destinadas à estos fines: Y, finalmente, que si son tales, y tan grandes las obligaciones, de los que tienen estos privilegios, merecidos por su valor, y adquiridos à punta de lanza; ¿cómo podrán licitamente desentenderse de ellas aquellos, que los obtienen con títulos menos airosos, por mas distinguidos que sean? Ahora bien, concluyó el Señor Moral, ¿aquel Señor, que en lugar de Juez, pone en su Pueblo un tyráno; que no ayuda à los necesitados; que no piensa, sino como ha de exigir tributos, no pocas veces, imaginarios; que con sus gruesas rentas en quasi nada ayuda à su Soberano contra los enemigos, que insultan el estado; que no emplea su persona en servicio del Príncipe, y del Reino; y que es un vicioso disipador de aquellas contribuciones, que para tan diversos fines le concedió el Gefe general, y ponen en su mano los necesitados, os parece, que no puede ser reputado poco menos, que como un traidor contra la Patria, pues por su parte se esfuerza à arruinarla? ¿Y aquellos caudales, que entran en poder de tal monstruo, os parece, que llevan el destino, para que

se

se desposeen de ellos sus dueños? Inferid de aquí, Señor Puerro, si tienen obligacion de invertirlos en la felicidad de sus Pueblos; è inferid todos, Señores, el destino de mi diputacion al Sitio.

Todas estas razones, y mas, las que conducian, aplicadas en particular, exponia Yo à mis convecinos: ¿ Podrémos mirar, añadia, con indiferencia, las injusticias de nuestros pobres Paisanos; los agravios proprios; y la opresion de la Patria? Tened entendido, que por ésta son nuestros votos: El amor à ella me obliga à excitar en vosotros los sentimientos dignos, de quienes son, y deben ser su apoyo: No es mi bien particular, el que procuro; ya el curso de mi vida está en el último tercio; pero en los pocos instantes, que me restan de aliento, quisiera lograr la dicha de verla remediada; bien considero, que si va aumentandose el daño, llegará à desplomarse, agoviada con su proprio peso, y tal vez, confundirá entre sus ruinas, à quien las causa: Pero ¿ qué alivio será para nosotros tan lastimoso catastrophe? ¿ de qué nos aprovechará entre los horrores del sepulcro tan desventurada venganza? Hechos cargo aquellos mas granaditos de mi Pueblo, cada qual à medida de sus alcances, de la fuerza de mi propuesta, y recordando varias injusticias, de que particularmente estaban resentidos, y que no son del caso por ahora para mi relacion, determinaron con unánime consentimiento, que Yo pasáse con sus poderes, representando el general clamor, à los pies de nuestro Soberano: No dudan un felicisimo éxito de su justificada pretension: Saben mui bien la integridad de los Ministros, que rodean al trono: No ig-

ignoran, que estos son de la clase de aquellos, que revestidos del poder, que se les há confiado, reciben afablemente los memoriales de los menesterosos, oyen el clamor de los agraviados, examinan por sí mismos los abusos, que insensiblemente van tomando cuerpo en el Reino; no se asustan de sobervios fantasmones, son exactos observadores de la ley, y la justicia, y, en una palabra, lexos de un miedo servil, hablan la verdad al Príncipe; à un Príncipe, que sabe en alto grado el dificil arte de reinar, y las obligaciones, que le cercan: Considerad de estos antecedentes, si es bien fundada la esperanza de unos consiguientes dichosos. No se me oculta, que emprendo mis acciones contra uno de estos, llamados poderosos, de estos tenidos por felices en la tierra; pero, como Yo no miro estas cosas por la exterioridad, y transciendo à la realidad de ellas, he hallado risible su poder, y su felicidad transitoria, y ridícula.

Aqui sí, que el Señor Puerro dió una gran carcajada, y le interrumpió, diciendo: ¿Con que no es poderoso, y felíz un Mono, rodeado de una multitud, que solo espera saber su voluntad para ponerla por obra? ¿un Mono, que se rie de vuestras amenazas, considerando insuficientes vuestras fuerzas, para llegarle al pelo de la ropa? ¿un Mono, que os desprecia, seguro de vuestras armas? ¿un Mono, finalmente, à favor del qual se ha empeñado la naturaleza, para contribuir à sus comodidades, y adular su gusto? Ese Mono, dixo el Señor Moral, que pintais con todos esos coloridos, aun dado, y no concedido, que logre todas las qualidades, de que le dibujais revestido,

si

si le falta el interior testimonio del bien obrar, es un cobarde, y desdichado; os esgañais, si le creeis esforzado, y poderoso; no basta solo para serlo no temer à la espada de los demás Monos, debe no temer à sus lenguas, y à sus plumas: Os miente, si os dice, que está anegado en placeres de la vida, no le creais, por mas que se le contemple con todos, los que proporciona el arte para alhago de los sentidos, estos no pasan de la materialidad del cuerpo; pero enmedio de ellos está su espíritu lleno de remordimientos, que le acivaran sus mas apetecidas diversiones; siempre temeroso, siempre sobresaltado, hasta de su sombra se asusta: Y sino ponedle en contraposicion, del que, no obstante que viva en corta fortuna, no apartó de su corazon por motivo alguno los propositos, que formó desde luego, de conservarle incorrupto, è inseparado de la justicia, y equidad, y hallaréis à éste inmutable, y sin decaimiento de ánimo, aunque advierta, trastornarse todo el mundo; al paso que à ese ídolo de la fortuna asusta el menor amágo de contratiempo: Decidle, que os responda con sinceridad, si en su interior no juzga, que los mas de sus pasatiempos son pueriles, y sin substancia; la brillantéz de sus adornos, y palacios, como el oropél de los theatros, papelon, y perspectiva; su representacion, y ventosa pompa apoyadas en un orgullo, y refinada política, para alucinar insensatos, è inspirar un servil miedo; y por último, imposibilitado por su mal obrar de gozar el mayor, y mas puro de los placeres, que es el de ser amado de sus semejantes, haviendose hecho indigno de ello por sus obras: A la verdad, que no se podrá

drá lisongear, como cierto pequeño Potentado de estas Provincias, que, concurriendo en un convite con otros de mas considerables Estados, vanagloriandose estos, de sobre mesa, de la extension, y número de sus vasallos, despues que se hincharon à su satisfacion, él les dixo enfaticamente: No os envidio el poderío, y fuerzas, de que haceis alarde; tampoco os puedo competir en ellas; y solo tengo que decir acerca de mis Pueblos, que en qualquier dia puedo pasearme solo, y seguro por ellos, sin recelo de sus azeros, sus lenguas, y sus plumas, ¡ Oh! quán pocos pueden lisongearse con semejante felicidad! ¡Oh! qué contados los que dirigen sus operaciones al fin de conseguirla!

CAPITULO IX.

De la Escuela pública, que tenía en el Real Sitio el Doctor Tamarisco.

QUando mas enfervorizado iba el Señor Moral en sus reflexiones, y nosotros mas silenciosos, oyendole, nos hallamos enmedio de una frondosa, y dilatadisima arboleda, que se estendía por la mas agradable llanura, cubierta à uno, y otro lado de yervas olorosas, entretegidas con la variedad de colores, de quantas flores produce la fertilidad de la Primavera; regabanla unos cristalinos arroyuelos, que corriendo mansamente sobre sus rizadas arenas, y por entre unos pequeños guixarros, formaban el susurro mas sonóro; el harmonioso canto de las aves, que à vandadas cruzaban sobre las copas de los altos álamos, y

el

el sosiego, con que à manadas pacían la humeda yerva, sin que los sobresaltasen los caminantes, los brutos de los vecinos bosques, demonstraban la libertad, que gozaban en aquella su deliciosa república; y todo aquel conjunto de amenidad, y deleite daba unas no equívocas señas de la inmediacion del Real Sitio; nos confirmamos mas en nuestro parecer, quando à poco rato nos hallamos rodeados de vistosisimos jardines, en donde el juego de las aguas, el murmullo de las fuentes, la harmonia de las cascadas, la magnificencia de su estructura, la aromática suavidad del aire, y simétrica colocacion de plantas, y flores conducian à todos los sentidos à una dulce inexplicable delicia, en la que quedamos absortos, sin volver del todo en nuestro acuerdo, hasta que impensadamente nos hallamos à la puerta de nuestra posada.

Era esta una de las muchas casas que hai en aquel Sitio, con apariencias de comodidad, y amagos de decencia, en donde pagandose à peso de oro el hospedage, se tiene que sufrir baxo de un mismo techo la compañia de toda clase de personas: Salíonos à recibir un obeso Cepho, que despues de largos años que habitaba en Simiópolis, havia olvidado su idioma, y no havia aprendido el del País; haciendo con el gorro una cortesía à la granadera, nos cumplimentó con la elegancia que prometia su tosca, y desaliñada figura: Fuese porque conoció à Tulipan, fuese porque nuestro pelage le pareció de mas conseqüencia, nos dispuso el mejor alojamiento de los que havia en la casa: Este, no obstante la absoluta independencia de los demás, estaba en parage, que era universal registro de ellos. Apenas

se sacudió Tulipan el polvo del camino, quando, llamado de su cuidado, salió solo, porque Yo determiné descansar, y no otra cosa. Desde mi quarto registraba la diversidad de figuras que entraban, y salian en los otros, particularmente en uno que se descubria frente del mio. Despues de algun tiempo, quando ya estaba mas sosegado aquel contínuo fluxo, y refluxo de visiones, salí à dar un paseo por los corredores; y à breve rato se puso en ellos con la misma determinacion, ya desembarazado de visitas, en bata, y chinelas el Mono que llevo dicho, me havia tocado de vecindad: Yo estaba desocupado, y para disipar algunos fastidiosos pensamientos, hijos de la soledad, me agregué al referido, saludandole; correspondióme atento, y trabamos conversacion: Sin duda, Señor, le dixe, es de notable trabajo el empleo que os ocupa, si advierto el numeroso concurso de sugetos, que desde el corto tiempo que ha que he llegado, he visto entrar, y salir en vuestro alojamiento.

¡Ah, Señor! exclamó él, esos son mis deseos, tener empleo, que me ocupe, y dé de comer; en esta solicitud he venido siguiendo la Corte en qualidad de Pretendiente, harto os he dicho, tenedme lastima: El despacho se me prolongaba, se me acababa el dinero, y el comer no daba espera: Pero el vientre, que (segun dicen, escribió cierto antiguo) es el mejor Maestro del Arte de la industria, y fomento de la ingeniatura, me dictó una, que creí me valiese para un entretanto; y me ha salido en el efecto una abundantisima mina, que provee à mi subsistencia: Esta es una ocupacion, empleo, ò ministerio jamás visto, ni inventado en estos Paí-

ses:

ses: Hai en ellos una increíble aficion à los teatros, como havréis experimentado en el tiempo que ha que estais entre nosotros; los afectos à las diversas Compañias de la Capital están divididos en varios vandos; la emulacion es excesiva; la proteccion se hace tema, y se incluyen en ella aun los personages mas entonados; de aqui es, que sean gracias en unos actores las mismas expresiones, que en otros frialdades; en aquellos primores, los que en estos defectos; y lo mas chistoso del cuento, que un mismo sugeto pierda el merito de su habilidad, para con los que le alaban, por solo el hecho de pasar al teatro del otro partido: En esta inteligencia, Yo determiné sacar mi provecho, y divertirme à costa de tanto mentecato; y aunque me temí que por no estar en Simiópolis, que es en donde reinan estos partidos, no podria sacar tantas ventajas de mi invento, fue vano mi temor, porque como es grande el comercio que hai entre este Sitio y la Capital, no he tenido que echar menos la estada en ella, pues aqui me vienen à consultar con tanta freqüencia, como si allá estuviese.

Ya tendréis deseo, añadió, de saber qué invento es el de que os hablo; pues sabréis, que en inteligencia de las pasiones que iba diciendo reinan en este País, fixé unos carteles, que poco mas, ò menos, decian asi: *Escuela general del Teatro; preceptos breves, fáciles, y claros para todo genero de personas, que de qualquier modo tengan dependencia, ò connotacion con él, para el perfecto cumplimiento de sus obligaciones à la moderna; observados, recopilados, y ofrecidos al público por el Doctor Tamarisco*

(un servidor vuestro) *Se subministrarán à cada uno segun su exigencia, y ministerio. El precio se dexa al arbitrio de los sugetos que soliciten su instruccion.* Mas que el pensamiento me admira, le repliqué, que quando el invento es para utilizaros con lo que dé de sí, dexéis la paga al arbitrio de los educandos: ¡Oh, cómo no conoceis bien, respondió, el genio, emulacion, y vanidad de mi País! Aquella clausulita (esto sea dicho para entre nosotros solamente) es el mayor manantial de la tal estafa; no es original el pensamiento, que le he visto diversas veces para otros asuntos puesto en práctica en Simiópolis; pero le he querido seguir por refinado, y me ha surtido el mas bello efecto; es verdad, que muchos de los que llegan, son unos infelices, que ni por sí tienen, ni hallan Protector, que les subministre, para que triunfen, y gasten à medida de sus deseos; pero tambien es cierto, que para uno que venga de esta clase, ván cayendo innumerables Monos de las otras, que dexados llevar de su risible ventolera, à costa de quatro cortesías, y vanos títulos, que prodigalizo con ellos, y ponderandoles la liberalidad del Marqués Fulano, ò de la Señora Zutana, (cabezas del contrario partido) sueltan la plata sin medida; y para que lo experimentéis, à la primera ocasion que se ofrezca, lo haveis de ver, pues Yo, desde luego, aunque nunca os traté, por las muchas noticias que de vuestras circunstancias tengo, os he de hacer partícipe del modo de portarme en este asunto; y asi presenciaréis las lecciones que gustáreis, que no tardará mucho en venir alguno, pues ya anochece, y es el tiempo en que ván acudiendo muchos de *incognito.*

Ha-

Hablando estabamos estas palabras, quando vimos irsenos acercando dos Monos, que venían comboyando à una Mona; y adelantandose uno de ellos, llamó à parte al Amigo Tamarisco, el que à brevisimo rato volvió à mí, y me dió las señas competentes, para que por una segunda puerta entráse en su alojamiento, y pudiese atender, sin ser visto, la sesion que havia de tener con estos personages: Yo estaba con humor de divertirme; y asi, executé lo que me dixo; depositéme en su alcoba, que estaba inmediata à una salita, en donde ya tenian su conferencia entablada. Nosotros, le decia el mayor de edad, componemos una pobre familia, para cuyo sustento es necesario solicitar algun medio; éste, ya porque la edad no es proporcionada para ello, ya porque lo resiste nuestra natural pereza, no puede ser el aprender algun nuevo oficio, cuyos rudimentos nos cuesten una grande dificultad, y que acaso no nos surta el efecto que deseamos; en tales dudas fluctuabamos mi Nuera, mi Hijo, y Yo, quando se nos previno la bella idéa, para ellos de tomar partido en una Compañia de Cómicos, que pasa à cierta Capital, y para mí de meterme à Poëta entremesero, teniendo para esto lo mas adelantado, pues ya llevo compuestas diversas obras de Relaciones, curiosos Romances, Villancicos, y Motes de fin de año, en las que he echado de ver, que no me es ingrata esta ocupacion; hemos puesto en planta el pensamiento como adequado à nuestras proporciones, y deseos; pues con un trabajo divertido, y no grande, vemos (por experiencia en cabeza agena) que se triunfa, se vive alegremente, se viste seda, se come con abundancia, y

se

se adquieren Protectores para casos de necesidad en alguno de los deslicillos , en que suele tropezar nuestra miseria : Sí , Señor , añadia con zalamería la Mona , es mucha nuestra fragilidad , y si no tiene una persona quien la guarde las espaldas , y dé la mano en cayendo , está expuesta à innumerables pesadumbres ; y mas en el exercicio : Calla , Niña, dixo , interrumpiendola el buen Suegro , aí es lerdo el Señor , para que no lo conozca todo , sepa lo que pasa , y penetre nuestra loable intencion ; no le molestémos con lo que no es del caso ; à lo que venimos es , à tomar lecciones , (segun ofreceis) que nos perfeccionen , y enseñen los tesoros escondidos del teatro ; à los muchachos por la parte representable , y à mí por la poética al gusto mas delicado moderno ; en cuya recompensa podeis esperar un no pequeño premio , pues aunque , como hemos dicho , somos pobres , no nos falta ya un caritativo poderoso Mono , que previendo lo útiles que por estos ramos podemos ser à la República , nos franquea à manos abiertas su dinero , à efecto de nuestra enseñanza.

Bien astuto anduvo este Mono en dar tan esencial advertencia al Señor Tamarisco , porque ya desde el principio de la conversacion , haviendo oido que eran pobres , havia torcido el gesto , y no cesaba de dar buelcos en su silla , en guisa de quien está incómodamente sentado ; pero luego que escuchó las ultimas palabras del razonamiento , dió paz à sus huesos , asomó à sus labios la risa , y con semblante placentero , despues de una corta arenga, y alabanza de su determinacion , mayormente con los deseos de perfeccionarse en el arte respectivo,

se-

segun la rigorosa moda, empezó su enseñanza por medio de unos preceptos, que les hacia repetir, ò executar, segun requería el paso: Mucho me alegráre de que se me huvieran quedado todos en la memoria, y mucho mas la parola con que los iba exponiendo; pero para que mis lectores formen idéa, expondré por mayor aquellos de que me vaya acordando.

Empezó por el Suegro, y le decía: No os tiene, Señor mio, que acobardar, para conseguir la laureola de un perfecto Poëta dramático de moda, el no haver leido, ni aun tener noticia de los mejores Poëtas antiguos, asi proprios, como estrangeros, porque haveis de estar cierto, en que tampoco ellos leyeron, ni tuvieron noticia de vos, ni de vuestras obras, con que asi, vayase lo uno por lo otro; además, que esto fuera bueno para imitarlos, y vos haveis de procurar ser original; y à los que asi no lo hagan, llamaréis Plagiarios, (en otra ocasion os explicaré el terminillo) que no por esto infernaréis vuestra conciencia poética: Procurad siempre elevaros tanto, que lleguéis, si pudieseis, hasta los espacios imaginarios, y à fuerza de figurar las claúsulas, las haveis de desfigurar, de modo que no las conozca ni el Poeta que las parió, que sois vos mismo; que eso del camino carretero es cosa de Poëtillas de tres al quarto. Las antithesis (este se explicará quando el otro) han de ser vuestras figuras de mayor estimacion, porque dán mucho realce à los clausulones altisonantes: Podeis decir sin escrúpulo poético à una Mona sobre el teatro, que está hermosamente fea; à un Rey, que es liberalmente avaro; à una cabaña, que está humildemente

so-

soberbia , y asi en otras cosas, porque estas son expresiones de grande consideracion : Por ningun caso nombraréis las cosas con sus inteligibles , y naturales nombres, sino con alguna delicada , obscura frase, ò figura ; como , por exemplo , al mar llamaréis el salado monstruo, y mas que haya quien entienda , que hablais de alguna canal de tocino : El perrillo de faldas, soi de parecer se explique baxo los términos del animal mansueto, y crea en hora buena qualquiera de los que escuchan, que hablais del borrico , pues nada de esto pende de vuestra siniestra explicacion, sino de su mala inteligencia: La afluencia haréis consistir en amontonar epítetos que llenen los versos , aunque no amplíen la significacion , como si hablando de la Luna, dixereis, que es la radiante, luminosa, clara antorcha de la noche : Procuraréis en vuestros Entremeses, y Sainetes, que generalmente haya algun majo, ò maja, en cuya boca teneis licencia de poner quantos despropositos os vengan à la pluma ; siempre hablarán con desgarro, insultarán à las personas de buena crianza, y escandalizarán representados, como al vivo : En sabiendo distribuir los papeles de estos à medida de vuestra fantasía, añadiendoles al canto un matrimonio infiel, un cortejante , un rufian, una vieja , y dos payos, teneis una considerable porcion de Sainetes, mudandolos de lugar , y locuciones, aunque éstas substancialmente deberán ser las mismas ; el majo , guapo; el cortejante , cobarde; el marido , paciente ; su consorte , loca ; la vieja, astuta ; los payos, tontos , maliciosos ; y al rufian pondréis las *puntas* : (término facultativo, que significa las sales punzantes , y mal sonantes equívocos,

cos, y triquitraques) éstas no escribiréis mui al descubierto, de modo que conocidas por los Censores, no os las dexen pasar; sino debaxo de cierto artificioso delicado velo, que con poco estudio pueda correr el actor, al decir, ò accionar los versos, bien sea por vuestro aviso, bien por su perícia en el arte; y advertid, que esta es una de las partes, que à pesar de los oídos limpios, harán mas famosa vuestra obra: Os amonesto, y aun, aun en quanto Maestro os mando, no os contentéis con estos géneros de Poesía; haced que salgan como escapadas (ò bien sea à medio galope) de vuestro ingenio otras muchas obras teatrales, porque mediante mis preceptos podeis atreveros à componer Pastorelas, Zarzuelas, Autos, Follas, Comedias, Tragedias, y quanto quisiereis, aunque sea de invencion propria. No os asuste aquella quisicosa que havréis oído de las tres unidades, por que el buen Poëta moderno (creedlo baxo de mi palabra) puede correr licenciosamente, sin detenerse en las unidades, por las decenas, centenas, millares, &c. Además, que todas vuestras obras, en cierto modo, las tendrán; la de lugar: En el teatro N. La de tiempo: A las quatro de la tarde: La de accion: Tocar al arma contra el bolsillo mas renitente. No obstante, si sois tan nímio, que no quereis contravenir à la orden que dexaron por escrito los mal-humorados antiguos à sus sucesores, lo haréis facilmente con estas observaciones: En quanto à la unidad de tiempo, diréis, que está observada en vuestra obra, poniendo en boca de uno de los actores una dosis de aurora bien à las claras al principio; à la mediacion

P un

un chicharrero del medio dia; y finalizando la cosa entre dos luces, sin que esto impida que las acciones intermedias, ni pudiesen acontecer, ni efectivamente aconteciesen en muchos años, por que ¿quién ha de ir à mediros tan escrupulosamente el tiempo? En quanto à la unidad de lugar, havréis cumplido, no poniendo acotaciones de mutacion de teatro, sino que toda la accion se execute, por exemplo, en una sala; en ella podeis recibir Embaxadores, tramar conjuraciones, despachar negocios del gabinete, dar batallas, conducir reos al suplicio, y todo lo que convenga à vuestra obra, sin salir de ella; esto tendrá tanto mas de admirable, quanto mas de irregular: La unidad de accion aun es mas facil; adornad vuestra Comedia con todos los sucesos conexos, ò inconexos, que os vengan à la imaginacion; decid que estos se llaman episodios, y para que todos parezca que tienen union entre sí, haced que los sugetos repitan, para que se juzgue miran à un mismo objeto, el título que haveis dado al dramma, en el qual haveis de poner grandisimo cuidado, porque es la convocatoria de los desprevenidos, además de tener el fin que llevo dicho; será mui oportuno que sea en verso; tambien que ocupe diversos renglones; pero mucho mas célebre será si incluye alguna cosa admirable, nunca oída, ò algun refran, como, por exemplo: El duelo entre dos difuntos, y al fin se canta la gloria: Apearse por las orejas, &c. &c. En el pasage historial, y sus adiciones no teneis que pararos; tomaos una amplia libertad de inventar nombres, ò poner à los interlocutores los primeros, que se os vengan

à la memoria ; antepondréis , ò pospondréis los sucesos, como mas os haga al caso , que entre los circunstantes, no havrá muchos , que aun por oídas , conozcan los anachronismos : A los Reyes , y Héroes de la farsa daréis una buena porcion de laudano , para que todos sean dormilones, y con facilidad podais introducir el paso , nunca visto, de que les venga el sueño , salga un traidor à matarlos , y à defenderlos el Galán , cuyas acciones deberá equivocar siempre , el que despierta : Los Monos de acompañamiento han de ser perpetuamente sordos, porque delante de ellos se han de tratar los asuntos mas sigilosos , y es menester, que à nadie lo digan : Los Graciosos , que han de executar , sin falta , uno de los papeles principales , no han de hablar, sino oportunisimamente , como es, mientras se dá una batalla ; quando una Dama à la vista de su amante , estando inocente , se halla culpada en la apariencia ; quando un Tyráno , en fuerza de su poder, separa à dos consortes , ò al Padre de su Hijo , para acabar con ellos ; al tiempo que un Soberano descubre la conjuracion , que amenazaba al Reino, y à su vida ; ò en otros lances semejantes, para que con un par de bufonadas pueda templarse lo lastimoso , que incluye la materia , dando un festivo desahogo à los oyentes: Desataréis el enlace, ò la dificultad con alguna cosa estrepitosa , extraordinaria , ò extravagante , para lo qual tendréis siempre à mano escondites para los interesados , fantásmas , duendes habladores, Deidades bachilleras , y Diablos , que vayan , ò vengan echando chispas : Si huviese alguna célebre cantarina , y quisiereis introducirla en vues-

tra Comedia, la pondréis un papel, acomodado à sus fuerzas, mezclando algunas árias en los pasages mas del caso, como es, quando van à sacrificar à su Esposo; ò quando à ella están obligando, à que tome un veneno, al tiempo que tiene la taza (ò sea xicara) en la mano. Tendréis asalariados (que esto se consigue con poquisimos quartos) diez, ò doce tunos, que esparzan la voz, de que haveis compuesto el dramma en poco mas de dos dias; que es vuestro ingenio monstruoso; y por último, estos mismos la tarde primera de la funcion se pondrán en diversos puestos del Coliséo con el destino de dar palmadas, que por todas partes resuenen por qualquiera friolera, aunque no vengan al caso, pues este es el mas seguro modo, de que quede sentado vuestro crédito poético: Pero, si (lo que no quiera la suerte) apesta la funcion, y os la silvan, os queda el recurso de publicar por medio de vuestros Amigos, y por vos mismo, que no ha parecido bien la obra, porque no han sabido dar à los versos el alma, y sentido, con que están escritos; que los Cómicos son unos araganes, que no hai forma de hacerlos estudiar; que el Autor de ellos es delicadisimo, y que no lo entiende, y para darle gusto, fue menester quitar las mejores scenas; que las demás iban sin corregir por la precipitacion, con que las pidieron; que os visteis en la precision de dar un papel principal à la Señora N. no obstante, que es absolutamente inútil, por que se empeñó en ello cierto sugeto, su Protector, à quien no podiais negaros; por último, podeis inventar otras mil disculpas por este corte, con que sostendréis

vues-

vuestra fama, y caiga el que cayere, que primero es vuestra persona: Finalmente vuestros escritos no reconozcan à ese estorvo de los espíritus encogidos, esto es, à la moderacion; llaméis ánimo, y despejo à la mordacidad; abundad en ella, y con diente canino (esto es, de perro) despedazad el crédito, de quien os ofenda, sacadle ridiculizado al teatro; que esto no tiene mas peligro, que él de que el sea tan desembarazado de manos, como vos de Poesía, y os rompa el molde de adonde la sacasteis; bien que si tal os sucede, os podeis consolar con los exemplos de otros grandes authores, que han tenido, que sufrir semejante infortunio, los que para tales lances, deberéis tener en la uña.

Aunque os parezca, que he estado difuso, no es esto mas, que empezar siendo lo dicho solo preliminar à los inagotables preceptos, que tengo, que daros en los innumerables ramos, que abraza el arte, que vais à exercer; pero por esta noche baste lo dicho, que no es razon, que vuestros Hijos, que han estado escuchando tanto, de lo que no entienden (ni deben entender, para ser perfectos en su arte) se vayan con las orejas vacías, sin haver oído algo de lo perteneciente à su instituto.

Debeis, pues, Señores mios, en primer lugar aprender à andar; no os admiréis; que no es lo mismo hollar la tierra, que pisar las tablas; aquello se hace naturalmente, y esto debe ser, como todo, lo que alli se executa, con grandisima afectacion; y asi todo soliloquio ha de ser con contratiempos; todo diálogo con sostenidos; y con

pi-

piruetas toda vuelta; no por eso quiero decir, que aprendais à bailar, porque, aunque es verdad, que se os ofrecerá repetidas veces, con hacer gala de la ignorancia, diciendo, que no es de vuestra profesion, podeis quedar mui satisfechos: Encargoos mucho la cadencia al decir los versos, de modo que se conozca, que lo son, lo qual se consigue, diciendo cada renglon separado; y el sentido que le vayan à buscar los oyentes, que no ha de estar todo à vuestro cargo; no solo debeis separar un verso de otro, sino tambien los verbos de los nombres; los adjetivos de sus substantivos; y los obliquos de sus rectos; mas claro con exemplos, porque esto es de masiada Grammática; diréis: *La razon no quiere* : : : y dentro de dos minutos, *fuerza*: O asi: *Os debo dulces*; y luego; *cariños*: O de otro modo: *Quanto exercitan à un pobre las materias* . . . y despues; *del honor*: La accion ha de ser medida; no quiero deciros con esto, que se ha de contener en ciertos estrechos límites; sino que ha de ser medida, à lo que se dice, especialmente hablo con vos (se encaró con el Mono jóven) que segun vuestra gallarda presencia, no obstante, que la habilidad sea corta, siempre haveis de pretender partido de Primero, aunque os quedéis mucho mas abajo; pero, en todo caso, quando se os ofrezca relacionar algun suceso, en cuya conversacion se incluyen pinturas de serpientes, caballos, naufragios, y otras mil impertinencias, tendréis gran cuidado de separaros un gran trecho de la persona, con quien hablais, ocupando la extremidad del lado derecho del teatro; gastaréis el tiempo de los quatro, ò seis primeros versos en

cal-

calzaros los guantes, aunque estéis hablando con un Rey, ù otro personage de respeto; que ellos os perdonarán la descortesía por el justisimo motivo de ir à echar una relacion; en ella se necesita mas particular cuidado, que en lo restante de los diálogos, en el manejo, ò manotéo; de forma, que en la pintura, por exemplo, de un caballo, al decír el anca, señalaréis las vuestras; al nombrar la cola, demostraréis el puesto, donde debiais tenerla, ya que no os la concedió la naturaleza; en fin, todo se ha de executar tan al natural, que pintando à un ahorcado, os debierais ahorcar (y aqui sí que fuera el aplauso) pero, ya que no pueda ser esto, porque la vida es amable, à lo menos, imitaréis toda la accion, caidos los brazos, torcido el pescuezo, la lengua de fuera, &c: Ahora, esta naturalidad no ha de ser en tales términos, que en todo, y por todo la hayais de observar; y asi, no obstante que sobre las tablas debeis hablar, como si unicamente os escuchára, el que alli está con vos, le volveréis, quando os parezca (y sea à menudo) la espalda, ò à lo menos, la cabeza, y dirigiréis la plática à los mosqueteros, que no es razon, estén aquellos Señores presentes toda la tarde, sin que haya, quien les diga una palabra (este precepto habla tambien con las Damas) Si estuviereis bien con el Gracioso (aunque sea en ocasion de estarle reprehendiendo) por qualquiera frialdad, que diga, fingiréis ser asaltado de la risa hasta el término de no poder proseguir representando; pero, si estais de mal humor con él, le sentaréis la mano pesadamente, quando lo requiera el paso: Quando se os encargue papel

pel de preso, haveis de vestiros de luto, que, aunque nadie se os haya muerto, debeis estar de tristeza; tambien os proveeréis de una larga, y ruidosa cadena, que sacaréis recogida por el un cabo en la mano, dexandola caer de golpe, al empezar à hablar; pero, por si acaso haveis excitado demasiado la compasion del Pueblo, conozca éste en la ligereza, con que os retirais, que pesa mui poco, y no os mortifica. Si representais parte jocosa, no os atendréis rigorosamente al papel; podeis añadir, quitar, y citar las particularidades, y sucesos, que se os prevengan, aunque sean de los acaecidos única, y precisamente entre vuestros compañeros; que, aunque el público no lo entienda, nada importa, como vosotros os divirtais: Con los amigos, que están inmediatos al teatro, y con los Músicos de la orchestra tendréis vuestras chanzas à media voz, para que os sirva de desahogo del principal trabajo, y cumplimiento de vuestra obligacion: Si con la accion, ò modo de decir viciais los versos, que admiten algun equívoco, aunque sea chocarrero, mal-sonante, ò sucio, llegaréis à tocar lo mas refinado, y sublime del arte moderno: Por último, si haveis de cantar (en lo que no os detendréis, aplicando aqui la doctrina, que dexé sentada acerca del baile) como quiera, que no es de vuestra inspeccion, impertinenciaréis bonitamente al Autor, y à quantos lo desean, bien sean vuestras compañeras, bien sus Protectores, sacando todo el mayor partido, que podais, y quexandoos siempre de lo mal premiada, que está vuestra habilidad; acostumbraos à conservar cierto ayre de superioridad con los llamados mete-muertos, mo-

zos

zos del teatro, del acompañamiento, &c; y aun entre las personas de graduacion pretenderéis hacer una respetable figura, tomandoos el mejor lugar, y hablando à todos con el sombrero puesto, porque, al fin, haveis sido repetidas veces General de victoriosos exércitos, Valído de grandes Monarcas, y ni aun el cetro se ha desdeñado de ocupar vuestra mano.

Con vos, Señora (miró à la Monuela, que ya esperaba remilgada su leccion) tambien habla lo dicho, y mucho mas, quando à las referidas circunstancias se añade la principalisima, y nunca bien ponderada de Dama, y Dama de gran mérito por vuestra cara, prenda del mayor valor para la carrera, que emprendeis, y con la que se os suplirán las faltas de habilidad, y mas facilmente podréis hallar, quien os patrocine, y ayude à sostener los grandes gastos del teatro, mayormente haviendo de comparecer con atavíos sobresalientes, y ventajosos à los de las demás, lo que haveis de observar tan sin respetos al carácter, que representais, que, aunque vuestro papel sea de Villana, Pastora, ò Criada de las mas inferiores, vuestro peinado, adrezo, vestido, y otros adornos, no han de ceder, antes sí sobrepujar, si os alcanzan las fuerzas, à los de las que representan Princesas, ò Reinas; pero, si es tal vuestra desgracia, ò poca maña, que no ha sabido proporcionarse con un poderoso, y carece de alhajas, con que presentarse brillante, no os falte, à lo menos, una buena porcion de flores de papel, talco, oropel, lantejuelas, galones falsos, sortijas, adrezos, y joyas de asientos de vasos de cristal,

con otras zarandajas semejantes, y por mi cuenta, si no luciereis tanto, como la mas estirada, y bien prendida, que por algo se dixo, mas vale maña, que fuerza. Aunque tengais intencion, y aun precision en cierto modo, de quedaros para el año siguiente, haciendo igual ò menor parte, de la que teneis en la Compañia, poned gran cuidado en aparentar todo lo contrario, quando estéis para cumplir, echando la voz, bien de que no quereis seguir representando, bien de que en tal, ò tal Ciudad os ofrecen un ventajosisimo partido, pues con esto se aumenta vuestro crédito, y tal vez lograréis, que os rueguen, con lo que sacaréis algunas ventajas: Procuraréis, que se os aficione alguna Mona de carácter, que sufrague los muchos gastos, que teneis, que sufrir, y tocaréis en lo mas fino y delicado de vuestra profesion, quando podais demostrar al Público la confianza, con que la tratais, presentandoos en su aposento cargada de cintajos, y relumbrones; y no dexará, igualmente, de ser mui del caso, que en el lance mas sério de la funcion, haciendo con el abanico sombra para que no os dé la luz de las lamparillas en el rostro, la hagais un par de besamanos, como à hurtadillas, con gana, de que lo vean todas las gentes, para que conozcan, que aquella no es en realidad la Reyna N. sino la Señora N. Protegida, Amiga, y Confidente de la Marquesa de N. ¡ Oh! como captaréis todo el aplauso à la moda! Si cantais algun aria, que por largos tiempos os havrá estado enseñando al clave un Músico, vuestro cortejante en segundo grado, haced, que os ponga varios trinados, cuyos gorgoritos haréis siempre

en

en una misma postura, esto es, no mirando à la persona, con quien hablais, sino al auditorio, que es primero, inclinando el cuerpo hácia adelante en accion reverente, y puesta la mano, bien estendida en el pecho, como quien le sugeta, para que no rebiente con la supresion violenta de la respiracion: Si el Poëta ha tenido la impertinencia, de que al fin de la Comedia os pongais de luto, estando al principio de gala, no por eso os haveis de incomodar, mudandoos quando conviene; bastará, que de medio cuerpo abaxo estéis de color, y de medio arriba podeis desde luego salir de negro, pronosticando la desgracia, que tiene que aconteceros: Del mismo modo, si haciendo papel sério, os acoplan alguno en los Entremeses, y Sainetes, saldréis à executarle (por mas ridículo, que sea) con los atavíos brillantes de la Comedia, estendiendoos lo mas à poneros un capotillo, que no es razon os acometa un resfriado con la contínua mudanza de vestidos; además de no ser mui repugnante oír, y ver à una Maja, ò Gitana, llena de plumas, joyas, tontillo, bata, &c. haciendo los ademanes, y gesticulaciones correspondientes à su desgarrado carácter: Si, movido unicamente de caridad, lograseis un rico Protector::: Ese soy Yo, dixo, entrando mui embozado en un capote de grana, bordado de oro, un bulto de no grande corpulencia; ese soy Yo, Señor Tamarisco, que sabiendo, de lo que aqui se trata, me he tomado la licencia de entrarme sin llamar, viniendo de oculto à hallarme en la sesion, y à participar de vuestra doctrina; diciendo estas palabras, se desembozó, è inmediatamente se levantó la asambléa,

para cumplimentarle; el charlatán Tamarisco con mil ademanes, y sumisiones empezó à significar la inaudita fortuna, que se le havia entrado por sus puertas; apenas con el gozo hallaba silla, que arrimar para que se sentase, ni palabras, que expresasen su dicha; llenóle de dictados, y colmóle de alabanzas. Ya fuese por el recato, con que estaba, y hablaba, ya porque tenia la espalda hácia el lugar de mi escondite, no pude conocerle, pero las demonstraciones de los circunstantes me hicieron ver, que era gran personage.

Sentóse el Señorón; colocóse à su lado la Monilla, y por señas hizo, que los demás tomasen asiento: Todos callaban, y él empezó à hablar de esta manera à Tamarisco: No le admire, buen Mono, que Yo haya tomado à mi cargo la proteccion de esta niña, aunque las arrugas de mi rostro, la calva, que encubre mi peluca, lo trémulo de las piernas, lo agoviado de la persona sean irrefragables testigos de mis años, que demuestran, que por ellos pudiera ser sobradamente su Abuelo, porque, como no es esta una pasion indecente, y culpable, no son impedimento de ella estas faltas; además, que aunque ella fuera como suelen pensar, los que ven las exterioridades, soy Mono rico, y esto baste; pero mi proteccion solo estriva en un cierto afecto, y aficion à sus gracias, que se insinúa dulce, y agradablemente sin pasar de estos límites, está lexos de injustos deseos, y de otro fin, que el de que de ninguno otro Mono necesite; y no obstante lo ajustado, y recto de mis pensamientos, procuro recatarme, quanto me es posible, para que nadie sepa, que Yo la protejo,

pues,

pues siendo mi objeto unicamente el caritativo de hacerla bien, para nada he creido necesaria la publicidad: Y pues la casualidad me ofrece la ocasion de instruirme en algunas finuras, pertenecientes à mi destino, en que Yo no estaré diestro, pido al buen Tamarisco, me advierta por mayor, lo que tenga por conveniente. Levantóse éste; hizo una profunda, séria, y misteriosa cortesía, y volviendose à sentar, dixo: Permitame Vuestra Grandeza, que admire su singular benignidad, pues tiene à bien tomar instrucciones de aquel, à quien podia enseñar en la materia: Bien me acuerdo (no ha muchos años) de quando Vuestra Grandeza exercía el cargo, con quanto primor en él cabe, sin que se me haya olvidado el honroso, disimulado destierro, que tuvo que padecer, porque dieron en decir las malas lenguas, que Vuestra Grandeza era un escandaloso, siendo solo su oficio socorrer à una pobrecíta huerfana: Pero, ya que quiere, que diga algo, de lo que ocurre en el asunto, que nuevamente emprehende, patrocinando à esta Señorita (que mui bien lo merece) protestando la fuerza, la obediencia, y quanto de derecho sea necesario, digo; que en primer lugar, debe Vuestra Grandeza reformar ese sigílo, que observa, porque es, à mi parecer, incompatible con una verdadera, y perfecta proteccion; además de que se priva de la nunca bien ponderada vanidad, de que todo el mundo sepa su generosidad, y buen gusto, siendo por él, envidiado de los mas resoplados pisaverdes: Decia, que era tambien incompatible, porque es de obligacion de un fino Protector tener diario asiento en la luneta, desde el

que

qual, siempre que la Protegida se halle en el teatro, deberá estar observandola con un ante-ojo, sin mirar à otro objeto; sus palmadas serán las primeras, que resuenen para animar las de los incautos, y desprevenidos (que hai muchos, que victoréan, solo porque lo hacen otros) su cabeza estará, como sobre un muelle para exercitarla igualmente en aplauso de la Señora; su sonrisa demonstrará la satisfaccion, con que se halla; y por último, siempre que ella finalice qualquier paso (hai quien afirme, se puede tambien executar en la mediacion) dirá à los Monos inmediatos con voz sonóra, è inteligible, aun à los que estén bien desviados: Esto es lo que hasta ahora no hemos oído en tablas, esto sí, que es inimitable; que viva; que viva; &c. Si tuviese ella, que cantar alguna tonadilla, debe él saberla de memoria, y estár al mismo tiempo que ella, recitandola entre dientes; à lo menos, lleve el compás con el pie, y la cabeza, quanto incomóde, à los que junto à el se hallen: Visítela diariamente, y componga à fuerza de dinero las peloteras, que todos los dias debe hallar armadas contra el Sastre, el Peluquero, la Criada, y quantos tengan con ella dependencia: En quanto al regalarla, no se puede dar regla fixa; y para no cansarnos, en una palabra, todas las conversaciones de dentro, y fuera de su casa hán de girar sobre este importantisimo objeto; dirá, que es una muchacha de un nacimiento mui alto; pero que cierta desgracia de su casa la conduxo à abrazar este partido; que sus costumbres son inocentisimas; y que es un cargo de conciencia, que esté en tal exer-

exercicio; pero que ya está pensando en ponerla un suficiente situado para que salga de él, y se libre de los peligros, que la cercan; no obstante, que teme, que no lo admita, por el desinterés singular, con que se maneja.

En la explicacion de tan importantes puntos se hallaba el dicho martagón, quando llegáron à mi oído unas voces, que proferian mi nombre, con cuya ocasion, por donde havia entrado ocultamente; salí à buscar, à quien las daba; era éste mi Amigo Tulipan que estaba yá de vuelta de su expedicion, y andaba buscandome; metímonos en nuestro quarto, en donde le conté mi aventura; celebróla mucho, y dexó para el dia siguiente el participar de ella, porque ya era tarde; pero fue nuestra mala suerte, la que experimentó el charlatán, porque zeloso el Gobierno, para impedir tan conocida estafa, le intimó aquella misma noche, que en término de seis horas saliese de la Corte, y Sitios Reales, con lo qual se nos frustró la esperanza, que haviamos concebido de divertirnos por este término.

CAPITULO X.

Convite, que tuvo Enrique, para comer en casa de la Marquesa de la Castaña.

NO esperaba Yo tan pronta la venida de Tulipan; pero fue el motivo, segun me dixo, que havia visto llegar de vuelta del paséo à la Marquesita de la Mielga (objeto de sus desasosiegos) con su Marido, y que haviendo mandado encerrar

rar el coche, era clara señal, de que no salian de casa aquella noche; añadió, que havia dado repetidos giros por delante de los balcones de su casa, sin que pudiese conseguir ver, aun à aquellas Criadas sus confidentes, estando todas las ventanas tan cerradas, como las de la mayor clausura: Acabóse de verificar su recelo de la fingida enfermedad del Marqués, y se avivaron sus deseos de ver à la Marquesa, cuya expedicion dexó para otro dia. ¡Qué perezosa viene la aurora, para quien espera desvelado la luz de la mañana! Qué larga pareceria la noche à mi Amigo, dexo à la consideracion, de los que han experimentado semejantes inquietudes. Llegó, por fin, el suspirado dia; y no bien nos haviamos levantado de la cama, quando tuvimos un recado de la Marquesa de la Castaña, que por cartas de Simiópolis havia recibido la noticia de nuestro arribo, dandonos la bien-venida, y convidandonos à comer en aquel dia. Esto era prevenirnos, para que no admitiesemos en otra parte, porque como en aquel Sitio es tan excesivo el número de mesas ostentosas, con que lucen los individuos de la Corte, unos de oficio, y obligacion, y otros (como la de nuestro convite) de vanidad, y buen deseo de gastar, lo que tienen, y muchas veces, lo que no tienen, se ven en precision de andar à caza de gente, que las honre: Admitimos con agradecimiento las expresiones de la dicha Señora; y despues que nos peinamos, y vestimos, citandonos para su casa à la hora acostumbrada, salimos con diversos fines; Tulipan de sus aventuras mutuo-obsequiosas, y Yo de divertirme, con lo que diese

de

de sí el acaso en la calle. No encontré en ella cosa, que ocupáse mi atencion, y asi me encaminé à los jardines, cuya frondosidad, y juego de aguas eran suficiente diversion para llenar el rato ocioso.

Paseabame, admirando su magnificencia, quando por una de sus calles ví venir al Señor Moral; el fondo de buen discernimiento, è instruccion, que havia experimentado en él, y lo desocupado, que me hallaba, me determinaron à admitir su compañia, que desde luego me ofreció cortesano. Trabámos conversacion de varias materias de poco momento, y de unas en otras, vinimos à parar en la de la dicha Marquesa de la Castaña: Esta Señora, me decía, está casada con un buen Mono, paisano mio; es rico; pero presto no lo será, como no enviude, porque ella se dá mui buena maña à triunfar, y mal-gastar, segun corren por el Lugar las noticias, que no lo sé por otro motivo; y si os he de decir la verdad, me alegro infinito, que él esté de servidumbre en esta jornada, porque de esa manera tengo lugar de examinar à fondo en los dias, que aqui me halle, muchas cosas, de las que por allá se murmuran, y asi podré despues hablar con conocimiento de causa: Ya estuve à visitarla esta mañana, y no pudo recibirme, porque aun no se havia levantado; por cierto, que me pareció mui bien, y hallé falsa una de las cosas, que nos hacian mas ruído, pues nos contaban, que tenia la franqueza de recibir muchas veces à sus visitas, estando en la cama, no por enferma, sino por regalona, y perezosa, cuya indecencia siempre nos pareció pon-

deracion, y cuento; y ahora lo he experimentado; mas, no obstante que no la pude ver, me convidó à comer por medio de un recado, que me dió el Page de parte de su Ama: Yo acepté agradecido su favor, y aun encargué a aquel Criado, dixese à su Señora, que ya sabía, que Yo no era de cumplimiento, y asi, que no dispusiese cosa alguna, pues para mí bastaba, con lo que se prevenia para su diario; sonrióse el Page, y me dixo: Señor, en esta casa no hai, para qué hacer esas prevenciones, porque mis Amos dan todos los dias mesa sin limitacion de convidados; admiré una liberalidad tan magnífica, y que, segun mis cuentas, no podian sostener, sino que huviesen heredado, ò empeñandose mucho; pero al mismo tiempo suspendí mi juicio, porque si tienen para ello, y significa esta mesa abierta, lo que puede ser, y Yo me persuado, no se hallará en el mundo mejor uso de la riqueza; no havrá un exemplar mas digno de imitacion; y su corazon podrá ser modélo del de todos los poderosos de la tierra.

Yo, que (como llevo dicho) conocía ya el carácter del Señor Moral, no quise quedarme con la curiosidad de saber su modo de pensar en este punto, mayormente, con lo que havia apuntado; instéle, para que aclaràse sus proposiciones, y prontamente siguió diciendo: Os diré con lisura, lo que me persuado, pueda ser; estos Señores no están obligados por su destino à dar esas mesas francas, y opulentas, en que lucen los empleos, y brilla el esplendor de la Corte; éstas son obligatorias en cierto modo, y que deben sostenerse por de-

determinado número de sugetos, aunque sean de un espíritu el mas moderado; de éstas no hablo en manera alguna: En cuya inteligencia, no será estraño, que la de nuestro asunto sea una mesa, puesta para los necesitados; una mesa, para saciar à los verdaderamente hambrientos: El Sitio, en que estamos, es una patria comun; aqui vienen en solicitud de sus negocios muchos Monos tan honrados, como pobres. ¡Quántos de ellos, tal vez, pasarán el dia con el mantenimiento, que escasisimamente podrá considerarse lo preciso, para sustentar la vida, mientras la gula de otros (acaso, de no tan buena condicion) está previniendoles la destruccion de su salud en la hartura! Pues ¿qué mas noble destino pueden dar à sus haveres el Marqués, y su Esposa, que el del socorro de estos desvalidos? ¿qué testimonio mas irrefragable del amor à sus semejantes, basa fundamental de toda buena sociedad? Mucho mas admirable será esta mesa, porque, siendo para un convite, no de profusion, sino de piedad, reinará en ella la frugalidad, y parsimonia; considerarán el dueño, y los convidados, que cada uno tiene un estómago, y éste de tan corta cabida, y fuerzas, que con poco está satisfecho; no se andarán chamuscando diez, ò doce Monos con antelacion de dias, para satisfacer los ojos, y la gula de otros con el condimento de unos simples mucho mas proficuos, mientras menos alterados: Alli el Padre de familias bendecirá al principio la mesa, y al fin dará gracias à la Providencia (aunque no sea moda) en reconocimiento, de quanto se debe à su benéfica mano, que tan sensiblemente cuida de

nuestra subsistencia: En ella girará la conversacion sobre objetos honestos, y deleitables, no mordiendo en el crédito de los ausentes, ni desazonando à los presentes con chanzas soezes, ò sales picantes: Los sirvientes, llenos del buen exemplo, que en obras, y palabras recibirán de sus dueños, no compondrán una infame turba de insolentes bribones, sino una noble porcion de pobres honrados à quienes no ha envilecido el destino, que les proporcionó su suerte; no serán los convidados una detestable junta de fieras devoradoras, y carniceras, sino una exemplar compañia de comedídos raciònales; se contentarán con las viandas, que hallen à sus inmediaciones, sin incomodar descortesmente à los demás, para que satisfagan su golosina, y glotonería con las mas retiradas: ¡Oh! (si ello es qual Yo conceptúo) cómo havrán hallado el admirable secreto de conservar en perfecto equilibrio aquella mezcla de humores, que constituyen una salud completa; esto es, la moderacion, y eleccion en las comidas, y bebidas: ¡Cómo gozarán de aquel indecible deleite, que es, no estar enfermo! deleite, no sensual, sino uno de los mayores, que dicta la racionalidad, y que excede à quantos alhagan à los sentidos; objeto digno de un verdadero Filósofo, que conoce las ventajas de la templanza, y el peligro del exceso; que no se sienta à comer, llenandose brutalmente, mas por hábito, que por apetito; no creais, que es exageracion; si repaso en mi memoria algunos principios de Filosofia, à que tuve mucha inclinacion, quando muchacho, hallo, que estos viciosos tragones, aunque sean jóvenes, no pueden menos de tener estra-

tragado el apetito hasta el punto de haverle quasi perdido : Oíd la prueba. Es cosa sentada , que los órganos de nuestra sensacion están cubiertos de ciertas sutilisimas partículas sobresalientes, pyramidales que mientras se conservan menos agitadas , están mas sensibles , y elásticas ; pero el uso inmoderado , que hacen de ellas aquellos , que viviendo como bestias , no saben el preciosisimo tesoro , que ha depositado en ellos la naturaleza, con la contínua mutacion de manjares , con la demasiada alteracion de los simples , y con la violencia de la hartura las desnaturalizan , y de un tacto fino, y delicioso, las convierten en una sensacion dura , y desabrida. Por tanto , y siendo este convite , que me imagino , preparado precisamente por el juicio , y la virtud , no por una ostentacion , ò forzosa por la razon de estado , ò viciosa por la superfluidad, desde luego creo , que no será su mesa una mutacion de teatro , donde haya galerías , jardines , fortificaciones , bailes , y semejantes despropositos ; no disimularán los manjares con coloridos , y nombres de capricho , para cuya inteligencia es menester estudiar un diccionario de à folio ; y à la verdad , Amigo mio , que si Yo supiera , que no era así , me vería mui perplexo , acerca de admitir el convite , porque , aunque me crié en la Corte , han pasado muchos años , y las mutaciones en todo son contínuas , ¿ qué será en un punto como este ? además , que el no uso es bastante para haverme entorpecido el manejo , y borrado las especies , de modo , que cometiera allí alguna accion , que diese , que reir à los circunstantes.

Pues

Pues si os he de hablar, le repliqué, segun lo que concibo, y aqui, que nadie nos oye, por las noticias que tengo de dicha Marquesa, sé que es la criatura mas vana, que puede imaginarse; y asi es, que solo por dar ese golpe de grandeza, mantiene la mesa abierta, y que sabeis; en esta inteligencia, no tengo la menor duda, que no havrá primor, delicadeza, y superfluidad, de quantas introduce la moda, y el luxo, que no se halle en ella; pero no contemplo, que esto pueda exponeros à no demonstrar la crianza del mas refinado Mono de quantos alli huviese, no obstante los motivos, que me haveis dicho; es facil; si, quando en qualquiera accion se os previene alguna duda, no pasais à decidirla, y executarla por vuestro dictamen, porque, aunque sea el mas racional, tal véz no será el mas de moda; sino que observais lo que hacen los mas ilustrados en la corriente práctica; si, quando no conoceis alguna de las viandas, que será con freqüencia, segun los excitadores, ò (mejor) los estragadores del apetito, las desnaturalizan, no la probais, porque, tal véz su sabor pesimo al paladar no hecho à ella, no os obligue à torcer el gesto, con complacencia de los que os observan; si, no os meteis en el laberinto del trinchar (objeto de la mayor vanidad en la educacion Mona) mayormente, si teneis la desgracia de no haver hecho estudio en algun tratadito acerca del manejo de los instrumentos cortantes; si, no os admirais de cosa alguna, que veais, ù oigais, por mas extravagante, ò grosera, que os parezca, inteligenciado, de que esto proviene de que no lo entendeis, pero ello sin duda es bueno, porque es

es-

estylo del dia; y por último, si en el modo de mandar à los Criados quando algo se os ofrezca; si en la conversacion; y si en las ceremonias, y urbanidades remedais puntualmente las gesticulaciones, la futilidad, y la afectacion de los muchos Monos, que alli concurrirán sin duda, dignos modélos de tales estudiosas exterioridades, peritos facultativos adiestrados en tantas cáthedras, quantas son las mesas opulentas, en que de gorra, y pegote rellenan la concavidad de su insaciable vientre.

¿Cómo es eso, replicó al punto Moral, de gorra, y pegote? pues qué ¿en los Palacios de los poderosos tienen entrada esos zanganos de la República? ¿Está patente la puerta para semejantes moscones, que son la héz del Pueblo? Ahora me afirmo mas, en que todo va perdido. ¡Ah! En mis tiempos; ¡qué tiempos aquellos! pero hoi dia::: Se conoce, le respondí, que sois viejo; y que todo vuestro despejado entendimiento no es suficiente, para sofocar los vicios de la edad; ello es, que todos haveis de ser ensalzadores del tiempo pasado, y murmuradores del presente; dificultosamente se hallará anciano, que no sea un impertinente hoidiarista, por mas que la razon peleé contra su mal-contentadizo, è hypocondriáco temperamento. La experiencia dicta, que los vicios, y defectos siempre son unos mismos; yá reinan unos, yá otros, caminando todos con una rotacion perpétua à proporcion de las diversas combinaciones extrinsecas, que los propagan, ù oprimen.

En dos cosas haveis tropezado con mi proposicion, que si volveis los ojos à lo que en vuestra mocedad visteis, ù oisteis en la Corte, con poca

al-

alteracion encontraréis, haver sucedido en otros tiempos: Estrañais, que entre la opulencia de esos banquetes haya gorrones; y creeis, que los gorrones son de la clase ínfima de la República; pues, ni haveis de admiraros de lo primero, ni haveis de estar inteligenciado en lo segundo: En este exercicio se hallan individuos de todos los estados, y gerarquías; los hai de la mas elevada; si estuvieramos mucho tiempo juntos, os pudiera demonstrar algunos, que conozco; pero aun ahora, puedo saciar vuestra curiosidad, dandoos la muestra del paño; ¿ veis à aquel Mono tan quadrado, que cruza por detrás de aquella fuente? advertid, qué papada tan abultada; qué carrillos tan rellenos; y qué vientre tan recalcado; pues todo eso es pringue de cocinas agenas; todo lo ha adquirido, cebandose de mesa en mesa, à esfuerzos de quatro adulaciones à sus dueños; que sabe tal vez con mucha gracia (como Yo he oído) convertir en otras tantas sátiras contra los mismos, si se hallan ausentes, quando todavia está él regoldando de repleto à costa agena: ¡Pues, el que va con él! Ese no está tan obeso, no por falta de estár bien cebado, sino porque los años, que ya son mas, de los que parecen, le van desecando, y acecinando; es menos perjudicial, que su compañero, porque es mas tonto; pero tiene à lo bobo una tixera mui decente, y es perrito de todas bodas: En alcance de los dos viene aquel, que apresurado se divisa; no os dé cuidado tenerle siempre lexos, pues es un bufon con capa de seriedad; mirad, qué erguido, y pagado de su trabajo se les acerca; aquellas amistosas demonstraciones, y falsa risa nacen,

de

de que ellos para nada le necesitan, y son sugetos, de quienes los Valídos, y Poderosos hacen aprecio; pero si vos, engañado, creyendo, que puede algo, os valeis de su patrocinio; os le prometerá con un aire de superioridad, y fantasmada, que à no daros Yo este aviso de antemano, ya os prometierais el mas feliz desempeño en vuestras pretensiones; pero el éxito os demonstraria, que lo poco, que puede, para sí lo necesita, y que no todos, los que tratan à los poderosos, son sugetos, de quienes ellos forman concepto para cosas graves; tienen estos, que aguantar à muchos mentecatos (como ese) porque hacen bulto, acompañan, y los divierten, ò con sus necedades, ò con sus truhanerías; pero, en llegando à puntos, que necesitan otros fondos, representan los tales un papel mui ridículo, y despreciable; conocen aquellos, que sus cortesías, y sumisiones son à sus empleos, y que acabados estos, los obsequiarían tanto, como lo hacian antes de obtenerlos, que jamás los visitáron: En fin, él es uno, de los que vamos hablando, honrador de todas las mesas francas, y abundantes; y los tres sugetos, aunque no igualmente, suficientemente caracterizados, y de nacimiento respetable; como ellos hai una numerosa turba, que tal véz irémos encontrando; y no faltará en casa de la Marquesa alguno, pues aunque ella es una Mona inútil, por probar de la obra de su cocinero, suele tener uno, ù otro concurrente de esta clase; os le demonstraré, si os sentaís junto à mí (pues Yo tambien estoi, como vos, convidado) Alegróse mucho de la noticia, y determinámos ir juntos à la casa consabida.

Ya era una hora mas del medio dia, quando nos pareció ser conveniente irnos acercando à nuestro destino: Entramos en casa de la Marquesa, y hallamos, que estaba aún en el tocador. Recibiónos placentera, y en un tono zumbon nos dió à entender con indirectas bien claras, que eramos mui llegados à las horas del comer, y que por eso sería el tomarlo con tiempo para no incomodarla, haciendola esperar: Abochornéme un poco con su indiscreta jocosidad; pero el Señor Moral, que no gastaba chanzas, la dixo: Yo, Señora, por medio de vuestro criado he sido convidado à comer, no à merendar; en verdad que vuestro Esposo, quando aun no havia mudado la decente casa que tenia en el Lugar, para aniquilarla en la Corte (bien que entonces no havia logrado la dicha de vuestra mano) à estas horas ya estaba pensando en levantarse de dormir la siesta; y como por acá no tiene negocios graves que le ocupen la mañana, no podia Yo imaginar, que solo por moda transtornáse en tanto extremo el orden que havia llevado toda su vida; he errado, lo confieso; y para en adelante sabré, que no hai primor, por mas extravagante que parezca, que no acompañe à un Mono gurrumino, cuyas acciones se dirigen por la concertada cabeza de una Mona del gran mundo. Mui mortificada quedó la señora con las palabras del amigo; era esta una de las muchas que alli pasan por vivas, y de espíritu desembarazado; de aquellas, de quienes los incautos contemplativos dicen con grande émphasis: ¡Oh! Fulanita es mucha alhaja. ¡Qué talentos aquellos! ¡Qué salada! Y todo su chiste, y gracejo suele consistir en una solemne desvergüenza, ò descaro,

que

que tolera un infelíz por no pasar plaza de mal-criado, y celebra una muchedumbre de mentecatos, que la adúlan por sus fines particulares. Por esta vez no surtieron tan buen efecto sus vivezas à la Marquesa, porque dió, en quien tenia mas de ingenuo, que de artificioso cortesano; no halló, pues, otra venganza, que la comun en ellas para tales casos, de tratarle de grosero, y atrevido; tampoco se huviera quedado este favor sin recompensa, para la que ya se prevenía el Señor Moral, si no lo huviera impedido la entrada de algunos de los convidados, que ya iban poco à poco acercandose, los que con su conversacion, tan insubstancial, como alborotada, disiparon el mal humor de Madama, recayendo la lluvia de indirectas, secreticos, y risas falsas sobre mi tosco compañero, mientras acabó de colocar un sin número de grupos de pelo postizo en la alta torre de su cabeza.

Ya havia llegado, despues de largo rato, el Amo de casa, y Tulipan no parecia; empezó à darme cuidado su detencion, y quando estaba haciendo cálculos sobre su paradero, he aqui que le ví asomar por la sala; pero ¡qué demudado! Pálido el semblante, y azoradas las acciones, daban à entender havia sido acometido de algun accidente, ò lance desazonado; preguntaronle, si tenia alguna novedad, ò queria algo; à que respondió, que solo havia sentido un ligero vapor, que no era cosa de cuidado; y que por él no se detuviese la comida: Asi se executó, recobrado él por un corto rato, y quando iba à tomar cada uno su respectivo asiento, llegandose à mí, me dixo à parte: Despues hablarémos, que hai mucho que comunicar:

No dexó esto de sobresaltarme, sabiendo los peligrosos pasos en que andaba; pero disimulé quanto pude.

Procuró el Señor Moral no desasirse de mi lado, y asi se colocó à mi izquierda, desde donde me disparó tal carga cerrada de preguntas, qual era correspondiente à un Mono curioso por naturaleza, è ignorante por accidente, de todo lo que se le presentaba; hizo mil despropositos, durante la comida, en todo lo que no tomaba consejo, que no siempre podia, y dió que reir con disimulo (que de otra suerte no lo huviera sufrido) à los circunstantes: Uno de los principios de buena crianza, que se impuso desde luego, fue, no comer cosa alguna con las manos, hasta tal término, que haviendole echado unas aceitunas de las enteras, determinó comerlas tambien con el tenedor; resistieronsele por su dureza al primero, y segundo impulso, y duplicandole en el tercero, lo hizo con tanta violencia, que saltando ella del plato, regaló al inmediato compañero de su izquierda un solemne aceitunazo en un ojo; entonces fue la comedia completa, y él no dexó de ponerse un poco colorado para pedir perdon al paciente; finalizóse la comida, y pusieron delante de cada uno las enjuagaderas; nuevo, y nunca visto mueble para mi Amigo Moral; sin duda los demás se hicieron del ojo para aguardar à ver, qué executaba éste; Yo no pude avisarle à parte, y él, no dificultando sobre el uso que debia hacer de aquella agua tibia, creyendo firmemente (segun despues me dixo) que era moda beberla, despues de haver comido algo mas de lo regular, como él lo havia hecho bien à satisfaccion se echó

el

el vaso à pechos, y le vió el suelo; no tardó ésta muchos minutos en hacer su regular operacion, movióle una intolerable naúsea, y à no haver tenido la advertencia de ir prontamente à evaquar el vómito por un balcon, à todos nos huviera removido de asco: Los circunstantes llevaron que celebrar por muchos dias en sus concurrencias; Yo me compadecí de ver un pobre Mono de bellisimas luces, escarnecido por falta de práctica en unas cosas bien materiales, y de poquisima consideracion; y él, sin despedirse, desahogado ya de su insulto, marchó precipitado, detestando aquel, y semejantes banquetes.

CAPITULO XI.

De las aventuras de Tulipan, y sucesos de Ajenjo, y sus Paisanos.

FInalizados los enjuagues, y lavatorios, demasiado puercos los de algunos, no obstante su afectada buena crianza, pasamos à otra pieza, en donde nos tenian prevenida aquella agua negra hirviendo (de que hemos hablado) mui proporcionada para desecar el jugo nervioso, y poner trémulos, à los que continuamente la usan, segun leí, en diversos escritos de algunos de sus Physicos, tomaron despues de esta bebida otros licores no menos perjudiciales à el estómago, y contrarios à la accion de la digestion; y por ultimo, andaban de mano en mano ciertas caxas llenas de unas yervas secas, y hechas polvo, que metian à toda prisa con el mayor deleite por sus narices; ellos dicen, que

pa-

para llamar la destilacion por aquel conducto; pero Yo siempre crei, que la continuacion, y abundancia con que la usan, no puede menos de ir embotando muchos de los organos de sus operaciones, especialmente los de la memoria; asi es, que por allá suele flaquear esta potencia: Por ultimo, Yo me huve de persuadir, à que semejantes juntas se reducen, à conjurarse contra la vida, mediante todo aquel conjunto de enemigos alhagüeños de la salud, y acabé de confirmarlo, quando en lugar de reposar la comida con aquella dulce quietud, que se requiere para este efecto, ví entrar unas mesas de juego, en que à porfia se iban colocando, procurando cada uno no huviese, quien le aventajàse en conseguir una indigestion: Convidóme Madama à que concurriese, ò hiciese partido; pero Yo, escusandome, huve de pasar plaza de incivil, que à tal termino havia alli llegado esta pasion dominante del juego, que ya era capítulo de su decantada civilizacion, y crianza, saber perder el tiempo por largas horas, y tal vez faltar à las precisas obligaciones, por acudir à hacer mérito con una Dama, ò con un Poderoso por medio de esta diversion, sensata solo, quando por breve tiempo la tomàran como esparcimiento, y paréntesis corto de sus respectivas ocupaciones.

Dexélos con su tema, y hecha una seña à Tulipan, partimos de la sala disimuladamente. No quiso éste, que por el camino hasta casa hablasemos de su asunto, porque no huviese, quien, oyendo alguna palabra, pudiese sacar por la hebra el ovillo, que no huviera sido mui estraño en un País, donde tienen fruicion de escuchar, è introdu-

du-

ducirse en los asuntos, que nada les importan. Llegámos, por fin, à nuestra posada, en donde, libres de todo embarazo, prorrumpió Tulipan en semejantes palabras: Ya, Amigo mio, llegó el tiempo de echar el resto de mis aventuras con la Marquesita; anoche os referí mis paseos, anhelos, y acechos delante de sus balcones, aunque sin efecto; y esta mañana advertiriais el cuidado, con que salí de casa; doi por supuesto, que desde luego penetrasteis mi destino; observé atentamente la salida del Marques, que partió à Palacio al cumplimiento de sus obligaciones, y Yo me hallé al punto en la mia, de hacer una visita à su Esposa; pero, como las obras, mas que las palabras, explican un buen afecto, valiendome de la confianza, con que la trataba, busqué en una tienda, que se hallaba inmediata, alguna fineza para no presentarme con las manos vacías; lo que hallé mas à mano, y de moda, fue una espada, y un sombrero, cuyos muebles compré, porque eran primorosos, para hacer mi regalo. Tened, le repliqué al instante: ¿Estais, por ventura, desvariando? ¿Espada, y sombrero à una Dama? pues, si ella os ha de recompensar, os deberá hacer el regalo de un collar, y una rueca: Perdonad, que os interrumpiese, que no he podido menos, al oír tal desproposito. No lo es, me respondió, sonriendose; se conoce, que poca impresion os hacen, y que corto reparo os merecen las Monas; tienen éstas las modas siempre en pérpetuo movimiento; nada las es durable; luego que desde las Señoras pasan à lo restante del Pueblo, inventan otras, que por mas extravagantes, que sean, se adoptan general-

ralmente; ya ha algunos dias, que pudierais haver advertido ésta en Simiópolis, no la estrañariais ahora. No son, de los que hablo, unos sombreros del tamaño, y materia de los nuestros; son una especie de diadémas con un sombrajo hácia el rostro, adornados con varios colgajos de cintas, borlas, y otras mil cosas, que no caben sino en la explicacion de una de las dichas; consultadla, y hallaréis la mayor erudicion de qualquiera de estos adornos, descifrandoos hasta lo esencialisimo del número de alfileres, con que debe prenderse; en qué ocasiones ha de llevarse; y tal véz, la hora, en que el Peluquero ha de ir à ponerle: ¡O! qué adelantamientos dignos del presente siglo! Por lo que hace à la espada, tampoco es del tamaño de las nuestras, no obstante que ya se han abreviado tanto, que es poco menos; ésta va en la cabeza por rasca-moño, porque, como sus copetes han tomado tan excesiva elevacion, y ahuecamiento, nó basta lo largo de los dedos, para que las uñas hagan su oficio, quando las llega à picar la caspa. Acordéme, al decirme estas razones Tulipan, de que esta moda de las Monas ya hace muchos años ocurrió à las Mugeres en nuestra Europa; (*) pero disimulé, como era razon, por que ¿cómo se mofaría de ellas, quien por este motivo asi se burlaba de sus paisanas?

Siguió Tulipan diciendo: Satisfecha ya vuestra

(*) Rascabanse con las uñas
En paz las antiguas Damas,
Y hoi con espadillas de oro
Dan en esgrimir la caspa. *Queved. Mus.6. rom.30.*

tra curiosidad, vuelvo à tomar el hilo de mi narracion; compré, pues, haciendome pagar (segun costumbre) los mercaderes mi antojo à buen precio, una espadilla de oro, guarnecida de diamantes, y un sombrerillo de los mas airosos, y engalanados, que pude hallar; ufano con mis preséas entré en casa de la Marquesa, pero ¡qué conmocion sentiría mi corazon, quando, luego que me puse en su presencia, advertí, que toda acongojada, y llorosa, se levantó turbada, en ademan de huir de mi vista! ¿Qué es esto, Señora? la dixe; ¿asi pagais mis desvelos? ¿Llegó, acaso, el infelíz punto de mi vida de ser aborrecible à vuestros ojos? ¿La decente veneracion, con que os rindo mi obsequiosa voluntad, merece un desden tan rigoroso? Apartaos de mí, añadí, tirandolas sobre una de las sillas del estrado, apartaos, alhajuelas de poco valor, pero del mayor indicio de una confianza amistosa, y de una fineza verdadera, quedaos à acusar de ingratitud al corazon mas infiel, à la correspondencia mas traydora, y à la Mona mas voluble del universo; quedaos, mientras Yo::: esto decia, volviendola la espalda, quando precipitadamente se vino hácia mí, y deteniendo mi resolucion, me dixo entre afligida, y temerosa: ¿Yo ingrata? ¿Yo voluble? ¡Ah! Tulipan, Tulipan! A pesar de mi sobresalto no he de dexaros ir sin satisfaccion, porque ha penetrado demasiado à mi corazon vuestra quexa: Sabed, que por mas que ayer pretendisteis recataros, quando dexámos el coche de vuelta del paséo, no pudisteis encubriros de mi cariño, ni del receloso cuidado del Marqués; en mí no huyo duda alguna; pero

él quedó perplexo; disimuló prudente, aunque Yo no dexé de bruxulearle alguna inquietud; observéle despues; y advertí, que entre abierta una ventana de su quarto, por el corto resquicio, desde donde podia registrarse la calle, ayudado de la claridad de la noche, y de vuestra poca precaucion, llegó à verificar sus sospechas, conociendoos, quando, sin duda, estabais rondando, ò hecho centinela de mis balcones; entró en mi quarto demudado; y no obstante su prudencia, leì en el sobrescrito del rostro la interior desazon, que devoraba su sosiego; ni durante la cena, ni en el lecho me habló una palabra, ni depuso su airado sobrecejo; pasó toda la noche en incesantes vuelcos, y Yo en una temerosa vigilia; no se le oían mas que desconsolados suspiros, y una, ù otra palabra: como; *remedio*; *escándalos*; *sufrimiento*; *basta*, &c, Apenas rayó la aurora, dejó la cama; Yo fingía dormir, y ví, que me daba una mirada entre airada, y piadosa; levantó sus manos al cielo, y volviendo à apretarlas apasionadamente delante de su pecho, dió clarisimas señales del dolor, que le causaba haver de tomar una agria resolucion; encerróse en su quarto, al que por medio de un papel llamó à un sugeto de edad, y experiencia, amigo suyo; y los dos se han estado en consulta, hasta que fue la hora, de que marchase à Palacio.

Este es el plan de mi miserable constitucion; ved si tengo justisimo motivo de estar sobresaltada: ¿ Quién sabe la determinacion, que tomará un Marido contra una Esposa, en cierto modo culpable? Sí, Tulipan, culpable; no os admire; aunque mi juventud, y cortos alcances pudiesen ser-

vir-

virme de disculpa ¿no me están acusando los avisos, y amonestaciones de un consorte tan cariñoso, como advertido? es nuestro trato inocente; no hai duda; pero esto solo nosotros lo sabemos: ¿Piensa, por ventura, el malicioso vulgo, lo que es, ò lo que puede ser? Y por último, juzgue, enhorabuena, con sana intencion el público; sea nuestro trato el mas recto, y edificante del mundo; ¿los rezelos de un Esposo no son suficiente causa, para impedirle? ¿no podrá exigir de mi corazon este (llamémosle así) sacrificio, quien anda siempre solícito buscando proporciones de demonstrarme lo amoroso, y fiel del suyo? Hablémos claro; hasta ahora todas estas reflexiones havian hecho en mí una impresion pasagera, porque la dulzura del genio del Marqués, que debiera haver excitado en mí idéas mas ajustadas à sus intenciones, no me sirvió mas, que para abusar de su toleran- cia; pero ahora he visto ya el rostro à la amenaza; ya le he advertido enojado; ya me considero el blanco de sus iras; y lo que en nosotras no puede la suavidad, consigue el rigor; la razon siempre ha estado de su parte; pero Yo no he llegado à conocerla, hasta que me la ha hecho ver el miedo, y el sobresalto; en esta inteligencia, hasta aqui pudo llegar, Tulipan mio, nuestra correspondencia; si el único interés, que en ella siempre haveis llevado, es estimarme, sin que jamás pasáse el amor à atrevimiento, ahora se os presenta la mas oportuna ocasion de darlo à conocer; no querais hacerme infelíz, siguiendo porfiado vuestros obsequios; mostrad un corazon varonil, pues Yo, à pesar del mas vivo sentimiento, os enseño el camino; no

mas rondar mis balcones; no mas ser mi sombra; no mas papeles; no mas recados; no mas expresiones, y finezas, siendo la primera, que os deba, que recojais esas vuestras alhajas; quitadlas de mi presencia, que ya las miro con tanto susto, que me parecen principio de mi mayor infortunio; me parecen alhajas, por las que oigo decir::: ¿ Qué alhajas son esas, (dijo, entrando el Marqués desprevenidamente) de que hablabas, y que ya estoi viendo? ¿ y vos, Señor, qué buscais, favoreciendo mi casa? Muerta, se quedó al eco de su voz la Marquesa, y Yo mas muerto, considerando lo estrecho del lance; pero sacando fuerzas de flaqueza, tomé la palabra; y despues de un regular cumplimiento, porque à sugeto enojado buenas razones, dixe como aquellas alhajuelas eran encargo, que me havia hecho en Simiópolis, sabiendo, que venia al Sitio, una Parienta de su Esposa (conocida mia, y de quien podiamos fiar, contestaría, preguntada, para sacarnos del lance, que por allá no faltan tambien Parientas caritativas) que se las enviaba por ser adorno de moda; y que Yo para cumplir exactamente con la comision las havia trahido en persona: Pero el Marqués, que conocía bien à la dicha Parienta, y que presumió, sin duda, la disculpa, respondió: Yo, Caballero, permito à mi Esposa sus visitas, y amistades; pero nunca he querido, que las mida por la razon de parentesco, sino por la de juicio; mucho tendrá esa Dama, que haveis nombrado, pero no se conforma, por de contado, con el mio; en esta inteligencia, es regular tambien, no me acomoden sus corresponsales; por tanto, podeis volveros con vuestra comi-

mision, y alhajas, y ved si hai otra cosa, en que serviros. La respuesta, y su ceño exigian, que Yo con el mio pidiese alguna satisfaccion; pero mi turbacion, y sobrecogimiento no me dieron lugar à mas, que à la airosa accion de recoger mis muebles, hacerle una profunda cortesía, y volver la espalda.

Amigo mio, le respondí, poco teneis, que estudiar la resolucion, que luego, luego debeis tomar; los recelos de ese Caballero han llegado ya à su último punto; están de por medio nada menos, que el honor, y quietud de una Dama noble, y afligida; ella os ruega la separacion, y el olvido; ¿qué teneis, pues, que dudar? esta misma noche deberiamos partir; creo mui bien que os costará algun sentimiento; pero no hai remedio, ni precaucion mas segura en estos lances, que poner tierra en medio. Yo lo haría, como lo deciis, replicó Tulipan, por lo que hace al amor, que no es tanto, como mi vanidad; pero ésta repara en el qué dirán en Simiópolis mis Amigos, y conocidas, quando sepan, que al primer contratiempo vuelvo la cara, y no tengo valor para arrostrar à las dificultades; esto por un lado; y por otro el saber las resultas del lance, y si ha tenido, que sentir la Marquesita, me obligan à suplicaros, que nos detengamos por esta noche, y que me acompañéis en ella, pues pretendo, que disimuladamente demos una vuelta por su casa, en donde, si ha havido alguna mala resulta, no faltará una piadosa Criada (que las tiene mui à proposito para el caso) que me informe del suceso; para evitar, que pueda alguien conocernos, aguardarémos, à que sea ho-

hora de que esté recogido el Marqués, y tambien su casa; pero, por quanto siempre es forzoso vivir con precaucion, llevarémos, por lo que pueda acontecer, à cierto mata-siete, bravo de profesion, y brivon de oficio, que nos guarde las espaldas; Yo le conozco, y sé donde vive, aunque anda de escondite por no sé que frioleras, ò descuidos, que quiere averiguarle la Justicia; despues que anochezca, irémos à buscarle, y à fuerza de dinero conseguirémos su auxilio. Las personas de obligaciones, y tan elevadas como la vuestra no saben desamparar à sus amigos en los lances mas estrechos, y asi, ni aun por imaginacion, dudo de vuestra compañia; es cierto, que en el asunto principal nada interesais; pero la ley de la amistad os constituye en el mas inexcusable punto de honor, con el que no cumpliis, ciertamente, si me volveis las espaldas, negandome vuestro patrocinio.

Yo, à quien faltaban aun muchas experiencias del mundo, no bien huve oído, que era punto de honor, quando me representé vivamente, sin reflexionar las conseqüencias, la obligacion de hacer frente à todas las dificultades. No sabía aun, que el honor verdaderamente tal no es otra cosa, que cierto glorioso eco, que resuena por reflexion en nuestra alma, como efecto de una accion realmente virtuosa, hecha à la vista del mundo, que nos da un irrefragable testimonio de aquello, que los demás creen de nosotros, y se nos convierte en indecible consuelo, y alegria de espíritu: Ignoraba, asimismo, que por mas perfeccion, valor, ò mérito, que incluya en sí una accion (como es la de favorecer à un amigo en todo riesgo sin límite

te en los asuntos) si pierde el norte de la virtud, sino produce un efecto excelente digno de alabanza, gloria, y crédito, es incapáz de dicho verdadero honor. Asi, pues, dexandome llevar del eco de la voz, persuadido por un jóven vicioso; y falto del consejo de un prudente Amigo, huve de condescender à la execucion de una accion, que fue el principio de mis incomodidades, desasosiegos, y trabajos: Vease, à que precipicios conduce una mala compañia, y qué males produce el alexarse de la comunicacion de los sábios, y experimentados.

Acercóse la noche, y llegó el tiempo de conducirnos en busca del xaque, que havia de ser nuestro apoyo; aguardámos à que se cubriesen enteramente de tinieblas los orizontes, y al estar à lo último del poblado, llegámos à cierta despreciable casilla, que estaba pegada à la falda de una pequeña sierra; luego que tocámos à la puerta, salió à recibirnos una arrugadisima, y denegrida vieja, encubriendo su esqueleto con el pergamino de una escamada piel; trahía en la mano un mocoso candil, à cuya opaca luz, levantando trabajosamente los ojos, conoció à mi Amigo; hizole un trémulo cumplimiento, y nosotros, baxando la cabeza, pudimos entrar por su magnífica puerta; atrancóla, luego que estuvimos dentro; y sin aguardar, à que nos preguntáse para no perder tiempo, la dixo Tulipan, como nuestro asunto no era otro, que hablar à Ajenjo; que no nos le negase, pues la constaba la seguridad; y por último, la dió ciertas monedas, que la allanáron todas las dificultades; arrastró una arca desconcertada, que havia arri-

rimada à la pared; y quitado de en medio el estorvo, se descubrió la obscura boca de una profunda cueva, que estaba oculta con aquel artificio: Dudoso estuve en entrar por ella, ò en quedarme con un vestiglo tan horrendo; pero, finalmente, me determiné à seguir à Tulipan, ya por si necesitaba de mi auxilio, ya porque no atribuyése à cobardía el esperarle à la parte de à fuera: Quedóse la vieja à obscuras, por darnos el alivio de la luz; tomó el candil mi compañero, y medio à gatas entramos por aquella garganta del abismo (que, ni aun el Cerbero à la puerta la faltaba) y fuimos caminando estrechos, y encogidos, fiado Yo, en que Tulipan estaba diestro en el camino, por no ser la primera vez, que havia andado en estas correrías, y asi, no le soltaba la ropa, como si fuera lazarillo de ciego; presto lo quedámos los dos, porque tropezando él en la bella igualdad del pavimento, dió con el candil en tierra, y quedámos à buenas noches; no fue uno solo el coscorron, que dió mi cabeza hasta llegar à tientas, adonde estaba la puerta, ò trampa del sepulcro de aquel viviente; pudímos distinguirla por la luz, que de entre sus rendijas salía, y al punto que llamámos, nos dió de adentro el ¿quién vive? una huéca, y fanfarrona voz, à que correspondió mi compañero con la suya mas entonada, que jamás le havia oído, diciendo: Simiópolis, y flor del berro; aunque esto me olía à desproposito, reflexioné, que tiene la picaresca, à imitacion de la verdadera milicia, sus señas, y sus contra-señas; éstas lo eran para allí, y tan seguras, que no bien acabáron de oirse, quando se nos abrió la puerta; y se hizo patente una con-

concavidad, ò natural cueva de aquel cerrillo, capáz de contener media docena de personas, que era el número de la respetable asambléa, que allí se hallaba, incluyendose una Mona, y su chiquillo; en medio se quemaba un puñado de astillas, sobre las que de una cadena pendía un caldero, que era toda la batería de su cocina; el humo de éstas, y el contínuo, que estaban echando sus bocas, havian formado una colgadura de luto, que haciendo juego con las telarañas, cubría las paredes, y techumbre; y aun les sobró tela bastante, para forrar sus manos, y caras; respirabase congojosamente, pues solo constaba el salon de una tronera, que finalizaba despues de largo camino en la hendedura de unos peñascos: Era la sillería mui al natural, y duradera, pues la componían unos pedazos de troncos de arboles gruesos; y los demás muebles, que estaban acinados à un rincon, demonstraban ser sus miserables ropas, y algunas raidas mantas, que les servian de cama.

Levantóse la quadrilla, luego que avistó à Tulipan, y llevando la voz un horrendo Monazo (era el Señor Ajenjo) mui cerrado, y negro de barba, rizado, y largo de patillas hasta las quixadas; calado de entrecejo; denegrido de dientes; torcido de ojos; y forrado de una piel quasi negra, fondo en verde; tendria sus dos varas y media de alto; el pelo alisado, y recogido en un gordo moño sobre el cogote; la chupa, ò vestido interior de xerga, cogidas las mangas con un sin número de varas de cinta; y sobre él una especie de capote con tontillo (dentro del qual, segun me dixeron, iban todos los trastos de matar) del paño de color

de la lana guarnecido por encima con mil labores hechas de tiras de terciopelo negro, y adornado del colgajo de un par de gruesos cordones hechos nudos, con ciertos herretes de plomo quasi de una quarta de largo, que finalizaban en unos corazoncitos; el calzon de ante, laboreado de seda negra con sus buches, y borlones; polaina bordada de colores; y zapato de becerro: Estos eran los arréos de nuestro custodio, y poco mas, ò menos los de sus compañeros: No era su trato tan bronco como prometía el conjunto de circunstancias, que Yo havia advertido; antes bien me pareció mui agradable; dió mil seguridades por aquellos, que con él se hallaban, que eran sus Amigos, y de su misma profesion; hizo una infinidad de sumisiones à Tulipan; y aunque jamás me havia visto, me colmó de alabanzas: Pusose tambien en pie la Mona, que solo por que tenía faldas, se podia conocer, que era hembra, con tantos andrajos, como moños, y tanta mugre, como labia, y repitiendome mil zalamerías, mientras hablaba mi compañero con Ajenjo, se sentó junto à mí; à la tercera palabra ya me havia pedido dinero para tres, ò quatro cosas, y queriendome Yo admirar de la franqueza, con que me trataba, me dixo uno de aquellos Señores, que esta era costumbre entre ellos; que eran unos pobrecitos, y que no tenian de adonde sacar para comer, sino de lo que les subministraba el garbo de los Caballeros, que trataban; que ellos con especialidad necesitaban mas, usar de estos medios, porque ciertas travesurillas, y destrezas los tenian arredrados, sin poder exercer su comercio en las ferias de su País (que distaba mas de cin-

cinqüenta leguas de aquella tierra) huyendo de las manos de la Justicia ; no porque les faltaba allá la proteccion de los primeros Caballeros de los Pueblos, sino porque sabian mui bien, à costa de una desagradable experiencia, que mas vale salto de mata, que ruego de buenos : De estas conversaciones Yo inferia, que aquellos eran Monos de otra casta, que la de los demás, y para informarme mas de raíz, se lo pregunté al Amigo Ajenjo, que era, sin duda, el docto de la quadrilla, el que sin hacerse de rogar al instante desde su asiento, quedando el resto de la compañia callando, y oyendo con la boca abierta, y los ojos fixos en su rostro, me habló de este modo :

Me mandais, Señor, que renueve el inexplicable dolor de la perdída libertad de nuestra gente, de la disipacion de nuestros bienes, y de nuestra destruida República : Quereis, que os cuente aquellas miserias, que Yo mismo experimenté, tocandome mucha parte ; y por las que, al volver à referirse, ni aun nuestros mismos enemigos podrian contener las lágrimas ; y aunque la humedad, y pesadéz de la noche, que ya está algo abanzada, mas convidaban à dormir, que à andarse en historias ; por entretener el tiempo, pues en siendo mas tarde (segun me ha dicho mi Padrino) hemos de salir, à no sé que lancecillo de honra ; ya que teneis tan ardiente deseo de saber nuestros sucesos, y de oír nuestra última ruina, aunque, al acordarme de ella, me horrorizo, he de daros gusto ; y asi, sin mas preámbulos empiezo : Despues, que cansada la suerte de sernos propicia, derramó por diversas Regiones à nuestras familias, pues, aunque

ya somos todos naturales de éste, y de los Reinos inmediatos, trahemos nuestro origen de un poderosisimo Imperio, que estuvo establecido en unas Provincias separadisimas de este Continente; nuestros primeros Progenitores en él, agitados de peregrinas fortunas, vinieron desde tan lexas tierras, y en breve tiempo fecundáron éstas con tanto exceso, que pudimos estendernos por todas ellas, formando insensiblemente, parte por el descuido de sus naturales, parte por nuestra genial industria, un formidable cuerpo; establecimos nuestro gobierno por una especie de Tribus, ò Centurias, nombrando en cada una un Gefe, ò Compañero principal, à cuyas ordenes todos los demás se sometían; diferenciabamos nuestras costumbres de las restantes de las Provincias; solicitabamos nuestros adelantamientos por medios mui peligrosos, pero seguros para el caso, si surtian efecto nuestros proyectos; huiamos de tener posesiones, contentandonos, con que otros las cuidasen como proprias, haciendo nuestros por varios medios sus productos; era don característico nuestro la cortesía, y rendimiento con todo el mundo, especialmente en poblado; nuestras hembras tenian, como por oficio, el arte de agradar, y alabar con exageracion quantas acciones indiferentemente se exercitaban delante de ellas; nuestros Hijos jamás daban, que hacer en los Lugares à aquellos Maestros, que havia para doctrinar públicamente à los Hijos de vecino, porque nosotros cuidabamos de su educacion à nuestro modo; haviamos ideado para nuestro interior manejo cierto lenguage, desconocido de todos los demás; nuestro principal destino fue el de adiestrar, y avivar

var à los brutos mas rudos, y lerdos, vendiendolos, y trocandolos en siendo maestros, por otros quasi inservibles, todo en favor de la causa pública, y su efecto en provecho privado nuestro; endurecidos en los trabajos, resistiendo à la inclemencia, habitabamos los desiertos, no teniendo mas trato, ò comunicacion, que con los que viajaban por los parages inmediatos à nuestras cuevas; el amor, que profesabamos à nuestros próximos, era tan ardiente, que solo porque nos trahía à la memoria su muerte, huíamos, como de nuestro mayor enemigo, del que tenia el oficio de darles sepultura: Por último, tanta aversion tuvimos à ser gravosos al resto de los Monos, que ni aun despues de morirnos les fuimos perjudiciales; pues nosotros teniamos gran cuidado de dar destino à nuestros difuntos, sin participar al público su fallecimiento: Gastabamos la vida alegremente festejando con nuestras musicas, y bailes à diversos, que se declaráron nuestros devotos, y que en quanto les era posible, copiaban nuestras costumbres, trato, y adornos, no siendo los últimos algunos Jóvenes nobles, à quienes agradaba mas nuestra libertad, que el encogimiento de la crianza, que les daban en sus casas; amantes de la sociedad, y unidos todos en nuestras respectivas familias, no admitiamos separacion, aun material; muchas tenian pequeña casa en las entrañas de una gruta, nada reparada, cubriendo una misma sombra al comun hogar, sus dueños, bienes, y ganados.

Este era nuestro establecimiento; esta la profunda paz, que por dilatados años estuvimos gozando, y ésta la gente, contra quien se levantáron

ron el mas fiero nublado, la borrasca mas deshecha, y la persecucion de mayor horror, que podiamos experimentar; pues aunque otras diversas veces se nos havia intentado perseguir, facilmente eludiamos la vigilancia de los Superiores, obedeciendo al pronto los decretos, sometiendonos sin resistencia al principio, para ir despues insensiblemente volviendo à nuestro antiguo método de vida, como efectivamente acaecía; pero la ilustracion, que dicen reina al presente, y que havia empezado à rayar, tiempos hace, luego que estas Provincias lograron la dicha de ir poniendose en bonanza, sosegadas felizmente las alteraciones, que las havian perturbado por largos años; tomó en breve el aumento suficiente, para empezar à especular nuestras acciones, nuestra vida, y nuestra utilidad, ò inutilidad en la República: Al advertirnos sin domicilio fixo, se nos declaró por vagos; considerandonos habitadores de los mas enmarañados, y escabrosos montes, se nos tuvo por foragídos; nuestro chiste, y desenfado se definió por desemboltura, nuestro tráfico, y comércio por latrocinio; nuestras sumisiones, y zalamerías por estafa; y lo que es mas digno de compasion, se nos creyó irreligiosos, è ímpios de quatro costados, ya por ciertas observaciones, que hicieron acerca de nuestra conducta; ya porque no faltó, quien acusáse à nuestras hembras de Chiromànticas; òs confieso, que esto me llegó al corazon, mayormente, porque por mucho tiempo estuve, sin saber, qué casta de páxaro era la tal Chiromancía, de que oía acusarlas; que como no lo entendía, no podia hacerlas enmendar, si acaso era cierto, ò defen-

fenderlas, si era impostura; hasta que quiso la suerte, que la casualidad traxese à mis manos à un Estudiante, cuya conversacion, y viveza me dieron à entender su despejado discurso, y valiendome de la ocasion, le pregunté, si entendia acaso, qué queria decir Chiromancía; à lo que me respondió, mortificado: ¡O, como no conoceis al Mono, con quien estais tratando! ¡A un Estudiante de la era presente, à un cursante que tiene ya mas de tres años de Universidad, preguntar, dudando, si sabe, qué significa un vocablillo de una lengua antiquisima, sapientisima, necesarisima, y adornadisima de otra infinidad de superlativos, que no digo, porque no son para vuestra inteligencia! Andad, que os perdono, porque en estas materias sois un pobre Hyppócomo, ignoranton; y para que no estéis mas dudoso, sabed que Chiromancía quiere decir: Arte de adivinar por las manos, y sus rayas; cuyos principios debe la palestra literaria al incomparable::: Basta, basta, le dixe entonces, atajando el raudal de su pedantesca erudicion; porque ya estoy consolado, considerando, que nuestras hembras, no tienen, ni exercen la habilidad de adivinar por las manos, como piensa el rudo vulgo, sino la de agarrar con la mano, como conocen los no preocupados: Gracias à la alta comprehension, que de la tal lengua tenia el dicho tunante, como él me dió à entender, y sin duda, debia de ser cierto, porque lo que me llamó, que Yo no entendí, ni me atreví à preguntarle, me olió à ser sacado de la misma; y sin duda alli vendria al caso, pues que él lo dijo.

Vuelvo à tomar el hilo de mi historia, abreviandola lo posible, porque las llagas menos duelen mien-

mientras menos se tocan. Toda esta inquisicion, que se hizo de nuestras vidas, y costumbres, y todos los juicios, que à vista de ella se formaron, fueron los antecedentes para el inevitable golpe, que experimentámos. Era Cabo principal de nuestro rancho un venerable anciano, tan valeroso, como astuto, prudente, como él solo, y experimentado, como ninguno; este, pues, una noche, que havia salido à no se, que diligencias, al tiempo, que el primer sueño se havia apoderado de nuestros miembros cansados del trabajo del dia, llegó despertandome, todo azorado, dando unos profundos suspiros, y cubierto de sudor, y polvo: ¡Ah! ¡qué tal estaba! ¡qué distinto del mismo, quando en otras ocasiones solía volver cargado de despojos! Yo asustado, luego que le ví, antes que me hablára, le dixe sacando fuerzas de flaqueza: ¿Qué es esto, lumbre de mis ojos, segurisima esperanza de nuestra gente? ¿En dónde tanto te has detenido? ¿De qué parage vienes? ¿Qué causa tan indigna para un varon tan fuerte te ha desfigurado, y te ha inmutado, como advierto? Nada respondió à preguntas tan excusadas, y solo sacando un suspiro desde el mas retirado escondite del pecho, me dixo: Huye, huye, Hijo; no te detengas; escapa; librate del peligro: Caímos en el lazo: Nuestros enemigos han logrado el tiro: A toda prisa van apoderandose à fuego, y sangre de las cuevas, y habitaciones de nuestros Compañeros: Cayó toda nuestra Nacion de la alta fortuna, en que se hallaba; basta ya, lo que por ella, y los nuestros hemos trabajado; si pudiera defenderse à fuerza de armas, no estuviera ociosa mi espada en la baina;

pe-

pero ni ella sirve, ni mi persona yà pesada con los años puede escapar sin que la alcancen; tú eres Mozo, y ligero; en ti están todas nuestras confianzas; llevate contigo à estos infelices compañeros en tu suerte; no está lexos el mar; algun barquillo no te faltará, que te conduzca à otras playas, en donde encuentres mejor fortuna; esto dixo; y sin dexarle ya hablar los sollozos, me entregó con sus proprias manos, como recomendandomela particularmente, à su Hija la hermosisima Xeringuilla, que asi se llamaba, y era por entonces mi proprietaria.

Vuelto en mí, como de un sueño, salgo de la cueva; subo sobre un cerrillo; pongome à escuchar con toda atencion; y advierto, que ya se nos iba aproximando bien claro el ruido de gente armada; conoce el buen viejo la cercanía del peligro, y entonces esforzó con mas ahinco sus ruegos: Ea, decía, vosotros, à quienes está hirviendo la sangre, y cuyo valor está en su fuerza, huid, huid; que Yo inutil ya por mis años no puedo serviros mas que de estorvo; dexadme morir, pues se prolongó mi vida hasta el lastimoso fin de nuestras familias. ¿De qué puedo ya servir en el Mundo? La muerte, aquella muerte, que para otros sirve de tanto horror, para mí será un consuelo, y un descanso: Estas y otras cosas decía, estando siempre fixo en su parecer. ¿Cómo es posible, le repliqué, que salga de tu boca proposicion semejante? ¿Pudiste creer, que Yo diese un paso, para ponerme en salvo, quedando tú en el peligro? Dexémonos, Señor, de altercaciones, porque no ha de ser mas de lo que Yo diga: Mozo y robusto

soi; monta sobre mi cogote, como quando de muchacho harías la gigantilla; Yo te sabré llevar sobre mis hombros, sin que me parezca pesada esta carga, venga lo que viniere, los dos experimentarémos un mismo riesgo; y si llegamos à salvamento, los dos igualmente lograrémos un mismo sosiego; venga detrás nuestra querida Xeringuilla; y de escolta nos servirán los restantes compañeros: Y pues no he de admitir disculpa, manos à lo dispuesto, lie cada qual su mochila, y alto à marchar segun el orden, que acabo de proponer. Aprobaron todos la disposicion, y se executó como se dixo.

Mientras estaba haciendo Ajenjo esta pintura con mas extension, que la que voi refiriendo, me acordaba, que si se puede hacer comparacion de las cosas de poco momento con las grandes, y famosas, era este un plan mui parecido à la toma de Troya: Y ¿qué estraño, que Yo lo discurriese así, si en un lance, que distaba mucho de las circunstancias del presente, fue un pensamiento, que ocurrió à un grande Hombre, aunque haciendo la misma salva? * He querido anotár esto, porque hai murmuradores de tan buen diente, que en todo se ceban; por lo mismo, tambien advierto, que el haverme detenido à referir por extenso la clase, y circunstancias de esta casta de Monos, de quienes

* Si licet in parvis exemplis grandibus uti,
Haec facies Trojae, dum caperetur, erat. *Ovid.Trist.l.*1.
Esto es:
Si es licito en lo humilde de exemplos grandes el uso,
Esta figura Troya, siendo tomada, tuvo.

nes voi hablando; y el suceso por menor; es lo primero, para dar à conocer, que tambien entre ellos hai heroicidad, y patriotismo; lo segundo, porque haviendome propuesto la idéa de dar à conocer las diversas clases, en que se dividen los naturales de aquellos países, no me pareció justo pasar en silencio esta, que se diversifica tanto de las de los restantes Monos; y lo tercero, que el lector de mis Memorias, que no quisiere saberlo, con pasarlo en blanco, puede hacer cuenta de que no se escribió, y se libró del tédio, que puede causarle; y si nada de esto sirve al roedor de mis escritos, diga lo que quisiere, que no estoi tan despacio, que me sobre lugar para dar satisfacciones; y mas, quando Ajenjo me aguarda, cargado sobre sus lomos del maduro anciano Anchises de aquella tropa.

O fuese por la carga, prosiguió nuestro Mono, ò fuese, porque los de atrás (segun suele decirse) corren mas; ò (lo que es mas cierto) porque nuestro destino lo quiso asi, por mas que procuramos hacer la agachadiza al sentir que se acercaban, dieron con nosotros los Ministros de Justicia: Quede en silencio el mal-trato, y descortesia de los Esbirros, porque no cabe en mi ponderacion; y paso à haceros presente, qué dolor, y qué afliccion sería la nuestra, al ver que la estrecha, y desacomodada carcel, à donde fuimos conducidos, estaba llena de nuestros Compañeros; todos los ranchos de nuestra Nacion, que havia repartidos en la comarca, se hallaban reducidos à aquella estrechéz; à cada qual remordía la conciencia por diverso capítulo, y todos juntos eran la causa de nuestra comun

mun desgracia: Un Alguacil entró à este tiempo, haviendo pedido licencia al Alcaide para hablarme dos palabras; este era un Amigo mio, con quien Yo havia comido, y bebido muchas veces, y à quien havia favorecido en algunos lancecillos apretados; porque fue siempre costumbre nuestra hacer gavilla, excepto en los casos reservados, con Alguaciles, y Soplones, no por amistad verdadera, porque los aborreciamos, sino por miedo, para que no nos armaran la zancadilla; este, pues, entró à donde Yo estaba, me dió mil satisfacciones à cerca de su inocencia en el lance; de no haver podido avisarme con anticipacion, como lo havia hecho en otras ocasiones, porque en ésta los Jueces havian tenido mas reserva, y no havian dado cuenta de lo que se iba à executar, à los que no es necesario que sepan mas, que obedecer, lo que se les manda en el mismo acto; y finalmente, me dió la bella consolatoria, que, segun havia oido, aquella era causa comun, y que havría sucedido igual lance en las demás Provincias del Reino; pero que por lo que hacía à nosotros, él quedaba à la mira, y haría quanto estuviese de su parte en nuestro abono, y defensa. ¡Quién no havia de confiar con sugeto de tan grande empeño! Por ultimo, abreviando, porque no quiero cansaros, despues de un diluvio de trabajos, con que purgamos la buena vida, que hasta entonces haviamos tenido; despues de diversos destinos particulares; despues de varios capítulos concernientes à la enmienda de nuestra vida pasada, fuimos precisados à domiciliarnos, y à avecindarnos con pie fixo en las poblaciones de este Continente; nos fue prohibido otro oficio, ò tra-

tráfico, que él de la Agricultura; fuimos aligados à un establecimiento cierto sin sernos libre la salida de él, ni peregrinacion alguna sin expresa licencia de nuestros Superiores; fue disipada nuestra coligacion, y forma de cuerpo separado dentro de la Nacion; se nos desnaturalizó, teniendose por suplantado nuestro decantado antiguo origen; se declaró por infame hasta nuestro nombre, aquel nombre, que acordaba nuestro País, y que nos distinguía, y singularizaba entre los habitadores de éste; y ultimamente quedó la Justicia velando atenta sobre nuestras operaciones; pero como éstas son mas, y con mayor cautela, que los ojos de aquella, aun nos quedan muchos rastros de nuestra antigua libertad; no fue facil quitarnos nuestra habilidad, y ligereza de manos; no el desarraigar del todo nuestras costumbres, enmudecer nuestra labia, y sugetarnos à un trabajo ímprobo; no todos los Jueces tienen una misma integridad, y zelo; la condescendencia de estos en las materias leves es el apoyo de nuestras habilidades; lo malo es, si despues de un Señor de estos de buen genio, esto es, despues de un poltrón toma las riendas del Gobierno uno de estos ò verdaderamente activo, y exactamente atento al cumplimiento de su cargo, ò que porque es nuevo en el exercicio de esta clase de empleos, desea diestra, ò siniestramente acreditar su vigilancia; y sin atender, à que el sumo derecho es suma injuria, empieza à perseguir desvalidos, y à formar causas à los pobrecitos, tales como nosotros; entonces dá al traste nuestra maraña, y se paga en una semana el holgorio de muchos años.

Esto es puntualmenre, lo que pasa al presente por

por mí, y por toda esta gente honrada; fue el caso, que acaeció una friolera no mui limpia en nuestra vecindad, y luego se nos echó la culpa; decretóse nuestra prision, pero no tan sigilosamente, que no llegáse algunas horas antes à la sagáz comprehension de mi compañero el Alguacil, el que tuvo la caridad de venir inmediatamente à avisarnos del peligro; mejor le estuvo esta noticia, que la prision, porque le valió incomparablemente mas; y en quanto al cumplimiento de su obligacion él tendría opinion para poderlo hacer, porque ellos la encuentran para todo: Salimos, los que veis, y todos nuestros bienes, si no à uña de caballo porque no le teniamos, à lomo de borrico, pues sobre las mataduras de dos de estas bestias acomodamos el ajuár, y las personas por turno; andabamos de noche fuera de camino, y sin descansar en poblado, temiendo las requisitorias, que despues supimos se havian despachado en busca nuestra. ¡Quién creyera éramos personas de tanta importancia! Por fin, pasadas varias fortunas, que era largo referir, encontrámos en ese bosque vecino un dia à esa bendita vieja, que nos sirve de portera; ella nos recogió; ella nos enseñó este escondite; y ella cuida de dia de nuestra subsistencia, que la pagamos à peso de dinero, que por varios caminos (todos honrados) solicitámos, saliendo algunas noches à buscarle. Este, Señor, es el ultimo de los trabajos de mi vida; este el término, que en mí ha tenido el largo suceso de nuestra Historia: En este encierro, ò sepulcro espero que la suerte ha de hallar camino de sosegar mis turbaciones, y fatigas, no dudando, que el Cielo me depare una mano poderosa, que invoca-

cada en mi auxilio, se conmueva, y haga experiencia de la fuerza de su poder, librando de tantas miserias à un desdichado. Asi el famoso Ajenjo, haviendo estado todos atentos, mientras él solo hablaba, recopiló las fortunas, y destruccion de su Nacion; como tambien sus particulares sucesos, y jornadas; y despues de una narracion tan prolixa, hizo punto, dió una recia palmada sobre su nervioso muslo, y puesta la mano en la mexilla, sus acciones, rostro, y palabras quedaron en suspension à un mismo tiempo.

CAPITULO XII.

Del destierro de Enrique, y Tulipán; y camino que emprehendieron.

LOS guapos, y el buen vino duran poco, dice un adagio vulgar; y nosotros lo huvimos de conocer, por experiencia, en la persona de nuestro fanfarrón Ajenjo. ¡Con qué aire se encasquetó un sombrero blanco largo de ala, y duro de copa como el yelmo de mas resistencia! ¡Qué peroracion tan corta, pero tan baladrona nos hizo para animarnos con el valor de su brazo! ¡Qué escupir por el colmillo, y sobre el hombro entre una, y otra diccion emphática, y preñada! Por ultimo, sus acciones, palabras, y movimientos eran capaces de hacer creer à qualquiera, que ibamos à la conquista de una Provincia; y todo el aparato se reducía à ir à inquirir noticias de algun criado de una casa, que suponiamos sumergida ya en el mas profundo sueño, siendo el llevar con nosotros

à

à este xaque (baxo su palabra) solo una precaucion prudente, ò mejor, un gran miedo de mi Amigo Tulipán, que no fiaba del todo en mi brazo su defensa, y queria tener quien le guardáse las espaldas para qualquiera lance, que él juzgaba, no obstante, sumamente remoto. Sería una hora mas de la media noche, quando todo ya en quietud, sin oirse el murmullo de las gentes, ni el ladrido de los perros, alumbrados solo de la claridad de la Luna, que se hallaba en lo mas alto de su carrera, salímos los tres despedidos de la restante comitiva, que se ofreció cortés, y valiente à irnos sirviendo, aunque no admítimos su obsequio por no juzgarle necesario. Una, y otra vuelta dimos à la casa del Marqués, en donde puertas, y ventanas estaban cerradas, sin haver hallado resquicio por donde cumpliese Tulipán sus deseos; tosía, se sonaba, escupía, todo con fuerza bastante para ser oido de qualquiera Criada, que segun él se lisongeaba, estuviera en vela esperando su arrivo; pero nada surtía efecto; ya le havia Yo aconsejado que nos retiraramos, puesto que no teniamos que esperar, mas que perder el tiempo, y él, cumpliendo con las obligaciones de Caballero andante, no havia desamparado el puesto, y calle de su Dama; y ya havia tambien condescendido à mis razones, aunque suplicandome, tuviese à bien dar otra ultima, y peremptoria vuelta antes de retirarnos; no le repliqué, porque fuese completamente satisfecho; pero apenas movimos el pie para ir à executarlo, quando por las dos embocaduras de la calle vimos irsenos acercando, cogiendonos en medio, una porcion de bultos no pe-

que-

queña. Ya estrañaba Yo, dixe, que el peligro no encontrára con quien anda buscandole. El ¿quién va? la comun respuesta, y el hallarnos por una, y otra parte acometidos, fue tan en breves momentos, que apenas tuvimos los suficientes para tirar de las espadas; Tulipán, y Yo, haciendo cara à unos, defendidas nuestras espaldas con las de Ajenjo, que hizo intrepidamente frente à los que acometieron por el costado opuesto, nos pusimos en defensa; éste permaneció sin poder adelantar mas que el mantenerse; pero nosotros (sin ser menester que Yo apelàse al estrépito de las armas de fuego) nos hizimos lugar por medio de nuestros enemigos, intimidandolos de tal modo, que no nos impidiesen el retirarnos; fue forzoso dexar en el peligro à el valenton, ya por no ser conocidos, ya porque era necesario ceder à la fuerza.

Acosados del riesgo, y llenos de zozobra, llegamos apresuradamente à nuestra posada; cerramonos en el quarto, y por un rato quedamos suspensos, mirandonos recíprocamente, hasta que rompiendo Yo el silencio, le dixe: ¿Y bien; estais contento? Ya echasteis el resto à vuestras aventuras; lo peor es, que sin comerlo, ni beberlo, sacaré Yo, tal vez, en vuestra desgracia mas parte, que la que hasta aqui me ha tocado en el susto, que acabamos de experimentar. Vuestro punto de honor, y mi mal-aconsejada condescendencia nos han metido en un laberinto, que me temo fundadamente ha de sernos de mui dificil salida: No esperéis de mí, que aguarde mas lances; la enmienda de estos yerros no puede ser otra, que la ausencia; y asi, alto à marchar; y estad inteligenciado en que, si os

resistíis à este unico medio, que nos dexa abrazar la estrechéz de nuestros sucesos, os gobernaréis en adelante solo por vuestro dictamen, abandonado del mio, pues mas de lo debido he cumplido hasta aqui con las leyes de la amistad. Razon teneis, Amigo mio, respondió Tulipán; razon teneis; Yo me cegué; mi vano, y ridículo punto del ¿qué dirán? me conduxo à este lance. ¡Ah! falta de reflexion! ¡quánto mas pesado, y de mas deplorables conseqüencias será el ¿qué dirán? de ahora! El de antes era efecto de una cordura prudente; y el actual de una desbocada locura. ¡Ah! Enrique, Enrique! marchémos enhorabuena, pues no hai otro remedio, pero sea en medio de las tinieblas; permanezcamos todo el presente dia escondidos, por si anoche nos reconocieron, no sea, que viendonos salir, nos armen alguna emboscada, en que sorprehendidos no nos valga el brio, y caigamos indefensos en manos de los que solicitan perdernos: El lacayo, que trahemos para que nos sirva, es bastante vivo; saldrá disfrazado, y averiguará lo que pueda; y de qualquier modo, à media noche marcharémos con mayor seguridad. Quedamos acordes; recogímonos un rato; y luego que fue bien de dia, encargamos al Patron, que à nadie dixese, si nos buscaban, que nos hallabamos en casa, porque nos importaba estar ocultos; y dimos al lacayo la comision de la pesquisa, que solicitabamos.

Pasamos hasta el medio dia encerrados, haciendo varias reflexiones mui buenas para el dia antes, pero que ya no venian al caso: Es efecto consiguiente al mal obrar el aspero remordimiento. Ya de-

deseabamos la vuelta de nuestro emisario para saber las novedades ocurridas; no tardó éste; y fue su arribo un nuevo motivo de cuidado. Con la mayor cautela, dixo, desde que me aparté de aquí, empezé à inquirir, preguntando generalmente por novedades; y encontré, repetido en bocas de todos los que iba hablando, el suceso de una grande quimera, que havia havido aquella noche, pero con tan diversos accidentes, y tan vario tambien en la substancia, que no se podia formar juicio: Unos contestaban, en que eran ladrones, que havian querido robar en casa de la Marquesa de la Mielga, y que havian sido sentidos, y rechazados por los criados: Otros; que era cierto enemigo del Marqués, acompañado de asesinos, que havia pretendido escalar su casa para quitarle la vida, pero que, sorprehendidos por una patrulla, despues de una corta defensa, havian vuelto las espaldas: Otros; que eran unos cortejantes de las criadas, que havian sido impedidos por algunos zelosos de la correspondencia de ellas: En estos corrillos se contaban las muertes à pares; en aquellos se tomaba à risa, diciendo, que era una friolera; y, por ultimo, señas, y asuntos eran tan diversos en las relaciones, que Yo con animo de averiguarlo con mas fundamento fui hàzia casa de la Marquesa, por si podía hablar à un mozo de libréa, paisano mio, que está allí sirviendo, y sin duda lo sabría todo; que estos son los cauces seguros, por donde averiguamos las interioridades de las casas; logrélo como lo pensé, pues él havia sido uno de los que se halláron en la refriega: Dos horas antes, me refirió, de la media noche mandó mi Amo, que

todos los criados de la casa nos armasemos, y unidos à otra porcion de gente, que tenia prevenida, saliesemos con él divididos en dos quadrillas, una gobernada por sí proprio, y otra por su Mayordomo: Mas de tres horas estuvimos sin hacer otra cosa, que rondar la calle, y sus al-rededores; ninguno sabía el fin de esta expedicion; pero no nos pertenecia mas que obedecer; conoció mi Amo, que ya estariamos cansados, y parte por darnos algun descanso, parte porque debió de creer, que ya era excusada su diligencia, unió las quadrillas, y nos conduxo no lexos de su casa à una de un criado, para que tomasemos un refresco, dexando escondido, y en acecho un centinela con las ordenes correspondientes: El tal en observancia de ellas vino despues de un rato, avisando, como havia visto tres bultos dar vuelta por el Palacio del Marqués. Alarmóse éste prontamente; dividió la gente segunda vez; dió orden de que no se concediese quartel à quien se resistiera, y partimos en disposicion de cogerlos enmedio: Asi se logró; pero fue tal el valor, y manejo de dos de ellos, que despues de haver herido aunque levemente à algunos de los nuestros, lográron retirarse à despecho del Marqués: Entonces unidos todos, contra el que quedaba, no huvo dificultad en rendirle, aprisionarle, y llevarle à un calabozo, entregandosele à la Justicia, reconociendo, que era persona ordinaria. Este es todo el suceso de anoche; pero ahora acabo de oir, aunque con muchos mysterios, que el preso es un gran bribon, que andaba huyendo de la Justicia por varios feos, y atroces delitos, que sin duda pagará ahora por junto; à la prime-

mera declaracion que esta mañana le han tomado, se dice, que depuso, que él sin saber el objeto, ò motivo, que tenía el Señor Tulipán, Hijo del Caballero Haya, para haver ido à tal deshora, y tal casa, le havia acompañado, y à un Amigo íntimo de dicho Señor, por si se les ofrecía algun lance apretado: Con estas noticias, prosiguió diciendome mi paisano, huvo varios dictámenes en la casa; pero mi Ama, se conocía estaba entre confusa, y apesadumbrada, sin que huviese quien se atreviera à hablarla una palabra; y mi Amo, sin haverse querido recoger, despues de haver pasado el resto de la madrugada encerrado en su quarto, salió mui temprano, y se fue à casa del primer Ministro: Si quieres saber lo que allí haya pasado, y la determinacion, que se toma, vén házia acá à la tarde, que Yo, luego que lo oyga, no tendré mas cuidado, que de tomarlo bien de memoria para comunicartelo, y à quantos vengan de nuestra ropa al portal de casa, lugar de nuestras juntas, por no faltar à las obligaciones del oficio. Esta es, Señores, toda la relacion, que se me ha hecho; si fuese necesario saber otra cosa, volveré à evacuar la cita, que él no faltará à ella, porque es criado que sabe serlo con todos los requisitos de tal.

¡Ay, Amigo Tulipán, exclamé, esto está peor, que estaba! El Marqués (no pongais duda) ha ido determinado à dar quexa de vuestros excesos, ò bien en derechura al Soberano, ò bien por medio del Ministro, de quien puede seguramente confiarse, porque las altas circunstancias, y rectitud de éste repugnan, à que cometa la detestable traycion de ocultar la verdad à su Principe; y diciendosela, ¿có-

mo

mo se podrá evitar el exemplar castigo, que le dictará su justicia? No os puede poner à cubierto vuestra ilustre sangre; porque si vos mismo no haveis correspondido à la heroicidad de las acciones, à que os llama, ¿cómo se os ha de tratar, segun exigían sus privilegios? Yo tambien experimentaré justamente el rigor de su sentencia, aunque bien á sangre fria, haviendo sido cómplice solo por una inconsideracion; no puedo satisfacer, diciendo, que os acompañé por ser vuestro amigo; porque la amistad no es motivo, que sirve para las acciones obscuras, y mal-sonantes; antes bien, como vinculo de almas virtuosas, las evita por todos caminos; tampoco los favores, que à Roberto franquéa el Soberano, y à mí por conseqüencia, pueden ser escudo contra sus iras, pues estos son como el calor del Sol, que obra diversamente segun el sugeto, que le recibe; derrite à la cera, y endurece al barro, siendo él uno mismo; asi, pues, en Roberto serán favores porque se los grangéa, los que en mí castigos, pues con mis yerros los atraxe sobre mi cabeza. Ya no hai remedio à lo hecho, me interrumpió Tulipán: Yo siento, que mi amistad os haya expuesto à estos sinsabores: Marchémos, Amigo, al punto por si la ausencia puede abrir algun camino à la enmienda. Esto dixo, y dió orden al lacayo, para que buscáse carruage, que nos restituyese en aquella misma noche à la Corte: Este volvió sin haverle encontrado, y con sola la esperanza de que por la mañana le havría; quedó en el encargo de solicitarle al amanecer, y nosotros cansados de la mala noche antecedente, y de la inaccion del dia, nos resolvimos à recogernos mui temprano.

En

En lo mejor de nuestro sueño estabamos, quando oímos unos recios golpes à la puerta del quarto; levantóse el lacayo, que se quedaba con nosotros; abrió; y vimos entrar un Mono, con traza de inválido, vestido con el uniforme de la Casa Real, y en la mano un largo garrote con una especie de lanzón al fin de él; bronco de voz, y sério de semblante preguntó por mí; como Yo estaba à medio despertar, desprevenido, y con la conciencia no sana, luego que ví delante de la cama aquella estantigua, armada de tan formidable instrumento, creí que era mi hora llegada; mas, no obstante mi miedo, me iba à poner en estado de defensa, quando él me dixo sosegadamente, que no temiese, que venía à traherme un pliego del Secretario de Estado; Yo le recibí temblando, conociendo, que aquello no era otra cosa que mi sentencia; abríle, y dí el sobrescrito al portador para testimonio de la entrega; y luego que volvimos à encerrarnos, le leí en alta voz (despues que supe su contenido) para que le oyese mi compañero; y decía de este modo:

» Amigo Enrique.

» La dulzura de vuestro genío (lo conozco) os ha » conducido à una condescendencia, que debia traheros conseqüencias mui funestas, si Yo cargado ya de canas, y experiencias no huviera procurado cortar el lance con la prudencia mas posible. Tulipán, joven inconsiderado ha escandalizado la casa de un sugeto noble, y pundonoroso. El Marqués, ofendido, se templó con mis

» re-

„ reflexiones, y queda satisfecho con unas provi-
„ dencias extrajudiciales: No ha podido mi amis-
„ tad excusaros el ser incluido en ellas, porque es-
„ tais acusado como cómplice: En esta inteligen-
„ cia se hace forzoso, que à las tres horas de reci-
„ bir este pliego salgais del Sitio, acompañado de
„ Tulipán, dirigiendoos à las Ciudades, que gus-
„ taseis, con tal que disten, lo menos, quarenta le-
„ guas de la Corte, sin que podais volver à ella sin
„ Real Decreto; advirtiendo à vuestro Compañero,
„ que esta Orden tiene para sus efectos la misma
„ fuerza, que si huviera sido pronunciada en vista
„ de causa; por convenir asi al sosiego público. Y
„ para que sin excusa podais cumplir lo aqui con-
„ tenido, à la puerta de vuestra posada hallaréis à
„ la hora caballos para vosotros, y para un lacayo.
„ Yo quedo encargado de mirar por vos, para que
„ podais restituiros, luego que estén sosegadas las
„ presentes turbaciones; pues en todos tiempos es
„ vuestro seguro amigo, y servidor,

Rosál.

No quedaba mucho que discurrir en el asunto: Recogímos nuestros muebles, que se pusieron en una maleta, capáz de ir en la gurupa del caballo; fiamos en la experiencia, que tenía el lacayo de los caminos por haver sido postillón la direccion de nuestro viage; y nos prevenimos al punto para la marcha. Aprovechè el breve tiempo, que nos restaba, noticiando à Roberto mi destino, diciendole:

„ Ama-

„ Amado Compañero , y Amigo mio Roberto:

„ ¡ Quán à mi costa experimento la falta de vues-
„ tra direccion , y consejo ! No estaba aun mi en-
„ tendimiento capáz de soltar las velas , gobernan-
„ do el timon un conocimiento falto todavia de mu-
„ chas experiencias : Guiado de un falso punto de
„ honor condescendí con las travesuras de un jó-
„ ven , que me ha trahido al estado de verme des-
„ terrado vergonzosamente ; ya he empezado à sen-
„ tir incomodidades , sustos , y sobresaltos , insepa-
„ rables compañeros de la inconsideracion. Yo par-
„ to à la hora sin saber adonde , gobernado por
„ un Mono soéz , y baxo , expuesto por esas Pro-
„ vincias de este Continente à ser expectáculo de
„ otros Monos , tanto mas molestos , quanto me-
„ nos cultos. Indigno soi del alto carácter de Hom-
„ bre , pues , ni aun entre Monos , he sabido con-
„ servarle ; con razon pago mi culpa. Desde todas
„ partes os iré dando cuenta de mis peregrinacio-
„ nes , y trabajos. Gozad en paz de un reposo , que
„ vuestra moderacion, pulso, y maduréz han sabido
„ grangearos aun entre tan distinta clase de gentes;
„ y lastimaos de corazon de vuestro infelíz Amigo

Enrique.

Encargué la remision de este pliego à nuestro Patron , pagamosle el aloxamiento ; y à la puerta de él hallámos tres caballos , y un Criado del Señor Rosal , que de parte de su Amo me entregó un bolsillo , capáz de proveer à nuestra subsistencia por

muchos dias, con un atento recado, de que en qualquier aprieto contáse con sus haveres, y en todo tiempo con su amistad: Respondí agradecido; y acepté el don, que su liberalidad me franqueaba, porque no sabía los varios sucesos, que podian pasar por nosotros, y la precipitacion de la marcha era un pretexto decente para abrazar qualquier partido.

Poco mas sería de la media noche quando ayudados de la claridad de la Luna tomámos la ruta, hácia adonde quiso Orozúz nuestro lacayo: En lo que de ella restaba, y en los tres dias, que siguieron, picámos de martinete con tanta diligencia, que conseguimos ponernos en el término de las quarenta leguas desviados de la Corte, y Sitios Reales, que se nos intimó en la sentencia. Parámos por la noche en una casa, que havia en medio del campo, de las muchas, que se encuentran en aquellos Países, que sirven para tomar descanso los pasageros, quando están mui distantes los poblados, que sucede freqüentemente. Desde luego el frontispicio daba à conocer la magnificencia del trato interior: Yo creí, que peor piso, que el de los caminos, no podria encontrar, aun en los mas ásperos cerros, pero era porque jamás havia pisado el pavimento de estas habitaciones: Unas grandes, y desiguales piedras formaban su entrada, tan resvaladiza, que huvo de hocicar mi caballo, y dar conmigo en tierra, si Yo huviera ido un poco descuidado: Desmontámonos, y si no huviesemos llevado lacayo, huvieramos tenido que conducir nosotros mismos los caballos al establo. Yo tenia mui buena gana de cenar, y mayor de tomar al-

algun descanso; buscamos al Huesped, que al fin de preguntar à varios, hallámos en la cocina, calada la montera hasta los hombros, con una cara de pocos amigos, y trage de mucho parentesco con el del amigo Ajenjo, mas me pareció un Vandolero, que un Mono de regular crianza, como creí debiera ser por razon del contínuo trato, que alli tenía con los primeros sugetos de la Monarquía, que quando caminaban por aquel parage, necesariamente tenian que hacer tránsito en aquella casa: Saludámosle cortesmente, y no se dignó de mirarnos, ocupado en el grave asunto de celebrar à carcajádas, y atender al suceso nada limpio, que un arriero contaba, acaecido con la moza de un meson; acabóse éste, antes que nuestra paciencia; y volviendose à nosotros, encapotado el semblante, no nos dixo mas de ¿qué se ofrece? Suplicámosle, nos preparáse un quarto, poniendonos unas camas, y dandonos de cenar: Ya, respondió; poco piden; vaya, que parecen personages de pelo, aunque el trén es bien reducido: Caballeros, quarto no hai mas que uno, y ese está siempre reservado para gente de modo, y por tanto se ha dado à unos Señores de coche, que acaban de llegar: Cama no hai otra, que la del galgo, y así podrán hacer la rosca en la cocina, en el portal, ò en la caballeriza; y en quanto à cenar, se guisará lo que traygan, en acabando los arrieros; y sin esperar mas respuesta, empezó à gritar con un mozo de tan buena traza como él, que tenia para que diese la paja, y cebada, segun el arreglo que le havia confiado, y por no sé que medida de mas, ò de menos, se hundía la casa à juramentos, y mal-

diciones recíprocas : Este Mono es, sin duda, la piedra de toque de nuestra tolerancia, dixe à mi Compañero : Veamos, respondió él, à qué quilates llega; pero, oyéndolo Orozúz, nos replicó : ¡ O! Señores, pues ahora se comienza; ésta es la muestra del paño; bien podeis armaros de paciencia, pues como éste son quasi todos los que se hallan en semejantes casas por el Reino, insolentes, mal-criados, y : : pero la experiencia os dirá, lo que callo: La comodidad en todas ellas es la misma; y asi, acomodémonos, como se pueda, que una noche mala de qualquiera suerte se pasa : Dicho esto, suplicó al Patron, que à lo menos nos diese un puñado de sal, y un poco de aceite, y vinagre; condescendió, como haciendo un favor mui grande, y aun añadió una cebolla por via de gracia con cuyos avíos, colando el vinagre para quitarle un sin número de moscas, que havian caido en el sarroso, y deshocicado jarro, con el pan, que llevabamos, se hizo un gazpacho, que comimos con tanto apetito, como si fuese uno de los mayores regalos; Yo siempre havia hecho áscos à la cebolla por su olor fétido, pero aquella noche me olía à ambar. Digan los glotones, que el mucho regalo no estraga al apetito; pero experimenten algun dia la necesidad, y el hambre, y verán, con qué aceros tan distintos se sientan à la mesa. Por último, no huvo mas remedio para descansar un rato, que acostarse vestidos sobre las capas en un rincon del portal.

Aunque el cansancio nos convidó al sueño, se dexa discurrir, que lo mullido de los colchones nos echaría bien temprano de la cama; antes de amane-

cer

cer ya teniamos de punta los huesos; ensillados los caballos, y prontos à marchar, llamamos al Patron para pagarle el desengañado hospedage, que nos havia dado, y cortisima costa, que le hicimos; vino al punto con tantas cortesías, y cara de risa, que parecia otro, aunque poco tardó en sacar las uñas; pidiónos una exorbitancia, tanto que nos sorprehendió, y aun à Orozúz, con estar hecho à los golpes: Con la mayor moderacion le replicámos, diciendole, que sin duda havia equivocado la cuenta, porque no sabiamos, en qué podiamos haver causado un costo tan crecido. El, recuperando el encapotado gesto de la entrada, meciendose, y puesto en jarras, nos dixo con la mayor desvergüenza: Estos muñecos de la Corte, todo bambolla, y poquisima moneda, quieren siempre, que se les asista, y sirva à título de suficiencia; si havian de tener tanta dificultad en la paga, ¿por qué no se quedáron à pasar la noche en el meson de la Estrella, que allí no cuesta dinero? Estaré Yo aqui, solo por tener la honra de servirles; como si los comestibles, que hai en la casa (ya hé dicho, de lo que nos proveyó) nacieran en esos campos; como si me diesen la casa de valde.

Supe despues en otra ocasion, que sobre ser ellos generalmente una gente vilisima se les dá pie, para que sean mas ladrones, por el excesivo precio, en que los Señores de las tales casas se las arriendan, sin mas medida, ni proporcion, que su antojo, su lucro sin tasa, y las temosas pujas de ellos entre sí, resultando estos desarreglos contra el infelíz pasagero, que tiene que pagarlos, para que el dueño principal lo disfrute sin trabajo; y el bribon

bon del inquilino cumpla el injusto arrendamiento, y saque fruto de su tema con una notoria, pública injusticia. Parece exageracion ésta, y cuento de viagero; pero, creaseme, que no hai duda, que asi pasa.

Tulipan tenia la pólvora mas seca; y ya conocía Yo, que le iba faltando la paciencia; por esto, y porque aquel bárbaro no dixese mas desvergüenzas, y despropositos, le respondí sosegado: Teneis mucha razon, en querer se os pague; bien creo, que os cuesta vuestro dinero todo lo que haveis dicho; y nosotros, desde luego, estamos prontos à satisfaceros; pero ignoramos, cómo monta tanto nuestro gasto. Serenóse un poco, y dixo: Pues, si, Señor, eso importa, rebaxado, lo que os hacía de gracia; pero, ya que quereis la cuenta por menor, pagaréis, lo que sumen las partidas; id pues, contando: De cebada... de paja... de atadero... de mozo... de emporcar la caballeriza... del colgadero de los arréos de los caballos... de aceite... de vinagre (no contó las moscas; tal véz, por via de gracia) de sal... de agua... de cebollas (ésta partida debió entrar en singular)... de asistencia... de camas (esto es una manta, que dió para los tres)... de ruido... de luz... y por lo que hace à la casa daréis lo que gustáreis; la de los alfileres à la moza es partida voluntaria (bastantes necesitaba, si havia de prenderse todos los girones, que la colgaban.) Fue poniendo las partidas à tanto precio, que sumáron al fin doble porcion, que havia pedido primero; puso pies en pared, sobre que se le pagáse segun esta cuenta; y añadió tanta insolencia, que Yo me enfadé ya un po-

poco, y mi compañero, acabando de perder los estrivos, levantó la mano, y le sacudió tan buen torniscón, que le hizo la mostaza.

Aqui sí, que fue la gritería completa; juró, blasfemó, y llamó en su ayuda à todos sus amigos: Rodeónos al punto una muchedumbre de Monos, porque todos los arrieros, y demás gentualla, que havia agregada en la casa, se conjuráron contra nuestras vidas; no huvo tranca en el corral, tenazas en la cocina, ni pala, y hurgónero en el horno, que no amenazasen à nuestras cabezas; pusímonos en defensa, y nos fuimos retirando hasta el medio del campo; pero alli nos siguiéron con tanta tenacidad, que me fue ya preciso pasar de la mera defensa à la ofensa; por lo qual pude separarlos por algun espacio; esto fue peor en el efecto, porque viendo, que no podian ofendernos aproximandose, echáron mano à las armas arrojadizas; y un Pastor, que se les havia agregado nuevamente de aquellos, que tienen vinculado en su mano un tino sin igual, disparandome con la honda un mediano guixarro, logró descalabrarme, y aturdirme, dando con mi cuerpo en tierra: Falto de mi auxilio mi Compañero, asi como su Criado, tuvo que rendirse inmediatamente à voluntad de aquellos ímpios villanos; los quales, aprisionandonos fuertemente de pies, y manos, nos conduxeron con el mayor descomedimiento à la cueva de la casa, en donde mas que por caridad, por miedo, de que me desangráse, me cogiéron la sangre, y atáron à la cabeza un asqueroso trapo; dexandome asi encerrado con Tulipán, y Orozúz, hasta tomar sus providencias.

CA-

CAPITULO XIII.

De la prision de Enrique, y Tulipán en una Aldéa, al paso de su viage.

YA estaba bien abanzada la tarde, y no havian aun tenido los Villanos conmiseracion de nosotros, entrandonos algun alimento: La falta de la sangre, y los muchos nudos, que tenian las ligaduras, con que me havian sugetado los pies, y las manos vueltas à la espalda, impedian, que Yo huviera podido romperlas, y hacer esfuerzos de libertarnos à toda costa. ¡ Qué miserable constitucion la nuestra! ¡ Qué escarmiento de mal-aconsejados! Todo este daño era dimanado de un solo error. Aun del consuelo de la luz estábamos privados; tirados como bestias por los suelos en un terreno humedisimo, y desigual; sin accion, ni libertad para que con la variedad de posiciones tomáse el cuerpo algun descanso; adormecidos los miembros con la compresion de los cordeles; perseguidos de diversas sabandijas, que nos incomodaban no poco; descaecidos por falta de alimento, pero mucho mas por la consideracion de nuestro paradero; y en fin, rodeados de miserias, y de aflicciones del cuerpo, y del espíritu; comencé à persuadirme, à que era ya aquella mi última hora; no tanto la temía, porque mi vida se finalizaba en medio de una edad lozana, y briosa, quanto por la causa; una muerte honrosa es corona, y gloria de nuestra carrera; una muerte vil, y baxa es oprobrio de la vida: ¡ Qué congoxas, pues, no sentiría

Yo

Yo al considerar, que acababa la mia en un obscuro encierro, ò à los crueles filos del cuchillo, ò à la dura inclemencia del hambre ! No fue este solo el tormento, que me afligió por entonces: Llegó Tulipán à los términos de un caimiento de espíritu tan deplorable, que tuve que sacar fuerzas de flaqueza para consolarle, porque no tocáse en desesperacion. Orozúz, que tenia bastante ligereza, pudo, arrastrando, ir poco à poco ganando terreno, hasta llegar à donde Yo estaba, y con los dientes no sin alguna dificultad logró desatar los nudos, y lazadas, que me tenian sugetas las manos, con lo qual ya libre pude desaprisionar à los otros; pero toda la satisfaccion, y gusto, que lográmos de vernos en nuestra libertad, se nos acibaró inmediatamente, quando, despues de haver buscado à tiento la puerta, esta se resistió à mis impulsos; aqui fue quando Tulipán soltó las riendas à su apocamiento, y llegando al extremo, se arrestó à proponer, que nos quitasemos la vida por nuestras proprias manos. ¿ Seriamos, decía, los primeros, que generosamente lo han executado ? Exemplos tenemos dentro de nuestro mismo Continente de Pueblos enteros, cuyas murallas, riquezas, y habitantes acabáron à un mismo tiempo, entregandose ellos mismos à la voracidad de las llamas, antes que à la ferocidad de sus enemigos; y por cierto, que diversas veces he oído ensalzar esta accion, como de la mayor heroicidad, y gloria; gloria tan inmortal, que llena de honor aun à algunos naturales de aquellas Provincias, porque aunque es verdad, que no quedó viviente, ni piedra sobre piedra de aquellas Ciudades, ni otro vestigio, que

el suelo, en donde estuvieron; aunque tambien es indubitable, que los actuales Pueblos sus herederos se fundáron muchos años despues, y en otro parage, les basta el contacto physico del terreno, para que se lisongeen de esta honorífica descendencia: ¿No es un testimonio auténtico de la libertad de nuestra naturaleza, y un apoyo de la grandeza de nuestro espíritu tener en nuestra mano el medio de eludir la tyranía de nuestros enemigos, previniendo por nosotros mismos el funesto golpe, que su violencia nos prepara? ¿Podrémos con semblante sereno esperar, en la miserable constitucion, en que nos hallamos, una muerte, tanto mas violenta, quanto mas involuntaria? Me horrorizo solo de pensar el áspero tratamiento, la indecorosa burla, y por último, el cruel suplicio, à que estamos expuestos: Gocémos, pues, infelices compañeros, del mayor de los dones, que nos ha franqueado la Providencia, dexando en nuestro arbitrio la proporcion de finalizar nuestros males, de no permitir à otro, que execute à nuestro despecho sus sangrientas intenciones; y de desarmar los tiros de la suerte contraria, cortando la carrera de nuestros dias, antes de sufrirlos vergonzosamente hechos juguete de la fortuna.

Asi discurría Tulipán, y aun disponía ya el medio de poner en práctica sus designios; que nunca faltan ocasiones de perderse, al que anda sutilizando modos de acarrearse su última ruina. No podia Yo asentir à las descabelladas proposiciones de Tulipán, prescindiendo de otras mas graves razones, por solas las de una racional filosofia; y así prontamente le repliqué: No, Tulipán; no permiti-

ti-

tiré Yo la execucion de una accion tan torpe, y desesperada: No debeis dexaros llevar de exemplos, que mas que la grandeza de alma, produxo un ímpetu de fiereza; dexad, que los alaben aquellos, que advirtiendo la accion solo por la exterioridad, no examinan el fondo de furor bárbaro, que incluye: Pensar en morir, antes que ser vencido, es una ley, dictada mas bien por la necedad, que por el valor; ¿qué fuerza hai, que no sea limitada, y qué defensa, que no se contenga en ciertos términos? pues ¿por qué no podrá ocurrir un mayor poder por esfuerzo, por número, por pericia, ò por otro qualquier accidente, al que sea prudencia ceder? Morir con las armas en la mano en medio de sus enemigos, destruyendolos, podrá ser disculpa de un ánimo esforzado; pero matarse por no morir ¿qué puede ser, sino locura? Estad cierto, de que no pasa de cobardía, impaciencia, y apocamiento de espíritu, el no tener ánimo para aguardar con rostro firme los golpes de la fortuna; no hai cosa mas facil, que despreciar la vida, quando ésta es una pesada carga, rodeada de adversidades; la mas dificil empresa es atreverse à ser desdichado; mayor fortaleza es necesaria para sufrir la pesada cadena, que nos oprime, que para romperla; porque la verdadera virtud de la constancia no cede à los males, y contratiempos, antes son estos el fuego, que la acrysolan: ! Oh! si supierais, quantos desde la carcel, en donde esperaban animosamente su última hora, fueron conducidos à la mas alta fortuna! Si estos, dexandose llevar de la aprehension de su infortunio, huviesen querido prevenirle, dandose la muerte con sus pro-

prias manos, huvieran cerrado la puerta à sus felicidades. Estas, y semejantes razones consolatorias estaba proponiendo à Tulipán, no obstante las amarguras de mi corazon, quando sentimos un grande ruido de gente, que se acercaba à la puerta; abrióse ésta, y nos vimos prontamente rodeados de una inumerable multud de Monos, que con luces, y armas seguian à uno, que parecía por las señas el Cabo, ò Gefe de todos; trahia un palo alto en la mano, y de su trage, y habla no nos podiamos prometer mucha civilidad; sus acciones, no obstante, demonstráron mas compasion, que hasta entonces haviamos experimentado, pues no permitió, que nos volvieran à atar, los que, admirados de vernos libres, iban à executarlo segunda véz; se informó tambien acerca de nuestro ayuno, y mandó, se nos diese algun refrigerio; luego nos dixo: Yo bien quisiera, Caballeros, excusaros el disgusto de la detencion de vuestro viage, el arresto, que es necesario, y el coste, que os ha de tener forzosamente la causa; pero me veo obligado à peticion de parte. Asi que llegué à mi casa esta tarde de vuelta del trabajo del campo (que en mi Lugar no hai esa casta de holgazanes, que en otros, pues todos tienen algun destino) me encontré con una Hija del bribonazo dueño de esta casa, que nos dá mas que hacer que todo el Pueblo, querellandose de vosotros por haver herido malamente à su Padre, como tambien à otros tres, ò quatro; puseme al punto en camino, que será como de media legua, trayendo conmigo al Barbero del Lugar, para hacer la pesquisa; y aunque hemos hallado, que no son cosa de cuidado las heri-

ri-

ridas, es indispensable seguir la causa por razon de la querella dada; por tanto, es fuerza os deis à prision, y que vengais con nosotros; pero antes, Maestro, registrad la herida, que segun el trapo ensangrentado tiene el Señor en la cabeza. Hizolo asi el Barbero con tanta suavidad, como si fuesen sus manos dos rastrillos; sufrí como pude aquel martyrio; y despues nos fue igualmente preciso dexarnos conducir à la carcel del referido Pueblo inmediato.

Era largo, è inutil referir por extenso los trabajos, que experimentámos en la prision, mayormente quando esta al principio, desconfiando el Juez de nuestra seguridad, fue un estrecho, y obscuro calabozo, lleno de hediondéz, y sin respiracion; basta considerar, que en un Lugarcillo infelíz, en donde, los que pasan plaza de ricos, y hacendados tienen que sufrir mil incomodidades en sus proprias casas, era consiguiente, fuese infernal el lugar destinado para la detencion de los reos; la comida era proporcionada al hospedage, y la cama el desnudo suelo: Algun tiempo duró esta áspera penitencia, al cabo del qual lográmos un corto alivio en todos estos ramos, por recomendacion, que vino de la Corte, solicitada por mi Amigo Roberto, à quien, luego que tuve proporcion, informé de nuestra infelíz suerte. Pero ¡qué bien, qué fortuna, qué dicha tuve jamás, que no me viniera por esta mano bien-hechora, por este sin igual exemplo de verdadera amistad! Aun mas que los alivios corporales me alentó, el que recibió mi espíritu con una carta suya, que en breves palabras me hablaba al alma; y decía de este modo:

„ Mi

„Mi amado Enrique:

„Aunque no el total, que deseo, mi mediacion os „há conseguido algun alivio en esa prision, que os „molesta; Yo huviera ido en persona à dárosle, „si me huviera sido permitido; pero las contínuas „honras de este Príncipe van diariamente añadien-„do eslabones de oro à la cadena, que me suge-„ta à sus ordenes. Permitid, que me admire de „haver leido vuestro dolor en unos términos tan „distantes del modo de pensar, que teniais, quan-„do libremente hablabamos à solas acerca de nues-„tras fortunas. No creí Yo, que mi Enrique pu-„diera caer en un abatimiento de espíritu tan ver-„gonzoso. La prision, el destierro son las afliccio-„nes, que os conducen à una amargura de cora-„zon tan funesta. ¡ Será posible, que no hayais „reflexionado sobre estas dos especies de adversi-„dades! Vuestro espíritu se aflige: ¿ Acaso vues-„tro espíritu es el preso? ¿ No se pasea libremen-„te, por donde le agrada, sin que poder alguno „del Orbe, ni todo el Mundo junto, ni el mis-„mo cuerpo, que le rodéa, pueda, no digo apri-„sionarle, pero, ni aun contenerle en límite al-„guno? El cuerpo padece: Es cierto; pero la par-„te principal, que es el alma, tiene ocasion de „demonstrar su heroicidad, su paciencia, su tole-„rancia, y quantas virtudes pueden hacer à un „sugeto entrar en el templo de la Fama: Facil se-„rá exercitarlas, si la prision es corta, y poco „cómoda; si es larga, y dura, será mayor la glo-„ria, que os quepa, por haverlas puesto en prác-

„ti-

» tica. No adquirió tanto crédito para con pa-
» tricios , y estrangeros el incomparable Thomás
» Moro entre las felicidades de su libertad, como
» entre los horrores de su prision. Nuestro céle-
» bre General Stanhop, luego que, derrotadas en-
» teramente sus tropas en Brihuega, fue hecho pri-
» sionero por los Españoles, dedicó el tiempo de
» su prision al estudio del systema de la grave-
» dad de los cuerpos, que aplicó à los planetas
» el Caballero Newton, haciendo sabiamenre à su
» infortunio escalon, que le conduxese à las ilus-
» traciones de su entendimiento. A despecho de la
» tyranía, no ha havido tormento material, que
» se atreva à ofender al espíritu, ni muros, ò en-
» cierros, que hayan podido aprisionarle; pregun-
» tádselo à Anaxarco, quando, ya medio quebran-
» tados los huesos dentro de un mortero, no res-
» pondió al Tyráno, que pretendía sugetar su áni-
» mo, otra cosa, que: Despedaza, rompe el saco,
» que incluye al espíritu de Anaxarco, que por
» mas que empleées tu poder, él siempre permane-
» cerá iléso, y libre. No una carta, tomos ente-
» ros podía escribiros de reflexiones sobre este asun-
» to; pero no teneis que hacer otra cosa, sino tra-
» her à la memoria nuestras antiguas consideracio-
» nes, y los muchos escritos, que os he citado, que
» tratan largamente de esta materia. Otro tanto, y
» mas os podría decir acerca de vuestro destierro.
» ¿Os conduce à otra afliccion, os acarréa otro da-
» ño, que el que abulta vuestra fantasía? Para el
» sábio todo el mundo es su país, sin particulari-
» dad en uno, mas que en otro: Todas las tierras
» tienen, poco mas ò menos, unas mismas pro-
» duc-

„ducciones, unas mismas fieras; nos provéen, de
„lo que necesitamos, y nos proporcionan fieles
„amigos, si por nuestros buenos oficios, sabemos
„nosotros conciliarlos. El hermoso brillo de los
„astros, y planetas, la grandeza de los Cielos, y
„lo admirable de su curso en todas partes se nos
„manifiesta igualmente, tanto mas digno de nues-
„tra consideracion, quanto siempre le vemos en una
„misma distancia, en un mismo orden, y una
„misma magnitud, tan diversa de la de la tierra,
„que solo un planeta, de los que comprehende
„nuestra vista, es mas de ciento, y sesenta ve-
„ces mayor, que ella; y nada de él se nos ocul-
„ta; quando, no obstante la pequeñéz de ésta,
„apenas descubrimos diez, ò doce leguas de su
„extension. Pasad la consideracion à esa incompre-
„hensible, y pasmosa máquina; veréis, que está
„en contínua rotacion, haciendose visible à nues-
„tras observaciones por toda la tierra. ¿No es una
„mera preocupacion, considerarse desdichado, por
„no vivir, ò dexar sus huesos (como suelen de-
„cir estos imaginados infelices) en un Lugar, en
„donde tuvo su primera cuna? ¿Por ventura, no
„fue accidental, que nuestra Madre nos pariera en
„este, ò en el otro país? Es mucha debilidad, y
„baxeza creerse estrangero en parte alguna del Or-
„be; todo él es nuestra patria, mientras vivimos;
„à todas partes llevamos nuestro mismo espíritu,
„virtudes, y vicios; estos no se circunscriben à de-
„terminado terreno; estos nos hacen felices, ò des-
„dichados; tristes, ò gustosos; libres, ò esclavos; en
„esta enteligencia, hallarse bien, ò mal, quando
„mudamos habitacion depende, en la mayor par-
„te,

„ te de nosotros mismos. ¡Quántos no han visto
„ el rostro à la felicidad, hasta que por medio de
„ un destierro han salido del Lugar de su nacimien-
„ to, y crianza! ¡Quántos voluntariamente se han
„ desterrado! ¡Quántos, despues de levantado su
„ destierro, no han querido dexarle, afirmando no
„ haber vivido mas tiempo, que el que ha durado
„ esta separacion de su patria! Acordaos de las his-
„ torias, que para consuelo de nuestra peregrina-
„ cion tantas veces hemos referido, particularmen-
„ te las de aquellos ilustres Romanos Rutilio, y
„ Marcelo. Pero, ¿para qué me canso? ¿Vos, mi
„ Enrique, no estais tan desterrado de vuestra pa-
„ tria en Simiópolis, como en qualquiera otra par-
„ te de este Continente? Pues examinad, qué era,
„ lo que ya os tenia mas tranquilo en esta Capital,
„ y veréis, que eso mismo os hará despues me-
„ nos áspera la separacion de ella. No son los con-
„ sejos, que os dicta mi cariño, meras consolato-
„ rias; desterrado estoi de mi patria igualmente
„ que vos por los altos designios de la Providen-
„ cia; y no obstante, vos mismo haveis sido tes-
„ tigo ocular de la práctica de ellos en mi persona,
„ sin que contratiempos, ni trabajos algunos me
„ hayan hecho perder de vista la tranquilidad inte-
„ rior, que siempre he juzgado digna de la gran-
„ deza de espíritu del Hombre: Si no os parece fa-
„ cil la execucion, creed, que muchas veces apa-
„ recen dificiles las cosas, no porque lo sean en si
„ mismas, sino porque nosotros no nos atrevemos
„ à ponerlas en práctica: Esforzaos; consolaos; y
„ contad en todo lance con vuestro mas verdadero
„ Amigo Roberto.

Con las reflexiones, à que me excitaba està carta, y que me sugería mi discurso, no solo tomé aliento para sufrir paciente mi adversidad, sino para fortificar à Tulipán en su caimiento de ánimo. En fin, poco à poco, fuimos ganando la voluntad de nuestros rústicos Jueces, y à fuerza de tiempo, y de dinero conseguimos, que baxo de fianzas se nos diese el Lugar por carcel, y se nos permitiese aloxarnos en una casa de las mas principales del Pueblo. Algunos meses pasaron primero que estuvo la causa en estado de sentencia; fue el caso, que la parte contraria era terca, y con dinero; tenía bien agasajado al Asesor del Alcalde, que era un Abogado de la comarca, hambrón, y capáz de detener años enteros unos autos, si le daban barro à mano; y ultimamente el Escribano tenía con nuestro referido competidor cuentas pendientes sobre ciertas fanegas de trigo, que le tenian tapada la boca, y desatadas las manos: ¡Infelices nosotros, si nuestro Juez huviera entrado à la parte en su maldita coligacion! Mas éste era uno de aquellos Labradores pobres, pero honradisimos, de que están llenos los Pueblos de aquellos países: Era uno de los de aquella clase de gente, que se tiene por incivíl, y grosera porque no està adornada de quatro accidentes fantásticos, que constituyen à un Mono cortesano; pero que en la substancia, es el nervio del Estado, el fundamento de las artes, y el comercio, y à quien debe el Príncipe su subsistencia, los Poderosos su descanso, su luxo, y sus relumbrones, las Capitales su brillantéz; por ultimo, en el cuerpo mystico de la República, asi como el Soberano tiene las veces de la cabeza, y las milicias togada,

y

y armada la de los brazos; esta clase exerce la del estómago, oficina desde donde se fomentan todos los miembros, y se les dá vigor para que puedan cumplir con las funciones de su cargo: Si el Estado se halla estenuado, sus contribuciones le enriquecen; si el Rey tiene necesidad, sus donativos le desempeñan; si el Reino ha menester defensa, sus mismos hijos dexan el hazadón, y empuñan las armas; si se acusa de atrasada à la Nacion, su industria lo desmiente: Tiendase la vista sobre la campiña, y se verá hecha un jardin con sus labores, regada con su sudor; entrémos en sus casas, y nos pasmará el gobierno interior, con que las manejan sus esposas, y compañeras; el aséo con que las adornan, y el admirable cuidado con que crian à sus hijuelos, y para no hablar indeterminadamente, Yo me alegrára poder llevar à uno de estos nuestros erguidos palaciegos à la casa del honrado Aldeano, que nos hospedaba, no vería en él un ceremonioso embustero, que encubre su pérfido interior con el velo de quatro agasajos superficiales; no oiría unas frases hinchadas, y en gerigonza, sin mas verdad en su objeto, que pureza en el lenguage; no trataría con unos vendedores de humo, que asomando una falsa risa à los labios, disimulan su envenenado corazon; no experimentaría la comun desigualdad de los necios presumidos, desdeñandose de mirar hoi à el que ayer havian abrazado, y dado testimonio de la amistad mas sincéra; no tendría que sufrir à un entonado poderoso con tantos artificios, mentiras, y tramoyas, como se necesitan para cumplir con sus parentescos, empeños, intereses, y pasiones, à costa de sacrificar tal vez

al inocente, tal vez al benemérito; no observaría una figura ridícula, sobervia en sus pensamientos, sobervia en sus exterioridades, y aun en el andar à compás sobervia, exigiendo la veneracion, y rendimiento de todos sus Hermanos, solo porque por uno, y otro lado vá enjaezada, y lleva quatro señales de distincion con que la honró el Príncipe, las mas veces no adquiridas, sino heredadas, y conservadas vergonzosamente; no tendría que tolerar:::: pero ¿para qué me canso, y abuso del sufrimiento de mis lectores? vería, en una palabra, un sugéto digno de la mayor atencion, y respeto, ingenuo en el trato, llano en la conversacion, verídico en sus promesas, humano con sus dependientes, honrado en su modo de pensar, moderado en su mesa, y su vestir, exacto en sus obligaciones, y amigo sin dobléz de sus amigos: Asi lo experimentámos Tulipán, y Yo en los tiempos en que disfrutámos su casa.

Aunque los primeros dias, que pasé en esta Aldéa yá por la diversidad de vida, yá por la falta de trato me causaban indecible tédio, tiene tanta fuerza la costumbre, que poco à poco fui estando, sino gustoso por el motivo, à lo menos no enfadado. Tomó mi robustéz nuevas fuerzas con el saludable aire, que en ella se respiraba; allí gozaba del cielo, y los elementos con entera libertad; la tierra me demonstraba sus frutos en sí misma; y no tenia que tomar el Sol por tronera, sino de cuerpo entero, y abiertamente. El exercicio, que con licencia particular del Alcalde, hacía muchos dias por aquellos campos, me fortificaba, y excitaba el apetito; los mantenimientos, como mas naturales, aun-

que

que groseros, no cargaban mi estómago, causando peligrosas indigestiones; los vicios (excepto la detraccion, que tiene allí su domicilio) no corrían por aquellas calles en tropas desmedidas, como observé en las Capitales; havia mas rebozo; havia mas vergüenza: Las conversaciones, no entrando à la parte (como he insinuado) las murmuraciones, con que mordían las vidas, y honras de sus convecinos, por lo demás, eran inocentes, y aunque no de substancia estaban por lo comun libres de artificios, y dobleces, de que tanto abundan las Cortes, y Metrópolis: Finalmente, aquel celestial fuego, que anima à nuestro espíritu, que está violento siempre que se quiere tener como aprisionado, aqui elevando su buelo libremente, y reuniendo sus fuerzas, todo se entregaba à delicados pensamientos, y gustosas meditaciones, adquiriendo aquellos grados de ciencia, de que era capáz, y à qué le conducía la vida campestre; la que, huvo quien dixo, era parienta consanguínea de la sabiduría; à lo menos, es cierto, que en su retiro contempla con sosiego esenta del bullicio de los negocios proprios, y agenos, que tanto turban en las Ciudades, y de los oficios de civilidad, ò visitas impertinentes, (*) que solo son ladrones del tiempo.

Todo esto, y mucho mas que omito en su corroboracion por no ser molesto, es indubitable; apenas

(*) Zacarías Ursino, Breslawense, sugeto mui docto del siglo XVI, siendo enemiguisimo de la pérdida del tiempo, y hallandose fatigado de las contínuas impertinentes visitas de sus Amigos, puso en grandes caractéres estos versos à la puerta de su Estudio:

Ami-

nas havrá tan embotado entendimiénto, que no se convenza de las ventajas de la vida de la Aldéa; ¡quántos grandes Escritores han gastado suavisimos rasgos de sus plumas, en alabarla, y ensalzarla sobre la Cortesana! no hai mas que decir, aun à Tulipán hacían fuerza las razones; esta es la mas exquisita ponderacion; porque aunque le havian dado mui buena crianza, y eran despejadas sus luces, no las tenía cultivadas, mas que como la mayor parte de los Caballeritos de su clase; quatro exterioridades, media docena de noticias superficiales, una total instruccion de la insubstancial etiquéta cortesana, andar en solfa, y hablar por un vocabulario fastidioso, que à todo se acomoda; asi es, que en llegando à delicadezas, metaphysicas, y exquisítos profundos discursos del espiritu, se quedaba à buenas noches, y como si se le hablára en otro idioma, que jamás huviera saludado: Vease, pues, qué demonstrables son las ventajas de la vida rústica; con todo eso, como esto es convencimiento solamente del entendimiento, y la nobleza de esta potencia es tal, que luego se dá à partido con la luz de la razon; es todo ello mui bueno para la teórica, para escribirlo, y para decir cosas mui gusto-sas

Amice, quisquis hùc venis,
Aut àgito paucis; aut abi;
Aut me laborantem àdjuva.

Esto es:

Amigo, seas quien fueres,
Que has venido por acá,
O no gastes prosa; ò marcha;
O ayúdame à trabajar.

sas en el asunto; pero en llegando à quererlas practicar, nos sale al encuentro la voluntad, que no entiende de razones, y que es una potencia, que por lo regular, no está de acuerdo con el entendimiento; es poderosa, y le avasalla; no se interna en el fondo de las cosas; se paga de oropéles, y exterioridades: La hace presente el entendimiento, que el cargo es una verdadera carga pesada, de quien le maneja, que suele acabar abrumandole; pero ella se envanece porque vé relucir el vestido, y brillar las piedras: El entendimiento hace visible por razon, y experiencia, que las sumisiones, y cortesías no son al sugeto, sino al empleo, y que quien le besa la mano, quisiera cortarsela; y ella se entona, y pasa por de ley aquella falsisima moneda: El entendimiento la persuade lo transitorio, y ridículo de toda especie de embelesos, que la rodean; pero ella se dexa alhagar de todo lo sensual, y que mas dista de las verdaderas delicias del espíritu: Esto, puntualmente, sucedía con mi Amigo Tulipán, y con mis discursos; convencianle, se daba à partido su entendimiento, pero su voluntad repugnaba, y se hallaba disgustada en extremo; aqui no vía el aparato, y suntuosidad de los teatros, edificios, y jardines de Simiópolis; no oía delicadas músicas; ni gustaba aquella especie de manjares, y condimentos, à que él estaba acostumbrado; asi fue, que cayó en una profunda melancolía; Yo, que deseaba aliviarle, y tambien que se finalizáse à qualquier precio aquella pesada, y fastidiosa instancia, me estreché con el Alcalde, con quien ya havia grangeado algun ascendente, supliquéle el breve despacho, y le hice presente las facultades,

que

que le competían, para compeler al Asesor, à que no detuviese mas tiempo los autos: El era un buen Mono, hízose cargo de todo; montó en cólera; y me dió palabra redonda de evacuar el expediente, sentenciando la causa, luego que pasásen aquellos quince dias, dentro de los quales nos hallabamos, que no podia ser antes, porque estos eran sumamente ocupados para los mas sugetos del Lugar, y especialmente para el dicho Asesor, y el Escribano, y asi era costumbre concederles estas vacaciones, para que despachásen sus asuntos: Díle repetidas gracias; y comuniqué à Tulipán una noticia para él tan plausible, y para mí tambien, en lo que cabe, pues ya nos viamos en términos de finalizar aquellas incomodidades, que hasta entonces nos havian exercitado.

CAPITULO XIV.

Llegada de Enrique, y Tulipán à una Universidad.

Como mi oficio, y destino principal en aquellos remotisimos países era el de observador, no dexé de entrar en curiosidad, y deseo de saber, qual era el asunto tan preciso, que en aquellos dias ocupaba el tiempo à aquella pobre gente; con este pensamiento fui à mi Patron, que, como llevo dicho, era un honrado, y machucho Labrador de corbata, y polaina, que à veces gastaba unas chuzonas marrajerías, que me solían caer en gracia: Comuniquéle la especie, y prontamente me respondió: ¡O! Señor, este es tiempo, en que se fatigan

P btiño f.t

con la mayor solicitud, y mas séria meditacion todos los mas vecinos del Pueblo, y quanto digo de éste, tened entendido de los restantes de la comarca, y creo, que de las demás Provincias del Reino; es tiempo en que no se piensa en otra cosa, y ni en la estacion de las respectivas cosechas se anda con mayores afanes; estos son los dias, en que no hai despensa en el Lugar, que no quede vacía; no hai cuba, ni tinaja en las bodegas, que no se dexe desocupada; veréis un innumerable exército de cántaros de arrope, y miel, un prodigioso acopio de quesos, tortas, bollos, y quantas golosinas dá de sí el país; no hai cochino, contra quien no se toque à degüello; no escarba gallo en los corrales, que no quede viudo; no se encuentra capón, ò pabo, que no vaya atado cruelmente por los pies, publicando por esas calles à graznidos su desventura; en fin, Señor, todo es confusion, y ruido en estos dias. Quedé aturdido de su relacion, que exageró con términos aun mas patéticos, que los que Yo aquí expreso: ¿Y qué es esto, le repliqué, hai, por ventura, temores de rompimiento con alguna poderosa Potencia, y son estas prevenciones municiones de boca, que se preparan para vivir con precaucion; ò sucede, por convinacion de ocultas causas, la fatalidad de que se vuelven locos los vecinos del Lugar por este tiempo? Nada de eso, me respondió, porque ni son Astrólogos, Estadistas, Arbitristas, ni Metaphysicos para temer lo segundo; ni para lo primero experimentamos por acá una revolucion tan general, y formidable; es asunto mas grave el nuestro; se trata nada menos, que de los particulares intereses de cada familia; sabed que se

acerca el fin del año, y es invariable costumbre de estos naturales, agasajar con todo género de frutos del país à los vecinos de Simiópolis; Simiópolis, aquella insaciable Ballena, que en el gran mar, que forman los Pueblos de este Continente, todo lo devóra, todo se lo traga, despues que nos apura el dinero, yá en contribuciones, yá en préstamos, yá en moños para nuestras antojadizas Monas; ahora es el tiempo, en que exige como de justicia nuestros frutos, y quantos comestibles estamos adquiriendo, ò criando para todo el resto del año, y que nos han dexado de las temporadas, en que vienen por via de desahogo à favorecer nuestros hogares.

En poco haveis dicho mucho, le repliqué; pero me parece, que no sois exacto en lo que relacionais, pues se os quedan por contar las recompensas, que sin duda recibiréis de los Cortesanos. No creí, me respondió, que queriais saber tanto; pero no tengo dificultad en deciroslas: Por lo que hace al hospedaje, y obsequios que les hacemos, quando se dignan honrar nuestras casas, nos corresponden con dexarnos (no siempre) quando vamos à la Corte, un papelón pintado, en que está escrito su nombre en la infelíz posada, que nos está desollando; y nosotros quedamos mui huecos de haver merecido esta dignacion, y quando vamos à pagarles la visita, suele un lacayo nó permitir que pasémos de la escalera. Por lo tocante à los regalos, se han de remitir pagadas la conduccion, y la entrada; se ha de decir que es una memoria, y un atrevimiento; se ha de pedir perdon como de un delito; y luego se ha de exponer una rendidisima súplica, para

rá que nos hagan el honor de recibirlos; à todo lo qual corresponden firmando una carta, que ni aun han leido, en la que se dán por bien servidos: Ahora, por no faltar à la verdad, no puedo dexar de decir, que algunos de mis paisanos envian sus regalos con una carta, que aunque no expresa, lleva esta tácita, pero indubitable claúsula: „ Os remito „ los frutos de mi país, para que me recompenséis „ con los del vuestro.„ Ya querréis saber quáles son estos: „ Para que hagais un enredo, que embrolle „ las picardías que Yo estoi haciendo en el Lugar: „ Para que me proporcioneis un empleo de Justicia „ para el año que viene, porque me la ha de pagar „ cierto vecino que me tiene agraviado: Para que „ se me pasen sin repugnancia las cuentas de lo que „ ha estado à mi cargo: Para que à mi pariente, ò „ mi paniaguado se dé un acomódo, que ni mere„ ce, ni entiende. „ Lo peor es, que asi sucede muchas veces; y si conocierais bien el Lugar, Yo os citára exemplares; pero basta, que se me va la lengua, y de una narracion simple me voi pasando à una odiosa mordacidad.

Quedé à fondo informado de los gravisimos motivos, que retardaban la conclusion de nuestra causa; por fin, para abreviar, estuve alerta, y pasados algunos dias, antes que con el año entráse nueva Justicia, y huviese nuevas dificultades, insté importunamente, y logré que se diese sentencia definitiva; en ella se nos condenó en costas; en el gasto de la cura de los heridos (que se echó por largo) y en una multa no chica. No quisimos apelar de tan injusta sentencia; cansados de litigio, tuvimos por menos malo, que lo pagáse el dinero; la

consentimos, y cumplimos inmediatamente, y dispusimos para el siguiente dia nuestra marcha.

Al cabo de dos jornadas, descubrimos inmediato un Pueblo, cuyas torres, y edificios demonstraban que era de alguna consideracion: Esa, Señores, nos dixo Orozúz, es una Ciudad no grande, pero mui ilustre; antiguamente fue bastante populosa, mas ahora está algo destruida; no obstante, no dexa de tener algunos monumentos, cuya especulacion satisfará vuestra curiosidad, mayormente la del señor Enrique por su gusto de la instruccion, y literatura, porque este Pueblo es un Estudio general, à donde concurren de todas partes del Reino quantos solicitan aprender fundamentalmente alguna Facultad. Recibí con esta noticia el mayor gusto que puede imaginarse, porque se me proporcionaba enterarme en este punto, que en toda mi detencion en aquellos países no havia podido lograr; en esta inteligencia determinamos resueltamente buscar una decente posada, y detenernos en Polymathía (que asi se llamaba aquella Ciudad) todo el tiempo, que fue necesario para llenar mis deseos, descansar de las fatigas pasadas, y avisar à nuestras casas, para que nos socorrieran, porque ya estaba dando boqueadas el bolsillo con los grandes gastos ocurridos.

Llegamos justamente à tiempo que encontramos por las calles una porcion de figuras à caballo: la mayor parte de ellas tan ridículas, que desde luego conceptuámos, que era una mogiganga; Tulipán como mozo se divirtió mucho con aquel gracioso espectáculo; y al punto que nos vimos en nuestra posada preguntamos, que á qué asun-

to se hacían fiestas en la Ciudad, porque haviamos encontrado la máscara burlesca al entrar en el Pueblo: No pudo detener la risa nuestra Huespeda, y nosotros quedamos mortificados, creyendo que se nos burlaba: No os ofendais, nos dixo prontamente, que mi risa solo nace de lo desprevenida, que me ha cogido la sinceridad de vuestra pregunta, mucho mas, quando haveis formado un juicio tan contrario del fin de lo que haveis visto; haveis creído burlesco el acto mas sério, y grave que tenemos en la Ciudad; esta, que deciis mogiganga, es una lucida, y pomposa cabalgata, en que va como en triunfo uno de aquellos grandes personages, que despues de pasar por largos, y penosos trabajos literarios, coge mañana el incomparable fruto de ellos, desposandose publicamente con su Facultad, y coronandose del inmarcesible lauréł, que le dexa famoso en la Nacion por todos los siglos de los siglos, si ella duráse tanto. Asi será, replicó Tulipán; pero los medios para hacer magnífica esa funcion, si son como los que esta tarde hemos visto, no están tomados con tanta proporcion, como para un efecto tal se requerían; es cierto que marchaban con gravedad, y mesúra algunos de los sugetos del acompañamiento; pero esto me parecía tanto mas extravagante, quanto lo hacían al compás de una música ratonera de desconcertadas chirimías, y roncos bajones, alternada con los desatinados golpes de unos antiquisimos atabalillos, compaseados por un par de bribones vestidos ridículamente, y tan borrachos, que iban bamboleandose sobre los rocines; y omito otras particularidades, porque no las pude descifrar al

pa-

paso menudamente; pero creo que por su término han de tener mucha parte en lo risible de ese acto tan sério, que ponderais, y que no dudo que por su objeto asi debería ser.

Yo quedé con vivos deseos de presenciar esta funcion à otro dia, y asi haviendo sabido que era en parte en donde se permitía generalmente la entrada, fui allá con bastante tiempo, para no perder cosa alguna de ella; sería largo, y de ningun interés para mis Lectores particularizarla del todo; baste decir, que luego que pareció en el teatro el Candidato, conocí que era el hijo del Señor Romero, de cuya educacion tengo hablado ya en otro lugar de estas memorias; muchas cosas admiré en este lance, y entre ellas con particularidad lo uno, que siendo hijo de un Mono de tanto poder, y manejo, se cansára la cabeza, en lo que, segun el concepto del país, no es destino sino de desvalídos, y pobres; y lo otro, que en pocos años, y con menos que medianas luces huviese venido à un término, à donde no creí Yo fuese posible llegar, sino despues de muchos, y de un incesante estudio, que recayga sobre un entendimiento despejado. Trabé conversacion con un Mono, que estaba inmediato à mí, embuelto en una ropa talar negra, desaliñado el cabello, y no de lerdo el semblante; y entre otras cosas le propuse estas dificultades, à que me satisfizo prontamente, haciendome saber la refinada astucia del Padre del Laureando, y que por sus asuntos, y fines particulares quería colocar à su hijo en los Tribunales del Reino; y como por mas que intentásen favorecerle los que havian de hacerlo, sería mui violento arrancarle

de

de los brazos de su Madre, para poner desde luego en sus ignorantes manos la honra, la vida, y hacienda de los Vasallos, por tanto se coloreaban los defectos con enviarle quatro dias à aquella Ciudad, en donde jugando, y paseandose à satisfaccion, se havia proporcionado en la quarta parte del tiempo al lógro del último premio en el orden del mérito literario, para cuya consecucion tienen que afanar, los que navegan à palo seco, largos años, no perdiendo tiempo, y cultivando sus talentos con una contínua aplicacion; aquello se hace facilmente; se ganan cursos que no han corrido; se acrecientan años imaginarios; se ponderan adelantamientos, que no existen; y si en los enredos, que para la fábrica de esta maraña son necesarios, se levantan algunas contradiciones, ó se oponen algunas dificultades, toma parte en el asunto la autoridad, y poderío del Señorón; y à sus insinuaciones, llenos todos de un temor servíl, baxan la cabeza, y entran por el haro: Condecorado ya el niño con tan lustroso sobrescrito, se empiezan à ponderar sus méritos, se grita su atraso, se esfuerza el empeño, y por fin, se le sienta en un Tribunal, para que à diestro, y siniestro disponga de quanto hai mas digno de consideracion en la República: ¡Qué felicidades no debe prometerse el Estado de semejantes patricios, que tienen que ser en lo sucesivo columnas que le sostengan! ¡Con qué exemplos podría corroborar quanto os he dicho! Pero mas vale poner fin à semejante conversacion, porque en llegando à este punto, suele no encontrarse la moderacion mui à mano.

Aunque huviese algo de ponderacion en las expre-

presiones del Escolár, bien comprehendí, que no le faltaba razon en lo que decía: Como en Simiópolis havia estado Yo largo tiempo, y lleno de introducciones, pude conocer mucha parte de estas verdades. Hai allí no pocos personages, que por varios modos procuran escalar à la cumbre de la fortuna, aunque no sean los mas decentes, ò los mas justos; con tal que les parezcan los mas proporcionados à sus idéas, no tienen reparo en ponerlos en práctica. El Señor Romero era un bribón de quatro costados; prodigalizando sumisiones, y à costa de una desmedida adulacion havia llegado hasta un puesto respetable; no havia reparado en los medios de conseguirle, que aunque fuesen algo obscuros, poco importaba (como él decía) si la consecucion era brillante. Me acuerdo, que siempre que concurría con él, que era con freqüencia, le observaba, le oía, y cada vez admiraba mas, que los primeros personages de la Monarquía no se desdeñásen de su trato; me pasmaba ver que no advirtiesen sus máximas: ¡Qué palabras tan hinchadas, pero tan sin substancia! ¡Qué arqueamiento tan mysterioso de cejas, pero para tan ridículas materias! ¡Qué bufón con capa de seriedad! ¡Qué murmurador maldiciente en ausencia de los mismos que le favorecían! ¡Qué soéz lisongero à vista del poderoso! ¡Qué ingrato, ultimamente, por no ser molesto, con aquellos mismos sugetos que fueron el instrumento para su felicidad! Un monstruo de tal naturaleza, no es estraño que conduxese à su hijo por la senda del valer, aunque fuese echando por los atajos de la injusticia.

Queria seguir su conversacion el Estudiante, y

Yo

Yo le hice callar, para que me dexàse atender al panegyrico del Graduando, para el que se prevenía un Monillo de poca autoridad por su figura, pero de grande desenfado: Comenzó por una baxa, y adulatoria alabanza de los circunstantes, y siguió con una larga exposicion del arbol genealógico del Señor Romero; Yo me persuadí, à que falto de tela de los méritos proprios de su Héroe, le fue preciso echar mano de su nobleza, para que huviese alguna parte por donde asirle, y él pudiera llenar la media hora de su oracion. El estílo de ella, el méthodo, la fuerza, el fuego, las imágenes, todo iba por una misma linea; todo era baxo en el Orador, menos el tono; à fuerza de chillidos queria sin duda que los circunstantes entendiesen sus discursos; dificil empeño, siendo tan corta la porcion de sus verdaderos literatos. Era el caso, que esta arenga se pronunciaba no en la lengua del País, sino en un idioma, que fue proprio de ciertos antiguos Conquistadores de aquellas Provincias; y la magestad, y extension de dicha lengua, agregandose el ser ya muerta, havian originado una dificultad tan grande en poseerla, que era mui raro, el que se dedicaba à aprehenderla fundamentalmente; asi acontecia, que por lo general se contentaban los Doctores Monos con la mera inteligencia de los ramplones, y bárbaros terminotes, que usaban en las escuelas para sus respectivas Facultades. Jamás pude hallar genuina razon, que me determinàse à creer menos útil, y razonable el tratar facil, y cultamente en el idioma patrio las Ciencias, que barbaramente en otro estrangero, entendido de pocos, y con grande dificultad: Pero demos de ba-

rato, que para ello haya razon convincente ¿la podrá haver, para que asi se execute en las arengas públicas? No las dicen, para que sean atendidas, y entendidas de todos? Pues el comun del Pueblo no ha saludado este su amado idioma.

Aqui reflexioné el poco honor, que hacian à su lengua, y quanto descuidaban su propagacion, y estudio, siendo asi, que Yo, en quanto puede alcanzar un Forastero, la contemplaba por una de las mas abundantes, sonóras, y doctas; sin que me quede duda, de que en ella se puede formar qualquiera expresion, ò claúsula, y toda Oracion Rhetórica, por mas elegante, y magestuosa, que quiera significarse, sin que deba reconocer ventaja en las mas cultas, que tiene, ni tuvo jamás aun nuestra Europa.

Finalmente, mucho de lo restante, que fui viendo en aquella funcion, me admiró en extremo; lo cierto es, que lo mas de todo ello era meramente ceremonial: El Grado fue de Jurisprudencia, y la qüestion, que se propuso, de Ethica; se formaba una dificultad, y no se daba la solucion; se presentaban al Laureando unas armas impertinentes (segun mi mala inteligencia) y le daban el ósculo de paz muchos, de los que (segun el embayetado Sopista me advertia) solicitaban perderle. Asi, poco mas, ò menos, pasó el resto del cúmulo de ceremonias, que en breve tiempo fueron alli executando: Acabáronse éstas; y volvió à resonar el desconcierto, y rechinido de sus descomunales instrumentos; y Yo, conociendo, que aquel era ya el último victor, con que aplaudian al Graduado, me retiré hácia mi casa, acompañado de mi nue-

vo

vo amigo el Sopista, de quien esperaba algunas noticias, que me ilustrasen en aquellos particulares, en que mas deseaba ser instruido.

CAPITULO XV.

Observaciones acerca de las Ciencias de aquellas Provincias.

A Pocas instancias, que Tulipán, y Yo hicimos al Escolár, se nos quedó de convidado: Era bastante despejado de genio, y antiguo en la carrera de las letras, en cuya inteligencia dí por supuesto, se hallaría ya con aquellas graduaciones, que le correspondían, mayormente quando de su explicacion, y viveza colegía Yo, no lo havria omitido por defecto de suficiencia; pero él prontamente respondió: Muchos años me sobran, Señor, por lo que hace à tiempo, para haver cogido este lucido fruto, que dan de sí las taréas literarias; y por lo que hace à aptitud, Yo he visto, que muchos, à quienes he sido capáz de dar instruccion, han exercitado, y salido de sus funciones con aplauso; bastante prueba me parece: Pero, aunque me hallo adornado de estas indispensables qualidades, me faltan otras dos no menos precisas, quando no se quieran tener por de mayor monta; estas son el favor, y el dinero: ¿Qué? ¿Os admirais? diréis que ¿qué conexion tienen el dinero, y el favor con examinar, y escudriñar à fondo la suficiencia de un sugeto estudioso? Parece que poco era necesario de uno, y otro para este efecto; pues os engañais: Aqui nada se hace de oficio: La ri-

gorosa prueba que exigen nuestras leyes, se executa con asistencia de un numeroso concurso de examinadores, y à cada uno de ellos se recompensa con una buena cantidad de maravedises, sin ella ninguno asiste, y sin su asistencia no hai exámen; al mismo tiempo este coro de sábios, estos luminosos astros (segun ellos se creen) de las Ciencias tienen la debilidad de estar divididos en varias facciones, y partidos; unos con otros se sostienen, porque los unos tienen miedo de los otros; y el infelíz que, porque no anda vestido de colorado, no es del un vando, ò porque no anda de morado, no es del otro, es víctima de sus ódios, de sus caprichos, y de su torcida intencion; no faltan entre ellos algunos de invencible rectitud, y de nobleza de corazon, pero son mui pocos; y aunque estos franquéen su patrocinio à un desvalído, no bastan para hacer frente al numeroso exército de los reboltosos avanderizados. Ved, pues, la necesidad, que hai de dinero, y de favor para incorporarse en la venerable comunidad de los doctos.

Instruido en este punto, deseando me sucediese lo mismo en quanto à las Facultades, que allí se estudiaban, le pregunté, si por ventura, me sería posible ir à otro dia à las Escuelas à oír la explicacion de los Archi-maestros de las Ciencias, especialmente la de los depositarios de la sabiduría legal, aquellos vivientes archivos de los decretos de los Príncipes, en una palabra, aquellos insignisimos Jurisconsultos, que sin duda, serian de lo mas excelente, que se hallaría en aquel Reino, pues eran los Maestros públicos, à cuyo cuidado estaba

ba el formar el corazon , è ilustrar el entendimiento de los jóvenes, que en adelante havian de ser las colunas de su patria , y en cuyos hombros havia de apoyarse el grave peso de la administracion de justicia. Mañana , me respondió, solo hai unas conclusiones públicas de Filosofia ; si huvierais venido dos dias antes , las huvierais oído de Jurisprudencia , en las que huvierais tenido la satisfaccion de comprehender un rasgo de lo mas refinado de la enseñanza de esta Ciencia , que tambien podréis oír de sus oráculos, quando desde la cáthedra difunden sus luces entre sus oyentes : Huvierais entendido à fondo las doctrinas correspondientes à los siervos, à las manumisiones, à los libertos, y libertinos, à los adscriptos al cesped, y colonos ; à la potestad patria, à las emancipaciones, adopciones, adrogaciones, y sus respectivas formalidades ; à la autonómia , ò derecho de vivir segun sus proprias leyes , que tenian ciertas antiguas Ciudades ; à la formacion de los Testamentos en las públicas asambléas; à la silla , vestidura , y preeminencias , que corresponden al Flamen-Diál , al Agonótheta, al Edíl, al Censor , y à otros quantos Caballeros de semejante pelage, que solo por el nombre hemos conocido : Alli huvierais visto , como se alambicó el sentido de las Leyes , contenidas en unos antiquisimos librotes, digeridos por orden de un cierto Señor, cuyas letras están tan en duda , que ha havido, quien se atreva à asegurar , que no supo leér ; y compuestos de retazos, oraciones mutiladas, y sentencias dichas à otros asuntos por unos sábios Jurisconsultos de escuelas absolutamente contrarias, y enemigas ; pero gracias à los Glosadores , è Intér-

térpretes, que despues vinieron, que se esmeráron en concordarlos, y se empeñáron, en que no havia entre las innumerables especies de tantas decisiones, y pareceres la mas mínima contradiccion; ello no es dudable, que se llega à ciertos casos, en que se encuentran contradictorias las sentencias, pero ¿qué dificultad hai, en que queden acordes, siempre que se quite el *no* à la negativa, ò se añada à la afirmativa? Esto, con echar la culpa al descuido de los copiantes, está concluido, y conseguido el fin: Por último, huvierais alli visto, con que ardor se encendió la disputa sobre el modo de entender una de estas leyes; mas de una hora duró el argumento, y finalmente, se quedó cada uno en su opinion, sin que le convenciesen las razones del otro: Tambien es cierto, que importaba poquisimo qualquiera de los convencimientos, porque como los asuntos dichos son materias, que por acá no están en práctica; y el voluminoso cuerpo de Leyes, sobre que se sufre el trabajo citado, y la mas séria ocupacion del estudio legal de esta Ciudad es de unos decretos, acuerdos, establecimientos, y pareceres con fuerza de ley, dispuestos, y proporcionados para otras gentes distintas, de las que en el dia ocupamos este Continente; y adequados à unas circunstancias, y tiempos absolutamente diversos de los presentes; nada quiere decir para la Jurisprudencia Simiopolitana, que aquellas Leyes se entiendan en uno, ù otro sentido; que sus compiladores errasen, ò no; y que entre ellas haya, ò no verdadera contradiccion: Será mui bueno para unos discursos académicos, y para una erudicion útil algunas veces, y muchas pedante; pero estoi,

en

en que se pierde mucho tiempo, del que debería ocuparse en el estudio de la Jurisprudencia del País.

¿ Pues qué, le repliqué inmediatamente, no es la Jurisprudencia patria, la que se explica en vuestras escuelas? De un gran número de Cáthedras, me respondió, que hai en ellas con destino à la enseñanza de las Leyes, apenas hallaréis una, en que se hable algo de las del País, y en ésta como de gracia, de paso, y solo de una pequeña parte del grande, y juicioso cuerpo, que tenemos de ellas; en todas las demás Cáthedras, y comunmente en las públicas conferencias, y actos solo se trata de las dichas antiguas, de las que unas son solo conocidas por el nombre, otras contrarias à nuestros establecimientos, y circunstancias, y las que se adequan à nuestras costumbres, y no contradicen à nuestras pragmáticas-sanciones, no tienen, à lo mas, mas, otra fuerza, que la de un Autor grave, y de primera nota. Pues Yo desisto, le dixe, del intento, que os insinué tenia, de oír à vuestros Jurisconsultos theóricos, porque para escuchar disertaciones académicas erudítas, no necesito tomarme este trabajo, y Yo estaba inteligenciado, de que aquí no se venia à aprehender antigüedades precisamente, sino lo que conducía à juzgar, y defender las causas, que ocurriesen en la Nacion, arreglandose à sus leyes, y establecimientos; pero si de éstas no se trata, ya conozco, que el que se haya de destinar à este fin, tiene que hacer por sí un estudio mui distinto, del que le dieron vuestros Maestros. Tampoco quiero deciros, añadió él, que todo el trabajo, que en esta materia se hace de las leyes, costumbres, y establecimientos antiguos de

las

las dichas gentes, sea inútil, y tiempo perdido; es esta instruccion mui útil, y digna, considerada en todas sus partes, para los Maestros de la Facultad, que dedicados al único fin de la enseñanza deben entender radicalmente quanto es concerniente à ella; pero si digo, desde luego, que à los jóvenes, que vienen à habilitarse para el Foro, se hace perder, por mi cuenta, mas de la mitad del tiempo, cargándolos con un farrágo de noticias impertinentes para su destino, dexándolos vacíos, de las que necesariamente deben saber, y tienen que aprehender despues de nuevo; en una palabra, permitase, que por aquel rancio méthodo, y aquellos rudimentos aprehendan algunos principios, y quanto es análogo con nuestros establecimientos, y desembaracese el camino, que emprehenden, de lo enmarañado de tantas sutilezas de Derecho, fórmulas inusitadas, leyes abolidas, disputas ridículas, formalidades impertinentes, y especies sueltas, substituyendo en su lugar un exacto conocimiento de las leyes del País asi antiguas como modernas, sus revoluciones, las causas de la abolicion de muchas, sus loables costumbres, la creacion, authoridad, y oficio de sus Tribunales, y Jueces, y, por último, quanto es concerniente à nuestro Derecho público, para lo qual tenemos entre nuestros Authores de Jurisprudencia muchos, y mui excelentes, sin tener que mendigar instruccion estrangera, que en muchos puntos no puede enseñarnos, lo que la de los Maestros de dentro de casa: Tanto mas necesatio es esto, quanto (para hablar con las palabras de un escritor moderno) ,, es tanta, à la verdad, la multitud en ,, el dia de derechos, y de leyes en todas partes,

,, y,

„ y la confusion que de aqui ha nacido, que jamás
„ huvo siglo desde el principio del Mundo, ni hai,
„ al presente Reino alguno, ò República, en don-
„ de baxo el pretexto de Derecho mas peligrosamen-
„ te se yerre, y de tal modo se oprima la justicia,
„ è impida la execucion de las causas juzgadas; co-
„ mo ahora acontece despues que renació el Dere-
„ cho, y que nos le imaginamos, como baxado de
„ los Cielos; como suele experimentarse en aque-
„ llas Provincias, en donde mas florecen la ciencia,
„ y razon del mismo Derecho, y se vocifera, que
„ está en práctica con mayor actividad „ Me pa-
reció, que no iba descaminado el buen Escolar, y
no quise apurarle en esta materia, porque no me
dixese mas de lo que nadie ignora.

Preguntéle despues del estado de la Medicina, y me dixo otras tantas preciosidades, aunque acerca de su incertidumbre, atrasos, y defectos no podia, por mas que se esforzase, adelantar à lo muchisimo que dicen sus mas celebrados escritores facultativos, y críticos; añadió, que todos los dias se disputaban agriamente en sus escuelas, pero aun no se havian decidido las qüestiones (de poquisima importancia) sobre si mata, ò sana la sangria; si restituyen, ò aniquilan la salud ciertas pocimas; si algunas enfermedades provienen del higado, ò del bazo; si de frio, ò de calor; si de cólera, ò de flegma; ultimamente sobre las innumerables opiniones de la práctica, y las interminables de la Pharmaceútica, en las que de nada menos se trata, que de nuestra salud. Estoy mui persuadido, le repliqué, à quanto en esta materia tiene que padecer nuestra miserable vida; pero no es dudable, que

el dia de hoi ha logrado grandes adelantamientos esta Facultad con las explicaciones anatómicas, las que se harán aquí, como es regular, y debido en un Estudio general. No, Señor, me respondió; aquí no conocemos à la Anatomía, mas que por el nombre: Nuestro sábio Gobierno bien ha intentado establecerla en esta Ciudad, como en otras partes del Reino lo ha hecho, logrando por medio de sus disecciones admirables progresos en la Medicina, y Cirugía, no siendo ya comprehensible, que pueda perfeccionarse en éstas facultativo alguno sin la esencial ayuda de aquella; pero, como nosotros naturalmente repugnamos los establecimientos modernos, siendo testarudamente sequaces de la antigua costumbre, sin que haya quien nos convenza de las mejoras, que de otro modo podemos lograr, hemos hallado un millon de obstáculos, y otros tantos motivos de representar à la Superioridad, para evitar por este medio, ò à lo menos, retardar sus acertadas disposiciones, y asi tenemos la fortuna de conservarnos aun en el méthodo antiguo con la Medicina en mantillas, y una tintura de Cirugía honoraria. ¡ Oh! quánto tenia que hablaros sobre esta materia, sino temiera molestaros! ¿Será creible, que en un Arte, en que se interesa tanto, no haya sido posible à la hora de esta desterrar el espíritu de systema, tan funesto para nuestra infelíz naturaleza? La vida, y la salud son los mas preciosos dones, que tenemos que conservar: ¿Qué cosa mas proporcionada, y digna del ingenio de los mortales, que hallar entre los despojos de la muerte los principios, para aliviar, ò curar las dolencias de los vivientes? ¿ Qué sem-

blan-

blante tan diverso tomarían estas importantisimas Facultades, si en lugar de andar haciendo analísis de ciertas qüestiones impertinentes meramente theóricas, y de enredarse en un intrincado laberinto de aforismos extravagantes, se aplicáran sus Profesores (hablo de mi Estudio, que en los demás no sé lo que pasa) à descubrir el obscuro principio de nuestros males? ¿Si, en lugar de hincharse, luego que pueden andar en mula, y llevar sortijón, desdeñandose de subir à una güardilla à visitar à un pobrecito desvalído, fuera quando en los Hospitales, y entre desdichados se cubrieran de gloria, y honor por dar la salud à un miserable próximo, demonstrando en su caridad el desinterés, y en el felíz éxito su ciencia? ¿Si en vez de ser unos charlatanes sin substancia, fueran unos exactos, y profundos observadores de la naturaleza, especuladores del temperamento del enfermo, y simptomas del accidente? ¡Oh! cómo no harian al débil estómago del doliente campo de batalla de sus ptysanas, drogas, y venenos! Vendrian à conocer con algunos (aunque pocos) de sus compañeros, que à fuerza de su infatigable estudio han llegado à la fortuna de desengañarse, que, generalmente hablando, obra la naturaleza en la nutricion del cuerpo animal del mismo modo, en su proporcion, que en la intusuncion del vegetable; y asi como las plantas enferman, se marchitan, y finalmente se secan por la espesura, ò falta de este admirable suco, que las vivifica; asi nuestra vida falta, ò nuestra salud padece por la coagulacion, ò dificil circulacion de la sangre, y demás humores; y de aqui es, que experimentamos diariamente, quanto

se recobran nuestras fuerzas caidas, y quanto se alienta nuestra salud debilitada, con la aplicacion de las plantas olorosas, y balsámicas; porque como abundan de sales volátiles, son muî proporcionadas para disolver la sangre, haciendola circular facilmente, y que tome su antiguo equilibrio. ¡Qué secretos maravillosos, tal vez, encerrarán en sí à favor de nuestra vida esos simples, de que no hacemos caso por falta de la meditacion, y espíritu de solicitar nuevos descubrimientos! Tal vez, un phthysico, un hydrópico, un rabioso, un gotoso, y otros, que tenemos en el dia por incurables, hollarán por los campos una simple hierbecilla, que facilmente los restituiría al estado de sanidad. No ha muchos siglos, que à los repetidos experimentos, de los que no eran facultativos, debió la salud pública el descubrimiento del mas cierto febrifugo, del simple mas maravilloso de quantos hoi se conocen; ¿si los facultativos se aplicáran à investigar todas sus virtudes, de qué beneficios no les seriamos deudores? Hasta estos inmediatos tiempos ha estado encubierta la importantisima de su eficacia para atajar la gangrena; parece, que próvida la naturaleza puso en tal vegetable un sánalo todo, ò un arbol de la vida. Pero ¡con qué abandono se ha mirado hasta ahora, que uno, ù otro sábio les va dando en rostro con su ignorancia.

Hice punto à su conversacion, porque me diese otras noticias, especialmente tocante à la educacion de la juventud, y en conseqüencia de ser aquel un Estudio General, supúse tendrian Cáthedras de Lenguas. Sí, Señor, respondió al punto, Cáthedras hai de Lenguas, en donde los jóve-

venes pierden los años mas preciosos, y los mas aptos, para aprehender una infinidad de conocimientos útiles a la sociedad, y para el adelantamiento de las Ciencias superiores; en ellas se les enseñan unas Lenguas muertas, que solo practícan (y esto los Maestros) à fuerza, de lo que llaman imitacion, y en realidad no es mas que robo de periodos, estropeamiento de cláusulas, afectacion de estilo, y finalmente su conjunto una algarabía bárbara, y risible, por lo que se dixo alguna vez, que si resucitáran, los que las poseyéron antiguamente, podian estar seguros, de que no los havian de entender.

No obstante que sus mas insignes pedantes no pueden dexar de conocer, que quando mas quieren en ellas perfeccionarse, tanto mas inutilmente trabajan, y que no son capáces de recibir de ellas el menor conocimiento de las gentes, con quienes han de vivir, con todo eso, están imbuidos, en que en ellas se encierra la universal sabiduría. No es mi ánimo levantar aqui el grito contra todas; la constitucion de estas Provincias exige, que para algunos fines, los que se dirigen à ellos, tomen alguna instruccion, especialmente en una de ellas; pero no soi de parecer, de que sea necesaria para otros usos, en que se emplea el dia de hoi, llenandonos nuestros Académicos los oídos à cada paso de solecismos, barbarismos, y hemistichios desfigurados, ignorando al mismo tiempo, las que reinan actualmente en diversas partes de esta bella ilustrada porcion del Mundo: No hallaréis uno solo de estos nuestros impertinentes Gramáticos, cazadores de vocablos antiguos, espíritus débiles, sugetos à un nomenclatór, que no entienden

den que (como no haya salido de este pequeño recinto) sepa manejar una de las erudítas, è instructivas obras, que contínuamente están produciendo las Naciones vecinas nuestras: Mas ¿ qué digo de los libros estrangeros? No creais pondéro, os llenaréis de aquel no sé qué compuesto de burla, y cólera, risa, y enfado, al comprehender, que estos atentos investigadores de las palabras, figuras, tropos, y propriedad, con que habláron los que habitáron el mundo diez y seis, ò diez y ocho siglos hace, no pueden formar dos claúsulas en su idioma nacional sin dos docenas de errores. Llegaos à ellos, y decidles, que os distingan las voces baxas, y vulgares de las elegantes, y limadas; las frases admitidas, y usadas de las bárbaras, y antiguas; que os expliquen las figuras, que mas adornan à nuestra locucion; el estilo, y sus diferencias; la eleccion de vocablos; en una palabra, todo lo concerniente à la Gramática, y Rhetórica Simiopolitana, y hallaréis, que de nada entienden menos, que de esto; ni aun las conversaciones familiares les oiréis, sin que advirtais, no obstante ser estrangero, un sin número de vulgaridades, y absurdos; todo esto depende de falta de estudio del proprio idioma, y sus modificaciones; cada uno le posée al natural, y si logra algunos adelantamientos, es à costa del particular, y privado trabajo, que ha hecho en él; porque se cree, que para esto no es necesaria la pública enseñanza.

Otros diversos puntos tocámos en el discurso de nuestra conversacion, y por el todo de ella llegué à comprehender el gran fondo, que havia en aquel su Estudio, para poder ser admiracion aun de

los

los mas celebrados, si se enmendáran los defectos, que se le notaban mas palpables: Aquellos grandes sugetos, que, indubitablemente, producía en toda especie de literatura, eran mas dignos de admiracion, quando se consideraba el particular trabajo, que se havian tomado, para salir consumados; pues, hablando en verdad, no puede dexar de decirse, que (aunque pocos) havia algunos dignisimos personages en todas las Facultades, cuya gravedad, magisterio, y complexo de circunstancias igualaban, sino excedian, à quantos con razon celebramos en nuestra Europa. ¡Qué adelantamientos no havrian conseguido estos mismos, si en los mas preciosos años, en aquellos, que son proporcionados para los rudimentos de todas lás artes, no se les huviera precisado à perder la mas noble porcion del tiempo, guiados por unos Maestros pedantes, y dotados de un risible orgullo; envueltos unos en las idéas, y fantásmas de una tenebrosa Lógica, otros en los systemas, muchas veces quiméricos, de la mas obscura Metaphysica; estos ocupados en hojear el voluminoso cuerpo de innumerables authores miserables copiantes unos de otros, aquellos fatigados en llenar la memoria con el crecido farrágo de inútiles fechas, épocas, y textos; y todos ellos unos lastimosos ergotistas, que pretenden ocultar la pobreza de su entendimiento à fuerza de enredos, y sofismas. Por mas despejadas, que sean las luces de los particulares, de quien él iba hablando, no pueden hacer los progresos, que despues se dexan ver, hasta que, pasada esta tempestad, salen del poder de semejantes necios, y à costa de indecible trabajo, depuesta la preocupacion, y con el favor de

al-

algun verdadero sábio, ò de la buena eleccion de escritos logran introducirse en el País de la Ciencia, y la verdad. ¡ Ojalá! no fueran tan ciertos, como hemos insinuado, estos perjuicios aun en lo mas cultivado de nuestra Europa! Y, mucho mas, ¡ ojalá! por enmendarlos no huviera declinado al contrario estremo un maligno esquadron de decantados Filósofos, cuyas venenosas máximas han llegado à infestar lo mas sagrado! Pero demasiado sério es esto, para quien solo escribe por ahora las memorias de su viage al País de las Monas; volvamos à nuestra pertenencia, sin meter la hoz en mies agena.

CAPITULO XVI.

Prosigue la materia del Capítulo antecedente.

NO faltó à la mañana siguiente nuestro Escolar, que vino para acompañarnos, segun haviamos proyectado el dia antecedente. Dirigímonos à la Universidad para oír las Conclusiones Philosóphicas, que nos havia anunciado el tal Sopista: Ya estaban desgañitandose desaforadamente quando llegámos; tomámos asiento sin interrumpir la funcion, y à pesar de la confusion de los gritos, à poco tiempo, pude comprehender la importantisima qüestion, que se estaba ventilando; toda la terquedad, ò disputa se sufría, sobre averiguar, por qué debian ser tenidos aquellos dos huesos, que salen de la boca del elefante por los lados de la trompa; el sustentante defendía, que eran verdaderos colmillos, y no cuernos; ya por la antigua costumbre de llamar-

los

los así el comun consentimiento en las conversaciones familiares; ya porque el parage, de adonde salen, es el de los dientes, y colmillos, como tambien por su figura, y pulimento, sin que lo desmienta la solidéz, de la qual carecieran, si no lo fuesen; ya porque en los cuernos, si se especúlan cuidadosamente, se hallan ciertos círculos, que cada año se van aumentando uno à uno, lo que no acaece en los dientes; ya porque solo los brutos de pesuña hendida tienen cuernos, lo que no se verifica en el elefante; y ultimamente, por que asi lo escriben doctisimos Autores Filósofos, y naturalistas, que con todo magisterio se ponen à examinar à fondo la gravedad de ésta, y semejantes qüestiones: Nada de esto hacía fuerza al que arguía, queriendo convencer, que eran verdaderos cuernos: No la costumbre; porque ésta, decía, se funda en una impropria, y vulgar locucion; no el parage; porque, aunque es cierto, replicaba, que salen por la boca, ò las encías, su nacimiento se halla en el craneo, y su nutricion proviene de las venas cephálicas, todo lo qual es proprio de los cuernos, sin que los deba desnaturalizar la direccion, que despues toman; pues aun que se halla sobre la naríz, no dexa de ser cuerno el del rhinoceronte: Aun mas: La razon de su figura no contradice, à que sean cuernos, pues estos las admiten mui diversas, como se vé en la variedad, que hai de animales cornudos, siendo tambien los de algunos sólidos, y sin tales círculos anuales; asimismo, aunque generalmente son de pesuña hendida los brutos, que tienen cuernos, no es esencial esta particularidad, pues en algunos otros animales,

les, que no la tienen, se han visto muchas veces, sin exceptuar los volátiles, y réptiles con diversidad de consistencia, configuracion, y lugar de su nacimiento: Y en quanto à los Autores, que patrocinaban la opinion contraria, reponia otros tantos, no de menor nota, que sostenian la suya; añadía à esto otras razones de mucha consideracion en favor de su sentencia, como eran; que aquellos huesos se hacian flexibles, se domaban al fuego, y se prestaban fáciles à la industria, y al arte, admitiendo qualquier figura plana, quadrada, ò circular, todo lo qual conviene à la materia, de que se forman los cuernos, y no à la de los dientes, y colmillos; y ultimamente, que segun las observaciones de los naturalistas, el elefante los muda, y renueva muchas veces, lo que no haria, si fuesen colmillos, y sí siendo cuernos, como se observa en los ciervos, à quienes acontece esta renovacion en los suyos. Sostenian vigorosamente los dos su parecer, sin darse por vencidos; enardeciéronse los ánimos; y de los silogismos vinieron à las desvergüenzas; saludáronse mútuamente con un turbion de dicterios, y poco faltó, para tirarse las gorras; pero el que presidía en la Cáthedra, fue el iris de tanta tormenta: Levantóse con gravedad, echó el compás con la mano, destosióse, y con un semblante risueño, mirando à todos lados para conciliar la atencion de los circunstantes, dixo mesuradamente, arqueando las cejas: Verdaderamente, Señores, que el punto es árduo; la importancia de la decision está bien patente; ¡ aí es nada! ¡ averiguar, si son colmillos, ò cuernos aquellos, ò sean adornos, ò defensas, que la naturaleza puso à los lados de la trompa del

del elefante ! Si no huvieran conocido la necesidad de la averiguacion de este punto à fondo, no le huvieran examinado tan menuda, y escrupulosamente unos Escritores de la mayor authoridad. ¿ Y qué haré Yo, quando los encuentro tan contrarios en sus opiniones ? Las razones, con que cada uno procura establecer su sentencia, son del mayor peso; las considero, Padres conscriptos ; me hacen fuerza, y me tienen confuso ; pero ahora mismo se me previene aquel medio término, con que los sábios Legisladores muchas veces abrazáron las sentencias entre sí opuestas de los antiguos Jurisprudentes, y éste rumbo pretendo seguir : Para que sean colmillos, hai razones mui contrarias ; y mui contrarias razones tambien, para que sean cuernos ; pues no sean precisamente lo uno, ni lo otro ; pero particípen de las dos cosas, y llamense en adelante colmilli-cuernos, ò cuerni-colmillos, segun mas agrade à vuestra profunda sabiduría, à cuya decision juiciosa someto mi parecer. Aplaudió el congreso el felíz hallazgo, y asi quedó establecido para en adelante, y enriquecido aquel teatro literario con tan importante descubrimiento.

El otro asunto, que mientras estuvimos allí, se ventiló, fue acerca del alma de los brutos. El reverendo barbón de la Cáthedra sostenía, que esta no era otra cosa, que una entidad, aunque material, distinta de toda materia, la qual vivifica al bruto, y es el principio de sus operaciones, y de su sensacion : Confirmaba su doctrina con mil exemplos ; no se comprehende, decía, cómo sin principio de sensacion podrá explicarse el eretismo, y espeluzamiento de la cola del gato à la vista del

perro su contrario ; como (y dirigió hácia mí el semblante) lo que testigo de vista el Caballero Enrique, nos anunció la Gaceta años pasados, como particularidad, digna de la pública noticia, del ciervo, que se murió apesadumbrado, por haver perdido su compañia. ¿ Para qué aun los mismos del partido opuesto à nuestra sentencia castigan à las bestias, que tienen à su cuidado, à fin de que suspendan, ò executen alguna de las acciones, de que son capaces, si éstas no obran, mediante principio alguno de sensacion ? Finalmente se valió de mil preciosas corroboraciones, que à favor de su sentencia, recogió en un viage, que hizo por el mundo indagando verdades cierto docto Filósofo.

Era el argumentante un Mono jóven, y resoplado, dotado de tanta fuerza de pulmones, que à breve rato logró atolondrar à los circunstantes ; su intento se reducía à persuadir, que no eran las bestias otra cosa, que ciertas máquinas sin razon, ni sensacion alguna, cuyas operaciones tenian sus principios de los espíritus animales ; esto es, de aquella parte de sangre mas sutíl, mas pura, y mas espirituosa, que se trabaja en el cerebro del bruto, y desde alli discurre por todos sus miembros, gobernándolos, vivificándolos, y nutriéndolos, ò en los que se dice no tienen sangre, de la porcion mas purificada de aquel humor, ò suco, que equivalentemente corre por sus proprios canales : No le hacian fuerza los exemplos inumerables, que en su favor havia propuesto el contrario ; pues, replicaba, es necesario concluir, que si las acciones de las bestias de temor, de gozo, de amor, de reconocimiento, y de las demás pasiones, de que parece,

ce son agitadas, provienen de conocimiento, que tienen de su enemigo, de su bien, de su compañia, de su bien-hechor, ò de cosas semejantes, Yo puedo inferir, contra vuestra sentencia, que raciocinan. ¿ Qué otra cosa es sino raciocinar, en el concurso de varias idéas comparar el tiempo presente con el pasado; reflexionar sobre sus actos; è inferir varias conseqüencias? y ¿ qué otra cosa executan las bestias, si obran con conocimiento, ò llamese instinto? El perro del ciego, que quando su amo hace cierta seña salta por el harillo, y quando la omite ladra sin querer brincar, en suposicion de vuestra sentencia del alma sensitiva, es fuerza, que asi lo haga, porque se acuerda, de que quando le enseñáron, le castigaban con el látigo, sino saltaba al executarse la tal seña; y por el contrario: Pregunto, ¿ podrá esto explicarse sin que manifiestamente se vea, que este animalillo compara el tiempo presente con el pasado, y con una lógica natural infiera, luego que vé la contraseña: Con que si ahora no salto, sufriré como antes el castigo; ò por el contrario? y ¿ no es esto raciocinar? Si lo negais, adquiere mi sentencia mayor corroboracion, y se destruyen vuestros fundamentos, pues si, aunque veamos en las bestias unas operaciones totalmente semejantes à las que se obran, mediante una alma racional, no obstante afirmais, que no raciocinan; igualmente, aunque advirtamos en ellas los efectos de una verdadera sensacion, Yo puedo defender que no tienen la dicha alma sensitiva. Añadía à todo esto, que si no se admitían las operaciones de los brutos como efectos necesarios del mecanismo de unas máquinas,
com-

compuestas por la sábia naturaleza, sino por el principio de una alma sensitiva, que los determína sus acciones en fuerza del discernimiento de los objetos; es mui dificil comprehender, ò explicar, que no están dotadas de una perfecta libertad de indiferencia; porque ¿ qué les falta para ella, si tienen la excepcion de ser forzados interiormente para algun acto, y son dotados de una total espontaneidad para executarle? El dicho perro del ciego, que salta aunque esté cansado, dá à entender, que comparando su cansancio con el dolor del látigo, que le amenaza, tiene à éste por mas insoportable, que à aquel; y asi elige el saltar para evitar el castigo. ¿ Por ventura, no sucede lo mismo à los racionales dotados de libertad, que eligen uno de dos contrarios, despues que examinadas las razones, hallan por mas conveniente executar la accion, que suspenderla, ò por el contrario?

Como aqui no es mi ánimo escribir qüestiones, sino dar à entender el estado de las Ciencias, por mayor, de aquellos Países, no quiero añadir otras muchas razones, argumentos, y sutilezas, que acerca de este punto se propusiéron por una, y otra parte; ello es, que la contienda paró como la antecedente; en voces, que ni uno, ni otro se daba por vencido; y que el Monazo Cathedrático huvo de sosegar los ánimos, y hablar magistralmente de este modo: No se puede negar, Señores, que en una, y otra sentencia hai insuperables dificultades; apenas puede darse solucion à una, quando renacen de ella duplicadas objecciones; muchas, y largas consideraciones me ha debido este punto; y no he hallado convencimiento, que me haga fuer-

fuerza, hasta que (segun mi comun méthodo) he abrazado un medio término entre los dos extremos, definiendo al alma de los brutos: Una substancia media, y participante de los dos extremos materia, y espíritu, capáz de percepcion, y sentimiento, y privada de raciocinio, y discurso.

Luego que propuso este sábio su systema, me levanté, y haciendo una profunda cortesía al respetuoso teatro, me encaminé à la calle; siguióme mi Amigo Tulipán, y aunque quiso hacer el Escolar lo mismo, le rogámos, no se incomodáse mas por nosotros; y por último, à fuerza de nuestras instancias despues de una descarga cerrada de importunos cumplimientos, lográmos quedar solos. Insinuóme mi compañero, que con gusto se huviera quedado alli otro rato, para haver oído explicar aquella, para él, nueva sentencia acerca del alma de los brutos; respondíle, que desde luego le huviera complacido, à haver llegado à comprehender su gusto, bien que solo por contemporizar, no porque Yo deseáse oírla: Paréceme, replicó, que no os ha agradado aquel systema, porque hablais de él, fuera de vuestra acostumbrada política, con una especie de desprecio; pues Yo, à la verdad, soi de parecer, que con él se desatan las principales dificultades, que acabo de oír de los dos partidos opuestos: ¿Qué inconveniente puede haver en admitir una substancia media, que para no dotarla de racionalidad, y discurso, particípe de la materia, y para no hallar contradicion, en que siendo materia, perciba, y sienta, se la haga participante del espíritu? Yo, à la verdad, no la encuentro; con ella voy aqui interiormente allanando todas

das las dificultades, que en las demás opiniones han hallado; y mientras no comprehenda mas claras, que la luz del medio-dia las nulidades de esta sentencia, he de ser à lo corbata su partidario acérrimo. Pues creed, le respondí, que ni à vos, ni à los Filósofos sus sequaces he determinado concluir, ni convencer; pero estad tambien seguro, de que no seré Yo del número de ellos, mientras no me expliquen sin sofismas, cómo se pueden componer las grandisimas contradiciones, que contiene el tal systema; y para que no creais, que es hablar sin graves fundamentos, os he de proponer algunas de sus dificultades, por mayor, lo que diese de sí el breve tiempo, que nos resta para llegar à nuestra posada.

Esta substancia, que se pretende, que no siendo solamente materia, ni siendo solamente espíritu, sea partícipe de uno, y otro, no puede admitir medio entre tener, ò no tener extension; si la tiene, es compuesta de partes, por tanto es divisible, y consiguientemente excluye toda participacion de espíritu, que es indivisible; si no tiene extension, no sé por donde se puede conceptuar material, porque la nocion de substancia sin extension, capáz de sentir, y percibir, es la que concebimos en la explicacion del alma racional; y en tal caso, raciocinarían los brutos; pues no aparecería fundamento, para probar lo contrario: Se hace tambien, mediante la dicha sentencia, imperceptible la diferencia específica entre el alma racional, y la de las bestias; en primer lugar, en sus operaciones; porque si la de los brutos, sin ser solo materia, ni solo espíritu, tiene sensacion; la racio-

cional podría, sin ser solo materia, ni solo espíritu, tener raciocinio, porque mas dificil se comprehende, sin duda, el paso desde la privacion de sentido à la percepcion del objeto, que el paso desde el sentir al raciocinar; ¡absurdo inaguantable! En segundo lugar, en quanto à su muerte; pues no siendo la mortalidad, ò destruccion de las criaturas materiales otra cosa, que la descomposicion, y desunion de las diversas partes de materia, que entre sí estaban enlazadas, si el alma de los brutos, como establece esta opinion por la participacion, y parte que tiene de espíritu, carece de extension, y no puede ser dividida, porque como espiritual es indivisible, por consiguiente no puede perecer sino por aniquilacion: ¿En qué se distingue entonces del alma racional? ¡impio absurdo! Además de lo dicho, si esta alma media entre espíritu, y materia solo está dotada de sensacion ¿cómo entenderémos bien explicados los raros phenoménos de la industria, afectos, pasiones, è instintos, ò como quieran llamarlos, de los brutos? Concluyamos, Amigo Tulipán, y convenzamonos de la cortedad de nuestros discursos, quando solicitámos engolfarnos en aquel inagotable oceáno de los prodigios de la naturaleza; observémosla para lo que corresponde à nuestro aprovechamiento, y necesidades de la vida; pero no queramos entrar en el insondable mar de sus arcános: Utilizémonos con los prodigiosos efectos, y virtudes, que en las criaturas nos descubre la experiencia, y adelantémos ésta con la repeticion de operaciones, sin perder demasiado el tiempo en la averiguacion de sus ocultas causas. ¿Quánto mas debemos al que descubrió en

el imán la virtud retractiva, que à los que con fatiga inútil andan averiguándole, por qué tiene, ò en qué consiste la atractiva? ¿Quánto mas útil fuera à las necesidades de nuestra miserable vida descubrir algun maravilloso efecto del marfíl, ò algun secreto para usarle, y trabajarle con mas facilidad, que gastar largas páginas en la pueríl, y fútil controvérsia de indagar, si son cuernos, ò colmillos los del elefante?

¡Quánto tiempo pierde la juventud en la averiguacion de semejantes fruslerías! y ¡qué útiles fueran sus luces al resto de los mortales, si despreciadas estas pedanterias, y puerilidades, entrásen à ocupar su lugar las idéas de una Lógica sin sofisterías, de una Physica fundada en seguras experiencias, y ultimamente de unos conocimientos, y principios en todas las Ciencias, y Facultades, purgados de errores, pasatiempos, y ridiculezes! En estas conversaciones llegamos à casa à hora ya de comer; descansamos, y pasamos el resto del dia, recibiendo algunas visitas de aquellos naturales, que con la noticia de nuestra llegada vinieron con espíritu de curiosidad à tratarme. Entre otras conversaciones tocaron la del estudio de la Physica, y particularmente las Conclusiones del dia; Yo no pude menos de decir mi sentír acerca de esta materia, confesando la dificultad de encontrar las causas de los maravillosos efectos de la naturaleza, y la mayor utilidad que trahe el descubrirlos, que el averiguarlas; los mas de aquellos doctos, aunque con diversas opiniones, sostenian obstinadamente la claridad, con que mediante su Physica, tenian como en la mano el conocimiento de las causas

de

de sus phenoménos; entonces Yo, asegurándoles el supuesto con las mejores pruebas, y baxo mi palabra, como testigo ocular les propuse, que en virtud de lo que decian, me descifrásen, segun sus respectivos systémas de la generacion de los insectos, la causa de la renovacion de aquel, que mientras estuvimos en la gruta, halló un dia Roberto à las orillas de un arroyuelo, y que tanto llegó à admirarnos, segun tengo escrito en mi capítulo XV del Tomo primero: Todos à un mismo tiempo querian decir su parecer; Yo les supliqué, que para mejor poder entender sus decisiones, hablasen por turno; y executándolo asi, significaron sus opiniones, segun en el capítulo citado tengo escrito, à donde remito al Lector, por no duplicar un mismo asunto.

Poco mas, poco menos, eran mui parecidas à ésta las restantes Universidades, que en mi vuelta por el Reino encontré repartidas por sus vastas Provincias, que por no ser demasiado molesto, no especificaré en sus lugares respectivos; en unas estaba en mayor áuge una Facultad, en otras otra; en ésta reinaba una extravagancia, en aquella otro disparate; hallé Médico que me dixo, que la Anatomía no havia trahido à la Medicina los adelantamientos que se creían; encontré Jurista que trataba à vista, y paciencia de todos los Legisladores, de bárbara, ímpia, è inculta la legislacion (especialmente criminal) con que desde tiempo inmemorial se gobernaban todos aquellos países; hablé con Mathemático que (no obstante estar propuesto como paradoxa) en media docena de páginas havia dado à luz disuelto (segun decía) el pro-

bléma de la quadratura del círculo; traté à Physico que sostenía, que el gusto no era sentido distinto del tacto, y del olfato, sino un compuesto de los dos; como tambien, que la distincion que hacía la oveja, y todo animal que pace, entre las hiervas venenosas, y proficuas, apacentandose de éstas, y no tocando à aquellas, pende de un sentido innominado, de que carecen los racionales; por ultimo, para abreviar, no havia ciencia, ò arte, que careciese de sus despropósitos, ni se pensaba despropósito, que no fuese adoptado por algunos de sus Facultativos: A tanto llegaba en unos la ignorancia, y en otros el insaciable deseo de singularizarse. Pero volvamos à tomar el hilo de nuestras Memorias.

Detuvímonos algunos meses en Polymathía, en donde recibimos un copioso socorro de Simiópolis, segun haviamos enviado à pedir, aunque despues de algun tiempo, por causa del poquisimo comercio de dinero, que desde aquella Ciudad de las letras hai con lo restante del Reino: Allí trabé amistad con algunos (pocos) sabios, con cuyas luces pude separar la alquimia del oro, esto es, los verdaderamente tales, de los que lo son solo en la apariencia; unos se lo persuadían à sí mismos, y estos eran tontos incurables; otros hinchados, y sobervios atrahían à su ignorancia à mil incautos, que se dexaban guiar de su necedad, y su orgullo; éstos eran tontos perjudiciales; y unos, y otros, los que formando partidos irresistibles, se erguían à fuerza de número, y no sé qué ocultas protecciones, y tenian el pie sobre la cerviz del verdadero mérito. Nunca pude ponerme de parte de sus sinrazo-

nes;

nes; esto bastó para hacernos odiosos à sus ojos; y no pudiendo sufrirnos, armaron contra nosotros sus máquinas; el poder que tenian con algunos poderosos del Gobierno, era el móvil para la execucion de sus injusticias; experimentámoslas nosotros, pues al cabo de cerca de un año, sin saber el motivo, nos hallamos con cartas de la Corte, mandándonos seguir nuestro camino; llegaron éstas à tiempo que Yo me hallaba convaleciendo de unas molestas tercianas, que me havian debilitado mucho; pero el Corregidor de la Ciudad era del vando de los reboltosos, y pudieramos haver tenido que sentir (justa, ò injustamente, porque era causa de empeño de sus amigos) si no huviéramos obedecido prontamente, por lo que à costa de mil incomodidades, y trabajos, huve de resolver el ponerme en marcha con peligro de recaída; despedímonos de nuestros amigos, que quedaron blasfemando de sus compañeros, y emprehendimos nuestro viage à jornadas mui cortas por mi quebrantada salud.

CAPITULO XVII.

Enrique, y Tulipán son asaltados de una tropa de Vandoleros.

DEspues de algunos dias de camino, y los intermedios, que íbamos tomando, de descanso, llegamos una tarde al pie de unas montañas al parecer inaccesibles; al fin de varias vueltas por entre los escarpados peñascos, descubrimos una estrecha, y algo hollada senda, por donde concep-

tuá-

tuámos, poder ir trepando, hasta vencer la dificultad de llegar à su elevada cima; emboscámonos por entre lo enmarañado de la sierra, y por mas que desde cada uno de los cerrillos que íbamos encontrando, procurabamos atalayar por si descubriamos casa, alquería, ò Lugar en donde pasar la noche, no víamos otra cosa que troncos, y nuevas sierras, que parecía se nos iban oponiendo à nuestro paso, cerrandole del todo: Lo agrio del camino, y lo delicado de mi salud, aun no del todo convalecida, nos determinaron, viendo que cerraba la noche, y podiamos dar en algun precipicio, como ignorantes de aquellas veredas, à echar pie à tierra, y guarecernos hasta que amaneciera en una gruta bastante capáz, y desembarazada de ramas, y todo otro obstáculo, que nos deparó la suerte, poco distante del camino: La noche havia ido refrescando; por lo qual nuestro lacayo Orozúz traxo del monte unos hazecillos de leña de la mas seca que pudo hallar, con lo que encendió una hoguera que nos refrigeró, y pudo en ella componer, haciendo asador de una rama, un par de conejos, que aunque ahumados, y sin sal, nos parecieron tan exquisitamente sazonados como si se huvieran asado en la cocina mas primorosa: Finalizada nuestra cena, y haviendome acometido la sed, salí solo de la cueva à fin de buscar con el favor de la escasa luz de las estrellas algun arroyuelo en donde satisfacerla; no le encontré en las inmediaciones, por lo qual me desvié algo mas de lo que pensaba.

Poco mas de un quarto de hora tardaría en volver à nuestra gruta, y al acercarme escuché un

mur-

murmullo de voces para mí desconocidas; aproximéme silenciosamente, y por entre unas ramas inmediatas à su boca pude ver, y oir el mas inesperado lance, que podía sucedernos: Quatro horrendos Monazos con sañudo semblante, y cargados de armas, tenian rodeados à mi infelíz compañero, y al criado; estaban estos en el suelo, aligerados de ropa, y atadas las manos à la espalda; y los Salteadores ya havian hecho un lio de quanto pudieron hallar, que les pareció podía servirles, perdonaban las caballerías por no ser por ellas rastreados, y quando ya estaban para partir, tuvo uno de ellos el piadoso pensamiento de no dexarlos vivos; era el caso, que advirtió por las ropas, y mi espada, que havian allí encontrado, que faltaba lo menos uno en la compañía, y temiendose, que tal vez viniendo, pudiese, libertados sus compañeros, seguirlos, y descubrirlos, quiso quitar de enmedio estos enemigos; asi lo resolvió unánime aquel maldito conciliábulo, y sin esperar mas razones, sacó el principal consejero un agudo puñal, y se arrojó sobre el indefenso Tulipán para acabar con su vida: Fue todo este suceso tan precipitado, que Yo no tuve lugar para otra cosa, que para amartillar una pistola, y descerrajarle un tiro desde el puesto en donde me hallaba; le logré con tanto acierto, que cayó bañado en su sangre sobre el mismo que iba à asesinar; huyeron dos de ellos despavoridos por el monte, y como sabían bien sus derrumbaderos, en brevisimo tiempo desaparecieron; el quarto, que quiso escapar cargado con un lio, tropezó al salir en unas ramas, y cayendo, me eché precipitadamente sobre él, le desarmé, y

agar-

agarrandole de los cabezones, le entré en la cueva: Puse en libertad à Tulipán, y à Orozúz, cuyas vidas havian estado en tan evidente riesgo, y desatando el lio recobraron sus vestiduras; pero una buena parte del dinero que llevabamos, y que iba en poder del criado para que fuera haciendo el gasto por las posadas, absolutamente pereció, porque se la llevaron los ladrones que huyeron. Aseguramos bien à aquel bribón que haviamos pillado, y pasando en vela lo que quedaba de la noche, luego que descubrimos por el Oriente los crepúsculos del dia, nos pusimos à caballo, llevando con nosotros al preso baxo el cuidado de Orozúz para entregarle al brazo de la Justicia en el primer Lugar que encontrasemos.

La aspereza del camino, y su mala suerte llevaban al salteador mal parado: Orozúz era de esta especie de gente, que se llena de compasion en las ocasiones que menos viene al caso; ò à lo menos, que se conduele de las cosas, segun aparecen por la corteza, sin fondear en ellas, ni reflexionar en sus consequencias: Esta falsa piedad destruye repetidas veces las mas saludables leyes, y establecimientos. ¡Qué constitucion mas digna de la mejor República, que la que tienen en aquel País, para que ningun criado pueda, despedido de una casa, acomodarse en otra sin un papel, en que conste su justa despedida, y su buen porte en la servidumbre antecedente! A la verdad que esta providencia no puede resistirse, sino por aquel Mono infame, cuyas costumbres repugnan, à que su Amo pueda dar un honorífico testimonio de su conducta; pero ¿qué sucede? sale un bribón de estos borracho, luxurioso,

ratero; despídenle por sus buenas habilidades; solicíta otra casa en donde proseguirlas; y el nuevo Amo, que le recibe, se contenta con un informe por medio de un recado político à la casa, de adonde acaba de salir; entonces entra aquella diabólica caridad „ ¡Oh! quién ha de tener corazon para qui„ tar à este pobrecito su acomodo! Allá se las ha„ yan; puede ser, que se haya enmendado; para „ nosotros basta no tenerle, ni sufrirle en casa; y „ sobre todo, Yo no tengo ánimo, para hacer mal „ à persona alguna „ De este discurso se pasa à mentir en perjuicio de tercero; à dar alas à un pícaro, para que prosiga, ò adelante en sus malas mañas; y ultimamente à faltar à la verdadera caridad, pues baxo de este informe el incauto nuevo Amo fia, y pone su casa en manos de quien le roba, ò da otros sentimientos de marca mayor. Yo puedo deponer con toda sinceridad, que mientras estuve en Simiópolis oí quexarse à sus naturales de varias desgracias, originadas de estas gentes, y experimenté diversos hurtos domésticos, pero jamás supe de informe dado acerca de criado, que no fuese, para calificarle de bueno, à lo menos, en las principales, y menos sospechosas partidas; por tanto, luego que conocí su carácter en este asunto, no me condolía de sus daños, viendo que les provenía de la falta de observancia de sus leyes, y bien acordados establecimientos.

De esta manera, pues, Orozúz, movido de la dicha aparente piedad, comenzó à interceder por aquel mal-hechor, para que se le pusiese en libertad, ya que nosotros estábamos fuera del peligro de sus manos. ¿Te parece bien, le respondí,

que porque nosotros estémos ya (segun nos parece) lexos del poder de estos impios asesinos, dexémos libre à una de estas fieras, que puede descubrir la camada de sus compañeros? ¿ A una de estas fieras tan perjudiciales para los pobres desprevenidos caminantes? ¿ A una de estas fieras, repito, tan crueles, que no contentas con despojar à sus semejantes tyranamente de sus bienes, tratándolos con vileza, aprisionándolos, y ajándolos, conspiran à sangre fria contra las vidas de unos infelices indefensos? No creas, que Yo tenga semejante debilidad; le compadezco; no lo dudes; pero su delito, y las conseqüencias de él me horrorizan. No lo estraño, Señor, replicó el reo, que hasta entonces havia ido callando; no estraño, que nuestras atrocidades os llenen de horror; pero si huviera alguna disculpa, para ser malo, se encontraría en nosotros. Los quatro, que esta noche pasada haveis visto, éramos quatro buenos vecinos de cierto Lugar, no mui lexos de esta sierra; teniamos en él una labor de campo, si no grande, suficiente para mantener cada uno sus respectivas obligaciones; asi pasábamos la vida, aunque sin esplendidéz, razonablemente, quando el dueño de nuestro Pueblo, que es uno de aquellos viciosos, à quienes nada basta para sus disipaciones, no contento con esquilmar lindamente à la Villa por medio de sus Administradores, determinó hacerse Labrador, y comprar tierras para sus siembras, y plantíos; dicho se está, que un poderoso tan sin igual, ayudado del accidente de un par de años estériles, en breve tiempo haría suyo quasi todo el término; los Labradores pobres, y aun los de una medianía, co-

mo nosotros, quedámos por puertas, haviendo sido obligados por la necesidad à vender nuestras hazas, y apéros de labraduría: Destruido el Lugar en un todo, no faltó una buena alma, que aconsejáse à nuestro tyráno, que si quería, que se recuperáse lo perdido; que los vecinos, que havian quedado, no tocasen el punto de su desesperacion; y volviesen à sus hogares, los que los havian abandonado, publicáse, que daba sus posesiones en emphyteusis con un moderado canon solo en señal de su dominio directo, pues de este modo vería en pocos años volver à florecer aquel Pueblo, serle mas útil, que quantos provechos se imaginaba, y havia experimentado en el proyecto de su labranza, y por último, obraría con justicia, y equidad; pero él, encaprichado con sus primeras idéas, siguió adelantándolas à mas no poder; asi logró acabar de una vez con todo, pues viéndonos los vecinos hechos unos miserables braceros, que solo comiamos mal à costa de nuestro sudor, y à merced suya, que nos empleaba, si nos necesitaba, y quando no, nos dexaba perecer, tomámos várias determinaciones, todas conformes en desamparar el Lugar, que ha quedado quasi despoblado, y sin que aquel lobo devorador halle ya aun los precisos trabajadores para mantener sus haciendas labradas: A los quatro, que haveis visto, tocó tan mala suerte, que no pusímos la mano en cosa, que nos saliese à medida de nuestros deseos; de Lugar en Lugar, y de cortijo en cortijo, andábamos buscando el sustento, y por puntos crecía la necesidad; ésta llegó un dia à los términos de quasi extrema, y en su consequencia, nos abandonámos à nues-

tros pensamientos, que fueron tan ruines, como determinarnos à buscarlo por los medios mas ilícitos; y como las acciones pecaminosas tienen entre sí una especie de conexion, y mútua alianza, de el buscar el mantenimiento con violencia, pasámos à el despojar con la misma, à quantos hallabamos, de la honra, de la hacienda, y no pocas veces, de la vida. ¡Oh, pobreza, de quántas villanias sueles ser origen! En llegando à este punto, os aseguro, Señores, que recapacitando las atrocidades, que he cometido, y el opuesto extremo, en que he caido desde la honrada crianza, que me dieron mis Padres, y el mediano, y sosegado estado de fortuna, que tenía, quisiera que mil veces me faltára la vida; y asi estoi tan lexos de pediros, que me dexéis en libertad, que antes con los mayores esfuerzos os suplíco, me entreguéis al brazo de la Justicia, para que baxo su vengadora espada satisfaga con mi cabeza todos los delítos, de que soi responsable à la pública venganza.

Esto decía bañado en llanto aquel miserable, y Yo no pude dexar de replicarle: Malo es el robar, no es dudable; pero parece, que vuestra necesidad, y acasos dában algun colorido à este exceso; mas la atróz accion de quitar la vida al infelíz caminante, que cayó en vuestras manos, es crueldad, que horroriza, y para la que no se halla disculpa alguna; por tanto solo ella cierra la puerta, à que se tenga con vosotros conmiseracion. Es verdad, respondió él, que es una impiedad desmedida privar de la vida à uno de nuestros semejantes; pero haveis de estar, en que ni es tan à sangre fria, como os parece, ni dexamos de tener al-

algunas veces motivo para ello : Sabed , que por las Leyes de estos Reinos incurrimos por el mero hecho de robar à los pasageros en pena capital ; ocurre, que nos tememos por algunas probables congeturas, que el despojado puede descubrirnos ; es uno de los principios de nuestra Facultad la sentencia , que dice : Mono muerto no habla ; la mayor , ò menor gravedad del delíto nos hace poca fuerza; y como al fin , si nos prenden , seamos , ò no Monicídas , nos ahorcan , nos determinamos à ocultar mas nuestra maldad , quitando de en medio un testigo de ella. Esta es una de las Leyes nuestras , me dixo inmediatamente Tulipán , que siempre me han parecido duras; imponer pena de la vida al que hurta ; me parece, que contra ella están perpetuamente gritando las leyes de la naturaleza : ¿ Por qué se ha de derramar la sangre de aquel , que no conspiró contra la conservacion, ni contra la vida de su proximo ? A una sola de éstas , à la del mas obscuro individuo de la República no es comparable todo el oro del mundo ; ¿ y será bien , que se escuchen las voces de algunos millares de adoradores de este metal , y que à su contemplación se sacrifiquen las vidas de tantos desdichados, à quienes cegó , y arrastró (quando no la necesidad) una codicia , no tan afortunada , como la de sus poseedores ? Ellos quitan unos bienes de corta consideracion ; y se les depoja de lo mas precioso ; de lo mas sagrado ; de su vida. ¡ Bella compensacion entre la pena , y el delíto !

¡ Qué pomposos clausulones ! ¡ qué aparato de voces , y ¡ qué discursos tan pathéticos no podriais añadir à ese vuestro corto razonamiento , si estuvieseis ilustrado con la lectura de ciertos papeli-

tos,

tos, que acerca de la materia tenemos por allá en nuestros Países los Hombres! Asi respondía Yo à Tulipán: ¡Cómo podriais exornar vuestro parecer con el follage, y juego de brillantes voces, y epíthetos, como: Espada vengadora; mano sangrienta; sacrosantos derechos; ley natural inviolable; humanidad ultrajada; odioso espectáculo; afrentosa barbarie; atropellada sociedad; y otros infinitos de este jaéz, que con solo daros à leér una tragedia de moda, hallariais en cada página; ò podriais (como hacen otros con la misma facultad, que la vuestra) inventarlas à vuestro capricho! Bien pudiera Yo explicaros algo acerca de esto; pero ni la ocasion, ni el parage, ni circunstancia alguna de las presentes convida, à que gaste mucho tiempo en la materia; no obstante, no quiero dexar de deciros quatro palabras, segun lo que comprehendo, hablando en general. Yo contemplo à los delítos baxo diversas consideraciones, ya respecto de la maldad, que en sí incluyen, por la parte que quebrantan la ley natural; ya respecto del perjuicio, que trahen à la ligacion, union, ò sociedad del resto de nuestros semejantes, en lo qual quebrantan las leyes positivas; ya respecto del mal exemplo, y sus conseqüencias: De la misma manera las penas en la justicia distributiva, creo, que se deban considerar ya absolutamente igualándolas al delíto; tales son las del Talion; tal es, la que prescribe, que muera, el que culpablemente mató; ya respectivamente en consideracion à la comunidad; ya proporcionalmente en razon de escarmiento segun la mayor, ò menor necesidad de el en atencion à la freqüencia del delíto, desobediencia de la ley, y menosprecio de las penas mas le-

leves. Las Repúblicas, y comunidades en sus principios necesitan menos leyes, porque sus individuos viven mas arreglados; de éstas mui raras son de pena capital, porque los mismos no han perdido aun de vista el derecho natural, y en su consequencia, ni son perjudiciales à sus hermanos, ni se burlan de los castigos, por suaves que sean; pero luego que éstas crecen, se aumenta el número de sus individuos, è inmediatamente empiezan estos à declinar ya en uno, ya en otro vicio, en cuyo caso el Legislador, que es el alma de aquel todo, se vé precisado à remediar el daño con mas, ò menos violencia, segun las circunstancias; y de aqui proviene el irse aumentando las leyes penales. ¿ Creéis, por ventura, que vuestros primeros Legisladores, y los Soberanos, que despues les siguiéron, formáron sus determinaciones sin premeditacion, ò perdiendo de vista los preceptos de la Ley natural? ¿ Os haveis persuadido, à que no se havian oído en el mundo hasta la nueva presente ilustracion esos aparentes argumentos en contra de las mas sabias, y meditadas determinaciones? Pues os engañais. En la materia, porque se ha suscitado esta conversacion, hallaréis suficientes pruebas de todo lo dicho: Los dos grandes Legisladores, de cuyas sabias disposiciones tomó norma el mundo en lo sucesivo, halláron tan diversa necesidad de cohibir el desenfreno de los mortales, en quanto al vicio del hurtar, que uno le prohibió baxo la pena solo de la restitucion doble de la cosa hurtada, y el otro impuso pena de la vida contra los ladrones; de aqui es, que todos los Príncipes en sus respectivos Dominios, segun la diversidad de tiempos, de qualidades de sugetos, y de

otras

otras circunstancias, han variado en las penas fulminadas contra tales delítos; unas veces se han contentado con un destierro; otras con la restitucion qúadrupla; otra con la pérdida temporal de la libertad en una cárcel, en un presidio, ù en las obras públicas; pero en algunas temporadas, que han experimentado en sus Estados el exceso del vicio, han exacerbado las penas, mandando, ya que sean azotados, ya atenaceados, ya precipitados de lo alto de un peñasco, y ya ahorcados, y aun en la severidad de estas mismas penas han tenido muchas veces diversas consideraciones, atendidas las circunstancias de la edad del deliqüente, ò qualidades del robo, como diestros Cirujanos del cuerpo místico de la República, que no por qualquiera llaga cortan aquel miembro, que enfermó; antes procuran con remedios suaves sanarle; si estos no bastan, usan el cauterio, ù otros mas violentos, hasta que, temiendo que la gangrena infeccione lo restante del cuerpo, le cortan, y separan. De aqui se infiere, que es imposible dar una regla general en la materia; y asimismo, que la proporcion que debe mediar entre el pecado, y la pena, no mira precisamente à la mera, y absoluta materia del delíto, esto es, à que el bien, de que la pena priva, sea equivalente al bien, de que el delíto privó à su proximo; sino que debe estimarse la dicha pena con respeto à cierto fin, que es la desobediencia, ò quebrantamiento de la ley, de la perturbacion del público sosiego, y recíproca quietud de los Ciudadanos: Nada mas conforme al derecho natural, ò sea de gentes, supuesta la division de las cosas, que velar sobre la pacífica posesion, y goce, de lo que

es

es de cada individuo; por lo que, segun la mayor, ò menor turbacion de esta tranquilidad, se debe aumentar, ò disminuir el castigo de quien la causa: En una palabra, una cosa es castigar el delito segun es en sí, y otra dar exemplo para lo sucesivo, sirviendo la pena de escarmiento al resto de la comunidad, y sugetando el orgullo, y la incontinencia de los malvados.

Bien comprehendo, replicó Tulipán, aunque no he sido instruido en mi juventud en la Facultad legal, lo que acabais de decirme; y me hace fuerza, que deba imponerse mayor pena, que la que corresponde al delito en sí, quando ésta no basta à sugetar el desenfreno de los que le cometen, y que por tanto, es necesario horrorizarlos con el escarmiento; pero ¿no bastaba con privarlos perpetuamente de su libertad? ¿Ha de ser lícito quitarles la vida? ¿Quién ha dado à los Legisladores esa facultad? Yo tengo concebido, que éstos no tienen otra, que la que se depositó en ellos por medio del pacto, ò contrato, con que cada uno se despojó de sus naturales derechos, poniendolos en manos de los dichos respectivamente, para que usasen de ellos como fuese necesario en conveniencia del todo de la comunidad; y en verdad, que nadie tiene facultad para contratar con otro, consintiendo en que se le quite la vida, en caso de que le robe sus bienes, pues el tal contrato sería injusto, porque disponía de su vida, sobre la que no tiene imperio; sería bárbaro, por la desproporcion de las cosas en que recaía; sería insensato, porque es incomparablemente mas útil que viva un individuo de la República, que no el que otro goze de algunos bie-

nes, y comodidades, tal vez exclusivas, ò superfluas.

Por cierto, Amigo mio, le respondí, que aunque no haveis estudiado la Facultad, apuntais mui bien las dificultades, en que aparece el tropiezo del presente asunto; pero brevemente quiero deciros, prescindiendo de la verdad del supuesto, en que largamente pudiera hablaros; que dado caso, que el Príncipe no obrára (como obra) por el poderío que la Providencia le ha dado sobre sus súbditos; ni los Legisladores decretáran sus justos, y saludables establecimientos por medio de los altos designios de la misma; dado el caso, repito, que no tuvieran otra facultad, que la que mera, y temporalmente resulta del todo de las sociedades, no obstante justamente pueden, y deben imponer pena capital en los delitos, que no logran evitar por los medios mas suaves: Haced cuenta que el contrato que hizo cada individuo, encierra en sí la obligacion de no hacer con otro, lo que no quiere que otro haga con él; qualquiera que tacitamente à lo menos, no se huviera aligado à esta obligacion, no huviera sido admitido en la comunidad, ò compañia: Ahora bien; para afianzar este individuo el cumplimiento de esta obligacion, es necesario que se sugete, no al castigo que él se quiera imponer, que sería ridícula obligacion, sino al que atendidas las circunstancias, parezca à la compañia, ò al que hace cabeza, en quien está depositada la voz comun, y pública: En esta inteligencia, si el conjunto de circunstancias, y tiempos lo pide, publíca este Legislador, que nadie hurte, só pena de muerte, al que cometa este delito, no con proporcion

cion à su materia, sino al escarmiento, y pública necesidad; y ved ligado à esta observancia à cada uno de los individuos, mediante el contrato, con que entró en compañia con el resto de sus semejantes; sin que este contrato sea injusto, pues dispone de su vida, no él precisamente, sino la comunidad, ò su cabeza representandola, que tiene facultad para ello; y de otra suerte probaría vuestro argumento, ò reparo, mas de lo que intenta, pues si por tanto no puede ser condenado un individuo de la sociedad à muerte por hurto, por quanto él no tiene imperio sobre su vida, tampoco podría ser condenado à pena capital, por haver hecho una muerte culpable; y si en este caso debe ser condenado à perder la vida, por que la naturaleza, y la recta razon gritan, que muera el matador; tambien gritan que muera el ladron, à quien no corrigen las penas mas suaves, y que perturba el orden, y tranquilidad pública. Tampoco el dicho contrato es bárbaro, sino mui racional, porque como os he repetido varias veces, no se guarda en él la proporcion respecto à la materia, sino al exemplo, y escarmiento. Y por ultimo no es insensato; y en quanto à esto ultimo, perdonad que os diga, que se conoce que aun sois mui jóven, porque el reparo es mui pueríl, y solo aparente; ¿por qué ha de ser útil, ni justo, que viva un individuo de la República, que no permite que gocen de la debida tanquilidad los restantes? Como puede privar à su proximo de lo supérfluo, que raras veces acontecerá, puede dexarle sin lo útil, y necesario, como es lo mas comun, y regular: Considerad ¿qué utilidad sacará el público de un miembro tan perjudi-

 cial,

cial, y agangrenado? Ved ¿si no será juiciosa, y acertada providencia separarle del cuerpo para siempre, para que no infeste à los restantes?

No os quiero molestar mas, aunque pudiera dilatarme, si fuera haciendo memoria de las grandes reflexiones, que acerca de este punto he oído hacer en favor de mi instruccion à mi amado compañero Roberto; este fue quien me arrebató de las manos algunos librillos, que me iban llenando la fantasía de ilusiones, y sofisterías; y à él debo el aviso que os comunico ahora por el cariño que os tengo; este es, que quando concurrais en los estrados, cafées, y puertas de tiendas, que es en donde encontraréis à los alumbrados por la moderna instruccion, y por consiguiente, en donde se agíta este punto con todo el condimento del nuevo arte, os abstengais de oponeros à sus dictámenes, produciendo las razones que acabais de oír, ù otras que vuestro discurso vaya deduciendo; lo primero, porque son gente incorregible, caprichuda, novelera, y mas que todo, osada; y lo segundo, porque os quitarán bonitamente el credito; pasaréis por un Mono falto de ilustracion; imbuído en las rancias idéas de vuestros mayores; forastero en el país de la crítica; ignorante de la bella leccion de libros estrangeros, y patrios estrangerados; y ultimamente, preocupado por las Leyes que os gobiernan, y contra las que ellos descaradamente levantan el grito. Y tú infelíz, dixe, volviendo el rostro à nuestro preso, malaconsejado, no puedes creer el dolor que me causa tu suerte; si à costa de quanto tengo, y valgo pudiera mejorártela, voluntariamente me despojára de todo, y me llená-

nára de gozo, al verte sin la carga enorme de tus pesados yerros; pero al paso que rebosa mi corazon estos sentimientos de humanidad, la rectitud de la justicia, el amor de la tranquilidad pública, y la verdadera piedad para con los habitantes de estos contornos, quitandoles tan perjudicial enemigo, me están interiormente avisando, que no me exponga, dexándote en libertad, à un eterno remordimiento, considerandome en algun modo causa de los detestables efectos, que producirá en tí esta prenda tan deseada naturalmente de todos: En esta inteligencia, à pesar de mi ternura, prevente para entrar en poder de la Justicia, baxo cuya correccion, segun el mérito de tu culpa servirás de miserable exemplo, que modere el desenfreno de tus semejantes.

Diciendo estas palabras, comenzamos à descubrir un Lugarcillo, à donde llegamos à tomar algun descanso. Buscamos al Alcalde, que encontramos de vuelta del trabajo del campo con su hazadón al hombro; Mono de polaina, y montera, záino de semblante, y rústico de pies à cabeza: Contamosle todo el caso, y le entregamos el reo. ¡Oh! lo que me alegro, dixo, que haya caido el raton en la ratonera! Yo le haré ahora pagar todo lo que él, y las buenas alhajas de sus compañeros nos han atemorizado. Yo os ruego, le repliqué, Señor Alcalde, que depongais todo el enojo que teneis contra este desdichado, y quando la ojeriza sea tal, que no podais separaros de ella, que os inhibais de la causa; tan lexos está, de que debais portaros con él segun vuestros sentimientos particulares, que desnudo de todos ellos, y acordan-

dandoos unicamente de vuestro respetable carácter, haveis de llenar vuestro corazon de amargura, quando las circunstancias de la causa sean tales, que no os dén lugár para libertar del suplicio al miserable reo: El zelo activo, y la vengadora vara de vuestro oficio han de manejarse contra el delito, pero considerando atentamente, que exerceís vuestra jurisdiccion contra uno de vuestros semejantes; compadecedle cúlpable, y reflexionad, que por la combinacion de ciertas ocultas causas ha caído en el precipicio en que se halla, del que tal vez, tampoco vos os huvierais librado, si huviesen concurrido semejantes en desgracia de vuestro proceder. ¡O felíz Juez, el que llega à penetrar bien à fondo los dos puntos en que estriva lo mas delicado de la Jurisprudencia criminal; infundir un gran terror para el escarmiento, respecto del delito por medio de los mas espantosos aparatos de la Justicia, y compadecerse en secreto del delinqüente, aliviandole en quanto dé de sí la materia! ¡Cómo no se podririan los infelíces en un obscuro encierro, ni padecerían todo genero de aflicciones, y tormentos, deseando por alivio, que llegue la hora de servir de público escarmiento en el cadahalso!

FIN DE LA PRIMERA PARTE DEL SUPLEMENTO.